

KAILAS HISTÓRICA

LA ROSA Y LA ESVÁSTICA

Vida y muerte de Eva Braun

Francisco Javier Aspas



LA ROSA Y LA ESVÁSTICA

VIDA Y MUERTE DE EVA BRAUN

FRANCISCO JAVIER ASPAS



Esta novela describe sucesos y personas reales, con diálogos ficticios, además de escenas y personajes añadidos por el autor.

La rosa y la esvástica

© 2019, Francisco Javier Aspas
© 2019, Kailas Editorial, S. L.
Calle Tutor, 51, 7. 28008 Madrid
kailas@kailas.es

Diseño de cubierta: Rafael Ricoy
Imagen de cubierta: PhotoAisa
Diseño interior y maquetación: Luis Brea Martínez

ISBN: 978-84-17248-40-6

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotomecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso por escrito de la editorial.

www.kailas.es
www.twitter.com/kailaseditorial
www.facebook.com/KailasEditorial

*Esta novela está especialmente dedicada a los míos;
aquellos que han estado junto a mí, soportándome día
a día durante los siete largos años que he trabajado en ella.
No hace falta que los nombre, ellos saben quiénes son.*

A principios de 1946, Josef Stalin ordenó al jefe de la policía política soviética, Lavrenti Beria, la realización de un informe en el que se estudiara la vida y la muerte de Adolf Hitler, alejándose de los aspectos más conocidos, para centrarse en la vida privada del dictador y su forma de ejercer el poder. Ese informe llevaría por nombre *Acta número 462*.

Lavrenti Beria delegó la realización del informe en dos departamentos concretos: la Administración Central de Prisioneros de Guerra e Internos y el Comisionado del Pueblo de Asuntos Internos, más conocido como el NKVD.

Empleando todo el poder represivo del Estado soviético, los agentes del NKVD iniciaron los interrogatorios de los más importantes y cercanos colaboradores de Adolf Hitler que tenían en sus manos, entre ellos Otto Günse, ayudante personal de Hitler; Heinz Linge, ayuda de cámara; Hans Baur, piloto de Hitler; Rochus Misch, miembro de su escolta personal, o Erich Rings, radiotelefonista. Las sesiones se llevaron a cabo en la sede del NKVD, la prisión de Butyrka, en las afueras de Moscú.

Conforme avanzaban los interrogatorios, el interés de los agentes se centró más en los aspectos íntimos de la vida del dictador alemán, en concreto, en la relación que mantuvo con su amante, y finalmente esposa, Eva Braun.

Siempre que aparecía este nombre, los interrogados aludían a otra persona, alguien de cuya existencia los soviéticos nunca habían oído hablar, un oficial de las SS llamado Werner Muntz, y al que los prisioneros nazis llamaban Der Wächter, «el guardián». Afirmaban que Muntz había sido, oficialmente, un destacado miembro del Estado Mayor del Führer, pero «extraoficialmente», nombrado por Heinrich Himmler como jefe de la seguridad personal de Eva Braun. Werner Muntz ejerció ese cargo entre el año 1935 y el 30 de abril de 1945, el último día en la vida de la amante de Hitler.

Informado de este asunto, Beria ordenó que se localizara urgentemente a Muntz entre todos los prisioneros nazis en manos de las autoridades soviéticas. No tuvieron que buscar mucho. Hallado herido, Werner Muntz había sido detenido en las calles de Berlín el 2 de mayo de 1945. Todavía sin identificar, se encontraba recluido en la prisión de la Lubyanka, en el centro de Moscú. A falta de identificación, se le había registrado como «prisionero número 4.433».

La noche del 12 de febrero de 1946, Werner Muntz fue trasladado desde la prisión de la Lubyanka al centro de interrogatorios de Butyrka. Fue interrogado durante tres días y tres noches por los agentes especiales del NKVD Alexander Yurovsky y Nikolai Klussmann, que ejerció de traductor. Para su sorpresa, y a diferencia de sus compañeros, Muntz narró su historia sin que fuera necesario emplear ningún tipo de amenaza o de presión; desde el primer momento manifestó que aborrecía profundamente a Hitler por haber abandonado al pueblo alemán y haber conducido a la muerte a personas que le eran muy queridas. Adujo que había fallado a Eva Braun, y que esa declaración podía ser una forma de resarcirse y de contar toda la verdad sobre la vida y la muerte de la amante y finalmente esposa del Führer. Solo pidió, a cambio de su colaboración, un paquete de cigarrillos y una botella de vodka. Excepcionalmente, los agentes del NKVD accedieron a su demanda.

Terminada su declaración, los agentes Yurovsky y Klussmann se encargaron de redactar el informe del interrogatorio de Muntz, que debido a su extensión dividieron en cuatro partes. Una vez elaborado, se envió al centro del MVD, en los alrededores de Moscú, donde se trabajaba intensamente en la elaboración final del *Acta número 462* antes de ser entregada a Stalin.

Durante la redacción final del acta, que se prolongó por espacio de dos años (el informe llegó a las manos de Stalin a finales de 1948 o principios de 1949), se consideró que muchos de los detalles ofrecidos por Muntz en su interrogatorio eran tan escabrosos y desconcertantes que podían molestar al dictador soviético durante su lectura. Se eliminaron partes completas de ese testimonio y se guardaron en los archivos secretos del NKVD con la denominación «Documento número 4.443: La declaración de Guardián».

A lo largo de los años, solo unos pocos ojos afortunados han tenido acceso a la declaración completa de Muntz y a todo lo que relató acerca de la vida y la muerte de Eva Braun, y de la relación de esta con Adolf Hitler y el círculo interior que rodeó al dictador alemán.

Josef Stalin nunca conoció ese documento.

PRIMERA PARTE

MÚNICH
(El origen)

1

LA PURGA DE RHÖM

Mi historia comienza a bordo de un tren. Un tren de la Reichbahn que nos trasladaba desde Berlín hasta Múnich en mitad de la noche. Era la madrugada del 30 de junio de 1934 y ninguno de nosotros podíamos pensar a esas horas, mientras dormitábamos sobre nuestros petates, que íbamos a participar en un acontecimiento que el mundo conocería después como «la purga de Rhöm».

Mis compañeros y yo pertenecíamos al Leibstandarte SS Adolf Hitler. Estábamos destinados en el cuartel general de los Cadetes Imperiales Prusianos de Lichterfelde, en las afueras de Berlín. Yo, en concreto, era en ese momento teniente (*obersturmführer*), teniente Werner Muntz. El 257.554 era mi número de membresía en las SS. Hacía días que las cosas habían cambiado en nuestro acuartelamiento. La preparación física y militar se había intensificado notablemente, había continuas alarmas nocturnas que provocaban que tuviéramos que levantarnos en plena noche, coger nuestras bayonetas, calarnos nuestros cascos de acero y formar en mitad del patio. Por toda la caserna se escuchaban comentarios, en los cuerpos de guardia, en los comedores o los baños. Unos días antes, tras una de mis sesiones de esgrima (era un maestro, el mejor con el florete), mientras estaba en la ducha, escuché a unos compañeros hablar de «golpe de Estado», de las fricciones existentes entre el Partido y las SA. A mí esas cosas no me atraían especialmente. La política no me interesaba, no fui educado para eso. Mi padre, Artur Muntz, me educó en el amor a la patria y el cumplimiento del deber. Mi padre detestaba a los políticos, a todos los políticos. Hasta que llegó Hitler, claro. Comprendo, sin embargo, que tendré que explicar qué estaba sucediendo en Alemania en aquel momento, aunque solo sea para que se pueda entender qué hacía yo en aquel tren.

Hacía tiempo que la relación entre el Partido y los fieles camisas pardas de las SA, que dirigía Ernst Rhöm, no era buena. Las SA habían exigido al Führer una segunda revolución parda, una segunda revolución que permitiera avanzar en las reformas sociales que Hitler había anunciado una y mil veces desde que asumiera el poder. Esas reformas chocaban con las ideas que defendía el ala más moderada del Partido. Además, los empresarios e industriales que habían apoyado a Hitler tenían miedo de que esa segunda revolución terminara en una deriva socialista, algo que parecían preconizar tanto Rhöm como el ala más a la izquierda del movimiento nacionalsocialista. El propio presidente Hindenburg estaba preocupado, hacía tiempo que los camisas pardas se habían convertido en un problema, en un peligro para el orden público. Sus desmanes y fechorías eran habituales en todas las ciudades de Alemania. Se encontraban fuera de control. Aparte de todo eso, las envidias y las luchas de poder también influían en la situación de

desestabilización en que vivía sumido el país durante aquel cálido inicio del verano de 1934. En contraposición con las SA, nuestra organización, las SS, estaba ascendiendo día a día. Nuestro Reichsführer, Heinrich Himmler, se estaba convirtiendo en uno de los hombres más influyentes del Reich. Recientemente, y tras ser nombrado máximo responsable de la policía de Múnich, Göring había puesto a la Gestapo bajo sus órdenes, comenzando así su camino hacia el control absoluto de las fuerzas policiales. Su estrella crecía día tras día, mientras que la de Rhöm se oscurecía a cada hora que pasaba. Quizá provocado por todo este contexto, el Führer dijo basta. Ese fue el momento en que decidió poner fin al peligro en que se habían convertido las SA bajo el mando de Rhöm.

Ese era el motivo de que todos nosotros nos encontráramos a bordo de aquel tren. Esa tarde, y sin informarnos del objeto de nuestra misión, habíamos sido trasladados en camiones desde nuestro acuartelamiento hasta la estación de Grunewald, donde nos esperaban los trenes. Solo se nos comunicó que nos dirigiáramos a Múnich, la capital de Baviera. Ese viaje cambiaría el resto de mi vida. Ese viaje, y el condenado cumplimiento del deber que me inculcara mi padre.

Mi padre, general Artur Muntz, era un héroe nacional, un héroe de la batalla de Tannenberg, como Ludendorff o el propio presidente Hindenburg. En mi casa de Potsdam se había respirado el ambiente militar desde que yo era un niño. No llegué a conocer a mi madre, Anna, que falleció poco después del parto en el que yo nací. Así que me crié solo con mi padre y mi niñera, la señorita Else, que durante toda mi infancia ejerció perfectamente la función de madre. Mi padre quiso que la formación militar que yo recibiera comenzara en cuanto tuviese uso de razón. En mi casa siempre se siguieron estrictamente las reglas militares. Cuando ingresé en el Leibstandarte, muchos de mis compañeros se quedaron sorprendidos de mi pronta adaptación al mundo militar. Ellos no sabían nada. Ellos no sabían que yo correteaba entre las piernas de los más importantes mariscales y generales de Alemania, incluso del propio káiser, cuando solo tenía cuatro años de edad.

Mi padre falleció durante el otoño de 1933. Murió feliz por haber podido asistir a la llegada al poder de Adolf Hitler. Él creía ciegamente en Hitler. Pensaba que era la única solución posible para sacar a Alemania de la terrible crisis económica y política en que la había sumergido la República. Y yo lo creía con él. Antes de entrar en el Leibstandarte, había militado en las Juventudes Hitlerianas y ya era miembro del Partido; 3.601.554, ese era mi número de militante. Puede decirse que en aquel momento yo era un nacionalsocialista convencido. Muchas veces, tiempo después, pensé a menudo en mi padre. En lo equivocado que estaba respecto a Hitler. En lo equivocados que estábamos todos. ¡Qué equivocados estábamos! Aunque claro, sobre eso ya no se puede hacer nada.

¿Puede un viaje y el condenado cumplimiento del deber cambiar la vida de un hombre? En mi caso, sí. Si me hubiera quedado en Lichterfelde (la mitad del destacamento permaneció allí, solo la otra mitad viajamos a Múnich) o mi excesiva obsesión por el cumplimiento del deber no hubiera sido observada desde un lóbrego edificio gris por aquel que observaba, posiblemente no hubiera pasado los siguientes diez años de mi vida entre el círculo más próximo de colaboradores de Adolf Hitler, cuidando de uno de sus más importantes tesoros. Por eso he comenzado mi relato con ese viaje entre Berlín y Múnich. Porque durante aquel viaje comenzó todo.

Llegamos a Múnich al amanecer. Berlín nos había despedido con un cálido sol de estío, pero Múnich nos recibió con una mañana gris y brumosa. Pronto comenzaría a llover. Nuestro jefe, el coronel SS Jürgen Kebler, nos hizo formar en filas de a veinte en la misma estación. Y allí se nos

volvió a dividir. Tras subir a los camiones que nos aguardaban en la puerta principal, la mitad de los vehículos tomaron dirección norte, mientras la otra mitad nos dirigimos hacia el sur.

Nunca olvidaré la sensación que tuve aquella mañana mientras, a toda velocidad, atravesábamos las calles de Múnich. Recuerdo que la gente se detenía asustada a nuestro paso y nos miraba con un rictus de preocupación y desasosiego en sus rostros. Comentaban cosas entre ellos y gesticulaban, sin saber qué estaba sucediendo ni hacia dónde se dirigían esos camiones militares que trasladaban soldados de uniforme negro. Durante alguna parada, pudimos escuchar a la gente hablar de «golpe de Estado» o preguntándose dónde estaba el Führer y qué había sucedido. Lo más curioso de todo era que esa misma gente que nos miraba con incredulidad, como si nosotros estuviéramos en el centro de lo que se estaba cocinando, desconocía que nosotros mismos no sabíamos qué estaba sucediendo ni hacia dónde nos dirigíamos.

Alguien en el camión en que yo viajaba comentó que nuestro destino podía ser la prisión de Stadelheim. Desde luego, no debía de estar muy bien informado, porque más tarde pudimos saber que fue precisamente la otra parte de nuestros compañeros, los que tomaron dirección norte, quien acabó en esa cárcel. Nosotros, tras unos treinta minutos de viaje, abandonamos Múnich para, atravesando la campiña que rodea la ciudad, llegar a un viejo acuartelamiento del ejército convertido ahora en centro de entrenamiento de las SS. Era una edificación lóbrega, de piedra gris parduzca, coronada por tejados inclinados de pizarra negra. La ligera llovizna que nos recibiera esa mañana se había convertido ya en un aguacero. Así que descendimos de los camiones y, casi al trote, entramos en unos viejos barracones situados frente al edificio principal del acuartelamiento.

Allí esperamos alrededor de una hora. Durante ese tiempo comenzaron a circular todo tipo de rumores sobre lo que estaba sucediendo, que, de acuerdo con lo que conocimos más tarde, eran lo que más se acercaban a la realidad de cuanto habíamos escuchado hasta entonces. Hasta mis oídos llegó el comentario, primero, de que el Führer y la jefatura del Estado habían iniciado una purga contra las SA. Más tarde, que el Führer en persona se había presentado esa misma madrugada en el balneario de Bad Wiessee, donde se celebraba una reunión de altos mandos de las SA, y que todos ellos, incluido Ernst Rhöm, habían sido detenidos. El siguiente rumor decía que el Führer había sorprendido a algunos líderes de las SA en mitad de una orgía con jovencitos de las Juventudes Hitlerianas. Ese comentario provocó entre los muchachos un murmullo que terminó convirtiéndose en un pequeño gallinero, lo que obligó a alguno de nuestros mandos a entrar en el barracón y hacernos callar. Fue casi al final de aquella tensa hora cuando uno de nuestros compañeros, el capitán Oskar Klausen, que regresaba de mantener una conversación con nuestro «jefe», el coronel Kebler, nos informó de que, efectivamente, Ernst Rhöm había sido detenido. Y no solo eso: unas horas antes —nos dijo— había sido ejecutado en la prisión de Stadelheim. Esa información no provocó ningún murmullo general ni ningún gallinero. Más bien un espeso silencio que duró hasta que el propio coronel Kebler apareció en el barracón y nos comunicó el objeto de nuestra misión.

Kebler empezó por decirnos que estábamos participando en una operación ordenada por el Führer y que llevaba el nombre clave de Kolibri. Se estaban formando cinco pelotones de ejecución, de seis miembros cada uno. Había puesto al frente de esos pelotones a tres capitanes y dos tenientes. Uno de esos tenientes era yo.

Observé todo tipo de reacciones entre los muchachos cuando se nos comunicó nuestra misión; cualquier persona es capaz de imaginar cuáles fueron: todas las que se corresponden con la

naturaleza humana. Tengo que decir, sin embargo, que nadie pudo detectar en mí ninguna. Continué impávido, posiblemente insensible, podría decirse que hasta indiferente. En realidad, durante aquellos tensos momentos, el único pensamiento que ocupaba mi cabeza era una frase de mi padre, repetida una y mil veces a lo largo de los años en nuestra casa de Potsdam: «El deber, Werner; el cumplimiento del deber es lo único que debe importarle a un hombre».

Esperamos durante otra larga hora. Tengo que decir que, debido a la naturaleza de nuestra misión, se nos proporcionó alcohol. Botellas de aguardiente sin etiquetas. Por supuesto, yo no bebí. Nunca había bebido y, además, detestaba a la gente que lo hacía. Fue también mi padre quien me inculcó ese hábito. Siempre decía: «El alcohol nubla la mente de las personas y provoca que no puedan tomar en cada momento las decisiones adecuadas».

Muchos años más tarde, en la profundidad de un húmedo y sombrío búnker en las entrañas de Berlín, cuando pasaba horas y horas bebiendo en compañía de los últimos compañeros de un viaje llamado nacionalsocialismo, pensé mucho en ese joven Werner, el que rechazaba el alcohol y detestaba a la gente que lo consumía. Me preguntaba dónde estaba, qué había sido de él. Qué había quedado de él. Aunque en realidad, si tengo que ser sincero, mi coqueteo con el alcohol no comenzó ni mucho menos en aquel repugnante búnker, ni fue la desesperación el motivo que me llevó a empezar a consumirlo. Había empezado años antes, en la cumbre de una montaña, cuando el mundo nos pertenecía y solo las estrellas brillaban por encima de nosotros.

Terminada esa segunda hora de espera, el coronel Kebler nos hizo pasar a los tres capitanes, al otro teniente y a mí a una desolada habitación contigua al barracón. Ahorraré aquí comentar cuál fue el discurso que Kebler nos dirigió, baste decir que nos repitió en numerosas ocasiones que los hombres a los que íbamos a ejecutar eran traidores, vulgares criminales, que no eran auténticos nacionalsocialistas, que habían formado parte de una conspiración cuyo fin último era desestabilizar el Reich y eliminar al Führer. Que las ejecuciones se realizaban por orden del Führer y que él mismo nos premiaría por nuestra lealtad promoviendo ascensos inmediatos. A continuación se nos entregaron unos sables del tipo Degen que habitualmente solían emplearse para todo tipo de ceremoniales. No portaríamos nuestras habituales bayonetas, porque seríamos los encargados de dirigir las ejecuciones. En aquellos días, el Leibstandarte todavía no estaba completamente militarizado y, por lo tanto, usábamos unas bayonetas del tipo Mauser que nos habían sido entregadas por la Reichswehr, el ejército. Cuando regresamos a los barracones, los muchachos se estaban dedicando a cambiar en sus bayonetas el cuchillo tradicional del ejército por nuestra daga de las SS. Era una manera simbólica de mostrar que nosotros, los mejores entre los mejores, la guardia del honor del Führer, éramos los encargados de impartir la justicia del pueblo y del Reich en su nombre.

De manera aleatoria, cada uno de nosotros eligió a seis de los muchachos para formar los pelotones de ejecución. En ese momento, algunos de los chicos estaban ya bastante bebidos, así que escogí a los que me parecieron más sobrios. No estaba dispuesto a que sucediese ningún contratiempo durante la ejecución.

Las ejecuciones iban a celebrarse en el patio de honor, un lodazal de barro, porque el aguacero en lugar de amainar se había intensificado a lo largo de la mañana. El patio se encontraba entre el edificio central del acuartelamiento y otro más pequeño que debía de utilizarse para funciones administrativas. En mitad del patio habían colocado seis postes redondos en posición vertical que, supuse, en otro tiempo habrían sido utilizados para amarrar a la caballería.

El nuestro fue el segundo de los pelotones que entró en acción. Durante el primer fusilamiento

mis seis hombres y yo permanecimos aislados en un cuartucho, una especie de despensa que había a la salida del barracón. Desconozco el motivo, pero lo cierto es que nos dejaron allí, sentados sobre unos taburetes de madera de aspecto rústico, casi a oscuras. Allí escuchamos los primeros seis disparos de aquel largo día. En el momento de producirse percibí que un ligero estremecimiento recorría a mis muchachos. Miré sus ojos. Brillaban de forma extraña en la semioscuridad de aquel habitáculo. Yo nunca fui un hombre de muchas palabras, pero en aquel momento me vi en la obligación de decirles algo. Y lo hice:

—Muchachos, entramos en el Leibstandarte para proteger al Reich y a nuestro Führer, para demostrar en cada momento nuestra fidelidad y cumplir con nuestro deber. Ahora nuestro deber es hacer aquello que nuestros superiores nos han ordenado. Así que salid ahí y hacedlo lo mejor que podáis.

Unos minutos más tarde caminábamos a paso marcial por el patio en dirección hacia los seis postes donde se iba a desarrollar la ejecución. Yo marchaba al frente, con el sable ceremonial reposando sobre mi hombro. Di las órdenes oportunas y nos colocamos frente a los postes. Ordené asimismo que sus bayonetas descansaran paralelas a sus cuerpos. La entrada en aquel patio fue muy desagradable. La lluvia nos golpeaba sin piedad, empapando nuestros uniformes, mientras nuestros pies se hundían en el barro y, pese al grosor de las botas, podíamos sentir como nuestros calcetines se humedecían. Cuando llegamos frente a los palos habían retirado ya los cadáveres de la primera ejecución, pero los rastros de sangre permanecían en el suelo y en los maderos.

Por una de las puertas del gran edificio central del acuartelamiento hicieron su entrada en el patio los seis detenidos a los que debíamos ejecutar. Era una imagen lamentable. Llegaban custodiados por dos de los muchachos que habían participado en la ejecución anterior, llevaban el torso desnudo, los pantalones pardos de las SA y las botas reglamentarias. El problema era que les habían quitado el cinturón y, como tampoco llevaban calzoncillos y sus manos estaban esposadas, tenían una gran dificultad para impedir que los pantalones cayeran al suelo. Algunos no lo consiguieron y llegaron prácticamente desnudos al poste de ejecución. También les resultaba complicado andar sobre el barro, porque llevaban las botas, desprovistas de cordones, abiertas.

Una vez colocados cada uno frente a los seis puestos de ejecución, nuestros dos compañeros los despojaron de las esposas y se marcharon. Ellos utilizaron ese momento para subirse los pantalones y restregarse las muñecas. No observé ninguna expresión especial en sus rostros. Estaban muy serios, pero parecían tranquilos, relajados. Mucho más que mis muchachos y yo mismo.

Di la orden oportuna a mi pelotón y coloqué el sable en posición vertical, la mano a la altura del pecho, el filo frente a mi rostro. Había llegado el momento. Solo hacía falta que diera las órdenes correspondientes y, en pocos segundos, todo habría terminado. Nunca sabríamos quiénes eran esos hombres, si tenían familia, esposa, hijos. Nunca sabríamos cómo habían sido sus vidas, ni a qué se dedicaban, ni cómo los recordarían sus amigos. Ni siquiera sabíamos lo que habían hecho y por qué estaban allí. Solo que sus vidas se perderían bajo nuestras bayonetas y que nosotros únicamente cumplíamos con nuestro deber.

—¡Pelotón! ¡Preparen armas! —grité.

Escuché el estruendo tradicional de las bayonetas al ser cargadas.

—¡Pelotón! ¡Apunten armas! —volví a gritar.

Las armas de mis muchachos apuntaron hacia los seis condenados.

—¡Pelotón! ¡Fuego!

En ese instante sucedió algo: uno de los detenidos levantó el brazo en señal de saludo y gritó:
—*Heil Hitler!*

Esto provocó el caos. Mis muchachos no dispararon. Empezaron por mirarse entre ellos, con un gesto de incredulidad en sus rostros. Un gesto de desconcierto. Casi instintivamente bajaron las armas y dirigieron sus ojos hacia mí.

—¿Qué os pasa? ¡He ordenado fuego! —grité de manera airada ante ellos.

Seguían sin reaccionar. Y entonces, los condenados comenzaron a cantar. Primero, tímidamente, solo uno. Y luego, más alto, otro. Y otro. Y otro...

Die Fahne hoch, die Riehen fest geschlossen...

Era «Horst Wessel Lied», el himno del Partido. Y ellos seguían cantando, mientras yo continuaba gritando y mis muchachos me miraban sin saber qué hacer, con las dagas de sus bayonetas rozando el suelo embarrado.

—¡He ordenado fuego! —gritaba yo como un enajenado—. ¿Qué os pasa? ¿No me habéis escuchado? ¡He ordenado fuego!

SA marschirt mit ruhig festem schritt, Kam'raden...

—¿No me habéis oído? ¡He ordenado que disparéis!

Arrojé mi sable al suelo. Quedó clavado en el barro. Arrojé también mi gorra de plato, que cayó junto al sable. Me abalancé sobre uno de mis muchachos, le arrebaté la bayoneta de la mano, me giré hacia los detenidos, que continuaban cantando, y grité mientras disparaba:

—¡Esto era lo que teníais que hacer! ¡Solo esto!

Disparé una vez. Cargué y volví a disparar. Y otra vez, y otra vez, y otra vez...

Los hombres estaban ahora en el suelo. Su canción había terminado. Ya solo eran seis cuerpos grotescamente retorcidos, algunos apoyados contra los postes. Todos tenían un enorme agujero carmesí a la altura del pecho. Un agujero por el que no dejaba de manar la sangre. Sangre que una vez en el suelo, se fundía con el barro.

Me volví a girar hacia mis muchachos, y sé que con cara de loco les dije:

—¡Esto era lo que teníais que hacer, malditos cobardes! ¡Solo esto!

Fue entonces, al levantar la mirada hacia el cielo, cuando lo vi. Estaba allí, en el edificio de ladrillos gris parduzco, siguiendo toda la escena a través de una de las ventanas. Era aquel que me observaba mientras yo era observado. Lo reconocí al instante. Reconocí su uniforme y sus galones. Reconocí su rostro adusto, serio, firme. Sus ojos feroces. Y su inconfundible bigote, muy parecido al que llevaba el Führer.

Era el general Josef *Sepp* Dietrich, el máximo responsable del Leibstandarte SS Adolf Hitler.

Arrojé la bayoneta al suelo, di un taconazo sobre el barro, levanté el brazo en posición de saludo y grité, con todas mis fuerzas, dirigiéndome hacia esa ventana: «*Heil Hitler!*».

El general Dietrich se llevó la mano a la visera acharolada de su gorra de plato, sonrió e hizo con la cabeza una ligera inclinación hacia mí. A continuación desapareció en la oscuridad de esa habitación.

Las ejecuciones continuaron durante todo aquel día. No sé cuántas personas fueron ajusticiadas y tampoco me importó. Nosotros cumplimos con nuestro deber y al día siguiente

regresamos a Berlín, a nuestro cuartel de Lichterfelde.

Tal como el coronel Jürgen Kebler nos prometiera durante aquellas ejecuciones de la purga de Rhöm, el Führer no se olvidó de nuestra participación, y a principios del año 1935 llegaron los ascensos. En mi caso, fui promovido a capitán (*hauptsturmführer*).

En el transcurso de los meses siguientes, mi vida prosiguió como de costumbre en el acuartelamiento de Lichterfelde y el incidente sucedido durante la purga de Rhöm fue quedando atrás. Cayendo en el olvido. Hasta que una soleada mañana de agosto de 1935, mientras sacaba brillo a mis botas en el barracón, se me comunicó que debía dirigirme al despacho del coronel Kebler, que tenía que transmitirme algo importante. Algo muy importante.

Ese fue el momento decisivo. El momento en que mi historia, la historia de mi vida, cambió para siempre. Algo que, sin yo saberlo, tenía su origen en el incidente sucedido en aquel patio embarrado durante la purga de Rhöm.

2

LA ENTREVISTA CON HIMMLER

Los inquietos ojos del coronel Kebler no dejaban de moverse de un lado a otro, mientras aparentaba releer una y otra vez el telegrama que llevaba en la mano. Yo me encontraba en mitad de su despacho, en posición de firmes, esperando que él me informara de esa noticia tan importante que se me había anunciado.

—Capitán Muntz, esta mañana hemos recibido un telegrama urgente de la oficina del Reichsführer Himmler. En él se nos comunica que tiene que presentarse inmediatamente ante él, a poder ser mañana mismo.

Sentí un espasmo en la boca del estómago. Era algo extraño, porque habitualmente mi salud solía ser de hierro. Había superado en el Leibstandarte las más duras pruebas físicas, y durante toda mi estancia en Lichterfelde ni siquiera había cogido un resfriado. Sin embargo, en ese momento me sentí enfermo. El espasmo inicial se convirtió casi inmediatamente en un dolor seco y profundo. Supongo que son cosas que pasan cuando las personas nos enfrentamos a situaciones que no esperamos y que nos superan. Y el hecho de ser citado por el Reichsführer en persona era algo que no me esperaba y que me superaba en aquel momento.

Esta noche le llevaremos a Anhalter, donde cogerá un tren que lo trasladará hasta Múnich. Una vez allí, lo recogerán en la estación dos miembros del Begleitkommando. Serán ellos quienes lo lleven a presencia del Reichsführer.

El Begleitkommando. Todo el mundo en el Leibstandarte sabíamos muy bien lo que era el Begleitkommando. Dirigido por Bruno Gesche, un *alterkaramaraden* del Führer, y formado íntegramente por miembros del Leibstandarte, el Begleitkommando era el servicio de seguridad del Estado Mayor del Führer, la guardia personal de Adolf Hitler. Esa podía ser la razón de todo. Me habían seleccionado para formar parte de la guardia personal del Führer, algo con lo que soñábamos todos y cada uno de los miembros del Leibstandarte. Eso explicaría que el Reichsführer en persona quisiera conocerme. Sin embargo, la forma con la que el coronel Kebler miraba el telegrama, la inquietud creciente en sus ojos ya de por sí inquietos, los largos silencios entre una información y otra... todo eso me hacía pensar que había algo más en aquel telegrama. Algo de lo que el coronel no me podía informar. O algo de lo que no me quería informar.

—¿Algo más, mi coronel? —pregunté con voz insegura.

—Sí, algo más. No hace falta que recoja sus cosas. Todas sus pertenencias le serán enviadas a Múnich en los próximos días. Únicamente póngase el uniforme de gala y espere en su barracón a que pasen a buscarlo.

Hice el saludo reglamentario y me dispuse a abandonar el despacho del coronel. El dolor en la boca del estómago había desaparecido, pero había sido sustituido por una especie de sensación de vértigo. La sensación que se tiene cuando vas a saltar desde una altura que te aterrera.

—Capitán Muntz...

Había algo más. Me giré hacia el coronel y lo que dijo provocó que mi desasosiego fuera en aumento.

—Una última cosa. Despídase de sus compañeros y de sus superiores, es posible que no vuelva nunca a Lichterfelde.

El coronel Kebler se incorporó sobre su escritorio y, tras apoyar las manos sobre la mesa, me dijo:

—Quiero que sepa que ha sido un honor tenerle bajo mis órdenes. Ha sido uno de nuestros mejores hombres, yo nunca dudé de su talento. Sin duda, su padre se sentiría orgulloso de usted.

Me despedí del coronel Kebler agradeciendo sus comentarios y salí a la calle. El sol de agosto golpeó sobre mi rostro y yo elevé la mirada hacia el cielo. Las últimas palabras del coronel alejaron las dudas de mí, consiguieron que dejara de pensar que todo aquello podía ser algo malo. «Su padre se sentiría orgulloso de usted», eso había dicho. Y eso solo podía ser algo bueno, algo positivo. Volvió a crecer en mí la sensación que inicialmente me embargó; la sensación de que lo había conseguido. Iba a formar parte de la guardia personal del Führer.

Bajé las escaleras que separaban el despacho del coronel del patio y me encaminé hacia mi barracón. A pesar de todo, el vértigo caminaba conmigo.

* * *

A la mañana siguiente llegué a Múnich. Tal como me indicara el coronel Kebler, dos miembros del Begleitkommando me estaban esperando en la estación. Uno en el andén, otro en la puerta principal, en el interior de un Mercedes tipo sedán de color negro. Creo recordar que aquellos hombres eran Helmuth Frick y Hans Reisser, ambos miembros de la guardia personal del Führer. No hablamos, solo mientras nos dirigíamos hacia el Mercedes sedán, Frick, tras mirarme de reojo, me preguntó cómo me había ido el viaje. Le dije que bien, pero estaba mintiendo. De hecho, supongo que su pregunta venía motivada por el lamentable estado que debía reflejar. Lo cierto es que el trayecto fue horrible. A lo largo de toda la noche había estado dormitando y despertándome, dormitando y despertándome... durante uno de esos instantes de sueño había tenido una pesadilla horripilante sobre mi nuevo destino, una pesadilla que en ese momento ya no podía recordar.

Lo que sí recuerdo es que antes de subir al vehículo elevé la mirada hacia el cielo y mis ojos se encontraron con las dos torres gemelas, coronadas por sus insólitas cúpulas verdes en forma de bulbo de cebolla, de la Frauenkirche, la catedral de Múnich. Un pensamiento cruzó por mi cabeza mientras me introducía en el asiento trasero del coche. Múnich se había convertido en la ciudad a la que siempre viajaba sin saber para qué y por qué. Pasó un año antes, cuando la purga de Rhöm, y volvía a pasar ahora. Durante aquellos días llegué a sentir una auténtica animadversión por la ciudad. Eso cambió con el paso de los años. Recuerdo que el Führer siempre decía: «Pertenezco más a Múnich que a ningún otro lugar del mundo». Yo siempre lo comprendí. Yo siento lo mismo. En ocasiones pienso que, si algún día dejo este país que se ha convertido en mi prisión y regreso a Alemania, lo haré a Múnich. Creo que Múnich es el único sitio en el mundo al que puedo considerar mi hogar.

La incertidumbre sobre el motivo que me había llevado a la capital de Baviera fue aumentando mientras atravesábamos la ciudad en dirección hacia el lugar donde me encontraría con el Reichsführer Himmler. Y esa incertidumbre dio paso a la sorpresa cuando alcanzamos el sitio fijado para la cita. En honor a la verdad, nunca me hubiera imaginado que ese encuentro se produciría allí. Nunca.

Era el número 45 de la Brienerstrasse. La Braunes Haus. La Casa Parda.

* * *

Unos minutos más tarde me hallaba en el salón principal de la Casa Parda, contemplando la Blutfahne, la Bandera de Sangre, que habitualmente se exponía allí. Adquirida en 1930, la Casa Parda se había convertido en la sede central del Partido. Adolf Hitler, Rudolf Hess o Joseph Goebbels tenían su despacho en la primera planta del edificio. También Viktor Lutze, el nuevo hombre fuerte de las SA tras la muerte de Rhöm. Lo que yo desconocía, pensé mientras ascendía por las escaleras alfombradas en compañía de un edecán, era que Himmler tuviera un despacho exclusivo para él en el segundo piso. Suponía que, tratándose de un encuentro con el Reichsführer, este me recibiría en alguno de los muchos acuartelamientos de las SS en la ciudad, o incluso en las dependencias policiales centrales de Múnich, de las que Heinrich Himmler era el máximo responsable. Pero no allí, no en la Casa Parda.

El edecán me dijo que esperara en la puerta del despacho que debía de pertenecer al Reichsführer. Me comunicó que en breves momentos me harían pasar. Yo me dediqué a caminar de forma nerviosa de una parte a otra del pasillo. Me detuve delante de un espejo de cuerpo entero que había en una de las paredes y arreglé todo lo que pude mi uniforme de gala del Leibstandarte. Lo llevaba puesto desde la tarde del día anterior y no quería que pareciese arrugado. Ajusté bien el correaje, calé todo lo que pude mi gorra de plato, revisé los gemelos junto al rombo de graduación de mis mangas... En ese momento el edecán que me había acompañado desde mi llegada a la Casa Parda asomó la cabeza a través de la puerta entreabierta del despacho y dijo:

—Capitán Muntz, puede usted pasar.

Asentí y me dirigí hacia la puerta del despacho del Reichsführer.

La estancia estaba envuelta en la penumbra, solo iluminada por dos lámparas de flexo que había sobre el escritorio. Todas las ventanas que daban a la Brienerstrasse se encontraban herméticamente cerradas. No puedo explicar a qué obedecía, supongo que a un intento de desestabilizar o intimidar psicológicamente a la persona que se enfrentaba a la entrevista para así poder estudiar mejor sus reacciones; esas cosas, por sorprendentes que puedan parecer, eran muy habituales por aquellos días. Sobre todo, en las SS.

Caminé hasta el centro del despacho, me cuadré, hice el saludo correspondiente y grité:

—*Heil* Hitler!

Heinrich Himmler levantó los ojos de unos documentos que estaba estudiando, me miró directamente y sin corresponder a mi saludo dijo:

—Tome asiento, capitán Muntz.

—Como ordene, mi Reichsführer —contesté, y me senté en una silla tapizada de terciopelo rojo que habían dispuesto a tal efecto.

Sobre la mesa había varias carpetas abiertas y un montón de documentos que Himmler estaba

leyendo con detenimiento. Observé que, pese a llevar sus tradicionales quevedos, tenía una lupa de grandes proporciones sobre una de las carpetas. En numerosas ocasiones habíamos escuchado decir en Lichtenfelde que el Reichsführer pasaba horas y horas en su despacho estudiando las fotografías de cada uno de los miembros de las SS, a la espera de encontrar, más allá de los rigurosos exámenes raciales a los que éramos sometidos, algún defecto en nuestros rostros que pudiera cuestionar nuestra pertenencia a la raza aria. Yo siempre había pensado que eran solo leyendas, sin embargo, al observar esa gran lupa me di cuenta de que no. No lo eran.

Reconocí rápidamente todos los documentos que Himmler tenía desplegados sobre su escritorio. Allí estaba mi hoja de servicios en las Juventudes Hitlerianas; los resultados de los análisis físicos, psíquicos y raciales a los que me sometieron en Lichtenfelde; el dossier que contenía todo mi historial como miembro del Leibstandarte e, incluso, mi carné de filiación al Partido Nazi. En ese momento, el Reichsführer tenía en la mano una carta en la que, a contraluz, pude distinguir por quién estaba firmada. En los últimos años, había visto esa firma cientos de veces.

Pertenecía al máximo responsable del Leibstandarte SS Adolf Hitler, el general Josef *Sepp* Dietrich. El hombre que me observaba mientras yo era observado.

El Reichsführer dejó la carta sobre la mesa, se quitó los quevedos y, con un pequeño pañuelo que había sacado del bolsillo de su guerrera negra, comenzó lentamente a limpiar las lentes mientras me escrutaba. Era la primera vez que mis ojos se enfrentaban a la mirada de Himmler. Describir aquí la sensación cuando eso ocurría resulta casi imposible. Yo lo hice muchas veces, durante muchos años, y siempre experimenté el mismo efecto: el de la presa que cae en las garras de la bestia. Había algo lobuno, algo salvaje en aquella mirada. Por supuesto, eran unos ojos que denotaban una inteligencia prodigiosa, pero más allá de eso creaban en aquel que los enfrentaba una sensación de inseguridad creciente. Fueron muchos quienes durante aquellos años pensaban lo mismo que yo, incluso, como relataré más adelante, había personas que se estremecían tan solo con verlo entrar en la misma estancia en la que se encontraban. Pero, al margen de consideraciones ajenas, en lo que a mí respecta, y como conclusión, puedo decir que los ojos de Himmler siempre desprendieron una esencia salvaje que resultaba muy difícil de olvidar.

—Capitán Muntz, antes de que comience nuestra pequeña charla, tengo que comunicarle que lo que usted va a escuchar hoy en este despacho puede considerarse como un alto secreto de Estado. Por lo tanto, no hace falta que le advierta de las consecuencias que conllevaría que la información que va a salir de mis labios se propagara. Por descontado, guardar silencio acerca de lo que usted oirá hoy aquí afecta directamente a su juramento como miembro de las SS. Y a su juramento de fidelidad hacia el Führer.

Himmler guardó silencio. Sus ojos esperaban ansiosos mi reacción.

—Lo comprendo, mi Reichsführer. Soy consciente de lo que me ha dicho. No tiene de qué preocuparse, nunca revelaré aquello que usted me comunique.

No hubo ninguna reacción en Himmler. Se limitó a bajar la mirada y volver a la carta que tenía sobre su escritorio.

—Hace unos días fue usted propuesto por el general Dietrich para hacerse cargo de una misión de gran importancia para la seguridad del Reich. El general Dietrich lo propuso ante el Führer y ante mí, personalmente. Tengo que comunicarle que ayer por la mañana despaché con nuestro Führer y dio su visto bueno. Yo se lo daré también.

Me costaría mucho describir el sentimiento que me embargó en ese momento. El suelo pareció

abrirse a mis pies. Pero tenía que demostrar ante el Reichsführer que esa noticia no me afectaba en absoluto. Yo era un miembro del Leibstandarte. Y un miembro del Leibstandarte debía estar preparado en cualquier momento para recibir cualquier tipo de orden. Así nos habían formado.

—¿Y cuál es esa misión, mi Reichsführer?

—Tranquilo, no sea impaciente. Primero le pondré en antecedentes. Como usted debe de saber muy bien, a ojos de nuestro pueblo el Führer tiene una única y absoluta dedicación con nuestra nación, con Alemania. A ojos de nuestro pueblo, la única mujer que el Führer tiene es Alemania, la única novia que el Führer tiene es Alemania, la única amante que el Führer tiene es Alemania. Esto debe seguir siendo así. Ahora y siempre.

Himmler guardó silencio. Puedo asegurar que yo, en ese momento, no entendía nada de lo que allí estaba pasando. El Reichsführer sacó una fotografía de una de las carpetas que había esparcidas por la mesa. La colocó debajo de su mano y continuó.

—Por supuesto, como humano que es, nuestro Führer tiene también sus debilidades. Y sus secretos. En el caso que nos ocupa, un pequeño secreto que no conoce el pueblo alemán. Un pequeño secreto que el pueblo alemán no debe conocer nunca. Ni tampoco las potencias extranjeras y nuestros enemigos internos.

Heinrich Himmler arrastró por la mesa la fotografía y la dejó delante de mí. Hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Yo la cogí entre mis manos y la miré.

—Esta es la señorita Eva Braun, el pequeño secreto de nuestro Führer.

No comentaré ahora lo que sentí al mirar esa fotografía. Lo guardaré para más adelante, para el momento en que tenga que describir a la joven que aparecía en ella. Solo diré que en ese instante todas las dudas y los miedos con los que había acudido a la entrevista desaparecieron. Incluso el vértigo en la boca del estómago. Todas esas sensaciones fueron sustituidas por una enorme curiosidad por saber qué era lo que tenía que contarme el Reichsführer sobre ese aspecto tan privado y tan íntimo de la vida del Führer y por qué lo había desvelado ante mí en ese despacho de la Casa Parda de Múnich.

—Capitán Muntz, tengo que comunicarle que «oficialmente», desde este mismo momento, usted ha sido trasladado del Leibstandarte al Begleitkommando, el servicio de seguridad del Estado Mayor del Führer, sección primera, escolta y acompañamiento.

De manera inmediata me di cuenta de la forma en que el Reichsführer había pronunciado la palabra «oficialmente», así que me atreví a preguntar:

—¿Y extraoficialmente, mi Reichsführer?

—Extraoficialmente, usted se convertirá en el jefe de la seguridad personal de la señorita Eva Braun.

Niñera. Esa es la primera palabra que acudió a mi mente. Resulta que mi destino era convertirme en la niñera de la amante secreta de Adolf Hitler, alguien de cuya existencia nadie sabía nada en Alemania. Sin embargo, rápidamente deseché esa idea de mi cabeza. La frase de mi padre —«El deber; el cumplimiento del deber es lo único que debe importarle a un hombre»— ocupó entonces mi mente. El Reichsführer había dicho que esa misión afectaba a la seguridad del Reich, de tal manera que ese era ahora el deber que se me había encomendado. Y yo tendría que cumplirlo con la misma determinación que si me hubieran ordenado combatir en la más crucial de las batallas.

Heinrich Himmler se recostó en su silla giratoria y, mientras se balanceaba, me dijo:

—Verá, capitán Muntz, el Führer mantiene una relación sentimental con la señorita Braun desde hace unos cinco años. Esta relación es solo conocida por un pequeño círculo de amigos y sus más estrechos colaboradores. Solo aquellas personas que el Führer autoriza están al tanto de la existencia de la señorita Braun. Esto, por supuesto, debe continuar así, y a partir de hoy mismo esa será una de sus responsabilidades. El secreto de la relación de nuestro Führer con la señorita Braun tiene que ser solo conocido por aquellos privilegiados que ya lo conocen o que, en el futuro, el Führer desee que lo conozcan. Por otro lado, tengo que informarle de que durante estos cinco años la señorita Braun ha tenido dos... llamémosles «desgraciados accidentes».

Heinrich Himmler volvió a guardar silencio. Parecía estar buscando las palabras para explicarme cuáles habían sido esos «desgraciados accidentes».

—El primero de los accidentes se produjo en noviembre de 1932. La señorita Braun intentó suicidarse pegándose un tiro en el pecho. Durante días estuvo entre la vida y la muerte. El segundo ha ocurrido recientemente, en mayo de este mismo año. La señorita Braun sufrió una grave intoxicación de narcóticos, exactamente ingirió veinte pastillas de un fármaco llamado Vanoforn. Su recuperación ha sido lenta. Es posible deducir, así, que la señorita Braun tiene una clara tendencia suicida. Y eso no puede ser, capitán Muntz. Eso podría provocar un escándalo. Y entonces, el pequeño secreto de nuestro Führer tal vez acabaría haciéndose público. No, no se crea, todavía no controlamos a la totalidad de la prensa. Además, hay precedentes. Después de lo sucedido con la joven Raubal...

Puedo asegurar que hasta ese momento yo no había escuchado nunca ese apellido. Raubal. En los siguientes años, lo haría en muchas, en numerosas ocasiones. De hecho, un año más tarde, la historia de la joven Raubal me fue revelada en su totalidad. Pero eso ya lo contaré más adelante. El Reichsführer prosiguió:

—A partir de hoy mismo se dedicará en cuerpo y alma a que esos «pequeños accidentes» no vuelvan a producirse. Usted, capitán Muntz, se convertirá en la sombra de la señorita Braun las veinticuatro horas del día, durante los trescientos sesenta y cinco días del año. Por supuesto, tendrá que hacer las habituales comprobaciones sobre su seguridad, para lo que sé muy bien que ya ha sido preparado en Lichterfelde. Pero, además, a partir de esta misma noche usted dormirá, lo haga donde lo haga ella, en una habitación contigua a la suya. Entre las dos estancias habrá siempre una puerta. Cuenta usted con mi autorización, y con la autorización del Führer, para entrar en el cuarto de la señorita Braun siempre que escuche un ruido extraño o detecte una conducta sospechosa en ella. El único momento en que usted no podrá atravesar esa puerta será cuando la señorita Braun esté en compañía del Führer. No podrá abrirla, escuche lo que escuche en su interior, a no ser que el propio Führer se lo pida. Si, movido por la curiosidad, incumple esta norma, puede imaginar las consecuencias que de ese acto se derivarían para su persona. ¿Lo ha comprendido todo, capitán Muntz?

—Perfectamente, mi Reichsführer.

—Bien, bien... Si durante este tiempo observara usted algún cambio en el carácter o la personalidad de la señorita Braun, deberá comunicarlo de forma inmediata. Pero solo podrá trasladármelo a mí. A partir de hoy mismo, usted tendrá línea directa conmigo, tanto de día como de noche.

—Así lo haré, mi Reichsführer.

—Capitán Muntz, me veo en la obligación de hacerle algún comentario con respecto a la personalidad de la señorita Braun —Himmler hizo una pequeña pausa. Antes de volver a hablar,

miró sus manos—. Creo que es necesario que le comunique que la señorita Braun posee un carácter difícil. Un carácter rebelde, digamos que «bohemio». Compagina con gran facilidad estados de ánimo opuestos. Pasa casi radicalmente de la jovialidad y la euforia completas a la melancolía más profunda. Bebe, en ocasiones en exceso. Fuma, pese a que eso desagrade profundamente al Führer. Le gusta preparar fiestas y bailar, sobre todo bailes «prohibidos». Ya sabe, todos esos ritmos negroides que estamos intentando extirpar de la faz de Alemania. Es muy desinhibida en asuntos sexuales y carece completamente de pudor. El Führer se lo consiente todo. Podemos decir que él tiene una mentalidad demasiado «relajada» acerca de las mujeres. Demasiado relajada para mi gusto...

En esas últimas palabras pude apreciar en el rostro de Himmler un gesto de reproche hacia la opinión que el Führer tenía sobre las mujeres.

—Habitualmente, hagan lo que hagan tanto la señorita Braun como sus alocadas amigas, el Führer siempre dice: «Son cosas de mujeres». Yo no comparto ese punto de vista, pero... Hablando de sus amigas, la señorita Braun pasa largas temporadas en su compañía. Cuando esto suceda, usted será también responsable de ellas. Tendrá que evitar que su escandaloso comportamiento pueda comprometernos. Estoy seguro de que sabrá cómo hacerlo. Pero tenga cuidado, intentarán jugar con usted saltándose todas las formas de decoro. Son mujeres caprichosas, capitán Muntz. Muy caprichosas.

—No se preocupe, mi Reichsführer. Todo se hará como usted ha indicado.

Por primera vez Heinrich Himmler se levantó. Caminó de forma pausada alrededor de la mesa. Se sentó sobre ella, muy cerca de mí, y me miró fijamente a los ojos.

—Después de su último accidente la señorita Braun se ha mudado a una casa que el Führer le ha regalado en la Wasserburgerstrasse. Le llevaremos allí esta tarde. Junto a ella se encuentra su hermana menor, tres años más joven, llamada Gretl. Está también su amiga la señorita Kastrup, que hace la labor de dama de compañía. Recientemente, le hemos puesto una camarera. Su nombre es Liesl Rauch. Una chica brillante, procede de una de nuestras escuelas de formación especial, la de Köslin, en Pomerania. Puede confiar por completo en ella. Ha sido especialmente formada para la misión que le hemos encomendado. Para que nos entendamos, ella es «uno de los nuestros». Además, el domicilio cuenta con el servicio de cocina y de limpieza. Los días que el Führer visite la casa, se le comunicará por adelantado. Generalmente, no se presenta nunca de improviso.

El Reichsführer se levantó y regresó a su asiento tras el escritorio. Se colocó los quevedos. En ese momento, me asaltó una duda. Me atreví a preguntar:

—Mí Reichsführer, tengo una pregunta. ¿Ha sido advertida la señorita Braun de mi llegada?

—Sí, naturalmente. No ha sido fácil. Como le he dicho antes, es una joven de carácter difícil. El propio Führer ha tenido que intervenir. Por supuesto, no le hemos informado del auténtico motivo de su presencia; dentro de la casa, ese extremo solo lo conoce la señorita Rauch. Para convencer a la señorita Braun de la necesidad de que usted permanezca allí, nos hemos amparado en un suceso que acaeció unas semanas antes de que se produjera el segundo accidente. El Führer y la señorita Braun habían salido a cenar a uno de sus restaurantes favoritos, el Ostéria Bavaria. A mitad de la cena, él tuvo que abandonar el local por un motivo urgente. A la salida, la señorita Braun fue increpada por una serie de comensales femeninas que le gritaron todo tipo de improperios, entre ellos «zorra del Führer». Le dijimos que situaciones de ese tipo no pueden volver a repetirse bajo ningún concepto. Además, le informamos de que nuestro Führer, aunque cuenta con el amor y la entrega de la mayoría de nuestro pueblo y el respeto de las demás

naciones, tiene también enemigos poderosos, tanto dentro como fuera del Reich. Y que ella podría ser un importante botín para esos enemigos.

En ese momento, y por primera vez durante la entrevista, la mirada del Reichsführer cambió. Hasta entonces había sido una mirada profunda, penetrante pero cordial. Ya, no. En ese instante, su mirada se oscureció. Se tornó sombría.

—Hay algo más, capitán Muntz. La parte más delicada de su misión. Entre otras cosas, usted ha sido elegido para este puesto por algo que ocurrió durante la operación Kolibri. Algo que pasó durante una ejecución de los traidores de Rhöm y que impresionó sobremanera al general Dietrich. Ese suceso y el hecho de que usted no tenga familia, ni prometida, ni amante, ni nada parecido nos ha llevado a pensar que usted es nuestro hombre. Espero que comprenda, de esta manera, lo delicado del asunto que le voy a comunicar.

—Le escucho, mi Reichsführer.

—Mire, anoche, mientras le leía a mi hija Gudrun uno de esos oscuros cuentos de hadas que tanto les gustan a nuestros niños, pensé en usted, en esta entrevista de hoy. ¿Conoce el cuento de *Blancanieves*, capitán Muntz?

—Yo...

—No se preocupe, lo comprendo, usted no tiene niños. En ese relato aparece la figura de un cazador. Un cazador real. La malvada reina estaba tan celosa de una jovencita cuya belleza superaba a la suya que ordenó a ese cazador conducir a la muchacha al bosque, matarla y traer como prueba de su muerte su corazón. El cazador la llevó al bosque, pero no fue capaz de matarla. Así que liberó a la joven, dio muerte a un cervatillo y le llevó a la reina el corazón del animal. En nuestro ánimo está que con su presencia los accidentes de la señorita Braun se terminen y que su existencia continúe reducida a un pequeño círculo de personas rigurosamente seleccionadas. Pero pueden pasar muchas cosas y nuestra obligación es tenerlo todo previsto por si eso sucede. En algún momento, capitán Muntz, la situación se puede complicar. De tal manera que, si ese momento llega, yo le pediré que lleve a la señorita Braun al bosque, la mate y me entregue su corazón. Y usted lo hará, porque creemos que usted no es como el cazador real. ¿Lo comprende?

No sabía qué contestar. En realidad, ni siquiera sabía si era cierto lo que acababa de escuchar. Por supuesto que lo había comprendido, pero... tenía que hacerle una pregunta:

—Disculpe, mi Reichsführer, pero... de esto que me acaba de comunicar... ¿está al corriente el Führer?

Por primera vez, Heinrich Himmler esbozó una sonrisa y gesticuló, extendiendo ligeramente sus brazos.

—¡Por favor, capitán Muntz! En el Reich no se toma ninguna decisión que no cuente con el beneplácito del Führer. Es más, esto que le acabo de comunicar es una decisión que partió de él. La tomó después del segundo accidente de la señorita Braun. Tenga por seguro que todo lo que hemos hablado hoy en este despacho es una orden directa del Führer. He comenzado explicándole que el asunto de la señorita Braun puede poner en peligro la seguridad del Reich. Antes de que eso suceda, esperemos que la Providencia no lo quiera, la señorita Braun deberá ser eliminada sin dejar rastro. Usted solo se encargaría de su eliminación física. Nosotros nos ocuparíamos de borrar todas las huellas, de borrar su vida. Cuando termináramos, se lo aseguro, no habría nadie que pudiera decir que existió una persona llamada Eva Braun. Tenemos experiencia, capitán Muntz. Ya lo hemos hecho con anterioridad. Como le he dicho antes, esperamos que, gracias a su presencia, este extremo no se produzca nunca. Pero si ese momento llega, solo yo, de una manera u

otra, me pondré en contacto con usted para decirle una sola palabra. Grábela en su memoria, capitán Muntz, porque la próxima vez que la escuche de mi boca usted tendrá que eliminar a la señorita Braun. La palabra será Blancanieves. Pero recuerde, por encima de todo, que esa palabra solo podrá salir de mi boca, de nadie más.

—Lo he entendido, mi Reichsführer. Todo se hará como usted y el Führer han ordenado.

—Buen soldado. Estamos convencidos de que no nos equivocamos con su elección. Creemos firmemente que la señorita Braun estará en buenas manos con usted y, respecto al segundo asunto, pensamos que su lealtad al Reich y a nuestro Führer allanará el camino de una decisión tan dolorosa. Pero de momento, olvidemos por completo esa segunda opción y centrémonos en la seguridad de la señorita Braun. Ahora, Rolffes le acompañará ante el jefe del Begleitkommando, Bruno Gesche. Él le entregará la documentación y las órdenes procedentes. Esto es todo, capitán Muntz. Le deseo buena suerte en el cumplimiento de su deber.

Algo mareado por todo lo que había escuchado, me incorporé, realicé el saludo reglamentario y me dispuse a salir del despacho del Reichsführer. Himmler volvió a sus papeles, pero antes de que yo alcanzara la puerta se dirigió otra vez a mí:

—Capitán Muntz, solo una cosa más. Como habrá podido ver en la fotografía que le he enseñado, la señorita Braun no posee una belleza extraordinaria, pero sí una gran capacidad de seducción. Es una joven de personalidad atractiva, incluso podríamos decir que «cautivadora». Tenga cuidado con ella, no se deje embaucar.

—Mi Reichsführer, puede estar tranquilo. No soy un hombre al que se pueda embaucar fácilmente.

Heinrich Himmler dijo algo más. Creí percibir un deje de amargura en esas últimas palabras. Un reproche hacia el hombre al que más admiraba y al que lealmente servía.

—Le repito que tenga cuidado. No olvide nunca que la señorita Braun ha conseguido embaucar al propio Führer.

* * *

El mismo edecán que me acompañó a mi llegada a la Casa Parda (Rolffes lo llamó el Reichsführer) fue el encargado de conducirme a presencia de Bruno Gesche, el jefe del Begleitkommando. Gesche tenía su despacho en la primera planta, en lo que con anterioridad a la purga de Rhöm habían sido despachos propiedad de las SA. Gesche era un tipo serio, poco hablador, de rostro adusto. La simpatía no era uno de sus fuertes. Eso sí, lucía en la solapa de su guerrera la insignia de oro del Partido, lo que lo identificaba como un *alterkameraden* del Führer, un combatiente de los «años de lucha». Desde que atravesé la puerta de su despacho me miró con desconfianza, incluso llegué a pensar que con un poco de envidia. Yo, un jovencuelo recién llegado del Leibstandarte, entraba a formar parte del Begleitkommando, pero ni siquiera estaba bajo su mando, porque mi superior directo era el propio Reichsführer Himmler. Gesche tenía toda la documentación ya preparada sobre su mesa cuando me presenté ante él. Lo primero que hizo fue entregarme una especie de cartilla.

—Capitán Muntz, esto es la Gelbe Ausweiss, la identificación amarilla. Con este documento podrá usted cruzar todos los puestos y controles policiales del Reich. Esta identificación le abrirá las puertas de cualquier lugar, incluso de aquellos que las tienen herméticamente cerradas.

Después, me entregó una serie de carpetas, de las que previamente había extraído un buen número de documentos en los que tuve que estampar mi firma, mientras él se limitaba a poner sobre ellos un sello oficial del Reich. Al tiempo que realizábamos esta tarea burocrática, me dijo:

—He de comunicarle que su sueldo oficial será de 500 *reichsmarks* al mes. El encargado de firmar su nómina será Hans Heinrich Lammers, el jefe de la Cancillería del Reich. Sin embargo, el Reichsführer me ha comunicado que sus emolumentos serán muy superiores, se le asignará una especie de sobresueldo extra costado por la Reichsführerreferat, la Oficina del Reichsführer, a la que ha sido adscrito. Es usted un hombre privilegiado, capitán Muntz.

Más tarde abrió uno de los cajones de su escritorio y extrajo de él una pistola y varios correajes, que a partir de ese momento yo debía llevar de forma permanente. La pistola era una Walther PPK, calibre 7,65 milímetros. Tres de los correajes estaban diseñados para hacer juego con mi uniforme del Leibstandarte, los otros dos, de piel marrón oscura, eran para cuando vistiera ropa de civil. Allí mismo, delante de él, Gesche hizo que me pusiera uno de los correajes y que introdujera mi pistola en la funda correspondiente. A partir de ese momento, y hasta el final, la Walther no dejó de acompañarme ni un solo día de mi vida.

Entre las órdenes que Gesche me impartió estaba el tipo de tratamiento que a partir de ahora tendría que utilizar en presencia del Führer. «*Mein Führer*» siempre que me dirigiera a él; «sí, sin falta, *mein Führer*» cuando me requiriera para cualquier tipo de servicio. Era obligatorio hacer el saludo reglamentario siempre que mi encuentro con el Führer fuera a nivel oficial o delante de otras personas, por ejemplo, cuando descendiera de un vehículo. Sin embargo, como muchos de mis contactos con él tendrían lugar en el ámbito privado, en esos momentos estaba exento de realizar cualquier tipo de saludo, e incluso me aconsejó que intentara llevar las conversaciones de una manera natural y sencilla, sin formalismos. Para la señorita Braun, me indicó que aquellas personas que eran conocedoras de su existencia solían dirigirse a ella, en presencia del Führer, como *gnädiges fräulein*, «distinguida señorita». Pero claro, mi situación era distinta. Gesche quiso hacer una broma al respecto, que no me hizo ninguna gracia:

—Su situación es distinta, capitán Muntz. En realidad, usted va a pasar tanto tiempo con esa señorita que supongo que podrá dirigirse a ella como le dé la gana.

Y dicho esto, me guiñó el ojo de forma pícara. Yo no respondí, permanecí igual de serio que hasta ese momento, y Gesche cambió de tema de forma inmediata. Me informó de que los dos agentes que me habían conducido desde la estación hasta la Casa Parda, Frick y Reisser, me trasladarían inmediatamente a la Wasserburgerstrasse. Se despidió de forma correcta, me deseó suerte en mi nuevo destino y me dijo que seguiríamos en contacto.

Llegados a este punto de mi relato, me gustaría describir mi sensación cuando abandoné ese día de agosto la Casa Parda de Múnich. Dije anteriormente que por aquella época yo era un nacionalsocialista convencido. Y realmente lo era. No sé exactamente cuándo dejé de serlo, quizá todo formara parte de un lento proceso que se prolongó a lo largo de los años. Durante aquel tiempo, conocí muchas cosas, a mucha gente, a la gente del círculo interno que rodeó a Adolf Hitler. Conocí a hombres ambiciosos, a hombres mentirosos, fui testigo de intrigas y traiciones inimaginables. Aquello se desplegó ante mí como lo peor de la naturaleza humana en todo su esplendor. Es posible que todo lo visto, todo lo escuchado, todo lo vivido me hiciera ir perdiendo poco a poco la fe en aquellas ideas que me habían inculcado. Sí sé que comencé a odiar a Hitler durante aquellas largas horas en aquel búnker infame. Cuando fui consciente de su cobardía, cuando vi cómo arrastraba hacia la muerte, en un baile macabro, a todas aquellas personas que yo

quería. Cuando vi cómo convertía su propio fracaso en el fracaso de todos, de todo un pueblo. Fue entonces cuando me di cuenta de lo equivocados que habíamos estado mi padre y yo. De lo equivocado que había estado durante todos esos años en que lo serví y lo admiré. De lo ciego que había estado el pueblo alemán. Para llegar a esa parte de mi historia aún queda un largo camino. No puedo decir que aquel día de agosto mi fe en el nacionalsocialismo mermara, pero mi idealismo, sí. El idealismo que me acompañara durante mis años en las Juventudes Hitlerianas y en el Leibstandarte desapareció casi espontáneamente mientras descendía por las escaleras de la Casa Parda. Aquello que había escuchado en el despacho del Reichsführer Himmler me había causado una profunda impresión y desató una especie de catarsis en mi interior. Repito que no puedo afirmar que en ese momento fuera menos nazi que unas horas antes, pero sí que el Werner Muntz que abandonó ese edificio era un hombre más pragmático y mucho menos idealista que el que había entrado en él. Sí, creo que puedo concluir que mi idealismo quedó enterrado para siempre entre las cuatro paredes del despacho del Reichsführer Himmler en la Casa Parda de Múnich.

3

EL ENCUENTRO

Mientras nos dirigíamos hacia la Wasserburgerstrasse, el cálido sol estival desapareció del cielo de Múnich dando paso a unas negras y amenazadoras nubes de tormenta. El silencio dentro del Mercedes sedán era total. Reisser y Frick no intercambiaron ni una sola palabra conmigo. Solo cuando nos acercamos a la casa de la señorita Braun, Reisser se giró hacia mí y me dijo:

—Es aquí.

Esa fue toda nuestra conversación. Podría decir que la casa de la Wasserburgerstrasse me sorprendió o me impactó. Pero no sería verdad. Era una más de los cientos de casas munitesas que había visto durante aquel recorrido por las calles de la ciudad. Un edificio de dos plantas de piedra grisácea, ventanas con dobles persianas de rejilla blancas y el tradicional tejado inclinado munités de teja roja. La rodeaba un muro de piedra de no mucha altura. Detrás de él podían apreciarse árboles típicos de la zona y un cuidado jardín. La fachada principal estaba orientada hacia un portalón de madera que Reisser se encargó de abrir. Aparentemente, no había ningún tipo de seguridad. Quizá eso formaba parte de la intriga, de la operación de ocultamiento puesta en marcha por la seguridad del Estado. Vista desde fuera, nadie podía imaginarse que allí vivía la amante del hombre más poderoso de Alemania y uno de los más poderosos y temidos del mundo. La amante de Adolf Hitler.

La parte trasera de la casa daba directamente a un sombrío callejón que, muy pronto descubrí, era muy importante para el camuflaje con el que se quería ocultar la verdad de lo que pasaba entre sus muros.

Descendí del vehículo, atravesé el portalón y, caminando de manera tranquila, crucé el jardín en dirección a la puerta de entrada de la casa. Antes de marcharse, Frick y Reisser me desearon buena suerte en mi misión, algo que hacía todo el mundo. Lamenté entonces no haber entablado conversación con ellos. Seguramente conocían a la señorita Braun y podrían haberme dado algún importante consejo sobre como ganármela. Aunque, bien pensado, quizá era mejor irlo descubriendo por mí mismo.

Tengo que reconocer que, por un lado, estaba un poco nervioso por lo que podía encontrarme dentro de aquella casa. El comentario del Reichsführer sobre el carácter difícil de la señorita Braun me había preocupado desde el principio. En aquel momento podía decirse que el conocimiento de las mujeres y su mundo no era mi fuerte. Había estado con muchas chicas durante mi estancia en Lichterfelde, ese tipo de chicas que se acercaban a los acuartelamientos militares buscando aquello que ya se imaginan y que, por supuesto, nosotros estábamos encantados de

darles. Esas relaciones de una sola cita y una especie de novia, de nombre Margarete, que tuve en las Juventudes Hitlerianas, eran todo el conocimiento que yo tenía del sexo femenino. Sin embargo, ahora iba a enfrentarme en un ambiente hostil a una mujer que no debía de tener muchas ganas de verme. Y a mí, pese a mi juventud, me gustaban los retos. Eso sería una buena actitud para enfrentarme a la señorita Braun: tomarme como un reto el conseguir ganarme su confianza. Bueno, a lo mejor aquello solo era una treta psicológica interna para negarme a reconocer que sentía un poco de miedo a estar por primera vez, cara a cara, con la amante del Führer. Con todo lo que eso suponía.

Desechando esos pensamientos de mi cabeza, subí los cuatro peldaños que daban acceso al porche y pulsé el timbre junto a la puerta central de la casa.

Abrieron al instante. Era muy posible que me estuvieran esperando o que nos hubieran visto llegar desde alguna de las ventanas que daban a la Wasserburgerstrasse. Durante una fracción de segundo, mientras descendía del Mercedes sedán, me pareció ver una sombra asomada a una de las de la segunda planta, pero rápidamente desapareció. O era una ilusión óptica o a lo mejor alguien me observaba ya desde una de las ventanas.

Fueron dos las mujeres que aparecieron tras la puerta. Una de ellas, de unos treinta años, agraciada, elegantemente vestida y con un porte sofisticado. Tuve el convencimiento de que se trataba de la señorita Kastrup, la dama de compañía de Eva Braun. La otra era una jovencita, rondaría los veinte años. Inmediatamente percibí que tenía un gran parecido con la muchacha de la fotografía que me había mostrado el Reichsführer Himmler en su despacho. Aunque detecté algo distinto en su rostro. Sus ojos. Los ojos de la joven de la fotografía resultaban inocentes, casi adolescentes, pero no estaban desprovistos de una determinada melancolía. Sin embargo, la jovencita que me escrutaba ahora de arriba abajo poseía unos ojos vivarachos, muy abiertos, que parecía que iban a salirse de sus órbitas. Inmediatamente supuse que se trataba de Gretl, la hermana menor de la señorita Braun.

—Buenas tardes, soy el capitán Werner Muntz. He venido a hacerme cargo de la seguridad de la señorita Eva Braun.

—Bienvenido, capitán Muntz. Pase, pase, esperábamos su llegada —dijo la mujer de porte sofisticado, abriendo la puerta de par en par y retirándose a un lado—. Soy la señorita Kastrup, la dama de compañía de la señorita Braun. Ella —dijo señalando a la muchacha de los ojos vivarachos— es Gretl, su hermana menor.

Era muy graciosa. La hermana de la señorita Braun hizo una especie de extraña inclinación, como sacada de las películas de época de Hollywood. Yo no supe cómo reaccionar, y al final realicé el anticuado gesto de cortesía de besarle la mano. La jovencita se puso muy contenta y empezó a lanzar miradas ilusionadas hacia la señorita Kastrup, ese tipo de miradas que cruzan las jóvenes en los bailes con una amiga a la que quieren indicar el muchacho que les gusta.

Tengo que reconocer que durante muchos años Gretl Braun fue una de mis debilidades. Nuestra relación solo se truncó cuando contrajo matrimonio con Hermann Fegelein, ocho años después de ese primer encuentro en la casa de la Wasserburgerstrasse. Pero de eso ya hablaré en su momento.

—Acompáñenos, capitán Muntz. La señorita Braun le recibirá en su habitación.

Los tres ascendimos por las escaleras que conducían a la primera planta. Una vez dentro, en la casa se respiraba una atmósfera de calidez y sencillez muy especial. Estaba bien decorada, tanto los muebles como las lámparas eran elegantes, pero nada ostentosos. El lugar desprendía una luz

propia, muy intensa. Podía decirse que era una residencia muy acogedora, pero, al igual que sucedía con su exterior, no creo que nadie pudiera imaginar que allí dentro residiera la amante de Adolf Hitler.

Llegamos ante una puerta sobria, de roble marrón, con un picaporte dorado.

—Un momento, por favor, capitán Muntz.

A continuación, la señorita Kastrup abrió la puerta y desapareció tras ella. Yo permanecí fuera con la joven Gretl, que no dejaba de sonreírme y mirarme con sus ojos vivarachos.

—Puede pasar, capitán Muntz. La señorita Braun le espera.

La señorita Kastrup dejó la puerta abierta. Yo me quité mi gorra de plato (no lo había hecho hasta ese momento) y entré en la habitación. Mientras lo hacía, aún pude escuchar cómo Gretl le decía a la señorita Kastrup, mientras descendían por las escaleras:

—¿Lo has visto? ¡El capitán me ha besado la mano!

* * *

Un disco de Electrola giraba en una radiogramola incrustada en un mueble de nogal americano, mientras las notas de «Die ganze Welt ist Himmelblau» inundaban la habitación. La frase del Reichsführer Himmler, «El Führer le permite todo», tronó en mi cabeza. Era verdad. Esa música interpretada por la orquesta de Marek Weber estaba prohibida en el Reich. Weber era un compositor judío, y su obra había sido considerada «degenerada» por la Cámara de Música del Reich un año antes. Una prohibición que no parecía afectar a esa estancia donde habitaba la amante secreta de Adolf Hitler.

Al igual que el resto de la casa, la habitación de la señorita Braun era muy acogedora, decorada con gusto, con muebles sencillos, pero no carentes de elegancia. Eva Braun estaba de espaldas a la puerta, sentada en un balancín frente a una ventana que daba a la Wasserburgerstrasse. Había comenzado a llover y la lluvia golpeaba con fuerza en el cristal. El lugar estaba casi en penumbra, la oscuridad que había invadido el cielo de Múnich parecía haber penetrado en el interior de aquella estancia.

La señorita Braun llevaba una bata de seda de color blanco. No se giró hacia mí en ningún momento, su mirada estaba clavada en la lluvia que se estrellaba en el cristal de la ventana. Conforme me acercaba a ella, llegó hasta mí un delicado olor a perfume francés. Una especie de aroma de rosas. Me detuve unos pasos detrás de ella y hablé:

—Señorita Braun, soy el capitán SS Werner Muntz. He venido para hacerme cargo de su seguridad.

Eva Braun no hizo ningún movimiento. Continuó mirando hacia la calle, hacia esa lluvia que no dejaba de golpear el cristal. Pero sí me habló:

—Así que usted es mi niñera, ¿no?

—No, señorita Braun, no soy su niñera; soy su jefe de seguridad personal.

—Lo que le decía, mi niñera. ¿Y quién lo ha enviado? ¿El «leal» Heinrich?

Había un tono de reproche en su voz en la forma de pronunciar la palabra «leal».

—Escuche, señorita Braun, el Führer le habrá informado...

Por primera vez Eva Braun giró su cabeza hacia mí y me miró. Me miró con sus bonitos ojos azulados (porque sus ojos no eran azules, eran azulados) y un gesto que mezclaba en su rostro la

candidez casi adolescente con la desconfianza. En ese momento me di cuenta de que el parecido de la señorita Braun y su hermana Gretl era mayor del que en un primer momento yo había percibido.

—Por lo menos ha elegido bien —dijo Eva Braun sin apartar su mirada de la mía—. Ya hacía falta un hombre apuesto en esta casa. ¿Y cómo está el «leal» Heinrich?

—El Reichsführer...

—No me gusta ese hombre. Nunca me ha gustado. Me parece siniestro. Todos esos hombres de uniforme negro me parecen siniestros. ¿No está usted de acuerdo, capitán Muntz?

—No, no estoy de acuerdo, señorita Braun. Creo que somos muy afortunados al poder contar con hombres como él al frente de la nación. El Führer necesita a los mejores para poder desarrollar sus proyectos, y sin duda el Reichsführer...

—Es verdad, no me había dado cuenta de que usted también lleva ese uniforme siniestro. Todos ustedes hablan igual, todos dicen las mismas cosas. —Eva Braun volvió a girarse hacia mí, esta vez con un gesto divertido en su cara—: ¿De dónde salen ustedes, capitán Muntz? ¿Dónde los forman para ser todos iguales?

—A los demás no lo sé, señorita Braun. A mí me han formado en el cuartel general de los Cadetes Imperiales Prusianos de Lichterfelde. En el Leibstandarte SS Adolf Hitler.

Eva Braun no contestó, pero interpreté por su gesto que le había gustado mi respuesta. Contemplando su rostro comprendí lo que me había dicho el Reichsführer esa misma mañana. Posiblemente Eva Braun no poseía una belleza extraordinaria, pero sin duda era una mujer atractiva. Podía decirse que muy atractiva. El Reichsführer empleó la palabra «cautivadora». Yo todavía no podía decir eso, pero solo con mirar tres veces esa cara llegué a la conclusión de que había una lógica en que el Führer se hubiera enamorado de esa joven. El Reichsführer dijo que era una mujer que acostumbraba a compaginar estados de ánimo opuestos. Eso lo podía comprender, porque era lo que destilaba su rostro. Una mirada triste encerrada en unos ojos tan joviales como los de su hermana Gretl. Una sonrisa melancólica que escondía unas innatas ganas de reír. El rostro de Eva Braun siempre me pareció como un puente colgante tendido entre la calidez adolescente de la inocencia y el perverso misterio de los deseos inconfesados. Y eso era algo que abría de par en par las puertas de la imaginación de un hombre.

—Capitán Muntz, no nos andemos con rodeos. No hacía ninguna falta que el Führer me pusiera un guardián las veinticuatro horas del día. Estoy convencida de que fue idea de Himmler que...

—Señorita Braun, esta vez seré yo quien la interrumpa. El Führer está preocupado por su seguridad y el Reichsführer comparte esa preocupación. Fui informado de que recientemente sufrió usted crueles insultos en la calle, a la salida de un restaurante...

—¡Por favor, capitán! ¡Aquellas mujeres estaban borrachas! Fue un incidente sin importancia...

—Pues el Führer y el Reichsführer no piensan lo mismo. Además, ese muro de ahí fuera lo puede saltar cualquiera y usted estaría expuesta...

Eva Braun hizo un gesto con la mano, como si quisiera que parara. Callé. En sus ojos azulados distinguí un brillo distinto, como si en ellos empezaran a formarse pequeñas lágrimas.

—Ya basta, capitán. No hace falta que invente más excusas. Usted y yo sabemos perfectamente por qué han abierto esa puerta en mi habitación.

Eva Braun señaló la puerta. Hasta ese momento yo no había caído en ella. Estaba entre su

tocador, repleto de caros perfumes y cosméticos franceses, y el acceso a su baño. Era la puerta que comunicaba su habitación con la mía.

—El Führer quiere que lo que hice no se repita. Yo le prometí que no volvería a suceder, capitán Muntz. Tenía que haber confiado en mi palabra.

No lo pudo evitar. Una lágrima rodó por su mejilla.

—Señorita Braun, estoy aquí por decisión del Führer. He de limitarme a cumplir con el deber que me ha sido encomendado, no puedo hacer otra cosa. Soy un soldado, recibo órdenes y las cumplo. Desde este momento he de velar por su seguridad personal y por la seguridad de la casa, y así lo haré. Solo le pido que colabore conmigo, que no me lo ponga difícil. Cualquier queja que tenga, trasládesela al Führer. Yo no soy responsable de esta situación.

—Tiene usted razón, capitán. Le estoy culpando por algo de lo que usted no tiene la culpa. Perdóneme. Las últimas semanas no han sido fáciles...

—No se preocupe. Lo comprendo.

Eva Braun se levantó. Por primera vez pude verla de cuerpo entero. Era muy delgada, mucho más de lo que había sospechado cuando el Reichsführer me enseñó su fotografía en la Casa Parda. Su figura era estilizada, aunque prácticamente no tenía pecho. Su forma de andar era elegante, muy diferente a la de su hermana Gretl, mucho más atolondrada.

Caminó por la habitación en dirección hacia la radiogramola. Cambió el disco de Electrola por otro de la misma compañía. Colocó con suavidad la aguja en el vinilo, «Schwarze Augen», también de ese judío proscrito de Marek Weber. La melodía del tango letón invadió la estancia, mientras la señorita Braun se dirigía hacia una mesita iluminada por una lámpara de pantalla que había junto a su cama. Las lágrimas habían desaparecido de su rostro. Ya parecía otra persona, su cara ya tenía otro brillo, otra luz. De un cajón de su mesilla de noche sacó una pitillera de cedro y un encendedor dorado. Poco después descubrí que ese encendedor era de oro macizo y tenía grabada una dedicatoria del Führer. Abrió la pitillera y la extendió hacia mí.

—¿Quiere un cigarrillo, capitán Muntz?

—No, gracias, señorita Braun. No fumo.

Sonrió. Se llevó el cigarrillo a la boca y lo encendió. Dio una fuerte calada y expulsó el humo. El aroma del tabaco turco inundó la estancia, imponiéndose al delicado perfume de rosas que emanaba de su cuerpo. Caminó de nuevo hacia el balancín y se sentó. «Fuma, pese a que eso desagrada profundamente al Führer». La voz del Reichsführer resonó dentro de mi cabeza.

—No fuma. Eso le gustará al Führer. ¿Sabe una cosa?, el Führer tiene un miedo patológico a la enfermedad, concretamente al cáncer. Él piensa que los cigarrillos provocan cáncer. ¿No le parece una estupidez, capitán Muntz?

No contesté. No podía contestar. Ella lo sabía, me estaba poniendo a prueba. En aquel momento empecé a sospechar algo acerca del carácter de Eva Braun. Todo lo que hacía, todo lo que decía, era de manera deliberada. Nada en ella era fruto de la casualidad o del desconocimiento.

—Perdone, capitán, a veces se me olvida que ustedes no pueden hablar de esas cosas. Pero sí que podemos hablar de otras cosas. Por ejemplo, de esa puerta.

—No debe preocuparse por ella, señorita Braun. No es mi intención invadir en modo alguno su intimidad, de eso le puedo dar mi palabra. Esa puerta no se abrirá nunca, a no ser...

—¿A no ser qué, capitán Muntz?

—A no ser que escuche algún ruido sospechoso que me indique que su seguridad está en peligro. Solo en ese caso he sido autorizado para abrir esa puerta. He comprometido mi palabra y he apelado a mi juramento. Puede estar tranquila, me distingo por cumplir a rajatabla mis obligaciones...

—¿Por eso está usted aquí? ¿Por eso lo han elegido? ¿Quién lo ha elegido, capitán? Ha sido Himmler, ¿verdad?

—No. Ha sido el jefe del Leibstandarte, el general Otto Dietrich. He obtenido el visto bueno del Führer y del Reichsführer Himmler. En cuanto a la primera pregunta, no sé exactamente por qué me han elegido. Supongo que pensaron que era la persona idónea para hacerme cargo de su seguridad. Quizá también haya influido mi historial...

—¿Tiene novia o prometida, capitán Muntz? —Eva Braun puso un gesto pícaro en su rostro mientras daba otra larga calada a su cigarrillo.

—No, señorita Braun. No tengo ni novia ni prometida.

—Pues debería tenerla, capitán. Los hombres que permanecen solos se vuelven aburridos y amargados. Además, usted es un hombre apuesto, supongo que no le costaría...

Alguien llamó a la puerta. Tres pequeños toques con el puño.

Eva Braun apagó el cigarrillo en un cenicero de cristal que tenía en una mesita junto al balancín. Me di cuenta de que allí había también un libro de Pearl S. Buck, titulado *Viento del Este, Viento del Oeste*. Utilizaba una flor seca como separador.

—Es Liesl, mi nueva camarera. Antes teníamos a una chica húngara, pero tuvimos que despedirla —se acercó a mí, como si fuera a contarme una importante confidencia—. Robaba. Así que le pedí al Führer una nueva y me la trajeron a ella. Es muy eficiente. Y muy guapa. Debería fijarse en ella, capitán. Tampoco tiene novio ni prometido. Y necesita urgentemente un hombre, yo esas cosas las huelo.

Volvió a sonreír de manera provocativa. Dirigió su mirada a la puerta y gritó:

—¡Pasa, Liesl!

La chica abrió la puerta y entró. Llevaba un carrito con una bandeja en la que había un vaso largo y varias botellas. Botellas de licor.

—Le traigo lo que me ha pedido, señorita Braun —dijo Liesl.

Eva Braun no se equivocaba. Bueno, no se equivocaba en una parte de lo que dijo. En otra parte, sí. Efectivamente, la chica era muy guapa. Tenía unos rasgos faciales perfectos, según los cánones de la raza aria. Pelo castaño, con un corte a media melena muy acorde con la última moda de las chicas de una posición social más alta que la suya y que contrastaba con la blancura de su piel. Tenía unos bonitos ojos azules, aunque algo fríos, de un azul más intenso que el de la señorita Braun. Había un gesto de timidez y de sencillez en su rostro que la hacía muy atractiva. Y al igual que la señorita Braun, su figura era delgada y estilizada. Vestía un bonito uniforme negro, una cofia y un delantal de puntilla de chantilly blanco, medias negras y zapatos del mismo color.

Sin embargo, Eva Braun se equivocaba en otra cosa. Posiblemente, la camarera húngara no robaba y Liesl no llegó a esa casa por casualidad. Esa chica era Liesl Rauch, la joven de la escuela especial de Köslin formada por las SS para cumplir ese trabajo específico. «Ella es uno de los nuestros», había dicho el Reichsführer. Eva Braun lo desconocía, pero su servicio de seguridad no estaba formado exclusivamente por mí.

La chica vertió el licor en el vaso largo, mientras me lanzaba pequeñas y tímidas miradas. Eva

Braun cogió el vaso en la mano.

—Gracias, Liesl. ¿Quiere un trago, capitán Muntz?

—No, gracias. Tampoco bebo.

—Habrá que cambiar esos malos hábitos en usted, capitán. Eso puede suponer para mí un entretenimiento extra —volvió a bromear. Dio un largo trago al licor.

La Eva Braun desconfiada que me recibió había desaparecido. En un corto espacio de tiempo había conocido dos personalidades distintas. A lo largo de los años eso siempre sería así. Cada mañana me despertaba pensando a qué Eva Braun me enfrentaría. Algunos días empezaba siendo una, y pocas horas después era otra. Es curioso, pero creo que solo ante el Führer fue siempre la misma: ante el Führer únicamente había una Eva Braun.

—Liesl, este es el capitán Muntz. A partir de hoy se hará cargo de la seguridad de la casa.

La chica volvió a lanzarme una mirada tímida, mientras hacía una especie de inclinación.

—Ah, se me olvidaba decírtelo: el capitán no tiene novia. Aprovecha, Liesl, no siempre se tienen oportunidades así.

Eva Braun lanzó una pequeña carcajada. Tenía una risa bonita, muy agradable. Dio otro largo trago al licor. «Bebe, en ocasiones en exceso», había dicho el Reichsführer. Liesl inclinó la cabeza. Me pareció distinguir un brote de rubor en su rostro.

—Ahora, si no le importa, Liesl le enseñará su habitación. Supongo que estará fatigado y tendrá ganas de descansar. Ah, la cena es a las ocho. Cenará usted en el salón de abajo, con la señorita Kastrup y mi hermana Gretl. Espero que me disculpe, pero yo lo haré aquí, en mi habitación. Todavía no estoy muy recuperada...

—No se preocupe, señorita Braun. Lo comprendo.

—Otra cosa, capitán Muntz... Si le molesta en algo, disculpe a mi hermana Gretl. Lleva toda la semana muy ilusionada esperando su llegada. «Todo un capitán de las SS», decía. Compréndalo, capitán. Es muy joven.

—Esté tranquila, señorita Braun. Su hermana es una chica encantadora.

—Liesl, acompaña al capitán a su habitación. Luego ven aquí, tengo que hablar contigo.

—Sí, señorita Braun —respondió Liesl, que comenzó a caminar hacia la puerta.

—Señorita Braun... —me despedí, haciendo una inclinación con la cabeza.

—Hasta mañana, capitán. Espero que descanse bien.

Eva Braun se quedó allí, en su balancín, mirando a través de la ventana cómo anocheecía en la Wasserburgerstrasse. Continuaba lloviendo. La lluvia seguía golpeando el cristal.

Fue al abandonar la habitación y salir al pasillo cuando se produjo la transformación. La timidez de Liesl desapareció. Su rostro cambió. Sus ojos cambiaron. Se había convertido en otra mujer. Y había demostrado ser una gran actriz. Posiblemente, la mejor actriz que yo haya conocido en toda mi vida.

—Oh, qué ganas tenía de dejar de fingir —dijo, extendiendo su mano hacia mí. Yo se la estreché—. Capitán, soy Liesl Rauch. Estoy segura de que el Reichsführer le ha hablado de mí. Acompañeme, le mostraré su habitación y, de paso, tendremos una pequeña conversación.

Como era de suponer, se accedía a mi cuarto por la puerta contigua a la de Eva Braun. Liesl la abrió y encendió la luz de la estancia. Entramos en su interior.

Yo permanecí junto a la puerta, Liesl caminó hacia la que sería mi cama y se sentó en ella. Se descalzó y, acariciándose los dedos de los pies, dijo:

—Uf, estos zapatos me están matando...

Yo me limité a mirar la habitación. Por supuesto, en cuanto a elegancia y sencillez, estaba en consonancia con el resto de la casa, solo que era bastante más austera. «Espartana» sería la palabra adecuada. Liesl no tardó en explicarme el porqué:

—Sé lo que está pensando, pero le diré que los muebles de su habitación han sido elegidos personalmente por el propio Führer. Considera que usted proviene del ámbito militar, como él, y que en un entorno así se sentirá más cómodo.

—La habitación está muy bien —me limité a decir.

Disponía de una cama, solo un poco más grande que la que tenía en Lichterfelde, y de un armario ropero de madera marrón que cubría toda una pared; a un lado, una pequeña puerta escondía un cuarto de baño que incluía el lavabo, el inodoro y una ducha. Toda la estancia estaba iluminada por pequeñas lamparitas de pantalla. Había también una ventana que daba al portalón de madera de la entrada y a la Wasserburgerstrasse. En una pared desnuda habían colocado una acuarela con una típica estampa múniquesa: la Marianplatz en un día lluvioso.

Liesl se levantó de la cama y se dirigió hacia el armario ropero. Lo abrió.

—Aquí tiene seis uniformes del Leibstandarte y otros seis trajes de civil, todos han sido hechos a medida para usted. En los próximos días llegarán sus pertenencias desde Berlín. Espero que le quepa todo...

—No se preocupe, Liesl. Mis pertenencias tampoco son gran cosa.

—Muy bien. Mire, capitán, usted y yo estamos juntos en esto. Nuestra misión es que los «accidentes» de la señorita Braun no vuelvan a repetirse. Y, por supuesto, que la relación que nuestro Führer mantiene con la señorita Braun continúe oculta para el pueblo alemán. Por el momento, será mejor que nuestras entrevistas no se produzcan ni en mi habitación, ni en la suya. En la planta baja, junto a la cocina, hay un pequeño cuarto que prácticamente no se utiliza. Si quiere entrar en contacto conmigo, escríbame una nota, hágamela llegar disimuladamente y nos encontraremos allí, en el momento que usted desee. Yo utilizo también ese lugar para redactar las notas que le envío al Reichsführer...

—¿Le envía notas al Reichsführer? ¿Sobre la señorita Braun?

—Naturalmente, lo hago cada día. Empleamos la compra que recibimos a diario como método de contacto. A mí me mandan las instrucciones a seguir ocultas entre los paquetes y yo hago lo mismo para enviar mis mensajes. No sé qué órdenes habrá recibido usted del Reichsführer, capitán Muntz, pero a mí se me encomendó que fuera sus ojos dentro de esta casa, y eso es lo que soy. Forma parte de mi trabajo. El Reichsführer está muy preocupado con el asunto de la señorita Braun. Considera que es una mujer imprevisible...

—¿Y el Führer está al corriente de todo esto?

—Naturalmente. El Reichsführer solo cumple órdenes del Führer.

Me acerqué al armario ropero y examiné mis uniformes y trajes. Le pregunté a Liesl:

—¿Por qué cree que lo hace?

—¿Que hace qué, capitán Muntz?

—La señorita Braun, sus «accidentes...». ¿Por qué cree que lo hace?

Liesl Rauch volvió a sentarse en la cama. Percibí una mirada analítica en sus ojos. Por un momento, cruzó por mi cabeza la idea de si sería ella también la encargada de enviar al Reichsführer información sobre mí. Deseché rápidamente ese pensamiento. No parecía tener

lógica. Estaba seguro de que yo conocía cosas de las que Liesl Rauch no podía estar al corriente.

—Está muy sola —contestó Liesl—. El Führer es una persona muy ocupada, tiene muy poco tiempo para ella. Y ella está muy enamorada. Pocas veces he visto a una mujer tan enamorada. En ocasiones me da pena. La he sorprendido llorando en su habitación y por los pasillos de la casa. Todas las mañanas se viste con sus mejores galas, esperando que el Führer venga a visitarla. Pero el Führer no viene y al mediodía ya está otra vez con sus batas de seda, encerrada en su habitación, asomada a esa ventana, con ese gesto melancólico en su rostro. Supongo que es una situación difícil de llevar y, en ocasiones, ha podido perder el control. O quizá sea una tendencia natural, ya sabe, una tendencia suicida. O un poco de ambas cosas. Tendrá que estrechar la vigilancia sobre ella, capitán Muntz. No quiero imaginar lo que podría suceder con usted y conmigo si la señorita Braun vuelve a sufrir uno de esos «accidentes», como los llama el Reichsführer.

Aparté la mirada de los fríos ojos de Liesl Rauch y la desvié hacia otro lugar. Allí estaba. A la izquierda de la cabecera de mi cama, la puerta que comunicaba mi habitación con la de Eva Braun. Una puerta que yo esperaba no tener que abrir nunca. Y que no tardé en hacerlo ni doce horas.

—¿Y siempre está sola aquí, en esta casa? ¿No sale, no recibe visitas? —pregunté, aún absorto en la puerta.

—Sí, naturalmente que sale. Le gusta mucho ir de compras y comer en restaurantes lujosos. Por cierto, ahora tendrá que acompañarla usted. En ocasiones sus encuentros se producen en el domicilio del Führer, en la Prinzregentenplatz. Yo pienso que al Führer no le gusta venir a esta casa, no sé, quizá por motivos de seguridad. Sé que a ella no le agrada especialmente visitar la casa del Führer, allí no es bien recibida...

—¿No es bien recibida? ¿Por qué?

—Esa pregunta no se la puedo responder, capitán. No estoy autorizada para hacerlo. —Liesl Rauch exhibió un gesto enigmático en su rostro, era muy buena actriz. Y seguramente conmigo también estaba actuando—. Eso tendrá que descubrirlo por sí mismo, si es que ella se lo confía. Tenga paciencia con ella, aunque parezca lo contrario, es una mujer a la que le cuesta abrir el cajón de su vida personal. Pero creo que con usted lo hará. ¿Sabe por qué?

—No, ¿por qué?

—Porque usted le ha gustado. Le ha gustado mucho. Lo he percibido en la expresión de su rostro. Ande con cuidado, ella le pondrá a prueba. Seguramente utilizará su indecoroso comportamiento para colocarlo en más de un aprieto. No sería la primera vez: ella y sus descaradas amigas ya lo han hecho con algunos de los guardaespaldas del Führer. Les gusta jugar con los hombres de uniforme. Pero si usted persevera y no pierde los nervios, es posible que no tarde en confiar en usted. Eso para nosotros sería muy beneficioso.

—¿Y las visitas?

—Las visitas. Eso sí que es un problema para nosotros. Las amigas de la señorita Braun..., ya las conocerá. Tendrá que tener mucho cuidado con ellas. Ese asunto preocupa sobremanera al Reichsführer, supongo que al Führer también. Las amigas de la señorita Braun suponen un riesgo. Hoy no tenemos tiempo, pero procuraré en otro momento ponerle al corriente sobre ellas. Tendrá que vigilarlas muy de cerca, capitán Muntz. Y no se lo pondrán fácil.

Liesl Rauch se agachó, recogió sus zapatos y se calzó. Hubo un gesto de dolor en su rostro cuando se puso uno de ellos.

—Me tengo que marchar, de lo contrario la señorita Braun sospechará.

—Me parece bien, Liesl. Seguiremos en contacto. Espero que me ayude a aclimatarme a esta casa.

—Ese es el plan del Reichsführer, capitán Muntz. Usted y yo defendemos los mismos intereses y tenemos que estar unidos en esto. Descanse un rato. Yo le avisaré cuando esté preparada la cena.

Ahora fui yo quien se sentó sobre la cama, mientras Liesl Rauch se disponía a abandonar la habitación. Antes de hacerlo, ya en la puerta, se giró hacia mí y me dijo:

—Es importante que le comente algo, capitán Muntz. Nuestros encuentros deben producirse en ese pequeño cuarto por el actual «estatus» que ambos ocupamos en esta casa. Sería sospechoso que nos viéramos en cualquier otro lugar, la señorita Braun podría sorprendernos y, créame, es una persona muy intuitiva. Y muy inteligente, no se deje engañar por su aspecto y por su carácter caprichoso. Pero claro, esos encuentros podrían cambiar de lugar si cambiara nuestro «estatus». Eso que le ha dicho la señorita Braun, ya sabe, que a usted le hace falta una mujer... estoy a su entera disposición. En esta casa casi siempre habitamos solo mujeres, así que no tengo por costumbre cerrar con llave la puerta de mi habitación. No cambiaré ese hábito por su llegada. Esa modificación de nuestro «estatus» sería muy beneficiosa para el intercambio de información; no tendríamos que escondernos, ni disimular. Además, fui preparada en Köslin, capitán, puedo hacerle a un hombre cosas que los hombres no saben ni que existen. Eso formó parte de mi formación.

No supe qué contestar. Mientras cerraba la puerta, casi susurrando y con una enorme sonrisa en su rostro, Liesl Rauch me dijo:

—En ese aspecto, considéreme un regalo del Reichsführer.

La puerta se cerró. Me dejé caer sobre la cama. La cabeza me daba vueltas. Demasiadas emociones para un solo día.

* * *

A la mañana siguiente surgió el primer incidente con la señorita Braun. Más que un incidente fue un intento por su parte de ponerme a prueba, como ya me advirtiera Liesl Rauch. Y para hacerlo, utilizó su habitual falta de decoro. Yo debería haberlo imaginado, pero mi obsesión por el cumplimiento del deber me lo impidió. Pese a todo, a posteriori, no me arrepentí de haber actuado como lo hice durante aquel episodio. Creo que ambos marcamos nuestro territorio y que yo le demostré que el asunto iba en serio. No iba a intimidarme con su comportamiento frívolo y provocativo, ni por el hecho de ser la amante del Führer. Yo tenía el permiso de mis superiores para actuar como lo hice. Aquel podía haber sido el primero de una cadena de incidentes, pero no lo fue. Creo que aquella mañana, Eva Braun comprendió que las cosas habían cambiado para ella. Que habían cambiado definitivamente.

Me encontraba terminando de vestirme ante el espejo de mi baño, cuando escuché un fuerte golpe, un golpe seco que procedía de la habitación de Eva Braun. En un principio, debo reconocerlo, no supe cómo reaccionar. Pero inmediatamente, las palabras del Reichsführer acudieron a mi cabeza: «Cuenta con mi autorización y con la autorización del Führer para entrar en la habitación de la señorita Braun siempre que escuche un ruido extraño o detecte una conducta sospechosa». Una de las condiciones se había dado. Un ruido extraño. No lo pensé más, acabé de abrocharme la guerrera y, abriendo la puerta, me precipité a la habitación de la señorita Braun.

Estaba vacía y oscura, excepto por la luz que provenía de su baño privado. Sin pensar en las consecuencias, me dirigí hacia él.

—¿Señorita Braun, se encuentra usted bien?

Eva Braun estaba en el interior de su bañera, con la espuma cubriéndola hasta el cuello. Me dirigió una mirada asustadiza. En el suelo, en el centro del baño, había una pastilla de jabón de color rosa. El motivo del ruido que yo había escuchado.

—¿Esta es la forma que usted tiene de respetar mi intimidad, capitán Muntz?

—Discúlpeme, señorita Braun. He escuchado un ruido y me he preocupado...

—¿Y va usted a violar mi intimidad cada vez que se me resbale de la mano una pastilla de jabón, capitán?

—Le ruego de nuevo que me disculpe...

—¿Me acerca la pastilla, capitán?

—Sí, por supuesto.

Una trampa. En ese momento me di cuenta de que Eva Braun me había tendido una trampa y yo había caído en ella. En ese momento, me encontraba en sus manos. Recogí la resbaladiza pastilla del suelo y se la entregué. La depositó en una pequeña bandeja dorada con forma de concha que había en la pared. Observé que el baño de la señorita Braun era la estancia más lujosa de toda la casa. La grifería y los accesorios eran de oro. Eso iba a ser una máxima en todas las residencias que a lo largo de esos años ocupara Eva Braun. Su baño privado siempre fue la estancia más suntuosa de cuantos lugares habitó.

Di media vuelta y me dispuse a abandonar el baño y su habitación. Entonces me di cuenta de que Eva Braun se levantaba de la bañera.

—Ya que está aquí, capitán, séame de alguna utilidad. ¿Me puede acercar esa toalla, la roja?

Vi la toalla roja colgada de un toallero igualmente de oro. Era de grandes dimensiones, de fabricación turca. Mientras la recogía, Eva Braun empezó a quitarse el jabón que cubría su cuerpo con el grifo dorado de la ducha. Caminé hacia ella y le entregué la toalla.

—Gracias, capitán —me dijo, con una mueca burlona en su rostro.

Cada vez era más consciente de la trampa en la que había caído. Ahora tenía que actuar con la mente fría, dándole a entender que a mí esas cosas no me impresionaban, ni aun viniendo de la amante del Führer. Que esas cosas no evitarían que yo me mantuviera siempre firme en el cumplimiento de mi deber. Era la única manera que se me ocurrió de derrotarla, de revertir la situación. Ese era mi pensamiento mientras Eva Braun se secaba con la toalla.

—¿Me ayuda a salir, capitán?

—Por supuesto, señorita Braun.

Le di la mano. Por primera vez, sentí el suave tacto de su piel. Ella, sacando primero una de sus largas piernas y luego la otra, salió de la bañera.

No se cubrió. Dejó la toalla en el suelo y, pasando delante de mí, abandonó el baño. Yo lo hice detrás de ella.

—Señorita Braun, le vuelvo a pedir disculpas. Ahora, volveré a mi habitación...

—Espere un momento, capitán Muntz.

Caminó hacia la cabecera de su cama, abrió el cajón de la mesita de noche, sacó de su pitillera un cigarrillo y lo prendió con su encendedor de oro. Se giró hacia mí, mientras daba una larga calada. «Es muy desinhibida en asuntos sexuales y carece completamente de pudor», había

dicho el Reichsführer. En solo dos días fui consciente de que la breve descripción de la personalidad de Eva Braun que había hecho Heinrich Himmler era muy acertada. No se había equivocado en nada.

—Capitán Muntz, ¿qué va a hacer usted? ¿Entrar en mi habitación cada vez que escuche un ruido? Le advierto que soy algo torpe, tengo tendencia a que se me caigan las cosas de las manos. Y soy muy ruidosa. Tendré que informar al Führer de esta situación, de que usted ha violado mi intimidad, le pediré que...

Le hice un gesto con la mano para que dejara de hablar. Había llegado el momento de ser duro con ella. Mi respuesta debía ser concluyente:

—Señorita Braun, no sé si ayer no me expliqué bien o usted no lo entendió. Tengo la autorización expresa del Führer para abrir esa puerta siempre que escuche un ruido extraño. Y hace un momento, lo he escuchado.

Eva Braun dio otra larga calada a su cigarrillo.

—¿Qué le pasa, capitán? ¿Por qué me mira así? ¿Acaso no ha visto nunca a una mujer desnuda?

Puedo asegurar que no la estaba mirando de ninguna manera especial. La expresión de mi rostro no había cambiado ni un ápice desde que entré en su habitación. Posiblemente dijo eso porque era ella la que estaba sorprendida. Sorprendida ante mi actitud.

—Sí, señorita Braun. He visto a muchas mujeres desnudas en mi vida. Eso para mí no supone ningún problema.

—Sí, pero seguramente ninguna de ellas era la amante del Führer, del hombre más poderoso de Alemania —dejó caer la ceniza de su cigarrillo al suelo, mientras ponía su otra mano sobre la cadera—. ¿Qué le provoca esta situación, capitán Muntz? ¿Morbo? O acaso...

—No me provoca nada, señorita Braun. No me importa quién sea usted. Escucho un ruido extraño y atravieso esa puerta. Cumplo órdenes, señorita. Órdenes del Führer, del hombre más poderoso de Alemania. Yo no soy un miembro de su servicio. Soy un soldado, debería empezar a comprenderlo. Nunca hubiera cruzado esa puerta si a usted no se le hubiera caído esa pastilla de jabón. Hable usted con el Führer. Seguramente me felicitará por mi diligencia en el cumplimiento de la misión que se me ha encomendado, velar en todo momento por su seguridad.

¿Desconcierto? ¿Sorpresa? ¿Admiración? ¿Una mezcla de las tres cosas? No sabría interpretar el gesto que emanaba del rostro de Eva Braun, mientras, sin apartar sus ojos de los míos, apagaba su cigarrillo en el mismo cenicero de cristal que el día anterior. Junto al cenicero, sobre la mesita de noche, había un periódico doblado. Era la edición matinal del *Münchner Neueste Nachrichten*. Eva Braun lo leía todas las mañanas mientras desayunaba. Era su manera de estar informada de lo que hacía el Führer cada día.

Sin apartar su mirada de mí, caminó hasta su armario vestidor y lo abrió. Parecía que la función había terminado por el momento. Sacó del armario otra bata de seda, esta de color rosa con unas bonitas flores carmesí en el pecho. Se la puso y, mientras se anudaba el cinturón, me dijo:

—Comprendo lo que ha hecho, capitán Muntz. En realidad, es usted quien debe disculparme a mí. Arrojé la pastilla de jabón al suelo de forma deliberada. Quería saber si usted se atrevería a cruzar la puerta de mi habitación.

—Pues ahora ya lo sabe, señorita Braun.

—Le vuelvo a pedir excusas, capitán. Le aseguro que no se repetirá.

Se acercó a mí. Con un gesto casi jovial en su rostro, me dijo:

—Me gustaría agradecerle la comprensión y la paciencia que ha tenido estos dos días conmigo. Creo que no me he comportado bien con usted... Venga, le enseñaré una cosa.

Eva Braun me cogió de la mano y me llevó hasta su tocador. El gesto jovial de su cara había dado paso a otro ilusionado, casi infantil. Debajo de los perfumes y los cosméticos franceses que abarrotaban su tocador, en un lado, había un cajón. Lo abrió y sacó de él una caja de música.

—Le voy a mostrar mi tesoro máspreciado, capitán Muntz.

Tras darle cuerda, Eva Braun la abrió. De ella brotó una melodía triste, la melodía más triste que yo había escuchado en toda mi vida. Era la típica caja de música de madera, de un tamaño considerable y acristalada en la tapa interior, en la que giraban figuritas: dos jóvenes bávaros, un muchacho y una muchacha, vestidos con los trajes tradicionales y portando unos arcos florales en sus manos levantadas. Las figuritas y los arcos florales giraban al compás de la triste melodía.

—Me encapriché de esta caja de música en una tienda del centro, durante uno de mis paseos con el Führer. Fue antes de que él llegara al poder, cuando aún podíamos pasear por la ciudad... El Führer me la compró. En ella guardo mi tesoro.

La caja de música tenía dos cajones. Eva Braun abrió el primero —del segundo hablaré luego— y extrajo un estuche de terciopelo de color azul oscuro. Me imaginé lo que había en su interior, una joya, porque en un lateral estaba grabado, en letras doradas, el nombre de una afamada joyería de Múnich. Eva Braun puso un rictus de expectación en su rostro y abrió el estuche.

Comprendo lo que para una mujer puede significar lo que había en su interior. Un collar, una pulsera y unos pendientes de turmalinas de color azulado, una extraña variante que yo no conocía. Ese juego debía de costar una verdadera fortuna. El Führer había tenido un gran acierto al hacerle ese regalo, porque el tono azulado de las turmalinas hacía juego con los ojos azulados de Eva Braun.

—Es impresionante, ¿verdad? El Führer me lo regaló nada más llegar al poder, coincidiendo con mi veintiún cumpleaños. Aunque él ha insistido, todavía no lo he estrenado. Estoy buscando una fecha apropiada para hacerlo, una fecha especial, una noche que acudamos a la ópera, algo por el estilo. ¿Verdad que esto solo puede ser el regalo de un hombre enamorado, capitán Muntz?

—Desde luego que sí, señorita Braun. Y con gusto. El Führer ha demostrado tener mucho gusto al hacerle este regalo.

No le quise decir la verdad. No le quise decir lo que realmente pensaba. Que era el regalo que cualquier hombre con dinero y con poder podía hacer a una de sus amantes. A cualquiera de ellas. Aunque luego la desechara, como se desecha un libro cuya lectura no nos satisface. Yo lo había visto muchas veces, desde mi más tierna infancia. Lo había visto y lo había escuchado en boca de los generales y de los mariscales que frecuentaban nuestra casa de Potsdam.

Lo que realmente me llamó la atención fue el otro cajón que había en la caja de música. Estaba cerrado con un pequeño candado. Poco podía imaginarme yo en aquel momento que dentro escondía el mayor secreto de la vida de Eva Braun. Su auténtico tesoro, su tesoro mejor guardado. Tardé diez años en descubrir ese secreto. Fue en el interior de ese asfixiante y tétrico búnker bajo la Cancillería del Reich. Fue la noche en que Eva Braun se convirtió en Eva Hitler, muy pocas horas antes de que cayera el telón. Tengo que confesar que lo único que lamento, que lamentaré toda mi vida, es que yo... Todavía no sé cómo pudo pasarme aquello, cómo no me di cuenta, cómo no me di cuenta de todo mucho antes... No, no puedo contarle ahora, podría no entenderse en toda

su magnitud la trascendencia del contenido de aquel compartimento secreto en su caja de música. Tendrán que esperar. Tendrán que esperar a que cuente lo que sucedió con aquella caja de música entre las ruinas de Berlín.

Eva Braun guardó el estuche. Cerró la caja, la triste melodía se apagó. Es sorprendente, tardé diez años en volver a escucharla y, sin embargo, no la olvidé nunca. Muchas veces me sorprendía silbándola mientras me duchaba o montaba una guardia. Esas notas melancólicas no me abandonaron nunca. Todavía no lo han hecho.

Eva Braun guardó la caja de música en el cajón de su tocador. Su atención giró hacia los cosméticos. Mirándome con esos mismos ojos ilusionados, me dijo:

—Bueno, capitán, ahora, si no le importa, me gustaría que me dejara sola. Voy a arreglarme. ¡Es posible que el Führer venga a visitarme hoy! ¿Sabe?, él se presenta en la casa muchas veces de improviso. Así que tengo que estar en condiciones de recibirlo.

«Generalmente, el Führer no se presenta nunca de improviso», había dicho el Reichsführer. Claro que, para ella, sí. Deduje que Eva Braun era la única persona de aquella casa que no tenía conocimiento previo de los días que la visitaba el Führer.

—De acuerdo, señorita Braun, regresaré a mi habitación. Si desea usted algo, ya sabe...

—No se preocupe, capitán. Se lo haré saber.

Caminé hacia la puerta que separaba su cuarto del mío. Antes de abrirla, Eva Braun dijo:

—¿Sabe una cosa, capitán? Tengo la intuición de que usted y yo vamos a llevarnos muy bien. Y mi intuición nunca suele fallarme.

Aquel día, el Führer no vino a visitarla. Ni al siguiente, ni al otro. El Führer aún tardaría dos o tres semanas, no lo recuerdo bien, en acudir a la casa de la Wasserburgerstrasse. Dicho día, como era de esperar, yo me enteré mucho antes de su llegada que Eva Braun. Lo supe a primera hora de la mañana. Y la persona que me lo comunicó, como no podía ser de otra manera, fue Liesl Rauch.

* * *

El día que el Führer visitó la casa de la Wasserburgerstrasse yo había acabado de hacer la ronda de seguridad por el perímetro que la rodeaba. Era una mera formalidad, porque hasta aquel edificio del barrio de Bogenhausen no se acercaba nadie. Más que por otra cosa, lo hacía por salir un poco al exterior, por despejarme y estirar las piernas. Al regresar a la casa, vi a Liesl Rauch muy cerca de ese cuarto que nunca se utilizaba al lado de la cocina, haciéndome señas con la mano. Liesl entró y yo, tras asegurarme de que nadie nos observaba, la seguí.

Dentro estábamos prácticamente a oscuras, solo un hilillo de luz entraba por la ranura entreabierta de la puerta. Los ojos de Liesl brillaban, como brillan los ojos de un gato en la noche. Detecté en ellos una pizca de excitación, quizá por la noticia que tenía que comunicarme o quizá por la cercanía de nuestros cuerpos. Con su habitual tono pausado y frío, me dijo:

—Capitán Muntz, tiene que estar usted preparado. Esta tarde nos visita el Führer. Según me han informado, estará dos días en la casa.

Si dijera que permanecí tranquilo tras escuchar esas palabras, estaría mintiendo. La verdad es que me invadió una especie de desasosiego, hasta ese momento desconocido para mí. Tendrían que ponerse en mi lugar: era mi primer contacto en privado con el Führer y había aún más motivo

para la inquietud sabiendo que yo me estaba ocupando de la seguridad personal de su amante. Por descontado, Liesl se dio cuenta. Además de ser una mujer tan fría como un bloque de hielo ártico, era observadora, perspicaz y muy inteligente.

—No se ponga nervioso. Esté tranquilo, piense que este encuentro con el Führer va a tener lugar en el ámbito privado, no en el oficial. En este ambiente, el Führer se relaja. Haga usted lo mismo. Si se dirige a usted, contéstele aquello que le pregunte, pero evite entablar conversación, es todavía demasiado pronto para eso. La señorita Braun recibirá al Führer en su habitación; habitualmente, no suelen salir de ella. Además de visitarla, el Führer aprovecha estos encuentros para descansar, hoy ha regresado de Núremberg, de presidir los actos del congreso anual del Partido. Ah, muy importante: recuerde que mientras el Führer permanezca en la casa, usted no podrá acceder a la habitación de la señorita Braun por ningún motivo, escuche lo que escuche...

—El Reichsführer me dejó ese punto muy claro, señorita Rauch...

Liesl Rauch se acercó mucho a mí, pude sentir su aliento en mi rostro.

—Capitán Muntz, usted no puede dirigirse a mí como señorita Rauch, ni tampoco hablarme de usted. Debe llamarme Liesl o camarera.

—Me parece bien, tú también puedes llamarme Werner...

—No, capitán. Yo tengo que dirigirme a usted siempre como capitán Muntz. Esas son las normas.

—De acuerdo, Liesl, ya veo que eres muy estricta con las normas.

—Todavía no lo sabe bien, capitán. Soy tan estricta como sé que es usted.

A cada minuto que pasaba, el personaje de Liesl Rauch se convertía en más enigmático para mí. Se suponía que era solo la camarera de Eva Braun y era yo quien estaba al mando de la seguridad de aquella casa. Sin embargo, daba la impresión de que ella estaba por encima de mí, de que era ella la mayor autoridad en el lugar. Quizá este asunto pueda sorprender, pero las cosas en las SS eran así. La cadena de mando nunca estuvo absolutamente clara. Como cuerpo que controlaba toda la seguridad del Reich, las intrigas estaban a la orden del día dentro de la organización. Cuando pensabas que tenías el mando de algo, siempre había alguien por encima de ti, alguien que pertenecía a un departamento que no conocías, a un departamento del que nunca habías oído hablar. Claro, eso a excepción del mando supremo, porque ese sí correspondía en exclusiva a una sola persona: al Reichsführer Heinrich Himmler. Es importante entender que yo, en aquel momento, pese a pertenecer al Leibstandarte SS Adolf Hitler y, como me explicó Bruno Gesche, haber quedado adscrito a la Oficina del Reichsführer, era miembro del Begleitkommando, el Estado Mayor del Führer, y por ese motivo me encontraba por encima de cualquier departamento de las SS. Sin embargo, sin cargo ni graduación, Liesl Rauch era una «chica de Himmler», alguien elegida personalmente por él. Ya en aquellos días del final del verano de 1935 se empezó a forjar en mi cabeza una pregunta que, con el paso de los años, fue creciendo como una gran bola de nieve: ¿Quién estaba realmente por encima de quién? ¿Estaba el Estado Mayor del Führer por encima de Himmler? ¿O estaba Himmler por encima del Estado Mayor del Führer?

Había una pregunta que tenía que hacerle a Liesl, aunque, la verdad, yo ya creía conocer la respuesta.

—¿Se ha informado ya a la señorita Braun de la visita del Führer?

—No, de momento, no. La señorita Kastrup se lo comunicará después de la comida.

Lo que me esperaba; en esa casa Eva Braun era la última que se enteraba de las cosas. Incluso

de la visita del hombre al que amaba.

* * *

A primera hora de la tarde, el Führer llegó a la casa. Fue ese día cuando descubrí la utilidad del sombrío callejón que había en la parte trasera del edificio. Era allí donde se aparcaba el Mercedes negro que trasladaba a Adolf Hitler. El coche permaneció allí, oculto, los dos días que el Führer pasó en compañía de la señorita Braun. Cuatro hombres del Begleitkommando estuvieron en todo momento en el callejón. No accedieron a la casa en ninguna ocasión y no se separaron del Mercedes del Führer ni un solo minuto.

En las horas previas a la llegada del Führer se vivieron momentos de gran ajeteo, aunque a mí no me afectaron en absoluto. Al contrario que para el resto de los habitantes de la casa, la visita del Führer me liberaba de la mayoría de mis obligaciones. Durante ese tiempo no vi a la señorita Braun. Solo en una ocasión pasé por delante de su habitación estando la puerta abierta. Liesl Rauch y otras chicas del servicio de cocina se estaban ocupando de preparar la estancia. Habían colocado bandejas con bombones y fruta sobre las mesitas. Junto a uno de esos carritos que solían llevar, Liesl le explicaba a una joven menuda llamada Inga cómo tenía que servir el coñac y el champán. Encima del carrito había también un recipiente de cobre que utilizaban para el chocolate caliente y una tetera. Me pareció ver luz y escuchar voces en el baño de la señorita Braun; seguramente, se estaba arreglando para la ocasión ayudada por su hermana Gretl.

Poco antes de la llegada del Führer, formamos en el pasillo junto a la puerta de entrada de la casa. La señorita Kastrup, que ejercía de anfitriona, fue la encargada de colocarnos. Yo ocupaba uno de los primeros lugares. Junto a mí, muy nerviosa, estaba Gretl Braun. A su lado, Liesl Rauch y, tras ella, los miembros del equipo de cocina y de limpieza.

Cuando el timbre sonó, la señorita Kastrup hizo ese característico gesto de atusarse el cabello que hacen todas las mujeres, se estiró bien el bonito vestido negro que llevaba y me lanzó una última mirada nerviosa. Abrió la puerta.

—*Mein Führer*, bienvenido a nuestra casa —dijo.

Adolf Hitler penetró en el interior. Llevaba un traje chaqueta de color negro, una camisa blanca, corbata verde oscuro y un sombrero de fieltro del mismo color que no tardó en quitarse. En la solapa de la chaqueta lucía la insignia de oro del Partido. De manera cortés, cogió la mano de la señorita Kastrup y la besó.

—Señorita Kastrup, un placer volver a verla.

En ese momento, y guiado por el nerviosismo, yo metí la pata. Hice algo que no debería haber hecho. Me cuadré, di un fuerte taconazo y grité:

—*Heil Hitler!*

El Führer me miró un tanto sorprendido. Yo no lo hice, continué con la mirada clavada al frente, hasta que Hitler me dijo:

—Descanse, muchacho, no es necesario ese saludo.

—Sí, *mein Führer* —le contesté, y volví a mi posición de descanso.

Él me lanzó entonces una mirada escrutadora. Tengo que reconocer que había algo en ella que la distinguía de la del Reichsführer Himmler. La mirada de Adolf Hitler desprendía otra cosa, otra sensación. Mientras que con Himmler te sentías como la presa que iba a caer en las garras de la

bestia, la mirada de Adolf Hitler siempre me recordó a la de un viejo soldado. Había una marcialidad militar en sus ojos, eso es cierto, pero no estaban desprovistos de una disimulada cordialidad. Muchas, muchas veces a lo largo de los años, cuando Hitler me observaba, experimenté la sensación de estar en mi casa de Potsdam, siendo niño, ante la mirada de los generales y los mariscales compañeros de armas de mi padre. Tengo que reconocer que esa mirada, ya por mí conocida, provocó que desde ese primer encuentro los nervios que me atenazaban cuando lo tenía delante desaparecieran. Creo que la presencia de Adolf Hitler fue para mí mucho menos amenazadora que la de muchos de sus más estrechos colaboradores. La casualidad quiso también que las palabras que el Führer me dirigió aquella tarde tuvieran que ver con mi pasado en Potsdam.

—¿Es usted el capitán Werner Muntz, muchacho?

«Muchacho». Durante todos aquellos años de servicio junto a él, el Führer se dirigió a mí de esa manera en numerosas ocasiones, algo que resultaba curioso, porque no conocí a nadie más al que el Führer se refiriera en esos términos.

—Sí, *mein Führer*. Soy el capitán Werner Muntz, del Leibstandarte SS Adolf Hitler.

—Así que es usted el hijo del general Artur Muntz. Un gran hombre su padre. Un orgullo para la nación alemana. Si hubiese habido en aquellos años más hombres de su categoría, es posible que la traición de noviembre nunca se hubiera producido. Pero no estábamos muy sobrados de hombres de su valía en aquellos tiempos de cobardes. Solo espero que haya heredado de él su determinación y su valentía, capitán.

—Eso espero, *mein Führer*. Quiero agradecerle las amables palabras que le ha dirigido a mi padre. Él siempre creyó en usted, *mein Führer*.

—Lo sé, lo sé...

Eso fue todo. Esa fue mi primera conversación con Adolf Hitler. A continuación, el Führer siguió saludando al resto de habitantes de la casa. En primer lugar, y de una manera muy cordial, a Gretl, la hermana menor de la señorita Braun. Después a Liesl Rauch, a esta con cierta frialdad e indiferencia. Y saludó también a todos los miembros del servicio de cocina y de limpieza. Se detuvo un buen rato con una señora mayor, una de las cocineras, llamada Maria. Más tarde me enteré por Gretl que esa mujer había servido durante muchos años en la casa del Führer en la Prinzregentenplatz.

Cuando la pequeña ceremonia terminó, la señorita Kastrup se dirigió al Führer:

—*Mein Führer*, acompáñeme. La señorita Braun le espera en su habitación.

Ambos ascendieron por las escaleras que conducían a la habitación de la primera planta, a la habitación de Eva Braun. Me sorprendió la agilidad con la que el Führer subió aquellos peldaños. Parecía un soldado que se encontraba en plena forma. Eso no hizo sino ahondar en mí la sensación de familiaridad militar con respecto a los recuerdos infantiles de mi casa de Potsdam.

* * *

Ante la ausencia de todo tipo de actividad dentro de la casa, me dediqué durante esos dos días a salir al sombrío callejón donde estaba aparcado el Mercedes del Führer y entablar conversación con los chicos del Begleitkommando que montaban la guardia externa. Fue la manera de conocerlos y, a su vez, de que ellos me conocieran a mí. Tenían muchas ganas de hacerlo, al

menos, tantas como yo. Algunos procedían también del Leibstandarte, con lo que es fácil deducir que no nos faltaron temas de conversación. Además, yo me ofrecí a sacarles café, bebida y comida del interior, algo que ellos agradecieron, sobre todo por la noche. Allí, en aquel callejón, empecé a trabar amistad con Hermann Bornholdt, Adolf Dirr, al que todos los chicos llamaban, no sin cierta ironía, Adi, con Walter Erhardt, con Ewald Lindloff, con Erich Mandtal, uno de los más veteranos, que llevaba acompañando al Führer desde 1925, con Peter Högl, así como con Helmuth Frick y Hans Reisser, aquellos que me recibieron en la estación el día de mi llegada a Múnich. Todos ellos se fueron turnando durante aquellos dos días que el Führer pasó en la casa de la Wasserburgerstrasse. Durante aquellas jornadas, nació también mi mote, el que me ha acompañado durante toda mi vida. Fue Adi Dirr quien por primera vez me llamó «guardián». Los chicos del Begleitkommando siguieron refiriéndose a mí con ese término incluso durante los últimos días en el búnker de la Cancillería.

Descubrí también que la señorita Braun tenía su mote dentro del círculo que se encargaba de la seguridad y la protección del Führer. Ellos la llamaban el «pajarito caprichoso». Habitualmente, los chicos decían: «Esperemos que hoy no se le ocurra al Führer sacar de compras al pajarito caprichoso» u «Hoy tendremos que llevar al Führer y al pajarito caprichoso a comer a su restaurante favorito». Reconozco que en un principio me molestó esa forma de referirse a ella y me pareció poco cortés y caballeroso. Pero pronto comprendí que ese mote era muy acertado, que los chicos estaban en lo cierto. Posiblemente sobraba lo de «caprichoso», no porque no lo fuera, pero por otro lado... Eva Braun se presentó ante mí así muchas veces, como un pájaro enjaulado. Porque muchas veces, durante los interminables días que el Führer no aparecía y Eva Braun permanecía encerrada en cualquiera de sus residencias esperando su llegada, incluso aunque supiera que esta no iba a producirse, la imagen que yo tenía de Eva Braun era la de un pájaro encerrado en su jaula. Un pájaro encerrado en una jaula de oro.

En el transcurso de aquellos dos días, el Führer no salió ni un minuto de la habitación de la señorita Braun. Yo no puedo contar gran cosa de lo que sucedió durante ese tiempo en aquel cuarto. Solo durante un instante, lo que tardó Liesl Rauch en abrir y cerrar la puerta, pude ver lo que hacían el Führer y Eva Braun. Yo salía de mi habitación, había subido a buscar uno de mis abrigos porque el tiempo se había vuelto fresco. Esa tarde, la segunda de la estancia de Adolf Hitler en la casa, había conocido al chófer de su escolta, Erich Kempka, con el que durante aquellos días empecé a forjar una buena relación que se mantuvo hasta las horas finales en el búnker de la Cancillería. Creo recordar que fue un año más tarde, en 1936, cuando Kempka se convirtió en el conductor permanente del Führer. Cuando ejercía como chófer, pasaba por ser una persona seria y reservada, pero si Hitler se alejaba, Erich Kempka se transformaba. Se convertía en un tipo simpático, afable, con un gran sentido del humor. Como decía, la tarde se había vuelto fresca (estábamos a principios de septiembre) y yo había subido a coger uno de mis abrigos para seguir hablando con los chicos en el callejón. Justo cuando la abandonaba, Liesl Rauch entraba con su carrito en el cuarto de la señorita Braun para servir unos licores. Lo que contemplé a través de la puerta entreabierta fue algo que causó en mí una tristeza especial. Creo que hasta los chicos de la guardia del Führer me lo notaron, aunque, por supuesto, yo no les dije nada.

Lo que vi fue al Führer y a Eva Braun cogidos de la mano, caminando en círculos por la habitación. La señorita Braun llevaba un bonito vestido negro, con el cuello blanco, y un sombrero, también negro, a juego. Parecían dos enamorados paseando por la Marianplatz, solo que el paseo se limitaba a dar vueltas entre las cuatro paredes de esa estancia.

Eso es todo lo que puedo contar de lo que pasó durante aquellos días en la casa de la Wasserburgerstrasse, no vi ni escuché nada más. Creo que aquella noche en mi cama, en la habitación contigua a la que ocupaban el Führer y Eva Braun, empecé a ser consciente del sufrimiento que debía de estar padeciendo la señorita Braun. Tengo que reconocer que el laberinto de emociones en que se había convertido mi vida, desde que el coronel Kebler me informara de mi deber de viajar a Múnich para entrevistarme con el Reichsführer Himmler, me había impedido pensar con detenimiento en el infierno que debía de ser la vida de la amante del Führer. Mantener oculta una relación así, una relación que cualquier mujer hubiera querido propagar a los cuatro vientos; aceptar que los encuentros con el hombre al que amaba se limitaran a un hueco en el ajetreado calendario de este; vivir encerrada en una casa las veinticuatro horas del día, esperando una llamada que no se producía, una visita que no llegaba... Sacrificar su juventud (quizá no lo haya dicho, pero Eva Braun tenía en ese momento veintitrés años) por el mero hecho de pertenecer a un hombre que no quería que esa relación se hiciera pública... y además, tener que soportar que el hombre al que amaba desconfiara de su estabilidad emocional hasta el punto de ponerle a un guardián las veinticuatro horas del día, un guardián que incluso dormía en una habitación contigua a la suya, separada por una puerta que podía abrirse en cualquier momento. Creo que esa noche empezó a florecer en mí un sentimiento de simpatía hacia Eva Braun que iría creciendo con el paso de las siguientes semanas. No tardaría mucho en convertirme en el mayor confidente de su vida y en que ella, se convirtiera para mí... Yo la conocí mejor que nadie, en todas las circunstancias en que se puede conocer a una persona. Conocí todos sus pensamientos, sus sentimientos reales, todos sus secretos, hasta los más inconfesables. Por eso he querido hacer esta declaración, porque sé que ahora que se ha hecho pública su identidad se dirán muchas mentiras sobre su vida, se desdibujará su esencia, se falseará la realidad de su historia. Todo esto podía haberse evitado, si yo no... Bueno, ya llegaremos a ese momento. No sé qué será de mi vida a partir de ahora y por eso he querido hacer esta confesión libremente y sin presiones. No pretendo contar mi vida, sino, a través de mis vivencias junto a ella, contar la vida de Eva Braun. Sé que ustedes son mis carceleros, son mis enemigos, pero solo espero que transcriban todo lo que yo les relate, no por mí, ni por Alemania, ni por un hombre detestable al que yo hubiera seguido hasta la muerte, si su muerte se hubiera producido en otras circunstancias. Ni por un régimen al que serví y del que he conocido ahora crímenes terroríficos e inimaginables. Solo quiero que lo hagan por ella. Que lo hagan por Eva Braun.

* * *

A la mañana siguiente, cuando desperté, el Führer ya no estaba en la casa. La había abandonado esa misma madrugada. El motivo lo desconozco, quizá recibiera una noticia urgente de Berlín, algún asunto de política internacional, no lo sé. Pero sí recuerdo que me pareció algo extraño que, tras dos días encerrado en la habitación de la señorita Braun, se marchara sin tan siquiera despedirse de ninguno de nosotros.

Tras su partida, la casa de la Wasserburgerstrasse volvió a su monotonía habitual. Aunque eso sí, algo cambió. Eva Braun. Aquella visita del Führer no solo no la sumió en una de sus habituales crisis de melancolía; hizo florecer en ella un estado de alegría y jovialidad desconocido para mí. A partir de esa misma noche, Eva Braun dejó de cenar sola en su habitación y se animó a cenar con nosotros en el salón comedor de la planta baja. Desde esa noche, la señorita Braun y yo nos

sentábamos siempre juntos en la mesa, mientras Gretl y la señorita Kastrup lo hacían enfrente. Eva Braun participaba activamente de las conversaciones, reía con todo, especialmente con las graciosas ocurrencias de Gretl, y continuamente hacía planes y predicciones para el futuro. Disfrutaba viendo cómo su hermana intentaba coquetear conmigo. Durante aquellos meses que llevaba en la casa le había contado a Gretl mil veces mis experiencias en Lichterfelde, pero ella parecía no estar satisfecha nunca, y cada noche volvía a hacerme las mismas preguntas.

El cambio de carácter de Eva Braun también me afectó a mí. No sé qué hablaría con el Führer durante aquellos dos días, pero no volví nunca a cuestionar mi posición ni mi trabajo en la casa y, en cambio, colaboraba en todo lo que yo le pedía. Habitualmente me hacía llamar a su habitación y manteníamos distendidas y amistosas charlas, bien sobre asuntos de actualidad o bien sobre el día a día de la casa. Por entonces empezó a utilizarme como «asesor» para la selección de su atuendo. A veces me convocaba solo para que le aconsejara sobre qué ponerse, y siempre, tras mostrarme dos vestidos tendidos sobre su cama, me preguntaba:

—Capitán Muntz, usted que es hombre, ¿cuál de estos dos vestidos le gusta más?

Yo no sabía nada de esos asuntos de mujeres, y siempre señalaba uno de ellos al azar. Eva Braun seguía mi consejo y terminaba diciéndome:

—Bien, le haré caso. Me pondré el que usted ha elegido por si viene el Führer.

No obstante, durante aquellos primeros encuentros nunca me comentó nada sobre su vida personal o su relación con el Führer. Todavía tuvo que pasar un tiempo antes de que se abriera a mí. Eso sí, todos los días repetía las ganas que tenía de que el Führer volviera a pasarse por la casa o de volver a encontrarse con él en cualquier otro sitio. Lo cierto es que el Führer y Eva Braun tardaron casi un mes en volver a verse, y en esa ocasión no fue en la Wasserburgerstrasse, sino que fuimos nosotros los que nos desplazamos a su residencia de la Prinzregentenplatz.

En ese intervalo entre los dos encuentros tuve la oportunidad de empezar a conocer a las «famosas» amigas de la señorita Braun. Tengo que reconocer que su presencia en la casa me animó mucho, la monotonía y el tedio eran espantosos, y ellas traían siempre un aroma de aire fresco muy necesario para los que allí habitábamos. A lo largo de los años, pasé mucho tiempo con ellas y pude ser testigo de muchas cosas, que ya desarrollaré en el transcurso de mi relato. Ahora solo daré unas breves pinceladas sobre las amigas de la señorita Braun.

A la primera que conocí fue a Herta Ostermeier, que en aquel momento solo tenía veintidós años. A lo largo de mi historia, algunas de ellas cambiarán de apellido porque contrajeron matrimonio durante aquel tiempo. Por ejemplo, la dulce y siempre jovial Herta Ostermeier se acabaría convirtiendo con el paso de los años en Herta Schneider. Compañera de Eva Braun en la escuela comercial en que esta se formó, Herta Ostermeier fue siempre la mejor amiga y la gran confidente de la señorita Braun. Era una mujer guapa, elegante y muy coqueta. Recuerdo que, durante aquellas primeras visitas a la casa, ella y la señorita Braun pasaban horas en su habitación, riendo, probándose ropa o maquillándose con los caros cosméticos franceses de la amante de Hitler.

Con posterioridad conocí a Marion Schönmann y a Anni Brandt. Ambas vinieron juntas a visitar a Eva Braun. Las dos, a su vez, eran amigas de Erna Hoffmann y, por lo tanto, mayores que Eva. Erna Hoffmann era la mujer de Heinrich Hoffmann, fotógrafo oficial del Führer y propietario del taller fotográfico en el que trabajó de dependienta Eva Braun y donde, por cierto, más tarde pude saber que conoció a Adolf Hitler.

Marion Schönmann tenía treinta y seis años por aquel entonces y Anni, treinta y uno. Marion

era austriaca, algo que no podía ocultar por su fuerte acento vienés. Se había casado con un importante empresario muniqués llamado Fritz Schönmann. Según pude enterarme por la señorita Kastrup, Eva Braun había convencido al Führer para que se convirtiera en el padrino de su boda. Era una mujer rubia, muy guapa, de carácter reservado, muy diferente a Herta Ostermeier, aunque, cuando la conocí más en profundidad, pude descubrir que ese aspecto retraído poco o nada tenía que ver con su auténtica personalidad: era solo su carta de presentación ante aquellas personas con las que no tenía confianza.

Anni Brandt había contraído matrimonio un año antes con Karl Brandt, miembro de las SS y uno de los médicos en la guardia personal del Führer. Era una mujer alta, de aspecto deportivo y cuerpo musculoso. No en vano, durante los años veinte, había sido varias veces campeona de natación de Alemania, e incluso en 1927 había conseguido una medalla en los campeonatos de Europa celebrados en Bolonia, cuando se la conocía como Anni Reborn. A mí me causó muy buena impresión desde el primer momento en que la vi. Me pareció una mujer culta, hábil conversadora y no desprovista de un sutil erotismo.

La siguiente amiga de la señorita Braun que pasó por la casa fue Margarete Speer. Tengo que reconocer que Margarete fue siempre mi debilidad dentro del grupo de amigas de Eva Braun. Era una chica sencilla, amable, muy atractiva, con una mirada dulce y delicada. En aquel momento tenía veintinueve años, aunque hacía ya nueve que estaba casada con el arquitecto del Führer, Albert Speer. Con el paso de los años, Speer acabaría convirtiéndose en mi mejor amigo y aliado dentro del círculo del Führer. Albert Speer fue nombrado ministro de Armamento del Reich en 1942, después de la muerte en accidente aéreo de Fritz Todt. Mi relación con su esposa, Margarete, fue siempre muy especial. Muchos días me acuerdo de ella. Solo espero que haya salido bien parada después del colapso del régimen y que la vida le sonría. Realmente se lo merece.

Entre el círculo de amigas de Eva Braun se encontraban también aquellas que conocíamos como «las artistas». La primera de ellas era Sophie Stork. Mujer temperamental y muy inteligente, independiente, bohemia y alegre. Tenía entonces treinta y dos años. Pintora y artesana, gracias a su visita a la casa de la Wasserburgerstrasse escuché hablar por primera vez de un lugar que desconocía, un lugar donde yo iba a pasar la mayor parte del tiempo durante los años siguientes.

Recuerdo que aquella tarde, una tarde triste y lluviosa de principios de octubre, ella y la señorita Braun se encontraban tomando sus habituales licores en la habitación de esta, cuando me vieron pasar por delante de la puerta entreabierta. La señorita Braun me llamó:

—Capitán Muntz, pase un momento, por favor.

Yo entré en la estancia. Sophie Stork y Eva Braun estaban sentadas en el suelo, sobre unos coloridos y exóticos cojines de fabricación turca. Ambas se levantaron y se acercaron a mí. Desde el primer momento me sorprendió el aspecto de la acompañante de la señorita Braun. Iba muy bien ataviada, con un vestido de gasa de color negro con un estampado escarlata. Y poseía una melena morena que siempre me cautivó.

—Esta es mi amiga Sophie Stork, capitán.

La mujer extendió el brazo hacia mí y yo besé su mano.

—Él es el capitán Werner Muntz, de las SS. Es el encargado de mi seguridad personal — explicó Eva Braun, por primera vez, con un tono de orgullo en su voz.

Recuerdo que Sophie, tras escrutar mi rostro, lanzó una mirada de picardía hacia la señorita Braun. Ella simplemente se limitó a sonreír y le devolvió un extraño gesto de afirmación con la

cabeza.

—Sophie ha venido a verme desde el Obersalzberg. ¿Sabe?, ella está trabajando para el Führer. Está decorando el interior de la Haus Wachenfeld. ¡Tengo tantas ganas de que nos traslademos a vivir allí!

La Haus Wachenfeld. Nunca hasta entonces había oído hablar de ese lugar y, de hecho, cuando por fin lo conocí, ya no se llamaba así. Tenía otro nombre, un nombre que habría de formar parte de mi vida para siempre: el Berghof.

Más tarde me enteré de que la señorita Stork mantenía por aquellos días una tórrida relación sentimental con Wilhelm Brückner, oficial adjunto de las SA ante el Führer. Yo tardé en conocer a Brückner, creo que no lo hice hasta el verano de 1937, y por aquel entonces la relación con Sophie Stork ya estaba rota. Esa ruptura le provocó a Brückner graves consecuencias que ya relataré en su momento.

La otra amiga «artista» de Eva Braun era Gerhardine Troost, a la que todo el mundo llamaba Gerdy. En el momento de visitar la casa, estaba al frente del taller de su marido, Ludwig Troost, que había fallecido en enero del año anterior al sufrir un desgraciado «accidente»; un «accidente» del tipo de los de la señorita Braun. Mi relación personal con Gerdy nunca fue muy fluida; creo que de todas ellas es a la que menos llegué a conocer. También hay que decir que fue la amiga de la señorita Braun que menos frecuentó su círculo, debido a sus múltiples obligaciones. Un año después de que yo la conociera, el Führer la nombró directora de la Casa del Arte Alemán.

En aquel primer contacto con las amigas de la señorita Braun, todas se presentaron ante mí como elegantes, atractivas y discretas. No había rastro alguno de las mujeres bohemias, alocadas y juerguistas que me presentara el Reichsführer Himmler que, a priori, pudiera sustentar esos calificativos. Pero claro, para poder intimar más, aún tenía que pasar un tiempo. Fue en ese lugar llamado Haus Wachenfeld, que yo conocí como Berghof, cuando realmente fui consciente de su auténtica naturaleza. Y una vez más pude comprobar que el Reichsführer no se equivocaba en absoluto.

Unos días antes de trasladarnos a la casa del Führer en la Prinzregentenplatz, tuve la oportunidad de establecer contacto con otra mujer importante en la vida de Eva Braun, aunque esta no formaba parte de su círculo de amigas, sino de su círculo familiar: su hermana mayor, Ilse Braun.

Ilse llegó una mañana como hacía siempre, como una exhalación, y como una exhalación se marchó unos días más tarde. Tres años mayor que Eva, no tenía el atractivo de esta (la señorita Braun era la más atractiva de las tres hermanas), ni la gracia y el desparpajo de Gretl. En el momento en que yo la conocí era secretaria, y ese aspecto tenía, el de una gris secretaria en la que nadie se fijaría. Su relación conmigo nunca fue especialmente buena, pese a que tuvimos que pasar juntos mucho tiempo. Sé que desde el primer momento mi presencia la incomodó. Sé también que Ilse le insistió a Eva para que protestara por ello ante el Führer. Le dijo que no confiara nunca en mí y que tuviera cuidado conmigo, porque yo no era un «hombre del Führer», sino un «hombre de Himmler». Sé que culpó al Reichsführer de mi presencia en la casa y que exculpó de ello al Führer, arguyendo que Hitler nunca hubiera consentido algo así, si Himmler no le hubiera presionado. Y sé que le dijo que el ascendiente del Reichsführer sobre Adolf Hitler era muy peligroso para su relación. Y que yo era el ejemplo. Todo esto lo sé, porque la propia Eva Braun me lo confirmó en una ocasión. Y, visto como se desarrollaron los acontecimientos posteriores, Ilse Braun tenía razón en muchas de las cosas que le dijo a su hermana. Solo puedo reprocharle

algo: que nunca se dio la oportunidad de conocerme. Quizá si lo hubiera hecho, habría comprendido que no siempre los hombres son lo que indica su uniforme, que a veces, hay que conocerlos antes de condenarlos.

* * *

Unos días después de la marcha de Ilse de la casa, Liesl Rauch me citó en el cuarto vacío junto a la cocina. Como siempre, y con su habitual tendencia al misterio, traía noticias que le habían enviado esa misma mañana con la compra. Nos íbamos. El Führer quería pasar unos días con la señorita Braun antes de regresar a Berlín. Pero ese encuentro tendría lugar en su casa de la Prinzregentenplatz. Y nos íbamos nosotros dos solos. La señorita Braun y yo.

Subí a la habitación de Eva Braun para comunicárselo. La encontré sentada ante su tocador, como todas las mañanas. Aunque me presenté allí con mi habitual carácter serio y cortante, en mi interior estaba feliz. Feliz por ella. Sabía que la noticia le haría mucha ilusión.

—Señorita Braun, ¿puedo pasar? —dije desde la puerta.

—Pase, capitán Muntz.

Llevaba una de sus habituales batas de seda, esta de color púrpura, entreabierta, demasiado entreabierta para mi gusto, para lo que yo pensaba que tenía que ser el decoro femenino. Mientras cepillaba su pelo, me acerqué a ella.

—Señorita Braun, tengo que comunicarle que dentro de dos horas tenemos que abandonar la casa. El Führer quiere verla. Tenemos que presentarnos en su casa, en la Prinzregentenplatz.

—¡Por fin! —exclamó.

Dejó el cepillo sobre su tocador, se levantó y, en un ataque de alegría sin precedentes, se abrazó a mi cuello.

—¡Soy tan feliz, capitán Muntz!

Su rostro cambió cuando se separó de mí. Se tornó preocupado.

—¡Dios mío, dos horas! ¡Tengo que arreglarme!

Mientras corría hacia su baño, dejó caer su bata al suelo. Sin tan siquiera ser consciente de su desnudez, me gritó:

—¡Por favor, capitán Muntz, busque a la señorita Kastrup! ¡Que suba inmediatamente!

—Como quiera, señorita Braun.

Cuando me disponía a abandonar su cuarto, Eva Braun volvió a salir del baño y me dijo:

—¡Ah, y dígame también a mi hermana Gretl que suba! ¡Y dígame a Liesl que me prepare un coñac! ¡Dos horas solo para arreglarme! ¡Estoy tan nerviosa!

* * *

Dos horas más tarde, yo caminaba nervioso de un lado para otro del vestíbulo esperando a la señorita Braun. Llevaba mi uniforme de gala del Leibstandarte, aunque más tarde se me comunicó que habría sido preferible haber acudido a la residencia del Führer con uno de mis trajes de civil. Hice intención de mirar mi reloj, cuando vi a la señorita Braun descender por las escaleras.

Eva Braun llevaba en su mano una maleta de piel de color rojo, por supuesto regalo del Führer. Su aspecto era deportivo, vestía unos pantalones negros que dejaban desnudos sus

tobillos, una blusa del mismo color con topos blancos y una boina negra de medio lado sobre la cabeza. Los zapatos también eran negros, con un pronunciado tacón. Iba perfectamente maquillada y peinada. En ese momento me recordó a una de esas estrellas que aparecían en las películas de Hollywood que tanto le gustaban a ella y al Führer. Detrás de ella, con un costoso abrigo de piel entre sus manos (por supuesto, regalo del Führer), bajaba la señorita Kastrup.

—Estoy preparada, capitán Muntz —dijo Eva Braun, mientras la señorita Kastrup le ayudaba a ponerse el abrigo.

Recuerdo que antes de abandonar la casa de la Wasserburgerstrasse aquella mañana de octubre de 1935, Eva Braun me pidió un favor, lo que ella llamaba «un gran favor». El «gran favor» consistía en poder conducir su Mercedes blanco (por supuesto, regalo del Führer) hasta la casa de la Prinzregentenplatz. Yo le sonreí y le dije que sí. Nadie me había comunicado que entre mis obligaciones como jefe de la seguridad personal de Eva Braun estuviera ser yo el conductor de su coche. A lo largo de los años que permanecí junto a Eva Braun, el Mercedes blanco lo condujimos los dos de manera alterna. Generalmente ella, excepto cuando su estado de ánimo no era bueno o me indicaba expresamente que no quería hacerlo.

Recordaré siempre ese día porque fue la primera vez que Eva Braun me besó; se agarró a mi cuello y besó mi mejilla, dejándome en ella una marca de pintalabios parisino rojo.

—Gracias, Werner —dijo Eva Braun.

Fue también la primera vez que la señorita Braun me llamó Werner.

Cargué su pesada maleta en el Mercedes. Pesaba mucho. Eva Braun nunca salía de casa sin ella; llevaba sus vestidos, joyas, perfumes, cosméticos y utensilios de baño.

Una vez dentro del coche, Eva Braun, ya al volante, me miró y me dijo:

—Capitán Muntz, ¿le ha molestado que le haya llamado Werner?

—No, señorita Braun, puede llamarme como desee.

—Es que he pensado que, como vamos a pasar tanto tiempo juntos, sería mejor que yo le llamara Werner y usted a mí Eva, ¿no le parece?

—Lo siento, señorita Braun, le repito que puede llamarme como quiera, pero yo debo dirigirme a usted siempre como señorita Braun.

—Entiendo...

En ese momento pensé en Liesl Rauch: era extraño que no terminase de confiar del todo en ella, cuando éramos tan parecidos. Nosotros y nuestra rigidez en el estricto cumplimiento del deber.

Antes de arrancar el coche Eva Braun volvió a mirarme, esta vez sonriendo, y me dijo:

—Pues yo le llamaré Werner.

Eva Braun elevó su mirada hacia el grisáceo cielo de octubre y lentamente pronunció mi nombre.

—Werner... ¡Suena tan romántico!

* * *

Atravesando el barrio de Bogenhausen, recorrimos la distancia que separaba la casa de la Wasserburgerstrasse del número 16 de la Prinzregentenplatz, la residencia en Múnich de Adolf Hitler. Una vez allí, fuimos recibidos por la señora Winter. Anni Winter llevaba desde 1929 como

ama de llaves de la casa del Führer. El recibimiento fue frío y un poco violento. Me bastó ese primer instante para comprender el sentido de la frase de Liesl Rauch: «La señorita Braun no es muy bien recibida allí». Y, por la reacción de la señorita Braun, descubrí que la animadversión entre ella y el ama de llaves del Führer era recíproca. La señora Winter era una mujer de gesto severo, de ojos altivos y arrogantes. Sin mirar al rostro de la señorita Braun, le dijo:

—Pase, señorita Braun. Sígame, el Führer la recibirá en su habitación privada.

Eva Braun accedió al interior de la casa y tampoco miró a Anni Winter. Yo, cargando con la pesada maleta, entré tras ellas. La señora Winter me escrutó y no me dijo nada.

La casa de la Prinzregentenplatz era muy diferente a la pequeña casa de la Wasserburgerstrasse, y no solo por sus dimensiones. Había algo en ella distinto, especial, a primera vista se podría afirmar que era un lugar impresionante. El suelo de todas las estancias era de madera de roble. Las grandes cristalerías estaban protegidas por pesadas cortinas de terciopelo rojo, con los flecos y los tiradores dorados. Solo se abrían cuando el Führer abandonaba la casa. Bueno, eso me dijo uno de los chicos del servicio de seguridad del Führer durante una de nuestras charlas. Poco tiempo más tarde descubrí que no era así, que todas las cortinas de la casa estaban cerradas debido a la visita de la señorita Braun.

Tras un amplio vestíbulo, ascendimos por unas escaleras con barandilla, también con los peldaños de madera. La iluminación la proporcionaban lujosas lámparas de araña. Rápidamente la señora Winter nos tomó la delantera, mientras que la señorita Braun y yo la seguíamos avanzando a la par. Miré a Eva. Le hice un gesto con la cabeza señalando al ama de llaves. Un gesto de extrañeza. Eva Braun me respondió con una mueca muy cómica que casi me hizo reír. Eva Braun tenía la facultad de hacer gestos muy graciosos. En eso era igual de divertida que su hermana Gretl.

Llegamos a una pequeña antesala frente a la cual, tras una puerta cerrada, se encontraba la sala de lectura y la biblioteca del Führer. Por supuesto, eso lo descubrí más tarde. Ascendimos por otra escalera hacia el piso superior. Observé que las paredes estaban en parte decoradas con azulejos de cerámica de colores verdosos y grisáceos. Había además numerosas y costosas obras de arte, como estatuillas o pinturas, iluminadas por una luz tenue. Pude distinguir que algunos de esos cuadros pertenecían a Eduard von Grützner y a Andreas Achenbach, dos de los más destacados miembros de la escuela realista alemana. Sé que todos eran originales. Mientras subíamos por esa segunda escalera, la señorita Braun me dijo:

—¿Le gusta la casa? Es un lugar muy especial, ¿verdad? Todo su interior fue decorado por Ludwig Troost, el marido fallecido de mi amiga Gerdy. ¿Se acuerda de Gerdy, capitán?

—Naturalmente, señorita Braun, claro que me acuerdo.

El marido de Gerdy era el que había fallecido en uno de esos «accidentes» como los que había sufrido la señorita Braun. En ese momento pensé que, pese al trabajo que Troost había realizado en esa casa, no había logrado evitar que toda ella destilara un aroma a excesiva sobriedad. Supongo que eso se debía a que las casas suelen estar en consonancia con las personas que las ocupan. Sobriedad era una palabra que podía describir a la perfección cualquiera de los lugares que habitara Adolf Hitler.

Llegamos a otra pequeña antesala. Caminamos por un largo pasillo. A la izquierda se distinguía lo que parecía un cuarto de estar y, más adelante, un lujoso comedor. A la derecha había una única puerta, quizá de una habitación.

Hay veces en la vida en que las personas vemos algo y, sin saber por qué, sentimos un

estremecimiento. Aquella puerta hizo que yo me estremeciera. Desconozco el motivo, pero esa puerta proyectaba una imagen muy especial, podría decirse que una imagen negativa. Creo que Eva Braun se dio cuenta de alguna manera de lo que yo estaba pensando porque, al pasar junto a ella, me dijo:

—Tenga cuidado, capitán. Tenga cuidado con esa habitación. Es la habitación del «fantasma». Todavía en la noche se le escucha caminar en su interior.

Mientras lo decía, había un gesto entre cruel y divertido en su rostro. Era como si estuviera bromeando, solo que, al contemplar el semblante de la señora Winter, me di cuenta de que aquello no era una broma. Que algún asunto oscuro y macabro se escondía detrás de aquella puerta. La señora Winter se detuvo y lanzó una mirada ardiente hacia Eva Braun. Sus ojos despedían fuego.

Al fondo del pasillo se encontraba la habitación del Führer. La señora Winter nos pidió que la disculpáramos un momento y penetró en ella. Yo aproveché para dejar la pesada maleta en el suelo y preguntar:

—¿La habitación del «fantasma», señorita Braun?

Eva Braun me sonrió. Otra vez ese rictus entre cruel y divertido invadió su rostro.

—Sé que los fantasmas no existen, no soy tan tonta. Pero este fantasma sí, este fantasma es real. Lleva más de siete años persiguiéndonos al Führer y a mí, Werner.

Antes de que pudiera preguntarle, la puerta se abrió de nuevo y la señora Winter salió para decirle:

—Puede pasar, señorita Braun.

Le entregué su maleta de piel roja. Ella me lanzó una dulce sonrisa mientras la recogía en sus manos. Entró en la habitación del Führer.

Eva Braun pasó los siguientes tres días en el interior de aquella estancia. Tanto ella como Adolf Hitler no la abandonarían más que en contadas ocasiones. Por ejemplo, para comer, aunque, eso sí, lo harían en solitario. Yo comí y cené durante ese tiempo en el comedor del servicio, con los mayordomos y los chicos encargados de la seguridad del Führer. Las otras salidas que hicieron las comentaré más adelante. Yo no mantuve ningún encuentro personal con el Führer en el transcurso de aquellos días.

Una vez que Eva Braun salió de escena, el rostro de la señora Winter se relajó. Con un tono de cordialidad, se dirigió a mí y me dijo:

—Acompáñeme, capitán. Le mostraré su habitación.

Un corto pasillo conducía a otra estancia más pequeña —junto a una puerta que seguramente daría a un baño—. La señora Winter la abrió y accedimos a su interior.

—Tendrá que perdonarnos, capitán, pero el Führer nos ha advertido de su presencia sin mucho tiempo y hemos tenido que hacerlo todo muy rápidamente. El Führer nos ha ordenado que habilitáramos esta habitación para usted, en esta ocasión no tendrá comunicación directa con el dormitorio de la señorita Braun, pero no debe preocuparse, el Führer no se separará de ella.

La habitación era pequeña. Había una cama (poco más que un catre), un armario, un escritorio con una lámpara de pantalla y una ventana que daba a un verde y cuidado jardín. En las paredes, dos cuadros que parecían de Cranach.

—Perdone, capitán, no me he presentado: soy Anni Winter, el ama de llaves de la casa.

—Yo soy el capitán de las SS Werner Muntz. Me ocupo de la seguridad personal de la señorita Braun.

—Lo sé, capitán. El Führer me ha informado de todo. Un trabajo difícil el suyo —dijo la señora Winter, con una expresión de comprensión en su rostro—. Una chica «difícil» la señorita Braun.

No contesté. Supongo que la señora Winter creyó que ese comentario me había incomodado, por lo que cambió de tema.

—Podrá usar el baño del pasillo. Y si necesita algo, no tiene nada más que pedirlo. Por supuesto, puede moverse por la casa con total libertad.

* * *

Durante aquellos días pude conocer a más personas del entorno del Führer y continué confraternizando con algunos de los chicos de su seguridad personal. Por ejemplo, conocí a su piloto, Hans Baur, con el que pronto trabé una amistad que duró hasta el final. También a dos de los mayordomos del Führer, con los que tendría que pasar mucho tiempo en los años siguientes. Uno de ellos, Heinz Krüger; el otro, Heinz Linge. Mi trato con Krüger siempre fue correcto y cordial, sin embargo, con Heinz Linge no empaticé, ni en aquella primera visita a la casa del Führer ni en ningún otro momento. Siempre vi a Heinz Linge como un tipo poco simpático, arrogante y ambicioso. Y un tanto afeminado. Había un destello de algo parecido a la maldad en sus ojos. En presencia del Führer siempre se comportaba de manera servil, aunque, la verdad, durante aquellos años vi a mucha gente que actuaba igual. Pero lo de Linge rozaba lo excesivo. Creo que se sentía celoso de todo el que se aproximaba al Führer. En alguna ocasión pensé que llegó a tener celos hasta de la propia señorita Braun. Eso provocó entre nosotros algún que otro enfrentamiento personal. Solo durante las últimas horas en el búnker de la Cancillería llegamos a mantener una relación más o menos correcta, pero eso ya lo relataré cuando lleguemos a ese momento.

Entre los chicos con los que afiancé mi amistad estaban Adi Dirr y el chófer del Führer, Erich Kempka. Tuve mucho tiempo para hablar con ellos; además, ambos acabaron convirtiéndose en los ojos que me guiaban por el interior de ese nuevo mundo en el que me había adentrado, la vida íntima del Führer. Claro, que nunca pudieron contarme todo lo que yo ambicionaba conocer; solo aquello que su notable sentido común les decía que era «correcto».

Aquellos días fui testigo de tres, podríamos llamarlos, «incidentes» dentro de la casa. Creo que es lo más destacado de lo que puedo contar. El primero de esos episodios fue más bien una visita. Una visita que propició que el Führer abandonara la estancia que compartía con la señorita Braun. Durante el tiempo que duró esa entrevista, Eva Braun no salió de su habitación.

Recuerdo que estaba charlando con los chicos en la cocina del servicio, cuando alguien llamó a la puerta. Fue la señora Winter quien abrió, y Heinz Linge quien condujo al visitante ante la presencia del Führer. Era un hombre de aspecto sombrío, parecía un viejo profesor, un académico. Gracias a su visita, pude saber algo más de un asunto que me intrigaba.

—¿Quién es? —pregunté a Erich Kempka al verlo.

—Se llama Heinz Posse, últimamente viene muchas veces. Es el director de la Galería de Arte de Dresde. Creo que está trabajando con el Führer en la decoración interior de la Haus Wachenfeld.

La Haus Wachenfeld. Otra vez salía ese nombre a relucir. Me atreví a preguntar:

—¿Qué es la Haus Wachenfeld? He oído hablar de ese lugar en otras ocasiones...

—Es una propiedad que tiene el Führer en las cumbres del Obersalzberg, cerca de Salzburgo, en la frontera germano-austriaca. Se están desarrollando allí unas obras...

—¿Qué se está construyendo allí? —mi impaciencia me llevó a interrumpir a Adi Dirr, que era quien contestaba a mi pregunta.

—¿Que qué están construyendo allí? —Adi Dirr y el resto de los muchachos se miraron de manera divertida. Nunca olvidaré la respuesta que me dio Erich Kempka, porque fue lo mismo que yo pensé cuando pude ver ese lugar por primera vez.

—Un palacio, «guardián». Un palacio entre las nubes.

* * *

El segundo «incidente», y este realmente lo fue, sucedió durante nuestro segundo día de estancia en la residencia del Führer. Había pasado gran parte de esa tarde en mi habitación leyendo una biografía de Federico II, un libro que ya había empezado en Lichterfelde. Cansado de la lectura, se me ocurrió dar una vuelta por la casa para estirar las piernas. Al llegar a las escaleras que conducían al vestíbulo, descubrí que en la misma puerta se estaba produciendo una fuerte discusión entre dos mujeres. La curiosidad me llevó a permanecer en el descansillo, en lo alto de la escalera, para poder ver bien la escena. Una de las que discutía era la señora Winter, la otra, una joven de belleza angelical, una de las mujeres más hermosas que pude ver durante aquellos años. Alta y estilizada, era rubia, con el pelo ondulado (prácticamente llevaba el mismo corte de pelo que la señorita Braun, «permanente fría» creo que lo llamaban) y un rostro que denotaba gran clase y personalidad. Desde la distancia, sus ojos me parecieron azules y poseedores de un brillo muy llamativo. Lo más curioso es que vestía de uniforme. Un uniforme compuesto por camisa negra con corbata del mismo color, cinturón plateado y falda también negra. Era el uniforme de la Liga de Mujeres Nacionalsocialistas. Conforme pasaban los minutos, la discusión parecía ir subiendo de tono. Lo malo era que desde mi posición no se escuchaba muy bien, la acústica de la casa no era buena. Sí percibí que la extraña joven hablaba con un acento que no la identificaba como alemana. Y eso sí, pude escuchar con claridad una de las frases que continuamente repetía: «Es muy importante, tengo que ver al Führer, no me pueden hacer esto». Pero la señora Winter continuaba impidiendo su entrada en la casa. Detrás de ella apareció Heinz Linge. El mayordomo del Führer espetó algo a la joven, que, al verlo, dio media vuelta y se marchó desairada. El ama de llaves cerró la puerta de un portazo.

Esa noche, tras la cena, mientras tomábamos una taza de un magnífico café, comenté el incidente con los chicos del servicio de seguridad del Führer y pude conocer la identidad de la misteriosa señorita. Erich Kempka, que desde el garaje también había sido testigo del incidente, le comentó a Adi Dirr:

—Se trata de una de esas hermanas Mitford...

Dirigiéndose a mí, Adi Dirr me explicó:

—Esa joven es Unity Valkyrie Mitford. Es inglesa, aunque una nacionalsocialista convencida. Pertenece a ese grupo que dirige Gertrude Scholtz. Se dedica a acosar al Führer, en todos los lugares, a todas horas. Participe en el acto que participe, allí está Unity. La señora Winter solo ha cumplido órdenes del Führer. El Führer ha prohibido que entre en esta casa; en esta casa y en cualquier lugar en el que él se encuentre. Nosotros también hemos recibido esas órdenes. Parece

ser que el «pajarito caprichoso» tiene celos de ella. Bueno, en realidad la señorita Braun tiene celos de cualquier mujer que se acerque al Führer. Incluso de esas jovencitas de la Liga de Muchachas Alemanas que le ofrendan flores.

Adi Dirr se agachó, nos hizo un gesto con la mano para que nos acercáramos y, señalando a otra de las mesas donde charlaban tres de los mayordomos del Führer, Krüger, Meier y Linge, dijo bajando mucho la voz:

—En eso la señorita Braun se parece a ese estirado marica de Linge.

Todos los chicos rieron mientras daban fuertes palmadas sobre la mesa. Todos menos yo, que aún no conocía la auténtica naturaleza de Heinz Linge.

* * *

La última mañana de nuestra estancia en la casa tuvo lugar el tercer incidente destacable. Me disponía a bajar a desayunar y, al adentrarme en el pasillo que partía de la habitación del Führer, me di cuenta de que la puerta del cuarto que la señorita Braun definió como la «habitación del fantasma» se encontraba entreabierta. Me detuve y, acercándome sigilosamente, eché un vistazo a su interior.

No había duda de que se trataba del cuarto de una mujer. La sensación que daba era de estar habitado. Había un vestidor abierto repleto de caros y elegantes vestidos femeninos. Todo estaba muy limpio y cuidado, perfectamente ordenado. Innumerables portarretratos se diseminaban sobre un escritorio; estatuillas y cuadros, uno de ellos, sobre la cabecera de la cama, mostraba a una joven morena desnuda y en actitud un tanto obscena. La cama, muy grande, era de estilo imperial. Sobre ella, lo que más me sorprendió: un ramo de flores de color lila que parecían frescas, como si alguien lo hubiera depositado en ese mismo momento. Eso es, era un ramo de lilas. De hecho, la estancia desprendía un potente olor a lilas.

Una mano apareció en la puerta. Me sobresalté, no me avergüenza decirlo. A la mano siguió un cuerpo. Y un rostro. Un rostro gélido que me miraba con unos ojos airados. El rostro de la señora Winter.

—Disculpe, he visto la puerta entreabierta y yo...

Sin contestarme y sin apartar de mí su mirada colérica, la señora Winter cerró la puerta. Un estrepitoso portazo que retumbó por todo el pasillo.

Desde aquel día el mito de la «habitación del fantasma» se convirtió para mí en una especie de obsesión personal. Muchas veces pensé en preguntarle a la señorita Braun por ese misterioso cuarto, pero no me atreví. Unos meses más tarde, en un lugar insólito y en unas circunstancias insólitas, conocí toda la verdad sobre aquella enigmática e inquietante estancia. Y lo más curioso es que no fui yo quien preguntó por ella, sino la propia señorita Braun quien me desveló el macabro secreto que guardaba aquel aposento de la casa del Führer en la Prinzregentenplatz. Pero para llegar a ese momento, aún falta por recorrer un largo camino en mi relato.

Unas horas más tarde se me comunicó que debía preparar el coche de la señorita Braun y estacionarlo a la entrada. Nos marchábamos. Regresábamos a la casa de la Wasserburgerstrasse. En la puerta de la habitación del Führer habían dejado la maleta de piel roja, que yo me encargué de bajar e introducir en el Mercedes blanco de la señorita Braun. Estacioné el vehículo y esperé en su interior. Había empezado a llover.

Unos quince minutos más tarde la puerta de la casa se abrió. Eva Braun salió acompañada por Heinz Linge, que portaba un gran paraguas negro. Linge la acompañó hasta el coche y regresó a la casa. Desde ese primer instante, detecté un rostro de profunda alegría y satisfacción en la señorita Braun.

—¡Han sido tres días maravillosos, Werner! Qué lástima que el Führer tenga que partir inmediatamente para Berlín. Un asunto urgente. De todas maneras, me ha prometido que antes de la celebración del 9 de noviembre pasaremos una semana juntos. ¿No le parece genial, Werner? ¡Toda una semana!

Mientras regresábamos a la casa de la Wasserburgerstrasse, comencé a hacer cálculas sobre el calendario de encuentros del Führer y la señorita Braun. Y llegué a una conclusión. Era posible que, para Adolf Hitler, Eva Braun fuera solo una especie de entretenimiento entre las obligaciones políticas de su ajetreada agenda. No dejaba de resultar curioso que el primer encuentro al que yo asistí en la casa de la Wasserburgerstrasse, a mediados de septiembre, se hubiera producido solo unos días después de que el Führer hubiese clausurado el Congreso Anual del Partido en Núremberg. Ni que le hubiera prometido pasar una semana juntos justo antes de las celebraciones del 9 de noviembre en Múnich. Bueno, quizá fueran solo cálculas, pero lo que estaba claro era que esos encuentros llenaban de satisfacción a Eva Braun, la convertían en la mujer más feliz del mundo. No había más que contemplar su rostro mientras atravesábamos el barrio de Bogenhausen, para darse cuenta de ello.

* * *

La felicidad por aquella cita con el Führer le duró semanas, y quizá producto de esa felicidad, esa misma noche yo di involuntariamente un paso de gigante en el conocimiento de la verdad que rodeaba la relación de Eva Braun con Adolf Hitler. Aquella noche se fraguó lo que en los días posteriores culminaría en el momento en que la señorita Braun me confió los, para mí todavía secretos, orígenes de una relación que tuvo como testigo las calles de Múnich.

Sucedió durante la cena, en los postres. Había sido una velada maravillosa. Eva Braun, Gretl y la señorita Kastrup no dejaban de hablar y reír, y yo, por un motivo distinto, me encontraba muy feliz esa noche. Para mí había sido una liberación abandonar la residencia del Führer y regresar a nuestra pequeña casa de la Wasserburgerstrasse. Sé que parecerá una tontería, pero por aquellos días estaba empezando a apreciar que la señorita Braun, la señorita Kastrup, Gretl, Liesl Rauch, incluso los miembros del servicio de cocina y de limpieza, se estaban convirtiendo para mí en una pequeña familia. Y yo no vivía en familia desde que lo hiciera en mi infancia junto a mi padre y mi niñera, la señora Else, en mi casa de Potsdam.

Estábamos comiendo un delicioso *strudel* que habían preparado en cocina, cuando Eva Braun dijo:

—A este *strudel* le falta...

Se quedó pensativa. Me miró de una forma extraña mientras yo seguía comiendo. Gretl y la señorita Kastrup dejaron de comer y la miraron expectantes. Al final, yo mismo deposité sobre el plato el tenedor con un trocito de *strudel*. Entonces, Eva Braun continuó:

—Capitán Muntz —solo me llamaba Werner en privado—, ¿cuánto tiempo hace que está en esta casa?

—Dos meses, señorita Braun —le contesté.

—¡Dos meses! ¡Y todavía no ha salido de aquí! No ha recorrido Múnich, no conoce nada de la ciudad...

—No, de momento no he visto prácticamente nada de la ciudad...

—¡Eso hay que solucionarlo! ¡Mañana mismo le enseñaré Múnich! ¡Iremos a comer! Ya lo sé, iremos al restaurante favorito del Führer. ¡Iremos al Ostéria Bavaria!

—Está bien, como usted quiera, señorita Braun. Pero solo con una condición, que me deje que la invite...

Lo que pasó en ese momento fue una de las acciones más reprobables desde el punto de vista moral a las que yo asistí desde que me hiciera cargo de la seguridad de la amante del Führer. Pero sucedió así, y así debo contarle.

No sé cómo ni de dónde, pero tras una fuerte carcajada, Eva Braun sacó un sobre blanco. Lo abrió. Había tantos billetes de *reichsmarks* nuevos que los lados del envoltorio estaban empezando a resquebrajarse.

—No pagará usted, ni pagaré yo —dijo Eva Braun entre risas—. ¡Pagará el Führer!

No supe qué decir, qué contestar. Antes de que pudiera articular palabra, Eva Braun continuó, otorgando a su voz un tono pícaro y a su rostro un gesto malévolos:

—Yo sí pondré una condición. Que se ponga usted el uniforme de gala de las SS. ¡Quiero lucirlo! ¡Quiero lucirme con usted ante toda esa gente estúpida que camina por la ciudad!

4

YO, EVA BRAUN

El Ostéria Bavaria. Comprendí que aquel fuera el restaurante favorito de Adolf Hitler en cuanto entré en él en compañía de Eva Braun aquella triste mañana del mes de octubre de 1935. Para un pequeño burgués como él (eso es lo que siempre fue, eso es de lo que siempre quiso escapar), el Ostéria Bavaria debía de ser algo así como la quintaesencia de la elegancia y del buen gusto, aunque a mí solo me pareciese una vinatería con estilo. Un lugar que mezclaba una fingida elegancia estética con, eso sí, una cuidada gastronomía, como pude comprobar más tarde, y un cierto aire bohemio que a alguien como el Führer podía seducirle tanto como lo hacía la propia señorita Braun.

El Ostéria Bavaria era un local dividido en seis comedores, cada uno de ellos con unas nueve mesas. El comedor en el que entramos la señorita Braun y yo, y en el que el Führer tenía su mesa favorita permanentemente reservada, estaba presidido por un cuadro de grandes dimensiones que ocupaba toda una pared. Representaba el paisaje de un pueblecito rodeado de bosques y escarpadas montañas, bajo un cielo misterioso de connotaciones místicas, casi apocalípticas. El techo del salón estaba coronado por una lámpara de madera de siete u ocho brazos, con las bombillas protegidas por pantallas. Por encima de cada mesa, descolgándose desde el techo, había otra fuente de luz, unas lámparas cuadradas con cristales de colores. Y también sobre cada una de las mesas, una vela encendida, algo que otorgaba al local un tinte romántico. La señorita Braun y yo ocupamos una situada al final del comedor, junto a una barandilla de madera de roble que rodeaba el gran cuadro. En general, la atmósfera del local resultaba sombría, su luz era tenue y, al ambiente cargado y neblinoso por el humo del tabaco, se le unía esa triste luz de octubre que penetraba por los amplios ventanales. No obstante, supongo que todo eso formaba parte de su encanto.

Ayudé a la señorita Braun a despojarse de su abrigo de piel negro (por supuesto, regalo del Führer) y tomamos asiento. Eva Braun exhibía un bonito vestido negro con el cuello blanco y un lujoso collar de perlas blancas (por supuesto, regalo del Führer). Yo, tal como ella me pidió, iba con el uniforme de gala del Leibstandarte SS Adolf Hitler.

Todo el servicio del local parecía conocerla, casi uno por uno, se acercaron a ella, la saludaron y le besaron la mano, al tiempo que me lanzaban a mí disimuladas miradas intrigantes. Fue la señorita Braun quien leyó la carta y pidió por los dos: *sauerbraten*, uno de sus platos favoritos. Mientras esperábamos la comida, Eva Braun me dijo, con esos ojos ilusionados que ya me resultaban familiares:

—Ya verá, Werner, el *sauerbraten* aquí está exquisito, es uno de sus platos más reconocidos. ¡No comerá uno así en toda su vida!

Durante un rato hablamos de vaguedades. Pero mi intención aquel día era intimar con Eva Braun, descubrir cosas. Por ejemplo, cómo esa joven que comía frente a mí había llegado a convertirse en la amante de Adolf Hitler. Para conseguirlo, tenía que ser directo. Yo intuía que Eva Braun estaba deseando contarme los secretos de su pasado. Creo que había acabado por aceptarme como a uno más de la «pequeña familia» de la casa de la Wasserburgerstrasse, incluso era posible que, después de las reticencias iniciales, hasta le hiciera ilusión tener una persona que cuidara de su seguridad. Hay que entender que Eva Braun era una joven muy caprichosa. Y tal como me había hecho saber la noche anterior, ahora parecía que su último capricho consistía en «lucirme», según sus palabras, por las calles de Múnich. Creo que ya lo había hecho también ante sus amigas. Aparte de eso, pienso que quería hacerme conocedor de su historia, pero el problema estribaba en que no sabía cómo hacerlo, cómo abordarlo. Así que yo estaba en la obligación de darle un «empujoncito». Ese «empujoncito» llegó casi de repente, casi sin darme cuenta.

—Señorita Braun, le voy a hacer una pregunta, a lo mejor no le parece apropiada, si es así, no tiene por qué contestarla...

—¿Qué me quiere preguntar, Werner?

—¿Cómo conoció al Führer?

Se hizo un silencio. Por un segundo temí que la comida y la conversación fueran a terminar allí. Eva Braun me miró desconfiada y me preguntó:

—¿De verdad no lo sabe?

—No, no se me informó en ningún momento. Se me encargó su seguridad, pero no se me proporcionó ningún detalle sobre su relación con el Führer.

Repentinamente, la expresión de su rostro cambió. El atisbo de desconfianza desapareció sin más. Eva Braun me creyó. Regresó el rostro ilusionado con el que había llegado al Ostéria Bavaria.

—¿De verdad quiere saberlo? Es una larga historia, Werner.

—No importa, tenemos tiempo. Además, me gustaría conocerla. Usted me comprenderá, tengo curiosidad.

—Está bien, si usted quiere se la contaré. Pero espere que lleguemos a los postres. Casi siempre que vengo aquí con el Führer suelo pedir mi postre favorito, *crêpe suzette*, pero hoy voy a pedir un *strudel* cubierto de nata cuajada. Es el motivo de que le haya traído aquí, Werner. Es el detalle que le faltaba al *strudel* que nos sirvieron anoche.

Eva Braun me sonrió. Era la mejor de sus armas de seducción. Quizá el Reichsführer Himmler tenía razón: su belleza no era extraordinaria, pero su sonrisa era deslumbrante, capaz de iluminar aquel sombrío comedor del Ostéria Bavaria.

* * *

Tal como prometió, una vez nos sirvieron el postre, Eva Braun comenzó su relato de cómo conoció a Adolf Hitler:

—Conocí al Führer en un día muy parecido al de hoy, una tarde triste y lluviosa del otoño de 1929. Yo tenía entonces diecisiete años y trabajaba como dependienta en el estudio fotográfico de

Heinrich Hoffmann, en la esquina de la Amalienstrasse y la Theresienstrasse, no muy lejos de aquí. Como usted seguramente sabe, el señor Hoffmann es el fotógrafo oficial del Führer. No existe ninguna fotografía del Führer que no haya salido de alguna de sus cámaras. Aquella tarde nos habíamos quedado en el estudio poniendo al día el archivo. Recuerdo que yo me había subido en una escalera para coger una caja de fichas que había encima del armario. En ese momento se abrió la puerta y el señor Hoffmann entró acompañado por otro caballero. Desde el primer momento, el acompañante del señor Hoffmann me causó una grata impresión, me hizo gracia. Llevaba un bigotillo muy divertido que yo no había visto nunca en otro hombre. Vestía un abrigo de color claro de estilo inglés y llevaba en la mano un gorro de fieltro que no dejaba de mover de manera nerviosa. Casi inmediatamente, empecé a sentirme molesta. El acompañante del señor Hoffmann no apartaba sus ojos de mis piernas y eso me incomodó. No porque me mirara, no, siempre me ha gustado que los hombres miren mi cuerpo, sino porque ese mismo día me había recortado un poco la falda y tenía la impresión de que no me había dejado el dobladillo recto. Mientras yo descendía de la escalera, el señor Hoffmann lo presentó al resto de mis compañeras, aunque el extraño no dejaba de lanzarme miradas nerviosas entre presentación y presentación. Al final, el señor Hoffmann y el extraño caballero se acercaron a mí. El señor Hoffmann dijo: «*Herr Wolf*, esta es nuestra pequeña y adorable señorita Eva Braun». *Herr Wolf*. En un principio no me sorprendió el nombre, Wolf es un apellido bastante común en Múnich; teníamos varios clientes que se apellidaban así. Aún tardaría un tiempo en saber que Wolf era un seudónimo que el Führer usaba dentro del Partido. *Herr Wolf* cogió mi mano y la besó. Me gustó como lo hizo. Saltaba a la vista que sus modales eran exquisitos, aunque un poco anticuados. No sé, siempre he sido muy sentimental, y esas cosas me recordaban a las viejas novelas románticas que yo leía por aquellos días.

Eva Braun dio un bocado a su *strudel*, lo masticó lentamente y continuó su relato:

—No sé por qué, no era habitual, pero el señor Hoffmann nos hizo pasar a la salita interior del estudio y nos anunció que nos obsequiaría con una pequeña merienda. La merienda fue sencilla, nada sofisticada, pero, eso sí, muy muniquesa: salchichas y cerveza. Yo estaba hambrienta, creo que devoré mis salchichas. Durante todo ese tiempo comprobé que *herr Wolf* seguía sin quitarme el ojo de encima. Producto del nerviosismo, recuerdo que hasta bebí un trago de cerveza, aunque yo por aquel tiempo no probaba el alcohol. Después, el señor Hoffmann y *herr Wolf* comenzaron una discusión, no recuerdo a que se debió, pudo ser sobre música o sobre una obra de teatro que se estaba representando en el Staatstheater, algo así. A partir de ese momento, fui yo quien no le quitó el ojo de encima. Me fascinó su tono de voz, el brillo de sus ojos, los extraños movimientos que hacía con sus manos. Me cautivó su forma de expresarse, la vehemencia y la rotundidad con la que defendía sus opiniones, sus grandes conocimientos sobre las cosas de las que hablaba. En verdad, la discusión duró poco. En un principio, el señor Hoffmann pareció discrepar de las ideas de *herr Wolf*, pero este le lanzó una batería de preguntas que acabó respondiéndose a sí mismo. Al final, *herr Wolf* terminó dando un pequeño discurso sobre las artes musicales o sobre el mundo teatral, no lo recuerdo muy bien. Y el señor Hoffmann terminó por admitir: «*Herr Wolf*, como siempre, tengo que darle la razón. Usted me ha convencido». Nosotras asistimos a la discusión con la boca abierta. De verdad, Werner, fue muy impresionante. Todas quedamos deslumbradas por su forma de hablar. Nunca habíamos conocido a nadie capaz de decir tantas cosas interesantes en tampoco tiempo. Durante la discusión, *herr Wolf* no dejó de mirarme en todo momento. Incluso cuando se dirigía al señor Hoffmann me miraba a mí. Me miraba incluso durante sus silencios,

escrutándome, como si intentara descubrir qué impacto causaban sus palabras en mi persona. Debo reconocer que, aunque *herr* Wolf era un hombre mayor que yo, me resultó muy atractivo y es posible que me empezara a enamorar allí mismo; si no de su persona, sí de su inteligencia.

Otro bocado a su *strudel*. Eva Braun paseó su mirada por el cuadro del pueblecito que ocupaba una de las paredes del Ostéria Bavaria, centrándose en ese cielo apocalíptico. Me pareció distinguir un destello melancólico en sus ojos. Apartó la vista del cuadro, me miró y continuó:

—Se estaba haciendo muy tarde y yo debía marcharme. Así lo hice saber. Entonces *herr* Wolf me preguntó dónde vivía, yo le contesté y él se ofreció a acercarme a mi casa con su Mercedes. Yo me negué. A manera de disculpa, le dije que me apetecía pasear. Él no insistió. La verdad era que me daba pánico la idea de que mis padres me vieran llegar con ese señor y en su coche. ¿Se imagina lo que podían haber pensado de mí, Werner? Me levanté de la mesa y me encaminé al vestidor para recoger mi gabardina. Mientras me la estaba poniendo, el señor Hoffmann entró. Se dirigió a mí y me dijo: «Señorita Eva, ¿sabe usted quién es ese hombre?». Creo que en ese momento me asusté un poco, porque en su expresión había una especie de reproche hacia mi comportamiento, como si con mi negativa hubiera desairado a *herr* Wolf. Como no supe contestarle, el señor Hoffmann me dijo: «¡Ese hombre es Adolf Hitler, el político más famoso de Alemania!»». Yo no sabía nada de política, la política no me interesaba. Además, no solía leer los periódicos y tenía por costumbre llegar al cine cuando el noticiero ya había terminado. Y en la radio solo escuchaba programas de música. Había oído hablar de los nazis, claro, como todo el mundo, pero ni siquiera sabía cómo pensaban, ni qué ideas defendían. Así que miré al señor Hoffmann de manera estúpida y me limité a contestar: «¿Ah, sí?».

Eva Braun lanzó una carcajada, y yo también reí. Cada día que pasaba era más consciente de que su espontaneidad era otra de las armas que a los ojos de los hombres la convertían en irresistible. Estoy convencido de que el Führer valoraba mucho esa espontaneidad, y más conociendo el tipo de mundo en el que se desenvolvía, el tipo de personas que lo rodeaban. En ese mundo, la espontaneidad no existía, no podía existir. Mucho menos en las personas que lo habitaban. En esas personas, cada palabra, cada gesto, cada acción estaba siempre milimétricamente calculado.

—Después de aquel día, las visitas del Führer al estudio se hicieron más frecuentes y todos empezábamos a intuir que venía por mí. Al principio, cuando me veía, solía decirme: «¿Cómo se encuentra mi bella ondina del estudio de Hoffmann?». Más adelante, se presentaba todas las tardes con un ramo de rosas rojas y una caja de bombones. Yo me sentía muy halagada. Casi siempre, bien en las flores o en la cajita de bombones, que compraba en la exclusiva tienda de Alois Dalmayr, escribía una nota que decía: «Para mi pequeña rosa de Baviera».

No sé por qué sucedió, no entiendo lo que me pasó, pero al escuchar esa frase una palabra estalló dentro de mi cabeza. Una palabra que provocó que desconectara del relato de la señorita Braun.

—«Mi pequeña rosa de Baviera». ¿A que es una frase muy bonita, Werner?

«Mi pequeña rosa de Baviera». Escuché esa frase que salía de la boca de la señorita Braun como un eco lejano, como si Eva Braun estuviera muy lejos de allí. La voz del Reichsführer pronunciando esa palabra que había estallado en mi cabeza tronaba en mi interior con el mismo ruido que hacen los cascos de mil caballos golpeando el pavimento. Desde que llegué a la casa de la Wasserburgerstrasse quise convencerme de que esa palabra no existía. Desde que conocí a Eva

Braun quise apartar esa palabra de mi mente como apartamos de nosotros aquellas cosas que detestamos. Pero no lo había conseguido. Esa palabra estaba ahí, como un dolor que no se esfuma. Como un dolor con el que convivimos, un dolor que pensamos que en cualquier momento desaparecerá, que nos abandonará para siempre, pero que cada mañana, al despertar, regresa. Me estaba empezando a resultar muy difícil vivir sabiendo que, en un momento dado, tendría que hacer aquello que el Reichsführer me había ordenado. Pero, por otro lado, estaba la otra voz, la de mi padre, recordándome aquello para lo que había sido educado desde que era un niño. El cumplimiento del deber encomendado.

Blancanieves. Esa era la palabra.

Mirando a Eva Braun pensé cómo era posible que aquella mujer, aquel ser encantador, fuera un grave problema para la seguridad del Reich. ¿Una mujer enamorada era un grave problema para la seguridad del Reich? Esa chica no había hecho nada, de acuerdo con su historia su único delito era haberse enamorado de un hombre llamado a dirigir los destinos de una nación. ¿Nos estaríamos volviendo todos locos? Esas preguntas venían torturándome desde hacía días, y lo seguirían haciendo en los años sucesivos. Cada vez, con mayor intensidad.

Mi mirada se centró en los bonitos e ilusionados ojos azulados de Eva Braun. Después, en su deslumbrante sonrisa. Luego, la deslicé hacia la sombría, neblinosa y viciada atmósfera que envolvía el Ostéria Bavaria. Y finalmente, sin saber por qué, mis ojos se dirigieron a la esvástica negra que decoraba el brazalete de mi uniforme. Y creo que, en ese momento, por primera vez, comprendí aquello en lo que me estaba convirtiendo. Comprendí que me estaba convirtiendo en un hombre atrapado. Sí, esa fue la sensación. La sensación de un hombre atrapado.

Un hombre atrapado entre una rosa y una esvástica.

—Werner... capitán Muntz, ¿le sucede algo? ¿Se encuentra usted bien? Parece que de pronto ha palidecido...

—No, nada, disculpe, señorita Braun. Me he despistado un momento...

—Lo entiendo, le aburre mi historia. Ya sabe, las mujeres somos así, empezamos a hablar de nuestras cosas y...

—No, no, de ninguna manera. No me aburre su historia, al revés, ya le he dicho antes que tenía mucho interés por conocerla. Continúe, por favor.

—No, aquí no, me apetece pasear. —Eva Braun miró hacia el cielo a través de uno de los ventanales—. Aunque está encapotado, parece que aún tardará en llover. Cerca de aquí hay un bonito parque, el Hofgarten. Podríamos pasear por allí. Y le seguiré contando mi historia.

Fue así como abandonamos el Ostéria Bavaria y su sombría atmósfera, para adentrarnos en la no menos gris atmósfera con la que aquel cielo de octubre estaba envolviendo las calles de Múnich.

* * *

Una lluvia fina provocó que nuestro paseo por los jardines tuviera que realizarse bajo los amplios soportales del Hofgarten. Eva Braun continuó su relato donde lo había dejado. Se la veía contenta, como si de alguna manera estuviera liberándose de un peso al poder contarme la historia de su relación con Adolf Hitler.

—A raíz de aquellas visitas del Führer al estudio del señor Hoffmann fue cuando empezamos

a salir. Lo hacíamos todas las tardes. Durante aquellos meses, entre octubre de 1929 y enero de 1930, definitivamente me acabé enamorando del Führer. Él me trasladó a un mundo que me resultaba completamente ajeno, a través de él conocí lugares y a personas que jamás imaginé conocer. Tanto él como su mundo me fascinaron. Muchas tardes el Führer me llevaba a ver obras de teatro o películas en Schwabing. Después, los dos nos sumergíamos en algún oscuro reservado del café Carlton y, durante horas, disertábamos sobre la película que habíamos visto o sobre las artes teatrales. Otras veces, bien solos o en compañía de alguno de sus amigos, el Führer me llevaba a cenar a lujosos restaurantes, como el del hotel Vier Jahreszeiten de la Maximilianstrasse o al Ostéria Bavaria. ¿Sabe, Werner?, durante aquellas charlas el Führer empezó a mostrarme todo su mundo interior, en todos sus aspectos. Mientras hablaba, ejercía sobre mí un control total, casi hipnótico. Con frecuencia pensé que había algo sobrenatural, algo oculto, en sus vibrantes ojos, en su profunda mirada. Yo podía pasarme horas mirándolo, escuchándolo, como si no fuera capaz de moverme. Cuando el Führer me miraba o me hablaba, era como si todo aquello que había a nuestro alrededor, aquello que nos rodeaba, desapareciera, se evaporara. Mi mente solo podía concentrarse en sus ojos, absorber sus palabras. Es verdad que él también me escuchaba con atención, me hacía preguntas, quería saber mi opinión de casi todas las cosas, de todos los temas que abordábamos. Muchas veces, después de que yo hablara, permanecía unos minutos en silencio, con la mirada perdida, como si intentara interiorizar todas aquellas palabras que habían salido de mi boca. Era una sensación extraña porque, aunque a menudo discrepaba de mis opiniones, casi siempre esa firme mirada que alumbraba sus ojos desaparecía, para dar lugar a unos ojos turbados. Era como si yo le abriera puertas hacia formas de pensamiento que, aunque alejadas de la suya, le hacían por unos minutos plantearse que tal vez no tenía toda la razón sobre asuntos acerca de los que siempre había mantenido convicciones muy firmes. Yo me sentía feliz, porque veía cómo ese hombre de conocimientos ilimitados tenía también la humildad de escuchar mis opiniones, de valorarlas. Fue entonces cuando por primera vez empecé a pensar que eso solo podía suceder porque ese hombre se estaba enamorando irremediamente de mí.

Abandonamos los soportales y nos dirigimos hacia un templete de música que había en mitad del parque. Yo extendí un paraguas negro y Eva Braun se agarró a mi brazo. Cuando llegamos al templete, un músico callejero estaba interpretando una bonita melodía con su violín. Creo recordar que era un tango que había popularizado Carlos Gardel por aquel tiempo, uno que se titulaba «Por una cabeza». Eva Braun sacó del bolso su pitillera de cedro, extrajo uno de sus cigarrillos turcos y lo encendió. Se recostó contra la baranda de hierro del templete y, tras dar una amplia calada y exhalar el humo, fijó su mirada en el músico callejero y siguió hablando:

—Durante aquellos días el Führer y yo hablamos mucho de música. En eso tenemos gustos completamente diferentes. El Führer es un enamorado de la música de Wagner, de sus grandilocuentes óperas. Las conoce todas, conoce todos sus *tempi*, todos sus pasajes épicos, me tarareaba canciones enteras cuya letra sabía. Ahora mismo, su última obsesión consiste en abocetar las escenas más relevantes del Ciclo del Anillo de los Nibelungos para presentarlas a los directores teatrales del festival de Bayreuth. El Führer siempre dice que la mayoría de ellos nunca han sabido interpretar el alma oculta de la música de Wagner. ¿Sabe, Werner?, él suele decir: «Quien no comprende la música de Wagner no puede comprender el nacionalsocialismo, y quien no comprende el nacionalsocialismo no puede comprender a Alemania. Al final, todo regresa al origen. El origen de todo es Wagner». Aparte de eso, al Führer solo parece impresionarle esa música sombría de Brückner y las operetas vienasas de Franz Lehár. Su opereta

favorita es *La viuda alegre*. La escucha una y otra vez, una y otra vez... A mí en cambio me gusta más el *jazz* y, sobre todo, el foxtrot. Antes de conocer al Führer, solía ir a bailar todos los domingos por la tarde a la sala Odeón con mis amigas. ¡Dios mío, lo que daría por poder bailar ahora! Yo sé que el Führer detesta esa música, igual que ese imbécil de Goebbels, que quiere prohibirla; sin embargo, delante de mí nunca la ha criticado. Nunca.

Arrojó el cigarrillo al suelo y lo pisó. Se acercó a mí y, bajando ostensiblemente la voz, me dijo:

—¿Sabe?, casi todas las noches sintonizo en la radiogramola la BBC. Me cubro la cabeza con una mantita y escucho la magnífica música que ponen. A veces no puedo evitarlo, se me van los pies. Detesto escuchar la ReichsRundfunk, todas esas canciones patrióticas y marchas militares. Pero no se lo cuente nunca a nadie. Es un secreto entre usted y yo.

Reímos. Abandonamos el templo, yo extendí el paraguas y ella volvió a cogerse de mi brazo.

—A principios de enero de 1930 el Führer dejó de acudir al estudio del señor Hoffmann. Dejamos de salir. Yo caí en un estado de melancolía, no entendía por qué el Führer había hecho eso, entre nosotros no había pasado nada y de pronto él parecía haberme abandonado. Una tarde el señor Hoffmann me lo explicó. El Führer estaba muy disgustado porque yo había hecho algo estúpido, algo típico de chicas estúpidas. Había presumido con mis compañeras del estudio y con mis amigas de la relación que tenía con él. Era cierto. Incluso llegué a comentarles que un día me iba a convertir en la esposa de Adolf Hitler. Por supuesto, eso era mentira. Él nunca me propuso ser su esposa. Nunca me lo ha propuesto.

Nos detuvimos. La melancolía había inundado sus ojos.

—El señor Hoffmann amenazó con despedirme si algo así volvía a repetirse. Yo me disculpé una y mil veces. Le juré que nunca lo volvería a hacer. Llegué a arrodillarme delante de él y le supliqué que se pusiera en contacto con el Führer y le pidiera perdón en mi nombre. El señor Hoffmann lo hizo. Unos días más tarde, recibí en el estudio un ramo de rosas rojas y una caja de bombones. En el ramo había una nota en la que el Führer había escrito: «Para mi pequeña rosa de Baviera». En la nota también decía que esa tarde pasaría a recogerme y que iríamos al teatro.

Tenía muchas preguntas que hacerle, pero esperaba que ella desarrollara su historia para que todas encontraran su respuesta. Sin embargo, en ese momento, se me escapó una cuestión sobre un asunto que despertaba en mí mucho interés:

—¿Y sus padres qué pensaban de esa relación, señorita Braun? Porque la conocían, ¿no?

—Mis padres... Ese era otro asunto. Mi madre y mis hermanas Ilse y Gretl me apoyaron desde el primer momento. Pero mi padre, Fritz... bueno, se llama Friedrich, pero todo el mundo lo conoce por Fritz..., eso fue algo distinto. Para empezar, mi padre me veía demasiado joven para mantener una relación de ese tipo, pero bueno, eso era normal, supongo que les sucede a todos los padres. Sin embargo, por otro lado, estaba que el caballero con el que yo tenía esa relación era Adolf Hitler. Tiene que comprender, Werner, que mi padre es un maestro carpintero, un hombre humilde al que nunca le ha gustado llamar la atención, un hombre que solo se ha dedicado a trabajar toda su vida para sacar a su familia adelante y al que nunca le ha interesado la política. Además, por aquel entonces, mi padre detestaba a los nazis. Decía que eran unos vulgares camorristas que iban a conducir a Alemania a la confrontación civil y a una nueva guerra. Ahora las cosas han cambiado. ¡Ahora mi padre se ha afiliado al Partido! ¡Se lo puede creer! ¡Mi padre!

Eva Braun se había detenido y había dicho sus últimas palabras con sus característicos ojos ilusionados. Eva Braun siempre fue una mujer muy expresiva, era incapaz de mantener oculto su

estado de ánimo. La forma en que su mirada pasaba de la ilusión a la melancolía, sus dos estados predominantes, era sorprendente.

—Aparte de sus ideas políticas, a mi padre le preocupaba de Adolf Hitler la notoriedad que tenía y que fuese una de las celebridades más importantes de Alemania. Sabía que Hitler tenía amigos poderosos, pero también enemigos irreconciliables. Le preocupaba mi seguridad. Uno de los incidentes más lamentables que sufrimos sucedió cuando intentó enviarle una carta suplicándole que rompiera su relación conmigo, que me dejara en paz. Trató de hacérsela llegar por mediación del señor Hoffmann, pero este, con buen criterio, me la dio a mí. Yo monté en cólera, rompí delante del señor Hoffmann la carta en mil pedazos y luego, ya en casa, tuve con mi padre una acalorada discusión. Aquella noche nos dijimos muchas cosas desagradables, pero creo que mi padre comprendió que yo estaba locamente enamorada de ese hombre, que mi corazón le pertenecía por completo. Supongo que se resignó. Como le he dicho antes, ahora las cosas han cambiado, aunque creo que en el fondo mi padre piensa que Adolf Hitler me ha convertido en algo parecido a una «concubina». Sé que le reprocha en secreto que todavía, a día de hoy, no me haya propuesto matrimonio. Yo lo entiendo, mi padre es un hombre muy tradicional. Quizá no comprende estos nuevos tiempos...

—Y en el transcurso de esos encuentros, mientras mantenía esas largas charlas y disertaciones con el Führer, ¿nunca le habló de política? ¿Nunca le habló de los planes que tenía para Alemania?

—Sí, naturalmente que me hablaba de política, de los grandes planes que tenía para Alemania. Y lo sigue haciendo. Durante aquellos primeros años él era consciente de que mis conocimientos sobre el tema eran nulos, así que se esforzaba por descubrirme los secretos de su pensamiento político, los fundamentos de su ideología. Yo no solía hacerle muchas preguntas, nunca se las he hecho, de tal manera que él solía cambiar de conversación y la dirigía hacia terrenos en los que yo me desenvolvía mejor.

La lluvia arreciaba. Volvimos a caminar bajo los soportales del Hofgarten.

—¿Sabe una cosa, Werner?, lo que más me fascina del Führer es esa creencia que tiene de que ha sido elegido para dirigir Alemania y devolverle la grandeza perdida después de la Gran Guerra. La Providencia, el Führer todo lo achaca a eso, a la Providencia. Se refiere a ella constantemente. Dice que fue consciente de cuál era su misión en este mundo desde siempre, desde su más tierna infancia en su Austria natal. Me ha contado pasajes de su vida fantásticos, sorprendentes, casi sobrenaturales. Lo que sucedió en Linz después de haber asistido a una representación del *Rienzi* de Wagner, cuando sintió que estaba destinado a conducir a Alemania en una guerra devastadora donde se jugaría su destino como nación entre las naciones... O lo que vivió en el sanatorio de Passerwalk, durante la Gran Guerra, cuando se recuperaba de sus heridas y sufrió todas aquellas visiones, las voces que le hablaban, las revelaciones que desde entonces había tenido... A mí esas historias me gustaban mucho, él lo sabía y me las contaba una y otra vez. Y aunque no lo crea, en una ocasión yo misma fui testigo de una de esas revelaciones.

—¿Fue testigo de una de sus revelaciones? No entiendo...

—Sí, sucedió en enero de 1933. Una noche asistimos a una representación de los *Maestros Cantores de Nuremberg*, acompañados por Rudolf Hess y su encantadora esposa Ilse. Aquella noche el Führer estaba muy extraño, más silencioso de lo normal. Su mirada parecía perdida, no se concentraba en nada. Después de la representación, los cuatro fuimos a cenar. Al Führer no le había gustado nada, decía que el director de la orquesta, Hans Knappertsbuch, se había

equivocado en dos o tres notas de vital importancia durante uno de los pasajes más destacados de la obra. Durante la cena, al recordarlo, entró en cólera. El Führer explicó que las obras de Wagner son una concatenación perfecta de notas, que ni una sola de ellas, ni siquiera una, puede sonar de forma discordante, porque en ese caso toda la magia se acaba derrumbando. Ha oído bien, Werner, ¡ni una sola nota! El Führer es así, tiene esas cosas. Quizá para intentar calmar su mal humor, el señor Hess propuso que nos desplazáramos a la casa de Putzi Hansfstaengl para tomar el café. Tuve que convencer al Führer, usar mis armas de seducción. Al final lo conseguí y el Führer aceptó ir a regañadientes.

Eva Braun se detuvo. Parecía como si recordar esa historia la hubiera puesto algo nerviosa, porque volvió a sacar su pitillera del bolso y encendió otro cigarrillo. Dio una larga calada, expulsó el humo y continuó hablando:

—No sé lo que sucedió, pero en cuanto llegamos a la casa de Putzi cambió de ánimo. Se transformó, se convirtió en otra persona. Empezó a hablar sin parar de los viejos tiempos, de los años de lucha, del oscuro origen del movimiento. Yo me enfadé un poco, pensé que ese cambio en su carácter se había producido por la presencia de Helene, la esposa de Putzi. El Führer la tenía en alta estima y yo soy un poco celosa. Bueno, algo más que un poco...

Eva Braun rio y yo lo hice con ella. Había vuelto a poner una de sus graciosas caras.

—¿Qué quiere que haga? ¡Soy bávara! Y a las bávaras no nos gusta que esas putas remilgadas nos quiten a nuestros hombres. Bueno, volviendo a lo que le contaba, cuando acabamos de tomar el café Putzi trajo a la mesa el libro de visitas, tenía la estúpida costumbre de que las personas destacadas que acudían a su casa firmaran en ese libro. Le entregó el libro al Führer, que se dispuso a firmar. Cuando iba a escribir la fecha, se quedó quieto, como paralizado. Nos miró a todos, uno por uno, con un rictus extraño en su rostro, una expresión que yo nunca había visto con anterioridad. Me asusté y miré al señor Hess, que me devolvió un gesto de perplejidad. Se hizo un silencio aterrador, nadie decía nada. Todos mirábamos al Führer, que había fijado su vista en algún punto perdido de una de las paredes de la sala de estar donde nos encontrábamos. De pronto, giró sus ojos hacia Putzi y, con un tono firme, le dijo: «Putzi, este año nos pertenece. Puedo garantizártelo por escrito». Eso sucedió el día tres de enero, nunca olvidaré esa fecha. El treinta de enero, Hindenburg le nombró canciller. Fue la fecha de su ascenso al poder.

Caminamos sin hablar, sin decir nada. Yo, dando estúpidos giros al paraguas que llevaba en mi mano; Eva Braun, apurando su cigarrillo casi hasta la colilla.

—¿Sabe una cosa, Werner?, en ocasiones hay reacciones del Führer que me producen miedo. Esto no se lo he confiado nunca a nadie, ni a mis hermanas, ni a mis amigas, nunca lo he hablado con Herta, ni con Marion, ni con Margarete Speer. Pero con usted es diferente, tengo la intuición de que puedo confiar más en usted que en cualquier otra persona. Y mis intuiciones nunca me suelen fallar.

—Se lo agradezco, señorita Braun. Me siento muy halagado.

—Como le decía, hay ocasiones en que el Führer me provoca miedo. ¿Sabe?, cuando estamos solos, durante nuestros encuentros, el Führer es una persona muy diferente a la que la gente conoce, al de los mítines, al de los discursos, al que sale en los noticieros que proyectan en los cines. Cuando estamos juntos, el Führer es un hombre amable, delicado, con una personalidad relajada. Pero en otras ocasiones, cuando dice esas cosas...

Es posible que en aquel momento no pudiera entender bien a Eva Braun, pero años más tarde yo pensaría lo mismo y recordaría muchas veces aquella conversación mantenida con ella una

lluviosa tarde de octubre de 1935 bajo los soportales del Hofgarten. Lo pensaría cuando, tras las célebres «tardes del té» del Berghof, por ejemplo, veía al Führer solo, sentado en su sillón favorito junto al fuego bajo, con su mirada perdida en el crepitar de las llamas. Casi siempre terminaba durmiéndose, y nosotros teníamos que hablar en voz baja para no despertarlo. ¡Qué distinto era ese Adolf Hitler del que hablaba en los mítines, en las grandes concentraciones del Partido, el líder magnético que cautivaba a auditorios hipnotizados y fanáticos! Al igual que Eva Braun, yo también conocí a ese otro Adolf Hitler, pero ya hablaré más detenidamente de él cuando llegue el momento oportuno.

En ese instante lo que sucedió fue que Eva Braun me lanzó una de esas preguntas que siempre me sorprendían, que siempre me cogían con la guardia baja:

—Dígame, Werner, ¿cree usted en Dios?

—No, la verdad, señorita Braun, es que nunca he sido un hombre muy religioso. Fui educado en otra cosa...

—En el servicio a la patria y el estricto cumplimiento del deber. Es usted el perfecto prusiano. Sí, eso ya lo sé, por eso confío en usted. Verá, yo sí creo en Dios, soy católica. ¿Quiere que le cuente un secreto que ni siquiera conoce el Führer?

—Si usted lo desea, señorita Braun...

—Bajo el colchón de mi cama tengo guardado mi libro de oraciones y el rosario que me dieron en el colegio católico al que asistí. ¿Y sabe lo mejor? Cuando me desplazo a la casa de la Prinzregentenplatz lo llevo conmigo. Cuando nadie se da cuenta, lo oculto bajo el colchón de la cama del Führer. ¡Y el Führer nunca se entera! Yo le digo muchas veces que debería ser más flexible con esas cosas, que debería creer en Dios, leer su palabra... Pero él no me hace caso. Dice que todo eso son tonterías de beatos, ya sabe, al Führer no le gustan esas cosas. Le cuento esto porque yo creo que los ángeles y los demonios están aquí, en el interior de nuestra mente, librando una batalla eterna. En ocasiones, cuando perdemos la racionalidad, se debe a que los demonios vencen a los ángeles en esa lucha interior. Yo creo que eso es lo que le sucede al Führer. A veces, los demonios lo devoran. En ese momento es cuando me provoca miedo.

«Los demonios lo devoran». Durante todos aquellos años fueron muchas las ocasiones en que Eva Braun repetiría esa frase. En algunos momentos incluso no hacía falta que la pronunciara. Ante determinadas reacciones del Führer, Eva Braun y yo nos mirábamos y nos decíamos con la mirada: «Ya lo están devorando los demonios».

—Eso siempre sucede cuando habla de los mismos temas. Cuando habla de sus adversarios políticos, pero, sobre todo, cuando habla de los judíos. Los judíos... ¿Qué piensa usted de los judíos, Werner?

El antisemitismo. Fui educado en el antisemitismo tanto en las Juventudes Hitlerianas como en las SS. Pero no voy a engañar a nadie, ese adoctrinamiento no causó mucho efecto en mí. Mi adoctrinamiento en las SS nunca superó a la educación que recibí de mi padre. Nunca fui un antisemita. Mi padre, tampoco. Mi padre combatió junto a algunos judíos durante la Gran Guerra, hombres a los que tomó un gran afecto, hombres que visitaron mi casa de Potsdam. Cuando los nazis comenzaron a alcanzar notoriedad, cuando se vislumbraron como una alternativa de poder, mi padre siempre decía que el sentimiento antisemita del Partido Nazi era solo un «mal necesario», la necesidad de buscar un enemigo para acabar consiguiendo sus fines, pero que al final se olvidaría y quedaría solo en palabrería. Recuerdo que me decía: «Palabrería, Werner, el asunto de los judíos es solo palabrería, no es nada importante. Lo importante es que su concepto

de la patria y del Estado es tan elevado que son los únicos capaces de devolverle a Alemania la grandeza perdida, los únicos capaces de volver a situar a Alemania entre las grandes naciones». Así lo creía mi padre, y yo lo creía con él. ¡Qué equivocados estábamos! Cuando, tras ser detenido en Berlín, llegué a este país, fui informado de los terribles crímenes que se cometieron en nombre del movimiento político en el que creí, en el que milité. Fue uno de los momentos más duros de mi vida. El momento en que tomé conciencia de que durante más de diez años estuve sirviendo a un asesino atroz, a un asesino de masas; que me relacioné, conviví e incluso admiré a algunos de los mayores asesinos de la historia. En mi descargo podría decir que nunca en el transcurso de aquel tiempo tuve conocimiento de que ese crimen infame se estuviera cometiendo. Sé que resultará sorprendente, pero en el círculo interno del Führer jamás se habló abiertamente del exterminio del pueblo judío. Nunca se habló de los campos de la muerte, ni de las cámaras de gas. Conocíamos la existencia de campos de concentración, de campos de prisioneros, pero no de esos campos de la muerte. Yo, al menos, nunca escuché hablar de ellos. Es cierto que pasé casi todos esos años en las cumbres alpinas del Obersalzberg, con esporádicas visitas a Berlín, protegiendo a la amante secreta del Führer, a sus alocadas amigas, rodeado de gente vil y banal, solo preocupada de dar rienda suelta a sus más bajos instintos. Allí casi no se hablaba de política, casi no se hablaba ni de la guerra en sus momentos más álgidos. Estoy firmemente convencido de que ese asunto se trató en otras esferas, en otros niveles, que se nos ocultó tan deliberadamente como la existencia de Eva Braun fue ocultada al pueblo alemán. Podría decir eso en mi descargo, pero no lo haré. Porque todos fuimos culpables. Porque todos escuchamos cosas alguna vez, todos fuimos testigos de indicios que, de habernos detenido a pensar en ellos, nos habrían permitido concluir que algo horrible estaba sucediendo a nuestro alrededor, no muy lejos de nosotros. Yo, al menos, fui testigo de dos o tres incidentes acaecidos en el Berghof, que relataré en su momento y que ustedes podrán juzgar si fueron suficientemente elocuentes como para haber podido pensar, por mi parte, que ese crimen execrable se estaba cometiendo. Posiblemente, podría volver a excusarme diciendo que nadie en su sano juicio habría deducido de aquellas palabras que semejante monstruosidad estaba teniendo lugar. Pero nuevamente, no lo haré. Yo fui culpable, yo estuve allí, entre los asesinos, y nunca lo descubrí, ni hice nada por descubrirlo. Soy tan culpable como el primero. Soy tan culpable como ellos. Y Eva Braun también.

Aquella tarde perdí una oportunidad única de saber qué pensaba Eva Braun sobre los judíos. Pero ella estuvo presente conmigo en esos incidentes del Berghof, escuchó lo mismo que yo, vio lo mismo que yo. Y sé que Eva Braun estuvo al corriente de muchas cosas durante aquellos años; que, como descubriré poco a poco en mi relato, su relación con el Führer fue mucho más intensa de lo que hoy se puede imaginar; incluso, que llegó a influir en algunas de sus decisiones. Sobre si estaba al corriente del crimen que se estaba cometiendo tengo serias dudas. Dudas que se irán resolviendo seguramente mientras recuerdo en esta declaración lo sucedido en el transcurso de aquellos años. Dejaré que mi relato fluya, y entonces reviviré esos incidentes sucedidos en el Berghof que hoy me hacen preguntarme si Eva Braun estaría al corriente de esa monstruosidad.

Aquella tarde bajo los soportales del Hofgarten, cuando ella quiso saber qué pensaba sobre los judíos, podía haberle dado una respuesta engañosa y haber sido yo quien le preguntara su opinión al respecto. Sin embargo, hice todo lo contrario: me ceñí a las normas una vez más.

—Lo siento, señorita Braun, yo...

—Lo entiendo, Werner, ya he vuelto a meter la pata. Entre sus cometidos no está hablar de esos temas conmigo. No se preocupe.

Eva Braun se detuvo, como si de pronto se hubiera acordado de algo.

—Una cosa, hablando de demonios... Venga, le llevaré a que conozca una leyenda. Todo el mundo que viene a Múnich tiene que conocerla. De paso, por el camino, le seguiré hablando de mi relación con el Führer.

Desplegué el paraguas. Nuevamente, Eva Braun se cogió de mi brazo. Dejamos atrás los soportales y los jardines del Hofgarten y entramos en la amplia explanada de la Odeonsplatz, presidida por el monumento del Feldherrnhalle. Y así, caminando, nos perdimos bajo la lluvia entre la intrincada red de callejas que conformaban el centro de Múnich.

* * *

Aquella tarde, deambulando por las calles de Múnich, tuve una sensación extraña. Mientras Eva Braun continuaba contándome pasajes de su relación con el Führer, yo me dediqué a escrutar el rostro de los viandantes que pasaban junto a nosotros. Para todos ellos, nosotros podíamos ser solo una pareja de enamorados más que paseaba bajo la lluvia por las calles de la ciudad, un capitán de las SS y su bella enamorada. Había algo morboso en ese pensamiento, el saber que ellos desconocían nuestra identidad y que, además, yo era el encargado de que precisamente la identidad de la señorita cogida de mi brazo continuara siendo un secreto para todos. También me preguntaba qué sucedería si supieran que esa joven a la que miraban durante una fracción de segundo sin concederle la menor importancia era la amante secreta de Adolf Hitler, el Führer de nuestro Reich.

—En estos años de relación, el Führer y yo hemos tenido nuestros altibajos, momentos muy buenos, otros peores, algunas situaciones muy desagradables. La época en la que el Führer estaba de campaña electoral fue especialmente triste. Estaba muy ocupado y prácticamente no tenía tiempo para mí. En alguna ocasión, me llamaba desde una cabina pública de Berlín o desde la ciudad donde se encontrara. Yo había conseguido que mis padres pusieran un teléfono en mi habitación, para que nuestras conversaciones pudieran ser más privadas. Las cosas tampoco mejoraron cuando alcanzó el poder. El otoño de 1934 fue la peor época de todas, creo que durante aquellos meses empecé a ser consciente de que el Führer nunca se casaría conmigo. Ese ha sido y será siempre el mayor sueño de mi vida: que el Führer se case conmigo y me presente al mundo como su esposa. Supongo que la constatación de que ese momento no llegará nunca provocó mi segunda crisis...

«Segunda crisis». Durante aquel día en que Eva Braun había empezado a abrirme su corazón, no había dicho ni una sola palabra sobre sus dos intentos de suicidio, posiblemente la causa de que yo hubiese aparecido en su vida. En ningún momento llegué a plantearme preguntarle nada sobre ese asunto tan escabroso, creía que era lo suficientemente delicado como para que fuera ella quien me lo confiara voluntariamente. Para mi sorpresa, no tuvo que pasar mucho tiempo para que eso sucediera.

Habíamos llegado a la puerta de la Frauenkirche, la catedral de Múnich. Nos detuvimos. Eva Braun señaló hacia el suelo, hacia una especie de marca que había en una de las baldosas; parecía la huella de una gran bestia.

—¿Sabe lo que es eso, Werner?

—No, no lo sé, señorita Braun.

—Cuenta una vieja leyenda que esto es la marca del diablo, su pisada. ¿Recuerda? Antes

hemos hablado del diablo. Dice esa leyenda que el constructor de esta catedral se apostó con el maligno que sería capaz de conseguir que la luz del exterior inundara el templo, aunque no se vieran las vidrieras. El diablo en persona abandonó los avernos para venir hasta el lugar y comprobar por sí mismo si el maestro había ganado su apuesta. Pero el arquitecto logró que la catedral fuera consagrada antes de la visita del diablo, con lo cual este ya no podía acceder a su interior. Además, había dispuesto las columnas de tal manera que, desde la puerta, no fuera posible ver las vidrieras. Al sentirse víctima de un engaño, el diablo entró en cólera y estampó aquí su huella, para que todo el mundo supiera que había estado en la catedral.

—Una leyenda siniestra, señorita Braun —dije sonriendo; me había hecho gracia la manera infantil en que la había relatado.

Eva Braun también sonrió. Sacó de su bolso un bonito pañuelo de seda negro, que hacía juego con su vestido, y cubrió con él su cabeza.

—Si me espera aquí, Werner, me gustaría entrar un rato en el templo. Hace mucho que no lo hago.

—Por supuesto, señorita Braun, tómese el tiempo que quiera.

Eva Braun volvió a sonreír y, a continuación, hizo algo que a lo largo de los años haría muchas, muchas veces. Acarició mi rostro y dijo:

—Werner, mi apuesto Werner.

Cuando la señorita Braun entró en el templo, mi mirada se encontró con una escena que estaba sucediendo en el otro extremo de esa plaza. Había una tienda de alimentación; «Wiesermann» estaba escrito sobre su fachada. En los cristales habían dibujado dos estrellas de David blancas sobre la palabra *juden*. Ante la puerta, dos jóvenes con uniformes de las SA montaban guardia mientras repartían entre los transeúntes esos panfletos en los que se informaba de que el Gobierno y el Partido desaconsejaban comprar en establecimientos judíos. Era Múnich, en 1935. Pero, aunque miráramos, los que estábamos ciegos no podíamos ver.

Media hora más tarde Eva Braun salió del templo. Me dijo que había sido un día maravilloso, pero que estaba cansada y quería volver a la casa de la Wasserburgerstrasse. Así lo hicimos.

En ese momento yo creí que el tiempo de confesiones de Eva Braun había terminado, que no conseguiría conocer nada más de ella y de su relación con el Führer. No podía estar más equivocado.

* * *

Esa misma noche me encontraba sentado ante el pequeño escritorio de mi habitación, redactando una serie de cartas para algunos de mis compañeros de Lichterfelde. Por supuesto, ya les había comunicado que había pasado a servir en el Estado Mayor del Führer. Nada más, siguiendo las indicaciones de Bruno Gesche; eso era todo lo que podía comentar de mi nueva situación. Así que las rellenaba hablando de trivialidades. Todas mis cartas pasaban dos veces la censura de las SS antes de llegar a sus destinatarios: una antes de salir de Múnich y otra en Lichterfelde. Si en alguna de ellas hubiera intentado contar algo relacionado con la misión de seguridad que se me había encomendado, habría significado para mí una sentencia de muerte.

Estaba escribiendo el final de una de aquellas misivas para Erich Beck, uno de mis mejores amigos, cuando la puerta de mi habitación se abrió. La puerta que comunicaba mi habitación con

la de Eva Braun.

Desde que me había hecho cargo de su seguridad, era la primera vez que ocurría. La primera vez que Eva Braun cruzaba esa puerta. Desde el día del incidente con la pastilla de jabón, la comunicación entre nuestros dormitorios no se había vuelto a abrir. Hasta ese instante.

—Werner, ¿puedo pasar un momento?

—Por supuesto, señorita Braun —contesté, intentando disimular mi sorpresa.

Eva Braun entró en la estancia. Vestía una de sus habituales batas de seda, en esta ocasión de color rojo. Se había recogido el pelo. En sus manos llevaba una bandeja de plata, dos vasos largos y una botella de coñac.

—¿Le apetece tomarse una copa conmigo, Werner?

—Ya le dije que no bebo, señorita Braun.

—Y yo recuerdo que le respondí que esa mala costumbre habría que cambiarla. Venga, tómese una copa, por una copa no pasa nada.

Eva Braun vertió el coñac en los vasos. Me acercó uno, que dejó sobre mi escritorio. Con el suyo en la mano, se sentó sobre mi cama.

—Siento esta intromisión, pero es que esta noche no puedo dormir. Además, ahora me han quitado mis pastillas...

—No se preocupe, solo estaba escribiendo unas cartas a algunos de mis compañeros de Lichterfelde...

Mientras sonreía, Eva Braun dio un largo trago a su coñac. Yo hice lo mismo. Me abrasó la garganta.

—¿Le gusta?

—La verdad es que no, señorita Braun. No me gusta.

—Le acabará gustando, se acostumbrará. Ya lo verá.

Volvió a dar otro largo trago a su coñac.

—Werner, esta tarde, cuando le he contado mi relación con el Führer, le he ocultado deliberadamente algunas cosas. Supongo que sabrá de lo que le hablo. Sé que esas cosas son las que le han traído a usted hasta aquí. El Führer los llama «mis accidentes». Me estoy refiriendo a mis dos intentos de suicidio.

—Señorita Braun, si no quiere hablar de eso...

—No, no me importa, de verdad. Es por eso por lo que no podía dormir. Sé que usted y yo vamos a pasar mucho tiempo juntos, y no me gustaría que tuviera una impresión negativa sobre mí. Quiero que conozca la verdad, que la conozca de mis labios.

Volvió a beber. Sus ojos se habían entristecido. Esa noche Eva Braun me pareció más pequeña y frágil que nunca.

—Mi primer intento de suicidio ocurrió en el otoño de 1932, cuando el Führer se encontraba en mitad de la campaña electoral que le llevó al poder. En los meses anteriores habían sucedido algunas cosas muy graves en la vida del Führer, cosas que no le puedo contar ahora. Estaba tan centrado en aquella campaña que prácticamente se había olvidado de mí. Además, algunas de las chicas del estudio se habían empeñado en hacerme la vida imposible: intentaban ponerme celosas, maldaban, me restregaban por la cara todas las fotografías que aparecían en los periódicos de aquellas mujeres junto al Führer, aquellas mujeres que yo odiaba. Las odiaba y las odio. ¿Sabe a quién me refiero?

—No, señorita Braun, no lo sé —mi respuesta fue sincera.

—Leni Riefenstahl, la cineasta, Hanna Reitsch, la aviadora. La hija del embajador americano Dodd. Unity Mitford, esa inglesa famélica de culo respingón convertida en nazi. Las jovencitas de la Liga de Muchachas Alemanas que lloraban al verlo en los mítines y le entregaban flores... Todas esas zorras que lo único que han pretendido siempre es quitarme a mi hombre.

Se hizo un tenso silencio. Pude deducir que ese asunto la seguía torturando. Decidí preguntarle algo:

—Mis compañeros de seguridad comentaron en la casa de la Prinzregentenplatz que usted ha prohibido que la señorita Mitford se acerque al Führer. ¿Es verdad?

—Unity Valkyrie Mitford. ¡Esa es la peor de todas! ¡Babea cuando ve al Führer! Es una perra en celo, yo esas cosas las huelo. Sí, por supuesto que he prohibido que esa inglesa se acerque a cualquier lugar donde estemos el Führer o yo. De todas las amigas del Führer, a la única que soporto es a Gerdy Troost. Ella es diferente. En ella puedo confiar.

Se levantó de la cama, caminó hacia la mesita donde había dejado la bandeja de plata y se sirvió otro coñac, mientras con una sonrisa maquiavélica decía:

—Sus amigos de la seguridad del Führer deberían intentarlo con la señorita Mitford. La muy zorra..., sus bragas chorrean. Sí, seguro que a ella eso le gustaría. Todos esos hombres para ella sola...

Regresó junto a mi cama, se sentó y, tras dar otro trago, volvió a hablar:

—No pude soportarlo más. No quería vivir, no quería seguir viviendo en esas condiciones. La Noche de Todos los Santos cogí una pistola, una pequeña Walther que el Führer me había regalado para mi seguridad personal. Ahora me la han quitado también, como las pastillas para dormir. Sin pensarlo mucho, acerqué la pistola a mi corazón, cerré los ojos y disparé. Me temblaban tanto las manos que erré el disparo. La bala impactó en mi cuello, seccionándome una arteria. Me asusté al ver la sangre brotar a borbotones del cuello. Como pude, arrastrándome, conseguí llegar hasta el teléfono y llamé al doctor Plate. Me ingresaron en una clínica privada. El Führer abandonó la campaña electoral y regresó a Múnich. ¡La abandonó por mí! ¿Lo puede creer, Werner? Se presentó en la clínica con un ramo de flores y una caja de bombones. Cuando estuve recuperada, habló conmigo. Me pidió que nunca volviera a hacerlo y me dijo: «No tienes que preocuparte nunca, Eva. Yo no te abandonaré por nadie, cuidaré siempre de ti». Esas palabras me dieron la fuerza suficiente para seguir viviendo. Hasta que ese mismo año volví a caer en la desesperación.

Un nuevo silencio. Eva Braun parecía estar buscando las palabras adecuadas para continuar su relato.

—En los meses previos a mi segundo «accidente», nuestra relación volvió a pasar por un mal momento. Mis encuentros con el Führer eran esporádicos; como mucho, pasábamos una noche juntos y luego volvía a marcharse. Yo me sentía más sola que nunca. Durante una de nuestras últimas citas, el Führer me tuvo sentada tres horas en un reservado del restaurante del hotel Cuatro Estaciones, mientras él despachaba por teléfono un asunto con Berlín. Cuando por fin volvió, se limitó a entregarme un sobre repleto de dinero y se despidió de mí. Ni siquiera pensó en escribir una frase bonita en el sobre. Yo regresé esa noche a casa deshecha en lágrimas. Durante el siguiente mes no se puso en contacto conmigo. Por segunda vez, caí en un estado cercano a la desesperación. Para colmo, surgieron habladurías que decían que estaba con otra mujer. Una mujer desconocida a la que llamaban la Valquiria.

—¿Eran reales esas habladurías? ¿Existía esa mujer?

—No lo sé, Werner. Yo sospechaba de dos mujeres. Una era Winifred Wagner. El Führer siempre la ha adorado, pese a que a mí me parece un ser despreciable. Y él lo sabe. En 1930 se convirtió en la directora del festival de Bayreuth.

—¿Y por qué pensó que esa mujer podía ser la Valquiria?

—Aunque le parezca extraño, yo también tengo mis contactos dentro del círculo del Führer, gente que me es fiel, gente que me cuenta cosas. Yo nunca he asistido al festival de Bayreuth, pero aquellos que lo han hecho me contaron que la escena favorita del Führer en *El crepúsculo de los dioses* es cuando Brunilda, la valquiria, salta con su caballo sobre el fuego que devora el sepulcro de Sigfrido, para fundirse con él en la muerte. Dicen que cuando esto sucede el Führer siempre coge la mano de Winifred y la besa. Puede parecerle una tontería, pero eso me hizo pensar que ella podía ser la tal «valquiria». Además, otros contactos me alertaron de que, en una ocasión, en un hotel de un lugar llamado Bad Berneck, el Führer podía haber pasado una noche de pasión con esa desagradable mujer. En aquel momento el Führer ya estaba conmigo. Yo al principio no quise creerlo, pero luego...

—Y la otra mujer de la que sospechaba, ¿quién era?

—Por supuesto, de Unity Mitford. Ella se llama de segundo nombre Valkyrie. Por cierto, ¿qué tipo de nombre es ese? ¿Quién pondría a una hija de segundo nombre Valkyrie?

Eva Braun esbozó una sonrisa. Volvió a beber de su coñac. Yo también lo hice. Otra vez el alcohol abrasó mi garganta.

—La noche de mi segundo intento de suicidio hacía casi un mes que no veía al Führer. Más tarde me enteré del motivo. Había pasado un mes horrible, como le dije en una ocasión, le tiene pánico al cáncer, su madre murió de esa enfermedad. El Führer había detectado un cuerpo extraño en su garganta. Resultó ser un pólipo, un pólipo benigno. El mismo día que yo cometí mi segundo intento de suicidio, el doctor Karl von Eicken se lo había extraído en la Cancillería del Reich en Berlín. Yo lo desconocía. En las primeras horas de la mañana del día 29 de mayo, ingerí veinte pastillas con un vaso de agua. Mi hermana Ilse me encontró en estado de coma. Fue ella quien llamó al doctor Martin Marx. Por orden del Führer, se cambió el informe médico del motivo de mi ingreso hospitalario. Oficialmente, se me diagnosticó «fatiga excesiva», en lugar de «sobredosis de narcóticos».

Otra vez ese espeso silencio. Eva Braun se incorporó, caminó hacia mí y me miró de una manera directa, con una mirada que yo no había visto nunca, una mirada que no conocía. Una mirada que indicaba que iba a decir algo importante, algo muy importante.

—Werner, no quiero que piense, como muchos otros, que hice esas cosas para llamar la atención del Führer. No fue así. Hice esas cosas porque quería morir. Desde aquellos primeros encuentros con el Führer, tuve muy claro que sería el único hombre de mi vida, que lo seguiría siempre, que, si le pasaba algo, no viviría ni un solo segundo más que él. Que, si alguna vez me abandonaba, yo terminaría con mi vida. Si no puedo vivir con su amor, no viviré. Aunque usted esté aquí para impedirlo.

Eva Braun dejó su vaso sobre la bandeja de plata. De repente, su rostro cambió, sus ojos volvieron a iluminarse.

—Pero bueno, no pensemos en eso. ¡Ahora las cosas han cambiado! Nuestros encuentros son mucho más habituales, el Führer tiene conmigo muchas más atenciones. ¡Y será aún mejor cuando terminen las obras de la Haus Wachenfeld y nos traslademos allí definitivamente! Al Führer le encanta ese lugar, es su lugar favorito. Sé que allí permanecerá mucho más tiempo junto a mí.

Aunque, bueno, hay cosas que...

—¿Hay cosas que qué, señorita Braun?

—Nada, durante mi último encuentro con el Führer tuvimos una pequeña discusión sobre la persona que quería poner al frente de la Haus Wachenfeld. Pero bueno, supongo que al final todo se solucionará.

Al escuchar esas últimas palabras, me vino una idea. No podría decir el porqué, pero sospeché que esa discusión quizá estuviera relacionada con un asunto que me intrigaba.

—Señorita Braun, esa discusión... ¿tuvo algo que ver con esa habitación que llamó «del fantasma»?

—El fantasma. El fantasma está en la casa de la Prinzregentenplatz, Werner. Y lo estará siempre. Bueno, y aquí, dentro de mi cabeza. Y dentro de la cabeza del Führer. Algún día le contaré esa historia. Pero no ahora, ahora no estoy preparada.

—Como usted quiera, señorita Braun.

—Bueno, tendré que irme, supongo que usted querrá descansar.

Eva Braun recogió los dos vasos, la botella de coñac y la bandeja de plata.

—Me llevo esto, así Liesl no tendrá que recogerlo mañana y enterarse de este pequeño encuentro «furtivo».

Sonreí, aunque en ese momento no me encontraba bien. Estaba cansado, un tanto abrumado por la dura historia de la señorita Braun y algo mareado por el efecto del coñac. Mientras caminaba hacia la puerta de su dormitorio con la bandeja de plata entre sus manos, Eva Braun se volvió hacia mí y me dijo:

—Que descanse, Werner.

—Igualmente, señorita Braun.

Eva Braun se marchó. Se marchó dejando en mi habitación un dulce olor a rosas procedente de uno de sus caros perfumes franceses y un vacío muy difícil de llenar.

5

EL FANTASMA

En el verano de 1936, Eva Braun y yo llegamos a las montañas del Obersalzberg para pasar una larga temporada. Habíamos volado desde el aeródromo de Oberwiesenfeld, en las afueras de Múnich, hasta el de Ainring, en las cercanías de la frontera austriaca. Era un viaje corto, que durante aquellos años realizamos centenares de veces. La señorita Braun y yo viajamos solos, tanto la señorita Kastrop como Liesl Rauch se habían quedado en la casa de la Wasserburgerstrasse.

Para mi sorpresa, nuestro destino no fue la Haus Wachenfeld, sino el hotel Platterhof. Ese hotel se encontraba a no mucha distancia de la residencia alpina del Führer, donde ya por aquel entonces las obras habían concluido y cuyo nombre oficial había pasado a ser el Berghof, como denominaré a la Haus Wachenfeld a partir de ahora.

El Berghof se encontraba situado a más de 1.800 metros de altura. Para llegar hasta allí, había que viajar desde el aeródromo de Ainring hasta la ciudad balneario de Berchtesgaden, lo que hicimos en uno de los coches oficiales del Führer que había venido a recogerlos. Erich Kempka fue el encargado de nuestro traslado, lo que me congratuló porque significaba el reencuentro con el que yo ya consideraba mi mejor amigo dentro del círculo de seguridad y servicios del Führer. Durante todo el trayecto Eva Braun se encontraba muy ilusionada, se asomaba por la ventanilla del vehículo, alzaba los brazos al viento, gritaba y aspiraba el aire puro de los valles alpinos, para después contarme mil anécdotas de cada uno de los lugares por donde pasábamos. En las afueras de Berchtesgaden, una pequeña carretera conducía directamente al Berghof. Recuerdo que cuando tomamos esa carretera, Eva Braun me dijo:

—Prepárese, capitán Muntz. Lo que va a ver ahora no podrá olvidarlo el resto de su vida.

Eva Braun solía caer habitualmente en ese tipo de exageraciones. Solo que en aquella ocasión no exageraba en absoluto.

A partir de ese lugar, la carretera se empinaba para serpentear entre acantilados de piedra y bosques de aspecto inaccesible. Un camino que, más allá de las cumbres, parecía conducirnos directamente hacia las nubes. «Un palacio entre las nubes», lo habían llamado los chicos del Begleitkommando en la casa de la Prinzregentenplatz. No se equivocaban en absoluto. Sin siquiera haber llegado a ese palacio alpino, se percibía que la definición era totalmente acertada.

Durante el trayecto hacia nuestro destino pasamos junto a las villas que se habían hecho construir muchos de los máximos dirigentes del Reich, como Hermann Göring, Martin Bormann, Rudolf Hess, Albert Speer o Joseph Goebbels. Constaté que esta última (todavía sin terminar)

parecía la más modesta de todas. Para edificar esa auténtica ciudadela que los dirigentes del Reich habían levantado en las cumbres del Obersalzberg, el Estado había procedido a numerosas expropiaciones y derribos: pensiones, casas de campo, aserraderos, viviendas y hasta un hospicio para niños paralíticos habían sido demolidos durante los años que duraron las obras. Las expropiaciones habían sido realizadas por orden de Gotthard Färber, director de inmuebles y fincas del Partido. Las obras habían sido supervisadas en su totalidad por Martin Bormann. A lo largo de los años conocí a casi todos los dirigentes del Estado nazi, pero a ninguno llegué a detestar tanto como a ese hombre. Igual que le ocurrió a la señorita Braun. Por aquel tiempo, Martin Bormann era general de las SS y miembro del Estado Mayor de Adolf Hitler. Hasta ese año, había ejercido como enlace de Rudolf Hess en el cuartel general del Führer. Como descubrirán a través de mi relato, los enlaces tenían un gran poder dentro del círculo de Hitler; en ocasiones, llegué a comprobar que su protagonismo podía llegar a ser mayor que el de los altos cargos a los que representaban.

Como he dicho con anterioridad, mi sorpresa fue mayúscula cuando nos detuvimos en el hotel Platterhof, todavía a una distancia considerable del Berghof. El Platterhof, como se le conocía vulgarmente, era un lugar excepcional, un edificio de aspecto alpino, con una arquitectura fantástica y unas vistas asombrosas de las montañas del Obersalzberg. Erich Kempka y yo tuvimos que trasladar los arcones que traía como equipaje la señorita Braun y, en compañía de ella, entramos.

Si el exterior resultaba impresionante, el interior no lo era menos. Durante aquellos años, además de como hotel, el Platterhof había funcionado como cuartel general para la guarnición permanente y el alto mando de las SS en el Obersalzberg, y, en la etapa más dura de la guerra, sus amplios salones sirvieron para que el Führer despachara con los generales y los altos mandos del ejército.

La señorita Braun y yo fuimos alojados en la primera planta del hotel, a la que se accedía por una gran escalinata de madera. Por supuesto, nuestras habitaciones estaban juntas y comunicadas por una puerta interior. Erich Kempka me ayudó a subir los arcones de ropa de la señorita Braun y después, antes de marcharse, le dijo que en tres horas regresaría a por ella para llevarla hasta el Berghof, donde la esperaba el Führer. Por un motivo que desconozco, yo debería permanecer en el hotel.

—Werner, ¿podría hacerme un favor? —me preguntó Eva Braun.

—Por supuesto, señorita Braun —le contesté.

—Solo tengo tres horas y me apetecería darme un baño. Si fuera tan amable de ir colocando mi ropa en los armarios...

—Supongo que no tengo otra cosa que hacer. No se preocupe, yo colocaré su ropa.

Antes de que me diera cuenta, Eva Braun ya había desaparecido en el interior del baño. Las habitaciones del Platterhof no eran muy espaciosas, pero, eso sí, estaban decoradas con muy buen gusto, todas ellas en estilo rústico alpino. Habían dispuesto tres armarios vestidor para que la señorita Braun colocara en ellos su ropa. Abrí los arcones y saqué sus pertenencias. Empecé por la ropa interior. Casi todas sus prendas de lencería —en una ocasión me confió que gastaba más dinero en lencería que en el resto de su vestuario— eran de seda. Continué con sus trajes y vestidos, muchos de ellos de noche. Solo con estos llené uno de los armarios. Después coloqué sus *drindlgewand*, el atuendo típico bávaro, que la señorita Braun tenía de todos los colores. En el Obersalzberg el espíritu bávaro florecía en Eva Braun, resultaba más habitual verla vestir con

sus *drindlgewand* que con el resto de sus prendas. Seguí con los bañadores y los complementos: gorros, pañuelos y tocados. Y los zapatos: los pares suficientes para llenar toda la sección de calzado femenino de los almacenes Karstadt. Pude comprobar que la mayoría de ellos eran exclusivos, fabricados en Italia por la marca Ferragamo. Eva Braun los encargaba durante sus habituales viajes a ese país, que solía hacer todos los veranos. Cuando tuve todo bien dispuesto, me dirigí con otro arcón hacia su tocador. Ahora tenía que colocar todos sus perfumes y cosméticos.

Todavía no había terminado cuando alguien llamó a la puerta. Abrí. Era una camarera, una joven rubia que no llegaría ni a los veinte años de edad. Se sorprendió al verme. Entró en la estancia con un carrito en el que llevaba varias botellas de licor y dos vasos.

Nada más irse, Eva Braun salió del baño. Haciendo gala de su tradicional ausencia de pudor, estaba desnuda y, además, no se veía en ella ninguna intención de vestirse. Se dirigió directamente al carrito, se sirvió un licor y me ofreció a mí otro.

—¿Quiere un trago, Werner?

—No, señorita Braun, ahora no.

Con el vaso en la mano caminé hacia los armarios. Los abrí, uno por uno, e inspeccioné cómo había colocado la ropa.

—Está muy bien, Werner. Has dispuesto la ropa incluso por colores y estilos...

—Lo sé, señorita Braun. Yo...

—El espíritu y la disciplina militar, ¿verdad? El Führer hace lo mismo. Eso me gusta.

Eva Braun dejó el vaso sobre el carrito y se dirigió hacia uno de los armarios, en el que había dejado su ropa interior. Se giró hacia mí y, mientras sonreía, dijo:

—Venga, Werner, deje de mirarme y ayúdeme a elegir mi ropa. Hoy le ha tocado a usted hacer el trabajo de la señorita Kastrup.

* * *

Una hora más tarde esperábamos a Erich Kempka en el enorme vestíbulo del hotel Platterhof. Eva Braun había elegido finalmente un traje de chaqueta blanco, con un pañuelo del mismo color con detalles plateados, que se puso a modo de tocado. Esos detalles plateados hacían juego con los botones de su chaqueta. Paseaba nerviosa de un lado a otro, dando grandes zancadas y expulsando exageradamente el humo de uno de sus cigarrillos turcos. Yo, mientras tanto, contemplaba desde uno de los ventanales los bancos de niebla que corrían entre las cumbres del Obersalzberg. Ese lugar me había fascinado desde el primer momento en que lo vi. Creo que nunca antes en toda mi vida había visto algo así, y sea cual sea mi destino no creo que vuelva a ver nada igual.

—Werner, el coche del Führer se retrasa, ¿verdad?

—No, señorita Braun, aún faltan diez minutos para las tres horas que nos dijo Erich — contesté, después de mirar el reloj del vestíbulo.

Como si no me hubiera escuchado, Eva Braun continuó dando vueltas de un lado a otro. Lo hizo hasta que vimos llegar el vehículo oficial del Führer, que estacionó ante la puerta principal del hotel. Erich Kempka descendió de él y caminó hacia nosotros.

Eva Braun apagó el cigarrillo en uno de los ceniceros, sacó de su bolso una pequeña cajita que contenía pastillas de mentol y tomó una. Durante aquellos años, vi a muchas personas hacer lo

mismo que ella: sacar esa misma cajita y tomar esas mismas pastillas. Lo hacían todos aquellos que fumaban y tenían que encontrarse con el Führer.

La señorita Braun se acercó a mí, echó su aliento hacia mi rostro y me preguntó:

—¿Huelo a tabaco, Werner?

—No, señorita Braun. Huele a mentol.

—Gracias, Werner.

Eva Braun dio una especie de extrañas palmaditas y se dirigió hacia la puerta de salida del hotel.

* * *

Sobre las ocho de esa misma tarde, estaba asomado a la ventana de mi habitación cuando, por el camino que descendía desde el Berghof, vi bajar el coche del Führer. Me sorprendió. Ya me había hecho a la idea de cenar solo, pues pensé que la señorita Braun pasaría esa noche en la residencia del Führer. El coche de Adolf Hitler se detuvo junto a la puerta principal y de él descendió Eva Braun hecha una furia. Al bajar, dio un fuerte portazo. Entró casi a la carrera en el hotel. El vehículo dio media vuelta y se encaminó de regreso al Berghof.

Salí de la habitación en busca de la señorita Braun. Cuando llegué junto al vestíbulo de la primera planta, ella estaba terminando de subir las escaleras. Al llegar ante mí hizo un extraño gesto con la mano. Me miró con ojos coléricos.

—Señorita Braun, ¿qué ha pasado?

—Nada, Werner, déjeme en paz. Estoy muy cansada, quiero descansar...

Mientras decía esto, pasó junto a mí casi sin detenerse. Desde que me había hecho cargo de su seguridad, nunca, en ninguna ocasión, la había visto en ese estado.

Eva Braun se dirigió hacia la puerta de su habitación, sacó la llave y se dispuso a entrar.

—Señorita Braun, yo voy a bajar a cenar. ¿Quiere cenar conmigo y me cuenta lo sucedido...?

—No, Werner. Solo quiero estar sola.

—¿Y si me preguntan por qué no baja a cenar...?

—Dígales que no me encuentro bien, que tengo una jaqueca terrible. Hasta mañana, Werner.

Cerró la puerta de su habitación con un fuerte golpe.

Cené solo. Los responsables del hotel habían dispuesto un reservado para nosotros, separado del gran comedor por una cortina de terciopelo rojo. En la mesa habían colocado dos platos y dos cubiertos, por supuesto, la mejor vajilla y la mejor cubertería con la que contaba el hotel. En el centro de la mesa ardía una vela. Toda la estancia estaba decorada con banderitas del Reich, guirnaldas de flores y luces de colores, lo que daba al reservado el aspecto de un cuento navideño, pese a que estábamos en verano. Frente a la mesa, a través de un amplio ventanal, podía verse la oscura silueta de las cumbres del Obersalzberg.

Disculpé a la señorita Braun ante el servicio del hotel y cené un exquisito plato de *tafelspitz* con salsa de rábanos picantes y pan. Lo hice muy rápido, no quería permanecer mucho tiempo lejos de mi habitación. Estaba muy preocupado por la señorita Braun; se podrá comprender que el estado en el que había regresado había encendido en mí todas las alarmas.

De regreso a mi cuarto, esa preocupación aumentó. Pude ver cómo un joven camarero introducía en la habitación de la señorita Braun un carrito repleto de botellas de licor.

Entré en mi dormitorio y me senté sobre la cama. Tuve el presentimiento de que sería una noche muy larga. Decidí no dormir y entrar en la habitación de Eva Braun en cuanto escuchara el primer sonido sospechoso.

* * *

Dos horas más tarde yo continuaba en la misma posición, cuando la puerta que me comunicaba con la señorita Braun se abrió. Eva Braun entró en mi habitación en unas condiciones deplorables: a medio vestir (llevaba una de sus habituales batas de seda abierta, dejando ver su lencería de color rojo), dando tumbos y con una botella de licor en la mano. Su cabello estaba revuelto, como si hubiera estado dando vueltas en la cama. Su rostro parecía desencajado y sus ojos, muy brillantes.

—¿Se encuentra bien, señorita Braun? —pregunté al verla aparecer en esas condiciones.

—Perfectamente, Werner —respondió cayéndose contra una de las paredes de la estancia, mientras me ofrecía la botella de licor—. ¿Quiere un trago, capitán?

Rehusé su ofrecimiento con un gesto de mi mano. Ella dio un largo trago de la botella. Se acercó hacia mi cama, cogió la almohada y la arrojó al suelo, a mis pies. Como pudo, se tumbó en el suelo y apoyó su cabeza en la almohada. Me lanzó una mirada desdeñosa.

—Pues usted se lo pierde.

—Señorita Braun, creo que debería...

—No me riña, Werner, no soy una niña. Y antes de que lo diga, ya lo sé. Estoy borracha.

Introdujo su mano en el portalligas y sacó un paquete de cigarrillos. Dentro de él llevaba su encendedor de oro. Prendió con él un cigarrillo.

—En esta posición todo me da vueltas, pero por lo menos no puedo caerme al suelo. ¿Sabe?, a veces, cuando bebo con mi amiga Sophie Stork, nos ponemos en esta posición. Luego levantamos las piernas y hacemos... Bueno, eso no se lo puedo contar. Se supone que las señoritas finas no hacen esas cosas...

Sonrió. Yo no le devolví la sonrisa. Mi gesto era frío y distante.

—Ya está, se acabó, Werner. Le he dado un ultimátum al Führer. O echa de una vez por todas a esa vieja bruja de Angela Raubal del Berghof o mañana mismo regresamos a Múnich. Le he dado de plazo hasta las doce de la mañana. Ni un minuto más.

Raubal. Recordé que el Reichsführer Himmler había pronunciado ese apellido un año antes, durante nuestra entrevista en la Casa Parda de Múnich. Sus palabras fueron: «Además, después de lo sucedido con la joven Raubal...». Sin embargo, Eva Braun había hablado de la «vieja bruja» de Angela Raubal. Algo en todo eso no me encajaba. Entonces, recuerdo que tuve la impresión de que estaba a punto de abrirse ante mí el mayor y el más oscuro de los secretos de la relación entre Eva Braun y Adolf Hitler.

—¿Quién es Angela Raubal, señorita Braun?

Otro trago. Eva Braun se incorporó, apoyándose en uno de sus brazos.

—La gobernanta del Berghof. La medio hermana del Führer. Una mujer horrible. ¡Esa mujer me odia, Werner! ¡Me odia!

—¿Y por qué la odia, señorita Braun?

Eva Braun guardó silencio. Se levantó y, tambaleándose, sin soltar la botella de la mano, caminó hasta la ventana. La abrió. Pese a estar en verano, las noches eran frescas en las montañas

del Obersalzberg. El frescor nocturno entró en la habitación. Eva Braun cerró los ojos y permaneció así durante un momento, aspirando el aroma de la noche. El viento que penetró por la ventana hizo que su bata de seda se abriera más, mostrando una imagen de su cuerpo muy sugerente.

Eva Braun se volvió hacia mí y me dijo:

—Me culpa de una de las mayores desgracias en la vida del Führer. Esa mujer es la madre del fantasma, Werner.

Lo sabía, mi intuición no me había fallado. Si lograba manejar esa situación, el misterio de la habitación de la casa de la Prinzregentenplatz iba a desvelarse.

—¿Quién era el fantasma, señorita Braun?

—Angelika Maria Raubal. Todo el mundo la llamaba Geli. Era la hija de esa vieja bruja. La medio sobrina del Führer.

—¿Y qué le pasó a esa chica?

—Una desgracia. ¡Pero yo no tuve la culpa, Werner! ¡Yo no tuve la culpa!

Cerró la ventana. Nuevamente tambaleándose, caminó hacia mi cama y se sentó en el suelo. Dio otro trago de la botella.

—¿Y cuál fue esa desgracia?

—Forma parte de una larga historia. ¿De verdad que usted no la conoce, Werner? ¿O es que quiere escuchar mi versión?

—No, no la conozco. No he oído hablar en mi vida de una chica llamada Angelika Maria Raubal.

—Geli, todo el mundo la llamaba Geli. Todo el mundo estaba enamorado de ella. Mi jefe, el señor Hoffmann, el entonces chófer del Führer, Emil Maurice, Anni Winter, el ama de llaves, la señora Reichert, la cocinera de la casa del Führer. Los amigos del Führer, los colaboradores del Führer. Los clientes del café Heck, donde el Führer la llevaba. Y por supuesto, el propio Führer.

Ahora fui yo quien guardó silencio. Un sudor frío brotó de mi frente.

—¿Quiere decir que el Führer...?

Eva Braun siguió hablando, como si no hubiera escuchado mi pregunta.

—Todo el mundo estaba enamorado de ella. De su juventud, de su jovialidad, de su desparpajo, de su espontaneidad, de su dulce acento vienés. Todo el mundo reía sus ocurrencias. Pero tras todo eso, se escondía una personalidad oculta. El Führer me contó una parte de su historia, la otra parte, la descubrí yo, hablando con el personal de la casa de la Prinzregentenplatz.

Otro trago más. Eva Braun me miró, y en esos ojos nublados por el alcohol pude distinguir algo parecido a un cruce de sentimientos. Una especie de mezcla entre el dolor y la crueldad.

—Cuando el Führer compró la Haus Wachenfeld, su medio hermana Angela y su medio sobrina Geli fueron a vivir con él. Angela Raubal se acababa de quedar viuda. El Führer se mostró deslumbrado por la personalidad de su sobrina; no es de extrañar, a todo el mundo le sucedía. Geli era muy caprichosa, y su último capricho fue querer estudiar canto en Múnich. Aprovechando el ascendiente que tenía sobre su tío, consiguió que este la llevara a vivir con él a la casa de la Prinzregentenplatz...

—Geli ocupaba la habitación del fantasma, ¿no?

—Sí, ese fue el principio de todo, el día en que el diablo entró en la casa del Führer...

—Antes ha dicho que Geli tenía una personalidad oculta; ¿qué era esa chica?

Eva Braun tardó unos segundos en contestar.

—Yo todas esas cosas no las sé muy bien, en realidad solo la vi un par de veces. Recuerdo que una fue en compañía del señor Hoffmann, durante una sesión fotográfica que le hicimos al Führer en un parque muniqués. Creo que no desperté en ella mucha simpatía, pero era normal, aunque yo no podía imaginarme por aquel entonces que Geli me viera como una rival.

—¿Como una rival? Quiere decir que...

—Werner, me ha preguntado por su personalidad oculta y le voy a contestar. A Geli le gustaban mucho los hombres. Todos los hombres. Fue ella la culpable de que el Führer despidiera a su chófer, Emil Maurice. El pobre se encaprichó de ella y eso molestó al Führer. Y si quiere saberlo, sí, también se encaprichó del Führer. Aunque visto lo que pasó luego, quizá no fuera solo un capricho.

—¿Y no me dirá que el Führer...?

Eva Braun intentó levantarse, pero no pudo hacerlo. Volvió a beber de la botella. Me miró e hizo un gesto afirmativo con su cabeza.

—Pero señorita Braun, eso es...

—Sí, lo sé, una relación entre parientes sanguíneos. Es incesto.

Reconozco que en ese momento no sabía qué pensar; si lo que decía Eva Braun era verdad, si era un desahogo producto de sus celos patológicos o simplemente los desvaríos de una borracha.

—Werner, usted no conoce al Führer, casi nadie lo conoce. El Führer siente una excitación y una fascinación especial por aquellos actos que soliviantan la moral tradicional burguesa. Créame, sé de lo que le hablo.

Volvió a tumbarse, extendió sus largas piernas desnudas y continuó hablando:

—Algunas personas me han dicho que todo empezó con los cuadros. Al Führer le gustaba pintarla desnuda. Yo he visto algunos de esos cuadros, Geli siempre aparecía en posiciones, cómo decirle..., poco «decentes». Sé que hay uno de esos cuadros en la habitación de la casa de...

—Sí, yo también lo he visto...

—No sé si será verdad, pero hace unos meses me enteré por una buena amiga de que el Führer le había encargado al tesorero del Partido, el señor Schwarz, que se deshiciera de algunos cuadros «personales». Quizá fueran aquellos cuadros de Geli. Desde que sucedió aquello, todo lo relacionado con ella parece estar infectado, contaminado. En el entorno del Führer cualquier comentario sobre el asunto de Geli Raubal es tabú. Será mejor que no lo olvide, Werner.

—No lo olvidaré.

—Es posible que el Führer y Geli mantuvieran ese romance a mis espaldas, eso no lo sé. Lo que está claro es que ella no era conocedora de la relación que el Führer y yo teníamos desde 1929. Después del trágico desenlace del asunto Geli Raubal, algunas personas cercanas al Führer me comentaron cosas bastante escabrosas sobre su relación, pero nunca he sabido si esas cosas eran ciertas o simplemente lo hacían por hacerme daño.

—¿Y qué cosas decían, señorita Braun?

Se levantó. A duras penas caminó otra vez hacia la ventana, pero en esta ocasión no la abrió. Solo miró a través de ella, mientras me decía:

—Parece ser que los gustos sexuales de Geli Raubal no eran normales. O quizá fueran los del Führer, aunque, claro, conmigo... Había algo oscuro en esa relación. Algo enfermo, Werner, algo indecente, cosas de las que no se puede hablar. Yo no puedo imaginarme que todo eso fuera real,

pero... Lo siento, no puedo seguir hablando. Me cuesta contarle a un hombre todo lo que me dijeron. ¡Dios mío, Werner! Era... ¡Era tan asqueroso!

Se hizo un tenso silencio. Supongo que yo vi en todo aquello un asomo de peligro. No hay que olvidar que estaba en la habitación de un hotel, con la amante de Adolf Hitler borracha y medio desnuda, hablando de unas presuntas relaciones sexuales «no normales» del hombre más poderoso y temido de Alemania. Creo que no dije nada porque no sabía cómo continuar con esa conversación. Así que salí del embrollo haciendo la pregunta más sencilla:

—¿Y todo eso no se lo preguntó al Führer?

—Werner, hay cosas que con el Führer no se pueden hablar. Ya le dije antes que algunos detalles de ese asunto me los comunicó el Führer en persona, pero otros no. Él hablaba conmigo de Geli hasta un punto, pero a partir de ese punto, sus ojos se nublaban, su mirada se tornaba turbia. Y callaba. Le puedo asegurar una cosa, Werner: a veces sus silencios son escalofriantes.

—¿Y qué pasó con ella, señorita Braun?

Eva Braun caminó hacia mi cama. Esta vez no se sentó en el suelo, lo hizo a mi lado. Pude rozar la piel de sus muslos desnudos mientras ella apuraba otro trago. Se dejó caer sobre la cama con los brazos extendidos.

—Sé por personas que trabajaban en la casa que algunos meses antes de que se desencadenara la tragedia la relación entre el Führer y Geli Raubal se había tornado tensa. Desconozco el motivo, pero parece ser que ella había decidido abandonar Múnich y continuar sus clases de canto en Viena. Algunos rumores apuntaban a que allí la esperaba otro hombre. No lo sé, a lo mejor eran solo habladurías. El caso es que la misma mañana de la tragedia, el Führer y ella habían discutido por ese motivo, eso me lo confirmó el propio Führer. Ese día él tenía que abandonar Múnich, viajaba hasta Hamburgo para una revista con miembros de las SA. El señor Hoffmann pasó a recogerlo por la casa de la Prinzregentenplatz. Heinrich Hoffmann me contó que la despedida del Führer y Geli fue fría y distante, probablemente a causa de la discusión que habían tenido horas antes. O quizá se debiera a otra cosa, no lo sé. Hoffmann también me comentó que Geli llevaba algo en su mano, una especie de papel arrugado. En la puerta esperaba el Mercedes del Führer con su nuevo chófer, un tipo que se llamaba Julius Schrek. Tras la despedida, el Führer y el señor Hoffmann abandonaron la casa.

Esta vez fui yo quien me levanté y caminé hasta la ventana de mi habitación.

—El señor Hoffmann me contó que sucedió algo extraño cuando el coche del Führer se puso en marcha. El Führer estaba muy inquieto, excesivamente nervioso. En un momento determinado, dijo: «No lo sé, Hoffmann, tengo un oscuro presentimiento, como si algo fuese a suceder». Hoffmann le respondió: «No se preocupe, *mein* Führer, posiblemente solo sea el *föhn*». Prosiguieron su viaje. Esa noche harían una parada en Núremberg, dormirían en el hotel favorito del Führer, el Deutscher Hof.

—¿Qué es el *föhn*, señorita Braun?

—¡Prusiano..., como se nota que no es muniqués! Un viento, un viento que sopla desde los Alpes. Los muniquestes decimos que ese viento influye en nuestro carácter, que nos irrita, que nos deprime. Y que nos puede conducir a la locura.

—¿Y qué pasó luego?

—Lo que sucedió aquella noche lo sé por *frau* Reichter...

—¿Es *frau* Reichter su contacto dentro de la casa?

Eva Braun no respondió a mi pregunta, continuó con su relato:

—Por lo visto, la señora Winter y Geli tuvieron una acalorada discusión esa noche. El motivo fue una carta, una carta mía. Al parecer, Geli Raubal había estado rebuscando en una de las chaquetas del Führer y encontró una nota en papel azul perfumado, una nota que yo le había escrito. Sí, era mía. Siempre escribo mis cartas en papel azul perfumado.

—¿Por eso no es bien recibida en la casa del Führer?

—Sí. Allí casi todo el mundo me considera culpable de lo sucedido. ¡Pero yo no sabía nada, Werner! ¡No sabía nada!

—¿Y qué decía aquella carta?

—Lo recuerdo muy bien, como si la hubiera escrito esta misma tarde. Era el 17 de septiembre de 1931. Unos días antes, el Führer me había llevado a ver una obra de teatro en Schwabing. Yo le había escrito: «Querido *herr* Hitler: Le doy nuevamente las gracias por su maravillosa invitación al teatro. Fue una noche magnífica. Me siento muy halagada por la amabilidad que tuvo conmigo. Cuento ansiosa las horas que faltan para nuestro nuevo encuentro. Atentamente, Eva». Por lo visto, Geli entró en cólera. La rompió en mil pedazos delante de la señora Winter. Luego desapareció dentro de su habitación. Esa noche, la señora Winter no durmió en la casa, pero *frau* Reichter y su hija, sí.

Mientras Eva Braun hablaba, mis ojos se habían perdido en la oscura silueta de las cumbres del Obersalzberg. Una silueta tan oscura como la historia que me estaba contando.

—En mitad de la noche escucharon un ruido que procedía de la habitación de Geli Raubal. *Frau* Reichter pensó que a la joven se le había caído algo al suelo, posiblemente un perfume. No le dio más importancia y continuó durmiendo. A la mañana siguiente, fue ella quien la encontró. Estaba tendida en el suelo, en mitad de un charco de sangre. Se había disparado en el corazón con una pequeña pistola que había cubierto con un pañuelo para amortiguar el sonido. *Frau* Reichter decidió llamar al señor Hess y al señor Schwarz, que inmediatamente se presentaron en la casa. Fue el señor Hess quien se puso en contacto con el hotel donde había pasado esa noche el Führer. Pero ya lo había abandonado.

Eva Braun guardó repentinamente silencio. Yo no quise preguntar nada, dejé que fuera ella quien retomara la historia.

—El hotel mandó un correo para tratar de dar alcance al coche del Führer. Lo lograron. Le comunicaron que el señor Hess había llamado desde Múnich para informar de que había sucedido algo extremadamente grave; tenían que regresar al hotel y ponerse en contacto con él. Así lo hicieron. Fue Rudolf Hess quien informó al Führer de la muerte de Geli Raubal. Decidieron regresar a Múnich. El señor Hoffmann me contó que el Führer hizo todo el viaje en silencio, con la mirada perdida en la carretera. Estaba muy pálido, blanco como la nieve. «Parecía un fantasma», me dijo Hoffmann.

—¿Y cómo consiguieron encubrir un asunto así?

—Cuando llegaron a la casa, el cadáver de Geli Raubal ya no estaba allí. Entre la comitiva que recibió al Führer estaban el señor Amann, el señor Hess, Schwarz, el ministro de Justicia de Baviera, señor Gürtner, el señor Himmler...

Me giré hacia ella al escuchar ese nombre. Eva Braun seguía tumbada en la cama, hablaba muy despacio, tenía los ojos semicerrados.

—¿Ha dicho el Reichsführer Himmler?

—Sí, el «fiel» Heinrich. Por lo visto fue él quien tomó el mando de la situación. No sé cómo lo ocultaron, por aquel entonces el Führer tenía ya mucho poder, el Partido controlaba amplios sectores de la policía, la judicatura y la prensa. Lo que sí sé es que el cadáver de Geli Raubal fue trasladado a Viena y enterrado en el panteón familiar de un cementerio perdido.

—¿Y usted está segura de que esa chica se suicidó, señorita Braun?

—Por supuesto que se suicidó. Pero yo no tuve la culpa. Yo no sabía nada, Werner. Yo creía que era la única mujer en la vida del Führer. Además, ¿Cómo no se iba a suicidar? ¿Qué está insinuando?

—Nada, nada. Era solo una pregunta.

Volví a mirar la estampa nocturna de las montañas.

—Tardé semanas en volver a ver al Führer. Cuando lo hice, me contó solo la mitad de la historia de Geli Raubal. Si quiere saberlo, nunca se lo reproché. Ahora ya puede empezar a entender por qué ese fantasma nos persigue, nos perseguirá siempre...

—Señorita Braun, cuando usted intentó dispararse en el corazón, estaba a su vez imitando el suicidio de Geli Raubal, ¿no? ¿Fue premeditado? ¿Era su objetivo castigar al Führer? Ya sabe, dos mujeres, la misma muerte...

Eva Braun no contestó.

—¿Señorita Braun?

Me giré hacia ella. Se había dormido.

Me acerqué a la cama. La miré unos segundos. Luego, cargué su cuerpo en mis brazos. Fue la primera vez que lo hice. Pude comprobar su poco peso y la suavidad de su piel. Con ella en brazos, abrí la puerta que separaba nuestras dos habitaciones. Entré y la dejé con mucho cuidado sobre su cama. La cubrí con las sábanas y salí, cerrando silenciosamente.

Esa noche tardé mucho tiempo en poder conciliar el sueño. Me tumbé vestido sobre la cama, en el mismo lugar donde un momento antes había estado Eva Braun. La oscura historia de Geli Raubal daba vueltas en mi cabeza. Tenía muchas preguntas, muchos puntos que no habían quedado claros en el relato de la señorita Braun. Pensé que la verdad sobre la historia del fantasma no había quedado desvelada aquella noche. ¿Qué tipo de relación tan aberrante mantenían esa joven y Adolf Hitler? ¿Cómo consiguieron encubrir todo aquello? ¿Se suicidó Geli Raubal? ¿Era también Geli Raubal un problema en las aspiraciones políticas de Adolf Hitler? ¿Lo era su muerte? ¿Por eso estaba el Reichsführer Himmler en la casa? ¿Qué papel jugó el Reichsführer en todo ese asunto? El Reichsführer... Los ojos de Himmler durante aquella conversación que mantuvimos en la Casa Parda no se apartaban de mi cabeza... Y la palabra Blancanieves.

Al alba me dormí. Desperté unas horas más tarde, cuando escuché la voz amiga de Erich Kempka en el pasillo del hotel. Me pareció que estaba hablando con la señorita Braun. Me incorporé y me dirigí hacia el baño para vaciar la vejiga, cuando la puerta que separaba nuestras habitaciones volvió a abrirse.

Eva Braun entró como una exhalación. Llevaba una de sus bonitas batas de seda blanca, con plumas en el cuello. Parecía una actriz preparándose en su camerino antes de vestirse para interpretar una importante escena. No había en ella huella del alcohol ingerido, ni recuerdo alguno en su rostro de esa sórdida historia que me contó sobre Geli Raubal. Para mi sorpresa, saltó hacia mis brazos.

—¡Werner, arréglese, pronto! ¡Recoja todo, venga, rápido! ¡Nos vamos al Berghof, Werner!

¡Me lo acaba de comunicar Erich! ¡El Führer ha puesto de patitas en la calle a la vieja bruja de Angela Raubal! ¡Esta mañana, la vieja arpía ha salido del Berghof!

No me dio tiempo ni a contestar. El «torbellino» Braun estaba en pleno funcionamiento.

—¡Venga, arréglese, rápido! ¡Nos vamos al Berghof! ¡Al Berghof!

—Estaré en un minuto, señorita Braun.

—Ah, una cosa... Le pido, por favor, que la historia que le conté anoche...

—¿Qué historia, señorita Braun? Yo no recuerdo que me contara nada.

Eva Braun acarició mi rostro y me dijo:

—Werner, mi apuesto Werner.

Y me besó en la mejilla antes de abandonar mi habitación con la misma velocidad con la que había entrado.

Creo que aquel fue un momento fundamental en la historia de Eva Braun. Un gran momento, uno de sus más grandes momentos. Creo que aquel fue el momento en que empezó a convertirse en la señora del Berghof.

SEGUNDA PARTE

BERGHOF
(Los años dorados)

6

LA SEÑORA DEL BERGHOF

Unas horas más tarde estábamos ascendiendo entre los grandes acantilados alpinos en dirección al Berghof, la residencia de Adolf Hitler en las cumbres del Obersalzberg. Eva Braun se mostraba exultante, muy excitada. Su sueño se había convertido en realidad en pocas horas. Para ella, puedo confirmarlo, comenzaban los mejores años de su vida.

A mitad del ascenso descubrí la caserna de las SS, un lugar que en los siguientes años visitaría frecuentemente y no siempre por motivos loables. En ella se encontraba acantonado el destacamento permanente de las SS en el Berghof, formado por un centenar de hombres. La militarización del Berghof aumentaría considerablemente durante los años siguientes, sobre todo tras el estallido de la guerra. A partir de aquel lugar, la carretera se empinaba todavía más. A ese último tramo hasta el palacio alpino yo lo llamaba el «camino entre las nubes».

Al final del «camino entre las nubes» había un pequeño terreno plano, antes de coger el último repecho hacia el palacio alpino. Allí pude distinguir, por primera vez, la silueta y el tejado puntiagudo de lo que había sido hasta ese mismo año la Haus Wachenfeld. Mi primera impresión fue que se trataba de una construcción bastante más pequeña de lo que me había imaginado. Pero era solo una ilusión óptica producto de la distancia, y desapareció cuando pude ver el edificio de cerca.

Un poco más adelante se encontraba el puesto de control de las SS. Al igual que el Berghof, era una construcción que mezclaba la piedra y la madera. A través de un pequeño ventanuco acristalado, la guardia, compuesta por tres soldados de las SS, fue alertada de nuestra llegada. Inmediatamente dos de ellos se colocaron ante la empalizada de madera que daba acceso al último repecho antes de alcanzar el Berghof, cargaron sus bayonetas al hombro y realizaron el saludo reglamentario. El tercero abrió la empalizada para que nuestro coche pudiera entrar.

A partir de ese lugar, inmaculados mástiles blancos flanqueaban los dos lados de la carretera, de ellos colgaban, flameantes por el viento alpino, las orgullosas banderas del Reich. Al final de ese repecho, antes de la última curva que nos llevaría a la puerta del Berghof, pude ver el parque móvil, donde un grupo de operarios se encargaba de sacar brillo a varios de los Mercedes negros del Führer y a dos Opel Admiral del mismo color. Cubiertos por lonas había otros cuatros vehículos de grandes dimensiones. Más tarde supe que se trataba de vehículos anfíbios dotados de palas excavadoras, utilizados en invierno para retirar la nieve acumulada en los caminos de montaña.

En la puerta del Berghof, en lo alto de la escalinata de piedra, nos esperaba una pequeña

comitiva de cinco hombres. Todos ellos vestían de civil, allí los únicos uniformes que se veían eran los de los soldados del Leibstandarte que montaban guardia bajo la escalinata y el mío, porque yo llevaba también puesto mi uniforme de gala. Durante aquellos años, utilicé en muy pocas ocasiones mi ropa de civil, solo cuando algún cometido especial requería que la llevara. Siempre me sentí mejor con el uniforme, y tengo que decir que nadie me lo reprochó nunca.

Al primero que distinguí entre los cinco hombres que esperaban nuestra llegada fue a Adolf Hitler, que vestía un traje de chaqueta de *tweed* de estilo inglés y un gorro de fieltro a juego, y llevaba un bastón negro en su mano. En eso coincidía con la señorita Braun, que esa mañana se había puesto una blusa blanca con puntillas en el cuello y las mangas, una falda de *tweed* gris y uno de sus numerosos y costosos pares de zapatos italianos. Junto al Führer se encontraban Karl Brandt, uno de los médicos del Führer y esposo de Anni, la amiga de la señorita Braun; Heinrich Hoffmann, su fotógrafo; Herbert Döhring, intendente de la casa, y Martin Bormann, el auténtico hombre fuerte del Berghof.

Una vez que Erich Kempka detuvo el vehículo al pie de la escalinata, nos pidió que no bajáramos hasta que él nos abriera la puerta. Primero abrió la de la señorita Braun, que viajaba en la parte delantera; cuando ella hubo descendido, la mía. Eva Braun y yo nos despedimos de Erich y ascendimos por la escalinata de piedra, yo siempre dos peldaños por detrás de ella, como era mi obligación. Recuerdo que en ese momento mi corazón latía de una forma irregular, como si, en lugar de andando, estuviera corriendo.

Eva Braun se dirigió en primer lugar al Führer. Él besó su mano con suavidad. Eso fue todo. No hubo ninguna otra muestra de afecto entre ellos. Ella se dirigió en todo momento a Adolf Hitler como «*mein Führer*», algo que haría siempre, tanto en público como en privado. Él la llamó «señorita Braun», aunque ella me confió en una ocasión que, a solas, el Führer siempre se dirigía a ella con la denominación de *tschapperl*, un cariñoso término austriaco que a ella le gustaba mucho.

Mientras Eva Braun caminaba hacia Heinrich Hoffmann, al que besó en el rostro, yo me cuadré delante del Führer, hice el saludo reglamentario y grité: *Heil Hitler!*

El Führer extendió su mano, me sonrió, y mientras nos las estrechábamos me dijo:

—Encantado de volver a verle, capitán Muntz. Espero que disfrute de su estancia en nuestra compañía; sepa que a partir de hoy esta es su casa.

—Muchas gracias, *mein Führer* —esas fueron las únicas palabras que logré articular.

A continuación, saludé al doctor Brandt, al intendente Döhring, a quien con el paso de los años llegaría a unirme una estrecha amistad, y a Heinrich Hoffmann, al que hasta ese momento solo conocía por los comentarios de la señorita Braun. Los tres me dedicaron una sonrisa de cortesía. Por último, saludé a Martin Bormann, a quien me dirigí siempre como «mi general». Bormann no me sonrió, más bien me obsequió con una mirada escrutadora. Me pareció un tipo despreciable desde ese primer instante. Con anterioridad, había observado que su recibimiento a Eva Braun había sido frío y cortante, a lo que la señorita Braun le correspondió con más frialdad. Prácticamente ni siquiera se miraron a la cara.

En ese momento llegaba al Berghof otro vehículo procedente del Platterhof, el que trasladaba los arcones con el equipaje de la señorita Braun y mis propias maletas. Una legión de ordenanzas del Führer se abalanzó hacia el coche para recoger los bultos.

Antes de acceder al interior del Berghof, a través de una puerta en forma de arco bajo los soportales, el general Bormann me hizo un gesto con la mano para que nos quedáramos un poco

más rezagados del grupo. Fuimos, así, los últimos en entrar en el gran salón.

Bajando ostensiblemente la voz, Martin Bormann me dijo:

—Esta tarde me gustaría mantener una charla con usted, capitán Muntz. Tenemos que hablar de lo que será a partir de hoy su labor de seguridad aquí, en el Berghof. No se preocupe, será una conversación distendida, nada importante. Quiero que sepa que el Führer está muy satisfecho con su labor. Considera que desde su llegada la estabilidad mental de la señorita Braun ha progresado de manera muy satisfactoria.

—Le agradezco sus palabras, mi general. En realidad, solo estoy desarrollando lo mejor que puedo la misión que me encargó el Reichsführer Himmler.

—Ah, se me olvidaba. Esa charla será después de que usted regrese de Ainring. Tras la comida, se desplazará hasta allí en compañía de Erich para recoger al servicio de la señorita Braun, que viaja desde Múnich: a la señorita Kastrup y a su camarera, Liesl Rauch. Las acompañan dos amigas de la señorita Braun, las señoras Herta Schneider y Marion Schönmann.

—Como usted ordene, mi general.

Mientras mantenía esa conversación con el general Bormann, mis ojos se paseaban por el gran salón del Berghof. Era un lugar impresionante, aunque un poco frío y despersonalizado para mi gusto. Todo el suelo, enmoquetado en rojo, estaba cubierto por costosas y elaboradas alfombras persas. En el centro había una estufa de porcelana blanca decorada con imágenes de jóvenes muchachas portando banderas con la cruz gamada. En una de las paredes de piedra, un cuadro que representaba el Coliseo de Roma. En el techo, todo él de madera de pino, una lámpara redonda de grandes dimensiones donde unas veinte o treinta velas metálicas alumbraban la estancia.

Aparte del salón, observé con detenimiento el tipo de relación que el Führer y Eva Braun mantenían en público. Ella parecía otra mujer, una mujer muy distinta a la que yo conocía. Discreción, sí, esa podría ser la palabra que describiera su comportamiento cuando se encontraba en presencia del Führer. Mientras hablaba con Adolf Hitler y Heinrich Hoffmann en el centro del gran salón, la señorita Braun observaba al Führer con detenimiento, cruzaba los brazos sobre su pecho o entrelazaba sus manos tras la espalda, al tiempo que ladeaba coquetamente la cabeza. Vi a Eva Braun hacer esos gestos miles veces durante aquellos años. Como dije con anterioridad, Eva Braun solo era Eva Braun cuando estaba en presencia del Führer; cualquiera de los otros rasgos de su personalidad, tan conocidos para mí, desaparecía cuando él estaba delante. No se tocaban. Eva Braun asentía continuamente con la cabeza a cada palabra del Führer, mientras de su boca solo parecían salir monosílabos. Daba la impresión de tener más confianza con Hoffmann, al que sí tocaba continuamente e incluso con el que se atrevía a bromear.

El gran salón daba paso a otras tres dependencias. A la izquierda se encontraban la célebre terraza del Berghof y el jardín de invierno. Durante la primavera y el verano, a veces incluso durante el otoño, la vida social del Berghof se desarrollaba en la terraza. A la derecha, el gran salón lindaba con otra estancia, oculta tras una pesada cortina roja de terciopelo, presidida por un águila del Reich dorada. Nos dirigimos en esa dirección. Dos miembros del Leibstandarte retiraron la cortina para que pudiéramos acceder a esa segunda estancia. Y eso significó una enorme alegría para mí, porque uno de ellos resultó ser un buen compañero y amigo de Lichterfelde, Otto Günsche. Otto se sorprendió al verme y yo, saltándome todos los protocolos, me dirigí hacia él. Otto se disponía a cuadrarse de manera reglamentaria ante el paso del Führer, cuando yo lo interrumpí alargándole mi mano. Otto Günsche, un poco azorado, me la estrechó. El Führer se dio cuenta de ese movimiento y clavó en nosotros su mirada. Yo, intentando salvar la

situación, me dirigí al Führer y le expliqué:

—Disculpe, *mein Führer*, Otto es un viejo compañero de Lichterfelde.

Esas cosas siempre causaban una impresión positiva en el Führer. Adolf Hitler esbozó una sincera sonrisa y nos dijo:

—Lo comprendo. ¡No existe nada más emocionante en el mundo como reencontrarse con un compañero de armas!

Salvada esa embarazosa situación, los tres entramos juntos en la auténtica joya de la corona del palacete alpino: la gran sala. Mientras caminábamos, Otto Günse, en aquel momento subteniente, me informó de que acababa de entrar a formar parte del Estado Mayor del Führer. En ese momento, yo no le pude contar cuál era mi cometido dentro de la guardia personal del Führer, preferí esperar a mi reunión con Martin Bormann, ante la eventualidad de que el general me dictara nuevas órdenes. En realidad, nunca le llegué a revelar a Otto la naturaleza de mi misión. No hizo falta. Esa misma noche, todo el personal del Berghof sabía ya que yo era el encargado de la seguridad personal de la señorita Eva Braun. Además, en aquel momento no creo que hubiera podido descubrirle a Otto el motivo de mi llegada al Berghof; ni eso, ni ninguna otra cosa. La verdad es que me había quedado petrificado y boquiabierto contemplando aquella estancia. Otto Günse sonrió al ver la expresión de mi rostro y me confió:

—Pues espera a ver el ventanal, Werner. —Otto y yo siempre nos llamamos por nuestro nombre de pila, nunca utilizamos la graduación que teníamos dentro de las SS—. No habrás visto algo así en toda tu vida.

La gran sala del Berghof tenía una superficie de unos doscientos metros cuadrados. Al igual que en el gran salón, el suelo estaba enmoquetado en rojo y cubierto de alfombras persas. Una lámpara redonda idéntica a la que había en el gran salón se descolgaba desde el techo de la estancia.

En el centro se extendía la gran mesa de mármol que, más tarde, el Führer utilizaría para sus revistas militares durante los días más duros de la guerra. Aquel día, sobre la mesa había valiosas estatuillas y jarrones de porcelana con flores frescas, que se traían todas las mañanas desde las dehesas que circundaban el Berghof. La mesa estaba rodeada por cómodos sillones de vistosos colores. En la pared más cercana a ella pude ver algunos de los más valiosos cuadros del palacio alpino: un boceto coloreado de Tiépolo y la impresionante *Nana* de Anselm Fauerbach. En esa misma pared se encontraba un auténtico gobelino, que más tarde descubrí que ocultaba tras de sí una pantalla de cine.

A la izquierda de la gran mesa había una pequeña sala de estar, formada por un sillón rinconero y varias mesitas. En la pared, un gran tapiz que representaba a Carlomagno. Un poco más adelante, un piano Bechstein y, sobre él, un busto de piedra de Richard Wagner. Junto al piano había una mesa de madera de roble que —lo supe luego— escondía una potente vitrola desde la que se emitía la música que podíamos escuchar a través de los altavoces instalados por todo el palacete, y que eran más numerosos en la terraza y el jardín de invierno. Enfrente, al otro extremo de la gran sala, se veía una impresionante chimenea de baldosas verdes, y frente a esta, el sillón favorito del Führer. Alguien me informó más tarde de que esa chimenea había sido un regalo de Benito Mussolini. Esa parte de la sala estaba presidida por un cuadro de gran valor que ocupaba más de media pared: la *Venus* de Paris Bordone, uno de los principales discípulos de Tiziano.

Casi tropecé al bajar los tres escalones de mármol que conducían hacia la mayor atracción del Berghof. Eva Braun se dio cuenta de mi torpeza, abandonó la compañía del Führer y del señor

Hoffmann y se acercó hasta mí para decirme:

—¿Qué le parece, capitán Muntz? ¿Verdad que es impresionante?

—Impresionante, señorita Braun —le respondí como un autómatas, sin apartar mi mirada de la imagen que se desplegaba ante mis ojos—. En toda mi vida he visto nada igual.

Lo que se mostraba ante mí era la imagen más asombrosa e impactante que un hombre hubiera contemplado jamás. Todo lo que pudiera decirse de la impresión que causaba sería poco.

Era un ventanal de treinta y dos metros cuadrados, formado por setenta y cinco láminas retráctiles de cristal. La vista era sobrecogedora. Aquel era un día claro y despejado de verano, por lo tanto, las altas cumbres del Obersalzberg se desplegaban ante mis ojos en todo su esplendor. En la lejanía podía distinguirse perfectamente Salzburgo, con sus bellos tejados barrocos y las altas torres de sus iglesias; la fortaleza de la ciudad, sobre la que solo dos años más tarde ondearía orgullosa la bandera del Reich; los ríos que descendían de los glaciales de las altas cumbres, salvajes y turbulentos, y los bellos lagos alpinos.

Delante del ventanal habían colocado una mesa de madera de pino adornada por más jarrones con flores frescas. A la izquierda, una gigantesca bola del mundo como la que el Führer tenía en su despacho de la Cancillería del Reich y un reloj de pie de madera coronado por un águila del Reich.

El Führer se acercó sigiloso a la señorita Braun y a mí, que contemplábamos el panorama en silencio. Preguntó:

—¿Le gusta, capitán Muntz?

—Es impresionante, *mein Führer* —contesté, sin apartar la mirada de esa visión—. Es una imagen de enorme belleza, una imagen de grandeza. Contemplando esto, cuesta creer que exista un lugar más bello en toda la tierra.

El rostro del Führer se iluminó de satisfacción. Dando una especie de extraños saltitos, como si flexionara los pies sobre la punta de los dedos (el Führer hacía habitualmente ese peculiar movimiento, sobre todo cuando se sentía satisfecho), me dijo:

—Creo que adquirí la Haus Wachenfeld solamente para hacerme construir este ventanal.

En la gran sala todas las conversaciones habían cesado. Todo el mundo guardaba silencio para poder escuchar las palabras del Führer.

—Yo solo quería tener esta visión. Usted la ha definido muy bien, capitán Muntz. Esta visión de grandeza.

Adolf Hitler apartó la vista de la ventana y, mirando directamente a mis ojos de una manera casi mística, sentenció:

—Esta visión de poder.

* * *

El Berghof contaba con más de sesenta habitaciones. La gran mayoría de ellas estaban situadas en la tercera planta, en la segunda se encontraban los aposentos privados del Führer y de sus más estrechos colaboradores. Hasta ellos se accedía subiendo por una gran escalera de mármol. Por ella avanzamos la señorita Braun, Heinrich Hoffmann y yo, mientras el Führer, Karl Brandt y Martin Bormann charlaban junto al gran ventanal. Cuando nos marchamos, la conversación había girado hacia la situación política en Berlín.

Al final de la escalera se abría una pequeña antesala, presidida por un retrato de Bismarck. El pasillo que partía de esa antesala mediría unos quince metros de largo, tenía el techo abovedado de piedra y el suelo cubierto por un enmoquetado rojo. A la derecha había dos habitaciones herméticamente cerradas que más tarde descubrí que eran el despacho del Führer y su galería de pintura. A la izquierda, otras tres estancias: la primera pertenecía al Führer, la segunda a la señorita Braun y la tercera era la mía. Me despedí del señor Hoffmann y de Eva Braun y entré en mi cuarto.

Sobre Heinrich Hoffmann diré que era un personaje de aspecto tranquilo y bonachón, pero más allá de esta primera impresión se escondía una personalidad astuta, aunque también servil y adulatora. Este tipo de personalidades sería el patrón fundamental de casi todos aquellos que formaban parte del círculo más estrecho de amigos y colaboradores de Adolf Hitler. Digo de casi todos, porque durante aquellos años descubrí algunas honrosas excepciones. Pero esto lo desarrollaré con más detenimiento a través del relato de los hechos acaecidos durante aquellos días.

Mi habitación en el Berghof era mucho más grande que la de la casa de la Wasserburgerstrasse. Constaba de una cama de grandes dimensiones, dos armarios roperos, un amplio escritorio, sobre el que habían colocado un jarrón repleto de frescas y estimulantes flores alpinas, una radiogramola pequeña, una mesita con sus sillas auxiliares, que conformaban una especie de sala de estar, y un baño completo. Sin duda, y aunque pueda parecer sorprendente, lo que más ilusión me hizo fue la radiogramola. Un mes más tarde, mientras las señoras pasaban sus tardes al sol en la terraza, yo me tumbaba en la cama y escuchaba a través de la Radio del Reich las retransmisiones de los Juegos Olímpicos que se estaban celebrando en Berlín. Disfruté especialmente con las victorias iniciales de nuestro equipo de fútbol (como el 9-0 sobre Luxemburgo), deporte que ocasionalmente había practicado en Lichterfelde, aunque también tuve que escuchar la traumática derrota por 0-2 ante Noruega que nos dejó fuera de la lucha por las medallas.

Un retrato del mariscal Hindenburg decoraba la pared desnuda situada frente a la cama. Estaba seguro de que eso había sido una decisión personal del Führer; debía de estar informado de la gran amistad que unía a Hindenburg con mi padre. Las otras paredes estaban empapeladas con diseños florales de color verde. Frente a la que mostraba el cuadro de Hindenburg había una ventana que daba al ala derecha del Berghof y a las altas cumbres del Obersalzberg. Desde allí podía verse la carretera que zigzagueaba hasta el Berghof a través del mencionado «camino entre las nubes», el puesto de control de acceso al palacio alpino y, en la lejanía, la caserna de las SS. Abrí la ventana y aspiré la suave brisa estival de las montañas. Al asomarme, comprobé que desde mi habitación se divisaba también una parte de la terraza y del jardín de invierno. En la terraza, alguien que por sus gestos un tanto amanerados me pareció Heinz Linge estaba colocando unas bebidas en una mesa blanca circular. No pude distinguir si había alguien más allí, o si Linge disponía él solo ese aperitivo para el Führer y sus amigos. En lo que más tarde se utilizaría como jardín de invierno había una docena de tumbonas de color blanco que se protegían parcialmente del sol por unas sombrillas. En una de ellas distinguí un par de piernas desnudas, un par de piernas femeninas, aunque desde mi posición no conseguí saber a quién pertenecían.

Cerré la ventana. En el rincón que formaban las dos paredes, había una estufa blanca de porcelana decorada con imágenes de niños de las Juventudes Hitlerianas desfilando y niñas de la Liga de Muchachas Alemanas haciendo diversos ejercicios gimnásticos. Esas estufas (estaban

repartidas por todo el Berghof) habían sido diseñadas por Gerdy Troost. La iluminación de la habitación consistía en lámparas de pantalla, unas situadas sobre las mesitas y otras colgadas en las paredes.

Desde que llegamos a esa segunda planta, me sorprendió que el Führer y la señorita Braun no compartieran una habitación única. En un lateral de la pared que había tras la cabecera de mi cama se encontraba la puerta que comunicaba mi cuarto con el de Eva Braun. Supuse que en la habitación de la señorita Braun habría otra puerta que, a su vez, conduciría a la del Führer y que, por lo tanto, las tres habitaciones estarían conectadas. Antes de deshacer mis maletas, que los mayordomos de las SS habían dejado a los pies de la cama, decidí aventurarme en la habitación de Eva Braun. Tenía interés por verla, ella me había hablado maravillas de su habitación del Berghof, sobre todo de su baño. Así que me armé de valor y abrí la puerta que comunicaba las dos estancias.

—Señorita Braun, ¿puedo pasar?

—Pase, Werner —respondió Eva Braun.

Mi primera sorpresa fue que mi habitación comunicaba directamente con su enorme baño; supuse que la ubicación de ambas estancias habría provocado que ese fuera el único lugar para abrir esa puerta. El baño estaba iluminado, pero vacío. Completamente construido en mármol de los Dolomitas de color blanco, incluida la bañera; la grifería, como en la casa de Múnich, era de oro macizo. Lo atravesé y me adentré en su dormitorio.

Eva Braun estaba junto a su enorme cama, había abierto uno de sus arcones de ropa e intentaba ponerse un bañador blanco que, en ese momento, llevaba a la altura de las rodillas.

—Si la molesto ahora, yo...

—No, no, pase. Oh, Werner, estaba intentando probarme este bañador. Esta tarde quería tomar el sol en la terraza. ¡Pero mire, me parece que no me vale! ¡He engordado, Werner!

—¿Quiere que la ayude con sus arcones de ropa, señorita Braun?

—No, Werner —dijo Eva Braun sonriendo—, el servicio se ocupará de eso.

Mientras luchaba por ponerse el bañador, me dediqué a observar su cuarto. Al igual que el mío, todo estaba iluminada por delicadas lámparas de pantalla. A un lado, tras una puerta abierta, había un pequeño saloncito. En él sobresalía un gran sillón y sobre él, cojines de veludillo. En el centro había una mesita decorada con estatuillas y jarrones con flores frescas. En una de las paredes, un retrato al óleo del Führer, en el que aparecía con el uniforme del Partido: la camisa parda y la corbata negra. Encima del sofá había otro cuadro. Sigilosamente me acerqué para mirarlo.

Era un desnudo de cuerpo entero de Eva Braun.

La señorita Braun entró en el saloncito. Yo me sobresalté.

—¿Qué? ¿Cómo me queda?

—Le queda muy bien, señorita Braun —contesté, girándome hacia ella.

Eva Braun se acercó a mí. Durante un instante contemplamos el cuadro en silencio.

—¿No me dirá ahora que se sorprende de ver un desnudo mío?

—No, precisamente por eso... Esta pintura es tan realista... ¿Quién lo ha pintado?

Eva Braun no me contestó, en lugar de eso, me cogió de la mano y me dijo:

—Venga, volvamos al dormitorio. ¿Ha visto el paisaje desde mi ventana, capitán?

Caminamos hasta la ventana. Eva Braun la abrió, como era de esperar, la vista de las cumbres

del Obersalzberg era espectacular. Pero mi mente no estaba centrada en esa vista, mi mente estaba centrada en el cuadro del saloncito. Recordé que la noche anterior, en el Platterhof, cuando me contaba la oscura historia de esa joven muerta llamada Geli Raubal, comentó algo sobre unos cuadros, unos cuadros en los que Hitler había pintado desnuda a su medio sobrina. Yo mismo vi uno de ellos en la casa del Führer en Múnich. Recordé que Eva Braun dijo: «Todo comenzó con los cuadros...». ¿Se había repetido la historia? ¿Había pintado Adolf Hitler ese desnudo de Eva Braun que presidía el saloncito de su habitación? ¿Era una obsesión para Adolf Hitler pintar desnudas a sus amantes? Si bien es cierto que ambos cuadros no tenían nada que ver (el de la señorita Braun era un desnudo elegante, sofisticado, mientras que el de la casa de Múnich era un retrato que se podía calificar de obsceno), esas preguntas iban a dar vueltas en mi cabeza durante algún tiempo. Y para mi sorpresa, una vez más, un día tuvieron respuesta. Y la respuesta me la proporcionaría el propio Führer.

Eva Braun cerró la ventana. Frente a su cama estaba su tocador, casi dos veces más grande que el de la casa de la Wasserburgerstrasse. Observé que casi todos los utensilios de belleza, como los peines, eran de plata y estaban grabados con las iniciales E.B. de tal manera que, según como se miraran, se asemejaban a un trébol o a las alas de una mariposa. Al lado del tocador había un espejo de cuerpo entero. Y al lado de su cama, sobre una mesita, una radiogramola como la de mi habitación, solo que la suya estaba confeccionada en madera de roble. La señorita Braun se acercó a ella y me preguntó:

—¿Le gusta la radiogramola? Es un regalo del Führer, su sonido es excelente.

Subió una caja de cartón sobre su cama y la abrió. Estaba repleta de discos. Extrajo uno de la marca Telefunken.

—Me acaban de traer todos estos discos de Berlín. No es exactamente la música que más me gusta, pero... Tendré que hablar con el señor Goebbels, quiero que me traiga todos esos discos que han retirado de la circulación por ser «poco apropiados». ¿Quiere que ponga este? No tiene mala pinta.

La alegre melodía de «Gib acht auf dein Herz, Margarete», de Adalbert Lutter, invadió la habitación. Con su bañador blanco (Eva Braun no había engordado; de hecho, estaba todavía más delgada que un año antes cuando la vi por primera vez), se puso a bailar, dando vueltas, como si fuera acompañada por un bailarín fantasma. Se detuvo, me miró y dijo:

—A todo esto... ¿Para qué ha venido a mi habitación, Werner?

Tuve que improvisar algo:

—Ah, sí, se me olvidaba. Esta tarde recogeré a la señorita Kastrup y a Liesl Rauch en Ainring. También vienen dos amigas tuyas, la señora Schneider y la señora Schönmann.

—¡Bien! —gritó, abriendo mucho sus ojos con ese peculiar brillo ilusionado—. ¡Nuestra pequeña familia de Múnich otra vez reunida!

Me despedí de ella y di media vuelta para retornar a mi habitación. Pero antes de salir, Eva Braun me preguntó:

—¿Le ha gustado su habitación, Werner?

—Sí, me ha gustado mucho, señorita Braun.

—¿Y el cuadro de Hindenburg? Lo elegí yo, ¿sabe? Estaba en uno de los pasillos de las habitaciones de los invitados. Le dije a Elfriede, una de las chicas del servicio, que lo colocara en su cuarto. Creo que su padre y el mariscal combatieron juntos, ¿no?

—Sí, en la batalla de Tannenberg, durante la Gran Guerra. ¿Cómo lo sabe? No recuerdo que yo se lo haya contado.

Eva Braun se sentó sobre su cama y, sonriéndome, con un gesto de picardía en su mirada, respondió:

—Werner, como le dije en una ocasión, no soy tan tonta como usted se cree.

* * *

El comedor del Führer estaba situado en la primera planta, enfrente de la puerta por la que se accedía al gran salón. Los comensales invitados a la mesa del Führer esperábamos en una especie de antesala bajo los soportales del porche, en la puerta. Mientras los mayordomos de las SS, uniformados con sus tradicionales chaquetas blancas y pantalones negros, entraban y salían del comedor preparándolo todo, nosotros solíamos charlar en pequeños grupos. Yo me encontraba junto a la señorita Braun y al doctor Karl Brandt cuando el Führer apareció acompañado por tres señoritas. En ese momento se formaron más grupos de conversación, hasta que el Führer dio el primer paso y entró en el comedor. Entonces lo seguimos todos.

El salón comedor estaba completamente construido en madera de pino blanco. La mesa podía albergar a más de treinta comensales. Nada más vernos entrar, los mayordomos de las SS corrieron a retirar las cómodas sillas acolchadas distribuidas en torno a ella, para que cada uno de nosotros pudiéramos ocupar nuestro sitio. Ellos mismos nos colocaron. Me fijé especialmente en Heinz Linge, el único mayordomo encargado de acomodar y servir al Führer. Sus modales amanerados y serviles se hacían más ostensibles durante esa ceremonia.

Me situaron entre Eva Braun y el señor Hoffmann; habitualmente, ese sería mi lugar en la mesa. Por supuesto, el Führer la presidía, acompañado por las tres señoritas que habían llegado en su compañía. Eva Braun me comunicó que eran tres de las secretarias del Führer: Johanna Wolf, Gerda Daranowski y Christa Schroeder.

Johanna Wolf era la más veterana de las tres, llevaba junto al Führer desde los «tiempos de lucha». Era una mujer poco agraciada, pero eso sí, muy agradable y educada, y pude descubrir con el tiempo, hábil conversadora. Gerda Daranowski acababa de ocupar ese puesto cuando yo la conocí. En muy poco espacio de tiempo, pasaría a ser la secretaria favorita del Führer, una de sus debilidades, y no solo eso, sino que se convertiría también en la secretaria favorita del Führer para todos nosotros. Con el paso del tiempo, todos la llamaríamos Dara. Era una joven muy atractiva y con don de gentes, de aspecto jovial y campechano, creo que se ganó el favor del Führer porque hablaba sin rodeos, incluso en su presencia. Su dulce acento berlinés acabó por conquistarnos a todos. En cuanto a la señorita Schroeder, era la menos habladora de las tres y la más seria, pero, sin embargo, posiblemente fuera la más inteligente y la mejor formada de ellas. Poseía una mirada firme y analítica, y durante aquella comida pude observar que el Führer la tenía en alta estima.

Además de las secretarias de Hitler y del grupo de caballeros que nos habían recibido, se nos unieron en aquella comida sus esposas: Anni Brandt, a la que yo ya había conocido en la casa de Múnich; Erna Hoffmann, una dama encantadora que no dejó de mirarme durante toda la comida; y Gerda Bormann, la mujer del general. Por razones difíciles de explicar, simpatiqué con Gerda Bormann desde el primer momento en que la vi. Gerda era una mujer seria, sencilla, con una expresión de amargura no disimulada en sus bonitos ojos. No me hizo falta mucho tiempo para

comprender el motivo de esa mirada triste, en cuanto fui conocedor de la auténtica naturaleza de la relación, pervertida y enferma, que le hacía mantener el general Bormann. En aquel momento, Gerda Bormann tenía veintisiete años y era ya madre de cinco hijos: tres niñas y dos niños.

La mesa estaba presidida por unos candelabros de oro en forma de ángeles, que portaban en sus manos pequeños platitos con velas encendidas, y un gran centro floral que los mayordomos retiraron antes de servir la comida. Los platos eran de porcelana Rosenthal y en ellos aparecía grabado el escudo del Reich: el águila atrapando entre sus garras la corona de hojas de roble, que contenía en su interior la esvástica negra. En los cubiertos, todos ellos de plata, además del escudo del Reich estaban grabadas las iniciales del Führer, A.H.

Recuerdo que aquel día a todos nos sirvieron salchichas blancas hervidas, con mostaza dulce, excepto al Führer, que comió unas gachas de avena y unas patatas al horno aderezadas con aceite de lino crudo. Fue entonces cuando me enteré de que el Führer era vegetariano y rechazaba todo tipo de carnes. Los mayordomos nos sirvieron la bebida en copas de cristal de Bohemia. Todos los allí reunidos, incluidas las damas, optamos por tomar vino del Rin. Aquella fue mi primera aproximación al alcohol, algo que hice, indudablemente, por no desentonar con el grupo. Recuerdo que vi sonreír a la señorita Braun cuando el mayordomo llenó mi copa. El único que no tomó vino fue el Führer, al que Linge sirvió agua de una botella de la marca Fachinger. Durante todos aquellos años no lo vi beber nunca agua de otra marca que no fuera esa.

Al principio de la comida el Führer y Martin Borman mantuvieron una conversación sobre el estado de las obras de una pequeña casa de té que se estaba terminando a unos veinte minutos del Berghof, montaña arriba. Kehlsteinhaus, un lugar «único y maravilloso», según las palabras de la señorita Braun, al que prometió llevarme en cuanto estuviéramos completamente instalados.

Mientras tanto, las damas hablaban de cosas insustanciales, banales, incluso de chismorreos. En varias ocasiones mencionaron su ardiente deseo de que acudiera al Berghof otro de los médicos del Führer, un tal doctor Morell, para sonsacarle «en qué estado se encontraban las vaginas de sus remilgadas pacientes de la Kurfürstendamm», comentario que fue acompañado por risas y palmadas de las señoras sobre la mesa.

Durante las comidas, en presencia del Führer nunca se habló de política, ni de los problemas del Reich, ni de las ya por entonces tensas relaciones internacionales. En aquella ocasión, mi mayor sorpresa fue la conversación que minutos después mantuvieron Heinrich Hoffmann y el Führer a propósito de la comida. Quizá ese fue el momento en que descubrí que allí, el Führer y cuantos lo rodeaban no eran más que un grupo de buenos amigos reunidos en torno a una mesa. Que las relaciones entre ellos no es que fueran cordiales y distendidas, es que eran totalmente familiares. Yo tengo que reconocer que, quizá producto de la formación que recibí desde mi infancia en la casa de Potsdam, me costó mucho entrar a formar parte de la dinámica de aquel grupo, y que en realidad nunca pude olvidar que el Führer era el Führer. En Potsdam, en mi niñez, el mismísimo káiser comió en numerosas ocasiones en mi casa. Pero entonces, para mí, para todos nosotros, el káiser era el káiser. Sé que a otros compañeros les pasó lo mismo que a mí, por ejemplo, a Otto Günse.

Solo en una ocasión, en un episodio terrible que relataré más adelante en el transcurso de mi historia, se entabló una conversación política que desencadenó una tormenta en torno a la mesa del Führer. Ese incidente demostró que era voluntad expresa de Hitler que nadie hablara de política, o del desarrollo de la guerra, llegado el momento, en su presencia, cuando él estuviera comiendo y en compañía de su círculo más íntimo. Creo que puedo concluir que allí, en aquella mesa, el Adolf

Hitler Führer desaparecía, para quedar solo el Adolf Hitler persona.

La conversación entre el Führer y el señor Hoffmann comenzó cuando, mientras comía sus patatas al horno, el Führer señaló con su tenedor las salchichas del plato de Gerda Daranowski y dijo:

—Nunca podré comprender cómo sois capaces de comeros eso. Nunca lo podré comprender.

Heinrich Hoffmann, señalando entonces el plato del Führer, repuso:

—*Mein Führer*, lo que ninguno de nosotros podemos entender es cómo usted puede dirigir los destinos del Reich después de ingerir esos platos recalentados que le manda desde Berchtesgaden el doctor Zabel.

Todos rieron, incluido el Führer. La señorita Braun me explicó que el doctor Werner Zabel era el dietista de Hitler, el encargado desde hacía años de preparar todos los platos de la dieta vegetariana que el Führer ingería.

Lo que sucedió a continuación me hizo comprender muchas de las cosas que la señorita Braun me contara sobre el hipnótico poder de sugestión de Adolf Hitler. Por espacio de varios minutos, el Führer lanzó uno de sus habituales monólogos sobre las virtudes de la dieta vegetariana y contra la comida a base de carne que nosotros estábamos degustando. Todos lo escuchábamos en silencio, casi hipnotizados. Una batería de preguntas, que él mismo respondía, salía de su boca. Para avalar su tesis, el Führer se retrotrajo hasta la prehistoria y la fundamentó con conceptos antropológicos e históricos.

Cuando terminó, se hizo un silencio en la mesa. Yo miré la salchicha blanca que quedaba en mi plato con un rictus de aprensión en mi rostro. Creo que todos nosotros miramos las salchichas preguntándonos cómo éramos capaces de llevarnos aquello a la boca.

* * *

El Führer marcaba unas normas muy escritas durante sus estancias en el Berghof; por regla general, las comidas y la charla posterior no duraban más de una hora, hora y cuarto como mucho. Terminada la comida, la señorita Braun y yo regresamos a nuestras habitaciones. Eva Braun para ponerse su bañador, pues esa tarde quería tomar el sol en la terraza acompañada por su amiga Anni Brandt, yo para arreglarme antes de viajar junto a Erich Kempka hasta el aeródromo de Ainring, donde recogeríamos al servicio de la señorita Braun y a sus amigas.

Mientras subía al coche donde me esperaba Erich, asistí a una escena que me sería muy familiar durante los siguientes años: el Führer se encontraba en mitad del jardín, allí donde nacían los senderos de montaña, acariciando a su perra y jugando con ella; era una preciosa hembra de pastor ovejero llamada *Blondi*. Junto a él se encontraba un caballero de mediana edad que lucía el uniforme de la Wehrmacht, con los galones de sargento primero. Erich Kempka me dijo que se trataba de Fritz Tornow, el adiestrador de perros del Führer.

Esa tarde regresé al Berghof sobre la seis, hora y media antes de la cena. Estaba en mi habitación refrescándome tras el viaje a Ainring, cuando uno de los edecanes del Führer llamó a mi puerta.

—Capitán Muntz, debe acompañarme. El general Bormann le espera en su despacho.

—Un momento, acabo de arreglarme y salgo —le contesté.

—Muy bien, capitán. Le espero aquí.

Unos minutos más tarde caminaba en compañía del edecán por la intrincada red de galerías que constituían el ala norte del Berghof. La hora de mi «amistosa charla» con Martin Bormann había llegado. El edecán me acompañó hasta la puerta de su despacho y me indicó que entrara.

El despacho del general Bormann cambió con los años varias veces de ubicación y de tamaño. En concreto, sucedió en dos ocasiones: primero en 1941, cuando, más allá de administrador general del Berghof, Bormann fue nombrado jefe de la Cancillería del Partido Nacionalsocialista. Después, creo recordar que fue por abril de 1943, cuando pasó a convertirse en secretario personal del Führer. Todavía en 1944, Martin Bormann sería nombrado ministro sin cartera.

Entré en el despacho. El general Bormann, que estaba sentado tras su escritorio, se incorporó y me indicó que pasara.

—Capitán Muntz, pase, por favor.

—Mi general —contesté yo, mientras caminaba hacia su mesa.

Había otra persona en la estancia. Una mujer. Estaba sentada frente a la mesa, en un sillón de color rojizo que hacía juego con el tapizado del suelo. A su lado había un sillón vacío. Supuse que sería para mí.

La reconocí en cuanto la vi, aunque estaba de espaldas. La reconocí por su bonita media melena castaña. Y por su uniforme negro, con su cofia y su delantal de puntilla de Chantilly blanco. Era Liesl Rauch.

—Capitán Muntz —dijo Liesl, mirándome con sus característicos ojos fríos como el hielo.

—Señorita Rauch —contesté yo, con un tono un poco cortante.

—Tome asiento, capitán —dijo Bormann—. Como le dije antes, tenemos que hablar de unos asuntos referentes a su labor de seguridad aquí en el Berghof. La camarera Rauch estará presente porque, como usted ya sabe, forma parte como refuerzo de nuestro «plan de seguridad» para la señorita Braun.

—Sí, ya lo sé, mi general. El Reichsführer me lo explicó en su momento.

—Empecemos. Quiero que sepa que, aunque por motivos diferentes, tanto nuestro Reichsführer como yo tenemos gran interés en que este asunto de la señorita Braun se lleve con la máxima discreción. Por ese motivo, están ustedes dos aquí. Nuestro objetivo es que siempre que el Führer reciba en el Berghof a personas que no están al corriente de la existencia de la señorita Braun, usted la haga desaparecer de escena de la forma más discreta. Esto también incluye a sus amigas. En el caso de que se trate de dignatarios o emisarios extranjeros, esto se extenderá a todas las esposas de otros dirigentes del Reich o del Partido. Su misión será llevarlas a sus habitaciones y asegurarse de que no las abandonen bajo ninguna circunstancia. Tampoco podrán asomarse a las ventanas. Esto último es muy importante. Estoy seguro de que usted sabrá cómo entretenerlas y cumplir su cometido.

Una sonrisa que rozaba la maldad se instaló en el rostro de Liesl Rauch al escuchar ese comentario. Observé que, tras mirar a Bormann, rápidamente corregía el gesto, mordiéndose el labio.

—La camarera Rauch será la encargada de comunicarle cuándo tiene que suceder esto. A partir de hoy, los dos mantendrán un encuentro diario a una hora fija y en un lugar establecido que más tarde le comunicaré. La camarera Rauch le avisará siempre con veinticuatro horas de antelación a que se produzcan esas visitas. En el que caso de que se presenten de improviso, cosa que no es muy probable, usted tendrá que actuar con la misma diligencia. Entonces estará solo y se

verá obligado a improvisar. De todas formas, en cuanto lleve aquí unas semanas conocerá muy bien quién está al corriente de este pequeño «secreto» del Führer y a quién le está vedada esta información. Su tarea entonces será mucho más sencilla. Es muy importante, dadas las dimensiones del Berghof, que tenga controlada todo el día la ubicación de las damas, para que en caso de emergencia el trabajo no se le complique. Ya sabe, capitán, como buen pastor, su obligación será tener siempre al rebaño recogido por si se presenta la tormenta. No sería bueno, ni para usted ni para nadie, que una oveja descarriada pastara a sus anchas por ahí cuando debería estar con el resto del rebaño.

—Lo he comprendido todo perfectamente, mi general. No se preocupe, no habrá ovejas descarriadas.

Cuanto más hablaba Martin Bormann, más despreciable me parecía. Su tono de voz y la forma de expresarse eran como los de un mozo de caballerizas en el mundo en el que yo me había educado. Su comentario sobre las mujeres, a las que comparaba con un rebaño de ovejas, me pareció simplemente detestable.

—Aunque el Berghof es muy grande —continuó Bormann— y habría muchos sitios para que ustedes se encontraran, hemos decidido no utilizar cuartos oscuros, ni habitaciones vacías, ni nada por el estilo. Para no levantar sospecha alguna, sus citas tendrán lugar en la puerta principal del Berghof, delante de todo el mundo. Eso sí, capitán Muntz, para esos encuentros le harán falta nuevas armas. Liesl, entréguele al capitán sus nuevas armas.

Liesl Rauch sacó del bolsillo tres objetos y los depositó ante mí, sobre la mesa de Bormann. Yo no daba crédito a lo que estaba viendo. Desconocía qué estaba pasando.

Los tres objetos eran una pitillera cuadrada de piel negra con los bordes dorados; un encendedor de oro, parecido al de la señorita Braun, con mis iniciales W.M. grabadas en el dorso, y una pequeña cajita de pastillas mentoladas.

—Perdone, mi general, pero yo no fumo...

—Pues ahora sí, capitán. Escuche bien, todas las noches a las nueve, después de la cena, el servicio y muchos de nosotros salimos a la puerta del Berghof a fumar. A partir de hoy, usted hará lo mismo. Allí será donde se encontrará con la camarera Rauch. Podrán hablar libremente y sin levantar sospechas; eso de pasarle información al oído es muy arriesgado y, además, la señorita Braun es más lista de lo que parece. Por cierto, considere el mechero de oro un regalo por cuenta del Estado —Bormann extendió los brazos y miró hacia el techo—. ¡Aquí todo corre por cuenta del Estado, capitán!

—Está bien, mi general, se hará como usted ordene.

—Muy bien, capitán. Ah, otra cosa: sería conveniente que sus encuentros con la camarera Rauch fueran algo más que simples coincidencias amistosas. Ya me entiende... Sería muy bueno para nosotros que todos pensaran que usted y la camarera Rauch se cortejan mutuamente, incluso que tienen una relación. Ya lo descubrirá, capitán, pero esto no es la Cancillería del Reich, ni la sede del Partido, esto es el Berghof. Este lugar está pensado para que tanto el Führer como el resto de sus invitados descansen, se entretengan y den rienda suelta a sus instintos carnales. Ya comprenderá poco a poco de lo que le hablo... ¡Esto es el Berghof, capitán, no un monasterio!

* * *

Mientras regresábamos a nuestras respectivas habitaciones a través de los laberínticos pasillos del Berghof, Liesl Rauch me habló:

—Bueno, capitán, pues esta noche después de la cena empezaremos nuestro «cortejo». Por cierto, me extraña que todavía no haya hecho todavía uso del regalo que le hizo el Reichsführer. ¿Es que usted no tiene «necesidades», capitán Muntz? ¿Es que no le gusta?

—Naturalmente que las tengo, Liesl, y por supuesto que me gustas, a qué hombre no iba a gustarle una mujer como tú. Pero el deber está antes de eso que llamas «necesidades», y hasta hoy...

Nos detuvimos en un cruce de pasillos. Me miró fijamente, volvió a morderse el labio y dijo:

—Capitán, por la noche, cuando el Führer está en el Berghof, siempre duerme con la señorita Braun. En ese momento, usted queda relevado de sus obligaciones. En fin, cuando quiera saciar sus «necesidades», no tiene nada más que pedírmelo. Le aseguro que no se arrepentirá.

Liesl Rauch se perdió por el pasillo que conducía al área del servicio. Pero, antes de que la perdiera de vista, aún tuvo tiempo de volverse hacia mí, lanzarme una mirada llena de picardía y decir:

—A lo mejor entonces puedo dejar de llamarle capitán Muntz y empezar a llamarle *liebchen*.

Yo regresé a mi habitación perdido en mis propios pensamientos. Y entre esos pensamientos, lo puedo asegurar, no estaba Liesl Rauch. Pero sí una frase que había dicho Martin Bormann: «Aunque por motivos diferentes, tanto nuestro Reichsführer como yo tenemos gran interés en que este asunto de la señorita Braun se lleve con la máxima discreción». Creo que fue ese el día en que empecé a sospechar que había una oscura e inquietante red de intereses para que el asunto de Eva Braun no fuera conocido. Y que esa red de intereses no comenzaba y terminaba en la figura del Führer. No, ni mucho menos.

Esa noche, después de la cena, salí por primera vez a la puerta del Berghof para encontrarme, a través del humo que provocaba el tabaco, con Liesl Rauch. Allí, además de nosotros, se habían dado cita otras personas del servicio, mayordomos, ordenanzas, edecanes y miembros de la seguridad del Führer, como Hermann Bornholdt y Adi Dirr, que rápidamente me saludaron. Yo abrí mi pitillera, saqué uno de los cigarrillos y lo prendí con el encendedor dorado que me había entregado Martin Bormann. Hans Baur, el piloto del Führer, no tardó en unirse a nosotros.

No sabía fumar. Di una calada al cigarrillo, que me abrasó la garganta, y empecé a toser. Algunas cabezas se giraron hacia mí. Liesl Rauch, con un gesto de desaprobación, me dijo:

—Será mejor que no llame la atención, capitán Muntz. Si no sabe fumar, mantenga el humo en su boca y no lo trague. Pero no nos interesa que tosa y se den cuenta de que no sabe fumar.

Así lo hice. No volví a toser, aunque ganas no me faltaron.

—Esta noche no habrá cine, ni charla en la gran sala —Liesl señaló con la mirada a Hans Baur—. El Führer saldrá mañana temprano hacia Berlín, tiene que estar presente en los preparativos de los Juegos Olímpicos. No regresará al Berghof hasta que estos terminen. A partir de mañana tendrá que estrechar la vigilancia, durante estas ausencias es cuando la señorita Braun cae en sus habituales trances de melancolía. Esperemos que la presencia de sus amigas la tenga entretenida. Mire, por allí llegan más...

Liesl Rauch señaló hacia la carretera. Un Volkswagen negro se acercaba a la puerta principal del Berghof. Tras aparcar, un grupo de ordenanzas bajaron al trote por la escalinata y se abalanzaron sobre el maletero del vehículo. De este descendieron dos mujeres. A una de ellas la

conocí al instante. A la otra no la había visto nunca.

Margarete Speer subió por la escalinata y se dirigió inmediatamente hacia mí. Tras ella subía una joven morena muy atractiva, con el pelo corto y un bonito vestido negro con topos blancos, muy acorde al tipo de ropa que solía llevar Eva Braun. Cuando llegó ante mí, pude ver que tenía unos ojos negros vivarachos, muy despiertos. En cierta manera, me recordó un poco a Gretl Braun. Creo que en ese momento la eché de menos, me habría gustado que Gretl estuviera allí y no en la casa de Múnich.

—Capitán Muntz, me alegro de volver a verle —dijo la señora Speer. Yo besé cortésmente su mano.

La otra joven me miraba entusiasmada, esperando que Margarete me presentara.

—Ella es Henriette von Schirach, la esposa de Baldur von Schirach e hija del señor Hoffmann. Henriette, este es el capitán Werner Muntz, se encarga de la seguridad de nuestra querida Eva.

La atractiva joven morena extendió su mano y yo la besé.

—Puede llamarme Henny, aquí todo el mundo me llama Henny.

—Encantado de conocerla, Henny.

—Albert ha tenido que partir hoy mismo para Berlín, está muy atareado con las obras de la nueva Cancillería y los preparativos de los Juegos Olímpicos —explicó Margarete—. Así que, en lugar de quedarme sola dos semanas, he pensado: «Voy a pasar dos semanas con mi amiga Eva». Y aquí estoy. Bueno, aquí estamos.

—Me alegro mucho de que haya venido, señora Speer. Espero que estos días tengamos tiempo de charlar.

—Yo también lo espero, capitán.

Las dos jóvenes entraron en el Berghof a través de la puerta en forma de arco bajo los soportales. Heinz Linge las esperaba dentro para acompañarlas a sus respectivas habitaciones.

—La señora Speer y «la dulce Henny...». En cuanto ven a un hombre como usted, a esas mujeres les chorrean las bragas. Y eso que están casadas.

—Es curioso, esa expresión tan grosera también la utiliza la señorita Braun...

—Ya lo sé, lo he aprendido de ella. No soporto a estas mujeres, no las puedo soportar, capitán —dijo Liesl Rauch.

—¿Por qué, Liesl?

—No lo sé, son tan superficiales. Carecen de ideales, no son como nosotros. Son mujeres... vacías, capitán.

Liesl Rauch se llevó el cigarrillo a la boca, dio una calada y expulsó el humo mientras, mirando el paisaje de las montañas que se extendía frente a nosotros, sentenciaba:

—Eso es, mujeres vacías.

* * *

Como había dicho Liesl Rauch esa noche no habría cine, ni charla en la gran sala hasta la madrugada, pero eso no impidió que, como cada velada, la luz eléctrica del Berghof se apagara y los mayordomos encendieran las velas de los múltiples candelabros que iluminaban el palacio alpino. La visión del Berghof en la noche resultaba espectral, yo siempre lo recordaré así. Solo

las obras de arte permanecían iluminadas con luz eléctrica.

Al atravesar la gran sala, camino de las escaleras que comunicaban con el primer piso, pude ver que junto al gran ventanal se distinguía la silueta de un hombre. Claro que, alumbrado solo por la lúgubre luz de las velas que tintineaban sobre su figura, no pude distinguir de quién se trataba.

—Capitán Muntz, ¿puede acercarse hasta aquí?

Sí, reconocí la voz. Era la voz del Führer, la voz de Adolf Hitler.

—Como usted ordene, *mein Führer*.

No sé cómo lo hizo, nunca podré responder a esa pregunta. Adolf Hitler no se giró, no me miró, mi imagen, debido a la distancia y a la oscuridad, no se podía haber reflejado en el cristal. No sé cómo Adolf Hitler pudo saber que la persona que caminaba al final de la gran sala era yo.

—No diga nada, solo observe —dijo cuando llegué junto a él.

Si esa mañana me había parecido impresionante, lo que mis ojos contemplaban en ese momento era difícil de describir. Era una visión irreal. Era como un cuadro, como un cuadro de treinta y dos metros. La noche tenía un color azulado. La niebla que cubría las altas cumbres parecía detenida, como si estuviera pintada sobre un lienzo. Una bruma azulada que cubría las elevadas cimas del Obersalzberg. La bóveda celeste que se extendía por encima de ellas estaba tachonada de estrellas, pero estas se veían tan cercanas que conferían a la visión un carácter fantástico. Nada allí parecía real, ni el cielo, ni las estrellas, ni las altas cumbres con su niebla azulada, ni el ventanal. Ni yo. Ni un hombre llamado Adolf Hitler con quien estaba compartiendo esa visión.

—¿Ha visto esa montaña de allí, capitán Muntz?

Adolf Hitler señaló con su mano la oscura silueta de una montaña que se elevaba justo enfrente del centro del gran ventanal.

—Sí, *mein Führer*.

—Los lugareños lo llaman el Kaiserberg. Existe una antigua leyenda sobre el Kaiserberg. Cuentan que en las profundidades de esa montaña, más allá de donde la ingeniería humana es capaz de llegar, yacen los cuerpos del emperador Federico Barbarroja y de los hombres de sus ejércitos. Se dice que, en el interior de sus tumbas, esos cuerpos permanecen incorruptos. Ellos esperan, llevan siglos esperando una llamada. Y se dice que, cuando escuchen esa llamada, volverán a la vida, saldrán del interior de la montaña y se lanzarán a la conquista de las tierras del Este de Europa. ¡Un territorio que histórica y legítimamente pertenece al pueblo alemán!

Cuando pronunció estas últimas palabras, el Führer golpeó su puño izquierdo contra su mano derecha, un gesto que solía hacer en muchas ocasiones.

—Es una historia sobrecogedora, *mein Führer*.

—No, capitán Muntz, lo sobrecogedor es que hoy en día esos territorios estén ocupados por pueblos infrahumanos que se reproducen como insectos, y no por sus auténticos propietarios. ¿Sabe?, muchas veces pienso que no es casualidad que el Berghof esté situado justo enfrente del Kaiserberg. Son muchas las veces que he pensado que posiblemente sea yo la persona elegida para realizar esa llamada. No puede ser casualidad que el mismo destino que me ha llevado hasta la Cancillería de Berlín me trajera a este lugar con anterioridad.

En ese momento sentí que un escalofrío recorría todo mi cuerpo. Era cierto que en los últimos meses, quizá con motivo del inicio de los Juegos Olímpicos en Berlín, los discursos de los líderes del Partido se habían relajado, se habían vuelto más comedidos. Pero yo sabía que, una vez

terminada la fiesta olímpica, volverían a ser tan agresivos y tan incendiarios como antes. Sin embargo, lo que Adolf Hitler acababa de decir era otra cosa, algo mucho más importante, algo mucho más peligroso. Esas palabras significaban la guerra.

—Bueno, supongo que al final la Providencia dispondrá. Su criterio será justo y acertado. En realidad, todos estamos en sus manos: usted, yo, el Reich... ¿Le ha gustado nuestro refugio de montaña, capitán Muntz?

—Sí, *mein Führer*. La señorita Braun me había hablado muchas veces de este lugar, pero debo reconocerle que no me lo esperaba así. Es un lugar impresionante, *mein Führer*.

—Sí, sí, impresionante, esa es la palabra, muchacho. ¿Sabe?, siempre he tenido el sueño de que, cuando haya cumplido los objetivos que he fijado para el pueblo alemán, me gustaría retirarme aquí, a estas montañas, para vivir mis últimos días. Por supuesto, elegiré a las personas idóneas para acompañarme en esos últimos años de mi existencia: grandes pensadores, filósofos, escritores, arquitectos, escultores, artistas de renombre. Prohibiré la entrada a muchos de los que nos visitan ahora, a los ufanos, a los mediocres, a los ladinos. A toda esa chusma que siempre he detestado y aborrecido. Haré de estas montañas un lugar único, inigualable, algo así como la Atenas de Pericles. Un templo del pensamiento. Pero bueno, capitán, sé que todo eso son solo quimeras. Presiento que mi final será oscuro, que no me queda mucho tiempo...

Me sorprendieron esas últimas palabras del Führer. Cuando las pronunció su rostro cambió. Por unos instantes, le abandonó su esplendor. Sus ojos se tornaron tristes y abatidos, perdieron su tradicional brillo.

—No sé por qué dice eso, *mein Führer*, se le ve en forma, su salud parece buena, el pueblo le...

—Sí, sí, mi salud es buena, mi pueblo me ama, bla, bla, bla, bla... Ahora supongo que dirá todas esas cosas que me repiten todos los días esos aduladores que me rodean. No me esperaba eso de usted, muchacho. Lo consideraba más inteligente.

No sé por qué lo dije, no sé de dónde salió, fue algo que brotó de mí casi sin darme cuenta, con la fuerza del agua de esos ríos salvajes y turbulentos que descendían delante de mis ojos desde las cumbres del Obersalzberg. No sé por qué lo dije, pero lo dije:

—*Mein Führer*, le puedo asegurar que soy bastante más inteligente que ellos.

Adolf Hitler no pareció sorprenderse ante mi respuesta. Al contrario, pareció feliz por escucharla. Por algún motivo que desconozco, mi contestación le había devuelto la vitalidad perdida.

—Me gusta, me gusta esa actitud, capitán Muntz. Nosotros, usted y yo, no somos como ellos. Nosotros poseemos algo diferente, algo de lo que ellos carecen. En su caso, la naturaleza ha jugado su papel, ha heredado de su padre aquello que lo convirtió en un hombre noble. En mi caso, ha sido la formación: las trincheras, la guerra, las calles, la revolución, el presidio. Usted y yo, capitán Muntz, formamos parte de esos hombres que hemos sido llamados para devolverle a Alemania la grandeza perdida. Ellos solo son marionetas que giran a nuestro alrededor.

Durante muchos años rememoré a menudo en mi cabeza aquella conversación mantenida junto al gran ventanal del Berghof con Adolf Hitler. Llegué a dos conclusiones, aunque no sé cuál de las dos era la acertada: o bien el Führer detestaba al círculo de íntimos que le rodeaba en el Berghof de una manera que ellos no podían ni imaginar, o bien sus complejos de pequeño burgués habían aflorado ante mi presencia, pensando que a mí me pudiera parecer ridícula e insignificante la «corte» de amistades que le acompañaba en aquella montaña, si se comparaba con las importantes

personalidades que durante mi infancia y mi juventud habían frecuentado mi casa de Potsdam: los grandes generales, los más importantes mariscales de campo, en definitiva... la corte del káiser Guillermo II. Supuse que el Führer había recibido, bien de Himmler o bien de Sepp Dietrich, un completo informe sobre mí. Y seguramente, esos detalles de mi biografía no le habían pasado desapercibidos.

—Si usted lo desea, capitán, puede retirarse a descansar. Yo me quedaré aquí un poco más, tengo que pensar. En los próximos años se producirán en Europa cambios prodigiosos. A estas horas, en España ya se derrama la sangre de los valientes. En los próximos días tendré que tomar decisiones muy importantes para el Reich sobre la cuestión española. Este lugar siempre me ha ayudado a tomar ese tipo de decisiones.

—Como usted disponga, *mein Führer*. Con su permiso, me retiraré a descansar.

Di un taconazo, hice una ligera inclinación de cabeza y me dispuse a abandonar la gran sala.

No había dado ni dos pasos cuando Adolf Hitler, sin girarse hacia mí, me dijo:

—Quiero que sepa, capitán Muntz, que estoy muy satisfecho con los resultados de su trabajo con la señorita Braun. Su llegada ha sido muy positiva para ella, su estabilidad emocional ha mejorado mucho, se la ve feliz, incluso parece que ha recobrado la ilusión. Al final creo que Heinrich tenía razón, alguien como usted en su entorno, alguien que destilara orden y disciplina iba a ser muy beneficioso para ella. Creo que la idea de Heinrich fue una gran idea.

—Gracias, *mein Führer*. Me siento muy halagado por sus palabras.

—Que descanse, capitán Muntz.

—Igualmente le deseo, *mein Führer*.

Cuando llegué a la gran escalera de mármol que conducía a mi habitación, me giré un instante para mirarlo. Adolf Hitler continuaba allí, junto al gran ventanal, con la mirada perdida en la sombría silueta de esa montaña llamada Kaiserberg.

Ascendí por la escalera. El silencio reinaba en el Berghof. Al llegar al descansillo, me detuve un momento delante del retrato iluminado de Bismarck. Otro cabo suelto menos. El Führer me había dado la clave para saber de quién había partido la idea de que yo me convirtiera en el jefe de la seguridad personal de Eva Braun. La idea no había partido de él. Sepp Dietrich, como máximo responsable del Leibstandarte, me había elegido, posiblemente por mi actuación en aquel desgraciado incidente durante la purga de Röhm. Pero la idea originaria era de Heinrich Himmler. Todo había partido del Reichsführer.

Entré en mi habitación, me desabroché los correajes de mi uniforme y me disponía a quitarme la chaqueta cuando la puerta que comunicaba mi cuarto con el de Eva Braun se abrió. La señorita Braun apareció.

—Werner, soy yo. ¿Ha hablado con el Führer?

Eva Braun estaba muy guapa esa noche. Llevaba una bata de seda de color negro con plumas blancas en el cuello. Iba perfectamente maquillada y peinada. La pintura de sus ojos hacía juego con su atuendo. También la rejilla que cubría una parte de su rostro y que partía de un original tocado. Un erótico aroma de alguno de sus perfumes franceses emanaba de ella. En ese momento, Eva Braun desconocía que arreglarse de esa manera para recibir al Führer no había servido para nada. No sabía que, en pocas horas, el Führer volaría a Berlín.

—Sí, señorita Braun, he estado hablando con el Führer ante el gran ventanal.

—¿Le ha contado la leyenda del Kaiserberg?

—Sí, señorita Braun, me la ha contado.

—¡Bien! Está usted de enhorabuena, Werner. El Führer solo hace eso con sus íntimos. Desde hoy, puede decir que pertenece al círculo de amistades de Adolf Hitler.

—Señorita Braun, tengo que hacerle una pregunta. ¿Se encuentra el Führer bien? ¿Está enfermo? Me ha dicho que...

Eva Braun hizo uno de sus graciosos gestos con la cara.

—No, no se preocupe, su salud es muy buena. Él siempre está con esas cosas. «Presiento mi oscuro final, me queda poco tiempo» —imitó la voz del Führer, lo hacía muy bien—. Siempre dice eso. No le haga caso, ya le dije que está obsesionado con la muerte. No ha superado lo que le sucedió a su madre. Algún día se lo contaré, es una historia muy triste. Ahora le dejo. El Führer está a punto de subir. Hasta mañana, Werner.

—Hasta mañana, señorita Braun.

Caminé hacia la ventana y la abrí. Una suave brisa alpina invadió mi habitación. Durante unos minutos, mi mirada se perdió entre la sombría silueta del Kaiserberg. Sabía que, en ese momento, los ojos de Adolf Hitler estaban también centrados en esa misma imagen. Sabía que los dos estábamos mirando hacia el mismo lugar.

Me alegró ver a Eva Braun esa noche. Me alegró mucho. Había sido un día duro, muy duro. Mi primer día en el Berghof. Tenía ganas de olvidar a Martin Bormann, a Liesl Rauch, a Heinrich Himmler y sus intrigas. Y al propio Führer. En medio de todas aquellas cosas, Eva Braun, con sus ojos ilusionados e inocentes, eran como una bocanada de aire fresco. Como esa brisa alpina que entraba por mi ventana.

7

LA CORTE DE LA MONTAÑA

Entre el verano de 1936 y el invierno de 1938, antes de que se desencadenase la tormenta de la guerra, se formó lo que acabamos conociendo como la «corte de la montaña». Por aquellos días pasábamos casi la mayor parte del tiempo en el Berghof, aunque solíamos hacer visitas esporádicas a Múnich, casi nunca de más de una semana de duración. Como me dijera Martin Bormann, no tardé mucho en conocer a las personas que estaban al corriente de la existencia de la señorita Braun, aunque esto no implicaba que todos ellos fueran conocedores del tipo de relación que mantenía con el Führer. Sé de buena tinta que muchos de ellos, pese a ser visitantes habituales, pensaban que Adolf Hitler y la señorita Braun eran solo buenos amigos. Lo sé porque algunos me lo confiaron. La verdad es que el asunto Eva Braun era curioso, porque había asiduos al Berghof que no conocían la dimensión real de esa relación mientras que otros, solo visitantes ocasionales, sí estaban al corriente. Quizá el motivo fuera que, como bien me expuso el Reichsführer durante nuestra entrevista en la Casa Parda de Múnich, el asunto Eva Braun era realmente un asunto de Estado.

La lista de miembros de la «corte de la montaña» fue cambiando a lo largo de los años, había personas que entraban y salían de ella, algo que sucedió con mayor frecuencia cuando comenzó la guerra. Muchas solo fueron invitadas al Berghof para pasar unos pocos días; en su mayoría eran celebridad de la vida social, artística y cultural del Reich que se dejaban ver sobre todo durante los acontecimientos importantes: los cumpleaños del Führer, los grandes fastos del Partido o la Navidad. A lo largo de mi relato estoy dispuesto a desvelar sus nombres, pero en este momento sería conveniente que me centrara en explicar cuál era el «núcleo duro» de aquella lista de personas que formaban la «corte de la montaña», los asiduos, los que estuvieron siempre, el auténtico círculo interior de Adolf Hitler.

Empezaré por el principio. Por aquellos días había en el Berghof una treintena de personas fijas trabajando. Se repartían entre el servicio de cocina y el servicio de limpieza. A efectos militares y de seguridad, como ya comenté con anterioridad, había unos cien efectivos en la guarnición permanente de las SS, la mayoría de ellos miembros del Leibstandarte SS Adolf Hitler. El Berghof sufrió una militarización progresiva que, por supuesto, se acentuó a partir de septiembre de 1939, cuando estalló la guerra.

Entre el personal del Berghof que podía considerarse como fijo, se encontraba el servicio del Führer, aunque, claro, estas personas solo permanecían en el Berghof mientras él estaba presente. Este «séquito» lo acompañaba allí donde se desplazara, ya fuera a la Cancillería de Berlín o a

cualquiera de sus cuarteles generales. Solamente algunos mayordomos, edecanes y secretarias adscritas a la Cancillería del Reich permanecían inamovibles en Berlín. El servicio de seguridad del Führer no tenía un lugar de residencia fijo, creo que, con el tiempo, todos los guardaespaldas de Hitler estuvieron en el Berghof en alguna ocasión.

Del grueso de este personal he hablado ya durante esta declaración. Entre los mayordomos estaban Heinz Linge, August Bussman, Otto Meier y Hans Junge. De todos ellos, quizá fuera con Junge con el que tuve más relación. Era un tipo sencillo, simpático y muy agradable. Con el tiempo se acabó casando con una de las secretarias del Führer, la señorita Traudl Humps, que se unió a nosotros, si no recuerdo mal, a finales de 1942. Gran mujer, gran amiga, hablaré extensamente de ella cuando llegue el momento.

Entre las secretarias, las más asiduas al Berghof fueron Johanna Wolf, Gerda *Dara* Daranowski y Christa Schroeder. Dentro de este «séquito» de habituales del Führer podría incluirse también a su chófer, Erich Kempka, a su piloto, Hans Baur, y a su adiestrador de perros, Fritz Tornow.

El servicio personal de Eva Braun también fue siempre el mismo, permaneció inamovible desde aquellos días hasta los instantes finales en el búnker. La señorita Kastrup, Liesl Rauch y yo mismo formamos ese servicio.

Los jefes. Fueron muchos los que pasaron por allí, así que citaré solo a los más asiduos, los que sí estaban al corriente de la existencia de Eva Braun e incluso de la relación que la unía con Adolf Hitler.

Empezaré por Rudolf Hess y su encantadora esposa, Ilse. Tuve muy poco contacto con ellos, algo más con Ilse, por el hecho de que formaba parte del grupo de mujeres de las que me tenía que hacer cargo. Ilse Hess era amable, de talante sosegado y no carecía de cierto estilo. En cuanto a Rudolf Hess, casi no recuerdo haber cruzado una palabra con él, era un hombre muy reservado, solo parecía tener cierta confianza con el Führer y, además, siempre vi en él un carácter inestable. Lo sucedido con su viaje a Escocia no me sorprendió en absoluto.

Josef *Sepp* Dietrich y su esposa, la señora Barbra *Betty* Seidl. Por motivos ya expuestos, mi relación con Sepp Dietrich fue muy fluida por aquel tiempo, incluso creo que llegamos a desarrollar algo parecido a una amistad. Siempre se preocupó de mí, de cómo estaba, de cómo me encontraba. En cierta manera, yo era para él una especie de «protegido». Betty Seidl, su primera esposa, era una mujer encantadora que me trató con mucho cariño. Creo que se volvió a casar con otra en 1942, me parece recordar que su nombre era Ursula, pero yo no llegué a conocerla.

Robert Ley y su espléndida esposa, Inge. Robert Ley era el máximo dirigente del Frente Nacional del Trabajo, los sindicatos DAF. Inge, su esposa, era bajo mi punto de vista una de las damas más atractivas y elegantes del Reich. Rubia, con ojos de color esmeralda, una genuina representante de la belleza nórdica. Naturalmente, a Eva Braun, producto de sus celos patológicos, y a sus amigas, Inge Ley no les gustaba lo más mínimo y, como consecuencia, siempre estaba un poco desplazada, por lo que, en muchas ocasiones, se refugiaba en mí buscando conversación. El grupo de amigas de Eva Braun solía criticarla, arguyendo que Inge solo servía para preparar fiestas de ambiente *chick* en su lujosa mansión de Dahlem. Hitler, al que siempre le entusiasmó la idea de rodearse de mujeres bellas, se deshacía en elogios hacia la señora Ley cada vez que la veía, algo que ponía muy nerviosa a la señorita Braun. La relación de Inge con Robert Ley no terminó bien. Aunque en público él mostraba un talante educado y tranquilo, en privado era un auténtico degenerado, sobre todo en asuntos sexuales, algo que se agravaba por su condición de

alcohólico. Pese a las muchas quejas recibidas, el Führer se lo consintió todo, hasta que, llegado un momento, consideró que Robert Ley había traspasado todos los límites. Pero para la pobre Inge esa decisión del Führer llegó demasiado tarde. El mal ya estaba hecho.

Albert Speer y Margarete, su esposa. Margarete fue una de mis debilidades, siempre sentí algo especial por ella, siempre lo sentiré. Albert fue mi mejor amigo dentro del círculo de amistades del Führer. Albert Speer y yo teníamos algo en común, algo que describió muy bien una bonita mañana de verano en la terraza del Berghof, cuando todavía no había sido nombrado ministro del Reich. Albert Speer me dijo:

—En realidad, usted y yo, capitán Muntz, tenemos algo en común. Usted y yo no pertenecemos a este mundo. Yo solo soy un arquitecto al que no le interesa mucho la política y al que solo la amistad que le une al Führer le ha traído hasta aquí, hasta lo alto de esta montaña. Usted, un militar, un soldado que por capricho de los hados ha terminado cuidando de la seguridad personal de la amante secreta del hombre más poderoso de nuestro tiempo. ¿Qué estamos haciendo aquí, capitán? ¿Nos largamos?

Disfruté mucho de la compañía de Albert Speer durante aquellos años, de su palabra fluida, de sus atrevidas observaciones, de su brillante talento creativo y de sus conocimientos ilimitados sobre la vida y el comportamiento humano. Albert mantuvo también una sana amistad con Eva Braun, una amistad verdadera. Pienso que en cierto sentido siempre sintió lástima por ella.

Muchas veces he pensado que Albert Speer, Eva Braun y yo formamos un extraño triángulo cuyo epicentro fue la figura del Führer. Creo que los tres vivimos atrapados por la hipnótica mirada de Adolf Hitler, hasta que descubrimos lo que se escondía detrás de aquella mirada. Pero para entonces ya no existía vuelta atrás. Los tres lo seguimos hasta el final y por tres motivos diferentes: Eva Braun por amor, Albert Speer por amistad y yo por mi maldita obsesión con el cumplimiento del deber. Y al final los tres, a nuestra manera, conspiramos contra él. Y también por tres motivos distintos.

Hermann Göring y su esposa, Emmy. Mi relación con Hermann Göring fue nula, inexistente. Nunca pude soportarlo. El mariscal del Reich era un tipo presuntuoso, egocéntrico, pero a la vez, dúctil. Era un vicioso enfermizo, un adicto a las drogas; al final no disimulaba esa adicción ni delante del Führer. Y además de todo eso, era un puritano. Casi nunca trababa conversación con la señorita Braun y jamás la invitó a su suntuosa residencia de los alrededores de Berlín. No soportaba que las «amantes» pisaran el suelo de su casa. Por el contrario, Emmy Göring era una mujer noble y discreta, que desaparecía cuando su marido estaba presente. En cierta manera era una mujer desdichada, una mujer que tenía que vivir en una mansión, Karinhall, que llevaba el nombre de la primera esposa de Göring, una bella sueca fallecida de cáncer. Emmy Göring ejercía de algo así como «primera dama del Reich», se consideraba que su comportamiento recatado y modélico contenía todos los valores que el nacionalsocialismo buscaba en una mujer. Durante algún tiempo, rivalizó en esta posición con Maria Magdalena Goebbels, Magda, la esposa del ministro de Propaganda. Lo curioso era que, para los pocos que lo sabíamos, la auténtica «primera dama del Reich» era una mujer salida de los ambientes bohemios de Múnich, una mujer que bebía, que fumaba, que no conocía las palabras pudor y decoro, enamorada del foxtrot y que vivía encerrada y oculta en una montaña de los Alpes o en una casa de Múnich.

Baldur von Schirach y su esposa, Henriette von Schirach, la hija de Heinrich Hoffmann, la dulce Henny. Mantuve una relación extraña y posiblemente insana con Henny, mientras que con Baldur von Schirach, por aquel entonces dirigente de las Juventudes Hitlerianas, la relación fue

siempre cordial y amistosa. Sin embargo, tengo que reconocer que siempre sentí una especie de atracción sexual hacia Henny, desde que la conocí aquella tarde del verano de 1936 en la puerta del Berghof. Fue algo parecido a lo que me sucedió con Gretl Braun y de lo que hablaré con más detenimiento conforme avance mi declaración.

Joseph Goebbels y Magda Goebbels. Durante los años 1937 y 1938, el ministro Goebbels siempre visitaba el Berghof solo, y más adelante explicaré el motivo. Joseph Goebbels concentraba todas las virtudes y todos los defectos del ser humano en una misma persona. Era ladino, ambicioso, intrigante y petulante. Pero a la vez, un hombre brillante, hábil conversador, persuasivo y muy inteligente. Su personalidad impresionaba a cualquiera. Sus dotes dialécticas no destacaban solo en sus discursos, sus arengas o sus soflamas radiofónicas, también en la distancia corta. Nuestra relación fue muy buena, siempre se dirigió a mí de una manera cortés y educada, siempre me tuvo en cuenta en sus conversaciones. Alguna vez, hasta llegó a halagarme. Pese a todo, fui advertido por Sepp Dietrich de que tuviera cuidado con él. Y así lo hice.

En cuanto a Magda, su mujer, tardé un tiempo en conocerla. Magda Goebbels era una mujer que impresionaba, que dejaba huella. Al igual que Emmy Göring y Gerda Bormann, era una nacionalsocialista convencida. Gozaba del total apoyo del Führer y ella disfrutaba de esa posición, algo que provocaba que su relación con la señorita Braun, y por lo tanto conmigo, no fuera muy fluida. Creo que Magda siempre miró por encima del hombro a Eva Braun, y solo al final, durante los últimos días en el búnker de la Cancillería, llegaron a consolidar una relación de respeto mutuo. Conmigo sucedió lo mismo.

Dentro de esta galería de jerarcas también podría incluir a Otto Dietrich, jefe de información del Reich, y Johann Rattenhuber, jefe de seguridad del Reich. Con Otto tuve poca relación, no así con Rattenhuber. Me respetaba y lo respetaba, me aconsejó en momentos importantes y esto le ocasionó, en más de una ocasión, chocar con Martin Bormann. Bormann siempre pensó que yo estaba bajo su mando, lo que me obligó a recordarle que mi único superior era el Reichsführer Himmler. Esto hacía que Bormann entrara en cólera. En aquel momento las intrigas y los enfrentamientos entre los jerarcas del régimen estaban a la orden del día.

Había otros mandatarios cuyas visitas al Berghof eran menos habituales, pero no por eso menos importantes. Entre ellos se encontraba la cúpula político-policia del Reich, lo que es lo mismo, de las SS: el Reichsführer Himmler y el que podríamos llamar su lugarteniente, Reinhard Heydrich. En manos de estos dos hombres estaba toda la maquinaria de seguridad y de represión del Reich. Ellos solían acudir al Berghof con motivo de las festividades del Partido, y en esas ocasiones siempre lo hacían de paisano. Recuerdo que, coincidiendo con el cumpleaños del Führer, la señorita Braun y yo llegamos a filmarles en la terraza del Berghof departiendo amigablemente con él. Cuando visitaban el palacio alpino con el tradicional uniforme negro de las SS, de manera oficial, no tenían por costumbre entablar conversación con nadie, se reunían durante horas con el Führer en su despacho y se marchaban en sus Mercedes negros con el mismo sigilo con el que habían llegado. Ahora, una vez que he tenido tiempo de reflexionar acerca de lo sucedido en esos años, he llegado a la conclusión de que aquellas reuniones pudieron estar relacionadas con los aberrantes crímenes de los que se acusa a la jefatura del Reich. Yo escuché algo en una ocasión, poco antes de la invasión de Polonia, creo que a finales de agosto de 1939. En ese momento, no fui lo suficientemente perspicaz para saber interpretarlo, pero ahora creo que podía estar relacionado con el exterminio del pueblo judío. En su momento daré a ese suceso la relevancia que ahora creo que tiene.

De mi relación con Himmler, por su transcendencia, iré hablando poco a poco a través de mi declaración, pues considero que es crucial para poder comprender la injusticia que se cometió con Eva Braun. Con Reinhard Heydrich no mantuve más que dos o tres conversaciones, todas cuando no visitaba el Berghof de manera oficial. Heydrich era una persona impresionante. Muy alto, delgado, rubio, poseía un rostro salvaje y una mirada gélida y penetrante. Recuerdo que entre los muchachos de la seguridad del Führer se le conocía como «el hombre cuya mirada provoca sombra». Y no estaban equivocados. Extremadamente inteligente, mano derecha de Himmler, sospecho que este hombre bien pudo ser el cerebro gris de los monstruosos crímenes que se imputan a la jefatura del Estado. Un día, una de las pocas ocasiones en que pude hablar con él, comentamos un suceso acaecido esa misma mañana. La guardia había encontrado los restos destripados de uno de los venados que habitaban los bosques de los alrededores del Berghof. Se alertó al Führer de la posible existencia de una manada de lobos. Al mediodía, trajeron los restos del animal, el Führer quería verlos. Mientras los contemplábamos, Heydrich me comentó:

—¡Lobos! ¡Adoro a los lobos! Deberían ser un animal sagrado para nuestro pueblo. Observe, capitán Muntz, la naturaleza avala completamente nuestras tesis ideológicas. La pieza fuerte siempre aniquila a la pieza más débil. Siempre ha sido así y así debe seguir siendo. Todos los días les repito esta idea a mis subordinados.

Esa filosofía no encajaba mucho con mis principios prusianos, pero yo me limité a asentir:

—Sí, mi *obergruppenführer*, un comentario muy acertado.

El respeto por la cadena de mando. El último refugio de los hombres cobardes como yo.

Tengo que añadir que Eva Braun siempre tuvo una actitud distante hacia estas personas. Recuerdo que cuando la señorita Braun los veía aparecer por el Berghof, subiendo a paso ligero la escalinata de mármol que conducía al despacho del Führer, embutidos en sus uniformes negros (tan negros como el mío), me miraba con un rictus de preocupación en su rostro y me decía:

—No me gustan, Werner. Estos hombres no me gustan. Me parecen siniestros. Siempre que los veo, me provocan escalofríos.

Otra de las visitantes ocasionales era Annelies von Ribbentrop, la esposa del entonces embajador del Reich en Londres, Joachim von Ribbentrop, que más adelante, creo que en febrero o marzo de 1938, se convirtió en ministro de Asuntos Exteriores. Fue a partir de ese momento cuando empezó a ser parte activa de la «corte de la montaña». Annelies era una mujer culta y educada. De soltera Annelies Henkel, había sido representante de la afamada marca de champán berlinés Henkel. Creo recordar que por aquellos años siempre llegaba al Berghof acompañando a Erna Hoffmann.

Los médicos. Cuatro de ellos fueron asiduos al Berghof, empezando por Karl Brandt y su esposa, Anni, de los que ya he hablado. Por aquellos días desembarcaron en el palacio alpino el doctor Theodor *Theo* Morell y su esposa, Hanni. Nunca tuve claro si fue Heinrich Hoffmann quien le habló de Morell al Führer o fue la amistad que mantenía Eva Braun con Hanni la que influyó para que este doctor se acabara convirtiendo en el médico personal del Führer. Lo que sí sé es que Morell había tratado a principios de ese año al Führer de unas molestias estomacales que sufría a consecuencia de su dieta vegetariana. A mí, personalmente, nunca me gustaron. La señora Morell era una mujer desagradable, y sé positivamente que malmetió contra mí ante Eva Braun. Siempre me miró por encima del hombro y me llamaba «el hombre de Himmler» delante de la señorita Braun. Theo Morell era un hombre bajo, regordete y, lo peor de todo, un chismoso empedernido. Aunque había iniciado su carrera médica como urólogo, pronto se especializó en enfermedades

venéreas y de transmisión sexual. Tenía una clínica en la Kurfürstendamm, y se jactaba de conocer mejor que nadie la salud sexual de la flor y nata de Berlín. A mí me enfermaba escucharlo hablar sin ningún tipo de decoro de esos temas tan privados delante de las damas. Mi relación con ellos fue escasa, siempre intenté evitarlos todo lo que pude.

Otro de los médicos del Führer era Manfred von Hasselbach, al que tampoco me unió una gran amistad; nos «soportamos» mutuamente, eso es lo mejor que puedo decir de él. El cuarto de esos doctores fue Hugo Blaschke. Él se encargaba de la salud dental del Führer y de Eva Braun. Mi relación con el doctor Blaschke fue solo profesional. En junio de 1943, la señorita Braun me recomendó que lo visitara durante una de sus estancias en el Berghof, para que me solucionara un problema que tenía con una muela. La solución, muy a mi pesar, fue la extracción de la muela.

La familia de la señorita Braun, por sí sola, formaría otro de los grupos de habituales de la «corte de la montaña». Las hermanas de la señorita Braun, Gretl e Ilse visitaban el Berghof siempre que lo deseaban. Ilse lo hacía con menor asiduidad. Su opinión sobre mí nunca cambió y, aunque nos vimos obligados a vivir numerosas situaciones juntos, ella nunca confió en mí, algo que fue recíproco. Con Gretl, la situación fue diferente. Gretl frecuentó mucho el Berghof, sobre todo a partir de 1942. Mi relación con ella, que fue muy parecida a la de Henny von Schirach, alcanzó su cénit en el año 1943. Son aspectos muy privados de mi vida, pero que estoy dispuesto a revelar en esta declaración. Desgraciadamente, esa relación se deterioró a partir del verano de 1944, cuando contrajo matrimonio con ese tipo detestable llamado Hermann Fegelein. Pero lo que sucedió realmente entre Gretl Braun y yo forma parte de un pasaje que aún tardaré en relatar.

Franziska y Friedrich Braun, los padres de Eva, visitaban el Berghof solo cuando el Führer no estaba presente. Franziska era una señora encantadora, yo llegué a cogerle mucho cariño. Ella siempre me respetó y valoró mi trabajo. Bromeaba conmigo sobre Gretl, hasta creo que llegó a pensar que su hija pequeña y yo podríamos acabar contrayendo matrimonio. Sé que eso le hubiera hecho mucha ilusión, y posiblemente también a Eva y a su padre. Pero yo por aquel entonces me había perdido entre botellas de Fernet Branca, un aguardiente amargo que no dejaba de consumir, las sábanas de mi cama por donde asomaba el cabello castaño de Liesl Rauch, y la caserna de las SS donde desaparecía entre los pechos y los muslos de las prostitutas de Múnich y Salzburgo que nos traían todas las noches, y con las que realicé prácticas sexuales que resultan casi imposibles de contar. Fueron mis «años salvajes del Obersalzberg», el momento en que la viciada atmósfera del Berghof acabó por atraparme, y el tiempo en que se desvanecieron todas las expectativas de que pudiera existir algo entre Gretl Braun y yo.

Friedrich Braun, el padre de Eva, era un hombre serio, poco hablador y con aspecto de estar continuamente preocupado. Y lo estaba, estaba muy preocupado por su hija. Siempre valoró mi trabajo, llegó a cogerme mucho aprecio, e incluso me hizo saber que mi presencia junto a su hija le proporcionaba cierta tranquilidad. Un día, entre calada y calada de su pipa, me confesó:

—Siempre he estado muy preocupado por la seguridad de mi hija Eva. Usted ha traído tranquilidad a mi vida, saber que está cuidando de ella me hace sentirme mucho mejor. Además, usted no es como ellos. Es un hombre como los de antes.

Y dicho esto, me guiñó un ojo. Después de aquella confesión pensé que, aunque Friedrich Braun se había afiliado al Partido Nacionalsocialista, nunca se sintió uno de ellos. Creo que ese comentario sobre que yo era un hombre como los de antes traducía, en el fondo, un sentimiento de nostalgia de los viejos tiempos, de la época del káiser. Ese sentimiento era muy común en aquellos días, sobre todo en los hombres de su edad.

Conforme la situación internacional se fue deteriorando, y Alemania y Europa se abocaban a la guerra, empezó a hacerse más visible en el Berghof la figura de los enlaces, los representantes permanentes de los jefes y del ejército ante el Estado Mayor del Führer. En ocasiones, como he indicado, los enlaces llegaron a tener más poder que aquellos a los que representaban, entre otras cosas, porque su cercanía con el Führer, la cotidianidad de su relación, tanto en el Berghof como en la Cancillería o en los cuarteles generales, terminó provocando que se crearan lazos que, en alguna ocasión, llegaron a la amistad. Eso sucedió por ejemplo con Nikolaus von Below, enlace de Göring y de la Luftwaffe ante Hitler. Von Below y su joven esposa, Maria, fueron dos de los más asiduos visitantes del Berghof. Aunque con Nikolaus tuve muy poca relación, pasé junto a Maria muchas «tardes del té» y muchas veladas de cine en la gran sala. Maria von Below, que por aquel entonces solo tenía diecinueve años, era la dama más joven de la «corte», y quizá ese fue el motivo que propició que, tanto para Eva Braun como para Anni Brandt y Margarete Speer, se convirtiese en su protegida. A partir de 1938, poco después de la anexión austriaca, las cuatro se convirtieron en algo así como inseparables. Maria von Below siempre me causó mucha gracia, era una bella jovencita a la que se veía muy ilusionada, seguramente desbordada por los acontecimientos, algo por otra parte comprensible. A su corta edad, verse incluida en el círculo de amistades más cercano al Führer tuvo que ocasionarle una fuerte impresión.

Otro de los enlaces que más visitó el Berghof fue Karl Jesko von Puttkamer, adjunto de la Kriegsmarine ante el Führer. Su relación conmigo fue siempre cordial, aunque no muy intensa. En cambio, y por otros motivos, sí llegué a entablar una buena relación con Karl Wolf, coronel general de las SS y enlace de Himmler ante Hitler. Nunca llegué a saber si estaba totalmente al corriente de mi responsabilidad como jefe de seguridad de Eva Braun, si el Reichsführer le había contado toda la verdad o si solo era conocedor de una parte de la misma. En alguna ocasión, pude advertir que intentaba sonsacarme aspectos de mi relación con la señorita Braun, lo que me puso en estado de alerta. Quizá simplemente fuera un chismoso, o quizá se tratara de una treta para conocer mi ductilidad, para saber si yo hablaba más de la cuenta. Podía ser, en las SS esas cosas pasaban, nunca sabías cuándo alguien era tu aliado o tu acusador. Al menos yo siempre tuve esa sensación. En más de una ocasión escuché al Reichsführer emplear una frase: «Los hombres pasan, pero el miedo permanece». Posiblemente, esa espiral de intrigas y miedo fue decisiva para que muchos de nosotros calláramos durante mucho tiempo. Sé que muchos de los compañeros que comparten prisión conmigo todavía lo hacen.

En resumen, este era el «núcleo duro» de aquello que llamábamos la «corte de la montaña». Había muchos más, que iré presentando en su momento, pero estos eran los más habituales; son los imprescindibles para la comprensión de mi relato.

Aunque aún falta un grupo más. Un grupo que me ayudó a comprender el significado de aquellas palabras de Martin Bormann cuando me dijo que el Berghof había sido creado no solo para el descanso y el reposo, sino también para que la «corte» del Führer diera rienda suelta a sus instintos carnales. Sé que el conocimiento de este último grupo puede sorprender y escandalizar, pero fue importante durante aquellos años: un grupo más importante de lo que en un principio pudiera parecer.

Las amantes.

* * *

Empecé a conocer a las integrantes de este colectivo casi un año después de mi llegada al Berghof, un día de principios del verano de 1937. Recuerdo que aquel día la señorita Braun y yo habíamos regresado de Múnich tras pasar tres días en la casa de la Wasserburgerstrasse para, entre otros asuntos, recoger y trasladar al Berghof el Mercedes blanco de Eva Braun.

Nada más poner los pies en el gran salón, dos nuevos miembros de la «corte de la montaña» corrieron a los pies de la señorita Braun: dos pequeños terrier negros que recientemente le había regalado el Führer y que ella había bautizado como *Negus* y *Stasi*. Eva Braun se agachó a acariciarlos, a la vez que los reprendía por el alboroto que estaban montando. Eran las nueve de la mañana, el Führer no se levantaría hasta dos horas más tarde y, durante ese tiempo, se exigía que en el Berghof reinara el más absoluto silencio. Eva Braun ascendió por la gran escalera de mármol que conducía a su habitación, con los dos perritos correteando tras ella.

Yo decidí tomar mi desayuno en la terraza. Fue entonces cuando tropecé con ellas.

Había dos mujeres completamente desnudas tomando el sol en la baranda de piedra de la terraza. Sus rostros se orientaban hacia el astro rey, aunque sus ojos estaban cerrados. Junto a ellas, en una de las habituales sillas blancas que allí se disponían, descansaban dos batas de seda de color blanco como las que solía usar la señorita Braun. Sobre la baranda, había dos copas y una botella de champán de la marca Henkel vacía.

Al detectar mi presencia, giraron sus rostros hacia mí y casi al unísono, dijeron:

—Buenos días, capitán.

—Buenos días, señoritas.

Y continuaron tomando el sol. Aunque pueda parecer sorprendente, esas cosas pasaban en el Berghof. Casi todos los días los mayordomos de las SS y yo mismo entrábamos en la habitación de los invitados y de las amigas de la señorita Braun, y estas nos recibían a medio vestir o completamente desnudas, sin mostrar el menor pudor o el decoro propio de una dama. En aquel momento no sabía quiénes eran esas hermosas señoritas, sin embargo, sus rostros no me resultaron completamente desconocidos.

Me senté en una de las mesas protegidas por las sombrillas, esperando que Liesl me bajara el desayuno. En el Berghof, las normas protocolarias eran muy estrictas, y Liesl Rauch, como camarera de Eva Braun, estaba obligada a servirme tanto a mí como a la señorita Kastrup.

Cuando Liesl acudió, me hizo un extraño gesto con la cabeza señalando a las dos señoritas que tomaban el sol. Aproveché que me servía un vaso de leche, que yo tomaba todas las mañanas (una leche exquisita, recién ordeñada, enviada al Berghof desde una granja cercana que se utilizaba para proveer al palacio alpino de productos frescos y naturales), para preguntarle, en voz baja, casi al oído:

—¿Quiénes son?

—Actrices —me contestó.

Aprovechando que colocaba los cubiertos, volví a preguntar sorprendido:

—¿Actrices?

—La más delgada y esbelta es Manja Behrens. Vive en la casa del general Bormann, con él y su mujer. Una situación extraña, anormal. Me enteré por el servicio, allí abajo no hablan de otra cosa. La otra, la más bajita, es Lida Baarová. Ha venido desde Berlín con el ministro Goebbels.

—¿Son amigas de la familia de...?

Liesl Rauch hizo un gesto de desesperación con el rostro y me dijo:

—Son sus amantes, capitán Muntz. No se entera usted de nada. ¿De dónde lo han sacado, capitán?

—Del cuartel de Lichterfelde, Liesl —contesté, con un tono que terminó pareciendo una disculpa.

—Son dos rutilantes estrellas de los estudios de Bebelsberg. La señorita Baarová acaba de cosechar un gran éxito con su película *Barcarola*. Creo que es checa.

Esta última frase la pronunció con un gesto de aprensión en su rostro.

Cuando Liesl se marchó, continué desayunando tranquilamente, sin hacer caso de las señoritas. Al cabo de un rato, recogieron sus batas de seda y, sin tan siquiera ponérselas, al pasar a mi lado, me dijeron:

—Hasta luego, capitán.

—Hasta luego, señorita Behrens, hasta luego, señorita Baarová —les contesté, haciendo un gesto cortés.

Esto provocó que se detuvieran. Manja Behrens me miró fijamente y, como si estuviera muy interesada, me preguntó:

—Capitán, ¿es usted el encargado de la seguridad de nuestra querida Eva? Martin me habló de usted, creo que me dijo que es de Sajonia, yo soy de Dresde...

La señorita destacaba porque su bonita media melena rubia contrastaba con su vello púbico, tan oscuro como la noche.

—Lo siento, señorita, pero creo que el general le informó mal: no soy de Sajonia, soy de Brandenburgo, de Potsdam concretamente. Y sí, soy la persona encargada de la seguridad de la señorita Braun.

—Bueno, Sajonia y Brandenburgo tampoco quedan tan lejos. Espero que nos volvamos a ver, bueno..., en otras circunstancias...

—Sí, señorita, yo también espero volver a verla en otras circunstancias.

Ellas se miraron, sonrieron de manera pícaro y, tan desnudas como estaban en la terraza, entraron en el gran salón del Berghof.

Fue a las primeras dos que conocí durante aquellos años. Después, conocería a muchas más, a muchas más de las amantes de los jefes nazis. Pero de estas ya hablaré conforme avance en mi relato.

Esa misma tarde, después de la comida, pude asistir a una escena que resultaría muy familiar a lo largo de los años en el Berghof, pero que en esa ocasión tuvo un significado especial. El Führer y el ministro Goebbels caminaban juntos, departiendo por el jardín de donde nacían los caminos de montaña. Al poco, desaparecieron por uno de ellos. Tardaron más de tres horas en regresar.

El ministro Goebbels había viajado desde Berlín hasta el Obersalzberg solo, sin la compañía de su mujer, Magda. Bueno, solo no, acompañado de su amante, la señorita Baarová. Tiempo más tarde me enteré de que en aquel momento la relación del ministro y su esposa estaba al borde de la ruptura. Por aquellos días, Magda Goebbels, en lugar de viajar a su finca del Obersalzberg, se había trasladado a Dresde a descansar, se dijo oficialmente, pero en realidad el motivo de ese desplazamiento fue la decisión de someterse a tratamiento psicológico en una clínica privada. El Führer no estaba dispuesto a tolerar esa situación, sentía auténtica veneración por la señora Goebbels, a la que una vez, estando yo presente, definió como «la primera de mis mujeres». Para el Führer, que Goebbels introdujera a su amante en la corte del Berghof pudo ser la gota que

colmó el vaso. Es cierto que Adolf Hitler siempre tuvo un comportamiento laxo ante las relaciones sentimentales de sus colaboradores, yo fui testigo de episodios que podrían calificarse de degenerados, protagonizados por ellos y sus amantes ante los ojos del Führer. Pero en este caso, con Magda Goebbels de por medio, la situación era diferente. Durante esa caminata por los caminos de montaña del Berghof, Adolf Hitler puso punto y final a la aventura del ministro Goebbels con la bella y exótica actriz checa. Eso, a tenor de lo que sucedió a últimas horas de esa misma tarde.

Estábamos fumando bajo los soportales del Berghof, como siempre después de la cena, cuando la puerta se abrió. Tras dos mayordomos de las SS que cargaban con pesadas maletas, vimos aparecer a la señorita Baarová, que cubría sus ojos con unas grandes gafas de sol. Llevaba un bonito y llamativo vestido blanco que marcaba las formas de su cuerpo, abrochado por un cinturón ancho y negro de piel, y sobre su cabeza, una pamelita también negra con un lazo blanco. Al pasar a nuestro lado nos miró, pero no dijo nada. Yo hice una inclinación con la cabeza, a la que la señorita Baarová no correspondió. A los pies de la escalinata, la estaba esperando un coche. Subió en él.

Al momento, con aspecto acalorado, salió el ministro Goebbels. Yo le saludé:

—Señor ministro...

Él se detuvo un instante y, mientras me lanzaba una breve mirada con ojos turbados, me dijo:

—Capitán, despídase de la señorita Braun en mi nombre.

Yo asentí. Esa tarde, mientras descendía por las escaleras, su cojera resultaba más notoria que en otras ocasiones.

Subió al mismo vehículo donde ya lo esperaba su amante.

—Hasta luego, bonita —dijo Liesl. Aprecié un tono de maldad en sus palabras—. Creo que a esta no la volveremos a ver por aquí, capitán.

Liesl Rauch no se equivocó. No volví a ver nunca por el Berghof a Lida Baarová.

* * *

Fue aproximadamente un año antes de ese incidente, a finales de agosto de 1936, cuando el Führer empezó a madurar la idea de convertir el Berghof en el segundo centro de poder del Reich. Una mañana, en la terraza, la señorita Braun me puso al corriente, como el que no quiere la cosa, de los planes de Adolf Hitler. Mientras desayunábamos en compañía de Margarete Speer, Eva Braun me preguntó:

—¿Se encuentra usted a gusto aquí, capitán Muntz? —ella nunca me llamaba por mi nombre de pila delante de terceros, como queda dicho.

—Sí, muy a gusto, señorita Braun. Es un lugar excepcional, no me importaría quedarme aquí toda la vida.

—Pues a lo mejor lo hacemos, capitán. Parece que el Führer tiene la intención de pasar mucho más tiempo aquí, en el Berghof. Así me lo hizo saber anoche.

—Bueno —intervino Margarete—, tienes que contar, Eva, con que es un hombre con una importante tarea de gobierno, y el centro del gobierno está en Berlín...

Eva Braun nos miró, mientras sonreía de manera misteriosa.

—A no ser, querida Margarete, que una parte de Berlín se traslade aquí, al Obersalzberg.

—No la entiendo, señorita Braun —apunté yo.

—Verá, capitán, el Führer está trabajando para trasladar la Cancillería y la Presidencia del Reich al Berghof por las largas temporadas que pasa aquí, y así no tener que hacer tantos viajes a Berlín. El Führer odia Berlín, capitán, la considera una ciudad decadente, viciada y mugrienta, pese a que valora muy positivamente los esfuerzos que está haciendo nuestro Albert para cambiar su rostro. Yo también he ejercido mi parte de influencia, ya saben que las mujeres podemos hacerlo cuando les damos a los hombres aquello que necesitan —sonrió de forma maliciosa—. ¡Amo Baviera! No me gustaría vivir en ningún otro lugar. Además, el Führer sostiene que aquí puede pensar mejor, estar más relajado, más tranquilo, dice que aquí sus ideas son más claras y brillantes. Luego me dijo algo extraño, algo que no comprendí. Me dijo que en los próximos años se van a producir cambios asombrosos en Europa y que, por lo tanto, va a necesitar de toda la paz y la tranquilidad que este retiro alpino le ofrece para poder acometerlos. ¿A qué cambios asombrosos puede referirse el Führer? ¿Sabe usted algo de eso, capitán? ¿Y tú, Margarete? ¿Te ha comentado algo Albert?

Durante el resto de aquella mañana, Eva Braun no me quitó su mirada inquisitiva de encima. Yo no contesté a su pregunta, por supuesto, no tenía la respuesta. Sin embargo, sé que ella observó que mi rostro cambiaba al mencionar ese tema. Ese cambio se debía a que recordé la conversación que mantuve con el Führer ante el gran ventanal la primera noche que pasé en el Berghof. Aquella noche, Adolf Hitler me habló también de esos grandes cambios que se avecinaban en Europa. Textualmente, me dijo: «En los próximos años se producirán en Europa cambios prodigiosos».

Aquella mañana estival de 1936, ni Eva Braun, ni Margarete Speer, ni yo mismo sabíamos de qué cambios asombrosos o prodigiosos hablaba el Führer. Aún faltaban más de dos años para que pudiéramos comprender sus palabras.

* * *

Dicho y hecho. Unas semanas después de aquella conversación, la Cancillería y la Presidencia del Reich se trasladaron a las montañas del Obersalzberg. Exactamente a menos de seis kilómetros del Berghof, a Stanggass. Todo se hizo con la premura y la inmediatez con la que Adolf Hitler hacía las cosas. Este cambio conllevó para mí la necesidad de enfrentarme a dos situaciones novedosas: primero, entrar en contacto con nuevos jefes, personas influyentes adscritas a la Cancillería de Berlín a las que en ese momento solo conocía por referencias; segundo, mucho más trabajo. A partir de ese momento, serían muchos los altos cargos del Estado y del Partido que visitarían el Berghof, y la gran mayoría de ellos desconocían la existencia de Eva Braun. Así que, a partir de entonces, se multiplicarían las ocasiones en las que tendría que hacer «desaparecer» a la señorita Braun de escena. Me referiré brevemente a aquellos jefes llegados de Berlín que sí estaban al corriente del secreto del Führer y con los que, en consecuencia, tuve una mayor cercanía.

El primero de ellos era Hans Heinrich Lammers, secretario de Estado y jefe de la Cancillería del Reich. Este era el hombre encargado de pagar mis emolumentos «oficiales» como miembro del Begleitkommando, porque los «extraoficiales» me llegaban directamente de la oficina del Reichsführer Himmler. Sus visitas al Berghof se realizaban siempre por la mañana, para asistir a la vista diaria en el despacho del Führer, donde se repasaba la actualidad del Reich y se tomaban

decisiones correspondientes a un sinfín de asuntos varios. Mi relación con él siempre fue amistosa, cordial y discreta. Nunca hablamos de la señorita Braun, ni me preguntó por ella.

Junto a Lammers llegó de Berlín Wilhelm Brückner, el principal edecán del Führer. Brückner era un tipo de carácter austero y escaso encanto personal, sin embargo, era un *alterkameraden* del Führer desde los años de lucha y, por lo tanto, disfrutaba de su total confianza. Yo no llegué a relacionarme con él más allá de los saludos de rigor. Fue a través de la señorita Braun como supe que durante ese verano comenzaron sus desavenencias con el Führer, motivadas por la ruptura de la relación sentimental que mantenía con Sophie Stork. Esas desavenencias continuarían hasta 1940, cuando el Führer decidió prescindir de él y sustituirlo por Julius Schaub. Como en el caso de Lida Baarová, así funcionaban las cosas en la «corte de la montaña»: hoy pertenecías a ella y al día siguiente la oscuridad te había engullido.

De estos nuevos personajes que aparecieron por el Berghof, el más pintoresco era sin duda Artur Willy Kannenberg. Willy era el *hausintendant*, el encargado doméstico de Hitler en la Cancillería de Berlín. Willy, que tenía bajo su mando a un numeroso equipo de ayudantes y de ordenanzas, asumió inmediatamente el control de la cocina del Berghof, algo que agradecemos todos. Con el paso de los años, establecí una bonita amistad con él, algo que, ciertamente, no resultó difícil. Sin embargo, esa relación, como expondré más tarde, se desarrolló más en la Cancillería de Berlín que en el Obersalzberg. Mi adicción al aguardiente y su propensión por cualquier tipo de bebida alcohólica tuvieron mucho que ver.

Con estos visitantes de Berlín, el círculo del Berghof empezó a cerrarse. Con todos ellos nos adentramos en lo que yo definiría como los «años dorados», la época en que la bucólica majestad de las cumbres del Obersalzberg nos envolvió a todos con su manto tejido por la naturaleza. Fue antes de que los grandes cambios prodigiosos de los que hablaba Adolf Hitler llegaran al Reich y a Europa.

Los años que antecedieron a la guerra.

* * *

En el verano de 1937, poco después del incidente con la amante de Goebbels, Eva Braun recibió un regalo del Führer que marcaría para nosotros buena parte del tiempo de aquellos «años dorados». Una mañana, a principios del mes de julio, estaba afeitándome en el baño de mi habitación cuando, al levantar la cabeza y mirarme en el espejo, vi en él reflejada la figura de Eva Braun, filmándome con una cámara de color negro. Mientras lo hacía, Eva Braun habló:

—Y aquí tenemos al capitán SS Werner Muntz, aseándose antes de iniciar otro duro día de trabajo en el Grand Hotel.

Eva Braun rio. Ella solía llamar al Berghof, en ocasiones y de manera irónica, el Grand Hotel.

—Señorita Braun, ¿qué es eso?

—¿Le gusta? ¡Una cámara de 16 milímetros! ¡Una Siemens con película Kinokamera y lente Schneider! ¡Una maravilla, Werner! Un regalo del Führer.

Salí del baño, cogí una camisa de mi armario y mientras me la ponía le pregunté:

—¿Y qué piensa hacer con esa cámara?

—Yo nada, Werner. Usted. Ahora mismo le voy a enseñar su funcionamiento. Va a filmar con ella mi vida privada. Y luego, el Führer y yo veremos juntos las películas. Ya se lo he comentado

y está entusiasmado, le ha parecido una idea excelente. Después, pienso añadir las películas a mi archivo fotográfico.

Por aquel entonces, Eva Braun acumulaba ya un importante archivo fotográfico del Führer, de gran parte de los miembros de la «corte de la montaña» y de ella misma. Siempre me sorprendió que fuera la única persona autorizada a fotografiar al Führer en cualquier momento y situación, sin necesidad de pedirle permiso previo. Era curioso, pero para una relación que se mantenía en el más absoluto de los secretos, la señorita Braun estaba acumulando un gran número de imágenes que, de caer en poder de algún enemigo político del Führer, podían ponerle en un serio aprieto. Si los álbumes donde Eva Braun guardaba sus fotografías, que, además, solía dejar olvidados por cualquier sitio, llegaran a manos inapropiadas, al Führer le resultaría imposible negar que mantenía una relación, más allá de la amistad, con esa joven bávara de rizos rubios. En más de una ocasión llegué a pensar que el Führer decidió permitirle ese capricho a su amante, pese al riesgo que suponía, algo insignificante si se comparaba con la vida de renuncia que ella había aceptado.

Eva Braun había coleccionado ese material fotográfico utilizando el que era para ella su máspreciado tesoro: la cámara Leica con la que había trabajado en el estudio de Heinrich Hoffmann. A lo largo de los años, solo la misteriosa caja de música donde guardaba las joyas de turmalinas y el mayor secreto de su vida, escondido en un cajoncito con candado, pudo llegar a tener tanta importancia para ella como esa cámara fotográfica Leica. Esos dos objetos siempre viajaban con ella, siempre en un arcón especialmente acondicionado para su traslado. Eva Braun no permitía que nadie utilizara su cámara, excepción hecha del señor Hoffmann, al que consideraba un genio de la fotografía. Creo que yo puedo presumir, aunque solo sucediera en una ocasión, de haber sido la única persona que utilizó esa cámara.

Sucedió una mañana en la terraza del Berghof, creo que probablemente durante un día festivo, alguna celebración del Partido. En realidad, en el Berghof teníamos la sensación de que todos los días eran fiesta —siempre vivíamos con la misma rutina—, así que aprendí a distinguir esos días por el vestuario que utilizábamos. Recuerdo que aquella mañana el Führer lucía su uniforme militar, algo que, hasta que empezó la guerra, solo ocurría en las jornadas festivas. Sucedió igual con la señorita Braun, que en aquella ocasión había sustituido sus tradicionales *drindlgewand* por una chaqueta de corte Salzburgo y un jersey de color gris perla que hacía juego con su falda. Yo me encontraba charlando en un pequeño corrillo con Otto Günse, el doctor Brandt y su esposa Anni, cuando vi a la señorita Braun, con la Leica en la mano, buscando a alguien desesperadamente. Al llegar a nuestro lado, preguntó:

—¿Alguno de ustedes sabe dónde está el señor Hoffmann?

Todos hicimos un gesto negativo con la cabeza, solo en doctor Brandt contestó:

—No lo he visto en toda la mañana. Supongo que habrá salido a fotografiar ciervos.

Eva Braun puso una mueca de disgusto y, dirigiéndose a mí, dijo:

—Capitán Muntz, venga un momento conmigo.

Nos dirigimos hacia la otra parte de la terraza, donde el Führer acariciaba a su soberbio pastor ovejero *Blondi* y la señorita Kastrup luchaba por controlar a los dos nerviosos terrier de la señorita Braun, *Negus* y *Stasi*. Eva Braun me dijo:

—Quiero hacerme una fotografía con el Führer y nuestros perros, pero como el señor Hoffmann no aparece, tendrá que hacerla usted. Ahora le explicaré cómo, pero, por favor, no toque nada que yo no le indique. A excepción de las del señor Hoffmann y de las mías, las suyas

serán las únicas manos que han tocado esta cámara.

—No se preocupe, señorita Braun. No tocaré nada que no me indique.

Llegamos junto al Führer y la señorita Kastrup. Eva Braun me entregó la cámara y me explicó su funcionamiento. Me preparé y ella se agachó hacia sus terrier y los peinó con sus manos.

—Voy a arreglar a mis perritos para la fotografía —dijo mientras nos miraba.

El Führer contemplaba a los perros de la señorita Braun con un gesto de lástima en su rostro. Desvió su mirada hacia mí y me dijo, con unos ojos que denotaban tristeza:

—Estos perros son muy feos, capitán. Mírelos, parecen dos escobillones.

Eva Braun se incorporó y miró ofendida al Führer. Creo que fue la primera vez que vi a la señorita Braun dirigirse a él con esa mirada airada y ese tono de enfado en su voz:

—*Mein Führer*, no me gusta que insulte así a mis perritos. Yo siempre he pensado que *Blondi* parece una ternera y nunca se lo he dicho.

Adolf Hitler rio, pero Eva Braun continuó con su gesto de enfado, incluso cuando les hice la fotografía.

Devolví la cámara a la señorita Braun, que no tardó en revisarla para cerciorarse de que no había tocado nada y todo seguía en perfectas condiciones. Yo me incliné y acaricié a *Blondi*, lo que el Führer aprovechó para decirme al oído:

—Cuando junte a mi *Blondi* con un animal digno de su pedigrí, le regalaré un cachorro a Eva. A lo mejor así se deshace de esos dos perros tan feos. Diga lo que diga, esos perros son muy feos, realmente feos.

Una vez me coloqué mi camisa y mi guerrera, Eva Braun, que continuaba filmando con la Siemens toda mi habitación, me cogió de la mano y me arrastró hacia su cuarto.

—Ahora le enseñaré el funcionamiento de la cámara. Hoy mismo empezaremos a filmar. ¿No le hace ilusión, Werner?

—Sí, mucha, señorita Braun —le contesté yo para no desilusionarla.

Durante aquellos años, la cámara Siemens de 16 milímetros de Eva Braun se convirtió para mí en una compañera fija, casi obligatoria, casi tanto como la Walther que reposaba en mi cartuchera. Aunque claro, en la bucólica levedad del Berghof, podía haber prescindido de la Walther completamente. Recuerdo que algún que otro día, tras el desayuno, tuve que subir corriendo a mi habitación al acordarme de que había dejado mi arma y mi cartuchera en el respaldo de la silla de mi escritorio.

Con la cámara Siemens de 16 milímetros filmé la vida de Eva Braun, la de los personajes que formaban la «corte de la montaña» y el día a día de la vida en el Berghof. Los monótonos, largos y lánguidos días de los «años dorados». Yo en aquel momento los odiaba, odiaba esas largas jornadas, incluso cuando estalló la guerra. A los «años dorados» siguieron los «años de esplendor». Claro que, como siempre suele suceder, los eché mucho de menos y los añoré cuando la tragedia descendió sobre nosotros y nos vimos inmersos en los «años oscuros».

* * *

Durante los meses de verano gran parte de la vida social del Berghof se desarrollaba en la terraza, sobre todo por las mañanas. Yo tenía por costumbre levantarme sobre las ocho y, tras asearme, bajaba a desayunar. Casi todos los días, solía ser el primero en hacerlo. Poco a poco, la terraza se

iba poblando con los invitados que acogía el refugio alpino. Por norma general, los primeros que acudían al desayuno eran los hombres: Karl Brandt, Heinrich Hoffmann, Martin Bormann, el doctor Morell, los habituales. Las damas lo hacían más tarde y, casi todas las mañanas, desayunaban ya en bañador. Margarete Speer, Herta Schneider, Marion Schönmann, Henny von Schirach, Gretl Braun y Hanni Morell tenían por costumbre desayunar siempre juntas, en una mesa situada en el centro de la terraza, bajo una gran sombrilla. Hanni Morell era la única que casi nunca se ponía bañador, en cambio, llevaba unas batas oscuras con estampados florales que le conferían el aspecto de una vendedora de frutas napolitana. En cuanto terminaban de desayunar, si el día se presentaba soleado, corrían a las tumbonas para tomar sus baños de sol. Eva Braun no solía acompañarlas, a menudo tardaba horas en arreglarse y desayunaba en su habitación. El Führer, por su parte, lo hacía en su despacho de la primera planta. Heinz Linge acostumbraba a servirle dos tazas de leche templada y algunas galletas.

Sobre las once y media, y mientras duró la paz, comenzaba la vista diaria. El Führer despachaba con sus colaboradores y recibía la visita de importantes cargos del gobierno, como el ministro de Economía del Reich, Walther Funk, o el de Hacienda, Lutz Schwerin von Kositz, así como de destacadas personalidades de la industria y de la vida económica y social del Reich. Durante esas vistas, yo tenía que asegurarme de que la señorita Braun, sus amigas y las esposas de los jefes invitados permaneciesen en sus habitaciones, o al menos hubieran salido del perímetro de seguridad interior del Berghof. Por tal motivo, utilizábamos el tiempo de trabajo de Adolf Hitler para perdernos por los caminos de montaña que rodeaban el refugio alpino y filmar a la señorita Braun con la cámara Siemens que le regalara el Führer. Eso hicimos, por ejemplo, la mañana que iniciamos esas filmaciones.

Aquella mañana Eva Braun se había puesto un vestido de tonos oscuros con rayas blancas que hacían juego con un cinturón ancho y el propio cuello del traje. Gretl y Henny von Schirach nos acompañaron durante aquel primer día de grabaciones. Y puede decirse que fue Gretl la que hizo de directora. Esa mañana, la filmación fue de lo más inocente (no siempre sucedería así), empezamos por grabar a la señorita Braun caminando sola por el interior del bosque, recogiendo flores y contemplando las impresionantes vistas que ofrecían los valles alpinos. Gretl no dejaba de decirle:

—Camina más erguida, hermana, y sé más natural. Haces todo muy fingido, parece que estás actuando.

Eva y yo nos mirábamos y solíamos reírnos de esos comentarios. A la joven Gretl solo le faltaba la gorra, la claqueta y la silla para parecerse a un director de Bebelberg dando órdenes a Zarah Leander o a Marika Röck.

Recuerdo que llegamos a un prado rodeado por una baranda de madera. Eva Braun se situó tras ella, cruzó los brazos sobre la madera y apoyó su cabeza sobre ellos. Estaba muy atractiva, así que yo empecé a filmar. Y Gretl volvió a recriminarle:

—¡Pero muévete, Eva, mujer! Estás quieta, como si posaras para una fotografía. No tienes movilidad, y esto es una película.

—¿Y qué debería hacer, Gretl?

—Ya verás.

Gretl caminó hacia la baranda. Se apoyó en la madera superior y, colocando sus pies en la parte inferior, empezó a balancearse.

—Pues haz esto, que parezca que te diviertes...

No terminó de decir la frase, su cuerpo se desequilibró y cayó estrepitosamente sobre la hierba. Al caer, su falda se levantó a la altura de la cadera.

La señorita Braun, Henny y yo reímos hasta casi llorar, mientras Gretl se bajaba la falda, intentaba adecentarse y nos miraba con cara de sorpresa.

—Espero que esto lo cortéis, es muy embarazoso...

—Esto no lo cortaremos, Gretl, es lo más divertido de la película. Al Führer le va a hacer mucha gracia —dijo la señorita Braun.

Regresamos al Berghof poco antes de las dos de la tarde, la hora en que habitualmente se servía la comida.

* * *

Por la tarde, tras la comida, las señoras subían a sus habitaciones para arreglarse, antes de que iniciáramos nuestra caminata diaria hasta la casa de té de Kehlstein. El Führer solía utilizar ese tiempo para jugar con *Blondi*, siempre en compañía de Fritz Tornow, su adiestrador de perros, o para charlar con algún alto cargo del Estado que estuviera de visita en el Berghof, dando vueltas alrededor del prado desde el que partían las sendas de montaña. Yo, mientras tanto, solía reunirme con los chicos de su seguridad en alguna de las mesas de la terraza. Antes de que emprendiéramos el paseo, algunos de los muchachos habían recorrido ya el camino para asegurarse de que no existía peligro alguno para el Führer y su séquito. Allí compartí muy buenos momentos con Otto Günsche, Adi Dirr, Johann Rattenhuber, que pese a ser el jefe de seguridad del Reich, con nosotros se comportaba como uno más, con Hermann Bornholdt o con Heinrich Doose, que hacía poco que se había incorporado al grupo.

Poco antes de las cuatro tenía lugar una ceremonia que a nosotros nos producía mucha gracia. Heinz Linge, llevando en sus manos el sombrero de visera y el bastón de excursionista de Hitler, salía del Berghof apresuradamente en dirección al prado donde el Führer y Tornow jugaban con *Blondi*. Se los entregaba al Führer y este se encaminaba hacia los pies de la escalinata, lo que significaba que las damas, las secretarias, los edecanes y demás invitados ya estaban preparados para partir. Heinz Linge siempre se convertía en el objeto de nuestras burlas, sobre todo de Adi Dirr, que solía decir:

—Caballeros, me apuesto quinientos *reichsmarks* a que el servicial Linge termina un día por ponerle el sombrero al Führer él mismo. ¿Qué piensan ustedes?

Todos soltábamos una sonora carcajada y golpeábamos la mesa con nuestras manos.

La boca de entrada al túnel, excavada sobre la roca, desde donde se ascendía hasta la casa de té de Kehlstein se encontraba a unos veinte minutos andando del edificio principal del Berghof. La caminata hasta este lugar solíamos hacerla en pequeños grupos, curiosamente, casi siempre los mismos. El Führer y Eva Braun marchaban al frente, junto a Martin Bormann, Heinrich Hoffmann, el doctor Morell y Karl Brandt. Las secretarias lo hacían detrás, todas excepto Dara, que solía venir con nuestro grupo, donde también estaban Otto Günsche, Liesl Rauch, la señorita Kastrop, Margarete Speer, Gretl Braun, Henny von Schirach y Anni Brandt. Las amigas de la señorita Braun nos precedían, acompañadas por Hanni Morell, Gerda Bormann, Heinz Linge y los edecanes del Führer. Casi siempre, la comitiva la cerraba el servicio de seguridad del Führer que estuviera de guardia esa tarde, y acompañándolos, Johan Rattenhuber.

Al llegar al túnel de la roca, nos dividíamos en grupos de cuatro para coger el ascensor. El túnel tenía más de ciento cuarenta metros de largo y había sido excavado en la falda de la montaña. Las obras, supervisadas por Martin Bormann, habían durado más de dos años y, según me contara un día el propio general, habían costado más de treinta millones de *reichsmarks*. Desembocaba en el famoso ascensor, equipado con aire acondicionado, un sillón rojo que solo utilizaba el Führer e incluso un teléfono. En ese momento, y por motivos de seguridad, yo sí ascendía con Eva Braun, con su hermana Gretl, con la señorita Kastrup y con esa joven camarera de belleza enigmática llamada Liesl Rauch.

Antes de llegar a la casa de té, salíamos a un prado rodeado por una empalizada de madera. Allí arriba, en «el nido del águila», estábamos a más de dos mil metros de altura. Junto a la empalizada habían colocado bancos de madera. El Führer casi siempre tomaba asiento en uno, en compañía de *Blondi*, mientras que el resto de los miembros de la «corte de la montaña» terminábamos de ascender. Habitualmente, durante algunos minutos, Adolf Hitler se abstraía contemplando la salvaje majestuosidad de las cumbres del Obersalzberg. Cuando todos lo rodeábamos, solía mirar a Eva Braun y decía algo como:

—El enrarecido aire y la presión de este lugar no me sientan nada bien.

En ese momento Eva Braun me miraba y ponía una de sus graciosas muecas. «Ya está otra vez con sus problemas de salud», parecía decir con ese gesto. Muchos días, los médicos del Führer, Morell y Brandt, iniciaban una discusión con Hitler sobre las bondades del aire y de la altura alpina, que podía prolongarse durante horas.

La casa de té de Kehlstein tenía el aspecto de un chalet de forma circular. Nada en su exterior hacía prever la impresión que causaba ese lugar una vez que traspasabas la puerta. Consistía en una sala de ceremonias abovedada de tipo gótico, de unos quince metros de diámetro. Había seis ventanas de gran altura en forma de nicho, encajadas en la pared. Entre ellas, candelabros dorados que sostenían, cada uno, cinco cirios. La mesa, de madera de roble, y los sillones, delicadamente tapizados, estaban también dispuestos de manera circular. En un lateral se situaba una chimenea de dimensiones muy similares a la de la gran sala del Berghof. Y delante de ella, un sillón que única y exclusivamente usaba el Führer.

La vista desde las ventanas era increíble. Recuerdo que la primera vez que me asomé a una de ellas, Eva Braun se acercó hasta mí y me dijo:

—¿Ha visto qué paisaje, Werner? Estoy convencida de que, si el cielo existe, debe de ser algo parecido a esto.

No, no era una exageración. Desde allí podía verse el río Ach, que descendía salvaje y turbulento a través de los acantilados alpinos, formando pequeñas cataratas a su paso. Se podían divisar las pintorescas casitas que, con la quietud de una imagen pintada en un lienzo, decoraban las laderas de las montañas del Obersalzberg, e incluso, en la lejanía, los tejados barrocos de la ciudad de Salzburgo.

Las «tardes del té» transcurrían lentas y monótonas. Habitualmente se formaban grupos de conversación, mientras los mayordomos de las SS no dejaban de servir champán, café, té y todo tipo de licores. Recuerdo que el Führer siempre tomaba té de piel de manzana o una cerveza bávara muy suave de la marca Holzkirchenerbräu.

Aparte de la sala de ceremonias, la casa de té contaba con un comedor, una sala de estar privada y un sinfín de habitaciones tanto para el Führer y la señorita Braun como para sus invitados, el servicio y los cuerpos de seguridad. Además, el Führer se había hecho construir una

sala de pintura, que yo descubriría unos años más tarde y que me causaría una gran sorpresa. Había también un edificio anexo que se utilizaba como almacén de herramientas y de todo tipo de materiales.

Las «tardes del té» se prolongaban hasta las siete, en algunas ocasiones, un poco más. Esto sucedía principalmente cuando, tras sentarse en su sillón favorito, el Führer se dormía. Y eso provocaba que todos tuviéramos que hablar muy bajo para no despertarlo. Y provocaba también que Gretl y Henny, principalmente ellas, empezaran con su particular sesión de risas estúpidas mientras veían dormir al Führer. Eva Braun y, en ocasiones, Margarete Speer, no tardaban en unirse a lo que yo llamaba «el coro de las risas tontas».

Cuando esto sucedía, Heinz Linge se encargaba de despertar al Führer y comunicarle que había llegado la hora de regresar al Berghof. Yo procuraba que, llegado ese momento, la señorita Braun, Gretl, Henny y la señora Speer estuvieran ya fuera de la sala de ceremonias, para evitar, como sucedió en una ocasión, que las risas tontas arreciaran en un torrente de carcajadas al ver la cara de despiste del Führer mientras le decía a Linge:

—No estaba dormido, solo pensaba con los ojos cerrados.

Entonces, Adolf Hitler siempre buscaba primero la cabeza de *Blondi*, que ya corría libre por el prado frente a la casa, y después, lanzando desorientadas miradas a su alrededor, el bastón y el gorro con visera que Linge sostenía en sus manos.

Llegaba así el momento de regresar al Berghof. Volvía a repetirse el ritual del ascensor, esta vez para descender. Una vez que abandonábamos el túnel excavado en la roca, nos encontrábamos con medio parque móvil del Führer, que nos esperaban para trasladarnos en coche hasta el Berghof. Que yo recuerde, nunca regresamos andando. Yo solía ocupar el tercero de los vehículos, junto a la señorita Kastrup, Liesl Rauch y, aleatoriamente, alguna de las secretarias o de las amigas de la señorita Braun; el Führer iba siempre en el primer coche y siempre acompañado por la señorita Braun, Otto Günsche, Martin Bormann y Heinz Linge.

Nada más llegar al Berghof, las damas subían a sus habitaciones para asearse y cambiarse de ropa para la cena y la posterior velada. Nosotros solíamos reunirnos en la puerta del comedor, en espera de que llegaran el Führer y las señoras.

La cena se servía a las ocho de la tarde, nunca más tarde. Después, Liesl Rauch y yo nos reuníamos para el tradicional cigarrillo de las nueve, lo que aprovechábamos para preparar la agenda de la señorita Braun del día siguiente. A esas alturas yo era ya un fumador empedernido.

Durante nuestro cigarrillo nocturno, se apagaba la luz eléctrica del Berghof y los ordenanzas de las SS se dedicaban a encender las velas de todos los candelabros del palacio alpino. En ese ambiente, que a mí siempre me pareció espectral, nos dirigíamos hacia la gran sala. Entonces daban comienzo las célebres veladas del Berghof.

* * *

Cuando llegábamos a la gran sala, el gobelino que decoraba una de las paredes ya había sido retirado, dejando al descubierto la pantalla donde se iban a proyectar las películas. Las veladas del Berghof siempre se iniciaban con dos cintas, casi siempre americanas. Las películas americanas eran las preferidas, tanto del Führer como de Eva Braun. Puede resultar extraño, pero en el Berghof se vieron muchas más películas americanas que alemanas. Y cuando se proyectaba una citan alemana, el Führer siempre le sacaba pegas, una detrás de otra. Se quejaba amargamente

de que el cine alemán estuviese muy lejos del americano, criticaba a Joseph Goebbels y a su Ministerio de Propaganda (algo que hacía reír a las damas) y amenazaba con expulsar del Reich al director y a los miembros de la Cámara Cinematográfica, objetando que derrochaban una gran cantidad de dinero para hacer algo parecido a la bazofia.

Conocedora de los gustos del Führer, la elección de las películas corría a cargo de Eva Braun. La señorita Braun hacía el encargo a través de la Cámara Cinematográfica del Reich, y un funcionario de este organismo, Eric Stein, las hacía llegar hasta el Berghof. Los caprichos de la señorita Braun también se hacían notar en la elección de los títulos. Por ejemplo, recuerdo que tardamos mucho tiempo en poder ver *Lo que el viento se llevó*, porque se estaba leyendo la voluminosa novela de Margaret Mitchell, que, a modo de Biblia, reposó durante mucho tiempo en la mesita junto a la cabecera de su cama. Por supuesto, no consintió que ninguno de nosotros la viera, no fuera a ser que por descuido le estropeáramos el final de la historia. El Führer ni siquiera rechistó; como hacía siempre, le permitió ese capricho.

Antes de empezar la proyección, los mayordomos de las SS servían champán, té, café, licores y aguardiente a raudales entre los invitados. Estos se distribuían en los cómodos sillones, dispuestos como en una sala de cine. La mayoría de las señoras vestían lujosos vestidos de noche de las más importantes firmas francesas, como Patou o Lanvine. Adolf Hitler y Eva Braun se sentaban juntos, cada uno de ellos en su sillón favorito, los únicos que nunca eran ocupados por otras personas. Otto Günsche y yo seguíamos la proyección de pie, como montando guardia. Otto Günsche, en la esquina que había entre la *Venus* de Paris Bordone y el cuadro que representaba el Coliseo de Roma; yo, junto a la gran chimenea regalo de Benito Mussolini. A excepción del servicio, Otto y yo éramos los únicos para los que esas veladas constituían trabajo: Otto como jefe de la seguridad del Führer y yo como jefe de seguridad de su amante.

Cuando todos estaban preparados, y a una orden de Heinz Linge, los ordenanzas de las SS apagaban las velas de los candelabros que iluminaban la gran sala. Solo en ese momento Walter Frentz, el camarógrafo del Führer, ponía en marcha la cámara y se iniciaba la proyección.

Muchas noches, yo me abstraía de la película y me dedicaba a observar y analizar a ese grupo de pequeños burgueses elevados por la política a la cumbre del poder. ¡Qué diferentes de los miembros de la clase dirigente de la época del káiser que habían pasado por mi casa de Potsdam! Cuántas noches observé a Karl Brandt y a Heinrich Hoffmann dormitando en sus sillones, teniendo que ser despertados por sus mujeres, Anni y Erna, cuando el ronquido estaba a punto de salir de sus gargantas; a Henny von Schirach restregándose los pies, que subía encima del sillón; a Gretl o a Margarete Speer subirse el vestido sin ningún miramiento y rascarse el muslo como si estuvieran en su habitación. Esas cosas eran impensables en la corte del káiser, y mucho menos en su presencia. Claro que, ahora, eran los que habían emergido de entre las brumosas callejas del Múnich revolucionario quienes dirigían y gobernaban la nación. Hombres que cambiaron sus camisas pardas por los elegantes trajes de *tweed* de estilo inglés, y mujeres a las que sus coloridos *drindlgewand* hacían bastante más justicia que los sofisticados vestidos de Patou y Lanvine. La maldita y corrompida República había conducido a Alemania desde el palacio de Sanssouci hasta esa alejada montaña de los Alpes.

Cuando terminaban las proyecciones, los ordenanzas de las SS volvían a encender las velas de los candelabros y la vida regresaba a la gran sala. Concluida nuestra guardia, Otto Günsche y yo nos mezclábamos entre los invitados. Volvían a formarse corros de conversación. Muchas noches, Eva Braun se tumbaba en el suelo, sobre las alfombras persas, y jugaba con sus perritos *Negus* y

Stasi. Esa costumbre de tumbarse en el suelo la tenía desde que yo la conocí en la casa de Múnich. Mientras tanto, el Führer y sus invitados charlaban arrebuados en sus sillones. Allí se vivieron muchas noches de gloria del Führer, pese a que los temas de conversación eran de lo más banal: desde el perjuicio que causaba el tabaco para la salud, la dieta vegetariana, el desastre que suponía la mezcla racial en los Estados Unidos o los cánones de la belleza clásica que podía contemplarse en los rostros de las mujeres del sur de Europa y la búsqueda que se estaba haciendo para encontrar un patrón común de belleza en la Europa nórdica. Eran muchas las ocasiones en que las exposiciones del Führer iban haciendo callar a los distintos corros, hasta que la gran sala quedaba en silencio, mientras todos asentíamos como hipnotizados ante las palabras que salían de su boca. Tengo que reconocer que yo era uno de los que solía caer rendido ante los postulados del Führer. Por supuesto, yo tenía mis propias opiniones sobre todos aquellos asuntos, pero era muy difícil no acabar reconociendo que las tesis que él exponía eran muy difíciles de rebatir. Casi siempre, Eva Braun, que, ajena a la conversación, continuaba jugando con sus perritos, ponía el punto final con un comentario que se acabó convirtiendo en una especie de dogma al que ninguno poníamos reparo:

—El Führer tiene razón. El Führer siempre tiene razón. ¡Por eso es el Führer!

Y después, con su rostro ilusionado, seguía jugando con sus perritos.

Las veladas del Berghof siempre fueron amenizadas por la música. Naturalmente, no por esa música prohibida que tanto gustaba a la señorita Braun y sus amigas, el foxtrot y sus variantes. Esa música solo se escuchaba cuando el Führer no se encontraba en el Berghof y ellas celebraban sus desenfundadas e indecentes fiestas, de las que ya hablaré más adelante con detenimiento. En la vitrola de la gran sala solo se escuchaba la música que le gustaba al Führer, cuando este se encontraba en el palacio alpino. Las operetas de Franz von Suppé y de Franz Lehár no dejaron de sonar durante aquellas veladas, sobre todo, *La viuda alegre*, la predilecta del Führer. Adolf Hitler solía abstraerse cuando escuchaba esa música: sentado en su sillón favorito, cerraba los ojos y hacía movimientos con sus manos, como si estuviera dirigiendo la orquesta con una varita invisible. Algunos de nosotros aprovechábamos esos momentos para escabullirnos sigilosamente, abandonar la gran sala y salir a fumar bajo los soportales de la entrada. Yo lo hice a menudo en compañía de Gretl Braun y de Henny von Schirach. Muchas noches, entre calada y calada, me entretuve tonteando con ellas, sobre todo con Gretl. Luego, tomábamos nuestras pastillas mentoladas y regresábamos al interior del Berghof. Eva Braun nunca nos acompañó.

Detecté algo curioso en ella durante el transcurso de aquellas noches, siempre que sonaba la música de Lehár. Había un momento en el que siempre se ponía triste, sus ojos perdían su brillo habitual y la ilusión abandonaba su rostro.

Lippen schweigen, flüstern Geigen...

Sucedía siempre que sonaba esa canción, «Cuando los labios callan». Entonces ella solía acercarse a mí, se sentaba a mi lado, juntaba sus piernas y las rodeaba con los brazos. Ladeaba la cabeza y me miraba con unos ojos embriagados de melancolía. Solo en una ocasión yo le pregunté:

—¿Qué le pasa, señorita Braun?

—Es la letra de esa canción. Siempre que la escucho me causa tristeza. Nunca he sabido el porqué.

La reunión se prolongaba hasta las dos o las tres de la madrugada. Aunque el cansancio hiciera mella en nosotros, nadie abandonaba la gran sala hasta que el Führer se levantaba de su sillón. Entonces Linge corría hacia la victrola y ponía la obertura de la *La viuda alegre*, sabía que al Führer le gustaba terminar la velada con esa melodía, era como un ritual para él. Así, poco a poco, los invitados iban abandonando la gran sala y retirándose a sus habitaciones. Eva Braun y yo terminábamos caminando solos por el pasillo que conducía a nuestras habitaciones, porque el Führer siempre tardaba un poco más en subir. Yo me despedía de la señorita Braun ante su puerta:

—Hasta mañana, señorita Braun.

—Que descanse, Werner.

Esa solía ser nuestra sencilla despedida. Eva Braun entraba en su cuarto antes de que yo alcanzara la puerta del mío.

Casi todas las noches, la velada terminaba para mí contemplando desde la ventana la siniestra y oscura quietud de las cumbres del Obersalzberg. Me gustaba pensar que en esos momentos los ojos de Adolf Hitler, un hombre al que entonces admiraba, estaban teniendo la misma visión que los míos. Yo sabía que él nunca se retiraba hasta que, en soledad, pasaba un buen rato admirando las montañas desde el gran ventanal frente al Kaiserberg. A veces me entretenía haciendo cábalas sobre qué tipo de pensamientos pasarían en esos instantes por la mente de Hitler. Vistos los acontecimientos posteriores, es posible que el fantasma de la guerra habitase ya en la mente del Führer por aquellos años. Siendo consciente de los crímenes que cometió el régimen que dirigía, muchas noches me torturo pensando ahora si también el fantasma del exterminio del pueblo judío crecía ya en el interior de la cabeza de Adolf Hitler en aquel tiempo.

* * *

Una de las más extrañas e inquietantes veladas que viví en el Berghof tuvo lugar un fin de semana de finales de septiembre de 1937. Recuerdo que esa semana habíamos recibido la visita de dos importantes celebridades de los estudios de cine de Bebelberg: Magda Schneider y Else von Möllendorf. Dos mujeres bellísimas que hicieron las delicias del Führer, siempre tan dispuesto a compartir su residencia alpina con damas hermosas. Magda Schneider visitaría muchas veces el Berghof, su relación con el Führer siempre fue muy buena y, además, tenía una residencia de descanso en las cercanías de Berchtesgaden, a no mucha distancia del palacio alpino. En cuanto a Else von Möllendorf, se convirtió en una nueva integrante de la «corte de la montaña» después de aquella primera visita. Para mi sorpresa, forjó una relación de amistad casi de inmediato con la señorita Braun, y eso que la amante del Führer parecía molesta ante la presencia de cualquier mujer guapa o llamativa que se integrara en el círculo de íntimos del Führer, como sucedía con Inge Ley. Esto no pasó con Else, desconozco el motivo, aunque creo que pudo tener algo que ver que ella se granjeara con rapidez la confianza de Gerdy Troost, Herta Schneider, Margarete Speer y Marion Schönmann, seguramente las mejores amigas de la señorita Braun por aquella época. En cuanto a mí, casi no crucé ni dos palabras con Magda Schneider, una mujer que, además de guapa, siempre me pareció un poco clasista respecto a su relación con los miembros de la corte. Sin embargo, establecí una relación de amistad intensa y duradera con Else, quizá debido a que tuvimos mucho más contacto gracias a su amistad con la señorita Braun, lo que provocó que estuviera en numerosas ocasiones bajo mi «protección». Fueron muchas las veces que las filmé con la Siemens de 16 milímetros en la terraza del Berghof, sobre todo en verano, cuando parecían

rivalizar por ver cuál de las dos lucía el bañador más moderno y atrevido, y a cuál de las dos le sentaba mejor.

Cuando pensaba que ya habíamos tenido suficientes celebridades de Bebelberg por esa semana, Liesl Rauch me dio una nueva noticia. Estábamos fumando nuestro habitual cigarrillo de después de la cena bajo los soportales del Berghof, cuando me dijo:

—Mañana tendremos una nueva visita, capitán. Una de las «gordas». ¿Conoce a Renate Müller?

—Naturalmente, quién no conoce a Renate...

—Llega mañana desde Berlín. El general Bormann quiere que usted la recoja en Ainring, viene en uno de los aviones privados del Führer. Pasará con nosotros el fin de semana. Tiene que alojarla en el ala de invitados, se ha reservado una habitación especial para ella. Además, tendrá que intensificar su vigilancia sobre la señorita Braun. Al «pajarito caprichoso» puede que esta visita la incomode más que las anteriores.

Todo el mundo en Alemania conocía a Renate Müller. Desde que Marlene Dietrich abandonara el Reich, la Müller era quizá la actriz y cantante más popular de los estudios de Bebelberg. Unos años antes, cuando empezaba mi formación en la academia de Lichterfelde, la había visto en dos de sus más afamadas películas: *Secretaria privada* y *El matrimonio inglés*. Tanto a mí como a mis compañeros nos cautivó con su belleza.

Renate Müller era una mujer poseedora de una clase y una belleza explosivas y asombrosas, eso pensaba yo cuando nos dirigíamos hacia el Berghof tras recogerla en Ainring. Había llegado en un avión pilotado por Hans Baur que partió del aeródromo de Gatow, el mismo que utilizaba el Führer cuando viajaba desde Berlín al Obersalzberg. Por supuesto, la recogimos en el coche oficial del Führer, conducido por Erich Kempka. Sin embargo, aunque Erich y yo nos deshicimos en elogios y atenciones hacia su persona, ella se mostró en todo momento fría y distante, yo diría que parecía encontrarse muy incómoda desde que descendió del avión. No habló nada durante gran parte del trayecto, se limitó a observar los imponentes acantilados alpinos y los frondosos bosques. Solo poco antes de llegar al «camino entre las nubes» se dirigió a Erich para decirle:

—Por favor, ¿puede detenerse un momento? Me parece que me estoy mareando.

—Por supuesto, señorita Müller —contestó Erich.

Renate Müller y yo descendimos del vehículo. Caminó hacia el borde de uno de los precipicios, el viento golpeaba su rostro y provocaba que el pañuelo negro que cubría su cabeza, a juego con su vestido y su abrigo de pieles, pareciera ir a desprenderse. Cerró los ojos y aspiró el aire alpino. Desde mediados del mes de septiembre, el tiempo en el Obersalzberg se volvía ventoso y lluvioso. Yo aproveché para decirle:

—No se preocupe, señorita Müller, es normal que no se encuentre bien. Se debe a la presión de la altura.

Sin mirarme, ella preguntó:

—¿Cuánto falta para llegar, capitán?

—Nada, muy poco, señorita —respondí. Su voz sonaba triste, muy diferente a como lo hacía en sus películas.

—Volvamos al coche. Terminemos con esto cuanto antes.

Un poco más tarde ascendíamos por la escalinata de mármol camino del ala de invitados. La llevé a su habitación, tal como me había indicado Liesl. Detrás de nosotros, cuatro ordenanzas de

las SS transportaban sus arcones de viaje, muy parecidos a los que siempre utilizaba la señorita Braun.

Abrí la puerta y encendí la luz. La habitación era imponente, una de las mejores del Berghof. La vista de las montañas del Obersalzberg desde allí resultaba impresionante. Fue lo primero que hizo Renate Müller: acercarse al ventanal y perder su mirada en aquellas cumbres. Se quitó el abrigo y, sin mirar, lo arrojó encima de la cama. Una de las mangas se descolgó, a mí no me importó colocarlo bien; estaba acostumbrado a hacerlo con la ropa de la señorita Braun.

La estancia estaba iluminada con lámparas de pantalla y las flores frescas colocadas sobre valiosos jarrones de porcelana la habían convertido en un pequeño invernadero. Sobre mesitas decoradas con manteles estampados de tipo Salzburgo, habían dispuesto bandejas de plata repletas de bombones.

Renate Müller me miró un momento, para luego acercarse a su bolso, extraer una pitillera dorada como la de la señorita Braun, sacar un cigarrillo y encenderlo. Exhaló una bocanada de humo y regresó al ventanal.

—¿Cómo se llama usted, capitán?

—Werner, señorita Müller. Werner Muntz.

—¿Y qué hace aquí?

—Labores de seguridad, señorita.

—¿Es aburrido?

—Un poco sí, señorita Müller, no le voy a engañar...

—¿Conoce al Führer?

—Naturalmente que le conozco, señorita. Sirvo en su Estado Mayor.

—¿Podría conseguir que me sirvieran champán? Una botella, si no es molestia.

—Sí señorita, ahora mismo le pediré a Heinz Linge que le traigan una botella.

No me costó nada encontrar a Linge. Cuando cerré la puerta de la habitación, él y dos mayordomos de las SS ya se acercaban por el pasillo. Sobre una de esas mesitas con ruedas llevaban una coctelera dorada y dentro una botella de champán. Champán francés, nada del habitual Henkel que tomaban la señorita Braun y el resto de los invitados. Había dos copas sobre la mesita.

—Ya puede volver a sus quehaceres, capitán Muntz. Nosotros nos encargamos de todo.

Linge lo dijo con ese tono de soberbia y utilizando esa mirada mezquina que provocaba que muchos de nosotros tuviéramos que contenernos para no pegarle un puñetazo allí mismo.

Esa tarde no vi al Führer. La señorita Braun y sus amigas pasaron las horas en la habitación de Henny von Schirach, probándose vestidos para la cena de esa noche. Cenarían con una celebridad, y eso siempre las emocionaba. Eva Braun no me preguntó en ningún momento por Renate Müller y, sin embargo, yo tenía la intuición de que algo no marchaba bien. Nos habían informado de que no cenaríamos en el comedor del Führer, lo haríamos en uno aparte, porque querían que ese encuentro con la señorita Müller fuera privado. Yo, siguiendo instrucciones de Liesl Rauch, volví a la habitación de la señorita Müller poco antes de la cena, para ver si deseaba algo. Pero entonces sucedió algo poco habitual, algo que me causó mucha extrañeza.

Al doblar la esquina de uno de los interminables pasillos que conducían al ala de invitados, me encontré a Otto Günzche en mitad del corredor, en posición de guardia. Era muy raro; Otto solo adoptaba esa posición cuando montaba guardia delante del despacho del Führer, mientras

este se encontraba reunido con alguna relevante personalidad del Reich. Pero en mitad de un pasillo... ni siquiera yo lo había hecho nunca ante la puerta de la señorita Braun.

Yo me detuve mientras Otto me hacía un gesto de negación con la cabeza. Saltándome las normas, me acerqué a él. Tras mirar hacia todos los lados, acercó su boca a mi oído y me dijo:

—Puedes estar tranquilo, puedes volver a tus cosas. El Führer está con ella.

Hice un gesto afirmativo con la cabeza, di media vuelta y me marché. Sé que Otto no tenía que haber hecho eso, pero yo se lo agradecí enormemente. Era una muestra de que nuestra amistad estaba por encima de las obligaciones, algo muy importante en ese entorno.

Después de la cena nos reunimos en la gran sala, como todas las noches. Había un ajetreo particular: una especie de escenario ocupaba el lugar en el que habitualmente asistíamos a la proyección de las películas, y habían traído una orquesta completa desde Múnich. Los invitados a la cena del Führer con la señorita Müller todavía no habían llegado, y el resto nos dedicábamos a charlar en corros para amenizar la espera. Estaba hablando con el doctor Brandt y su esposa Anni, cuando la puerta de la sala se abrió y apareció el Führer, acompañado por Renate Müller. Eva Braun entró tras ellos, junto a Albert y Margarete Speer, Heinrich y Erna Hoffmann, Theo y Hanni Morell, Gretl Braun, Else von Möllendorf y Martin Bormann, que, si no recuerdo mal, iba acompañado por su amante, la también actriz Manja Behrens, y no por su esposa Gerda. Renate Müller pidió permiso para ausentarse, aduciendo que «tenía que prepararse para la actuación». Dicho esto, ascendió por la escalinata que conducía a las habitaciones.

El Führer y los demás invitados tomaron asiento, como hacían todas las noches cuando se proyectaban las películas. La luz de la gran sala se apagó, y los ordenanzas de las SS encendieron las velas de los candelabros. Walter Frenz, el camarógrafo, manejaba en esta ocasión un potente foco de luz que había sustituido al proyector de cine. Otto Günsche me hizo un gesto con la cabeza y yo me situé en mi puesto de guardia, como una noche más. Él también ocupó el suyo.

Supe que algo no andaba bien desde que vi aparecer a la señorita Braun detrás del Führer y de Renate Müller. Detecté que estaba muy nerviosa, no dejaba de morderse el labio inferior. A esas alturas, creo que yo era la persona que mejor conocía a Eva Braun, posiblemente mejor que el propio Führer. Conocía todas sus expresiones, todas sus reacciones. Por eso no me gustó nada la apariencia de su rostro aquella noche: mezclaba el enfado con la melancolía y eso no sucedía nunca cuando el Führer estaba en el Berghof. Eva Braun tenía la costumbre de buscar mi mirada en cuanto entraba a cualquier lugar donde yo me encontrara, siempre me hacía un gesto gracioso. Esa noche ni siquiera me miró. Ocupó su sillón junto al Führer y se limitó a contemplar a los músicos de la orquesta.

Pasado un rato, el general Bormann subió al escenario y en un tono grandilocuente, algo a lo que era muy propenso en presencia del Führer, exclamó:

—Esta noche, y aprovechando su presencia en el Berghof, la señorita Renate Müller nos deleitará con una actuación especial para el Führer y para todos nosotros. ¡Recibamos con un fuerte aplauso a la señorita Renate Müller!

Todos aplaudieron emocionados, incluido el Führer, que parecía más feliz que nunca. Todos menos Eva Braun.

Renate Müller estaba impresionante cuando accedió al escenario bajo el haz de luz que la iluminaba. Llevaba un vestido negro, adornado con una palma de color plata que ocupaba todo el pecho. Se había recogido el pelo y cubría la mitad de su rostro con una rejilla negra, y los brazos, con guantes del mismo color que le llegaban hasta el codo. En su mano sostenía una boquilla larga

con un cigarrillo encendido, algo que no pareció molestar al Führer, a tenor de los aplausos que le dedicaba y de su rostro de excitación.

Había algo inquietante en los ojos de Renate Müller cuando se dirigió al auditorio. No lo sé, no era la mujer que Erich y yo habíamos recogido en el aeródromo de Ainring. Su mirada resultaba vidriosa, como la de una persona embriagada por el alcohol. Era una mirada alterada, una mirada alterada por alguna sustancia desconocida.

La orquesta empezó a tocar y la señorita Müller, acercándose sugerentemente al micrófono plateado, lo cogió con una de sus manos, cubierta por el guante negro de rejilla, clavó esa mirada vidriosa en el Führer e interpretó su canción:

*Soy la sombra que se funde con la oscuridad,
Soy la figura que se pierde entre la niebla,
Presiento que seré la hoja muerta que arrastrará el viento...*

Me di cuenta de que la señorita Braun se revolvía en su sillón. Dirigió la vista hacia el Führer, pero este seguía embelesado escuchando la voz de la actriz berlinesa. Noté un brillo especial en los ojos de Eva Braun, como si estuviera a punto de llorar.

*Hay ocasiones que solo vemos las estrellas brillar en el cielo,
Otras veces nos envuelve el infierno,
Pero el peor de los infiernos es no poder pronunciar tu nombre...*

No pudo más. Eva Braun se levantó y abandonó la gran sala. Vi al Führer mirarla con un rictus de sorpresa en su rostro. Con un gesto de su mano, llamó a Otto Günse. Este se acercó, se inclinó y escuchó algo que Hitler le dijo al oído. Günse levantó la mirada y me hizo un gesto con sus ojos, moviéndolos en dirección a la escalinata de mármol por la que había desaparecido Eva Braun. Yo le respondí con otro gesto afirmativo de la cabeza y abandoné la estancia.

Mientras subía por la escalinata en busca de la señorita Braun, pude escuchar la voz de Renate Müller que resonaba en el espectral silencio del Berghof:

*Hay ocasiones que solo vemos las estrellas brillar en el cielo,
Otras veces nos envuelve el infierno,
Pero el peor de los infiernos es no poder pronunciar tu nombre...*

Sabía que Eva Braun no abriría la puerta de su habitación aunque yo llamara, así que entré en la mía y accedí a la suya a través de la puerta que las comunicaba.

Estaba tumbada, llorando sobre su cama.

—Señorita Braun, ¿qué le sucede?

Me miró con su rostro bañado en lágrimas. Había echado a perder su maquillaje.

—¡Déjeme, Werner! ¡Quiero estar sola!

Me acerqué a ella.

—Pero... ¿Qué es lo que ha pasado?

—¡Esa canción! ¿No ha escuchado esa canción? ¿Por qué ha cantado esa canción?

—La canción... Señorita Braun, es solo una canción, ¿qué sucede con esa canción?

Se secó las lágrimas con la mano, de pronto, pareció tranquilizarse.

—Ha sido horrible, Werner, esta noche... toda la noche... Quiero que esa mujer horrible se marche del Berghof ahora mismo. No quiero volver a verla más. ¡No quiero volver a verla nunca!

—Pero señorita Braun, es una invitada de...

—Márchese, Werner, vuelva a la sala. No se preocupe por mí, no haré ninguna tontería, le puedo dar mi palabra. Esta noche hablaré con el Führer. ¡Quiero que esa mujer se marche esta misma noche de aquí! ¡Y que no vuelva nunca más!

Esa madrugada Renate Müller abandonó el Berghof. A mí me lo comunicaron a la mañana siguiente.

A diferencia de Magda Schneider y de Else von Möllendorf, Renate Müller nunca regresó al palacio alpino. Y esa ausencia tuvo una explicación.

Aproximadamente un mes más tarde, no recuerdo bien si fue a finales de octubre o principios de noviembre, me encontraba desayunando solo en el jardín de invierno, cuando entraron Eva Braun y sus amigas. Creo que, aparte de la señorita Braun, estaban Hanni Morell, Margarete, Marion, Herta y, no recuerdo bien, me parece que su hermana Gretl. Una camarera llamada Resi Stangassinger se dispuso a servirles el desayuno, excepto a Eva Braun, a quien siempre servía Liesl Rauch. La señorita Braun hojeaba una de las revistas de moda que le llegaban al Berghof desde París. Hanni Morell, que acababa de regresar el día anterior desde Berlín, no dejaba de hablar. Era muy molesta, siempre me recordó a una cotorra. No presté demasiada atención a su conversación, hasta que de repente dijo:

—¿Os habéis enterado de lo de Renate Müller? En Berlín no se habla de otra cosa. Pobre... Y pensar que hace solo un mes estuvo aquí en el Berghof cantando para el Führer.

Todas asintieron con la cabeza, pero ninguna dijo nada. La señorita Braun se limitó a pasar una hoja de la revista.

—¿Qué le ha sucedido a Renate Müller? —pregunté yo. En un principio, la señora Morell me miró sorprendida.

—¿No lo sabe? ¿No se ha enterado? ¿Es que usted no escucha la radio, joven?

—No, la escucho menos de lo que quisiera. ¿Qué le ha sucedido?

—Ha muerto. Un accidente, un desgraciado accidente. Se cayó por las escaleras de su casa de Berlín. Una lástima, una verdadera lástima. Era tan guapa y tan joven, y tenía una voz tan bonita...

Hanni Morell siguió hablando, pero yo dejé de escuchar. Miré a la señorita Braun, que continuaba leyendo la revista de moda sin hacer caso alguno de la conversación. Recordé aquellas palabras que pronunció un mes antes: «No quiero volver a verla más». «No quiero volver a verla nunca». «Esta noche hablaré con el Führer...».

Esas frases no se apartaron de mi cabeza durante mucho tiempo. Ni tampoco la actitud de la señorita Braun aquella mañana, mientras Hanni Morell hablaba de la muerte de Renate Müller. Como tampoco pude olvidar durante mucho tiempo la mirada de Liesl Rauch.

Liesl Rauch me observaba desde detrás de una de las cristaleras del jardín de invierno, con una bandeja entre sus manos. Cuando nuestras miradas se cruzaron, me hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, dio media vuelta y se marchó. Nunca supe interpretar ese gesto. Solo supuse que tenía que dejar de preguntar sobre la muerte de Renate Müller, porque ahora todo estaba bien. Sí, eso... Ahora todo estaba bien.

* * *

Durante los meses del otoño y del invierno, numerosas cosas cambiaban en el día a día del Berghof. Por supuesto, muchas de las rutinas se mantenían, como las sesiones cinematográficas de la noche y las largas charlas, que se realizaban delante de la chimenea de la gran sala. Pero el frío y la nieve provocaban que la vida social se trasladara al interior del palacio alpino. El jardín de invierno, acristalado y climatizado, sustituía a la célebre terraza. Las señoras pasaban más tiempo en sus habitaciones, leyendo libros, estúpidas revistas de moda o decoración y arreglando sus vestidores. Los niños, como la prole de los Bormann, las hijas de Margarete Speer, o de Herta Schneider, Gitti y Uschi, o los niños Goebbels, correteaban por los laberínticos pasillos, y los jerarcas del régimen y otros invitados mataban el tiempo en interminables charlas en los despachos o incluso en la biblioteca del Führer.

Aproximadamente desde principios de noviembre, las ventiscas de nieve asolaban el Berghof y el frío provocaba que todo se congelara a nuestro alrededor. Eran muchas las ocasiones en que los vehículos oruga y las excavadoras, que funcionaban a destajo, impedían que allí arriba nos quedáramos completamente aislados del resto del mundo. Algunos días, nosotros mismos teníamos que quitar la nieve con palas, por ejemplo, para poder abrir las puertas que nos comunicaban con la terraza. Los SS se pasaban el tiempo limpiando la escalinata que conducía hasta la puerta del Berghof. Las estufas funcionaban a tiempo completo, los ordenanzas de las SS eran los encargados de que nunca se apagaran.

Los días en que, pese al frío, la nieve nos daba un descanso, salíamos del Berghof, aunque solamente fuera para dar paseos cortos. Los chicos de las SS se ocupaban de limpiar la nieve del jardín y los caminos de montaña. Así el Führer podía jugar con *Blondi* durante un rato. Las «tardes del té» en el Kehlstein quedaban suspendidas, pero podíamos trasladarnos hasta otra pequeña casita de té que había en la cima del Mooslahner Kopf, no muy lejos del Berghof. No podía compararse con la majestuosidad de la Kehlsteinhaus, pero había sido acondicionada para que la corte del Führer disfrutara de unas placenteras tardes invernales a la luz de la lumbre de sus grandes chimeneas. Por supuesto, la cámara Siemens de la señorita Braun nos seguía acompañando a todos los sitios. En esos meses, una de sus actividades favoritas era patinar. Yo la filmé muchas veces mientras lo hacía, puedo decir que francamente bien. En realidad, Eva Braun era una gran deportista, como contaré más adelante, y además no le asustaba correr riesgos. En alguna ocasión, Eva Braun y yo acompañamos a Albert Speer y a su esposa Margarete durante sus habituales escaladas por las montañas de la Alta Baviera.

Pero había cosas que, pese al frío y la nieve, nunca cambiaban, por ejemplo, el cigarrillo de después de la cena con Liesl Rauch en la puerta del Berghof. En aquellos días gélidos yo llegaba a ponerme hasta dos abrigos y dos pares de guantes. Liesl Rauch casi desaparecía embutida en su ropa de invierno. Recuerdo que solía llevar un gorro de piel de aspecto ruso que nunca llegué a preguntarle de dónde había sacado. Esa situación fue especialmente dura durante el otoño y el invierno de 1938. Pasamos allí muchos ratos, refugiados bajo los soportales ante la puerta principal, mientras la nieve revoloteaba a nuestro alrededor. Fijábamos nuestra mirada en el horizonte, un horizonte en el que, producto de las ventiscas, las cumbres del Obersalzberg habían desaparecido. Por aquellos días era imprescindible que la camarera Rauch y yo coordináramos cuidadosamente la agenda de la señorita Braun, debido a que, como resultado de la crisis austriaca y de la delicada situación internacional, el Berghof se había convertido en lugar de

reunión habitual de importantes personalidades del Estado, del ejército y de destacados estadistas internacionales.

Solo con ocasionales ausencias, el Führer dirigió desde el refugio alpino del Obersalzberg tanto la crisis austriaca, como la checa. Por aquellos días, convivíamos ya en el Berghof con un destacamento de voluntarios de la Legión Austriaca que estaban siendo entrenados por las SS en previsión de lo que parecía una inminente intervención militar de Alemania en el país vecino. Eva Braun me repitió muchas veces durante aquella crisis que el Führer estaba decidido a incorporar su patria al Reich alemán, costase lo que costase; era el gran sueño de su vida. Cada noche le decía que la hora de Austria había llegado. Recuerdo que una mañana de ese otoño, sentados en el jardín de invierno, Eva Braun me comentó:

—La suerte de Austria está echada, Werner. Su hora ha llegado. El Führer no aceptará ninguna solución que le proponga el gobierno austriaco. Su decisión de negarse al plebiscito que propone el canciller Schuschnigg ya está tomada. Al Führer no le importa lo que piensen los ingleses o los franceses, ni siquiera va a tomar la opinión de estos en consideración. Anoche me dijo que no puede soportar ni un día más que Austria no esté incorporada ya al Reich.

Aquella revelación de la señorita Braun me sorprendió mucho. Hasta ese momento nunca imaginé que el Führer y Eva Braun mantuvieran conversaciones sobre asuntos de Estado o política internacional durante sus encuentros nocturnos. Pensé que a lo mejor estábamos equivocados y resultaba que Adolf Hitler tenía en más consideración a Eva Braun de lo que todos creíamos. Yo conocí la verdad con el paso del tiempo.

El debate sobre la importancia de Eva Braun en la toma de decisiones políticas del Führer no cesó ni un instante durante todos aquellos años. Era un tema de conversación tan habitual que, en alguna que otra ocasión, todos los integrantes de la «corte de la montaña» intercambiaron conmigo su opinión sobre este asunto. Supongo que muchos de ellos lo hicieron intentando sonsacarme información, sabían que mi cargo como jefe de su seguridad personal me confería una cercanía con ella que pocos o ninguno tenían. Siempre me he considerado un conversador hábil, quizá lo fuera más entonces, y esto me otorgó la posibilidad de saber muy bien la opinión de todos ellos sobre este particular, y puedo asegurar que todos estaban equivocados. Eva Braun me confió charlas privadas que mantuvo con el Führer que ellos nunca conocieron, y que yo, por supuesto, nunca les revelé.

Durante el otoño de 1937 empezaron a frecuentar el Berghof dos nuevos enlaces que tendrían una gran importancia en el devenir de los acontecimientos de los años siguientes. Por un lado, el oficial adjunto de la Wehrmacht ante Hitler, Rudolf Schmundt, y por otro, el enlace del ministro de Exteriores Von Ribbentrop ante el Führer, Walter Hewel. La diplomacia y la guerra, esa fue la dicotomía de aquel tiempo, su seña de identidad. Yo nunca llegué a establecer una relación fluida con Schmundt, pero sí con Hewel. Hewel era un tipo encantador, al que todos llamábamos «el embajador» y que pronto se convirtió en un imprescindible dentro de la vida social del Berghof. Mi relación con él fue excepcional desde aquellos lejanos días de 1937 hasta las últimas horas de existencia del Reich de Hitler bajo el suelo de Berlín.

A principios del mes de noviembre de 1937, la actividad en el Berghof se tornó frenética. Esa actividad provocó que me viera obligado en numerosas ocasiones a hacer «desaparecer» de escena a la señorita Braun y a sus amigas. Mi misión consistía en reunir las en una habitación, generalmente la de la señorita Braun, montar guardia en la puerta e impedir que salieran de la estancia y camparan a sus anchas por el palacio alpino. Esta situación alcanzó su cénit en las

jornadas anteriores al 19 de noviembre, día previsto para que *lord* Halifax, enviado especial del primer ministro británico, Neville Chamberlain, se entrevistara con el Führer en el Berghof, con la crisis austriaca como telón de fondo. Aquella visita, que estuvimos preparando durante semanas, supuso para mí la primera gran decepción que me causó Eva Braun, y desencadenó un incidente con Martin Bormann que estuvo a punto de provocar mi salida del Begleitkommando y mi traslado al más oscuro y recóndito rincón del Reich.

La noche anterior a la visita de *lord* Halifax mantuve una reunión con el general Bormann en su despacho. Bormann no me comunicó nada nuevo, solo que durante la estancia de aquel tenía que asegurarme de que todas las damas permanecieran en sus habitaciones y no se asomaran a las ventanas. Bormann me hizo saber que la visita de *lord* Halifax era fundamental para la política exterior del Reich, ya que el Führer consideraba que el papel de Inglaterra era decisivo para que sus planes sobre la expansión alemana en centroeuropa no se vieran truncados. Eso había provocado, durante los días previos a esa visita, que la agenda del Führer estuviera repleta de encuentros con jefes del Partido e importantes autoridades del Estado.

La mañana del 19 de noviembre amaneció gris y ventosa en el Obersalzberg. Recuerdo que el frío era muy intenso. Desde primeras horas, un destacamento del Leibstandarte SS Adolf Hitler formaba bajo la escalinata de entrada al Berghof, con su uniforme de gala. El general Dietrich en persona se encargó de que todo estuviera en perfecto estado.

Esa mañana, antes de iniciar mis labores de seguridad, tuve un encuentro con el propio general Dietrich que destapó para mí una de las más misteriosas incógnitas a las que tuve que enfrentarme durante aquellos años. No pude desvelar esa incógnita hasta poco después del desastre de Stalingrado, y no me enfrenté a todo su poder hasta un trágico amanecer sobre las ruinas de Berlín, ocho años más tarde.

Poco después del desayuno, me crucé con Sepp Dietrich en el gran salón del Berghof. El general, como hacía siempre, me preguntó cómo me encontraba y qué tal transcurría mi servicio de vigilancia sobre Eva Braun. Después se interesó por mi relación con el Führer e, incluso, me llegó a preguntar si estaba satisfecho con mis honorarios ante una misión de tanta dedicación y sacrificio. El general Dietrich iba acompañado del enlace del Reichsführer Himmler ante Hitler, Karl Wolf, y en un momento dado hizo algo sorprendente, algo que nunca había hecho antes conmigo: me cogió del brazo y me llevó a un aparte, como si tuviera que decirme algo que Wolf no pudiera escuchar. Nos detuvimos delante de un amplio ventanal desde el que podía verse la puerta principal del Berghof. Sepp Dietrich retiró con la mano una pesada cortina de terciopelo rojo, para poder ver mejor y, de paso, quedar de espaldas a Wolf, que parecía no quitarnos ojo desde el centro del gran salón. Mientras clavaba la mirada en las cumbres del Obersalzberg, envueltas por la niebla a esas tempranas horas de la mañana, me dijo:

—Tenga mucho cuidado, capitán, extreme las medidas de seguridad en torno a su propia persona. Me han llegado rumores de que tiene a un «mirlo blanco» dando vueltas a su alrededor. Ya sabe que en nuestra organización la palabra «rumores» suele sustituir con demasiada frecuencia a la palabra «noticias». Ese asunto puede ser muy peligroso, no cometa errores, no deje nunca de mirar detrás de usted cuando camine. Ya entiende lo que quiero decir.

—¿Un «mirlo blanco»? Perdona, mi general, pero... ¿qué es un «mirlo blanco»?

Sepp Dietrich se giró hacia mí, colocó sus fuertes manos sobre mis hombros y, mientras me miraba profundamente, me dijo:

—Nunca le he hablado de esto, capitán, y nunca volveré a hablarle de esto, ¿me comprende?

Usted solo haga lo que le he dicho. Sea cuidadoso.

Me dio dos golpecitos en el brazo, me sonrió y caminó en dirección a Karl Wolf.

—Gracias, mi general. Haré lo que usted me ha dicho, mi general.

«Mirlo blanco». Nunca antes había escuchado hablar de mirlos blancos, no tenía ni idea en aquel momento de lo que esas palabras podían significar. Con ese asunto rondándome la cabeza, me encaminé hacia el jardín de invierno donde las señoras estaban desayunando.

Había reunido a las damas en ese lugar para comunicarles que debía recluirlas en sus respectivas habitaciones hasta que *lord* Halifax abandonara el Berghof. Eva Braun, me dijo:

—Capitán Muntz, yo he pensado que podíamos permanecer todas en mi habitación, estos días he recibido vestidos nuevos de mi modista en Berlín, y las chicas y yo podríamos probarlos y así estaríamos más entretenidas. Bueno, si a usted no le importa, claro.

—A mí no me importa, señorita Braun. Lo importante es que no abandonen la estancia en ningún momento y que, sobre todo, no se asomen a las ventanas.

—Haremos lo que usted diga —contestó.

Así lo hicimos. Recluí a las señoras y a las señoritas en la habitación de Eva Braun y me aseguré de que las ventanas estuvieran bien cerradas y las cortinas echadas. En un principio, mi intención era quedarme con ellas en el cuarto (es lo que debería haber hecho), pero la señorita Braun me tendió una pequeña trampa.

Antes de que yo abandonara la estancia, los ordenanzas de las SS entraron para asegurarse de que las vistosas estufas de porcelana diseñadas por Sophie Stork estuvieran en pleno funcionamiento. Después llegó Liesl Rauch, que repartió entre las damas café, té, licores, champán y dulces. Cuando Liesl Rauch se marchó, la señorita Braun me preguntó:

—¿Quiere un poco de champán, capitán Muntz?

Le dije que no. Estaba de servicio, aquel día mucho más que ningún otro. Permanecí de pie, junto a la puerta de la habitación. Entonces, Eva Braun abrió uno de sus grandes armarios vestidor y dijo:

—Chicas, coged el que queráis, vamos a probarnos estos vestidos.

Si no recuerdo mal, aquel día estaban, además de Eva Braun, Herta Schneider, Anni Brandt, Marion Schönmann, Gretl Braun, que tras una larga ausencia había regresado a pasar unos días en compañía de su hermana, Henny von Schirach, Margarete Speer y la jovencita Maria von Below.

—¡Yo me pido el azul claro! —gritó Gretl y, tras decirlo, empezó a desnudarse.

Antes de que me diera cuenta, casi todas las señoras se estaban desnudando. Para mí la situación resultaba de lo más embarazosa, así que se me ocurrió otra cosa.

—Señorita Braun, para que estén más cómodas, voy a montar guardia en el pasillo. Solo les pido, por favor, que no se asomen a las ventanas. Es una orden del Führer.

—Como quiera, capitán, aunque por nosotras no es necesario que se ausente. Y por supuesto que, con lo que tenemos aquí, no creo que tengamos tiempo de asomarnos a ninguna ventana.

Eva Braun era muy convincente cuando hablaba con ese tono de voz tan característico que siempre acompañaba de una mirada mitad seductora, mitad inocente. Sin duda, formaba parte del poder que tenía para embaucar a las personas que la rodeaban.

Antes de abandonar la habitación, Gretl Braun se me acercó y me preguntó:

—Capitán, ¿podría abrocharme?

Gretl se había puesto un sugerente vestido de color azul claro. Le subí la cremallera. Mientras

lo hacía, miró con ojos pícaros a Henny von Schirach. Ambas rieron. Era algo que siempre hacían en mi presencia. Siempre reían como unas tontas.

Ya en el pasillo, busqué una de esas sillas tapizadas de terciopelo rojo que hacían juego con el suelo enmoquetado y me senté delante de la puerta de Eva Braun. Volví a pensar en la advertencia que Sepp Dietrich me había hecho esa mañana, ese extraño asunto del «mirlo blanco» que revoloteaba a mi alrededor. Puede parecer sorprendente, pero desde que pronunció las palabras «mirlo blanco» un nombre y un rostro acudieron a mi cabeza. Y no la abandonaron durante mucho, mucho tiempo.

En unos años, el «mirlo blanco» se convertiría en una tragedia para mí, pero en aquel mismo momento, otra pequeña tragedia personal se estaba forjando en el interior de la habitación de Eva Braun sin que yo fuera consciente de lo que estaba sucediendo.

* * *

El tiempo transcurrió muy lentamente esa mañana. Sobre el mediodía escuché sonidos de actividad que procedían del acceso principal del Berghof. Abandoné un momento mi puesto de guardia y caminé por el largo pasillo hacia una ventana desde donde se divisaba perfectamente la puerta de entrada al palacio alpino. A mí nadie me había prohibido asomarme a la ventana.

Lord Halifax había llegado al Berghof. Descendió de un Mercedes negro, acompañado por dos miembros de su séquito. En lo alto de la escalinata le esperaba el Führer junto a Paul Otto Schmidt, su intérprete. *Lord* Halifax era un hombre muy alto y algo desgarbado. Tras estrecharse la mano, los dos se dirigieron hacia el interior. Antes de entrar, el mandatario británico le hizo un gesto al Führer, mientras se restregaba con fuerza sus dos manos enguantadas. «Demasiado frío para un inglés», pensé yo.

Unos minutos después, Liesl Rauch y los mayordomos de las SS subieron la comida para la señorita Braun y sus invitadas. Ese día comerían allí.

Lord Halifax abandonó el Berghof una hora más tarde. Lo vi partir desde la misma ventana. El Führer lo despidió de nuevo desde lo alto de la escalinata, en compañía de sus más estrechos colaboradores, entre ellos Martin Bormann. Adolf Hitler se frotaba las manos continuamente, sonreía, daba esos característicos saltitos suyos y bromeaba con los suyos. No tenía que ser uno muy inteligente para deducir que la entrevista con *lord* Halifax había sido un éxito. Un éxito total para el Führer.

El problema para mí surgió esa noche, durante la cena. El Führer estaba exultante, no dejaba de repetir que los ingleses estaban de nuestro lado, que no pondrían ningún tipo de reparos a sus aspiraciones sobre Austria. La cena se desarrolló en un ambiente de jovialidad, como si estuviéramos celebrando una gran victoria militar. Quizá lo era, si observamos el desarrollo de los acontecimientos durante los siguientes meses. Fue Martin Bormann quien abrió la caja de los truenos, cuando comentó que el frío del Obersalzberg podía haber influido en la laxitud con la que *lord* Halifax había acudido a la entrevista.

—Tendrían que haberle visto cuando ha entrado en el gran salón. Debajo del abrigo llevaba dos jerséis de lana. ¡Dos! Cuando se ha quitado uno de ellos, aún parecía más...

—A mí me ha parecido ridículo, con ese atuendo y siendo tan alto y desgarbado... —dijo Marion Schönmann.

—Es verdad, todas nos hemos reído mucho cuando lo hemos visto. Definitivamente, los ingleses no saben vestir, no son un pueblo elegante — apuntilló Herta Schneider.

Se hizo un incómodo silencio alrededor de la mesa. El Führer lanzó una mirada iracunda a Martin Bormann, y este, a su vez, me la devolvió a mí. Yo dejé de comer, miré a Eva Braun, pero ella no me correspondió. Jugaba con su servilleta y observaba al Führer de una manera un tanto nerviosa.

Pasados unos segundos, el Führer retomó la conversación con la misma jovialidad de antes.

—Creo que no son justas, señoras. *Lord* Halifax tiene la elegancia necesaria para representar a la corona británica. Y además, les diré que me ha parecido un hombre dotado de una gran perspicacia e inteligencia. En todo momento se ha mostrado comprensivo acerca de nuestras reclamaciones históricas sobre Austria, sobre la necesidad de que apliquemos nuestra política de «espacio vital» para el pueblo alemán sobre los otros territorios en litigio en centroeuropa. Es muy consciente de que una centroeuropa fuerte y estable, bajo el dominio de nuestro Reich, será un importante baluarte para la defensa del continente y de la civilización que compartimos, en momentos tan difíciles para su subsistencia como estos. Creo, señores y señoras, que, como yo siempre pensé, tendremos a Inglaterra de nuestro lado en esta cuestión. Y eso significa para el Reich un triunfo, un gran triunfo. Por este motivo, propongo un brindis...

A la vez que el Führer, todos nos levantamos con nuestra copa en la mano. Volví a mirar al general Bormann, que, con ojos encendidos, no me había quitado ni un minuto la vista de encima. Observé de nuevo a Eva Braun, pero ella, con su copa en alto, contemplaba embelesada al Führer. En todo momento evitó que nuestras miradas se cruzaran.

Acabada la cena, me encontraba en mi habitación, dando vueltas de un lado a otro, cuando alguien llamó a la puerta. Abrí, y un edecán con voz marcial me dijo:

—Capitán Muntz, acompáñeme. El general Bormann quiere verle inmediatamente en su despacho.

El edecán me acompañó hasta el despacho de Martin Bormann. Entré, me cuadré e hice el saludo reglamentario. El general estaba revisando unos papeles, que dejó sobre su escritorio. Se incorporó y, mirándome con los mismos ojos encendidos que me habían estado observando durante la cena, me dijo:

—Capitán Muntz, ¿quiere explicarme qué ha sucedido?

—Verá, mi general, he...

—Le advertimos de que no podían asomarse a las ventanas. ¿Por qué lo han hecho? ¿Cómo lo ha consentido usted?

—He confiado en la palabra de la señorita Braun, mi general.

—¿Que ha confiado en la palabra de la señorita Braun? Pero ¿a quién se le ocurre eso? ¿Cómo ha podido confiar en la palabra de una mujer como ella?

Yo era conocedor de la mala relación que existía entre Martin Bormann y Eva Braun, sobre todo por el lado de ella. Eva Braun no lo podía ver. Solo unos días antes de ese incidente, estando los dos en el jardín de invierno, la señorita Braun no apartaba la mirada de Bormann, que caminaba junto al Führer por el jardín del que partían los caminos de montaña. Eva Braun me había dicho:

—No lo soporto, lo detesto con toda mi alma. Mírelo, siempre detrás del Führer como un perrito faldero, siempre imitándolo en todo, hasta en su forma de andar. No, no lo soporto.

¿Verdad que parece un simio?

En ese momento yo reí. Pero ahora ya sabía que la animadversión era mutua. Que Martin Bormann también detestaba a Eva Braun.

—Lo siento, mi general. No volverá a suceder. No volverá a suceder nunca más. Si es necesario, yo...

—¡Por supuesto que no volverá a suceder! Está bien que el Führer le consienta todo tipo de caprichos a esa mujer y a sus descaradas amigas, eso es inevitable, ¿pero usted? Usted no puede concederle ni el menor de los caprichos a esa... intrusa. Tenía una posibilidad de error y la ha agotado, capitán. La próxima ocasión no seré tan generoso. Quedará usted relevado de su servicio de manera automática. Y ahora, márchese. La camarera Rauch le está esperando.

—Como usted ordene, mi general.

Volví a cuadrarme, realicé el saludo y, dando media vuelta, me dirigí hacia la puerta del despacho. Antes de que mi mano tocara el picaporte, Martin Bormann me dijo:

—Capitán Muntz, no habrá segunda oportunidad para usted. Si esto vuelve a repetirse, le aseguro que me encargaré personalmente de que sea degradado y enviado al lugar más recóndito del Reich. Le aseguro que su nombre no volverá a ser escuchado nunca, y por nadie.

—Lo he entendido, mi general. Le repito que algo así no volverá a suceder.

Salí al pasillo. No me da vergüenza reconocer que me temblaban las piernas.

Al llegar a la escalera que descendía hacia la gran sala, me percaté de que la señorita Braun me estaba esperando, apoyada en la pared. Al verme, se acercó hasta mí y me dijo:

—Capitán Muntz, siento mucho lo que ha sucedido. Nos hemos excedido, yo...

—Señorita Braun, déjeme en paz, por favor. Tengo algo de prisa...

Me dispuse a descender por la escalera, pero Eva Braun insistió:

—Werner, por favor, le vuelvo a pedir disculpas...

—Le repito que tengo prisa. Me ha defraudado usted, señorita Braun. No volveré a confiar en su palabra nunca más.

Me calé mi gorra de plato, hice una pequeña inclinación con la cabeza y descendí por las escaleras con paso ligero.

Eva Braun se quedó en lo alto de la escalera, mirándome con unos ojos llenos de tristeza.

En la puerta del Berghof, Liesl Rauch me esperaba embutida en sus ropas de invierno. El frío a esas horas era muy intenso. Había un extraño olor en el ambiente, y el cielo había adquirido un tono blanquecino que bien podía anunciar una nevada inminente. Me encendí uno de mis cigarrillos y di una calada, mientras contemplaba cómo en la lejanía la oscuridad otoñal envolvía las altas cumbres del Obersalzberg. El humo adquiría un enigmático color azulado cuando llegaba a las lámparas acristaladas que iluminaban los soportales del Berghof.

—La señorita Braun le ha jugado una mala pasada, ¿no, capitán Muntz?

Detecté un rictus de algo parecido a la maldad en el rostro de Liesl Rauch al decir esas palabras. Di otra larga calada a mi cigarrillo.

—Sí, Liesl, la señorita Braun me ha jugado una mala pasada.

—Ya aprenderá, capitán. Todavía le queda mucho por aprender.

No dijo nada más. Se limitó a dar una larga calada a su cigarrillo, mientras sonreía.

* * *

Entre los meses de noviembre de 1937 y febrero de 1938, la crisis se agravó. Los disturbios asolaron Viena y las principales ciudades austriacas. Los nazis austriacos abogaban por la anexión, los discursos de los jefes del Reich se volvieron más incendiarios y, mientras tanto, aunque había perdido el control de las calles, el gabinete del canciller Schuschnigg, apoyado por los nacionalistas austriacos, se negaba a hacer cualquier tipo de concesión.

El 12 de febrero de 1938 otro ilustre visitante llegó al Berghof. Era el canciller Schuschnigg en persona, que acudió ante una llamada del Führer. Esta vez no se estableció ningún protocolo especial para recibirlo. Y yo tampoco estuve dispuesto a hacer ninguna concesión para que la señorita Braun y sus amigas salieran de sus aposentos.

Reuní a todas ellas poco después del desayuno y les comuniqué que en esta ocasión permanecerían recluidas cada una de ellas en su propia habitación; me aseguraría personalmente de que todas sus ventanas estuvieran herméticamente cerradas y pensaba cerrar también sus cuartos con llave mientras el canciller austriaco estuviera en el Berghof. Les advertí de que, si necesitaban algo, solo tenían que tocar a la puerta y yo les abriría. Ninguna de ellas replicó nada, todas se mostraron colaboradoras, especialmente, la señorita Braun.

Dicho y hecho. Las acompañé a sus respectivos cuartos, me cercioré de que todas las ventanas estuvieran bien cerradas, las persianas bajadas, y después, clausuré con llave las estancias. Situé mi «puesto de guardia» en un cruce de pasillos donde, salvo las habitaciones de Herta Schneider y Marion Schönmann, tenía todas controladas.

Cuando el canciller austriaco llegó al Berghof fue recibido sin honores y conducido inmediatamente al despacho del Führer, en la primera planta. En algún momento de aquella mañana se me ocurrió caminar por el pasillo para estirar un poco las piernas. Me sorprendió que Otto Günsche, que solía montar guardia delante del despacho del Führer, no se encontrara allí. Justo cuando ya me disponía a regresar a mi «puesto de guardia», la puerta se abrió y Otto salió del despacho con un extraño rictus de nerviosismo estampado en su rostro. Al verme, me llamó y me dijo:

—Werner, ya que estás aquí, hazme un favor. Dile al capitán general Keitel que venga, que el Führer lo reclama urgentemente en su despacho.

—¿Y dónde está el...?

—En el jardín de invierno. Date prisa.

Descendí casi al trote por las escaleras. Mientras la puerta de la estancia permaneció abierta, pude presenciar una imagen muy elocuente de lo que se estaba dilucidando esa mañana en el Berghof: Adolf Hitler gesticulaba dando grandes manotazos alrededor de la mesa de su despacho, mientras el canciller Schuschnigg estaba hundido en su sillón, con las dos manos cubriendo su rostro.

Cuando llegué al jardín de invierno, Wilhelm Keitel estaba revisando ante un espejo de cuerpo entero que su flamante uniforme de jefe del Alto Mando de la Wehrmacht estuviera en perfecto estado de revista.

—Mi capitán general, acompáñeme, el Führer lo reclama en su despacho.

Wilhelm Keitel abandonó el jardín de invierno con paso marcial. Mientras ascendíamos por la escalinata de mármol, Keitel me lanzó una mirada de soslayo y me preguntó:

—Su rostro me resulta conocido, ¿es usted hijo del general Artur Muntz?

—Sí, mi capitán general —le constesté.

—Un gran hombre su padre. Hombres como él nos harían falta en momentos como estos donde la paz está en juego. ¿Sirve usted en el Estado Mayor del Führer?

—Sí, mi capitán general. Y le agradezco sus palabras hacia mi padre...

—No las agradezca, hijo. Muntz, Hindenburg y Ludendorff, a esos tres hombres les debemos los auténticos patriotas tantas cosas...

Otto Günsche nos estaba esperando en lo alto de la escalinata. Nada más verlo, Keitel preguntó:

—¿Cómo tenemos al canciller austriaco?

—En «su punto» —contestó Günsche.

El capitán general nos miró con un gesto burlón en su rostro y nos dijo:

—Pues tengan preparado un médico. Cuando Schuschnigg me vea entrar, es probable que sufra un ataque al corazón.

Esa misma tarde, poco después de partir el canciller austriaco, me encontré por casualidad con Adi Durr en la gran sala. Recuerdo que me comentó:

—Tendrías que haber visto al canciller cuando ha abandonado el Berghof, «guardián». Parecía que estaba fuera de sí, era como un fantasma, como un espectro. Al salir por la puerta principal, ha intentado hacer nuestro saludo, pero después de levantar el brazo, ha cerrado el puño. ¡Todos los chicos nos hemos partido de risa! ¡Pobre hombre, el Führer ha acabado con él!

Esa noche no hubo velada en el Berghof. Poco antes de la cena, se nos comunicó que el Führer partía de forma inmediata hacia Berlín. Como sucedía siempre que emprendía un viaje, la locura invadió el palacio alpino. Esa noche ya no cenó en nuestra compañía.

En aquella ocasión, no tuve ningún incidente con las damas, todo salió perfecto. Pero nadie me felicitó, el general Bormann ni tan siquiera me miró durante la cena.

Como siempre que el Führer nos abandonaba, la señorita Braun cayó en uno de sus acostumbrados estados de melancolía. Después del incidente de la visita de *lord* Halifax, la relación entre Eva Braun y yo se había ido reconduciendo poco a poco. Recuerdo que esa noche, antes de que entrara en su habitación, Eva Braun me dijo:

—Werner, quería hacerle una pregunta; ¿ha vuelto usted a confiar en mí?

—Por supuesto, señorita Braun. El pasado es pasado, hay que olvidarlo.

Eva Braun se acercó, mirándome con unos ojos tristes, y me besó en la mejilla. Antes de entrar en su habitación, me dijo:

—Gracias, Werner. No sabe lo importantes que son esas palabras para mí.

* * *

El Führer tardaría meses en regresar a las montañas del Obersalzberg. Durante ese tiempo, la vida en el Berghof continuó con su lánguida monotonía habitual. Pero lejos de allí, en Berlín, en Viena, en Londres y en París, en Roma, en toda Europa la actividad diplomática era frenética, en un intento de evitar una intervención alemana en Austria que parecía inminente.

A primeras horas de la mañana del 13 de marzo de 1938, mientras nosotros aún dormíamos en el Berghof, las primeras unidades de nuestro ejército habían cruzado la frontera austriaca. La tarde anterior, el canciller Schuschnigg había dimitido y entregado el poder al líder de los nazis

austriacos, Artur Seyss-Inquart.

Esa mañana, cuando yo estaba terminando de arreglarme en mi habitación, Eva Braun abrió la puerta y entró en ella como una exhalación, como solía hacer muchas veces. Cogiéndome de la mano, me arrastró hacia la puerta mientras me decía:

—¡Werner, no se lo va a creer! Liesl me ha dicho que lo ha visto desde el ventanal de la gran sala. ¡Prepárese! ¡La bandera del Reich ya ondea en la fortaleza de Salzburgo! ¡Corra, vamos a verlo!

Se había producido. El gran sueño de Adolf Hitler, la incorporación de su patria al Reich alemán se había convertido en realidad.

El Anschluss era ya un hecho consumado.

8

IDILIO FANTASMAL

La tarde del 23 de marzo de 1938, mientras Austria era invadida por las tropas del Reich, fui llamado de manera urgente por un edecán al despacho del general Martin Bormann. A esa misma hora, de regreso a su patria, el Führer, Adolf Hitler, colocaba flores sobre la tumba de sus padres, Aloise y Klara, en el cementerio de Leondig, cerca de Linz.

Cuando entré en el despacho, el general Bormann estaba de pie detrás de la mesa, hablando a la vez por dos teléfonos, uno de ellos, sostenido por las manos de un ordenanza de las SS. En una silla frente a él, en la misma que el primer día de mi llegada al Berghof estuviera sentada Liesl Rauch, se encontraba en esta ocasión Eva Braun. Su rostro estaba cubierto de lágrimas, que intentaba secar con uno de sus delicados pañuelos de color fucsia. El general Bormann me hizo un gesto con la cabeza para que tomara asiento.

—¿Qué ha pasado, señorita Braun?

—Ahora se lo explicará el general Bormann, capitán.

Permanecimos unos minutos en silencio, mientras Bormann continuaba atendiendo simultáneamente los dos teléfonos. Estoy seguro de que una de las conversaciones era con Berlín, y la otra, con Viena, porque en varias ocasiones mencionó el nombre del hasta ese momento embajador alemán en la capital austriaca, Franz von Pappen.

Cuando terminó de hablar, mandó al ordenanza que abandonara el despacho, se sentó en su silla, resopló y me dijo:

—Capitán, nada más poner los pies en Austria, el Führer ha llamado a la señorita Braun y le ha comunicado que desea compartir este momento tan especial reuniéndose con ella mañana en Viena, después de hacer su entrada triunfal. Pero tenemos un problema.

—¿Qué problema, mi general?

—El Führer se alojará en el Hotel Imperial, y allí ahora mismo la actividad es frenética. El Alto Estado de la Wehrmacht en pleno y también el de las SS, así como los invitados especiales, se encuentran en ese hotel. Se puede decir que la anexión se está dirigiendo desde ese lugar. Resultaría muy comprometido que la señorita Braun se dejara ver por allí, podría poner en peligro...

—A no ser que...

—¿A no ser qué, capitán?

En el mismo instante en que el general Bormann empezó a hablar, me imaginé que ese era el

problema. No sé por qué, pero en ese momento, una imagen del pasado acudió a mi cabeza. Una imagen de aquel día de octubre de 1935, cuando la señorita Braun y yo recorrimos bajo la lluvia las calles de Múnich, mientras ella me contaba el inicio de su relación con Adolf Hitler. Recordé que, para todas aquellas personas que desconocían quién era la mujer a la que yo protegía de bajo mi paraguas, debíamos de parecer solo una pareja de enamorados más.

Miré primero a Eva Braun, que me observaba con un gesto de expectación en su rostro cubierto por las lágrimas y, después, al general Bormann, cuya expresión facial estaba más cerca del escepticismo, y les dije:

—Creo que se me ha ocurrido una idea.

* * *

A la mañana siguiente, 14 de marzo de 1938, despegamos del aeródromo de Ainring con destino a Viena. Volamos a bordo de un Junker trimotor JU-52. Además de nosotros, viajaron la madre de la señorita Braun, Franziska, y Herta Schneider.

La tarde anterior, tras explicarle mi idea al general Bormann, nos sumergimos en un torbellino de trabajo y de llamadas telefónicas. Hablamos en varias ocasiones con el Reichsführer Himmler, con Julius Schaub y con Hans Heinrich Lammers. El general Bormann se comunicó dos veces con Rudolf Hess y, a última hora de la noche, con el propio Führer. Tuvimos que solicitar documentación especial, que se expidió en Múnich y se trasladó de manera urgente al Berghof. Todo para que la operación que habíamos puesto en marcha saliera lo mejor posible y no nos encontráramos con contratiempos y obstáculos inesperados.

Poco antes del mediodía, llegamos a un aeródromo en las cercanías de Viena. Allí, a pie de pista, nos esperaban dos vehículos oficiales de las SS. Marion Schönmann descendió de uno de ellos en cuanto nos vio llegar. Nada más hacerlo, Marion y la señorita Braun se fundieron en un largo abrazo. Creo que la amiga austriaca de Eva Braun llegó a echar alguna lágrima mientras le decía:

—¡Eva, Eva, este ha sido el día más feliz de mi vida!

La señorita Braun y yo subimos en el primero de los coches. En el segundo lo hicieron Franziska, Herta y la propia Marion Schönmann. Ese vehículo se dirigió a la casa de soltera de esta, donde Herta y la madre de la señorita Braun se alojarían durante esa visita relámpago a la capital austriaca.

La conocimos como la Blumenkrieg, la guerra de las flores. Los ejércitos del Reich invadieron Austria sin tener que gastar ni una sola bala de sus fusiles. Lo único que encontraron fue jovencitas que lanzaban flores desde sus ventanas al paso de nuestros soldados; grandes murales con el rostro del Führer desplegados en las fachadas de los edificios; pancartas con la leyenda «Un Führer, un pueblo, un Reich» escrita en letras góticas y banderas del Reich ondeando en los balcones o en las farolas de calles y avenidas. Lo mismo que nos encontramos nosotros mientras recorríamos las calles de la otrora orgullosa capital del Imperio de los Habsburgo.

Eva Braun, tan ilusionada como una quinceañera que fuera a encontrarse con un fugaz amor de verano, iba en el asiento delantero del vehículo, mirando a todos lados con ojos infantiles. Recuerdo que ese día llevaba un elegante abrigo de pieles de color negro, un vestido del mismo color con estampado de flores rojas y una pamelita de ala, también negra, que había inclinado deliberadamente ocultando parte de su rostro. Ese detalle formaba parte de la operación que

habíamos puesto en marcha para que pasara lo más desapercibida posible.

Conforme avanzábamos hacia el centro de la ciudad, la presencia militar se hizo mayor. Al llegar junto al ayuntamiento, pudimos ver los tanques de las divisiones acorazadas del general Guderian tranquilamente estacionados. Sus tripulantes departían amistosamente con los transeúntes, cuya única inquietud era poder fotografiarse junto a los carros de combate. Durante el trayecto pude observar que todos los centros de poder del aniquilado Estado austriaco estaban custodiados por unidades de las SS o de los camisas pardas locales.

Al llegar a las cercanías del palacio del Hofburg, en la Heldenplatz, vimos una marabunta humana que se dirigía hacia la plaza portando pancartas con el rostro del Führer y banderas del Reich. Jovencitas con uniformes de la Liga de Muchachas Alemanas arrojaron pétalos de rosa sobre nuestro vehículo al ver el distintivo de las SS. La señorita Braun, eufórica por ese recibimiento, bajó la ventanilla del coche para estrechar la mano de las personas allí congregadas. Rápidamente nuestro coche estuvo rodeado por los cuatro costados de gente que, aun sin saber quiénes éramos, quería estrechar nuestras manos. Eso me obligó a intervenir:

—Señorita Braun, cierre la ventanilla inmediatamente.

Eva Braun me obedeció, pero no sin antes hacer una graciosa mueca, intentando emular la cara de enfado de una niña pequeña.

—Todas estas personas adoran al Führer, Werner. Esto ha sido un gran éxito para él. Conozco al Führer, sé que se sentirá muy orgulloso cuando vea a sus compatriotas rendidos a sus pies — dijo Eva Braun.

Poco antes de llegar al Hotel Imperial, las escenas de euforia y alegría a las que habíamos asistido desde nuestra llegada a Viena empezaron a transformarse en algo diferente. En numerosos comercios judíos se habían pintado calaveras y estrellas de David en los cristales. Otros habían sido saqueados. Los apellidos judíos de sus propietarios habían sido borrados con pintura blanca. En un momento dado, nuestro coche tuvo que detenerse debido al gran número de vehículos militares que transitaban en ambas direcciones. Frente a nosotros se encontraba el Café Rembrandt, cuyas ventanas también habían sido marcadas con la palabra «Juden» y estrellas de David. En la puerta, pudimos ver una triste procesión: un grupo de hombres, algunos mayores, con esos atuendos negros que los identificaban como judíos, marchaban rodeados por camisas pardas y jóvenes de las Juventudes Hitlerianas. Dos camisas pardas llevaban perros doberman que, aunque provistos de bozales, no dejaban de saltar y gruñir de manera amenazadora hacia el grupo de asustados judíos. Observamos cómo, deliberadamente, uno de los jóvenes de las Juventudes Hitlerianas puso la zancadilla a uno de los judíos de más edad, provocando que cayera al suelo de manera estrepitosa. El mismo muchacho le increpó, exigiéndole que se levantara. Otro de los judíos, un hombre más joven, intentó interceder y alargó su mano para que el caído pudiera levantarse. Pero entonces uno de los camisas pardas enloqueció, sacó la porra que llevaba en el cinto y empezó a golpearle en la cabeza con saña. El hombre cayó, con el rostro ensangrentado, intentando inútilmente cubrir su cabeza con las manos, pero el camisa parda siguió pegándole, más fuerte, cada vez más fuerte. Hasta que quedó inerte en el suelo, mientras un charco de sangre se formaba debajo de su cabeza. Los chicos de las Juventudes Hitlerianas no dejaban de reír, mientras se encendían cigarrillos. El resto de los transeúntes, muchos de ellos portando grandes banderas del Reich, contemplaban la escena con indiferencia, algunos, ni siquiera se detuvieron para ver qué había pasado. Recuerdo que centré la mirada en una bonita niña rubia, de no más de cuatro años, ataviada con un abrigo negro y un gorrito a juego en su cabeza. En su mano llevaba

una pequeña banderita del Reich que no dejaba de agitar. La niña extendió su mano para señalar al hombre que permanecía inerte y ensangrentado y, mirando a sus padres, esbozó una sonrisa que terminó en carcajada. Aquello le pareció divertido. Su padre se agachó, le explicó algo y luego, cogiéndola entre sus manos, la subió en sus hombros. Caminaron hacia la Heldenplatz, mientras la pequeña, ya sobre los hombros de su padre, continuaba agitando la banderita.

Desvié la mirada hacia Eva Braun. Se estaba arreglando la pamelita, ayudándose del espejo retrovisor de nuestro vehículo. Se giró hacia mí y me preguntó:

—Werner, ¿de verdad me queda bien esta pamelita? No estoy convencida...

No le pude contestar, estaba como paralizado ante el acto de barbarie al que acababa de asistir. Me limité a hacerle un gesto afirmativo con la cabeza.

Nuestro coche se puso en marcha. Eva Braun volvió a girarse hacia mí y, mirándome con sus eternos ojos ilusionados, me dijo:

—¡Ya estamos llegando, Werner! ¡Qué contenta estoy! ¿Crees que el Führer me estará esperando en el hotel?

* * *

Durante los más de diez años que permanecí en el entorno más cercano de Adolf Hitler, solo en la Cancillería del Reich en Berlín fui testigo de un ajetreo igual al que se vivía aquel día del mes de marzo de 1938 en el Hotel Imperial de Viena. Altos mandos de la Wehrmacht y de las SS, ordenanzas y edecanes del ejército, secretarías, todos ellos entraban o salían del hotel, unos para acudir a interminables reuniones que se prolongaban durante horas en distintas estancias convertidas en improvisadas oficinas, otros con partes militares que llevaban a los acuartelamientos de la ciudad donde se habían establecido puestos de mando. Esa fue la visión que tuvimos cuando, cogidos del brazo, la señorita Braun y yo entramos en el concurrido vestíbulo del hotel.

Nos acercamos hasta la recepción. Nos acompañaban tres botones, dos de ellos portando los arcones donde Eva Braun llevaba sus vestidos y sus cosméticos, mientras que el tercero llevaba mi maletín, en el que yo había preparado algunos objetos personales de emergencia. Esperamos a que nos atendieran. En el centro del *hall* habían instalado un gran retrato del Führer, con dos banderas del Reich del mismo tamaño flanqueándolo. A los pies de su imagen se amontonaban las flores, a modo de ofrenda.

El recepcionista que nos atendió era un hombre ya entrado en años, de aspecto decimonónico, con un monóculo en uno de sus ojos y uno de esos bigotes puntiagudos que estuvieron de moda antes de la Gran Guerra. Le mostré las identificaciones que se habían expedido el día anterior en Múnich y le dije:

—Soy el capitán SS Werner Muntz y ella es mi esposa, la señora Eva Muntz. El señor Lammers, secretario de Estado y jefe de la Cancillería del Reich, hizo ayer una reserva a nuestro nombre desde Berlín.

El hombre nos lanzó una mirada escrutadora y leyó las identificaciones. Después sacó un listado y buscó nuestros nombres ayudándose con uno de sus dedos. Pude detectar en su rostro un gesto de sorpresa. Con un fuerte acento vienés, nos dijo:

—Sí, están aquí, capitán. Por favor, acompáñeme, yo mismo les mostraré su habitación.

Caminamos detrás del hombre y ascendimos por una escalinata que conducía a la primera planta. Pude observar que en un rincón del vestíbulo había un grupo de periodistas, muchos de ellos de prensa internacional. Eran fácilmente reconocibles, con sus gabardinas color crema, sus sombreros de ala gris y sus pequeñas libretas en las que no dejaban de escribir todo lo que veían. Varios nos miraron con esos característicos ojos de los que buscan la noticia, pero no parecimos interesarles. Para ellos éramos solo un oficial de las SS y su joven esposa. No pude evitar una sonrisa. Esos pobres diablos no se podían ni imaginar quién era la mujer que había pasado a su lado.

Avanzamos por un largo pasillo, con vistosas puertas a ambos lados y un enmoquetado rojo en el suelo que recordaba al del Berghof. Mientras nos dirigíamos hacia nuestra habitación, el hombre nos dijo:

—Debe de ser usted un hombre muy importante, capitán Muntz, porque le han asignado una habitación contigua a la *suite* del Führer y que, además, tiene comunicación directa con esta...

—Mi marido es un hombre muy importante, señor...

—Strauss, Harald Strauss.

—Señor Strauss, el Führer está perdido sin él, sobre todo a la hora de preparar sus discursos.

Miré a la señorita Braun y sonreí. Había estado brillante. Yo añadí:

—No es para tanto como dice mi mujer, pero sí, el Führer puede necesitar mis servicios en cualquier momento del día o de la noche. Por eso la habitación...

Ante la puerta de la *suite* del Führer había dos miembros del Leibstandarte de guardia que hicieron el saludo reglamentario en cuanto vieron que nos aproximábamos. Yo les correspondí. La puerta de nuestra habitación, mucho más pequeña, estaba situada al lado.

—Es aquí —dijo el señor Strauss. Sacó una llave del bolsillo y abrió la puerta—. La teníamos cerrada por motivos de seguridad.

Era una habitación preciosa. Tenía una cama de matrimonio de estilo imperial y un gran balcón desde el que se divisaban unas magníficas vistas de la ciudad. Toda ella estaba empapelada con un diseño de búcaros verdes y rosas rojas. Los muebles eran de un gusto exquisito. De las paredes colgaban cuadros que representaban bucólicas imágenes de la Viena imperial. La iluminación consistía en lámparas de pantalla diseminadas por todas partes y una gran lámpara de araña de cristal que se descolgaba desde el techo. Tras una puerta, un enorme baño, con su correspondiente bañera, que pensé que haría las delicias de la señorita Braun.

Los botones entraron detrás de nosotros, dejando junto a un elegante armario vestidor los arcones de la señorita Braun y mi pequeño maletín de viaje. El señor Strauss hizo que uno de ellos le acompañara hasta un armario de madera de nogal que ocupaba una de las paredes; entre los dos, lo retiraron. Entonces, el señor Strauss nos dijo:

—Aquí está la puerta. Solo tienen que abrirla y accederán a la *suite* del Führer.

—Muchas gracias, señor Strauss. Ahora, si nos disculpa, tengo trabajo —le dije, mientras abría mi maletín.

El señor Strauss se situó delante de nosotros y dijo:

—Como ustedes deseen. Si necesitan algo, solo tienen que pedirlo. *Heil* Hitler!

Al hacer el saludo, el hombre se trastabilló.

—*Heil* Hitler! —le respondimos nosotros.

Cuando Strauss abandonó la habitación, Eva Braun y yo rompimos en una carcajada.

Nada más cerrarse la puerta, la señorita Braun ya estaba en el baño abriendo los grifos de la bañera. Yo me acerqué a la puerta acristalada que daba acceso al balcón y perdí la mirada en la magnífica vista de la capital austriaca. Tenía una extraña sensación de malestar en la boca del estómago desde que había visto esa escena de brutalidad en la puerta del Café Rembrandt que solo había remitido un poco mientras tramitábamos en la recepción nuestros documentos. Supongo que el miedo a que nuestro plan saliera mal me había hecho olvidarlo, pero después...

Cuando me di la vuelta, Eva Braun ya estaba completamente desnuda. La única prenda que llevaba encima era la pamea negra. Producto de la excitación, había olvidado quitársela. Sacaba de uno de sus arcones las toallas turcas y las sales de baño francesas y las dejaba encima de la cama de estilo imperial.

—Hoy le tocará hacer de nuevo de la señorita Kastrop, Werner. Esta noche tengo que estar deslumbrante. ¡Es una noche especial!

—Vístase o quítese la pamea, señorita Braun. Está usted ridícula.

—Bueno, ahora ya no importa que me vea desnuda. ¡Soy la señora Muntz!

—La he visto más veces desnuda que si fuera mi mujer. Es usted incorregible.

Me di la vuelta y volví a contemplar la ciudad. Eva Braun rio, arrojó la pamea sobre la cama y se acercó a mí.

—¿Qué mira, Werner?

—Vea qué vista más magnífica de la ciudad, señorita Braun.

—¿Qué son aquellas torres que sobresalen sobre los tejados? Allí, al fondo...

—La catedral de San Esteban, señorita Braun.

—Y todo esto es ahora nuestro, ¿verdad, Werner?

—Sí, señorita Braun. Todo esto es ahora nuestro.

La extraña sensación en la boca de mi estómago se intensificó.

Eva Braun dijo entonces algo, unas palabras que, en aquel momento, sonaron crípticas:

—Y pensar que todo esto es solo el comienzo...

* * *

Durante toda la tarde Eva Braun estuvo preparándose para su encuentro con el Führer. El servicio del hotel nos subió la cena a la habitación, pero solo cené yo. Eva Braun cenaría esa noche con el Führer en su *suite*.

Sobre las ocho y media tocaron a la puerta. Cuando abrí me encontré con Heinz Linge, que me miraba con una mueca burlona en su rostro:

—Capitán Muntz, su «esposa» ya puede pasar a la *suite* del Führer. La está esperando.

—Muy gracioso, Linge —le contesté.

Heinz Linge se marchó por el pasillo con su habitual caminar amanerado y el mismo rictus burlón en su rostro.

Eva Braun estaba muy nerviosa, paseando de un lado para otro de la habitación. Al menos había entrado diez veces al baño en los últimos minutos para retocarse el maquillaje.

—Señorita Braun, ya puede pasar a la *suite* del Führer —le anuncié.

—¡Werner! ¡Ay, Werner! ¿Estoy bien?

Eva Braun estaba espléndida esa noche. Se había puesto un vestido sin mangas de color azulado que hacía juego con sus ojos. Lucía un gran escote. Ese espacio entre su cuello y sus pechos lo ocupaba una impresionante gargantilla de plata con incrustaciones de diamantes, a juego con sus pendientes y con una pulsera (el precio de ese conjunto resultaba incalculable para alguien como yo, y era, por supuesto, un regalo del Führer). Un tocado, del mismo color que el vestido, decoraba su cabeza.

—Está usted magnífica, señorita Braun.

Se acercó a mí y me preguntó:

—¿Y el perfume?

Era uno de sus característicos perfumes franceses de la firma Chypre, en esta ocasión con aroma a rosas frescas.

—Huele muy bien, señorita Braun, como siempre.

Era verdad. La perfumería de Eva Braun era sorprendente, en el Berghof había veces que yo sabía dónde encontrarla solo siguiendo el olor de su perfume por los interminables pasillos.

La acompañé hasta la pequeña puerta que comunicaba las dos habitaciones. Tras hacerme un gesto de despedida, entró en la *suite* del Führer.

Me senté en la cama. Ese olor a rosas... «Rosa de Baviera», siempre que recordaba esas palabras me estremecía. En mi memoria, esa expresión salida de la boca del Reichsführer Himmler me evocaban la palabra Blancanieves.

Aquel día triunfal del Führer en Viena nadie fue consciente de la presencia de Eva Braun en el Hotel Imperial. El plan que pusimos en marcha Martin Bormann y yo, debido a una idea mía, había resultado un éxito total. Ya podía dormir tranquilo. Deber cumplido.

* * *

Todavía no había terminado de afeitarme a la mañana siguiente, cuando Eva Braun regresó a la habitación tras su noche con el Führer. Estaba exultante. Lo primero que hizo fue ponerse a bailar un vals con un acompañante fantasma por toda la estancia, mientras no dejaba de decir que había sido una noche maravillosa, incomparable. Se bajó de manera sensual la cremallera del vestido y lo dejó caer al suelo.

—Señorita Braun, ¿y su ropa interior? —le pregunté yo.

Eso me sorprendió. La noche anterior, antes de acudir a su cita con el Führer, había estado entrando y saliendo del baño con un conjunto de lencería azul al que había añadido un portaligas y unas medias del mismo color.

Se acercó hasta mí y se dispuso a decirme algo al oído. Sus pequeños pechos rozaron mi brazo:

—No se lo diga a nadie, Werner, esto solo lo sabe usted. Mi ropa interior se la ha quedado el Führer, como recuerdo de esta noche maravillosa. Lo hace muchas veces.

Resalto esto porque esa fue una de las pocas confidencias de alcoba que Eva Braun me hizo a lo largo de los años. En cuanto al tamaño de los pechos de Eva Braun, siempre fueron objeto de comentario. Recuerdo que una vez el doctor Karl Brandt me comentó en la terraza del Berghof:

—No comprendo cómo nuestro Führer puede tener como amante a una mujer que no tiene tetas.

Ese comentario lo hizo mucha gente a lo largo de aquellos años, personas que seguramente nunca habían visto desnuda a la señorita Braun. De haberlo hecho, les puedo asegurar que habrían cambiado de criterio. Yo comprendía al Führer, sí, lo comprendía muy bien. Para un hombre al que le gustaba desafiar la moral tradicional, el tamaño de los pechos de Eva Braun aumentaba el grado de sensualidad prohibida que proyectaba su ya de por sí seductora figura.

Eva Braun corrió al baño y abrió los grifos de la bañera. Le recordé que había quedado con su madre, con la señora Schneider y con la señora Schönmann en el vestíbulo del hotel para dar una vuelta por las calles de Viena. Pero Eva Braun me dijo que ella no nos acompañaría, que estaba muy cansada. Su idea era darse un baño y dormir hasta el mediodía. Me comunicó que el Führer ya había abandonado el hotel y regresaría directamente a Berlín.

Antes de marcharme, le dije que a primera hora de la tarde teníamos que regresar a nuestro retiro en las montañas del Obersalzberg. Eva Braun estaba en el interior de la bañera, con la espuma hasta el cuello, una copa de champán en la mano y un bonito brillo de ilusión en sus ojos.

Aquella mañana del 15 de marzo de 1938, recorrí las calles de Viena en compañía de Franziska Braun, Herta Schneider y Marion Schönmann. Ahora, Viena había dejado de ser la capital de Austria para convertirse en la capital del Ostmark, un territorio anexionado a nuestro Gran Reich, tal como la tarde anterior había anunciado el Führer en la Heldenplatz. La ciudad vivía en una calma extraña, no exenta de muestras de alegría espontáneas que podían verse por todas partes.

Recogimos a la señorita Braun al comienzo de la tarde, cuando ya dos coches de las SS nos aguardaban en la puerta del Hotel Imperial. Durante el camino hacia el aeródromo donde nos esperaba el Junker con el que volaríamos hasta Ainring, me dediqué a observar con detenimiento a Eva Braun. Posiblemente no hubiera en ese momento una mujer más feliz e ilusionada sobre la faz de la tierra. Y todo por haber pasado la noche con un hombre que había montado una operación especial para que nadie conociera la identidad de la mujer a la que supuestamente amaba. Pero eso a Eva Braun no parecía importarle; ajena a ese idilio fantasmal que mantenía con uno de los individuos más poderosos del mundo, la señorita Braun se pasó todo el recorrido riendo, gastando bromas y repitiendo una y otra vez que esa visita a Viena había resultado la experiencia más maravillosa de su vida.

A primeras horas de esa noche llegamos al Berghof. Yo esperaba que el general Bormann estuviera esperándonos para felicitarnos (felicitarme) por el éxito de la operación. Pero no fue así. Martin Bormann no dio señales de vida esa noche. Aunque eso no significaba que yo no recibiera una felicitación. Al estilo en que se hacían las cosas en las SS.

Cuando entré en mi habitación, no encendí las pequeñas lámparas de pantalla que la iluminaban. En total oscuridad, me quité la gorra y la guerrera, que dejé sobre el respaldo de la silla que había junto a mi escritorio. Caminé hacia la ventana, la abrí y me asomé. La noche era muy fría y daba la impresión de que en cualquier momento iba a volver a nevar. Pero allí estaban, oscuras y silenciosas, las cumbres del Obersalzberg, con sus sinuosas siluetas recortándose bajo la luz de la luna. Mi hogar. Lo sentí así cuando entramos bajo los soportales de la puerta principal. «Ya estamos en casa», pensé. Fue una sensación bonita.

En ese momento detecté que algo se movía en mi cama. Cerré la ventana y encendí una de las lámparas de pantalla. Entonces la vi.

Liesl Rauch tapaba su cuerpo desnudo con las sábanas. Llevaba su bonito pelo castaño suelto, era la primera vez que la veía sin la cofia de camarera en su cabeza.

—Buenas noches, capitán Muntz.

—Liesl... ¿Se puede saber qué demonios haces en mi cama?

—Le estaba esperando para felicitarle en nombre del Reichsführer. Está muy contento con la resolución del asunto de Viena. Ha decidido premiarle por ello. Yo soy el premio, capitán Muntz.

—Liesl, el Führer no está en el Berghof y yo...

—Olvídese por esta noche de la señorita Braun, no creo que hoy vaya a cometer ninguna tontería. La conozco, me imagino que estará exultante. Esta noche dormirá a pierna suelta.

Dudé qué hacer. En un principio, pensé en decirle que volviera a su habitación. Pero, por otra parte, había llegado ya el momento de disfrutar un poco de todo aquello. Podía apartar por un rato mi condenada obsesión por el sentido del deber. Está bien, era miembro del Begleitkommando y jefe de seguridad de la amante del Führer, pero eso no significaba que tuviera que comportarme como un monje de la orden de San Bruno.

Liesl Rauch apartó las sábanas y me miró de manera pícaro con sus deslumbrantes ojos azules, mientras me decía:

—Venga aquí, capitán. Solo déjese llevar.

Le hice caso y me dejé llevar.

Antes de darme cuenta, mi pene estaba ya en el interior de la boca de Liesl Rauch.

* * *

Desperté cuando la luz de la mañana golpeó en mi rostro. Liesl Rauch estaba junto a la ventana, desnuda, con la mirada perdida en las montañas. Durante un buen rato me entretuve observando su magnífico cuerpo. Nunca había visto a una mujer como ella en mis devaneos sexuales en Lichterfelde. Y nunca había pasado una noche como esa con una mujer. Cuando la camarera de Eva Braun dijo que era capaz de hacerle cosas a un hombre que este no podía ni imaginar, no estaba mintiendo.

—Otra vez está nevando, capitán.

Liesl Rauch se giró hacia mí.

—¿Ha disfrutado, capitán?

—Sí, he disfrutado, Liesl.

—Se lo advertí. Mi preparación fue muy completa, también en ese campo.

Caminó por la habitación, en cierta manera presumiendo de su cuerpo delante de mí. Llegó hasta el escritorio donde había dejado mi gorra de plato. La cogió entre sus manos y pasó delicadamente sus dedos por la calavera de plata sobre la visera acharolada. Se la puso en su cabeza y dijo:

—«He aquí un caballero de modales oscuros y solemnes, con un cráneo en el emblema y sangre en el estandarte...».

—Es un poema de Garnier von Susteren, habla de los húsares del káiser. Ya veo que te formaron muy bien en Köslin, y no solo en las artes amatorias...

—¿Juró usted el «códex», capitán?

—Sí, claro que lo hice, Liesl.

—Ya veo, como un auténtico prusiano. ¿Y de qué es usted más, capitán, de «Dios está de nuestro lado» o de «Mi honor reside en la fidelidad»?

—¿Esa pregunta te interesa a ti o al Reichsführer Himmler, Liesl? Es curioso, el Reichsführer no me la formuló durante nuestro encuentro en la Casa Parda.

—Usted es demasiado inteligente para hacerme esa pregunta...

—Soy un militar, Liesl, cumplo órdenes. No me hubiera importado servir al káiser, mi padre lo hizo. Ahora sirvo al Führer. Lo importante es servir al Reich, así fui educado por mi padre. Y así fui formado en las SS.

Liesl pasó sus dedos por la visera de la gorra.

—Siempre me ha gustado esta gorra. No sé, llevarla otorga poder, ¿verdad, «prusiano»?

No le contesté. Era demasiado buena, demasiado inteligente. Esa mañana la conversación con la misteriosa camarera prometía, pero tenía que saber jugar mis bazas. Era como con el florete: deja al contrario que te ataque, intenta defenderte y espera a que se confíe; cuando lo haga, ataca sin piedad y... *touché*.

Liesl Rauch cogió la silla de mi escritorio, le dio la vuelta y se sentó a horcajadas sobre ella. La visión de los secretos de su cuerpo era tan gráfica que en varias ocasiones tuve que desviar la mirada por mi propio pudor.

—Capitán Muntz, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Sí, naturalmente.

—¿Usted cree que él la quiere?

—¿Quién? ¿A quién se refiere?

—Al Führer, claro. ¿Usted cree que el Führer quiere a la señorita Braun? ¿Qué piensa usted de la relación que mantienen?

—Yo no he venido aquí a pensar, Liesl. Mi padre siempre decía que pensar demasiado solo te conduce a la melancolía. Pero bueno, supongo que sí. A su manera, el Führer la quiere. Sería absurdo montar toda esta operación para ocultarla si no fuera así.

—Pues yo creo que no. Pienso que para el Führer ella solo es un divertimento. Pero no creo que la ame. No creo que la haya amado nunca. ¿Sabe?, a veces ella me da lástima. ¿Y a usted?

—No creo que eso sea asunto nuestro, Liesl. A nosotros no debe preocuparnos la relación que el Führer mantenga con la señorita Braun. Solo debe preocuparnos su seguridad. ¿Verdad que es así, Liesl? Los dos estamos aquí para cuidar de su seguridad. ¿Me equivoco?

Liesl Rauch paseó su mirada por la habitación. Dijo:

—Yo a veces pienso que el Führer hizo construir este lugar solo para esconderla, para ocultarla. ¿Usted no?

—Creo que no. El señor Hoffmann me comentó que el Führer había comprado este lugar años antes de conocer a la señorita Braun. No tendría sentido...

—Pudo comprarlo originalmente para ocultar a otra persona, a otra persona que también vivió entre estas paredes cuando este lugar se llamaba la Haus Wachenfeld, ¿no le parece?

—¿A qué otra persona te refieres, Liesl?

—A la joven Raubal. Angelika Maria Raubal.

—Desconozco de lo que me hablas, Liesl.

—¿Por qué tengo la impresión de que usted no quiere hablar de este asunto conmigo?

—¿Por qué tengo la impresión de que el Reichsführer quiere saber si conozco la historia de la joven Raubal, Liesl?

—Creo que sí la conoce, y además creo que usted sabe más de lo que dice, estoy segura de que tiene formada una idea muy clara de la relación que mantienen el Führer y la señorita Braun. Pero ¿por qué no quiere hablar de esto conmigo? ¿No se fía de mí? ¿Por qué tengo la sensación de que me tiene miedo, capitán Muntz?

—¿Debo confiar en ti? ¿Debo tenerte miedo?

—Creo que algo de lo que le explicó el Reichsführer antes de hacerse cargo de la seguridad de la señorita Braun no terminó de entenderlo muy bien. Los dos estamos aquí por la misma razón, los dos cumplimos órdenes del Reichsführer...

—¿Del Reichsführer, Liesl? Yo creía que el Führer estaba detrás de todo esto; ninguna decisión en el Reich se toma sin el conocimiento y el consentimiento del Führer. Así me lo comunicó el Reichsführer durante nuestra entrevista en la Casa Parda de Múnich. ¿No es así, Liesl?

Liesl Rauch guardó silencio. Arrojó la gorra de plato sobre mi escritorio. Volvió a mirarme con esos gélidos y enigmáticos ojos azules. La luz que entraba por la ventana incidía de lleno en la piel de su espalda, esa piel tan blanca, creando en torno a ella un brillo especial. En ese momento recordé algo, aquella extraña conversación con el general Dietrich el día de la visita de *lord* Halifax al Berghof.

—¿Estudiaste algo de ornitología en Köslin, Liesl?

—¿Ornitología?

—Sí, seguro que sabes que al señor Hoffmann le gusta fotografiar todo tipo de pájaros. Dice que por aquí, cerca del Berghof, se esconde una familia de mirlos albinos, ya sabes, mirlos blancos. Está desesperado por dar con ellos y fotografiarlos.

Nada, ninguna reacción de sorpresa o de desconcierto en su rostro. Era muy buena, realmente buena.

—Los mirlos blancos... Muchos dicen que existen, pero nadie parece haberlos visto nunca. No estudié ornitología en Köslin, capitán, pero sé que se utilizan para hablar de cosas extrañas...

—O de personas extraordinarias. ¿Eres tú una persona extraordinaria, Liesl?

Se levantó de la silla y caminó hasta la cama. Retiró las sábanas con las que me cubría y cogió mi pene con fuerza. Luego, lo acarició suavemente.

—¿Le parezco una mujer extraordinaria, capitán?

—Sí, me pareces una mujer extraordinaria.

Apartó la mano de mi pene y me dedicó una sonrisa que no pude descifrar.

—Tengo que arreglarme, *liebchen*.

—Me gusta cómo pronuncias esa palabra.

Dio media vuelta y se encaminó hacia el baño. Yo me levanté de la cama y fui tras ella.

Cuando entré en el baño estaba cepillándose el pelo frente al espejo. Me dirigí al retrete y ella me siguió con la mirada. Levanté la tapa y oriné. Mientras lo hacía, le planteé otra pregunta buscando una reacción en ella. Tenía que encontrar alguna brecha por donde penetrar:

—¿Entre tus cometidos también está vigilarme?

—Nadie me dijo nunca que tuviera que vigilarle, capitán. ¿Contento con la respuesta?

—¿Y cómo puedo fiarme de tu palabra?

—No puede, capitán.

Entré en la bañera y abrí el grifo de la ducha. Ella seguía mirándome de reojo. Mientras me

enjabonaba, decidí hacerle una última pregunta:

—¿De verdad te llamas Liesl Rauch? No sé por qué tengo la sensación de que, si fuera a Köslin, me comunicarían que nunca pasó por allí ninguna jovencita llamada Liesl Rauch. ¿Me equivoco?

—Piense lo que quiera, capitán, está en su derecho de hacerlo. A todo esto, ¿puedo ducharme con usted? Me queda menos de una hora para empezar mi servicio.

La cogí por la cintura y la introduje en la bañera. Me empujó contra la pared. Nos besamos de manera acalorada. Liesl cogió con fuerza mis brazos y los levantó, buscando con sus labios mi axila izquierda. Pasó su lengua por las pequeñas letras que llevaba allí tatuadas: AB, mi grupo sanguíneo. Su lengua y su aliento resultaban calientes.

—Es mi grupo sanguíneo. Me lo tatuaron en Lichterfelde.

El agua caía sobre su rostro. Esa imagen todavía me excitó más.

—Ya lo sé. Es una práctica habitual en las SS...

—¿Y qué significan las dos letras que llevas tatuadas en tu ingle, Liesl?

Las descubrí esa misma noche, mientras acariciaba el vello de su pubis. Liesl Rauch llevaba dos pequeñas letras invertidas grabadas en una de sus ingles. No pude saber de qué letras se trataba.

—Una cosa es que disfrute de mi cuerpo y otra muy distinta es que tenga que conocer sus secretos, capitán.

Mordí con cuidado el lóbulo de su oreja y, muy despacio, le susurré al oído:

—Dime algo, algo que no puedas decir, algo que te prohibieron que me dijeras, algo que me haga confiar un poco en ti.

Acercó su boca a mi oreja y, tras morder el lóbulo como yo había hecho, me dijo esa palabra que siempre estallaba en el interior de mi cabeza:

—Blancanieves.

En ese momento comprendí hasta qué punto Liesl Rauch estaba involucrada en ese asunto. Se suponía que el significado de esa palabra solo lo conocíamos el Reichsführer y yo. Ahora ya sabía a qué atenerme: ella sabía todo sobre mí, y yo nada sobre ella.

Blancanieves, esa palabra maldita, fue lo último que dijo antes de que yo volviera a penetrarla.

* * *

Ese día ocurrió un incidente con la señorita Braun que afectó a Liesl Rauch. Sucedió esa misma mañana, poco después de nuestro encuentro sexual en la bañera de mi cuarto. Una copiosa nevada se abatía sobre el Berghof y la señorita Braun había decidido, de manera sorpresiva, desayunar en la terraza de invierno, cuando habitualmente lo hacía en su habitación. Cuando entré en la terraza acristalada, vi a la señorita Braun gesticulando y gritando a Liesl Rauch. Liesl estaba secando la mesa con una de sus servilletas. Me di cuenta de que estaba llorando.

—¿Qué está pasando, señorita Braun? —le pregunté al llegar a la mesa.

—Nada, capitán Muntz. Es Liesl, que es una inútil, una torpe. Ha derramado el café sobre la mesa.

—Yo no... —farfulló Liesl.

—¡Cállate, Liesl! Y retírate. Quiero terminar de desayunar tranquila.

—Sí, señorita Braun. —Liesl tiró del carrito con el que había servido el desayuno de Eva Braun y abandonó el jardín de invierno.

—Ha sido usted muy duro con ella, señorita...

—Ha dormido con ella esta noche, ¿verdad?

—Sí, hemos dormido juntos. ¿Cómo se ha enterado?

—Una mujer percibe esas cosas, Werner.

—¿Y qué hay de malo en eso, señorita Braun? Creo recordar que usted misma nos animó a hacerlo la primera vez que nos vimos en la casa de Múnich. Además, ¿qué puede importarle a usted que la señorita Rauch y yo...?

Eva Braun me lanzó una mirada desafiante, una mirada que yo nunca antes había visto en sus ojos. Movi6 la cabeza hacia los dos lados y me dijo:

—Definitivamente, usted nunca conocerá a las mujeres, Werner.

Arrojé la servilleta sobre la mesa y me levanté.

—¿No va a desayunar?

—No, señorita Braun. Se me han quitado las ganas —le dije antes de abandonar el jardín de invierno.

Encontré a Liesl en el largo pasillo que conducía al ala de servicio. Estaba asomada a una ventana, mirando cómo caía la nieve. Me acerqué a ella.

—Cada vez me cuesta más llorar en presencia de la señorita Braun. Un día de estos me va a descubrir, capitán.

—¿Qué ha pasado, Liesl?

—La muy... ha tirado el café de un manotazo. Creo que se ha enterado de lo nuestro.

—Se ha enterado, no sé cómo, pero se ha enterado...

—Tampoco es difícil, podía estar escuchando detrás de la puerta. ¿Sabe, capitán?, cada día comprendo menos cómo un hombre como nuestro Führer se ha podido fijar en una mujer como ella. Es caprichosa, infantil, insolente, vacía... es una mujer vacía. No tiene ni una sola virtud. No comprendo...

—Como te he dicho esta mañana, nosotros no estamos aquí para comprender nada, Liesl. Tenemos que limitarnos a cumplir nuestro deber. Por eso, te voy a pedir una cosa: cuando el Führer esté ausente del Berghof, te prohíbo que visites ni una sola noche mi habitación. Entre mis funciones está la de velar por la seguridad de la señorita Braun las veinticuatro horas del día. Podría suceder un accidente y yo...

—¿Y cuando el Führer esté en el Berghof?

—Entonces te prohíbo que pases ni una sola noche en tu habitación.

Una bonita sonrisa hizo que se iluminara el rostro de Liesl Rauch.

—¿Y la señorita Braun, capitán?

—Al diablo con la señorita Braun, Liesl —le contesté, antes de arrastrarla hacia mí y besarla.

* * *

Durante el largo verano de 1938, aquello que conocíamos como la «corte de la montaña» se

consolidó. Tras el éxito de los planes del Führer para la anexión de Austria, la tranquilidad regresó al Berghof. Así que volvimos a las apacibles mañanas en la terraza, los paseos por los caminos de montaña, las «tardes del té» en la Kehlsteinhaus, las veladas nocturnas en la gran sala y las visitas al lago de Königssee, de las que hablaré más tarde. Para mí todo esto se amplió a mis revolcones nocturnos con Liesl Rauch, cuando el Führer se encontraba en el Berghof, y el sexo en la bañera de todas las mañanas, antes de que iniciáramos nuestra jornada de trabajo. Esto último se convirtió para nosotros en una especie de ritual. Además de, naturalmente, el cigarrillo de después de la cena en la puerta del Berghof, momento que seguíamos aprovechando para preparar la agenda de la señorita Braun para los días siguientes. Recuerdo que una de esas noches estivales, Liesl me dijo:

—¿Se ha dado cuenta, capitán Muntz, de que mientras nos fumamos este cigarrillo es el único momento en que no estamos desnudos y practicando sexo?

Para la señorita Braun, después del incidente de la mañana siguiente al primer encuentro sexual que mantuve con Liesl Rauch, todo retornó a la normalidad. Nunca volvió a referirse a ese asunto, algo que yo le agradecí. Sin embargo, sí sentí que ese verano Gretl Braun estuvo muy distante conmigo. Procuraba estar alejada de mí y evitaba, siempre que le era posible, entablar conversación. Quizá aquella mañana en el jardín de invierno no entendí bien el enfado de la señorita Braun tras enterarse de lo mío con su camarera. Quizá ese enfado no tenía nada que ver con ella, como yo llegué a pensar. Era posible, al menos yo así lo creía, que Eva Braun supiera algo que yo desconocía o que se hubiera creado algún tipo de expectativa sobre una posible relación entre Gretl Braun y yo. No lo sé, todavía hoy, años después de todo aquello, no acabo de tener una idea clara sobre ese asunto. Es posible, como me dijera la señorita Braun, que yo nunca haya tenido capacidad para entender a las mujeres y el universo que las rodea.

Para el Führer, aquel verano giró en torno a tres asuntos principales: la planificación de futuras acciones militares, la guerra en España y sus proyectos arquitectónicos. Después de la anexión de Austria, los despachos con los más altos responsables militares de la Wehrmacht, la Luftwaffe y la Kriegsmarine no cesaron. Todos éramos conocedores de que, pese a la resolución del asunto austriaco, las tensiones internacionales no se habían apaciguado. Inglaterra, Francia y la Italia de Mussolini habían terminado por aceptar a regañadientes la desaparición de Austria como nación, pero había otros dos asuntos que provocaban que todas las cancillerías europeas continuaran trabajando a pleno rendimiento: el conflicto en la región de los Sudetes con Checoslovaquia y el del corredor de Danzig con Polonia. Esos asuntos eran las dos principales prioridades de la política exterior del Reich por aquellos días. Recientemente el Führer había anunciado en uno de sus más incendiarios discursos: «Nunca consentiremos que los checos gobiernen a más de dos millones de alemanes, imponiéndoles sus leyes». Para aquellos que empezábamos a entender la psicología política del Führer, ese discurso nos puso sobre la pista de su siguiente movimiento estratégico: la hora de Checoslovaquia se acercaba, como llegó la hora de Austria. Y no nos equivocamos.

El Führer también centró la atención sobre otro foco de conflicto durante aquellos meses: el devenir de la guerra en España. El imparable avance de los ejércitos del general Francisco Franco abrió para el Führer un escenario que llevaba años esperando: la ruptura del sistema de equilibrios en Europa. El triunfo de Franco y su Movimiento Nacional se veía desde aquel palacio alpino del Obersalzberg como un aldabonazo definitivo para los planes políticos y estratégicos de Adolf Hitler en el viejo continente. La marea formada por la nueva Europa fascista avanzaba a

pasos agigantados, mientras las viejas democracias, a las que el Führer siempre consideró corruptas y decadentes, empezaban a verse cada vez más acorraladas. En más de una ocasión escuché a los jefes del Reich decir que el futuro de Europa, a corto y medio plazo, se podía estar decidiendo en la guerra de España.

En cuanto a sus proyectos arquitectónicos, casi terminadas las obras de la Nueva Cancillería de Berlín, Albert Speer pasó casi todo el verano con nosotros. Albert estaba al frente del mayor proyecto arquitectónico del Reich: la capital mundial Germania. Otro importante proyecto que se discutía por aquellos días era la renovación de la ciudad de Linz, que el Führer quería convertir en una especie de Florencia del germanismo. El plan se encomendó en un primer momento al arquitecto Antón Estermann. Austriaco de nacimiento, Estermann se presentó en varias ocasiones en el Berghof con un primer borrador del programa de remodelación de la ciudad de Linz, que el Führer no dejaba de estudiar, ayudado por su gran lupa, en la terraza del palacio alpino. El Führer no veía bien, pero, en público, se mostraba reacio a usar gafas. Yo pude verlo alguna vez con sus lentes de montura de oro, pero casi siempre fue en compañía de la señorita Braun, en los momentos de mayor intimidad de la pareja, o en la soledad de su despacho. Pero bastaba que entrase algún edecán u ordenanza de las SS, o yo mismo, para que el Führer se desprendiera de sus gafas y las hiciera desaparecer debajo de algún legajo de papeles. Así que habitualmente, en la terraza del Berghof, prefería ayudarse con la gran lupa para leer o estudiar documentos.

Hasta 1940 no tuve la oportunidad de contemplar la maqueta de la capital mundial Germania, a la que me referiré llegado el momento, sin embargo, durante aquel caluroso estío de 1938 sí pude descubrir algunos de los secretos que escondía el proyecto de Linz y un secreto de la intimidad del Führer del que fui único depositario. Un secreto que yo guardé hasta el último día de nuestra estancia en el Berghof, antes de dirigirnos a Berlín y sumergirnos en el torbellino macabro que significó el hundimiento del Reich.

Sucedió un húmedo día del mes de julio, durante una de las monótonas «tardes del té» en Kehlstein. En aquella ocasión el Führer estaba más intranquilo que de costumbre. Durante el ascenso hasta la casa de té, Albert Speer me había comentado que esa mañana el Führer había mantenido una agria conversación telefónica con su principal edecán, Wilhelm Brückner, que se encontraba en la cancillería de Berlín. En el transcurso de esa tarde, el Führer se sentó en su sillón favorito, mientras que Speer, Brandt, Otto Dietrich, Hoffmann, el embajador Hewel, Martin Bormann y las señoras se divertían con un juego de mesa. La señorita Braun se tumbó en el suelo, como casi siempre, jugando con sus perritos, mientras que Otto Günsche, Adi Dirr, el resto de los chicos y yo manteníamos una animada conversación sobre nuestros días en Lichtenfelde. Yo observaba disimuladamente al Führer, que jugueteaba con el atizador de la lumbre de la ahora apagada chimenea. Tenía una mirada extraña, turbada. De vez en cuando se recostaba en el sillón, cerraba los ojos, pero a diferencia de otras tardes no conseguía dormir. En una ocasión, nuestras miradas se cruzaron. El Führer se levantó del sillón y, dirigiéndose a mí, dijo:

—Capitán Muntz, ¿podría acompañarme un momento?

—Por supuesto, *mein Führer* —contesté yo, e inmediatamente me levanté y caminé en su dirección.

La señorita Braun dejó de jugar con los perros y me miró con un gesto de preocupación. También lo hicieron Albert y Margarete, y Dietrich, Bormann, Herta Schneider... En estos, el gesto era de extrañeza.

Cuando dejé la abovedada sala de ceremonias, el Führer ya estaba a mitad del pasillo que

conducía a su misteriosa sala de pintura, un lugar en el que, hasta donde yo sabía, nunca había entrado nadie. Caminando a paso ligero conseguí darle alcance, justo cuando él ya estaba abriendo la puerta de esa misteriosa sala.

El Führer y yo entramos en la habitación. Adolf Hitler no encendió la luz, caminó hacia una ventana que había en una de las paredes y, accionando una manivela, subió la persiana.

—Hasta el día de hoy, nadie excepto yo ha entrado en esta sala de pintura. Pero hoy tengo que enseñarle algo, capitán; creo firmemente que usted es la persona más adecuada para verlo.

—Como usted desee, *mein Führer*.

La estancia tenía el característico olor a pigmentos que impregna ese tipo de estudios. Los lienzos, todos cubiertos por telas blancas manchadas de pintura, se agrupaban a derecha e izquierda, separados por un pasillo central por el que caminé detrás del Führer. Adolf Hitler solo se acercó a los cuadros agrupados en la izquierda de la sala, nunca a los de la derecha, una veintena de pequeños caballetes que sostenían lienzos más pequeños, posiblemente bocetos o acuarelas. Nunca supe lo que había pintado en aquellos cuadros, pero sí recuerdo que años más tarde, en el transcurso de un paseo por los senderos de montaña, Albert Speer me dijo:

—Durante años, el Führer ha estado trabajando en unos bocetos sobre escenas del Ciclo del Anillo de los Nibelungos y otras óperas de Wagner, pero nunca se ha atrevido a enseñármelos. Creo que la culpa ha sido mía. En una ocasión, me dijo que estaba ocupado con unos esbozos de *Lohengrin*. Yo le interrumpí, comunicándole que unos días antes había visitado al escenógrafo vienés Alfred Roller y que este me había enseñado los bocetos que estaba preparando para las representaciones del festival Wagner de Bayreuth del año siguiente. Entonces el Führer torció el gesto y cambió de tema. No volvió a referirme nada más de sus apuntes wagnerianos y, a día de hoy, aún no los he visto. Ya sabe, el Führer y su maldito ego. Supongo que pensó que hablarle de Roller era como una especie de traición y, además, tendría miedo de que sus trabajos no estuvieran a la altura de los de un artista consagrado.

Sin embargo, el Führer sí descubrió, uno por uno, los diez cuadros de la izquierda, los más grandes. Puedo jurar que mientras lo hacía me quedé paralizado, sin dar crédito a lo que me estaba mostrando. Adolf Hitler me miró con una mueca divertida en su rostro, como si en su interior esperara conseguir en mí precisamente el efecto que había logrado al retirar las sábanas.

Lo que el Führer me enseñó eran diez cuadros de desnudos de Eva Braun, muy similares al que ella tenía en el saloncito de su habitación del Berghof. Solo que, en ellos, el Führer la había pintado en posiciones menos decorosas, en posiciones en las que ninguna mujer que conservara un mínimo de pudor habría posado nunca, posiciones que una mujer solo debería adoptar ante su médico. El Führer se acercó hasta mí y me preguntó:

—¿Qué le parecen, capitán?

—Son magníficos, *mein Führer*.

—Tengo que reconocer que tuve un buen maestro en el arte de los desnudos, nada más y nada menos que el señor Theodor Bohnenberger. ¿Recuerda usted su maravillosa *Diana Cazadora*? Oh..., un cuadro excepcional.

No le dije al Führer que los cuadros eran magníficos por complacerle, la realidad es que eran simplemente magníficos. Yo nunca he sido un gran entendido en arte, pero hay que reconocer que los trazos eran perfectos, la luz adecuada, los colores muy bien elegidos. Eran dibujos muy realistas, eso sí, excesivamente gráficos. Creo que ese aspecto fue una constante en la vida artística de Adolf Hitler, según me había comentado en más de una ocasión el señor Speer. No fui

capaz de reconocer el lugar donde habían sido realizados, la señorita Braun siempre posaba sobre el mismo sillón, pero no podría decir si este se encontraba en alguna estancia del Berghof o en la casa de la Wasserburgerstrasse. Lo que sí le oculté al Führer fue mi juicio moral sobre esos cuadros, porque no podía ser más negativo. En ese momento recordé la conversación que mantuve con Eva Braun en la habitación del hotel Platterhof, la noche que me contó la historia de Geli Raubal. Eva Braun me habló de extrañas prácticas sexuales entre el Führer y su medio sobrina. «Todo comenzó con los cuadros», dijo la señorita Braun. ¿A qué se refería con eso? ¿Y lo dijo después de haber posado ella en esas posturas para el Führer? ¿Estaba el Führer repitiendo la historia? Y la gran cuestión: ¿Qué motivaba que el Führer pintara así a sus amantes? Las preguntas se amontonaban en mi cabeza y no encontraba para ellas ninguna respuesta.

Mientras mi mente vagaba, el Führer seguía a mi lado, contemplando su obra, con las manos entrelazadas detrás de la espalda y haciendo ese movimiento, ese balanceo sobre la punta de los pies tan característico en él cuando se encontraba satisfecho.

—En realidad, capitán, antes de nada y por encima de todo soy un artista. Siempre lo he sido, siempre lo seré. La Providencia ha querido que tuviera que renunciar a mi gran vocación para convertirme en el caudillo del pueblo alemán, el encargado de llevarlo al lugar que nos corresponde bajo el sol. Pocos lo saben, pero para mí este ha sido un gran sacrificio. Ahora me conformo con disfrutar del arte en la soledad de esta sala y aportar mis conocimientos a las obras de mis principales arquitectos, como el señor Speer o el señor Giesler. Últimamente estamos avanzando mucho en los proyectos para la construcción de Germania y la remodelación de la ciudad de Linz. Esos serán algunos de los grandes legados de mi paso como canciller del Reich que dejaré al pueblo alemán.

—Yo no sé mucho de arquitectura, *mein Führer*, pero he escuchado que los planes para la construcción de Germania son impresionantes...

—¡Espere a ver la maqueta, capitán! Vamos a proporcionarle al Reich una capital como se merece, no esa abominación arquitectónica que es ahora Berlín. ¡Esa ciudad gris, triste y decadente no se merece el honor de ser la capital del Gran Reich Alemán! Lo de Linz es diferente, Linz es ya una ciudad hermosa, pero vamos a transformarla en la ciudad más hermosa del mundo. Además, quiero que en un futuro sea el lugar en el que Eva y yo fijemos nuestra residencia definitiva...

Yo había escuchado que el proyecto de Linz trataba de reformar la ciudad dotándola de grandes y arboladas avenidas, lujosos centros comerciales, galerías de arte donde se exhibieran las mejores pinturas y esculturas de Europa. Había escuchado que se trabajaba en algo que llamaban «la orilla izquierda del Danubio», lo que debía ser el paseo más majestuoso del orbe, y que el Führer había pedido consejo a Eva Braun acerca de cómo le gustaría que fuera la futura casa que compartirían en la colina de Freinberg. Pero de lo que no había tenido noticias, ni creo que las tuviera nadie, es de lo que el Führer me habló en ese momento:

—... y mi lugar de enterramiento.

—¿Su lugar de enterramiento, *mein Führer*?

—Sí, capitán. Digamos lo que digamos, pensemos lo que pensemos, todos nosotros somos efímeros, muchacho. Yo ya estoy trabajando en el que será mi lugar de reposo eterno: quiero ser enterrado en un campanario de la ciudad de Linz, en el interior de un sarcófago de más de ciento sesenta metros de altura. Me gustaría que los restos de mi madre, Klara, me acompañaran en ese último lugar de descanso. Y que cada hora, para recordarme, las campanas doblen interpretando

un motivo de la *Sinfonía Romántica* de Anton Bruckner. Sí, ese es mi sueño. Y así se lo he encargado al arquitecto Estermann.

En la sala de pintura se hizo el silencio. Durante unos segundos, quizá un minuto, los dos permanecemos sin decir nada, contemplando los cuadros de Eva Braun. Adolf Hitler rompió el silencio al decirme:

—Estoy seguro de que se estará preguntando por qué le cuento todo esto y por qué le he enseñado estos cuadros, ¿verdad, capitán?

—Sí, *mein Führer*, está usted en lo cierto.

—Capitán, conociendo a Eva como la conozco, estoy seguro de que mostrándole estos cuadros no le descubro nada de ella que usted no haya visto antes. Es por eso por lo que, en ese aspecto, solo puedo confiar en usted. Si en algún momento me sucediera algo, algo fatal, le ordeno que destruya estos cuadros que solo usted y yo conocemos. Nadie los ha visto y nadie debe verlos nunca. Si alguna vez estos cuadros cayeran en manos de mis adversarios o de mis enemigos, se utilizarían para verter sobre mí todo tipo de calumnias y de infamias. Me presentarían ante el mundo como una especie de enfermo, como un degenerado. Ellos nunca comprenderían mi arte. Así que su misión será destruir estos cuadros aquí, en la montaña de Kehlstein. Los otros no hace falta que los toque, he decidido trasladarlos a otro lugar. Pero los que le he enseñado quémelos, destrúyalos de la manera que usted quiera. Pero deshágase de ellos. De todos ellos.

—Sí, *mein Führer*. Se hará como usted ha ordenado.

—Lo sé, usted es un soldado como yo, no como esa gente de ahí fuera, aunque muchos de ellos lleven uniforme militar. Por eso confío en su palabra. Sé que usted no me defraudará.

—No le defraudaré, *mein Führer*.

Volvimos a cubrir los cuadros con las telas blancas y abandonamos la sala. Cuando ya caminábamos por el pasillo, el *Führer* me dijo:

—No le diga nada de todo esto a Eva, no quiero que se preocupe. Y otra cosa, capitán, cuídela en todo momento. Algún día, toda esa gente que me adula me abandonará. Lo sé muy bien. Cuando ya no sea necesario, se volverán contra mí y caminarán detrás de mi sucesor. Los hombres como yo solemos caer siempre víctimas de la traición. Pero ella no lo hará, lo sé, estoy completamente seguro de ello. Cuando todos me abandonen, solo ella seguirá a mi lado. Siempre. Hasta el final.

—No debe preocuparse, *mein Führer*. La señorita Braun está en buenas manos.

—Lo sé, capitán. ¿Cree que si no lo supiera le hablaría así a un hombre de Himmler? ¿Cree que le habría enseñado esos cuadros? Capitán, sé quién es, lo conozco mejor de lo que se puede imaginar y no me ha hecho falta leer ni un solo informe sobre usted. Ni siquiera hojeé su expediente en las Juventudes Hitlerianas, ni su carné de militancia en el Partido, ni los resultados de las pruebas que le hicieron en Lichtenfelde, ni su historial en el Leibstandarte. Conozco su linaje, con eso me basta. La sangre, capitán, la sangre lo es todo. La sangre que corre por sus venas habla de Tannenberg y del bosque de Argonne. Muchos de ellos eso no lo comprenden... Habría rechazado a cien hombres de Himmler, de ser necesario, hasta encontrar a alguien como usted. Aunque no lo crea, estoy mucho más tranquilo cuando dejo a Eva en sus manos. Me preocuparía mucho pensar que ella estuviera aquí sola, expuesta ante toda esta gente que nos rodea. Es muy frágil, capitán. Tan frágil como el cristal.

Sin que me diera tiempo de agradecer sus palabras, entramos en la sala de ceremonias abovedada. El *Führer* regresó a su sillón, y yo junto a los chicos del servicio de seguridad.

Eva Braun no tardó en dejar a sus perritos y acudir a mi lado. La sombra de la preocupación no había abandonado su mirada. Se sentó junto a mí y me preguntó:

—¿Qué ha pasado, capitán? ¿Qué le ha dicho el Führer?

—Nada, señorita Braun, no debe usted preocuparse. Hemos hablado de asuntos que afectan a la seguridad del Berghof, pura formalidad. Nada importante.

—¿Seguro, capitán?

—Se lo aseguro, señorita Braun.

Los dos miramos al Führer. Intentaba dormir en su sillón, pero no hacía nada más que cambiar de postura, buscando la comodidad. Mientras, tarareaba una canción. Por la cara de la señorita Braun al mirarme, ella no la había escuchado nunca.

—¿Qué canción es esa que tararea?

—«Argonnewald», señorita Braun, el bosque de Argonne. Mi padre también la tarareaba muchas veces. Es una canción de la Gran Guerra.

Volvimos a observarlo. No había manera de que se concentrara en nada, ante su imposibilidad de dormir, fijó su mirada en el atizador de la lumbre que llevaba en la mano. Sus ojos continuaban mostrando un brillo turbado.

—No sé lo que le pasa esta tarde, capitán. Parece que lo devoran sus demonios —dijo la señorita Braun.

La mirada de preocupación no abandonó a Eva Braun durante toda aquella tarde. Ni durante la velada de esa noche en la gran sala del Berghof.

* * *

Durante el otoño de 1938 y el invierno de 1939 la situación política internacional continuó deteriorándose, principalmente, como consecuencia de la cuestión de los Sudetes en Checoslovaquia. Las reuniones militares y la visita de importantes estadistas al Berghof se multiplicaron por aquellos días. Nosotros pasamos aquellos meses en el palacio alpino, solo con esporádicas visitas de no más de tres días a Múnich. Por su parte, el Führer pasó la mayor parte de ese tiempo en Berlín, temporadas en las que la señorita Braun volvió a caer en su habitual estado de tristeza, lo que, por lo tanto, me obligaba a estrechar la vigilancia sobre ella.

Unos días después de terminar el congreso del Partido en Núremberg, el primer ministro británico en persona, Neville Chamberlaine, visitó nuestro palacio del Obersalzberg. El Berghof fue engalanado para esa ocasión como nunca antes. Las medidas de seguridad se extremaron. Yo mismo tomé algunas excepciones para que tanto la señorita Braun como sus amigas y el resto de las damas de la «corte» no me pusieran en un brete, como había sucedido durante la visita de *lord* Halifax. Todo salió a la perfección. Un Führer exultante nos felicitó a todos, uno por uno, durante una pequeña fiesta improvisada en la gran sala, una vez que el primer ministro y la delegación británica que lo acompañaba abandonaron el Berghof. Los brindis se realizaron con el mejor champán del Reich, mientras en la vicrola sonaba repetitivamente la marcha Banderweiler, una de las favoritas de Hitler. Tras un optimista discurso del Führer, se formaron los habituales corros de conversación. La señorita Braun y yo nos encontrábamos en uno en torno al Führer, así que pude escuchar cómo Adolf Hitler decía:

—Es de valorar que el señor Chamberlaine se haya subido por primera vez a un avión para

entrevistarse conmigo. Creo que los ingleses han entendido perfectamente cuál es el camino que deben recorrer, han sabido interpretar que el signo de los tiempos ha cambiado irreversiblemente en Europa. Comprenden y aceptan nuestras reclamaciones históricas sobre la región de los Sudetes y no pondrán objeciones, más allá de las tradicionales quejas diplomáticas destinadas a contentar a su opinión pública, a nuestros planes de anexionar ese territorio, indudablemente germánico, a nuestro Gran Reich.

—¡Sin duda, este encuentro ha sido un gran triunfo personal de nuestro Führer! —exclamó el embajador Hewel, levantando su copa.

—No, señor Hewel. Ha sido un gran triunfo de nuestra civilización — repuso el Führer—. Nuestra civilización nunca tendrá nada que temer mientras que Alemania e Inglaterra permanezcan unidas. Somos los garantes de su subsistencia. Alemania e Inglaterra tendrán que mantener una alianza basada en la sangre para impedir que todos esos pueblos inferiores y extraños que nos rodean acaben destruyendo aquello que tardamos más de mil años en construir, sumergiéndolo en las sombras y la oscuridad a los grandes centros del pensamiento humano. Pero como le he hecho saber al primer ministro, antes de forjar esa alianza de sangre, es necesario que los ingleses comprendan y acepten que el peor enemigo de nuestra civilización es ese que envenena a todos esos pueblos inferiores y extraños que nos amenazan: el judeobolchevismo internacional.

Para concluir, mientras golpeaba con su mano izquierda la palma de su mano derecha:

—¡Solo destruyendo y exterminando al judeobolchevismo internacional conseguiremos que la paz, la alegría y la felicidad se instauren definitivamente en nuestro sistema de naciones!

Todos levantamos nuestras copas y brindamos. Eva Braun, con gesto emocionado, me dijo:

—¿Se da cuenta, capitán Muntz?, el Führer consigue todos aquellos objetivos que se propone. ¡Los ingleses están de nuestra parte! ¿No le parece magnífico?

No sé por qué, no podría explicarlo, solo yo parecía no participar de ese estado de euforia que había envuelto a todos. Fue por aquel entonces cuando empecé a sospechar que toda esa aventura no terminaría bien.

Unos días más tarde, el 23 de septiembre, Hitler y Chamberlaine volverían a reunirse, en esta ocasión lejos del Obersalzberg, en el balneario de Bad Godesberg, junto al Rin. Y más tarde llegaría la Conferencia de Múnich, donde al Führer y al primer ministro británico se les unirían el *Duce*, Benito Mussolini, y el primer ministro francés, el señor Daladier, en un intento desesperado por frenar una escalada belicista que amenazaba con terminar en una conflagración a nivel europeo. Nosotros asistimos a aquellos acontecimientos ajenos a todo, en la calma del Berghof, entre la quietud de las cumbres del Obersalzberg. Y allí, alrededor de la vitrola de la gran sala, escuchamos el parte militar en el que se informaba de que las tropas de la Wehrmacht, dirigidas por el general Von Leeb, habían entrado en Checoslovaquia la mañana del 15 de marzo de 1938. Allí, fuimos testigos de la emocionada narración del locutor de la ReichsRundfunk anunciando la entrada del Führer en Praga. Y del discurso en el que Adolf Hitler anunció la defunción de Checoslovaquia como nación y la creación del Protectorado de Bohemia y Moravia, anexionado al Gran Reich Alemán. Pero las noticias que nos llegaron decían que esta vez no hubo ni jovencitas lanzando flores, ni masas entusiastas; tampoco hubo viaje de la señorita Braun para compartir la felicidad del Führer en su cuartel general de Praga, el castillo de Hradcany. Esta vez, no había sido la «dulce» anexión de Austria. Esta vez, había sido una invasión en toda la regla.

De esta manera entramos en el nefasto año de 1939. Los «años dorados» del Berghof morían lentamente para dar paso a los «años de esplendor». Pero antes de que esto sucediera, aún

quedaba por delante el largo verano de 1939, el último verano antes de la guerra.

* * *

El Führer llegó al Berghof a finales de abril de aquel año, y ya no abandonaría el palacio alpino hasta mediados del mes de agosto. Esta larga estancia del Führer en el Berghof provocó que aquel fuera, posiblemente, el mejor verano para Eva Braun desde que yo me hice cargo de su seguridad. Aunque el Führer pasaba la mayor parte del tiempo reunido (las reuniones se sucedían en el Berghof a un ritmo trepidante), su sola presencia hacía que el humor y el estado de ánimo de la señorita Braun alcanzaran su cénit de satisfacción. Además, sus amigas no se separaron de ella en todo ese tiempo; Franziska, su madre, también pasó una larga temporada con nosotros, así como sus hermanas, Ilse y Gretl.

Tras la invasión de Checoslovaquia, a ninguno de nosotros nos pasaba desapercibido que Polonia se iba a convertir en el siguiente punto de conflicto dentro de la turbulenta situación internacional en la que se encontraba sumergida Europa. Fueron muchos los jefes que, mientras mantenía con ellos distendidas charlas en la terraza del Berghof, me comentaron que Polonia sería la última reclamación territorial que el Führer pretendía hacerle a la comunidad internacional. Durante aquel verano, Albert Foster, jefe del distrito de Danzig, se dedicó a tensar la cuerda con las autoridades de Varsovia, como parte de una estrategia perfectamente organizada y que había sido diseñada entre Berlín y el Berghof. Esta operación debía concluir con el llamado Plan Blanco, la invasión de la nación polaca por los ejércitos del Reich. Por descontado, yo me fui enterando de todo esto más adelante, siempre cuando los acontecimientos ya se habían producido y los jefes del Estado podían hablar libremente de esos asuntos. Si tengo que decir la verdad, durante aquel verano no creo que hubiera ningún miembro de la «corte de la montaña» que fuera conocedor de que el Führer ya había señalado la fecha (1-9-1939) para lanzar la invasión de Polonia. Este era un dato que, supongo, solo sabían los mandos militares de los tres ejércitos con los que el Führer no dejó de despachar durante todos aquellos días del estío y cuyo conocimiento, probablemente, solo se ampliaba a la cúpula de la Jefatura de Seguridad del Reich. Puedo afirmar esto porque en aquel verano previo a la guerra mantuve largas conversaciones con muchas de las personas más allegadas a Adolf Hitler, y en ninguna de ellas percibí el mínimo indicio de que estuviera al corriente de que se había tomado ya la decisión de invadir Polonia. Y mucho menos de la sospecha de que ese acto nos arrastraría hacia una confrontación militar con Francia e Inglaterra. De hecho, la laxitud con la que los gobiernos de Londres y París se habían comportado durante la anexión austriaca y la invasión de Checoslovaquia nos hacía pensar que esos países no entrarían en un conflicto armado con el Reich aunque atacáramos Polonia. Por eso, lo que sucedió en los días siguientes a la invasión de la nación polaca causó en muchos de nosotros una auténtica conmoción.

Durante aquella larga estancia se produjo otro acontecimiento largamente esperado y que resultó visible de manera especial, gracias al buen humor que acompañó al Führer por aquellos días: la victoria del ejército del general Franco y la desintegración de la República en España. El Führer siempre pensó que la guerra en España había sido provocada por los soviéticos, en un intento de establecer, con ayuda del Frente Popular, un gobierno títere de Moscú en esa región geográficamente tan importante y sensible del Mediterráneo. El triunfo de Franco en España significaba para él un doble motivo de satisfacción: en primer lugar, hacía hincar la rodilla a

Stalin; en segundo lugar, refrendaba un nuevo apoyo para las políticas que el Reich pretendía imponer en un futuro marco de equilibrios en Europa. A la Italia de Mussolini, la Hungría de Horthy y la posible llegada al poder de Antonescu en Rumanía, se sumaba ahora la España de Franco. No solo el Führer, también los más importantes jerarcas del régimen pensaban que el curso de los tiempos estaba cambiando irreversiblemente y que las viejas democracias y monarquías europeas, reliquias de la corrupción y la decadencia del viejo orden, estaban cada día más solas y aisladas.

Lejos de que estos asuntos supusieran para los integrantes de la «corte de la montaña» motivo de preocupación alguno, la vida en el Berghof transcurrió aquel verano con su inalterable monotonía de siempre. La presencia del Führer en el Berghof supuso para mí un motivo de relajación que, por primera vez, me hizo tener la sensación de estar viviendo una especie de vacaciones. Vacaciones de uniforme, eso sí, y muy bien pagadas por el Estado. Por la noche, al estar liberado de mis obligaciones de vigilancia sobre la señorita Braun, pude dedicar más tiempo a mis escarceos sexuales con su bella camarera. Cada noche, una vez que terminaban las veladas del Berghof, tras despedirme de la señorita Braun, me retiraba a mi habitación sabiendo que Liesl Rauch me esperaba ya en mi cama. Nuestros encuentros sexuales acabaron convirtiéndose en algo casi obsesivo. Durante aquel verano resultaron especialmente apasionados, pero, con el paso del tiempo, como ya relataré más adelante en mi declaración, degeneraron en una relación peligrosa, violenta, enfermiza, casi se podría decir que temeraria. Además, y sin saber ni el cómo ni el porqué, nuestra relación se convirtió en la comidilla diaria de gran parte de «la corte». Ese asunto me preocupaba, porque sabía que de una manera u otra esos comentarios molestaban e incomodaban a Eva Braun.

El asunto de mi relación con Liesl Rauch llamó la atención principalmente de las damas. Aunque abiertamente nunca se atrevían a decirme nada, no perdían ocasión de dirigirme indirectas siempre que podían. Recuerdo que una mañana, mientras desayunaba en la terraza en compañía de Eva Braun, Anni Brandt, Gerda Bormann, Margarete Speer, Else von Möllendorf y Henny von Schirach, esta última lanzó una de esas indirectas. Después de que Liesl nos hubiera servido el café a la señorita Braun y a mí, la dulce Henny, que no apartaba de ella la mirada, dijo:

—Tu camarera parece un ángel, Eva, pero un pajarito me ha dicho que en la intimidad es un auténtico demonio. ¿Es eso verdad, Eva? ¿Sabe usted algo, capitán Muntz?

Yo la miré, pero no quise contestar. Pero para mi sorpresa, la señorita Braun sí que lo hizo:

—Todos tenemos algo de ángeles y de demonios, Henriette. Recuerda que los demonios, antes de ser desterrados, también fueron ángeles.

Yo busqué la mirada de la señorita Braun y se lo agradecí con un movimiento de cabeza. Aunque ese gesto no habría sido necesario, porque a esas alturas, Eva Braun y yo podíamos comunicarnos simplemente con la mirada.

Los chicos del servicio de seguridad del Führer y el personal del Berghof se lo tomaron de otra manera. Todas las noches, durante nuestro tradicional cigarrillo en la puerta principal, solían lanzarme miradas divertidas y hacían gestos obscenos cuando creían que Liesl no los veía. Lo gracioso es que Liesl siempre se daba cuenta. No sé, daba la sensación de que esa chica tenía ojos por todas partes, ni el detalle más imperceptible pasaba desapercibido para ella. Recuerdo que solía decirme:

—Ya están otra vez esos imbéciles haciendo gestos y cuchicheando como mujerzuelas. Esos gorilas... Mírelos, capitán, parecen simios. Sígalos la corriente, eso nos interesa.

Para los chicos del servicio de seguridad yo me había convertido en una especie de héroe. «El “guardián” se ha llevado la mejor pieza de la cacería», solían decir. Cuando hablábamos de las juergas nocturnas que se celebraban en las residencias de los jefes en las laderas del Berghof, y a las que yo por aquellos días no solía acudir, los chicos siempre comentaban: «No contéis con el “guardián”, él no necesita acostarse con todas esas putas baratas de Múnich y Salzburgo que nos trae el general Bormann. A él le calienta la cama el sofisticado servicio del “pajarito caprichoso”. ¡Ay, si Darlene, Kitty o Lotte fueran como esa camarera!». Todos reíamos con esas cosas, pero en el fondo, sabía que ellos sentían envidia de la relación que mantenía con Liesl Rauch. Adi Dirr y Hans Reisser me lo dijeron en alguna ocasión. El problema estaba en que tanto ellos como los miembros de la «corte de la montaña» pensaban que Liesl Rauch y yo manteníamos un romance serio, algo así como una relación sentimental. Sin embargo, yo mismo no sabía bien qué tipo de relación me unía a Liesl. Más allá de unas sesiones de sexo desenfadado y salvaje, entre nosotros no existía nada. Solo la desconfianza mutua y un peligroso juego del gato y el ratón. Yo mismo me sorprendía muchos días pensando cómo podía sentir esa atracción tan irrefrenable por la camarera de la señorita Braun. Cuando manteníamos relaciones sexuales, Liesl Rauch era como un volcán en erupción, pero, al terminar, el carácter marmóreo regresaba a ella, una mirada fría se instalaba en sus ojos y su cerebro se convertía para mí en un muro inexpugnable, imposible de derribar. En alguna ocasión, cuando permanecíamos tendidos sobre la cama, ella con la mirada clavada en el techo y yo en las cumbres del Obersalzberg que se divisaban a través de la ventana, intentaba sacarle información, algo que me ayudara a comprender quién era y qué hacía allí realmente. Desde la primera noche, mis cartas estaban boca arriba, ella misma demostró al pronunciar esa palabra maldita que mi juego estaba descubierto. Sin embargo, el suyo no. Sus cartas estaban boca abajo, y no parecía que la figura de Liesl Rauch fuera precisamente un farol. Lo que había demostrado era que, posiblemente, para el Reichsführer Himmler su labor en torno a Eva Braun pudiera ser más importante que la mía. El Reichsführer le había proporcionado información sobre mí que a mí no me había ofrecido sobre ella. En realidad, el Reichsführer solo me había dado una pista acerca de esa enigmática camarera: Köslin.

Ese asunto me torturaba. Muchas veces intenté sonsacarle algo sobre ese lugar, sobre la «escuela de formación especial de Köslin», como la llamó el Reichsführer. Aprovechaba esos minutos de silencio en mi cama antes de levantarnos, para preguntarle por ese misterioso lugar. Pero nada, ella siempre se limitaba a decirme lo mismo:

—Borre ese nombre de su mente, capitán Muntz. En alguna ocasión se le podría escapar delante de la señorita Braun, y ella nunca debe saber nada sobre ese asunto. La señorita Braun no es tan tonta como aparenta, podría hacer preguntas, indagar, y entonces una parte de nuestra misión podría quedar al descubierto. Olvídense de Köslin. Ese lugar no debe decirle nada.

Entonces, yo recordaba una conversación que mantuve con Eva Braun sobre Liesl Rauch años atrás, y en la que, de manera espontánea, ella me dijo:

—Esa chica es una joya. Es la mejor camarera que he tenido. El caso es que me lo advirtieron cuando llegó a la casa de la Wasserburgerstrasse.

Por aquel entonces yo ya estaba muy interesado en saber quién era realmente Liesl Rauch, y le pregunté:

—¿Quién se la recomendó, señorita Braun? ¿Fue el Führer?

—No. Todo sucedió después de que sufriéramos aquel desgraciado incidente con la camarera húngara, ya sabe, la que nos robaba. Fue poco antes de que llegara usted. Liesl se presentó

recomendada por Marga Himmler, la mujer del Reichsführer. Marga me escribió para decirme que, pese a su juventud, Liesl había servido en las mejores casas de Múnich y que sería muy afortunada de tenerla a mi servicio, porque las familias más prominentes de la ciudad se la rifaban. Me decía en su carta que le daba mucha pena desprenderse de ella, pero bueno, como habíamos sufrido esa desgracia con la camarera húngara...

Todo eso eran mentiras. A Eva Braun nadie le habló nunca de Köslin, ni sus escuelas de formación especial. En una ocasión, le referí esa conversación a Liesl.

—El montaje fue muy bueno, Liesl. Primero se inventaron que esa pobre chica húngara robaba y, después, que tú habías servido en la casa del Reichsführer. ¿Sabes?, la pobre señorita Braun se lo creyó todo. Supongo que esa carta de presentación que llevaste ni siquiera fue escrita por Marga Himmler...

—¿Y quién le ha dicho, capitán, que yo no serví en la casa del Reichsführer?

—¿Serviste en casa del Reichsführer?

Entonces Liesl se levantó de la cama, caminó hacia la ventana y la abrió, mientras decía:

—Hace un día maravilloso, capitán Muntz. Hoy podrá llevarse a todo ese grupo de mujeres petulantes a nadar al lago de Königssee.

Era su forma habitual de dar por terminada una conversación.

Una mañana de aquel verano aconteció un incidente con Liesl mientras manteníamos nuestra habitual sesión de sexo en la bañera de mi habitación. Esa mañana Liesl estaba gritando más de la cuenta, y en el Berghof las paredes tenían oídos. Cuando estábamos llegando al clímax, opté por poner una de mis manos sobre su boca, intentando amortiguar el sonido de sus gemidos. Liesl me mordió, mordió mi mano con la misma furia con la que lo haría un perro rabioso. Después se separó de mí de un empujón y pegó una patada al agua de la bañera. Con una mirada furiosa, pero con tono sereno, me dijo:

—No vuelva a hacer eso, capitán. No lo vuelva a hacer nunca —se llevó los dedos al labio—. Me ha hecho daño en el labio...

—Lo siento, Liesl, pero es que estabas gritando demasiado alto. No sé si te has dado cuenta de que el Führer duerme en la habitación de al lado, podrían escucharnos y eso no nos interesaría...

—Al contrario, capitán. Eso nos interesa, ya lo creo que nos interesa.

Liesl salió de la bañera, caminó hasta el retrete, levantó la tapa y se sentó en él. Nuestra relación había llegado a un punto de anormalidad tal que hasta hacíamos nuestras necesidades uno delante del otro. No, todo aquello no era normal. Muchas veces pensé que nunca hubiera mantenido ese tipo de relación con Liesl en la casa de la Wasserburgerstrasse, pero en el Berghof... No lo sé, no sé bien cómo explicarlo. El Berghof emanaba algo extraño, algo que predisponía a ese tipo de situaciones tan poco normales.

Yo también salí de la bañera y me dirigí a un pequeño botiquín que tenía junto al espejo del lavabo. Estaba sangrando, Liesl me había clavado los dientes.

—¿Le duele, capitán?

—Sí, Liesl, me duele.

Estaba buscando un desinfectante que me había proporcionado el doctor Brandt y unas vendas para cubrir la herida. Entonces Liesl me dijo:

—Venga aquí, capitán. Hoy no he terminado mi trabajo como se merece.

—Liesl, tengo que desinfectarme la herida...

—Venga aquí. Hágame caso.

Caminé hacia el retrete donde estaba sentada. Liesl cogió mi mano herida con una de sus manos y, con la otra, agarró mi pene. Mientras lo agitaba con cuidado, lamió con su lengua la sangre que su mordisco había provocado en mi mano.

Liesl no dejó de lamer la herida hasta que mi semen cayó sobre sus pechos. Ella sonrió, había extendido mi sangre alrededor de sus labios.

Creo que esa fue la primera vez que jugamos con sangre.

* * *

Principios de agosto de 1939. Por esa fecha la actividad en el Berghof aumentó sustancialmente. Las reuniones al más alto nivel se sucedían, una tras otra. Yo acostumbraba a llevarme a las damas al lago Königssee, en ocasiones a pasar todo el día. El lago se encontraba a unos diez kilómetros del Berghof y allí, aislando un amplio perímetro con alambradas de espino y puestos de control protegidos por las SS, se había habilitado una gran extensión de terreno para la «corte» de Hitler. Junto a la orilla se dispuso un área de recreo, zonas para tomar baños de sol, espacios de juego para los niños e incluso un trampolín olímpico donde Anni Brandt, otrora gran campeona de natación, practicaba y enseñaba al resto de invitados sus famosos y peligrosos saltos sobre las aguas del lago. En una típica casa de campo alpina, expropiada por Martin Bormann cuando comenzaron las obras de remodelación de la Haus Wachenfeld, se había construido un comedor para los invitados, una sala de estar para descansar, baños, habitaciones para que las señoras se cambiaran de ropa e incluso literas por si en alguna ocasión nos veíamos obligados a pasar la noche. El Führer nunca nos acompañó durante esos largos días del lago, yo nunca llegué a verlo por allí. De hecho, las visitas al lago solo se realizaban cuando el Führer estaba ausente del Berghof o cuando tenía un día ajetreado de despachos y recepciones, motivo por el cual, las damas de la corte y especialmente la señorita Braun tenían que abandonarlo por algunas horas.

En el lago de Königssee filmé infinidad de veces a la señorita Braun con la cámara Siemens de 16 milímetros que siempre nos acompañaba, mientras hacía en bañador sus habituales ejercicios de gimnasia sueca. Era realmente buena, recuerdo que en alguna ocasión bromeé con ella, diciéndole que si fuera más constante en su entrenamiento podría llegar a participar en los Juegos Olímpicos. Ella siempre se reía y me decía:

—¡Eso no puede ser, Werner! ¡Estoy demasiado gorda!

Siempre tuvo ese complejo, pese a que en realidad cada año parecía estar más delgada.

Otros muchos días la filmé jugando con los niños de los jerarcas. Los niños siempre fueron un referente en el Berghof, siempre se les podía ver jugueteando por todos lados, por la terraza, por el jardín de invierno, por los laberínticos pasillos interiores. Y durante el verano, tanto en la terraza como en el lago de Königssee, siempre iban desnudos. Eva Braun decía que de esa manera se educarían de una forma más natural, pero a mí, debo reconocerlo, ver a todas esas criaturas desnudas correteando por todas partes siempre me hacía pensar en una manada de pequeños salvajes.

Uno de aquellos días en el lago de Königssee, el asunto de las filmaciones de la señorita Braun fue un paso más lejos y me ayudó a comprender un poco más la extraña relación íntima que mantenía con el Führer. Yo estaba charlando con Karl Brandt y Heinrich Hoffmann, mientras que Eva Braun jugaba en el agua con Gretl, Henny, Anni Brandt y Herta Schneider. De pronto, la

señorita Braun salió del lago y me buscó con la mirada.

Recuerdo que aquel día llevaba un bonito bañador azul marino con unas líneas zigzagueantes de color blanco. Mientras se acercaba, me hacía señales para que cogiera la cámara Siemens. Karl Brandt, que no la podía soportar, me dijo con tono irónico:

—Preparado, capitán Muntz. A *fräulein* caprichitos se le ha ocurrido alguna extravagante idea. Sin hacer caso del comentario del doctor, me acerqué a la señorita Braun.

—Venga, Werner, acompáñeme. Aquí hay mucha gente. Me apetece hacer algo. Espere..., me llevaré a estos niños, así pasaremos más desapercibidos para todos esos chismosos.

Eva Braun se acercó a los niños Goebbels, que esos días estaban pasando una temporada con nosotros.

—Vamos, niños, os voy a enseñar un lugar muy bonito.

Acompañados por esos cuatro pequeños desnudos como salvajes, caminamos por la orilla del lago. Por aquel entonces el matrimonio Goebbels ya tenía cinco hijos, aquella mañana estaban con nosotros Helga, de siete años; Hildegard, de cinco; Helmut, de cuatro y Holdine, de solo dos años, a la que Eva Braun llevaba de la mano. No sabía adónde quería dirigirse la señorita Braun, pero pronto me di cuenta de que nos acercábamos peligrosamente a la zona donde terminaba el perímetro de seguridad fijado para nosotros.

—Señorita Braun, ¿adónde piensa que va?

Eva Braun me obsequió con una de sus características miradas pícaras y me dijo:

—A la catarata de Königsbach, Werner. Quiero nadar allí.

Yo me detuve en seco.

—Ni hablar. Eso está fuera del perímetro de seguridad. Tengo estipulado que no abandone...

—¿De qué perímetro de seguridad me habla? Vamos con usted, ¿no? ¿Acaso necesitamos más seguridad?

La «señorita caprichitos» solía hacer siempre con nosotros lo que quería. No solo con el Führer, también conmigo.

Un poco más tarde llegamos a la catarata de Königsbach, que descendía de manera salvaje a través de los acantilados de piedra que rodeaban el lago.

—Esperadme aquí, niños, junto al capitán. Voy a darme un baño. Usted filme, Werner —me dijo la señorita Braun.

Ante mi estupor, Eva Braun se quitó el bañador, que dejó junto a la orilla, y se zambulló en las aguas del lago.

—Señorita Braun, esto es muy peligroso. ¿Dónde va?

—¡Filme, Werner! —me gritó ella.

Para complicar más las cosas, una de las niñas Goebbels empezó a tirar del pantalón de mi uniforme mientras repetía, como si se tratara de una letanía:

—¡Capitán, tengo pis! ¡Capitán, pis! ¡Capitán, tengo pis!

—Tranquila, niña, ahora cuando vuelva la señorita Braun te llevará a hacer pis —le decía yo. Ni siquiera sabía su nombre.

—¡Werner, esto es increíble! ¿Lo está filmando?

—Sí, pero debería regresar...

—¡Tenía unas ganas locas de nadar en estas aguas, bajo la catarata! ¡Usted filme!

La grabé mientras a duras penas llegaba hasta una especie de cueva que la naturaleza había formado en los acantilados alpinos, bajo la catarata. En ese momento se sumergió. Estaba empezando a preocuparme seriamente, no sería extraño que la fuerza del agua pudiera arrastrarla hasta unas rocas cercanas. Dejé de filmar. Comenzaba a pensar en arrojarme a las aguas del lago, cuando su cabeza emergió de nuevo. Eva Braun me gritó:

—¡Filme, Werner! ¡Vuelvo nadando!

Era una gran nadadora. La verdad, no sé por qué me había preocupado. Seguramente yo era peor nadador que ella.

Salió del agua y, a la carrera, se abalanzó sobre nosotros, empapándonos de agua, mientras decía:

—¡Ha sido maravilloso, Werner! Llevo años queriendo hacer esto, pero nunca he podido, con toda esa gente... Menos mal que le tengo a usted. ¡Gracias, Werner! ¿Lo ha filmado todo?

—Sí, lo he filmado. Y por favor, vístase, los niños...

—Los niños me han visto desnuda muchas veces, ¿verdad, niños? —respondió, mientras les revolvía el cabello con las manos.

En aquel momento miré la cámara Siemens que llevaba en mi mano y le pregunté:

—¿De verdad ve con el Führer estas películas que filmamos?

Acercó su boca a mi oreja y me dijo al oído:

—Todas las noches. El Führer tiene en su habitación una pantalla como la de la gran sala. Él mismo proyecta las películas, nos gusta verlas cuando estamos solos. Tiene mucho trabajo, Werner, especialmente estos días. Estas cosas le ayudan a relajarse... usted ya me comprende. Estoy segura de que esta película le va a gustar más que ninguna otra. La verá más de cien veces, estoy segura.

Esa fue otra de las pocas confidencias de alcoba que Eva Braun me reveló durante todos aquellos años que permanecí a su lado.

* * *

En la segunda quincena del mes de agosto la atmósfera reinante en el Berghof era de nerviosismo. Ya casi todos sabíamos que iba a suceder algo. Abiertamente, en la terraza o en las caminatas hacia la casa de té, los jerarcas empezaban a dar por hecho una inminente resolución de la crisis polaca. Pero esta vez, a diferencia de lo que sucedió con los asuntos de Austria y Checoslovaquia, se susurraba por los pasillos que Polonia tal vez opusiera una feroz resistencia. Y se hablaba de que podía haber bajas, de que los féretros empezarían a llegar a las ciudades de Alemania como sucedió durante la Gran Guerra.

Por aquellos días, podía verse al Führer dando largos paseos por el jardín del que partían los senderos de montaña con muchos de los más prominentes hombres del régimen. Caminaban en círculos, dando una vuelta tras otra y tras otra al jardín. Esa costumbre era habitual en él; un mes más tarde tuve ocasión de observar que Hitler daba ese mismo tipo de paseos por los jardines de la Cancillería del Reich en Berlín.

Una mañana, Margarete Speer, la señorita Braun y yo observábamos desde la terraza uno de esos paseos del Führer, esta vez en compañía de Albert Speer. Recuerdo que Margarete y Eva Braun se habían vestido con sus coloridos *drindlgewand* bávaros, pues querían que yo las filmara

recogiendo flores silvestres en una de las praderas que rodeaban el Berghof. Mientras mirábamos esa escena, les comenté:

—Parece que esta mañana el Führer y el señor Speer se encuentran más animados que nunca hablando de sus cosas...

—Hablarán de arquitectura, seguro. Es el tema favorito del Führer —apuntó Eva Braun.

—Pues yo creo que no, Eva —añadió con tono serio Margarete.

—¿Por qué dices eso, Margarete? —preguntó la señorita Braun.

—Eva, ya sabes que Albert es un hombre muy reservado, nunca comenta nada conmigo que tenga relación con el Führer, y mucho menos de sus conversaciones, ya sean de arquitectura o de política. Pero yo soy una persona muy intuitiva, sé leer entre líneas. Tengo la sensación de que Albert y el Führer hablan de otras cosas durante esos paseos. De cosas más importantes, cómo diría... de cosas más «íntimas». Estoy convencida de que el Führer le pide a Albert consejo sobre asuntos realmente importantes, valora mucho su opinión. ¿Sabéis?, resulta extraño decir esto, pero creo que Albert es lo más parecido a un amigo que el Führer haya tenido en toda su vida.

Eva Braun y yo continuamos mirando a los dos hombres. Se habían detenido, el Führer hacía una de sus exageradas gesticulaciones con las manos, mientras Albert Speer asentía. En ese momento la señorita Braun y yo nos miramos. Y sé que pensamos lo mismo.

Pensamos que Margarete Speer tenía razón.

* * *

Con anterioridad comenté que solo en dos o tres ocasiones, durante mis diez años de servicio en el círculo más próximo al Führer, escuché algo que pudiera relacionarse con los terribles crímenes que cometió el régimen de Adolf Hitler. La primera vez sucedió una mañana de ese mes de agosto de 1939, solo unos días antes de que la tormenta se desencadenara sobre Europa.

Ese día la cúpula de las SS visitó el Berghof de forma oficial. La señorita Braun y yo estábamos charlando animadamente con el señor Hoffmann, Albert Speer, el doctor Morell y Otto Günsche, cuando vimos aparecer en el gran salón a Heinrich Himmler, Reinhard Heydrich y Adolf Eichman, este último por aquellos días jefe de la Oficina de Asuntos Judíos (Judenreferat), un hombre que no se prodigaba mucho por el Berghof. Los acompañaba Karl Wolf, el enlace de Himmler ante el Führer. Como siempre, marchaban a paso ligero, embutidos en sus uniformes negros (mi mismo uniforme), sin mirar a nadie, sin detenerse ante nadie, sin saludar a nadie, buscando la escalinata que conducía a la primera planta, al despacho del Führer. Solo ante Otto Günsche y ante mí, que al verlos aparecer nos cuadraron e hicimos el saludo reglamentario, los cuatro hombres saludaron, tras mirarnos brevemente a la cara. Albert Speer caminó hacia un mueble bar que había en un lateral del gran salón y se sirvió una copa de *brandy*, mientras nos decía:

—Hoy parece que nuestro apacible retiro alpino se ha poblado de uniformes negros —para, tras lanzarnos una sonrisa a Otto y a mí, añadir—: Y no lo digo precisamente por ustedes, caballeros.

Yo desvié la vista hacia la señorita Braun. Mientras observaba cómo ascendían por la escalera, un velo sombrío pareció cubrir sus ojos. Me miró y, tras unos segundos de silencio, me dijo:

—Un mal augurio, ¿verdad, capitán?

—No, señorita Braun, supongo que es solo una reunión rutinaria.

Junto al mueble bar, y aprovechando que la señorita Braun no lo miraba, Albert Speer meneó la cabeza a los dos lados antes de mirarme, sonreír y beber un largo trago de su *brandy*.

Esa mañana, unas horas antes, los chicos del servicio de seguridad habían hecho entrega a Eva Braun de un pequeño gazapo blanco que ellos mismos habían capturado cuando lo vieron corretear por la terraza. Tras la llegada de la cúpula de las SS, la señorita Braun me pidió que subiera a su habitación a por la Siemens de 16 milímetros, porque quería que la filmara jugando con el pequeño conejito. Una vez más, accediendo a sus caprichos, me dispuse a hacerlo.

Al pasar junto al despacho del Führer, me di cuenta de que la puerta estaba entreabierta. Heinz Linge había entrado para servir bebidas a los cinco hombres allí reunidos y había cometido el descuido de no cerrarla bien. Pude ver al Reichsführer, a Heydrich y a Wolf sentados en cómodos sillones frente al escritorio del Führer. Adolf Hitler también estaba sentado, escuchando atentamente a Eichman, que no dejaba de hablar mientras señalaba con un puntero un mapa de Polonia que habían colocado en mitad del despacho. Me fijé especialmente en el mapa. En ese mapa de Polonia se habían remarcado especialmente las vías férreas. Pude escuchar cómo el Führer interrumpía momentáneamente a Eichman para, tras señalar a Heydrich, decir:

—Y tras la ocupación, y con el plan de deportaciones que ha explicado el coronel Eichman, ¿quién cree usted que sería un buen candidato para organizar todo ese territorio?

Heydrich miró al Reichsführer, que le hizo un gesto de afirmación con la cabeza, y abrió una carpeta que tenía sobre el regazo para decir:

—Habíamos pensado en Hans Frank, *mein Führer*. Creemos que es el hombre adecuado...

En ese momento Heinz Linge apareció ante mí, arrastrando el carrito del servicio. Cerró la puerta y me miró con su habitual rostro de soberbia.

—¿Qué le pasa, capitán? ¿Quiere algo?

—Nada, nada Linge... —me había sorprendido husmeando, tenía que pensar algo rápido—. ¿Nunca le ha sucedido que iba a alguna parte y se le olvida adónde? Ah, sí, ya me acuerdo. La cámara Siemens de la señorita Braun...

Me despedí haciendo un gesto con la mano y caminé hacia la habitación de la señorita Braun. Pero Heinz Linge hizo que me detuviera en seco cuando dijo:

—¿Capitán Muntz?

—Sí, Linge... —contesté, girándome hacia él.

—A mí no me pasa. A mí nunca me pasa eso, capitán.

En su rostro se exhibía una sonrisa burlona.

—Sinceramente, a mí tampoco. Y lo que nunca me pasa es dejar una puerta mal cerrada, Linge.

Seguí caminando por el largo pasillo. Sé que Linge se quedó allí, como petrificado, con su rostro enrojecido y devorado por la ira.

Ese día me dediqué a filmar a la señorita Braun jugando con el gazapo en distintas estancias del Berghof. Pero en ningún momento pude apartar lo que había visto y escuchado de mi cabeza. La señorita Braun se dio cuenta, nunca he sabido disimular muy bien, y en más de una ocasión me preguntó:

—¿Qué le pasa, Werner? ¿Se encuentra usted bien?

—No se preocupe, señorita Braun, no es nada, solo me duele un poco la cabeza.

—Últimamente está un poco pálido. ¿Descansa bien por las noches? —me preguntó con un gesto pícaro en su rostro.

—Sí, duermo bien, señorita Braun.

—Me temo que mi camarera no le deja descansar muy bien. Por cierto, nunca se lo he dicho, Werner, pero podían intentar hacer un poco menos de ruido, sobre todo por las mañanas. Se escucha todo. El Führer y yo nos miramos y reímos. No se moleste, pero al Führer le hace mucha gracia. Siempre dice: «El soldado y la camarera, parece el título de una opereta».

—Intentaremos ser más cuidadosos, señorita Braun.

—Bueno, no se preocupe. Pero si el problema es que no puede descansar bien, debería hablar con el doctor Morell o con el doctor Brandt, sé que recetan unas pastillas maravillosas. A mí no, claro, por lo de mis «accidentes». Mis pastillas de dormir... ¡Las echo tanto de menos!

Si he de ser sincero, mi preocupación no se debía al asunto de las deportaciones. Por supuesto que eso afectaba al pueblo judío, pero todos sabíamos que las deportaciones a Polonia de judíos alemanes se venían produciendo desde hacía tiempo, como sucedía por aquellos días en Austria y Bohemia-Moravia. Esas deportaciones formaban parte del plan del Führer de realojo de los judíos en territorios fuera del Gran Reich, y eran conocidas y aceptadas por todos. Por descontado, yo no podía ni imaginarme que, años más tarde, concluirían en los asesinatos y actos de barbarie de los que he sido informado.

Mi preocupación venía por una frase que había escuchado de boca del Führer: «Y tras la ocupación...». Eso significaba que la decisión de invadir Polonia ya había sido tomada. Y eso significaba la guerra. Ahora, por primera vez, ya sabía que los planes para la guerra estaban en marcha (ahora sé que también los planes para el exterminio del pueblo judío podían haber estado forjándose por aquellos días en el Berghof), y mientras tanto nosotros allí, ajenos a todo, ignorantes de lo que se nos venía encima, filmando a la señorita Braun mientras jugaba con un pequeño conejito de color blanco.

* * *

El día 15 de agosto el ministro de Asuntos Exteriores, Joachim von Ribbentrop, y su esposa, Annelies, llegaron al Berghof. Las reuniones de los jefes del régimen y de los jefes militares con el Führer se prolongaron durante todo el día. La habitual actividad que yo mismo descubriría días más tarde en la Cancillería de Berlín se había trasladado a ese pequeño rincón de los Alpes bávaros. A todas horas, los enlaces, los edecanes, los ordenanzas y las secretarias corrían de aquí para allá, portando papeles, telegramas y memorandos en sus manos. Los traqueteos de las máquinas de escribir de las secretarias del Führer, Johanna Wolf, Gerda *Dara* Daranowski y Christa Schroeder, eran audibles desde cualquier punto del palacio alpino. Utilizaban unas máquinas del tipo Silenta, de letras grandes, para que el Führer pudiera leer los documentos sin tener que usar sus lentes. La opinión generalizada era que el Führer, la diplomacia y el OKW, el Alto Mando de la Wehrmacht, estaban ultimando los preparativos finales para la tan anunciada invasión de Polonia. En un momento de aquel día de locos, le pregunté a Otto Günsche qué era lo que sucedía, qué significaba todo ese ajeteo infernal. Recuerdo que Otto me contestó aquello que, desde el día que lo escuché de boca del Führer, yo ya sabía:

—La guerra, Werner. La hora de la guerra ha llegado.

Esa misma jornada, y ante su insistencia, también se lo comuniqué a Eva Braun. Estábamos en

la terraza del Berghof, en compañía de Inge Ley, cuando terminé por reconocerle:

—Todo este ajeteo es por la guerra, señorita Braun. La hora de Polonia ha llegado.

Eva Braun me miró con ojos trastornados por la preocupación y me dijo:

—Eso es malo, ¿verdad, capitán? Lo de Polonia no es como lo de Austria o Checoslovaquia, ¿verdad que no?

—No, señorita Braun, no es lo mismo.

La siempre elegante Inge Ley, dando vueltas al azúcar que había echado en su café, sentenció:

—No deberías preocuparte, querida. El Führer sabe lo que hace. Gracias a Dios, Alemania está en buenas manos. Y pronto lo estará también el resto del mundo.

Esa noche, en un descanso de nuestros juegos sexuales, también lo hablé con Liesl Rauch. Mientras acariciaba con sus dedos mi pecho, me preguntó:

—¿Qué preferiría, capitán Muntz? ¿Estar aquí en el Berghof velando por la seguridad de la amante del Führer o combatir en la guerra que se avecina?

—No me preocupa mucho, Liesl. Si mi destino es seguir aquí cuidando de la seguridad de la señorita Braun, lo haré, es mi obligación. Si tuviera que ir a la guerra, lo haría, no me asusta, durante años fui preparado para eso en Lichterfelde. Lo que me preocupa son otras cosas, Liesl.

—¿Qué cosas?

—La guerra en sí. Me crié entre hombres que vivieron la Gran Guerra, y los horrores que contaban convirtieron mis sueños en pesadillas durante muchas noches de mi infancia. La guerra y todos sus horrores. No sé, pensar que puede volver a empezar todo de nuevo...

—«La guerra es la cosa más natural que existe. La guerra es vida. La guerra es condición». ¿Sabe de quién son esas palabras, capitán?

—Sí, del Führer. Yo también leí su libro, Liesl.

Entonces Liesl hizo a un lado las sábanas y se subió a horcajadas sobre mí. Acariciando mi rostro y mirándome fijamente a los ojos, me dijo:

—¿Sabe lo que me preocupa a mí, capitán?

—No, Liesl. ¿Qué te preocupa?

—Que hace un buen rato que no está dentro de mí.

En realidad, solo éramos conocedores de una parte de lo que allí se estaba cocinando. Hacia el día 18 empezó a correr la voz de que el Führer estaba planeando una de sus jugadas maestras en el campo diplomático. Eso explicaría las interminables reuniones que Von Ribbentrop y él mantenían en el despacho de la primera planta, las interminables caminatas que daban por los senderos de montaña. El día 19 nos despertamos con la sorpresa de una larga fila de coches oficiales que pudimos contemplar estacionados en la puerta principal. Se nos informó de que una delegación especial abandonaría esa mañana el Berghof para poner rumbo a Berlín y, desde allí, se trasladaría a una importante capital europea. El ministro de Exteriores Von Ribbentrop estaría al frente de esa delegación. Yo supuse inmediatamente que esa importante capital europea sería Londres. Imaginé que el Führer pretendía cerrar un acuerdo con los ingleses antes de atacar Polonia para no poner así en riesgo la paz en Europa. Pero lo que nunca hubiera imaginado, creo que ninguno de nosotros, era el auténtico destino de esa delegación. Yo lo descubrí por medio de Heinrich Hoffmann, que, en su condición de fotógrafo del Führer, formaría parte de ella para, según sus palabras, «inmortalizar un momento realmente histórico».

—¿Adónde se dirigirán después de volar a Berlín, señor Hoffmann? Es a Londres, ¿no? —le

pregunté.

—¿A Londres? —Hoffmann lanzó una carcajada—. ¿Qué se nos ha perdido a nosotros en Londres? No, capitán, está muy equivocado. No vamos a Londres. ¡Vamos a Moscú!

Reconozco que era el último lugar del mundo que yo esperaba escuchar esa mañana. ¿Moscú? ¿Qué planeaba el Führer mandando una importante delegación a la capital de los bolcheviques? Aquella revelación me trastornó, era algo que no tenía sentido, que no sabía cómo interpretar. Pero no tuve que esperar mucho para descubrir la verdad de ese viaje y por qué el Führer había enviado una delegación a ese destino sorprendente.

* * *

El día 22 de agosto de 1939 fue uno de los más críticos que viví profesionalmente desde que me había hecho cargo de la seguridad personal de Eva Braun. Aquel día, el Führer había convocado a los mandos militares de los tres ejércitos y a la cúpula de la seguridad del Reich (es decir, de las SS) para una conferencia militar que los ocuparía durante toda la jornada. Por ese motivo, mi misión consistía en hacer desaparecer de escena a las damas y, particularmente, a la señorita Braun. Tras mantener una conversación con ellas, decidimos que cada una pasaría el tiempo ocupada en sus cosas, sin salir de sus aposentos, y yo permanecería en la habitación de Eva Braun. Así lo hicimos. Ese día desayuné, comí y cené en la habitación de la señorita Braun. Solo Liesl Rauch tuvo contacto con nosotros durante esa jornada. Creo que aquel día se fraguó la estrategia militar que un mes más tarde terminaría con la nación polaca.

Solo en una ocasión abandoné la habitación de Eva Braun. El motivo, salir a la puerta del Berghof para fumar un cigarrillo. Aunque la señorita Braun fumaba sin parar en la estancia, yo nunca me atreví a hacerlo, pese a que por aquellos días mi adicción a la nicotina estaba ya muy arraigada.

Cuando llegué al gran salón, descubrí que habían corrido la enorme cortina que lo separaba de la gran sala, donde se estaba desarrollando la conferencia. Heinz Linge estaba subido a una escalera colocando un cartel de grandes dimensiones donde se podía leer: «No pasar por orden del Führer». Al llegar a su lado, me detuve y le dije:

—¿Qué hace, Linge?

—Nada, capitán, colocar este cartel —me contestó sin siquiera girarse—. Es por usted, ya sabe, por si alguna de sus ovejas se pierde...

—Pues eso no debe preocuparle, Linge. Todo está bajo control, las señoras están en sus habitaciones y ninguna de ellas va a acercarse por aquí. Ese cartel no es necesario. Y además, Linge, esas damas no son ganado, son...

—Perdone si le ha molestado el comentario, capitán —añadió mientras descendía de la escalera. Su tono de voz resultó burlón—. ¿Sabe?, lo que no puedo entender es cómo ríen ustedes cuando el Führer hace esos comentarios jocosos sobre las vacas y luego se ofende porque yo...

—Pues ya que lo dice, Linge, a mí no me hacen ninguna gracia esos comentarios sobre las vacas. Además, pienso que el Führer está equivocado cuando los hace. Creo que aquí quienes mejor viven no son las vacas, sino los cerdos. Y ahora, si me disculpa, voy a salir a fumar un cigarrillo.

Caminé hacia la puerta principal. Linge se quedó allí, quieto, junto a la escalera. Su cara

estaba tan roja que parecía que su cabeza iba a estallar.

Cuando regresé, el cartel había desaparecido.

* * *

El día 23 de agosto nos despertamos con un sobresalto en el Berghof. Puede parecer sorprendente, pero estábamos en esa montaña tan aislados de la realidad que tenían que venir de fuera para ponernos al corriente de lo que acontecía en el resto del mundo. Esa mañana, mientras la señorita Braun, la señorita Kastrop y yo desayunábamos en la terraza, tuvieron que ser Margarete Speer e Ilse Hess los heraldos portadores de las últimas noticias de lo que sucedía. Las dos acababan de regresar en ese momento, después de pasar unos días en Múnich. Muy alterada, Margarete nos contó que después de que la ReichsRundfunk se hubiese hecho eco del acuerdo de carácter comercial que habían firmado Alemania y la Unión Soviética, cientos de militantes del Partido habían rodeado la Casa Parda y arrojado contra la fachada sus carnés de afiliados. Nadie parecía comprender cómo era posible que se llegase a un acuerdo con los comunistas, a los que el régimen se había esforzado en convertir, junto con los judíos, en los peores enemigos del Reich. Ilse Hess nos dijo que muchas personas de su entorno pensaban que el Führer se había vuelto loco, que debía de haber perdido la razón.

A lo largo de ese tenso día, las cosas empeoraron. No era solo que se hubiera firmado ese acuerdo comercial, sino que además se estaba trabajando en la firma de un pacto de no agresión con el régimen bolchevique de Josef Stalin. En el propio Berghof, nadie parecía comprenderlo. Nadie excepto Albert Speer. En un momento de la tarde de aquella extraña jornada, mantuve una conversación con el señor Speer en la terraza. Yo mismo le hice partícipe de la extrañeza que me causaban las noticias que nos estaban llegando.

—Nadie parece entenderlo, pero es una jugada maestra, capitán. Definitivamente este hombre es un genio. Si Stalin firma ese pacto, el Führer tendrá las manos libres para lanzar su ataque sobre Polonia sin que los rusos intervengan en defensa de sus hermanos de sangre, convirtiendo el Este de Europa en un polvorín, algo que desean ardientemente en Londres y en París. Ya lo verá, capitán, el Führer atacará Polonia y los rusos se quedarán quietos, cual si fueran la mujer de Lot.

—No estoy de acuerdo con esa apreciación, señor Speer —le rebatí—. Ese pacto será como echar gasolina al fuego. Los ingleses y los franceses se sentirán ofendidos por el acuerdo y serán ellos quienes salgan en defensa de la nación polaca. Eso sería volver al escenario de la Gran Guerra...

—¿Y usted cree que Francia e Inglaterra van a entrar en guerra con el Reich por el asunto polaco? ¡Venga ya, capitán! Escuche, el Führer me ha confiado que pudo ver el auténtico rostro de los gobiernos de Londres y París durante la reciente conferencia celebrada en Múnich. En palabras textuales del Führer: «Son gusanos». El Führer sostiene que son gobiernos cobardes y débiles, atados de pies y manos por intereses espurios y mezquinos. En su lógica piensa que este arriesgado acuerdo diplomático con Moscú podría provocar su caída. Y eso sería muy positivo para nosotros. Y para los planes del Führer. Con Stalin maniatado y los gobiernos de Francia e Inglaterra debilitados...

—¿Y Mussolini? ¿Y Franco? Su anticomunismo los convierte en nuestros aliados...

—Títeres, capitán. Ellos solo son títeres de este giro en los acontecimientos que se va a desarrollar en Europa en los próximos años. Protestarán en un principio, pero después aceptarán

aquello que el Führer disponga. No les queda otro remedio, capitán.

Aquel día, todos estábamos pendientes de las noticias que llegaban de Moscú. Otto Dietrich, jefe de la Oficina de Prensa del Reich, y el embajador Hewel, que estaba en contacto permanente con la delegación que negociaba con Stalin y Molotov, fueron los protagonistas de la jornada. Todos se dirigían a ellos intentando saber lo que estaba sucediendo, pues eran ellos los encargados de comunicar al Führer que el pacto se había firmado. Dietrich y Hewel, junto a Bormann, se habían instalado en la centralita, donde constantemente se recibían telegramas de Berlín y Moscú. Esa tarde pude ver entrar al Führer en la centralita una docena de veces, y al cabo de un rato, abandonarla con paso rápido y aspecto cariacontecido.

Solo hubo una persona que permaneció tranquila, en su propio mundo, como si no le importara nada lo que estaba sucediendo a su alrededor: Eva Braun. La señorita Braun se pasó el tiempo filmando al Führer con su cámara Siemens. Estoy seguro de que aquel fue el día que vi al Führer más nervioso desde que me había hecho cargo de la seguridad de su amante. Adolf Hitler era un manajo de nervios. Caminaba por la terraza, se sentaba en su sillón favorito de la gran sala, se volvía a levantar y otra vez deambulaba por la terraza. Ni durante la comida pudo permanecer mucho tiempo sentado. Lo único que hacía era preguntar lo mismo todo el rato:

—¿Se sabe algo de Dietrich? ¿Se sabe algo de Hewel?

Sin embargo, en ningún momento le impidió a la señorita Braun filmarlo; al contrario, cuando ella llegaba con su cámara, el Führer sonreía y simulaba posar para ella. Ni siquiera en aquellas circunstancias parecía capaz de rechazar sus caprichos.

Con la caída de la noche, el clima de nervios aumentó. No habría velada en la gran sala, ni proyección de cine. Eva Braun se retiró muy temprano, al igual que sus amigas y algunas de las señoras de los jerarcas. Las despedidas repentinas de Eva Braun siempre me resultaron extrañas. En su afán por no mostrar ningún gesto de cariño en público hacia el Führer, siempre se acercaba a él, hacía una especie de inclinación con la cabeza y le decía:

—*Mein Führer*, me retiro a dormir. Esta noche estoy muy cansada.

Adolf Hitler siempre le devolvía el mismo gesto con la mano, que nosotros interpretábamos como un «luego subiré yo». Sin embargo, a continuación, la señorita Braun nos buscaba a Albert Speer y a mí, y a nosotros sí que nos besaba en la mejilla, mientras decía:

—Hasta mañana, Albert. Hasta mañana, capitán Muntz.

Éramos las dos únicas personas de las que se despedía con un beso. Eso siempre fue así, fue así hasta el final.

Retirarse a descansar tan pronto privó a Eva Braun de asistir a uno de los sucesos más curiosos y sorprendentes que yo pude vivir durante los años que serví en el círculo más cercano a Adolf Hitler. Un suceso de connotaciones fantásticas, algo que, de no haberlo vivido en primera persona, nunca habría creído. Hubiera salido de la boca de quien hubiera salido.

Aquella noche, la luz del día parecía no querer morir. En el firmamento sobre el Obersalzberg había quedado instalado un color azul muy intenso. Recordaba al tipo de cielo que puede verse reflejado en el lienzo de un pintor. Sobre la una de la madrugada, ese cielo permanecía inalterable sobre el macizo alpino.

El extraño suceso acaeció poco después de que el jefe de prensa del Reich, Otto Dietrich, nos informara de manera solemne de que el pacto con Stalin había sido firmado en Moscú. Dietrich había podido hablar con el ministro de Asuntos Exteriores, Von Ribbentrop, que poco antes había estampado su nombre en el documento de no agresión junto a su homólogo soviético, el ministro

Molotov. Nada más conocer la noticia, abandonamos el gran salón y nos dirigimos a la terraza. Creo recordar que estaban presentes el general Bormann, Albert Speer y su esposa Margarete, Otto Dietrich, el embajador Hewel, Karl Jesko von Puttkamer, Von Below y su joven esposa Maria, Otto Günsche, Karl Brandt, Theo Morell y la esposa del ministro de Asuntos Exteriores, Annelies von Ribbentrop. Y por supuesto el Führer, que, nada más conocer la noticia que llevaba todo el día esperando, se acercó a la baranda de la terraza y, con las manos recogidas detrás de su espalda y un gesto de satisfacción en su rostro, parecía haberse abstraído de todo y de todos fijando su mirada en ese insólito cielo.

Sucedió poco a poco, con cierta lentitud. Mientras los mayordomos de las SS se disponían a repartir copas de champán para celebrar la buena nueva, una pequeña brecha, una brecha en el cielo, se fue abriendo paso lentamente. Por esa pequeña brecha penetró una luz de un rojo muy claro que, al fusionarse con el tono oscuro de la ahora ya noche incipiente, adquirió el mismo color de la sangre. Poco a poco, esa brecha se fue haciendo más y más grande, y ese firmamento negro teñido de rojo fue sustituyendo al firmamento azulado que había presidido gran parte de la noche.

De repente, las conversaciones cesaron. Todos los presentes elevamos nuestra mirada hacia esa mancha rojiza que invadía el cielo sobre el Obersalzberg y que no dejaba de crecer.

Nosotros mismos, nuestros rostros, nuestras manos, todo a nuestro alrededor se tornó de ese mismo color. Fuimos muchos los que observamos nuestras manos, entre ellos el señor Speer y yo. Speer me lanzó una mirada que me resultó sobrecogedora y, acercándose a mí, me susurró muy despacio al oído:

—Ni el mejor escenógrafo hubiera podido crear un efecto así para representar la escena final de *El crepúsculo de los dioses*.

No le contesté. Yo contemplaba como embobado al Führer, que continuaba allí, impertérrito, junto a la baranda de la terraza, observando ese prodigio que había cubierto ya todo el cielo.

Annelies von Ribbentrop caminó hacia él. Al llegar a su lado, le dijo:

—Sangre, *mein* Führer. Sangre y más sangre. Esto no es un buen augurio. Esto es una mala señal del cielo.

Adolf Hitler no le contestó. Es posible que ni siquiera la escuchara. Estaba como perdido, sus ojos se movían muy rápidamente contemplando ese manto rojizo que rodeaba al Berghof por los cuatro costados. Tardó más de un minuto en girarse. Y cuando lo hizo, no se dirigió a la señora Von Ribbentrop, sino a su principal enlace militar, Nicolaus von Below:

—Parece un torrente de sangre. Creo que esta vez solo lo conseguiremos con la violencia.

El tono de voz empleado por el Führer me hizo sentir un estremecimiento. Busqué con la mirada los ojos de Albert Speer, el hombre que mejor le conocía. Era como si quisiera encontrar en su mirada una explicación a esas misteriosas palabras que habían salido de la boca del Führer. Pero Albert Speer se limitó a sonreír, mover la cabeza afirmativamente y dar un trago a su copa de champán, un líquido espumoso que también había adquirido el color de la sangre.

Pienso que quizá exceptuando al señor Speer, nadie entendimos las palabras que el Führer pronunció aquella noche. Tuvieron que pasar los meses antes de que esa profecía se hiciera realidad, antes de que esas palabras cobraran sentido para todos nosotros.

Nunca sabremos qué sucedió esa noche sobre el Berghof. Yo recuerdo que al día siguiente pensé que aquello solo podía deberse a uno de esos extraños fenómenos atmosféricos que, de cuando en cuando, se dan en ese rincón de los Alpes bávaros. Mi mente lógica me decía una y otra

vez que no tenía nada de fantástico ni de sobrenatural. Que fue solo producto de la casualidad. Pero fuera lo que fuera, estoy seguro de que ninguno de los que lo vivimos lo olvidaremos nunca. Yo, al menos, no lo olvidaré en lo que me reste de vida.

A la mañana siguiente, doce Mercedes de color negro aguardaban dispuestos en la puerta principal del Berghof. Todo sucedió muy rápido. A primeras horas de la mañana se nos comunicó que nos trasladábamos urgentemente a Berlín. Era evidente que el inicio de las hostilidades contra Polonia y una posible guerra contra Inglaterra y Francia eran inminentes, y el Führer había querido que pasáramos todos juntos esas horas previas a la guerra en la Cancillería del Reich.

Eva Braun y yo viajamos en el tercero de los vehículos. Cuando dejamos atrás el Berghof, mientras recorríamos el tramo que yo llamaba el «camino entre las nubes», los dos nos giramos, casi a la vez, para contemplar la elegante silueta del palacio alpino. Recuerdo que aquella mañana los rostros de todos nosotros destilaban preocupación, preocupación por lo que habíamos vivido la noche anterior, por la incógnita de lo que podía suceder en los días venideros. Todos los rostros excepto el de Eva Braun. Ella seguía en su mundo, ajena a los acontecimientos que sucedían a su alrededor. Cuando nuestros ojos coincidieron, después de contemplar el Berghof por última vez, Eva Braun me obsequió con su atractiva mirada ilusionada, mientras me decía:

—¡Berlín! ¡No es maravilloso, capitán! ¡Nos vamos a Berlín! Iremos a visitar el estudio de mi modista favorita, Annemarie Heise. ¡Ya es hora de que haga algunos cambios en mi fondo de armario!

Era 24 de agosto de 1939. Nueve días más tarde los ejércitos del Reich invadían Polonia y, desde ese mismo momento, la más devastadora de todas las guerras se cernía sobre Europa.

9

BERLÍN, EN LAS VÍSPERAS DE LA GUERRA

El día 25 de agosto llegamos a Berlín en un vuelo procedente de Múnich. En el aeródromo de Gatow nos esperaba uno de los coches oficiales del Führer, que nos trasladó hasta el número 77 de la Wilhelmstrasse, la Cancillería del Reich. La señorita Braun y yo viajamos solos, el grueso principal de la «corte de la montaña», incluido el Führer, lo había hecho el día anterior. Sin embargo, nosotros habíamos pernoctado en Múnich, en la casa de la Wasserburgerstrasse. El servicio de la señorita Braun, Liesl Rauch y la señorita Kastrup, se había quedado allí siguiendo una orden personal del Führer. En un principio no comprendí el motivo de esa decisión, aunque tardaría muy poco en hacerlo; a decir verdad, lo comprendí en el mismo momento que puse los pies en la Cancillería del Reich.

Esa noche en Múnich volví a pasarla en compañía de Liesl Rauch y, sin embargo, y como yo ya sospechaba, no hubo sexo entre nosotros. Aquella casa no era el Berghof, ese extraño influjo de perversión que habitaba en el palacio alpino desapareció en el mismo momento en que Liesl entró en mi habitación de Múnich. Estuvimos toda la noche hablando del protocolo que debía seguir en la Cancillería relativo a la seguridad de la señorita Braun. Liesl había recibido órdenes expresas del general Bormann que me tenía que transmitir ante la imposibilidad de hacerlo él mismo antes de nuestra llegada a Berlín. Me advirtió de que esos días en Berlín serían, sin duda, los más complicados desde que me hiciera cargo de la seguridad de la amante secreta del Führer. Liesl se maldecía por no poder acompañarnos, no le gustaba que tuviera que enfrentarme solo a lo que se avecinaba. Suponía, y a tenor de lo que sucedió después y que contaré a continuación no se equivocó lo más mínimo, que la respuesta de la señorita Braun respecto al «estatus» que la acompañaría en Berlín sería airada. Y que no me pondría el trabajo nada fácil.

Tengo que reconocer que durante gran parte de aquella conversación permanecí abstraído, perdido en mis propios pensamientos. Llevaba cuatro años como integrante del Begleitkommando y jefe de la seguridad personal de Eva Braun, y todavía no podía comprender cómo la señorita Braun podía ser considerada como un «problema de Estado». Como miembro de las SS y del Leibstandarte, acataba las órdenes que se me habían impartido en la Casa Parda de Múnich y estaba dispuesto a cumplirlas hasta el final. Mi elevado sentido del deber continuaba inalterable. Pero moralmente, cada día reprobaba más el hecho de que una persona como Eva Braun tuviera que ser tratada de esa manera, condenada a vivir en una casa oculta de Múnich; desterrada a una montaña de los Alpes bávaros; teniendo que hacerse pasar por otra persona en un hotel de Viena y, ahora, escondiéndose en la Cancillería del Reich. Por otro lado, pocas horas más tarde pude

comprender la importancia que para el Führer tenía la misión que se me había encomendado y la responsabilidad que había adquirido aquel lejano día del mes de agosto de 1935.

Esa noche Liesl Rauch y yo ni siquiera nos desnudamos. Solo la besé cuando nos despedimos al amanecer. Ella me dijo que tenía muchas ganas de que el tiempo pasara rápido y nos volviéramos a encontrar en el Berghof. Yo le dije que sentía lo mismo. Pero le estaba mintiendo.

La mañana del 25 de agosto recorrimos las calles de la capital del Reich casi en total silencio, algo que, siendo la señorita Braun uno de los ocupantes de aquel vehículo que nos trasladaba a la Cancillería, resultaba muy meritorio. El caso es que aquel día Eva Braun parecía triste, la alegría inicial por viajar a Berlín se había disipado en cuanto llegamos a Múnich y se le comunicó que no viajaríamos con el resto de la comitiva que acompañaba al Führer. Yo era consciente de que el enfado de la señorita Braun iría *in crescendo* conforme el día avanzara, sobre todo, cuando supiera las condiciones en las que debería permanecer en la Cancillería. Yo las conocí la noche anterior, de boca de Liesl Rauch.

Berlín. La ciudad en la que había vivido durante tantos años de mi vida se presentó ante mí, esa mañana de agosto, como un lugar irreconocible. Había pasado los últimos cuatro años viviendo a caballo entre Múnich y las montañas del Obersalzberg, dos lugares que en ese momento consideraba mi casa, mi hogar, y seguramente por ese motivo la primera impresión que tuve al volver a ver las calles de Berlín fue que llegábamos a una ciudad inhóspita, a una ciudad hostil. Esa impresión inicial no me abandonó durante los días que permanecemos en la capital del Reich.

Cuando alcanzamos el bulevar de la Unter den Linden nos detuvimos debido a un pequeño atasco. A través de la ventanilla vi ondear las grandes banderas del Reich que se desplegaron por la célebre avenida, movidas por un viento inquietante que parecía haberse levantado de repente. Las chicas de la Liga de Muchachas Alemanas desfilaban de manera marcial por el centro del bulevar. Las gentes iban y venían, Berlín siempre había sido una ciudad donde todos caminaban con paso firme, pero con el aspecto de los que no saben hacia dónde se dirigen. Los berlineses... en ese momento pensé en ellos, en todas esas personas que durante esos días críticos vivían al margen de lo que quienes nos encontrábamos en el ojo de la tormenta ya sabíamos: que estábamos en la víspera de una nueva guerra; que el conflicto con Polonia estaba a punto de estallar y que las consecuencias de su resolución violenta eran imprevisibles; que no se podía descartar que los gobiernos de Londres y de París nos declararan la guerra y que entonces el conflicto en Europa sería ya algo irreversible. En aquel momento, mirando a la señorita Braun, llegué a pensar que ella, aun teniendo conocimiento de los hechos, los vivía de una manera tan despreocupada como aquellos berlineses ignorantes de la realidad. No tardé en descubrir que estaba equivocado, que la situación política que atravesaba el Reich en aquellos días iba a afectar a Eva Braun de una manera que yo no podía ni imaginar.

Aunque pasamos delante de la fachada principal de la Nueva Cancillería, con sus majestuosas columnas dóricas, la gran águila del Reich que la presidía y la guardia de honor del Leibstandarte que la custodiaba, nuestro coche se detuvo ante un acceso lateral de la Vieja Cancillería, frente a la Hermann Göring Strasse. Descendimos. En la puerta nos esperaba Hans Heinrich Lammers, secretario de Estado y jefe de la Cancillería del Reich. Nada más descender del vehículo, un grupo de ordenanzas de las SS, uniformados con chaquetas azules adornadas con charreteras doradas e immaculados pantalones blancos, se abalanzaron sobre nuestros equipajes. Acompañados por Lammers, y en total silencio, subimos por unas escaleras hasta el tercer piso,

hacia los llamados «apartamentos privados del Führer». En aquel momento yo estaba a punto de darle un gran disgusto a la señorita Braun, tenía que comunicarle que, por órdenes estrictas del Führer, no podía abandonar en ningún momento ese sector de la Cancillería. Sabía que Eva Braun estaba ansiosa por visitar la Nueva Cancillería, proyectada y construida por Albert Speer. Habíamos escuchado maravillas de ese lugar, un lugar erigido para el Führer, un lugar erigido para mostrar al mundo todo el poder y la grandeza del nuevo Reich alemán. Un lugar que, según me comentó el propio Albert Speer: «Dejará al palacio de Versalles a la altura de una barraca de feria». Un lugar que la señorita Braun y yo aún tardaríamos mucho tiempo en conocer.

Al final de la escalera, pasamos delante de un puesto de guardia del Servicio de Seguridad del Reich, el RSD, que estaba al frente de la protección de la Cancillería. Tras sortearlo, recorrimos un largo pasillo que conducía hasta nuestras habitaciones. A mitad del corredor, vi unas pequeñas escaleras que terminaban en un cuarto de estar, donde toda la decoración consistía en una mesa de madera y cuatro sillones. Enfrente se encontraba la habitación de Heinz Linge. El suelo del pasillo estaba cubierto por una alfombra roja de gran grosor. Quizá debido a la llegada de la señorita Braun, habían colocado a lo largo de él pequeñas mesitas con jarrones de porcelana repletos de flores frescas. Más tarde descubrí que esas flores se recogían en un pequeño invernadero que había junto al jardín de invierno. La verdad, el olor me resultó algo molesto.

El pasillo terminaba en un descansillo desde el que era visible el gran salón Hindenburg. Quedaba claro que habíamos accedido a la Cancillería por una de las puertas de servicio. Nos adentramos en otro pasillo no menos imponente. Allí se encontraba la biblioteca privada del Führer, en ese momento herméticamente cerrada. Frente a ella, la habitación de Otto Günsche y, a continuación, un salón comedor que no vi utilizar nunca. Un poco más adelante, las puertas de dos grandes estancias: la primera, la habitación privada del Führer, la segunda, la de Eva Braun. Había una tercera puerta, mucho más pequeña, y que rápidamente imaginé que me estaba esperando a mí. Resultaba curioso, pero la distribución de esa parte del ala privada del Führer era prácticamente idéntica a la segunda planta del Berghof. Nunca pensé que se tratara de una casualidad.

Nos detuvimos delante de la puerta de la habitación de la señorita Braun. El señor Lammers le dio oficialmente la bienvenida, a lo que Eva Braun respondió con un rictus de malestar en su rostro. Cuando la señorita Braun se disponía a entrar, el señor Lammers me hizo un gesto para acompañarme a mi cuarto.

—Espere un momento, señor Lammers. Tengo que hablar en privado con la señorita Braun — le dije.

Lammers lo comprendió al instante.

—¿Todavía no le ha explicado las normas?

—Todavía no.

—¿Qué normas? —preguntó malhumorada Eva Braun.

—Pase a su habitación, señorita Braun. Yo se lo explico.

—En cuanto se instalen, baje a recepción a recoger sus pases, capitán Muntz.

—¿Qué pases? —preguntó otra vez la señorita Braun.

Le hice un gesto de asentimiento a Lammers y, cogiéndola ligeramente del brazo, la introduje en aquella estancia. Encendí las luces. La habitación de Eva Braun tendría el tamaño de un piso. Bueno, en realidad pocos berlineses podían disponer de un piso de esas dimensiones. La pieza había pertenecido al canciller Hindenburg, y precisamente un retrato suyo de cuerpo entero la

presidía. Contaba con dos saloncitos, un comedor con una gran chimenea, un dormitorio con una cama de estilo imperial en la que podrían dormir hasta tres personas y un cuarto de baño de las mismas dimensiones del que disponía en el Berghof. Grandes ventanales con vistas a la Wilhelmstrasse se escondían detrás de pesadas cortinas de terciopelo rojo. Fue ahí donde comenzaron los problemas. Eva Braun se precipitó hacia uno de los ventanales para abrir las pesadas cortinas. Yo lo hice detrás de ella. Cerré de golpe la cortina cuando ella ya había empezado a descorrerla.

—¿Qué hace, Werner?

—Lo siento, señorita Braun, pero en ningún momento podrá descorrer las cortinas ni abrir las ventanas, ni siquiera para airear la habitación.

—¿Qué me está diciendo?

—Me dieron ayer las órdenes, señorita Braun. Son órdenes del Führer. En ningún momento podrá abandonar este sector de la Cancillería, No podrá...

—¿No podré ver la Nueva Cancillería?

—Lo siento mucho, señorita Braun, pero de momento, no. Le repito que son órdenes directas del Führer. Desayunará, comerá y cenará en esta habitación; yo lo haré con usted. No podrá abandonarla y recorrer la Vieja Cancillería si no es en mi compañía. Solo podrá acceder a los aposentos del Führer por la noche, y siempre que Linge nos lo haya notificado con antelación. Y le repito que en ningún momento podrá descorrer las cortinas, abrir las ventanas o asomarse a ellas.

En el rostro de Eva Braun se instaló un rictus de desconcierto.

—Y esas órdenes... ¿se las ha dado el Führer en persona?

—No, señorita Braun. El general Bormann...

—¡Bormann! ¡Himmler! —Eva Braun se sentó sobre su enorme cama—. ¡Ellos tienen la culpa de todo! ¡Ellos están detrás de todo esto! ¡Están detrás de todo esto desde el principio! ¡Yo siempre lo he sabido! ¿Se creen esos simios que soy tonta? Pero ¿qué les pasa a esos hombres, Werner? ¡Qué les pasa!

—Yo solo cumplo...

Se levantó de la cama y caminó hacia la puerta del baño, mientras se desabrochaba la cremallera de su vestido negro con topos blancos.

—Capitán SS Werner Muntz, ¿puedo hacer mis necesidades sin su presencia o también tiene que estar usted presente? ¿Le han dado alguna orden Bormann y Himmler a ese respecto?

—No, puede hacer lo que usted quiera, señorita Braun. Yo aprovecharé para bajar a la recepción y recoger nuestros pases.

A mitad de la frase Eva Braun había desaparecido en el interior del baño, tras dar un fuerte portazo que provocó que un jarrón con flores frescas que había sobre la mesa del comedor cayera al suelo. Lo recogí, lo dejé sobre ella y salí de la habitación.

* * *

Descendí los tres pisos que me separaban de la recepción, que se encontraba en el gran vestíbulo principal de la Cancillería. La actividad que se vivía allí aquella tarde del 25 de agosto de 1939 era de locos, muy similar a la que habíamos visto en el Hotel Imperial de Viena durante los días del Anschluss. Pero pronto descubrí que en la Cancillería del Reich siempre era así. Allí no

existía el día o la noche, daba igual que fueran las cuatro de la tarde que las cuatro de la madrugada. Allí el frenesí de personas entrando o saliendo con documentos o legajos de papeles en las manos, personal civil o militar, de alta o baja graduación, era continuo, constante. Todo el mundo tenía prisa, nadie se detenía para saludar a nadie; a excepción de la guardia, nadie realizaba el saludo reglamentario. Me detuve en el centro del vestíbulo y creo que giré sobre mí mismo para poder darme cuenta de sus dimensiones. Solo las banderas del Reich que decoraban las paredes tendrían el tamaño de la fachada de un edificio de seis pisos. Entre el tráfico de funcionarios que caminaban por aquel vestíbulo descubrí a Albert Speer, que me miraba sonriente mientras se encendía un cigarrillo. Caminé hacia él.

—Capitán Muntz, bienvenido a la Cancillería del Reich. ¡Desde este lugar se dirige el mundo!

—Señor Speer...

—¿Ha venido Eva con usted? —me preguntó.

—Sí, la he dejado en su habitación. Yo voy a buscar nuestros pases.

Con gesto de preocupación, Speer se inclinó ligeramente hacia mí y me dijo:

—Cuidela especialmente estos días, capitán. No van a ser fáciles para ella. Bueno, para ninguno de nosotros.

—Lo sé, señor Speer.

—La recepción está por allí, capitán. Salude de mi parte al señor Körber.

—Así lo haré, señor Speer.

Nos despedimos con un apretón de manos. Como pude, sorteando al personal que iba y venía, caminé en la dirección que me había indicado el señor Speer.

August Körber, un histórico del Partido, era el encargado de la recepción. Ostentaba la misma graduación que yo, capitán SS. Mientras formalizaba nuestros pases trabé conversación con él. Körber era un tipo fantástico, cordial, campechano, siempre decía lo que pensaba, nunca se mordía la lengua. En alguna ocasión escuché que no lo hacía ni delante de Adolf Hitler. Contaba con una especie de «bula»; se la había otorgado el propio Führer.

Körber me entregó los pases ya formalizados. Primero leí el mío. Junto a mi fotografía se podía leer: «Capitán SS Werner Muntz. Begleitkommando, comando especial de protección del Estado Mayor del Führer, adscrito a la Cancillería del Reich». Ninguna sorpresa. La sorpresa llegó cuando leí el de la señorita Braun. Junto a su fotografía, decía: «Eva Helene Braun. Cuerpo de secretarías del Estado Mayor del Führer, adscrita a la Cancillería del Reich». ¿Secretaria?

Cuando regresé a la habitación de la señorita Braun parecía encontrarse más tranquila. Estaba sentada en uno de los sillones del saloncito, una camarera con un bonito vestido de seda marrón y delantal y cofia de encaje blanco estaba sirviéndole un licor. Eva Braun fumaba de manera compulsiva uno de sus cigarrillos turcos. Abrió su pitillera y me ofreció uno. Lo rehusé. Esperé a que se marchara la camarera para entregarle su pase.

—Este es su pase, señorita Braun. Llévelo siempre encima; en el caso de que los chicos del RSD se lo pidan, enséñelo, eso evitará que tenga que ser cacheada.

Con un gesto de aprensión que cambió hacia la sorpresa, me miró y me preguntó:

—¿Secretaria?

No hizo falta que le contestara nada. Supongo que comprendió mi propia perplejidad por el gesto de mi rostro.

—¿Cómo Dara o Christa? ¿Secretaria?

—A mí también me ha sorprendido, señorita Braun.

—Así que ahora soy secretaria... Muy bien, a partir de hoy mismo me comportaré como una secretaria.

Recuerdo que resoplé.

Eva Braun fingió una carcajada. Se bebió el licor de un trago.

* * *

Esa noche pude descubrir lo que Eva Braun quiso decir cuando me habló de comportarse como una secretaria. Después de cenar con ella, me retiré a mi habitación. Bueno, llamarle a eso habitación era mucho decir. En realidad, era un cuartucho que originalmente había sido concebido como vestidor para Eva Braun. Constaba de una pequeña cama de latón, una mesa de escritorio, con una silla de madera para sentarme, y un armario que se quedó pequeño cuando tuve que ordenar mi equipaje, más un baño minúsculo con lavabo, retrete y una pequeña ducha. Eso sí, en la pared frente a la ventana había un pequeño ventanuco redondo que daba a la Wilhelmstrasse y al que por lo menos yo sí que me podía asomar.

Me había acostado, cruzando mis brazos sobre la almohada para apoyar mi cabeza, y clavé la mirada en el techo. Pese a estar muy cansado, no tenía ganas de dormir. Para mi sorpresa, la puerta que comunicaba mi habitación con la de la señorita Braun se abrió, y ella entró, encendiendo la luz.

—Werner...

No terminó la frase. Se quedó en la puerta, mirando el cuarto como si nunca hubiese visto un espacio así.

—Werner, esta habitación es...

—No se preocupe por la habitación, señorita Braun. Si la compara con la que teníamos en Lichterfelde, es como la *suite* de un gran hotel.

Entró y cerró la puerta. Y con ella penetró un dulce olor a rosas que era muy difícil de olvidar. Todavía hoy en día sigo recordando ese aroma muchas, muchas veces.

Para mi sorpresa, se quitó su bata de seda y la dejó sobre la silla de mi escritorio. Solo llevaba un camisón azul claro, demasiado corto, con sus iniciales bordadas en forma de alas de mariposa sobre el pecho, en color carmesí. Me incorporé en la cama.

—Señorita Braun, ¿qué hace?

—¿Que qué hago? Acostarme, voy a dormir.

Retiró las sábanas de mi cama. En ese momento no sabía ni dónde esconderme. Desde que comenzaron mis aventuras sexuales con Liesl Rauch, me había acostumbrado a dormir desnudo. Eva Braun sonrió de manera pícaro y me dijo:

—Ah, que está desnudo. Es igual, hágase a un lado, déjeme sitio. Esta cama es demasiado pequeña para dos personas.

Antes de que me diera cuenta, Eva Braun estaba dentro.

—Señorita Braun, salga de mi cama inmediatamente. No se lo voy a decir dos veces. El Führer acudirá a su habitación en cualquier momento...

—Ah, el Führer. Werner, ¿usted ha visto al Führer dormir alguna vez con alguna de sus secretarias?

—No, señorita Braun. Cómo voy a ver al Führer...

—Pues yo ahora soy una de sus secretarias. Así que, de momento, ya se puede olvidar de dormir conmigo. Tendrá que esperar a que estemos en el Berghof o en Múnich, ya sabe: tendrá que esperar a que deje de ser su secretaria y vuelva a ser su *tschapperl*.

—Señorita Braun, salga de mi cama, no puede hacer esto...

—Claro que puedo. Pero hágame más sitio, siempre duermo en la misma postura. No tiene por qué preocuparse, es posible que el Führer ni siquiera duerma conmigo esta noche. Está muy ocupado con sus cosas. Y yo no voy a estar toda la noche sola esperándole. No olvide que solo soy su secretaria, Werner.

Se giró de medio lado. Yo permanecí en la misma posición en que estaba, con la mirada clavada en el techo. Y así estuve durante toda la noche. No podía hacer nada, ahora ese era su capricho, su última rabieta. Pensé en levantarme, cogerla en brazos y llevarla a su cama. Pero rechacé esa idea, estábamos en la Cancillería del Reich, no en el Berghof o en la casa de la Wasserburgerstrasse, y haber intentado sacarla de mi cama solo hubiera provocado un escándalo. Llevaba cuatro años a su lado, la conocía muy bien.

—Hasta mañana, Werner.

—Hasta mañana, señorita Braun.

Pasamos unos minutos en silencio. Pero pronto, y aun sin girarse hacia mí, Eva Braun me dijo:

—Werner, ha nombrado Lichterfelde cientos de veces, pero nunca me ha contado nada de ese lugar. No me ha hablado de sus compañeros, de lo que hacían allí... Tampoco me ha hablado de su vida en Potsdam, ni de sus padres, ni de su familia. Durante todos estos años, siempre he sido yo la que hablaba y usted el que escuchaba. Werner Muntz, usted sigue siendo para mí un gran desconocido. ¿No cree que ha llegado el momento de que me cuente algo de usted?

—No hay nada interesante que contar, señorita Braun, mi vida no ha sido como la suya.

—Todas las personas tenemos cosas interesantes que contar, ¿no cree? ¿Me contará su historia, Werner?

—Está bien, si usted lo quiere así.

—Vale, pues empezaremos mañana.

No me disgustaba la idea. De una manera o de otra, tenía que entretenerla durante esos días que pasaríamos en la Cancillería.

Esa fue la primera noche que dormí junto a Eva Braun. Y durante esos días en Berlín, también sería la última. A la noche siguiente, su enfado con el Führer se le había pasado, y su capricho de dormir conmigo también. Ella era así, siempre imprevisible.

* * *

En el transcurso de aquellos días que precedieron a la guerra, pasé la mayor parte del tiempo hablando sobre mi vida en la habitación de la señorita Braun. Dos de esas tardes nos desplazamos hasta el estudio de la modista Annemarie Heise, para que la señorita Braun renovara su amplísimo armario. Un armario que, a esas alturas, triplicaría al que cualquiera de las *kaiserin* de la corte de Potsdam pudiera haber tenido en su momento de máxima gloria.

El resto del tiempo lo pasé en una pequeña taberna que el *hausintendant* del Führer, Artur Willy Kannenberg, había habilitado cerca de la cocina y que todos conocíamos como la

Bauernstübschen. Allí siempre se podía tomar un trago, a cualquier hora del día o de la noche, sentarse en los bancos y charlar con los chicos del Begleitkommando, de la guardia de honor, del RSD o de las SS. En ocasiones nos visitaban August Körber o el encargado de la centralita, Hermann Gretz. Este último era quien nos comunicaba las últimas novedades de aquellas tensas y ajetreadas jornadas. No recuerdo bien si fue Adi Dirr o Hermann Bornholdt el que le puso el mote de «el correo». Cuando alguien gritaba ¡correo! ya sabíamos que Hermann Gretz llegaba con noticias frescas.

Durante aquellos días forjé una gran amistad con Willy Kannenberg. Nuestra propensión al alcohol tuvo mucho que ver en ello. Yo había empezado entonces a beber mucho, sobre todo aguardiente. Esto me llegó a ocasionar incluso un pequeño problema con Eva Braun.

Sucedió la noche del 31 de agosto, durante la cena. Aquella tarde la situación en la Cancillería del Reich había empeorado. Las reuniones militares del Führer se multiplicaron. En la pequeña taberna, los rostros se tornaron serios. Yo pasé toda esa tarde allí, había dejado a la señorita Braun probándose los nuevos vestidos que las modistas del estudio de Annemarie Heise habían confeccionado para ella. En algún momento, y para intentar levantar un poco los ánimos, unos muchachos de la guardia de honor del Führer y yo empezamos a cantar el himno del Leibstandarte Adolf Hitler. Lo cantamos a pleno pulmón, nuestras voces retumbaron por toda la Cancillería:

*Ja das ist die Garde, die unser Führer liebt,
Ja liebt! die stolze Leibstandarte...*

Dejamos de cantar cuando vimos entrar a Hermann Gretz. Sabíamos que traía noticias y su rostro no resultaba especialmente sonriente. Nos abalanzamos sobre él, dirigiéndole una batería de preguntas. Gretz tuvo que hacer un gesto con las manos para que le dejáramos hablar.

—Vale, vale, un momento. Si queréis que os cuente lo último, lo haré. Señores, estamos aislados. Esta tarde el Führer ha dado la orden de que todas las líneas telefónicas con Varsovia, Londres y París fueran interrumpidas. Y así lo hemos hecho.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Adi Dirr.

Antes de contestar, Gretz le pidió a un camarero de las SS que le sirviera una cerveza. Después dijo:

—No lo sé. Sacad vosotros mismos las conclusiones que queráis.

Y dicho esto, se bebió la cerveza de un trago. Los rostros de los presentes adquirieron un tono más grisáceo del que ya tenían antes de que «el correo» entrara en la taberna. Deslicé la mirada al reloj que había en una de las paredes y me dispuse a abandonar el lugar. Tenía que regresar a la habitación de la señorita Braun, porque entre las siete y las siete y media los camareros de las SS nos servían la cena. Me despedí de los chicos y salí de la taberna.

En el vestíbulo de la Cancillería, entre la marabunta de uniformados que esa tarde caminaban de aquí para allá, me encontré con el embajador Hewel. Había pasado todo el día recorriendo el trayecto que separaba el Ministerio de Asuntos Exteriores y la Cancillería del Reich. Esa era su función como enlace del ministro Ribbentrop ante el Führer. Le pregunté por la noticia que nos había dado Gretz, pero Hewel no parecía estar informado de que el Führer hubiera ordenado cortar todas las líneas telefónicas con Varsovia, Londres y París. Sin embargo, dijo algo que provocó que el mareo que el aguardiente me estaba ocasionando pasara a un segundo plano y fuera sustituido por un sentimiento de angustia.

—De todas maneras, las últimas noticias que teníamos de Londres y de París no eran buenas. La Cámara de los Comunes y el Parlamento francés están reunidos de urgencia. La población civil se está preparando para la guerra, están construyendo barricadas en las calles y han comenzado a parapetar los domicilios privados y los edificios públicos. Se espera que en las próximas horas se produzca una movilización militar general, tanto en Francia como en Inglaterra. También podría extenderse a Bélgica y Holanda.

—¿Cree que el Führer ya tiene tomada la decisión de atacar Polonia, embajador?

—No lo sé, capitán Muntz. Eso solo lo sabe el Führer. Ahora, si me pregunta lo que pienso, es que la guerra está muy próxima, capitán.

—¿El ataque a Polonia?

—No, no, capitán; la guerra en Europa.

Creo recordar que permanecí unos segundos allí detenido, en mitad del vestíbulo, después de que el embajador Hewel se despidiera de mí y continuara su camino. Cuando casi había alcanzado la gran escalinata Hindenburg que comunicaba el vestíbulo con la red de pasillos que conducían a los denominados «apartamentos privados del Führer», vi al general Bormann que me hacía señas desesperadamente. Me acerqué a él.

—General Bormann...

—Capitán Muntz, le estaba buscando. Tengo instrucciones que darle para mañana, instrucciones que afectan a la señorita Braun.

El general Bormann me llevó a un aparte y me dio las órdenes. Fue el momento en que tuve la certeza de que esa misma madrugada el Führer daría la orden de atacar Polonia.

* * *

Cuando estaba llegando a la habitación de la señorita Braun, me crucé con Heinz Linge. Llevaba un uniforme militar de color gris en una percha, cubierto por un plástico. Sin saludarme, pero lanzándome una mirada de reojo, entró en la habitación del Führer. Yo continué mi camino hasta la de Eva Braun.

Cuando entré, la señorita Braun estaba paseando de un lado a otro; en la mesa del salón estaba preparada la cena.

—Werner, le estaba esperando. La cena está preparada y estoy hambrienta...

—Disculpe, señorita Braun. Me he encontrado al general Bormann y...

—Claro, Bormann. Siempre Bormann. Venga, vamos a la mesa.

Mientras le servía el vino (por petición de la señorita Braun habíamos renunciado al servicio de camareros de la Cancillería durante las comidas), me miró fijamente a los ojos y me dijo:

—Werner, ¿ha bebido?

Lo intentaba disimular, pero creo que disimular nunca se me dio muy bien. Estoy seguro de que el general Bormann también se había dado cuenta de mi estado, pero no dijo nada. Supongo que comprendió que mi cometido en la Cancillería era tedioso y que el aguardiente me ayudaba a sobrellevarlo.

—No, señorita Braun...

Eva Braun lanzó una carcajada. Poniéndose otra vez muy seria, volvió a decir:

—Sí, ha bebido.

No le respondí. Tenía que estar alerta, en ese tipo de situaciones, estando desprevenido y con la guardia baja por culpa del alcohol, la caprichosa señorita Braun podía convertirse en alguien muy peligroso.

Eva Braun se incorporó sobre la mesa y se acercó a mí. Puso su nariz a la altura de mi boca.

—Señorita Braun, ¿qué hace? Esto es una tontería...

—Uff, apesta a aguardiente, Werner. Fernet Branca, ¿no?

—Solo he tomado unos tragos en la cantina de Willy Kannenberg.

Me miró con un fingido gesto de seriedad y me dijo:

—El hombre firme y recto que no bebía y no fumaba. ¿Dónde ha quedado ese hombre, «prusiano»?

—Eso me pregunto yo, señorita Braun.

—Sabe una cosa, yo también tengo ganas de beber y...

No terminó la frase. Primero se quedó pensativa y después un rictus malévoló invadió su rostro.

—Werner, ¿quiere que hagamos algo divertido?

—Señorita Braun, siga cenando.

Su cara volvió a cambiar. Ahora puso su habitual gesto de niña ilusionada.

—Vayámonos. Salgamos de aquí, Werner. Recorramos Berlín. Esta noche.

—Señorita Braun, ¿se ha vuelto loca?

—No, es una idea genial. Nadie se daría cuenta, nadie nos echaría de menos. Podríamos perdernos por las calles de Berlín, ir a bailar... sí, eso, ¡me apetece bailar! Podríamos ir al Kaiserhof, siempre tienen unas orquestas fantásticas. Total, a mí no me reconocería nadie y usted solo sería un oficial de las SS pasando una noche de diversión con su enamorada. ¡Nadie sabe la verdad, Werner! ¡Nadie sabe nada de nosotros! ¿No le parece una idea magnífica?

—¿Y el Führer? ¿Qué pensaría el Führer cuando subiera a la habitación y no la encontrara en ella?

—El Führer termina de sus reuniones militares a altas horas de la madrugada. Llega muy cansado, anoche mismo se quedó dormido mientras se desabrochaba la guerrera. Cuando él llegara, ya estaríamos de regreso. No se enteraría de nuestra pequeña fuga.

—¿Y qué pasaría con los chicos del RSD que controlan las entradas y las salidas de la Cancillería?

—Utilizaríamos los pases. ¿Qué problema hay en que un miembro de la seguridad del Führer, fuera de servicio, y una secretaria abandonen la Cancillería?

—Pues que yo esta noche estoy de servicio, señorita Braun. Yo siempre estoy de servicio.

—Estoy atrapada, ¿verdad?

—Me temo que sí.

Frunció el ceño. Cogió en su mano la copa de vino y la miró mientras la hacía girar lentamente.

—El deber, ¿verdad, Werner? Siempre por encima de todo el sentido del deber.

—Pues sí, señorita Braun, así es. Lamento tener que romper en mil pedazos su sueño, pero tengo que informarle de lo que me ha comunicado el señor Bormann.

—Bormann, ¡cómo no! Dispare.

—Mañana tiene que estar preparada a primera hora, antes de las nueve. El Führer ha ordenado esta tarde al ministro Göring que convoque al Reichstag. Tenemos que estar allí.

—¿Mañana? Pero si mañana es viernes. ¿Por qué se convoca al Reichstag en viernes?

—No lo sé, señorita Braun. Pero sí que tenemos que estar allí. El Führer va a ofrecer un importante discurso.

La mirada de Eva Braun se tornó sombría.

—Con que es eso... Es la guerra, ¿verdad, Werner?

—No lo sé, señorita Braun. Hasta mañana no lo sabremos.

Permanecimos en silencio el resto de la cena. Sentí que la señorita Braun empezaba a caer en otro de sus habituales estados de melancolía. Ese estado ya no la abandonaría durante los siguientes días. Cuando ya me disponía a retirarme, me dijo una última cosa:

—Sé que lo de salir los dos a recorrer Berlín era solo un sueño, pero ¿sabe?, me gustó tenerlo. Me gustaría recorrer con usted Berlín, solos, con la noche como una única compañera. Olvidándonos de todo, una noche, una sola noche. Olvidándome de ser quien soy, de amar a quien amo, poder escapar por un momento de esta vida de renuncia. Y usted, olvidándose de ese uniforme que nunca se quita, de esa calavera plateada... Una noche, solo una noche. ¿Y a usted, Werner? ¿Le gustaría?

—Sí, creo que también me gustaría, señorita Braun.

—¿Y con quién le gustaría más recorrer la ciudad? ¿Conmigo o con mi camarera?

—Con usted, señorita Braun.

Eva Braun sonrió y guardó silencio. Antes de que yo abriera la puerta que comunicaba con mi habitación, dijo:

—¿Lo ve, Werner?, todo se aprende en esta vida. Sé que es mentira que prefiriera recorrerla conmigo, yo nunca podría darle lo que le da mi camarera. Mi corazón pertenece al Führer, así será siempre. El de mi camarera, posiblemente le pertenezca a usted. Pero su respuesta demuestra que ya está usted empezando a conocer a las mujeres.

Esa madrugada, a las 5:45 horas, el Führer dio la orden de iniciar las hostilidades contra la nación polaca. Nuestros ejércitos atacaron Polonia a lo largo de la frontera, por tierra, mar y aire. Era la hora de la guerra. Las armas comenzaron a tronar en Europa. Tardarían seis largos e interminables años en volver a silenciarse.

* * *

Aquella mañana del 1 de septiembre de 1939, mientras la señorita Braun y yo recorríamos en el interior de un coche oficial la distancia que separaba la Cancillería del Reich del teatro de la Ópera Kroll, me dediqué a observar las nubes negras, muy bajas, que cubrían el cielo de Berlín. Eran como una premonición, como una oscura premonición. Como si el sol no quisiera celebrar el día en el que habían empezado a retumbar los tambores de guerra en Europa.

Unas horas antes habíamos sido informados del ataque de nuestro ejército a Polonia. Ahora todos estábamos a la expectativa de la reacción de los gobiernos de Londres y París. Pero antes, el Führer tenía que explicar los motivos que le habían llevado a invadir la nación polaca.

Durante todo ese recorrido la señorita Braun no abrió la boca. Estaba muy seria, pocas veces la pude ver tan seria como entonces. En la puerta del hotel Adlon, unos niños que portaban en sus

manos los primeros periódicos de la mañana gritaban:

—¡Guerra! ¡Guerra! ¡Los polacos abren fuego en la frontera y nuestro ejército responde!

Eva Braun, que esa mañana grisácea se había puesto unas estrafalarias y anacrónicas gafas de sol negras, me miró y me preguntó:

—Entonces, ¿mi hermana Ilse nos espera en la puerta del Reichstag?

—Sí, señorita Braun, en la puerta de la Ópera Kroll.

Solamente lo dije para no tener que escuchar las voces de los pequeños heraldos que anunciaban la guerra. En aquellos momentos, la guerra le aterrorizaba, o al menos la idea de que el Führer tuviera que trasladarse al frente. Esa mañana me había preguntado más de diez veces si su hermana Ilse nos esperaba en la puerta del Reichstag. Lo hacía cada vez que alguien pronunciaba la palabra «guerra».

Nuestro coche se detuvo ante una puerta lateral del teatro de la Ópera Kroll. Ese teatro hacía las veces del Reichstag desde que este fuera incendiado por un comunista holandés, llamado Marinus van der Lubbe, la noche del 27 de febrero de 1933. Desde entonces, las obras para la reconstrucción del Reichstag todavía no habían concluido.

Ilse Braun nos esperaba en el lugar convenido. Recuerdo que exhibía un bonito vestido color malva, un sombrero a juego y un gesto de preocupación en el rostro. Cuando descendimos del coche, sin hablarse, Ilse y la señorita Braun se fundieron en un abrazo. Pese a nuestra mutua animadversión, Ilse se dirigió a mí de una forma correcta:

—Capitán Muntz, ¿qué tal se encuentra?

—Muy bien, señorita Ilse.

Siempre me dirigí a las hermanas de Eva Braun por sus nombres de pila, Ilse y Gretl. Por supuesto, era deliberado: solo utilizaba el apellido Braun con Eva como un gesto diferencial de su posición.

Entramos en el monumental recinto de la Ópera Kroll acompañados por las secretarías de Hitler, Dara y las señoritas Wolf y Schroeder. Ocuparíamos unas localidades junto a ellas, se suponía que a efectos oficiales Eva Braun estaba adscrita como miembro del cuerpo de secretarías del Estado Mayor del Führer. Lo que no me esperaba era que nos ubicaran en el patio de butacas. Más adelante me enteré de que esto se hizo para dar la sensación de que todos los representantes del Reichstag ocupaban sus asientos, algo que no era cierto. Al haberse convocado la sesión la tarde del jueves, muchos de ellos se habían desplazado ya a sus distritos de origen para pasar el fin de semana. Por lo tanto, les había sido imposible llegar a Berlín para una sesión que el ministro Göring tenía pensado abrir a las diez de la mañana. Además de nosotros, algunos de los representantes que ocupaban el patio de butacas eran figurantes: miembros de las SS desplazados desde la Cancillería del Reich y el Ministerio del Interior.

Cuando tomamos asiento, el ministro Göring, que ostentaba la presidencia del Reichstag, ya había abierto la sesión. Mientras leía una declaración institucional de apoyo al Führer, yo deslicé la vista por la enorme águila plateada del Reich que sostenía entre sus garras la corona de hojas de encina y la cruz esvástica, y que decoraba la pared tras la tribuna desde la que hablaría el Führer. Del águila partía una aureola solar formada por cientos de rayos que creaba una impresionante sensación de profundidad. Recuerdo que pensé que aquel era un marco imperial pensado expresamente para el Führer, para un hombre solitario que se deleitaba mirando por las noches la sombra de una lejana montaña bávara donde, según una leyenda, reposaba el cuerpo incorrupto de un emperador.

Nos pusimos en pie cuando el Führer entró en el recinto. Impecablemente vestido con su uniforme militar gris (el mismo que la tarde anterior había visto que Heinz Linge introducía en su habitación de la Cancillería), caminando con paso firme y sereno, con un rictus de enorme tranquilidad en su rostro, el Führer tomó posición en la tribuna, bajo la enorme águila plateada del Reich. Los aplausos y los vítores arreciaron en el palacio de la Ópera Kroll.

Durante más de una hora, Adolf Hitler ofreció uno de sus discursos más enérgicos y emotivos. Aquella mañana fue el Führer de las grandes ocasiones, el que brillaba durante los congresos del Partido en Núremberg, el que hipnotizó a las masas durante la campaña electoral de 1932. Cuando el discurso terminó, todos salimos de allí con la sensación de que ganaríamos esa guerra, de que ganaríamos cualquier guerra que ese hombre dirigiera. Aquel día más que ningún otro, comprendí que ese hombre ejercía un poder absoluto sobre todos nosotros.

Recuerdo que comenzó su discurso explicando los motivos que nos habían llevado a la guerra con Polonia.

—Polonia ha abierto fuego por medio de sus soldados regulares esta noche y dentro de nuestro territorio. Desde las seis menos cuarto de la mañana, nosotros contestamos por nuestra parte a sus disparos. A partir de este momento, a cada bomba contestará otra bomba. Para defendernos de los ataques armados polacos, las tropas del Reich han entrado en acción. Esta acción no debe considerarse como un acto de beligerancia, sino simplemente como respuesta a los ataques del ejército polaco.

Las aclamaciones arreciaron. Estábamos dispuestos a creer cualquier cosa que él nos contara. Para nuestra desgracia, éramos así. Yo mismo ni siquiera pensé que todas aquellas palabras eran solo patrañas. El Führer prosiguió:

—El Estado polaco ha rechazado el acuerdo pacífico que yo buscaba. Han preferido usar las armas. Una serie de violaciones de fronteras que una gran potencia no puede soportar demuestran que los polacos no quieren respetar ya las fronteras del Reich. Para poner fin a estas estúpidas intrigas, no me queda otro remedio que oponer desde ahora la fuerza a la fuerza.

En ese momento estaba tan embebido por las palabras del Führer, que me olvidé de la señorita Braun. Ella miraba atónita a su hermana Ilse, a la que dijo:

—Esto significa la guerra, Ilse. ¿Qué será de nosotras ahora?

Ilse no contestó. Eva Braun se giró hacia mí:

—¿Qué será de nosotras, Werner?

Mi respuesta también fue el silencio. Retomé el discurso del Führer cuando este empezaba a referirse a los aliados occidentales:

—En repetidas ocasiones he ofrecido a Inglaterra nuestra amistad, y en caso necesario, nuestra cooperación. El amor, sin embargo, no es un sentimiento unilateral, sino que debe ser correspondido por la otra parte.

Durante esa parte de su discurso, pude percibir que un estado de pesimismo nos invadió a todos. Quizá sea algo arriesgado decir esto, pero creo firmemente que en aquel momento nadie quería un enfrentamiento ni con Inglaterra ni con Francia. Los fantasmas de la Gran Guerra eran todavía muy poderosos. Supongo que el Führer era consciente de que ese ambiente de abatimiento se había apoderado del teatro de la Ópera Kroll. Así que quiso terminar como había empezado, subiendo la moral de todos los presentes, provocando nuestro aplauso, buscando nuestro compromiso, llevándonos hacia ese lugar limítrofe con el paroxismo. Adolf Hitler sabía hacer

esas cosas, era un maestro en esas lides:

—Quien lucha con veneno será combatido con veneno. Quien quebrante las normas humanitarias de la guerra solo podrá esperar de nosotros lo mismo. ¡Llevaré adelante esta lucha, no importa contra quién, hasta que la seguridad del Reich y sus derechos estén garantizados!

Uno por uno, todos los presentes empezamos a ponernos en pie. Ya había creado el clima oportuno, ya regresaban los aplausos y los vítores:

—No exijo a ningún alemán otra cosa que lo que yo mismo he estado dispuesto a hacer durante todos estos años. A partir de este momento, toda mi vida pertenece más que nunca a mi pueblo. Desde ahora, no quiero ser nada más que el primer soldado del Reich. De esta forma, he vuelto a ponerme el uniforme que me es más querido y más sagrado. ¡No me lo quitaré hasta la victoria o no viviré para ver el final!

El gran *show* llegaba a su clímax. Surgió de pronto, casi inconscientemente, brotó de todos nosotros, de nuestras gargantas, sí, también de la mía:

Deutschland, Deutschland, über alles, über alles in der Welt...

El himno nacional. No negaré que esa mañana lo canté con toda la emoción de que era capaz, siempre fui un soldado y un patriota, de eso no me arrepentiré nunca. Con la excitación del momento, miré hacia la señorita Braun. Era la única que no lo cantaba. Se había cubierto el rostro con las manos. Estaba llorando.

Dejé de cantar. Le quité las manos del rostro. Estaba cubierto de lágrimas. Su cara había adquirido un color excesivamente blanquecino, estaba demacrada.

—¿Qué le pasa, señorita Braun?

—Pero ¿no lo ha oído, no ha oído lo que ha dicho el Führer? ¿Y si le pasa algo? ¿No lo comprende, Werner? ¡Si él muere, yo también moriré!

—Pero señorita Braun...

—Sáqueme de aquí, Werner. No me encuentro bien, necesito salir de aquí.

En compañía de Ilse, abandonamos el patio de butacas.

En el vestíbulo de la Ópera Kroll se vivía un gran ajetreo. Nos encontramos con Karl Brandt. El médico del Führer se dio cuenta del estado en que se encontraba la señorita Braun. Iba cogida de mi brazo, andaba de manera torpe, como si estuviera mareada.

Karl Brandt se acercó a ella y la besó en la mejilla.

—¿Qué te pasa, Eva? Es por...

—Nadie parece comprenderme, Karl...

—No te preocupes, Eva. El Führer me ha dado su palabra de que la guerra será breve. Una Blitzkrieg de poco más de dos semanas. Ya verás, dentro de poco regresaremos al Obersalzberg y todo esto solo será un lejano recuerdo.

—No te esfuerces, Karl, no soy tonta. ¿Y si los ingleses y los franceses nos declaran la guerra?

Karl Brandt lanzó una risotada.

—Tranquila, Eva. Los ingleses y los franceses saben que nosotros...

Eva Braun no le dejó terminar. Volvió sus ojos hacia mí y me dijo:

—Capitán Muntz, por favor, quiero regresar a la Cancillería. No me encuentro nada bien.

Nos despedimos del doctor Brandt y caminamos hacia la puerta. Antes de abandonar el edificio de la Ópera, vi al doctor Morell. Estaba hablando con el embajador Hewel y con Nikolaus von Below. Le hice un gesto con la cabeza, al que él correspondió. En una ocasión, el general Bormann me advirtió de que, si necesitaba a uno de los médicos del Führer, me dirigiera exclusivamente al doctor Morell, era el único que estaba al corriente de los auténticos motivos por los que me convertí en jefe de la seguridad personal de Eva Braun. En ese momento le necesitaba, el estado de la señorita Braun no tenía buena pinta. Morell se despidió de Hewel y de Von Below, y discretamente, salió detrás de nosotros.

No me equivoqué. Aquel día el doctor Morell tuvo que sedar a Eva Braun.

* * *

Una vez en la Cancillería, acostamos a la señorita Braun en su cama. El doctor Morell le hizo un reconocimiento médico completo y decidió administrarle un potente sedante. Después de abandonar la habitación, se reunió conmigo en el pasillo. Me explicó que Eva Braun parecía estar sometida a una gran presión emocional y que necesitaba descansar unos días. Me dijo también que tendría que estrechar la vigilancia sobre ella:

—Deberá vigilarla todo lo que le sea posible, capitán. Conociendo los antecedentes psiquiátricos de la señorita Braun, lo mejor será que no le quite el ojo de encima. Y eso teniendo en cuenta que todavía no sabe que el Führer tiene pensado partir para el frente en las próximas horas. Yo le recomiendo que hable con el Führer, posiblemente lo que mejor le vendría a la señorita Braun es volver cuanto antes al Obersalzberg, allí es donde ella se encuentra mejor, está en su ambiente. El clima bélico que se va a vivir aquí, en Berlín, no creo que sea lo mejor para ella. Otra cosa, si cuando se despierte detecta el mínimo cambio negativo en su comportamiento, localíceme de inmediato. El sedante que le he proporcionado puede ocasionarle dolor de cabeza, pero por eso no debe preocuparse.

Aproveché que la señorita Braun dormía bajo los efectos del sedante para bajar al vestíbulo de la Cancillería y hablar con el general Bormann, me imaginé que estaría allí, esperando el regreso del Führer del teatro de la Ópera Kroll. Era parte de mi labor de custodia informarle de lo sucedido con la señorita Braun, la conversación que había mantenido con el doctor Morell y, si fuera preciso, recibir las órdenes pertinentes. Reconozco que en un principio sopesé ponerme en contacto directamente con el Reichsführer Himmler, pero pronto lo deseché. Consideré que podía no ser una buena idea saltarme la cadena de mando por un asunto que podía no ser tan grave como a mí me parecía, y de paso enfurecer al general Bormann que, desde que llegamos al Berghof, parecía querer ser la primera persona en recibir información sobre cualquier asunto relativo a Eva Braun. Así que decidí dejar a la consideración del general si la situación en la que se encontraba la señorita Braun hacía necesario ponerla en conocimiento del Reichsführer o no.

Coincidió que en el momento en que yo llegaba al vestíbulo, el Führer hacía su entrada triunfal por la puerta principal de la Cancillería, recibido entre vítores, aplausos y saludos con el brazo alzado. El Führer caminaba con paso seguro, acompañado por Rudolf Hess, Joseph Goebbels, Joachim von Ribbentrop y otros jefes del Estado y del Partido. Como siempre que ofrecía uno de sus discursos, iba envuelto en sudor, la camisa gris de su uniforme militar se veía completamente empapada. Al llegar a las inmediaciones de donde yo me encontraba, a los pies de la escalinata Hindenburg, se acercó a Heinz Linge y le dijo:

—Linge, prepáreme el baño.

Esas fueron sus únicas palabras.

Esa tarde, la señorita Braun tuvo otra crisis, algo parecido a un ataque de nervios. Localicé al doctor Morell y este volvió a sedarla. Siguiendo órdenes del general Bormann, permanecí toda la tarde a su lado, habíamos decidido que yo no abandonaría su habitación hasta no estar seguro de que había mejorado. Poco antes de que nos sirvieran la cena, despertó. Parecía un poco más tranquila y relajada. Ella cenó en su cama y yo en la mesa que había en el salón de su cuarto. Esa noche, la pasé en un butacón, junto a la cabecera de su cama. Linge me comunicó que, debido a las reuniones militares informativas y al propio estado de la señorita Braun, el Führer pasaría la noche solo en su habitación privada.

Eva Braun durmió de un tirón, casi sin dar vueltas ni levantarse en toda la noche. Yo apenas pude pegar ojo, solo me dormí cuando las primeras luces del domingo 3 de septiembre aparecieron en el cielo de Berlín. Al despertar, vi a la señorita Braun sentada sobre su cama, observándome.

—¿Sabe?, está usted muy guapo cuando duerme, Werner.

—Señorita Braun, ¿qué hora es?

—Las seis y media de la mañana.

Aquel día el carácter de Eva Braun volvió a cambiar, como si nada hubiese sucedido los días anteriores. Así era la montaña rusa emocional en la que vivió sumergida durante todos aquellos años. Como por arte de magia, Eva Braun volvió a convertirse en la joven ilusionada, coqueta y caprichosa de siempre. Y ese cambio se produjo precisamente el día en que la Cancillería viviría sus horas más tensas, justo el día que Francia e Inglaterra nos declararon la guerra.

Desde primeras horas de la mañana un nerviosismo contagioso se había apoderado de todos los que atestábamos el vestíbulo de la Cancillería. El Führer se encontraba reunido en su despacho de la primera planta con los principales cargos políticos y militares del Reich. También fuera del despacho, se habían congregado un buen número de personas. Yo me había unido a uno de los corros que se habían formado en el vestíbulo, después de haber desayunado con la señorita Braun. La había dejado tomando un baño y, ante su repentino cambio de carácter, le había dicho que bajaba para poder enterarme de las últimas noticias. El corro en que me encontraba estaba formado básicamente por miembros de la «corte de la montaña»: Albert Speer, Nikolaus von Below, el embajador Hewel, Otto Dietrich, Johan Rattenhuber, los doctores Brandt y Morell, y Heinrich Hoffmann. Durante algún rato también nos acompañaron Martin Bormann, Lammers y Brückner. Por ellos me pude enterar de que a primera hora de esa mañana tanto el embajador británico como el francés habían entregado en la Cancillería sendos ultimátums en los que amenazaban con declararnos la guerra si en unas horas (el ultimátum expiraba al mediodía) el Führer no ordenaba el cese inmediato de las operaciones militares en Polonia. Todos nosotros sabíamos que el Führer nunca iba a dar marcha atrás, que la Blitzkrieg continuaría su curso hasta conseguir el objetivo que Adolf Hitler se había propuesto: la derrota total de la nación polaca. Nikolaus von Below nos informó de que esa misma noche el ataque aéreo se había generalizado en todo el territorio polaco, incluyendo la capital, Varsovia, que había sido duramente bombardeada por los Stukas de Göring.

Durante aquella mañana todos estábamos esperando la llegada a la Cancillería del intérprete del Führer, Paul Otto Schmidt. Schmidt era el encargado de traer el documento en el que, presumiblemente, Inglaterra le declaraba la guerra al Reich alemán. En aquellos momentos,

Schmidt se encontraba reunido en la legación diplomática británica con el embajador inglés Neville Henderson. Todavía muchos de nosotros manteníamos la esperanza de que los británicos reconsideraran su decisión, evitando así que otra terrible guerra acabara desatándose sobre Europa.

Mientras el señor Speer daba largas explicaciones sobre la importante maniobra táctica del Führer al dejar a Stalin fuera de todo esto, maniatado por el pacto de no agresión que habían firmado unos días antes los ministros Ribbentrop y Molotov, yo me aparté sigilosamente del corro y me acerqué a la ventana que daba al Ehrenhof, el patio de honor de la Cancillería. Concentré mi mirada en mis compañeros del Leibstandarte, que en esos momentos estaban efectuando el cambio de la guardia.

—Solo faltaba que Rusia estuviera también metida en este drama que se está representando en Europa —con estas palabras terminó Speer su exposición.

Fue el propio Speer quien propuso la idea de ir al patio de honor y continuar allí nuestra conversación al fresco de la mañana. En el momento en que salíamos al patio, entraban por la puerta principal de la Cancillería Walter Schellenberg, jefe de inteligencia de las SS (SD), y Wilhelm Canaris, el jefe de la inteligencia militar (Abwehr). Con paso raudo y entre brazos alzados, caminaron hacia la escalinata Hindenburg, seguramente en busca del despacho del Führer.

Aquel domingo 3 de septiembre había amanecido un día apacible, con un cielo claro y despejado sobre Berlín. Nada fuera de la Cancillería hacía presagiar los negros nubarrones de tormenta que se cernían sobre toda la nación. Ese era el tipo de día que los berlineses solían escoger para dar largos paseos por los bosques de Brandenburgo o bañarse en los lagos que rodean la ciudad. Quizá muchos de ellos se estuvieran dirigiendo hacia esos lugares en aquellos momentos, aprovechando ese último día de clima estival antes de que el oscuro otoño berlinés hiciera acto de presencia. Ciudadanos que sin duda vivían ajenos a lo que sucedía a su alrededor, desconocedores del inminente inicio de una guerra que cambiaría sus vidas para siempre. Yo andaba perdido en esos pensamientos cuando escuchamos la algarabía que llegaba del vestíbulo de la Cancillería.

—Schmidt ha llegado, caballeros —dijo el embajador Hewel.

Volvimos a entrar en el vestíbulo. Pudimos ver al pobre Schmidt, que a duras penas intentaba alcanzar la escalinata Hindenburg en busca del despacho del Führer. Llevaba un pliego de documentos en la mano, todos lo rodeaban preguntándole qué habían dicho los ingleses, pero él se limitaba a mirar a todos los lados y seguir avanzando. Cuando el intérprete del Führer alcanzó la primera planta, nosotros empezábamos a ascender por la escalinata.

Todos los que habíamos esperado esa mañana en el vestíbulo nos fusionamos con los que lo habían hecho delante del despacho del Führer. Joseph Goebbels fue el último en intentar sonsacar algo a Schmidt, y el único que lo consiguió, aunque solo fueran unas palabras crípticas que en nada ayudaron a tranquilizarnos:

—¿Cómo ha ido la reunión con el embajador Henderson? —preguntó el ministro de Propaganda.

—La clase ha terminado —contestó Schmidt.

Solo el ministro Goebbels pareció entender esas palabras. A partir de ese momento cruzó sus manos tras la espalda y, con aspecto abatido, se limitó a mirar a través del gran ventanal que daba al jardín de invierno.

Otto Günsche abrió la puerta corredera del despacho del Führer y Schmidt desapareció en su interior. Tardaría más de treinta y cinco largos e intensos minutos en salir.

Cuando por fin lo hizo, y ante la avalancha de preguntas que los allí reunidos volvieron a hacerle, optó por hacer un gesto de paciencia con sus manos y decir:

—Está bien, señores, está bien. Puedo comunicarles que los ingleses nos declararán la guerra en dos horas.

Un silencio sepulcral invadió la Cancillería. En un rincón, el ministro Göring, que estaba sentado en un butacón, luciendo su uniforme de gala de la Luftwaffe, fue el único en hablar:

—Si perdemos esta guerra, que Dios se apiade de todos nosotros, caballeros.

Yo había perdido la mirada en el interior del despacho del Führer, porque al salir Schmidt había dejado la puerta entreabierta. Adolf Hitler estaba sentado tras su mesa de trabajo, rodeado de los altos cargos militares que no paraban de hablarle y depositar documentos encima de la mesa. Pero el Führer parecía ausente, taciturno, con la mirada clavada en algún punto de su despacho. Sus ojos desprendían un brillo especial, un brillo desconocido, un brillo que yo no había visto antes. La imagen del Führer desapareció de mi campo de visión cuando alguien, que se había percatado de que la puerta del despacho no estaba bien cerrada, la cerró de golpe.

Volvimos a los corros de conversación. Pensé que debía subir a la habitación de la señorita Braun y darle la noticia, aunque reconozco que me asustaba la reacción que pudiera tener al conocer la declaración de guerra de Inglaterra. Creo que continué en uno de esos corros con la única intención de retrasar lo máximo posible el momento en que tendría que comunicárselo. Gracias a eso, pude asistir a lo que sucedió cuando el Führer abandonó su despacho.

Adolf Hitler salió de la estancia con el mismo aspecto taciturno con el que yo lo había visto unos minutos antes. Los jefes militares salieron tras él. Todos nosotros, en total silencio, hicimos el saludo reglamentario con el brazo alzado. Espontáneamente se hizo un pasillo a través del cual caminó el Führer. Rudolf Hess primero, Joseph Goebbels, Walter Hewel, Herrmann Göring y Martin Bormann después, se fueron uniendo a él. Los seis hombres entraron en el jardín de invierno de la Cancillería. El resto nos agolpamos ante la cristalera que lo rodeaba.

Mientras los cinco permanecían estáticos en torno al Führer, este paseaba en silencio de un lado a otro con los brazos cruzados tras su espalda. En un momento determinado se detuvo en seco. Alzó su mirada al cielo. Descruzó los brazos y comenzó a golpear su puño izquierdo sobre su mano derecha, mientras gritaba:

—¡Traición! ¡Traición! ¡Traición!

El silencio ahora era mayor, tan solo se escuchaba nuestra propia respiración.

—¡Todo esto es una maldita traición! ¿Pero cómo han podido hacer esto? ¿Por qué lo han hecho? ¡Ellos, precisamente ellos! ¡Ellos nos enseñaron, nosotros solo fuimos sus discípulos! ¡Ellos alumbraron nuestro camino! ¿Cómo pueden enfrentar a las naciones civilizadas por defender a un pueblo que está en la misma escala evolutiva que los hindúes o los somalíes? ¡Mil veces ofrecí a Inglaterra un pacto de sangre! ¿Han escuchado bien? ¡Un pacto de sangre! ¡No como ese papel que hemos firmado con Stalin y que puedo romper en mil pedazos en cualquier momento! ¡No, un pacto de sangre! ¿De verdad no lo han entendido? ¿Nadie, nadie en esa condenada nación ha sido capaz de entenderlo? ¿Ninguno de ellos ha comprendido de qué va todo esto? ¿Ninguno de ellos ha visto las señales en el cielo? ¿Ninguno de ellos ha entendido el signo de este tiempo? ¡Nosotros nunca lo habríamos hecho, jamás habríamos roto un pacto de sangre! ¡Nunca nos habríamos entrometido en sus conflictos coloniales! ¡Nunca! ¡Jamás!

Cuando terminó de hablar, estaba jadeando. Göring y Hewel lo miraban en silencio, Hess tenía la vista clavada en el cielo, Goebbels, perdida en el suelo, pensativo. Albert Speer se encontraba a mi lado. Nos miramos fijamente. En un tono muy bajo, me dijo unas palabras que provocaron en mí un ligero estremecimiento:

—Esto va a tener consecuencias. Consecuencias apocalípticas. Los ingleses no saben lo que han hecho. No tienen ni idea de lo que han provocado. Todo arderá, capitán. El fuego lo devorará todo. Ya nada volverá a ser nunca igual.

En el jardín de invierno, el Führer volvió a hablar:

—¿Qué es lo que quieren? ¿Que los grandes centros del pensamiento humano sean devorados por las llamas? ¡Lo serán! ¡Prometo que todo sera barrido, aniquilado! ¿Quieren que cubramos Europa de trincheras? ¡Lo haremos! ¿Quieren que la sangre inunde las trincheras? ¡Lo haremos! ¿Quieren una guerra de un año? ¡Tendrán una guerra de un año! ¿Quieren una guerra de diez años? ¡Tendrán una guerra de diez años! ¿Quieren una guerra de treinta años? ¡Tendrán una guerra de treinta años! ¡Combatiremos durante treinta años! ¿Quieren la aniquilación total de la civilización? ¡La tendrán! ¡Nunca daremos un paso atrás! ¡Nunca! ¡Empezaremos esto y terminaremos esto! ¡Aunque ninguno de nosotros viva para ver el final! ¡Aunque al final de todo ya no quede nada!

Albert Speer movió afirmativamente la cabeza y me dijo:

—Lo hará. Prenderá fuego a este continente como Nerón incendió Roma. Estamos asistiendo al inicio de un conflicto como no ha existido otro en la historia de la humanidad, capitán Muntz.

En el jardín de invierno, el Führer volvió a cruzar los brazos tras su espalda y comenzó a caminar. Como dos perritos falderos, Joseph Goebbels y Rudolf Hess lo hicieron junto a él.

Dos horas después, Inglaterra nos declaró la guerra. A primeras horas de la tarde, lo hizo Francia.

Para mí llegó el momento de comunicarle las últimas noticias a Eva Braun. Cuando entré en su habitación, estaba sentada frente a su tocador. Se estaba maquillando. Me quité la gorra de plato y, atravesando las penumbras de la estancia, me dirigí hacia ella.

—Señorita Braun...

Me miró con el rostro ilusionado. Al menos su estado de ánimo no había cambiado.

—¡Werner!

—Señorita Braun, se nos ha informado de que Inglaterra y Francia nos van a declarar la guerra.

Por una fracción de segundo, percibí un ligero destello de desconcierto en sus ojos.

—¿Es ya oficial, Werner?

—No, todavía no, pero en un par de horas será oficial.

Clavó su mirada en el espejo, contemplando su propio rostro.

—Comprendo.

De pronto, desvió la vista hacia la misteriosa caja de música que tenía siempre en un lado de su tocador. Con rostro ilusionado, me dijo:

—Es posible que hoy tenga que comer o cenar con el Führer. ¿Cree que debería ponerme mi juego de turmalinas, Werner?

Mientras lo decía, una lágrima corrió por su mejilla. Fue la primera vez que las lágrimas acompañaron su infantil rostro de ilusión.

Ese día Eva Braun no comió con el Führer. Y tampoco cenó. A última hora de esa tarde, el Führer partió hacia el frente de guerra polaco.

En el momento de su marcha, yo me encontraba fumando un cigarrillo en la puerta que daba acceso al patio de honor de la Cancillería en compañía de una de sus secretarías, Gerda Daranowski. La joven estaba muy nerviosa, en calidad de secretaria del Führer, tenía que acompañarlo al frente polaco. En ese momento, un gran número de coches oficiales se encontraban ya estacionados en la puerta de la Cancillería, para trasladar al Führer y a su comitiva hasta la estación de Stteter, donde estaba estacionado el *Amerika*, el tren privado de Adolf Hitler. Durante gran parte de la campaña polaca, ese tren sería el puesto de mando y el cuartel general del Führer.

Estábamos apurando las últimas caladas de nuestros cigarrillos, cuando escuchamos una algarabía tras nosotros. El Führer y su séquito se acercaban. Dara y yo arrojamos los cigarrillos al suelo, los pisamos y mantuvimos las colillas debajo de nuestros pies. Eso lo hacíamos siempre. El Führer salió acompañado de Rudolf Hess. Llevaba su uniforme militar gris y su capote del mismo color. Me sorprendió que fuera tan abrigado para la época del año en que nos encontrábamos. Me cuadré y realicé el saludo reglamentario. Pude escuchar cómo el Führer le decía a Rudolf Hess:

—Ahora toda mi obra se derrumba, Rudolf. A veces pienso que escribí mi libro para nada.

El Führer se detuvo para ponerse sus guantes negros, solo en verano se deshacía de ellos. En ese momento se percató de mi presencia. Caminó hacia mí y me dijo:

—Capitán Muntz, despídame de ella.

—Sí, *mein Führer*, como usted ordene, *mein Führer*.

Por primera vez desde que comenzó mi servicio como jefe de seguridad personal de Eva Braun, me atreví a hacerle una sugerencia:

—*Mein Führer*, considero que, dado el estado de salud de la señorita Braun, sería conveniente que nos trasladáramos...

—Sí, capitán, ya lo había pensado. Regresen al Obersalzberg y espérenme allí. Yo me reuniré con ustedes en cuanto me sea posible. Como su padre seguramente le habrá enseñado, la guerra es imprevisible.

—Sí, *mein Führer*, lo sé. Así se hará, *mein Führer*, partiremos cuanto antes para el Obersalzberg.

Cuando ya se disponía a marcharse, se detuvo y volvió junto a mí. Persistía en él ese brillo extraño de sus ojos, ese rictus abatido en su rostro.

—Muchacho, la guerra que comienza hoy decidirá el futuro del Reich, de Europa y posiblemente del mundo para los próximos siglos. Estoy convencido de que será una guerra larga y sé que muchos de mis más fieles colaboradores me abandonarán y me traicionarán por el camino. Espero de corazón que usted no sea uno de ellos. Si al final el destino decide que tengamos que empuñar nosotros mismos las armas, estoy dispuesto a morir con el fusil en la mano, al frente de mis hombres. Me gustaría que usted fuera uno de ellos.

—Lo seré, *mein Führer*. A mí también me gustaría morir combatiendo a su lado.

—Lo sé, capitán. Lo leo en sus ojos.

Adolf Hitler se marchó rodeado de su séquito. Dando grandes zancadas, con paso firme y seguro, abandonó el patio de honor de la Cancillería del Reich. Dara se unió a su comitiva, pero antes de hacerlo, de manera espontánea, me besó en la mejilla. Sus ojos desprendían una gran

tristeza.

Lo que le dije aquella tarde al Führer no fueron palabras falsas y aduladoras. Eran verdaderas. En aquel momento, hubiera acompañado a ese hombre al mismísimo infierno si me lo hubiera pedido, y hubiera combatido junto a él contra el propio Satanás. Yo nunca falté a mi palabra. Pero él, sí. Solo entonces, durante los últimos días de existencia del Reich, en el búnker de la Cancillería, me sentí liberado de mis palabras y mis juramentos. Quizá ahora empiecen a comprender por qué estoy contando todo esto, por qué he decidido realizar voluntariamente esta declaración.

10

AMERIKA

Unos días más tarde regresamos a Baviera. Después de pasar dos días en Múnich, donde recogimos a la señorita Kastrup y a Liesl Rauch, nos desplazamos hasta el Berghof. Allí volvimos a la monótona tranquilidad de la corte alpina. Entre la quietud y la serenidad de las cumbres del Obersalzberg, la guerra en Polonia se veía como algo lejano, algo imposible. Solo recibíamos información de la guerra a través de la radio, como si se tratara de una de esas radionovelas de época que tanto le gustaban a la señorita Braun. Eva Braun volvió a reunirse con sus amigas: Herta Schneider, Marion Schönmann, Anni Brandt, Margarete Speer, Gerda Bormann, Gerdy Troots y Else von Möllendorff pasaron esos días por el Berghof. El estado emocional de la señorita Braun no experimentó cambios sustanciales, lo sucedido en Berlín fue quedando en el olvido y esto provocó que yo pudiera relajarme y así volver a mis labores de seguridad habituales. Y a mis encuentros sexuales con Liesl Rauch.

Retomamos nuestras citas con más fuerza que antes. Ya ni tan siquiera hablábamos, las noches en el palacio alpino se acabaron convirtiendo en una especie de sexo mecánico. Por descontado, también mantuvimos la tradicional sesión de sexo matutino en la bañera. Y por primera vez, en otras estancias del Berghof.

Una de las primeras mañanas tras regresar de Berlín, yo utilicé uno de los baños que había en el sector de invitados. Normalmente nunca solía hacerlo, pero esa mañana había visto a Liesl preparando unos licores para la señorita Braun y sus amigas, que, en ese momento, se encontraban en el jardín de invierno enfrascadas en sus insulsas conversaciones. Al pasar junto a uno de los comedores de ese sector, miré a Liesl, le sonreí y me introduje en el baño. Allí la esperé.

Liesl no tardó en reunirse conmigo. Me sonrió de manera maliciosa y sin decir palabra se quitó las bragas, que guardó en uno de los bolsillos de su uniforme. Era la primera vez que lo hacíamos con nuestros uniformes habituales. Todo era muy extraño, lo hicimos como si fuera la primera vez, cuando, unas pocas horas antes, lo habíamos hecho en la bañera de mi habitación. Esa mañana Liesl volvió a gemir más de lo normal, y cualquiera de los invitados podría habernos escuchado al pasar junto a la puerta. Como pude, introduje la mano en el bolsillo del uniforme de Liesl y cogí sus bragas, que terminé por meterle en la boca para amortiguar el ruido. Esta vez no protestó, pero yo sabía que la cosa no iba a quedar así. Cuando terminamos, la camarera de Eva Braun escupió las bragas y me dio un bocado en el cuello con todas sus fuerzas. Me hizo sangre. Tuve que regresar a mi habitación y cambiarme la camisa del uniforme. Utilizando el botiquín, me hice una cura de urgencia. El bocado era profundo, tardó días en cicatrizar. Recuerdo que, cuando

abandoné el baño del sector de invitados, la dejé delante del espejo, limpiándose la sangre que cubría sus labios, mientras me miraba con esos ojos lascivos y enigmáticos.

Durante los encuentros nocturnos continué intentando descubrir algo más de la misión que desarrollaba como camarera de Eva Braun. Muchas veces, en esos momentos en que percibía que tenía la guardia baja, trataba de sonsacarle algo acerca de esas cosas que me inquietaban: su pasado en la escuela especial de las SS en Köslin, su relación con el Reichsführer Himmler, su misión más allá de sus labores de camarera o esas extrañas letras invertidas tatuadas en una de sus ingles. Pero nunca conseguí nada, su mente era algo así como una cámara de acero blindada imposible de perforar. Por aquel tiempo pensaba que solo podría penetrar en esa cámara blindada por dos motivos: bien porque ella cometiera un error, dejando la puerta abierta, o bien por una debilidad que descubrí durante nuestras sesiones de sexo y que revelaré más adelante en esta declaración.

Por aquellos días, tras estallar la guerra, se produjo un ascenso masivo entre los miembros de las SS. Uno de esos ascensos me afectó directamente: fui ascendido a comandante (*sturmbannführer*). Me lo notificó el propio general Bormann. Pocos días después, recibí mis nuevos uniformes con los nuevos galones.

Recuerdo que el mismo día de mi ascenso, el general Bormann me comunicó otra noticia que me causó una gran impresión: Unity Valkirie Mitford se encontraba en estado muy grave después de haber intentado suicidarse. Bormann me dijo que, tras escuchar por la radio la declaración de guerra de Inglaterra, su país natal, contra el Reich alemán, el país que tanto amaba, la joven Mitford había cogido una pistola, se había internado en el Jardín Inglés de Múnich y se había disparado en la sien. La policía la había encontrado malherida, la habían trasladado a una clínica de la Nussbaumstrasse donde el doctor Magnus, amigo personal del Führer, había intentado intervenirla. El prestigioso cirujano, tras reconocerla, advirtió que era demasiado peligroso mover la bala que tenía alojada en el cerebro. Martin Bormann me informó de que en aquellos momentos la señorita Mitford se debatía entre la vida y la muerte.

Después de esa conversación con el general, me dirigí a la terraza del Berghof para comunicarle las dos novedades a la señorita Braun, la de mi ascenso y la del desgraciado incidente de la señorita Mitford. La reacción de Eva Braun me causó una gran sorpresa. Tras recibir con gran ilusión la noticia sobre mi ascenso, escuchó con el mismo rostro ilusionado la descripción que le hice del intento de suicidio de Unity Mitford. Cuando terminé de hablar, me miró con sus infantiles ojos centelleantes y dijo:

—Comandante Muntz... ¡Qué bien suena!

Se asió a mi brazo y añadió:

—Vamos, comandante, vamos a dar un paseo por los senderos de montaña. ¡Hoy es un día maravilloso!

* * *

«Será una guerra breve, una Blitzkrieg de poco más de dos semanas», nos había dicho el doctor Karl Brandt en el vestíbulo del teatro de la Ópera Kroll el día que el Führer anunció el inicio de las operaciones militares en Polonia. «Polonia caerá en menos de tres semanas», me había dicho Albert Speer antes de que abandonáramos Berlín. Los dos se equivocaron por muy poco. Polonia cayó en tres semanas y el Führer regresó a Berlín como un caudillo triunfador, aclamado por sus

adeptos y habiéndose ganado el respeto de sus críticos. Nosotros seguimos todos aquellos acontecimientos desde el Berghof. Allí vivimos la entrada victoriosa del Führer en Varsovia y el final de la campaña militar polaca. El día del triunfo pude asistir a una de las primeras fiestas desenfundadas de la señorita Braun, de las que hablaré más tarde. Además, ingleses y franceses terminaron por no lanzar ni un solo disparo en defensa de la nación polaca, algo que muchos de los miembros de la «corte de la montaña» ya habían profetizado. Los ingleses se limitaron a preparar su isla para la guerra, y el ejército francés, el más poderoso del mundo por aquellos días, a fortificarse tras su «inexpugnable» línea Maginot. Nosotros les imitamos y nos dedicamos a fortificar las fronteras occidentales del Reich, la que se conocía como línea Sigfrido. Comenzaba así ese periodo de ocho meses que fue denominado «la guerra quieta».

Concluida la campaña polaca, el Führer se dedicó a viajar continuamente a las fronteras occidentales para supervisar personalmente la fortificación de Sigfrido. A principios de noviembre, se nos comunicó que debíamos viajar a Múnich, el Führer pasaría unos días en la ciudad y deseaba encontrarse con Eva Braun. Así que «nuestra pequeña familia», como le gustaba llamarla a la señorita Braun, se trasladó a la casa de la Wasserburgerstrasse. Unas noches antes del 8 de noviembre, el Führer nos invitó a la ópera. Acudimos en compañía de los matrimonios Hess y Speer. Eso sí, naturalmente, la señorita Braun y yo nos instalamos en un pequeño palco en el anfiteatro superior al que ocupaban el Führer, Rudolf Hess, Albert Speer y sus esposas, Ilse y Margarete, en el Teatro del Estado de Múnich. Íbamos a presenciar una representación especial del *Tannhäuser* de Richard Wagner creada expresamente para el Führer.

Aquella noche Eva Braun estaba espléndida. Por la tarde, el Führer le había hecho un regalo especial, un regalo que durante muchos años compartió con la caja de música que contenía el juego de turmalinas como su mayor tesoro: un abrigo de piel de zorro plateado. Recuerdo que aquella tarde, la señorita Braun me había hecho llamar a su habitación de la casa de la Wasserburgerstrasse. Cuando entré en ella, estaba bailando, dando vueltas embutida en su flamante abrigo. En la radiogramola, un disco de Telefunken reproducía el «Kommen Sie morgen wieder» de Adalbert Lutter.

—Werner, ¿ha visto? ¡Mire qué regalo me ha hecho el Führer! ¿Verdad que esto solo puede ser el regalo de un hombre enamorado?

—Es fantástico, señorita Braun. Ese abrigo está a la altura de su elegancia y de su belleza —le dije, intentando satisfacerla.

Eva Braun se sentó sobre su cama.

—No sea adulator. El Führer detesta a los adultores. Y yo también.

—No intentaba adularla, señorita Braun...

—Déjelo, Werner. Tengo cosas más importantes que tratar con usted. Tengo que pedirle algo. Un pequeño favor.

—¿De qué se trata, señorita Braun?

—Quiero que esta noche hable con el Führer, sé que yo no podré hacerlo. —Los ojos de Eva Braun se entristecieron momentáneamente—. Es algo relativo a mi padre, algo que quiero que el Führer haga por él.

Eva Braun me explicó de qué se trataba. No me gustó. Aborrecía la idea de tener que hacer de mediador en los asuntos familiares de la señorita Braun. Eso no formaba parte de mis obligaciones. Mi trabajo consistía en que esa noche asistiera a la ópera sin que nadie pudiera darse cuenta de que mantenía ningún tipo de relación con el Führer. Y por supuesto, acompañarla

y que su seguridad no corriera riesgos. Pero no incluía tener que hacer de recadero de los caprichos de Eva Braun y de su padre. Sin embargo, lo haría. No podía negarme después de que sus ojos inocentes me lo suplicaran. «Tenga cuidado con ella, no se deje embaucar», me había advertido el Reichsführer Himmler aquella mañana de agosto de 1935 en la Casa Parda. Pero Eva Braun siempre conseguía embaucar a todo el mundo. No sé si era una excelente actriz o simplemente era así, tal y como se mostraba. Pero de una manera o de otra, siempre terminaba saliéndose con la suya, fuera ante mí o fuera ante el Führer. Creo que, después de él, fui la persona que mejor la conoció, la que más tiempo pasó con ella. Y eso me sirvió para poder comprender cómo Adolf Hitler se había dejado atrapar por esa mujer. Sé que muchas de las personas que rodearon al Führer nunca pudieron comprenderlo, empezando por el Reichsführer. Pero eso solo se debía a que no la conocían, a que no la conocían como nosotros. Más allá de la joven atractiva, bohemia, caprichosa e indolente que todo el mundo veía, Eva Braun solía presentarse como un bucle de sensaciones y sentimientos muy difíciles de controlar para un hombre.

Por supuesto que haría lo que ella quería. Siempre lo hice.

* * *

Sucedió durante un receso entre el primer y el segundo acto de *Tannhäuser*. Tal como teníamos previsto, la señorita Braun y el Führer no coincidieron en público. Eva Braun permaneció todo el tiempo en un corro en mitad del vestíbulo del teatro de la Ópera del Estado, en compañía de las secretarías de Adolf Hitler; el Führer, en un descansillo del primer anfiteatro junto a Rudolf Hess, Albert Speer, Franz Xavier Schwarz y otros de sus colaboradores. Yo me despedí de las señoritas y, subiendo la escalinata que comunicaba el vestíbulo con el citado descansillo, me dirigí al encuentro del Führer.

Aquel noviembre de 1939, la habitual ceremonia del juramento de los nuevos reclutas de las SS ante el Führer en la Odeonsplatz, con motivo de la Noche de la Sangre, se había suspendido por causa de la guerra. Sin embargo, el discurso del Führer ante los viejos camaradas en la cervecería de la Bürgerbräukeller se mantenía inalterable. Ese acto era el motivo de la petición que, en nombre de la señorita Braun, tenía que hacerle al Führer.

Adolf Hitler era el único de los hombres de ese corrillo del teatro que no vestía el obligatorio frac negro que se utilizaba para asistir a ese tipo de eventos. Fiel a lo prometido en su discurso en el teatro de la Ópera Kroll el día que anunció el inicio de las operaciones militares contra Polonia, el Führer no se quitaba el uniforme gris de comandante supremo del ejército. Los únicos otros dos uniformes que podían verse esa noche eran el de Otto Günsche y el mío; lucíamos el de gala del Leibstandarte, aunque ahora, gracias a nuestro ascenso a comandantes, lo acompañábamos con la guerrera militar de color blanco. Nosotros tres éramos los únicos que rompíamos la elegancia de una noche en la ópera.

Discretamente me uní al grupo de hombres reunidos en torno al Führer. Este disertaba sobre lo visto hasta ese momento en esa representación de *Tannhäuser*, como era habitual, dejando boquiabiertos con su conocimiento sobre la obra de Wagner a todos los que lo escuchábamos. Albert Speer me saludó y durante unos minutos estuvimos charlando sobre mi reciente ascenso a comandante. Aproveché que la conversación giraba hacia la actitud de Inglaterra y Francia en esos momentos de la «guerra quieta» para hacerme visible ante el Führer. En un instante en que Adolf Hitler me miró, le hice un gesto llevando la mano a la visera de mi gorra de plato, un gesto que el

Führer, como buen soldado, supo interpretar. Caminando lentamente, dejó el corrillo y se acercó a mí.

—*Mein Führer*...

—Comandante Muntz...

—Perdone que le interrumpa, *mein Führer*, pero debo comunicarle algo.

El rostro de Adolf Hitler se endureció. Pareció preocuparse.

—¿Qué le pasa, muchacho? ¿Es algo relacionado con la señorita Braun?

—No... bueno, sí... Verá, *mein Führer*, la señorita Braun me ha rogado que le pida algo en su nombre.

Adolf Hitler apartó su mirada de mí, y de manera condescendiente posó sus ojos en el corro que formaban sus secretarias y Eva Braun, que charlaban distendidamente en el vestíbulo.

—Dígame, muchacho, ¿qué sucede?

—*Mein Führer*, la señorita Braun desearía que usted le consiguiera un pase a su padre para poder asistir a la reunión de camaradas de la Bürgerbräukeller el día 8 de noviembre. La señorita Braun es consciente de que esa reunión está destinada a los viejos camaradas del Partido, y que su padre se afilió recientemente, pero me ha dicho que a él le haría mucha ilusión asistir a la celebración y que usted podría concederle ese deseo.

Adolf Hitler suspiró.

—Eva y sus caprichos...

El Führer no continuó hablando, posiblemente al ver la reacción que esas palabras causaron en mi rostro.

—Me entiende, ¿verdad? Sí, posiblemente usted sea la única persona que pueda entenderme. Una pregunta, muchacho: ¿cómo puede usted no perder la cordura pasando todo el día con ella?

—Me prepararon para la guerra en Lichterfelde, *mein Führer*.

Reímos. El Führer lanzó una sonora carcajada que provocó que muchas cabezas se giraran para mirarnos. Volvió a ponerse serio.

—Le comprendo, muchacho. Ese asunto del que me habla lo lleva directamente Rudolf Hess, él es el máximo responsable del Partido. Pero bueno, veré lo que puedo hacer. Dígale a Eva que haré lo que esté en mi mano.

—Gracias, *mein Führer*, en nombre de la señorita Braun.

—¿Sabe, comandante?, estoy pensando algo. Eva y usted también podrían venir. Después del discurso tengo pensado partir para Berlín en mi tren privado y podrían acompañarme. En los próximos días tengo que tomar importantes decisiones sobre la respuesta que debemos dar a la afrenta de los gobiernos de Londres y París y, a pesar de sus caprichos, siempre que estoy en manos de Eva suelo pensar mejor.

—Como usted ordene, *mein Führer*. Se lo comunicaré a la señorita Braun.

—¿Algo más, muchacho?

—No, *mein Führer*. Eso era todo.

—Muy bien... Por cierto, enhorabuena por su ascenso. Heinrich ha tomado una decisión acertada con ese asunto de los ascensos en las fieles SS. En tiempo de guerra, nuestros hombres deben estar contentos, además de preparados.

—Gracias, *mein Führer*.

Adolf Hitler esbozó una sincera sonrisa y se dispuso a regresar con el grupo de hombres que

lo esperaban. Pero antes me dijo una última cosa:

—Dígale a Eva que el abrigo le sienta fantástico.

—Sí, *mein Führer*. Se lo diré.

Mientras descendía por las escaleras para encontrarme con Eva Braun, dos frases dichas por el Führer martilleaban mi cabeza: «Siempre que estoy en manos de Eva suelo pensar mejor» y «Dígale a Eva que el abrigo le sienta fantástico». Fue entonces cuando una palabra repugnante, abominable, acudió a mi cabeza: «meretriz». Tan rápido como había llegado la aparté, incluso un poco avergonzado por haber tenido ese pensamiento. Lanzándole una sonrisa, caminé hacia Eva Braun.

* * *

La tarde del 8 de noviembre de 1939, la señorita Braun y yo viajábamos en el cuarto de los nueve vehículos que componían la comitiva del Führer y que recorrían a toda velocidad las calles de Múnich. Esa tarde, una niebla fría, espesa y viscosa había emergido del río Isar, envolviendo la ciudad y confiriéndole un aspecto fantasmagórico, casi como un presagio de los acontecimientos que iban a suceder horas después.

En el interior del Mercedes, la señorita Braun y yo manteníamos un silencio absoluto desde que habíamos partido de la casa de la Prinzregentenplatz. Sabía que la señorita Braun tenía esa tarde un sentimiento agridulce: por una parte, estaba muy contenta, su padre había conseguido el pase para asistir al encuentro de Adolf Hitler con los viejos camaradas, gracias a la mediación del propio Führer, claro, y ella misma iba a poder presenciar un acto que estaba vetado a las mujeres. Pero, por otra parte, en cuanto terminara la alocución del Führer nos dirigiríamos a Berlín en el tren privado de Hitler, el *Amerika*, y yo sabía que eso era algo que a Eva Braun no le gustaba, no le gustaba en absoluto. Ese viaje significaba regresar a su total aislamiento en la Cancillería del Reich, regresar a esa habitación del ala vieja de la Cancillería donde las persianas siempre estaban cerradas y las gruesas cortinas no podían abrirse.

La comitiva del Führer se detuvo ante el portalón de piedra de la fachada principal de la cervecería Bürgerbräukeller. Uno a uno, los coches se fueron parando, todos excepto el nuestro. Nuestro coche bordeó el viejo local y se detuvo ante una oscura puerta lateral, alumbrada tan solo por una solitaria y pelada bombilla. Una vez dentro, dos agentes de paisano del RSD nos acompañaron por unas empinadas y desgastadas escaleras de madera hasta un cubículo en el tercer anfiteatro del local, algo parecido a un gallinero. Allí nos sentamos en dos sillas de madera de aspecto rústico, casi en total oscuridad, porque un estandarte con la cruz gamada colocado de manera deliberada proyectaba una sombra que dejaba aquel espacio sumergido en la penumbra.

La señorita Braun no tardó en asomarse a la barandilla para contemplar el aspecto que ofrecía la cervecería. En aquellos momentos, poco antes de las ocho de la tarde, el local era un hervidero de viejos combatientes del movimiento nacionalsocialista que abarrotaban el patio central y los dos pequeños anfiteatros de que se componía la cervecería. Muchos de ellos llevaban las viejas camisas pardas del Partido, las mismas que vistieron durante los trágicos acontecimientos del *putsch* de 1923.

Habían engalanado el local con grandes banderas y estandartes del Partido, y en el centro del patio principal, en la *biersaal*, entre dos columnas cubiertas de flores trepadoras, se había levantado un estrado para que el Führer ofreciera su discurso, uno de los discursos que más

concienzudamente preparaba, uno de sus célebres «discursos secretos». En esta ocasión se nos había advertido de que, debido a la inminente partida del Führer hacia Berlín, duraría poco más de treinta minutos, cuando en otras ocasiones Adolf Hitler había ofrecido en ese local parlamentos de hasta dos horas de duración.

—Mi padre está ahí abajo, Werner. Sé que estará muy feliz, era algo que le hacía mucha ilusión. No sé cómo podré agradecerle esto al Führer...

Eva Braun no terminó la frase. Un griterío ensordecedor y generalizado en toda la cervecería nos alertó de que el Führer había hecho su entrada. Los brazos alzados, las viejas consignas, el himno del Partido cantado por cientos de voces, el teatro al que estábamos acostumbrados durante aquellos años adquirió esa tarde tintes de locura mientras el Führer caminaba por el pasillo central de la *biersaal* en busca de su estrado, acompañado por Rudolf Hess y la cúpula jerárquica del NSDAP.

Sin embargo, en esta ocasión Eva Braun no parecía seguir con la mirada a su amado Führer, sino que continuaba buscando entre la marea de camisas pardas a Fritz Braun. Yo pensé que ese era un buen momento para hacerle un pequeño chiste sobre su padre:

—¿Qué pasa, señorita Braun? ¿No encuentra a su padre?

—No lo veo. Claro, hay tantos caballeros de su edad ...

—Pues debería resultarle muy fácil encontrarlo —le dije.

—¿Cómo? —preguntó Eva Braun, con un rictus inocente en su rostro.

—Por la camisa. La de su padre tiene que ser la más nueva de todas.

—Muy gracioso, Werner. No conocía esa faceta suya de humorista.

Reí. Pude distinguir en sus ojos un gesto de reproche. Eva Braun se tomaba todo lo relativo a su familia muy en serio.

El discurso del Führer fue corto pero eléctrico. Comenzó hablando del orgullo que le producía dirigir el movimiento nacionalsocialista; de los grandes logros conseguidos por el Partido para el pueblo alemán; habló de la guerra y de las exigencias y sacrificios que tendría que asumir en un conflicto que, según sus propias palabras, «Decidirá el futuro del Reich para los próximos mil años». Y concluyó lanzando alabanzas sobre los viejos combatientes del Partido, los hombres que siempre habían creído en él, aun cuando eran solo una organización minoritaria, muy alejada de la marea parda que ahora había barrido Alemania. Y les pidió firmeza, máxime en los momentos que se avecinaban, asegurándoles que el conflicto armado con Inglaterra y Francia no tardaría en estallar, y, aun con todo, seguro de que el Reich y el nacionalsocialismo saldrían vencedores de esa confrontación. El Führer les dijo: «Llegará el momento en que el Nuevo Orden que representamos se impondrá, primero en Europa, después en el mundo», y se despidió diciéndoles que, cuando llegara ese momento, ellos tendrían que ser el ejemplo y la luz que alumbrara ese nuevo amanecer y la mano que pasara la antorcha a las nuevas generaciones.

Sobre las ocho y media de la tarde el discurso terminó. En el instante en que el Führer abandonaba el estrado, «Horst Wessel Lied», el himno del Partido, empezó a ser coreado por cientos de voces.

Otra vez, los dos agentes del RSD entraron en nuestro cubículo. Uno de ellos se dirigió a nosotros para decirnos:

—Por favor, comandante, señorita, acompañennos.

Ni siquiera sabían nuestros nombres.

—¿Ya? —preguntó Eva Braun sorprendida.

Los agentes solo hicieron un gesto afirmativo con la cabeza.

Antes de abandonar el cubículo, volví a mirar hacia el patio central de la cervecería. Ahora, un grupo de abanderados ocupaban el estrado del Führer, mientras las notas del himno del Partido arreciaban en el local.

Descendimos por las empinadas escaleras de madera hasta la salida de la puerta lateral. Jirones de esa niebla fría y viscosa danzaban lúgubrementemente alrededor de la solitaria bombilla pelada de la puerta. El vehículo que nos esperaba estaba ya con el motor en marcha, los faros encendidos y las puertas abiertas. Mientras montábamos en el coche, las voces que coreaban «Horst Wessel Lied» seguían escuchándose en el exterior de la Bürgerbräukeller.

El vehículo arrancó. Imaginé que nuestro destino sería la estación central de Múnich.

Sucedió de repente. Por culpa de la niebla, el coche avanzaba muy lentamente por las calles de la capital bávara. Entonces pudimos escuchar algo parecido a un trueno, algo parecido a uno de esos truenos lejanos que suelen oírse durante las noches de verano.

Eva Braun se sobresaltó. Girándose en el asiento, intentó mirar a través del cristal trasero del Mercedes. No se veía nada, solo la niebla y, a poca distancia, los focos del coche que nos precedía.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Eva Braun con voz alterada.

—Me ha parecido un trueno —contestó el chófer de las SS que conducía nuestro vehículo.

—¿Un trueno? ¿En esta época del año? No, eso no ha sido un trueno. Eso ha sido una explosión.

—Tranquilícese, señorita Braun. A mí también me ha parecido un trueno —le dije, intentando tranquilizarla.

Eva Braun recuperó su posición habitual en el asiento. Me miró fijamente. Sus ojos habían perdido cualquier asomo de brillo, eran unos ojos preocupados, muy preocupados. Yo había visto muchas veces esos ojos. Sabía lo que significaban.

—No era un trueno, Werner. Ha sido una explosión. Estoy segura, eso ha sido una explosión.

A través de la niebla distinguimos la mole de piedra de la Estación Central de Múnich. Sin embargo, el Mercedes no se detuvo ante la puerta principal, prosiguió más allá, avanzando entre trenes militares y de mercancías estacionados a ambos lados del camino de tierra por el que circulábamos. Hasta que, al final, lo pudimos ver.

Estaba parado en el interior de un túnel, en una vía solitaria, visible a través de la niebla gracias a su potente iluminación. Allí estaba la suntuosa figura de los catorce vagones plateados del *Amerika*, el tren personal del Führer.

Descendimos del Mercedes. Recuerdo esa noche como muy fría, y la niebla aún aumentaba más esa sensación térmica. Mientras caminábamos por el túnel hacia nuestro vagón, acompañados por dos escoltas armados de las SS, pude observar que tanto el primer vagón, el que antecedió al del Führer, como el último, estaban ocupados por soldados de artillería que montaban guardia junto a dos grandes cañones. Era una medida de seguridad destinada a repeler cualquier agresión que el *Amerika* pudiera recibir. Los soldados se cubrían ya con los pesados capotes de invierno. Algunos de ellos estaban fumando, y nos miraron al pasar junto a ellos con ojos curiosos. El hecho de que estuvieran fumando era una señal inequívoca de que el Führer se encontraba ya dentro del tren.

La señorita Braun y yo ocupamos un vagón intermedio junto a las secretarias de Hitler, Gerda Daranowski y Christa Schroeder. La secretaria más veterana, Johann Wolf, se encontraba esa noche de servicio en el vagón del Führer.

No sé bien cómo describir el *Amerika*. El suelo enmoquetado de terciopelo rojo, el lujoso tapizado de los asientos, las lámparas de cristal que colgaban de su techo, las paredes forradas con madera de roble, todo allí dentro hacía que pareciera que nos encontrábamos en el Berghof o en la Cancillería de Berlín. Dara nos explicó que durante la campaña polaca el tren había sido remodelado. Al elegir el *Amerikacomo* uno de sus cuarteles operativos, había sido una exigencia del Führer decorarlo de tal forma que pudiera sentirse como en cualquiera de sus residencias oficiales.

El Führer ocupaba el segundo vagón, allí tenía su despacho, su habitación y un pequeño salón donde mantenía reuniones privadas. Las grandes reuniones y revistas militares se celebraban en el quinto vagón, el que correspondía a la Wehrmacht.

—Va a ser un viaje largo y aburrido —dijo Eva Braun, mientras dejaba su bolso sobre una de las literas, se sentaba y comprobaba si esta era blanda. El rictus de preocupación no había desaparecido de su rostro.

—Sí, un viaje largo. ¿Quieren café? —preguntó Dara.

Las dos secretarias estaban sentadas alrededor de una mesa redonda alumbrada por una lamparita de pantalla decorada con la bandera del Reich. Se servían café en unas tazas de porcelana de Bohemia timbradas con el escudo personal de Adolf Hitler.

—No, gracias —contestamos la señorita Braun y yo casi a la vez.

Había dos pares de literas y, al fondo, una cama que supuse sería la mía.

—Quizá estén incómodas durmiendo conmigo —dije—. Si es así, podría dormir en el vagón de Otto...

—No se preocupe, comandante —me interrumpió Dara, utilizando ese característico acento berlinés que nos hacía enloquecer—. Por nosotras no se moleste, estamos acostumbradas a dormir en cualquier circunstancia.

El tren echó a andar. Lentamente, abandonábamos la ciudad de Múnich. Tras descorrer las cortinillas con motivos florales que cubrían las ventanillas, nos asomamos a ellas. No se distinguía casi nada, las casas eran como apariciones espectrales difuminadas por la niebla. Solo podíamos intuir las por la claridad blanquecina que provocaba la niebla alrededor de las farolas.

La señorita Braun bostezó. Yo aproveché ese momento para decirles:

—Mientras ustedes se cambian, me daré una vuelta por el vagón restaurante. Quizá encuentre a Otto o a los muchachos por allí.

Me despedí de las señoritas y me dirigí hacia el vagón restaurante. Desconozco el motivo, pero esa noche me apetecía beber.

* * *

Tal como imaginé, Otto Günsche, Adi Dirr, Hans Reisser, Russ y el resto de los muchachos del servicio de seguridad del Führer se encontraban en el vagón restaurante.

—¡Ya ha llegado «guardián»! —exclamó Adi Dirr levantando una copa.

Esa noche, mientras el tren proseguía su viaje, bebimos y charlamos. Otto Günsche y yo

contamos anécdotas de Lichterfelde que hicieron reír a los muchachos. Recuerdo que había un chico nuevo, uno muy joven, creo que se llamaba Heinz, que no dejó de mirarme intrigado durante toda la noche. Después de un brindis, se atrevió a preguntarme:

—Y usted, comandante, ¿qué labor desempeña dentro...?

Adi Dirr, el más veterano, se encargó de ahorrarme el momento de dar una explicación, algo que ni siquiera sabía si podía hacer.

—El comandante Muntz se encarga de la custodia del «pajarito caprichoso».

—¿El «pajarito caprichoso»? ¿Quién es el «pajarito caprichoso»? —preguntó Heinz de manera inocente.

Reímos. Adi Dirr se agachó sobre la mesa y, poniendo voz de misterio, le dijo:

—Uno de los mayores secretos del Reich, Heinz. Ya lo descubrirás, pero todo a su tiempo. Corres demasiado, pequeño. Y recuerda una cosa, cuando lo descubras, nunca, nunca podrás contárselo a nadie. Podrías terminar en el interior de un bosque solitario con una bala dentro del cráneo.

—Y yo sería el encargado de meterte esa bala —le dije, poniendo la misma voz misteriosa que Adi.

Reímos y chocamos nuestras copas. Aunque al pobre Heinz se le quedó un gesto en el rostro un tanto asustado. En ese momento nos dimos cuenta de que el tren aminoraba su marcha, que lentamente se detenía.

Habíamos llegado a Núremberg. La niebla había desaparecido, pero pudimos comprobar que la noche era fría y oscura como boca de lobo. Se había hecho el silencio en el vagón. Adi Dirr dijo:

—¿Núremberg? ¿Por qué nos detenemos en Núremberg? Esta parada no estaba prevista. Ha pasado algo, caballeros.

Nos asomamos a las ventanillas. Vimos al ministro Goebbels descender del tren. Al pie de la escalerilla le estaban esperando dos hombres que, tras hacer el saludo reglamentario, acompañaron al ministro al interior de la estación.

—Ha pasado algo —volvió a repetir lacónicamente Adi Dirr.

Pasaron los minutos. Todos nosotros seguimos pegados a las ventanillas. Cuando el ministro Goebbels abandonó el edificio de la estación iba solo. Parecía nervioso, caminaba de forma acelerada, su característica cojera se acentuaba esa noche. Subió al vagón del Führer. Esa fue la constatación de las palabras de Adi Dirr.

—Tenías razón, Adi. Ha pasado algo —dijo Otto Günsche con gesto serio.

Nos pusimos nuestras gorras y abandonamos el vagón restaurante en dirección al vagón del Führer.

Había un gran ajeteo en todos los vagones por los que pasamos. Pero nadie parecía saber nada de lo que había sucedido. Todos nos mirábamos sorprendidos.

El vagón del Führer estaba atestado. No había rastro ni de Hitler ni del ministro Goebbels. Un edecán nos informó de que los dos hombres, más otros importantes colaboradores, se encontraban reunidos en el despacho del Führer. Esperamos impacientes las noticias. El tren continuaba detenido.

De pronto, la puerta del despacho del Führer se abrió. Adolf Hitler apareció en el pasillo. Estaba hecho una furia, caminaba de arriba abajo dando grandes zancadas, sus ojos parecían

salirse de las órbitas y, mientras hacía esas características gesticulaciones suyas, gritaba:

—¡Himmler! ¿Dónde está Himmler? ¡Himmler! ¡Quiero hablar con Himmler!

—Tranquílcese, *mein Führer*, yo me encargaré...

El que hablaba era Wolf, el enlace de Himmler ante el Führer. Pero a Hitler no le tranquilizaron esas palabras. Su cólera iba en aumento:

—¡Los judíos! ¡Han sido los judíos! ¡Lo sé, han sido los judíos!

—*Mein Führer*, he hablado con Schellenberg. Todavía es pronto, pero piensa que detrás de esta afrenta pueden estar los servicios de inteligencia británicos... —volvió a apostillar Wolf.

—¿Los británicos? ¡No, han sido los judíos! ¡Tampoco han sido los comunistas, son demasiado cobardes para hacer algo así! ¡Han sido los judíos, como hicieron con Von Rath en París! ¡Quiero saber quiénes han sido, y lo quiero saber ya! ¡Es una orden, una maldita orden!

Joseph Goebbels había salido también al pasillo. Estaba pálido. Me miró y, para mi sorpresa, se dirigió hacia mí.

—¡Quiero saber inmediatamente quiénes han sido! ¡Que venga Himmler ya! ¡Quiero que movilice a todas las fuerzas de seguridad del Reich si es necesario! —seguía vociferando Hitler.

Cuando Joseph Goebbels llegó junto a mí, me cogió del brazo, me llevó a un aparte y, en un tono muy bajo, me dijo:

—Se ha producido una explosión en la Bürgerbräukeller. Una bomba. Parece que estaba situada junto a una de las columnas del estrado desde el que ha hablado el Führer. El techo de la cervecería se ha desplomado. Hay muertos, y los heridos se cuentan por cientos. El padre de la señorita Braun es uno de los heridos, ha sido trasladado a un hospital. No tiene que preocuparse, sus daños son leves. Regrese a su vagón y comuníquese a la señorita Braun.

—Lo haré inmediatamente, señor ministro —le contesté con el mismo tono bajo.

—Ah, y dígame que regresamos a Múnich.

Asentí con la cabeza y le hice un gesto respetuoso llevando mi mano a la visera de mi gorra de plato.

Cuando abandoné el vagón, el Führer continuaba bramando:

—¡Lo van a pagar! ¡Todos esos conspiradores judíos lo van a pagar! ¡Esta vez lo haremos como los nacionalsocialistas sabemos hacerlo!

* * *

Cuando entré en nuestro vagón las secretarias ya estaban acostadas. Solo la señorita Braun permanecía levantada, en ropa interior rebuscaba en uno de sus baúles diseminados por allí una de sus batas de seda. Dara y Christa se incorporaron en sus camas al verme aparecer. La señorita Braun dejó de buscar la bata y se acercó a mí. A lo mejor todo son cosas mías, pero creo que sabía lo que le iba a decir.

—¿Qué ha pasado Wer... comandante? —su tono de voz denotaba angustia.

—Tenía usted razón, señorita Braun. Ha habido una explosión.

Las dos secretarias me miraron preocupadas. La señorita Braun se sentó sobre uno de los baúles. Sus ojos se clavaron en el suelo.

—Ha sido en la Bürgerbräukeller, ¿verdad? —me preguntó.

—Sí.

—¡Dios mío! —exclamó Dara llevándose las manos a la boca.

—Han colocado una bomba junto a una de las columnas del estrado donde ha hablado el Führer. El techo de la cervecería se ha venido abajo. Hay muertos. Y muchos heridos.

Eva Braun elevó su rostro hacia mí. Las lágrimas centelleaban en sus ojos, buscando escapar.

—Mi padre...

—No se preocupe, señorita Braun. Su padre ha resultado herido, lo han trasladado a un hospital. Pero sus heridas son leves.

—¡Yo he tenido la culpa! —las lágrimas terminaron por escapar de sus ojos—. ¡Fui yo la que se empeñó en que...!

—Usted no tiene la culpa de nada, señorita Braun...

—¿Quién ha sido? ¿Por qué lo han hecho?

—Todavía no se sabe nada —respondí a sus preguntas.

—¡Espero que los encuentren! ¡Espero que el Führer ordene que los fusilen! ¡A todos!

Esa fue la primera vez que escuché a Eva Braun hablar en esos términos. En aquel momento lo justifiqué, pudo ser fruto del impacto emocional que le había causado enterarse de que su padre era uno de los heridos en la explosión de la Bürgerbräukeller. Pero de repente, y con un gesto de furia en su rostro, dijo:

—¡Han intentado matar al Führer! ¡Al Führer! ¡La bomba iba dirigida contra él! ¡No lo puedo creer! ¿Quién iba a querer hacerle daño al Führer?

Se hizo el silencio en el vagón.

—Dios mío, podían haber muerto todos. Y ahora... ¿Qué pasará? —preguntó Christa.

—No lo sé, señoritas. De momento, el Führer ha ordenado que regresemos a Múnich —contesté.

Otro silencio. Recuerdo que el rostro de las secretarías de Hitler reflejaba estupor. Eva Braun continuaba sollozando, sus manos cubrían su cara. Movía ligeramente la cabeza a ambos lados, mientras, como si hablara con ella misma, se preguntaba:

—¡La bomba iba dirigida contra el Führer! ¿Pero por qué? ¿Por qué lo han hecho? ¿Quién querría hacerle daño al Führer?

* * *

Regresamos a Múnich. Fuimos los últimos en descender del *Amerika*. La niebla no se había disipado. Entre esa niebla distinguimos a una mujer elegantemente vestida que nos esperaba en el andén. Era Herta Schneider. Cuando la reconoció, Eva Braun corrió hacia ella como una chiquilla asustada. Las dos mujeres se abrazaron y rompieron a llorar.

Permanecimos unos días en Múnich. La señorita Braun se instaló en la casa de sus padres, con el fin de cuidar a Friedrich Braun. Debido a que las heridas que sufría eran poco más que rasguños y contusiones superficiales, la misma madrugada del atentado había sido dado de alta del hospital, para regresar a su domicilio.

Yo me instalé esos días en la casa de la Wasserburgerstrasse, en compañía de la señorita Kastrup y de Liesl Rauch. A la mañana siguiente del atentado, el Führer asistió a una sombría ceremonia ante el monumento del Feldherrnhalle. Allí se rindió tributo a las siete personas que habían perdido la vida en el atentado de la Bürgerbräukeller. La explosión que provocó la bomba

instalada por Georg Elsner, un carpintero de Suabia vinculado al movimiento comunista, causó también más de ciento setenta heridos. Elsner fue detenido días más tarde cuando intentaba cruzar un paso fronterizo. Una vez más, movido por un odio que solo ahora he comprendido en toda su magnitud, Adolf Hitler se equivocó: los judíos que tanto detestaba no tuvieron nada que ver en ese intento de acabar con su vida.

Algunas personas tenemos la costumbre de marcar los tiempos de nuestras vidas por fechas concretas; en mi caso, yo suelo poner nombre a esas fechas. Para mí, el atentado de la cervecería Bürgerbräukeller puso el punto y final a ese tiempo que denominé los «años dorados». Feché el Año Nuevo de 1940 como el comienzo de otra época distinta a la que denominé «los años de esplendor».

Comenzaban así los años de esplendor del Berghof, ese momento en que allí, entre las cumbres del Obersalzberg, nos creímos realmente en la cima del mundo. Porque lo estábamos, porque a nuestros pies el mundo nos pertenecía. Porque todo parecía indicar que nada ni nadie podría detener nunca al Reich alemán.

Porque, tal como me dijera Eva Braun una noche que nunca podré olvidar, mientras mirábamos el cielo, solo las estrellas brillaban por encima de nosotros.

TERCERA PARTE

BERGHOF

(Los años de esplendor)

11

CUANDO SOLO LAS ESTRELLAS BRILLABAN POR ENCIMA DE NOSOTROS

El Führer regresó al Berghof unos días antes de Navidad, para volver a partir pocos días después. Había decidido pasar las fiestas navideñas entre las tropas acantonadas junto a la frontera francesa. Sé que esto hundió a la señorita Braun, aunque ella intentaba disimularlo. Tanto yo como Liesl Rauch la encontramos muchas veces llorando por los pasillos del palacio alpino. En cuanto nos veía, se enjugaba las lágrimas de sus ojos y fingía sonreír y estar de buen humor. Ese estado de melancolía le duró hasta que el general Bormann le confirmó que el Führer regresaría al Obersalzberg el 27 de diciembre y que se organizaría una gran fiesta para celebrar el Año Nuevo de 1940. Además, el Führer había elegido a la señorita Braun para que organizara ese acontecimiento.

En estas circunstancias, los días de Navidad resultaron tristes en el Berghof. Pese a que Eva Braun reunió a sus amigas, Herta Schneider, Marion Schönmann, Anni Brandt y Margarete Speer, nada parecía satisfacerla. Para colmo, Margarete Speer se unió a su melancolía, porque su marido, Albert, también se encontraba en el frente occidental, aunque por otro motivo: el Führer le había encargado la construcción de un cuartel operativo en la cima de una montaña, cerca de la ciudad de Münstereifel. Poco podíamos pensar entonces que se trataba del Felsenmetz, el nido rocoso, el lugar desde el que meses más tarde el Führer dirigiría la Blitzkrieg que arrasaría Europa occidental.

Recuerdo que los días previos a la Navidad la señorita Braun se entretuvo fabricando un pequeño arbolito para el Führer. Las bolas eran nueces, que Eva Braun pintaba con purpurina dorada. La señorita Braun envió el arbolito al Führer, junto con una romántica carta delicadamente escrita en uno de sus tradicionales papeles azules. Yo sabía, por boca de la propia señorita Braun, que el Führer odiaba los árboles de Navidad. Una noche, ella me contó que la madre de Adolf Hitler, Klara, falleció junto a un árbol de Navidad en diciembre de 1907, estando el Führer presente. Esa imagen se le había quedado grabada y lo atormentaba desde entonces. De hecho, aunque el palacio alpino era lujosamente engalanado para celebrar las fiestas navideñas con guirnaldas florales de vistosos colores o candelabros adornados por ángeles dorados que iluminaban las veladas del Berghof, nunca pude ver un árbol por ningún rincón. En su lugar, se colocaban ruedas de Navidad formadas por runas y esvásticas que una representación de chicos de las Juventudes Hitlerianas de Berchtesgaden subía al Berghof como regalo para el Führer y que ellos mismos confeccionaban. Explico esto porque nunca comprendí por qué la señorita Braun le envió ese arbolito al Führer como regalo de Navidad. O bien se trató de un acto ingenuo e

inocente, o bien fue un acto malicioso e intencionado, una especie de venganza cruel contra el Führer por haberla abandonado durante aquellas fechas. Como ya he referido en alguna ocasión, tanto la ingenuidad como la malicia habitaban en la mente de la señorita Braun, y puedo asegurar que esa dualidad formaba parte de su encanto.

Muchas cosas cambiaron en el Berghof durante aquellas jornadas, por ejemplo, en el campo de la seguridad. El día de la llegada del Führer, el 27 de diciembre, las carreteras que conducían al Berghof se poblaron de seguidores del Partido que se agolpaban para felicitar a Adolf Hitler por su éxito en la campaña polaca y por las fiestas navideñas. Al final, junto al puesto de control de las SS, el Führer se vio obligado a descender de su vehículo y ofrecer un pequeño discurso, pese a que esa mañana una ventisca de nieve azotaba ese rincón del Obersalzberg. Este suceso alertó al general Bormann, un obseso de la seguridad del Führer y del propio Berghof. Martin Bormann acabó por ordenar que se instalara una horrible alambrada de espino alrededor de todo el perímetro del palacio alpino. Recuerdo que, durante el ascenso hasta el Berghof, el bucólico tramo final entre acantilados alpinos, el «camino entre las nubes», se terminó convirtiendo en algo parecido a un penoso campo de prisioneros.

La militarización del Berghof también fue en aumento. Los soldados de las SS destacados en la residencia alpina del Führer se habían cuadruplicado desde la declaración de guerra. Se amplió la caserna, se construyeron nuevos barracones e incluso se inauguró una cantina. Muchas noches, cuando el Führer se encontraba en el Berghof y yo me sentía relevado en mi misión de vigilancia, acompañaba a los muchachos del Begleitkommando hasta esta cantina de las SS. Allí hice nuevas y sólidas amistades, mientras bebíamos, fumábamos y charlábamos animadamente. Más adelante comenzarían a llegar los camiones cubiertos por lonas que trasladaban a las prostitutas de Salzburgo y de Múnich. Entonces empezaría mis «años salvajes del Obersalzberg», cuando la disimulada lujuria de ese lugar terminó por atraparme completamente, pero esto lo contaré en su debido momento.

En la militarización del Berghof también participó activamente la Wehrmacht. Por aquellos días, empezaron a instalarse posiciones artilleras en todas las montañas que rodeaban el palacio alpino.

* * *

Nochevieja de 1939, Año Nuevo de 1940. El Berghof resplandecía en todo su esplendor entre la nieve de las montañas del Obersalzberg. La gran recepción de Nochevieja había ocupado a la señorita Braun durante días. Su estado de ánimo había cambiado, se sentía la anfitriona de la gran fiesta, se sentía importante. Creo que, por primera vez, adoptó como propia la figura de «primera dama» del Reich, aunque el conocimiento de su existencia estuviera restringido a un pequeño número de personas. Aquella noche Eva Braun brillaba como lo hacía el propio Berghof. Recuerdo que llevaba un bonito vestido negro, con un diseño de brillantes que partía de la cintura y terminaba en el pecho, y un cuello de plumas blancas que le favorecía especialmente. No dejaba de dar órdenes a los mayordomos y a las camareras, supervisándolo todo, dirigiéndolo todo.

Dos sucesos que no olvidaré nunca, dos sucesos que quiero relatar detenidamente acontecieron entonces.

Como todas las noches de fin de año que viví en el Berghof, los invitados fueron recibidos por el Führer a media tarde, en la puerta principal del palacio alpino. Un destacamento del

Leibstandarte, con uniforme de gala, les rendían honores en lo alto de la escalinata. Aquel año, además de los habituales, el Führer había invitado a la estrella del boxeo Max Schmeling, que acudió acompañado por su mujer, la bellísima actriz Anny Ondra. Era una tradición que a la fiesta de fin de año del Führer asistieran dos relevantes personajes de la vida social del Reich y, por supuesto, Schmelling y Anny Ondra lo eran.

Los demás invitados solían ser los habituales: Heinrich Hoffmann y su esposa Erna; Gretl Braun, que también acudió muy elegante; Martin Bormann, acompañado por su mujer Gerda y por su amante, Manja Behrens; Josef *Sepp* Dietrich y su esposa; Robert Ley y la bella Inge; Baldur von Schirach y la dulce Henny; el doctor Morell y Hanni, su esposa; Karl y Anni Brandt; el odontólogo del Führer, Hugo Blaschke; Von Below y la joven Maria; Joachim von Ribbentrop y su esposa, Annelies; Albert y Margarete Speer, el embajador Hewel, Karl Jesko von Puttkamer, Rudolf Schmund y Gerhard Engel; las amigas de la señorita Braun, Herta Schneider, Marion Schönmann, Else von Möllendorff y la señorita Kastrop. Y, naturalmente, sus secretarias; Christa Schroeder, Johanna Wolf y Dara. Es posible que me olvide de alguien, pero todos los que he mencionado es seguro que se encontraban aquella noche en el Berghof.

Después de ser recibidos por el Führer, los invitados eran acompañados a sus habitaciones, donde durante horas se preparaban para la gran cena. Habitualmente, la velada comenzaba con la fotografía de todo el grupo en la gran sala, al pie de los tres escalones. El Führer siempre aparecía en el centro de la imagen, aquella noche entre Eva y Gretl, cada una de ellas cogidas a sus brazos. Otto Günsche y yo no solíamos aparecer en esa fotografía por motivos de seguridad, así que nos quedábamos en un aparte, junto a la gran chimenea.

Recuerdo que aquella noche, mientras el grupo se preparaba para la fotografía, que siempre hacía el señor Hoffmann, la señorita Braun no dejaba de hacerme muecas de disgusto con su rostro. Yo sabía a lo que se refería, porque en aquella ocasión, y por petición expresa del Führer, los tradicionales fracs de los caballeros habían sido sustituidos por los uniformes militares. Eso había disgustado a Eva Braun, que esa misma tarde me había comentado:

—Estoy desesperada, Werner. El Führer se ha empeñado en ponerse esta noche su uniforme militar. Yo le he dicho que he visto en el *Signal* una fotografía de Mussolini con un elegante frac, y el Führer me ha contestado que ese patán italiano podrá hacer lo que quiera, pero que el Reich está en guerra y que él solo se pondrá su uniforme militar. No puedo con él, Werner. ¿Por qué será tan testarudo?

Yo le argumenté que no era la persona más indicada para contestarle, porque tanto Otto Günsche como yo habíamos decidido asistir a la fiesta con nuestro uniforme de gala del Leibstandarte. Me miró con un gesto de reproche y me dijo:

—¡Los soldados! ¿Por qué son ustedes tan testarudos?

Tras la fotografía de rigor, pasamos al comedor. Esa noche, la cena se sirvió en una vajilla especial, un regalo de las mujeres de los jefes de distrito al Führer por las fiestas de Navidad. Fue realmente exquisita: una mezcla de platos tradicionales bávaros y cocina francesa. Claro, que el Führer no renunció a su comida vegetariana ni en tan señalada ocasión.

Dejábamos atrás 1939 para adentrarnos en 1940. Terminada la cena nos dirigimos a la terraza, donde recibiríamos el nuevo año. Era una noche clara y muy fría, casi gélida. Mientras nosotros cenábamos, los ordenanzas de las SS se habían encargado de retirar la fina capa de nieve y hielo que cubría el suelo y la baranda de la terraza. Poco antes de la medianoche, la luz eléctrica del Berghof se apagó, y uno a uno se fueron encendiendo los candelabros que alumbrarían esa primera

noche del año. Una luz tenue iluminó el palacio alpino, creando una atmósfera sobrecogedora. Eva Braun, muy nerviosa y excitada, no dejaba de mirarse su nuevo y flamante reloj de diamantes (regalo del Führer por las fiestas navideñas) esperando que el minutero llegara a las doce en punto. Poco antes de que esto sucediera, los mayordomos de las SS repartieron champán y caviar entre los invitados. Ya con su copa en la mano, el Führer nos dedicó unas palabras. Definió el año que terminaba como el del triunfo y la infamia: el triunfo por la exitosa campaña polaca, la infamia por la declaración de guerra de Inglaterra y Francia. Además, anunció nuevas metas para el año que llegaba, un año que, según sus palabras: «Decidirá el futuro y el destino del Reich milenarío».

Su pequeño discurso concluyó en el momento exacto en que el reloj marcaba las doce en punto de la noche. En ese momento, el cielo del Obersalzberg se iluminó, como si de pronto la noche se convirtiera en día. Desde las montañas cercanas al Berghof se dispararon castillos de fuegos artificiales que hicieron las delicias de los invitados y del propio Führer. Adolf Hitler observaba las figuras que los fuegos artificiales formaban en el cielo haciendo esos tradicionales movimientos nerviosos en los que dejaba balancear su cuerpo sobre los dedos de los pies, mientras ofrecía largas explicaciones a Eva, a Gretl y a Gerda Bormann. Recuerdo que Otto Günsche y yo nos miramos sorprendidos. No entendíamos cómo todas esas personas vivían con tanta expectación un espectáculo que a nosotros nos parecía casi infantil.

La orquesta empezó a interpretar «Hohe Nacht der Klaren Sterne». Era la orquesta de Berchtesgaden, a la que habían colocado en un lateral de la gran sala. Durante toda la velada estuvo interpretando marchas militares y música de Lehár, algo que disgustó a la señorita Braun. En un momento de la noche, mientras charlábamos animadamente, Eva Braun me dijo:

—Odio esta música que ha elegido el Führer. ¿No cree que esa orquesta debería estar interpretando foxtrot?

Terminados los fuegos artificiales, regresamos a la gran sala. Allí, mientras los mayordomos de las SS no paraban de servir champán y dulces, se formaron los habituales corros de conversación. En un momento determinado de la noche, se produjo uno de esos sucesos que quería relatar detenidamente. No sé cómo fue, ni quién tuvo la idea, ni quién preparó todo aquello. Solo recuerdo que unos mayordomos entraron en la gran sala con un gran barreño de agua. Alguien exclamó:

—¡Qué bien! ¡Una ceremonia del plomo!

Otros sirvientes lo hicieron a continuación, portando unas vasijas en las que llevaban plomo fundido. Yo había escuchado todas esas historias durante mi formación en Lichterfelde, historias sobre viejos ritos adivinatorios de las antiguas tribus germánicas. En las SS nos llenaban la cabeza con esas leyendas, formaba parte de nuestro adoctrinamiento. Hasta esa noche pensaba que para Adolf Hitler esas cosas eran tonterías, como lo eran para mí mismo. Y para muchos de nosotros. Pero esa noche, esa percepción cambió.

El invierno anterior, durante una de las veladas del Berghof, había sucedido algo mientras charlábamos con el Führer alrededor de la chimenea. Alguien sacó el tema de los estudios raciales que se llevaban a cabo en las SS. El Führer estaba en su sillón favorito, con los ojos cerrados y tarareando alguna melodía que surgía de la victrola. Creo que fue el ministro Goebbels el que habló de esas investigaciones que el propio Reichsführer Himmler estaba realizando con cráneos. De pronto, y de manera sorpresiva, Albert Speer dijo:

—Yo creo que todo eso son tonterías.

Se hizo un silencio espantoso. Todos nos miramos sorprendidos. El Führer abrió los ojos y clavó sus ojos en Speer. Con tono serio, preguntó:

—¿Qué ha dicho, Albert?

Albert Speer dudó en un principio, pero después, dirigiéndose al Führer, contestó con voz firme:

—Que todos esos estudios raciales con cráneos me parecen tonterías, *mein Führer*.

Adolf Hitler se incorporó en su sillón. Creo que todos contuvimos la respiración. Y entonces, dirigiéndose a Albert Speer, dijo:

—Sabe una cosa, Albert... ¡A mí también!

Y lanzó una carcajada. Todos reímos, algunos de manera nerviosa. Y respiramos aliviados.

A mí también me parecían tonterías, siempre me lo parecieron. Nunca entendí cómo, si habíamos acudido a Lichterfelde a formarnos como soldados, podíamos perder horas y horas con esas historias de la vieja mitología y de las antiguas tradiciones germánicas. Muchos de nosotros en el círculo privado del Führer pensábamos igual. En más de una ocasión, escuché a algunos de los jefes que visitaban el Berghof referirse al Reichsführer Himmler de manera despectiva como «ese presuntuoso estudiante de cráneos».

La ceremonia del plomo consistía en verter un poco de plomo fundido en un barreño de agua. Nuestros ancestros decían que en las formas que tomaba el plomo podíamos ver nuestro presente y nuestro futuro. Aquella noche, como no podía ser de otra manera, el Führer fue el primero en iniciar la ceremonia. Vertió el plomo en el agua y se inclinó sobre el barreño intentando identificar sus formas. Todos lo mirábamos expectantes.

De repente, el rostro del Führer palideció.

Yo allí no veía nada, solo una especie de siluetas brumosas.

Pero por el aspecto de su cara, Adolf Hitler, sí. Vio algo, algo que no le gustó. A la luz de los candelabros, su aspecto parecía sombrío; sus ojos, turbados. Gretl Braun se le acercó y le preguntó:

—*Mein Führer*, ¿le sucede algo?

—Nada, pequeña Gretl. Solo es que estoy un poco cansado.

Adolf Hitler abandonó el grupo y caminó hacia su sillón favorito, junto a la gran chimenea regalo de Benito Mussolini. Cogió un atizador en su mano, y removió con él las brasas del fuego. Su mirada se perdió entre las llamas. Pasaría así el resto de la velada.

Eva Braun se dio cuenta de que algo no andaba bien. Intentando animar a los invitados, gritó:

—¡Venga! ¿A quién le toca ahora?

—¡A mí! —gritó Max Schmeling.

Mientras el célebre boxeador realizaba el rito, Eva Braun aprovechó para llevarme a un aparte y preguntarme:

—¿Qué le ha pasado? ¿Qué ha visto el Führer, Werner?

—No lo sé, señorita Braun. Yo pensaba que el Führer no creía en estas cosas.

—Yo también lo pensaba, Werner. También lo pensaba.

Los dos dirigimos la mirada hacia el Führer. Adolf Hitler seguía allí, con la mirada perdida en el crepitar de las llamas.

Yo fui el último en realizar el ritual. Y solo entonces, y esto puedo jurarlo por mi honor, comprendí al Führer.

Vertí el plomo en el barreño de agua que habían rellenado los mayordomos de las SS. Casi inmediatamente, el plomo fundido formó en el agua una figura. Una figura concreta.

—La suya es la forma más reconocible de toda la ceremonia, comandante Muntz —dijo Inge Ley.

—¡Miren, la puedo reconocer hasta yo! —exclamó Anny Ondra.

Supongo que en ese momento mi rostro palideció como lo había hecho el rostro del Führer. Mis ojos se turbaron, como se turbaron los suyos. A la luz de los candelabros, mi aspecto debía de parecer sombrío.

—¡Miren, miren, es la figura de un cazador! —gritó Henny von Schirach.

—¿Desde cuándo le gusta a usted la caza, comandante? —me preguntó Margarete Speer.

Balbuocé. No pude contestar. Alguno de los caballeros, ni siquiera sé quién fue, pasó su brazo por mi cuello y me dijo:

—¡Esto igual significa, comandante, que va usted a unirse a nuestro club de caza!

Un estruendo. Una bandeja que cayó al suelo. Copas de champán rompiéndose. Todos dirigimos la mirada hacia el lugar del que provenía ese estruendo.

Era Liesl Rauch. Estaba arrodillada, recogiendo de manera acalorada las copas de champán rotas.

—Disculpen, en ocasiones soy algo torpe —se justificó.

He dicho que todos miramos hacia el lugar del que provenía el estruendo. No es verdad. Todos no lo hicimos. Dos personas no. Una de ellas era el Führer, que continuaba con la vista perdida en el crepitar de las llamas.

La otra persona era Eva Braun. Ella se había quedado absorta contemplando el barreño donde yo había vertido el plomo y donde se dibujaba la figura imperfecta de un cazador.

* * *

Aquella noche, el Führer se retiró a dormir mucho antes de lo previsto. Por supuesto, Eva Braun lo acompañó. Pero eso no quería decir que la fiesta hubiera concluido. El general Bormann anunció que continuaría en su mansión, a la que estábamos todos invitados. Por un lado, me apetecía acudir a su fiesta, había escuchado rumores sobre esos fastos pervertidos que organizaba y quería comprobar su veracidad por mí mismo. Se decía que Bormann mandaba a su mujer Gerda a dormir y obligaba a que su amante, la actriz Manja Behrens, se convirtiera en la anfitriona de la velada. Música, mujeres de dudosa procedencia, alcohol y morfina nunca faltaban en las fiestas de la mansión del general Bormann. Sin embargo, esa noche me quedé sin saber si todos esos rumores eran ciertos: Otto Günsche me propuso acudir a la caserna de las SS, junto al resto de los muchachos, y compartir algunas horas con los soldados destinados en el Berghof. Yo acepté. Me disculpé ante el general Bormann por no acudir a su fiesta (algo que él comprendió) y me dirigí, en un coche oficial, a la caserna de las SS.

Bebimos mucho esa noche, mucho más de lo que se consideraría normal para nuestro rango y posición. Charlamos, reímos, cantamos, no solo los viejos himnos que aprendimos en Lichtenfelde, sino también canciones que se podían considerar «poco convenientes» debido al uniforme que vestíamos. Regresamos al Berghof pasadas las seis de la mañana, cuando el aguardiente ya nos salía por las orejas. Yo fui el único que tuvo que atravesar el gran salón,

debido a que las habitaciones del resto de los muchachos se encontraban en otro sector del Berghof. Me trastabillé y tropecé dos o tres veces. La oscuridad y el silencio era total, el Führer estaba durmiendo y ningún sonido podía interferir su descanso. Haciendo malabarismos alcancé la escalinata de mármol que conducía a mi habitación, cuando un sabor agrio, acompañado por un vómito, ascendió por mi garganta y, afortunadamente, se detuvo en mi boca. Hubiera resultado muy embarazoso tener que despertar a esas horas al servicio para limpiar el enmoquetado que cubría los peldaños de la escalinata.

Creo que ese vómito trepó hasta mi boca al pensar que Liesl Rauch podía estar esperándome en mi cama. Esa noche solo quería dormir, no me apetecía tener ninguna relación de tipo sexual con esa camarera infernal de ojos fríos como el hielo. Pero dudaba si ella no estaría allí, esperándome como cada vez que el Führer y la señorita Braun pasaban la noche juntos. Andaba pensando en esto cuando me di cuenta de que la puerta que conducía a la terraza estaba entreabierta y allí, en mitad de la noche fría y clara, había alguien. Y casi inmediatamente supuse de quién se trataba. Ese fue el segundo suceso de aquella noche que deseaba relatar.

Sigilosamente, salí a la gran terraza del Berghof. Una bocanada de aire helado golpeó mi rostro.

Eva Braun estaba asomada a la baranda de la terraza. Llevaba puesto su abrigo de piel de zorro plateado. En una de sus manos sujetaba una copa de champán, en la otra, un cigarrillo. Sobre la baranda cubierta de nieve descansaba una botella medio vacía. Miraba fijamente las montañas nevadas del Obersalzberg.

—Señorita Braun, ¿qué hace aquí?

—¿Y usted, Werner? —me contestó, sin apartar la mirada de las montañas.

—He regresado ahora de la caserna de las SS. Los muchachos y yo hemos pasado allí un rato.

—Me gusta mirar el brillo que adquiere la nieve cuando se refleja en ella la luz de la luna. ¿Nunca se lo había dicho? Es una de las cosas que más me gusta, Werner. Desde que era niña. Todo es tan mágico, como en un cuento.

—Es muy tarde, señorita Braun. Creo que debería volver...

—No, espere, déjeme aquí. El Führer está durmiendo, no advertirá mi ausencia. Además, estoy un poco...

—Borracha —dije esbozando una sonrisa de borracho.

Eva Braun me miró, dio una calada a su cigarrillo y, esbozando otra sonrisa de borracha, me dijo:

—Como usted, Werner. Apesta a aguardiente barato.

—Sí, tiene razón. También yo estoy borracho.

—Menuda pareja formamos, comandante Muntz.

Entre nosotros se hizo el silencio. Eva Braun me pasó el cigarrillo, yo di una larga calada y lo apagué sobre la nieve de la baranda. Ella cogió la botella de champán y se sirvió el último trago en su copa. Mientras lo hacía, empezó a silbar. Era esa melodía del conocido tango de Carlos Gardel, «Por una cabeza».

—¿Por qué silba esa melodía, señorita Braun?

—No lo sé, pensaba en usted y en mí. ¿Se acuerda de aquella tarde lluviosa en Múnich, cuando le conté parte de mi historia mientras paseábamos por los jardines del Hofgarten? Había un músico callejero que interpretaba esa melodía con su violín. ¿Sabe una cosa?, esa melodía

siempre me ha recordado a usted.

Otro trago al champán.

—Creo que debería dejar de beber, señorita Braun.

—Recuerdo que aquella tarde pensé que usted y yo hacíamos una bonita pareja. Sí, creo que yo hago mejor pareja con usted que con el Führer. ¿No lo cree, Werner?

No contesté. No podía contestar.

—Ya sé que no puede contestar. Todo en usted es tan marcial, «prusiano...». Pero yo contestaré por usted. Creo que también lo piensa. En realidad, el Führer y yo no hacemos tan buena pareja. Es mayor que yo, parece mi padre —soltó una carcajada de borracha—. Pero es el Führer, Werner. Sí, es el Führer.

Mientras hablaba, me di cuenta de que se había puesto su juego de turmalinas. Y su reloj de diamantes, el último regalo del Führer. Y también observé que debajo del abrigo no llevaba nada, iba desnuda.

—¿Nunca ha pensado escapar, señorita Braun? No sé, marcharse, desaparecer, dejar todo esto. Dejar al Führer.

—Muchas veces, Werner. Siempre que me siento abandonada por él. Pero no tendría adónde ir, ni con quién marcharme. ¿Quizá con usted? No, usted no me acompañaría. Usted permanecería junto al Führer, porque esas son las órdenes. ¿No es así, Werner?

—A veces el cumplimiento del deber es como el amor, señorita Braun. Nos hace permanecer en el lugar equivocado, con la persona equivocada. Pero es más fuerte que nosotros. Algo que nos supera.

Eva Braun pareció sorprendida. No se esperaba esas palabras que salieron de mi boca.

—¿Considera que está en el lugar equivocado, Werner? ¿Considera que sirve a la persona equivocada?

—¿Y usted, señorita Braun? ¿Considera que se encuentra en el lugar equivocado? ¿Considera que ama a la persona equivocada?

—No puedo arrancarme el corazón, Werner. Quizá si pudiera...

—Y yo no puedo arrancarme la cabeza, señorita Braun, ni todo lo que hay dentro de ella. En el fondo somos iguales. Demasiado iguales.

—Somos dos condenados, ¿verdad, Werner?

—Sí, señorita Braun. Dos condenados.

Eva Braun pasó su mano con delicadeza por mi brazo, acariciando la cruz gamada de mi brazalete.

—Rosas y esvásticas. El amor y la fidelidad.

Sonreí. Ella volvió a mirarme sorprendida.

—Qué curioso... Yo en una ocasión tuve ese mismo pensamiento, hace ya algunos años.

—¿Qué pensamiento?

—Es igual, déjelo. Son cosas mías.

—El destino, Werner. El destino ha elegido esta vida para nosotros. Bueno, eso pensaría el Führer, él cree en el destino. Yo prefiero creer que ha sido Dios. ¿Usted qué cree, Werner?

—Yo ya no sé lo que creer, señorita Braun.

Eva Braun volvió a reír. Otra risa de borracha.

—Bueno, en el fondo no tenemos por qué quejarnos. Podemos ser dos condenados, pero a la vez somos dos personas afortunadas. Estamos aquí, en el Berghof. ¿Sabe lo que eso significa? Que formamos parte de la vida de Adolf Hitler, el hombre más poderoso y temido del mundo. Él se ha fijado grandes metas para nosotros, para todos nosotros, y las está cumpliendo. Sí, somos personas afortunadas. Usted y yo. Y todos los que duermen ahí dentro. Y el Reich. Somos afortunados por haberlo encontrado, por habernos cruzado en su camino. Quizá el Führer tenga razón y sea el destino el que nos ha hecho encontrarlo. O puede que tenga razón yo, y que sea Dios quien lo ha enviado para dirigir el Reich y alumbrar nuestras vidas. Qué más importa. Desde este lugar se decide sobre la vida y la muerte de millones de personas. Y nosotros estamos aquí, junto a quien toma esas decisiones. Somos unos privilegiados, Werner. Nunca tenemos que olvidarlo.

Eva Braun elevó su mirada hacia el cielo. Yo la imité. Los dos contemplamos el firmamento estrellado sobre el Berghof. Permanecimos unos segundos en silencio. El único sonido a nuestro alrededor era el ulular del viento y el ruido que provocaban las grandes banderas del Reich al ser agitadas por él.

—¿Ve todas esas estrellas de ahí arriba, Werner?

—Claro que las veo, señorita Braun.

Eva Braun sonrió. Por un momento, pareció que las estrellas iluminaran su rostro.

—Estamos en la cima del mundo, Werner. Y solo esas estrellas brillan por encima de nosotros. Solo esas estrellas.

Permanecimos un buen rato en silencio, mirándolas. Hasta que los primeros copos de una incipiente nevada empezaron a revolotear a nuestro alrededor.

—Señorita Braun, vuelve a nevar. Debemos regresar...

—No, espere, ahí dentro hay más champán. Sobre la mesa, lo he dejado en una coctelera. Traiga una botella y de paso coja una copa para usted. Quiero que hagamos un brindis. Nos merecemos este momento, ¿no cree?

—Señorita Braun...

—Por favor, Werner.

Naturalmente, volví a plegarme a sus caprichos. Como siempre hice. Como siempre haría.

Regresé dando traspies con una botella y una copa para mí. Descorché el champán y llené las dos copas. Eva Braun me miró fijamente a los ojos y me dijo:

—Vamos a brindar, pero, por favor, esta vez no diga ese aburrido «señorita Braun».

—Está bien —le contesté.

Chocamos nuestras copas.

—Feliz Año Nuevo, Werner.

—Feliz Año Nuevo, Eva.

Bebimos. Eva Braun acarició mi rostro y me dijo:

—Werner, mi apuesto Werner.

Y después, como hacía siempre, besó mi mejilla.

* * *

Hasta el mes de abril de 1940 el Führer estuvo residiendo intermitentemente entre el Berghof y la Cancillería del Reich. A principios de abril se estableció provisionalmente en Berlín, mientras se

desarrollaba la operación Ejercicio en el Weser que concluiría con la invasión de Dinamarca y Noruega y su anexión al Reich. Durante esos meses, la monotonía en el palacio alpino alcanzó su cénit. Es posible que esa monotonía fuera la causante de que yo cayera de lleno en el alcohol y en el vicio más desenfrenado. Aquellos meses fueron el inicio de lo que alguna vez he definido en esta declaración como «mi época salvaje del Obersalzberg».

Todo comenzó durante las temporadas en que el Führer se encontraba en el Berghof y en las que yo, por las noches, quedaba relevado de mis obligaciones. Terminada la tradicional velada del Berghof, yo tenía por costumbre unirme a los muchachos que se desplazaban hasta la caserna de las SS en busca de diversión. Como he tenido oportunidad de relatar, fue por entonces cuando empezaron a llegar al Berghof los camiones militares camuflados bajo cuyas lonas se escondían un buen número de señoritas procedentes de Múnich y de Salzburgo. Todas ellas eran introducidas en la caserna por una puerta trasera oculta, algo que yo nunca llegué a comprender. Nada de lo que sucedía en el perímetro del Berghof escapaba a los ojos de depredador del general Bormann. Por consiguiente, siempre pensé que Bormann estaba al tanto de la llegada de prostitutas al Berghof; es más, conociendo su carácter vicioso y perverso, estoy en disposición de afirmar que toda esa operación estaba dirigida por el propio general. Bormann consideraba el Berghof como un lugar destinado al confort y el relax del círculo de íntimos del Führer, y supongo que esa máxima servía también para la guarnición de las SS que cumplía servicio en aquella montaña del Obersalzberg.

El aguardiente, el tabaco y las mujeres se acabaron convirtiendo en nuestro pasatiempo nocturno de cada jornada. Las chicas que acudían eran muy jóvenes, todas lucían ropas extravagantes, tan extravagantes como el maquillaje que decoraba sus rostros. Todas llevaban esos pesados perfumes que hubieran provocado la náusea de la señorita Braun y todas tenían esos nombres ficticios, como Lotte, Lili, Zsa Zsa o Darlene. Y por supuesto, todas ellas eran muy limpias. Porque si había una palabra que allí nos aterraba, esa palabra era «sífilis». Solo diré que el Führer había empleado seis hojas de su libro para hablar de la erradicación de esa enfermedad de la vida pública alemana. En nuestro mundo, «sífilis» era un término que nos retrotraía indefectiblemente a los oscuros años de la vieja República.

Las putas, la sífilis y Liesl Rauch provocaron uno de los peores momentos que yo pude vivir en el Berghof. Una noche aciaga en que toda esa mezcla explosiva terminó por conducir la relación adictiva que mantenía con la camarera de Eva Braun hasta un punto sin retorno al que nunca hubiera querido llegar. Una relación que ya había tenido pequeños pasajes peligrosos, pero que esa noche culminó abocándonos a un límite desconocido en el que perdimos nuestra condición de seres civilizados para transformarnos en poco más que bestias salvajes.

Todo comenzó en uno de esos cuartuchos que las SS habían habilitado para que retozáramos con las prostitutas. Yo había bebido mucho, como todas las noches, y me desperté desnudo y abrazado a una de esas jovencitas, una morena menuda de grandes ojos pardos. No sé si era Lily, Darlene o Lotte, eso no importa, a mí todas ellas me parecían iguales. La aparté de mí y me intenté incorporar en el camastro en el que habíamos retozado. La muchacha continuó durmiendo. Tuve que llevarme la mano a la cabeza, me dolía de una manera insoportable y además me encontraba mareado. El pestilente cuartucho me daba vueltas. Al posar los pies en tierra pisé una botella de Fernet Branca que había dejado tirada en el suelo. La cogí y me di cuenta de que todavía quedaban varios tragos. Me los tomé. Arrojé la botella contra un rincón del cuartucho. Recuerdo que de algún lugar llegaba la melodía de la marcha «Deutschland Erwache», coreada por voces masculinas y femeninas. Soldados y putas.

Me levanté, recogí mi uniforme, que estaba desparramado por la habitación y salí en busca de Russ. Era muy tarde y teníamos que regresar al Berghof. Y yo no estaba autorizado para conducir ninguno de los vehículos con los que nos habíamos trasladado hasta la caserna.

Lo busqué por varios de los cuartuchos hasta que di con él. Russ estaba dormido entre dos jovencitas desnudas que también dormían, abrazadas a su pecho. Una rubia y una pelirroja, el botín nocturno de Russ. Intenté despertarlo.

—Russ, Russ, despierta. Despierta, es tarde, tenemos que regresar.

La joven pelirroja abrió los ojos, me miró con gesto atontado, lanzó un bufido y volvió a dejar caer la cabeza sobre el pecho de Russ. Este terminó por despertar, me miró sin saber bien ni quién era yo.

—Muntz, no me jodas... ¿Qué quieres?

—Venga, levántate y vístete, tenemos que regresar. Es muy tarde.

—¡Muérete, Muntz! Yo no me muevo de aquí, no creo que pueda ni levantarme. Estas dos yeguas me han dejado seco. Busca a Heinkel, él te llevará hasta la «gran casa».

La «gran casa» era la manera en que los miembros del Begleitkommando solíamos referirnos al edificio central del Berghof.

Heinkel estaba en el salón. Desnudo, a cuatro patas, correteaba como si fuera un caballo desbocado. Sobre su espalda llevaba montada a una jovencita, también desnuda, aunque cubría parte de su cuerpo con una bandera del Reich. Llevaba la gorra de Heinkel sobre su cabeza, y una botella de champán en la mano. Con la otra, azotaba el culo de Heinkel, para que este trotara más rápido. El culo estaba tan rojo como la bandera que cubría a la joven. En los butacones había soldados y prostitutas que reían y aplaudían contemplando el espectáculo. Otros simplemente dormían la mona.

—Heinkel, deja de hacer el payaso, tenemos que regresar, son las cinco de la mañana.

—¡Déjame en paz, Muntz! Yo no puedo conducir, estoy borracho. Además, estoy paseando a esta señorita...

Cogí a la chica por los brazos, la levanté de golpe y la arrojé al suelo. Las risas y las palmas cesaron. Heinkel se levantó y me miró desafiante.

—¿Qué coño te crees que haces, Muntz...?

Extraje con rapidez la Walther de mi cartuchera y apunté hacia su pene.

—Quiero que te vistas inmediatamente y me lleves al Berghof. ¡Venga, andando! ¡Se acabó la fiesta! Vístete rápido si no quieres que te vuele los huevos. Te espero fuera, solo te doy cinco minutos.

Dejé a Heinkel buscando su ropa y salí al exterior. Estaba lloviendo. Saqué un cigarrillo, lo encendí y miré mi reloj. Cuatro minutos. Estaba decidido a entrar y sacarlo a punta de pistola si hacía falta.

Pero no hizo. Cinco minutos después ascendíamos hacia el Berghof con Heinkel conduciendo el vehículo. La borrachera se le había pasado de golpe. En el asiento de detrás llevábamos a otros tres muchachos. Estos seguían durmiendo la mona.

Para todos ellos la noche terminaba allí, pero para mí no. Yo tenía un problema. Y ese problema tenía nombre propio: Liesl Rauch.

La costumbre de entrar en mi habitación a oscuras nunca varió, eso siempre lo hacía igual, estuviera sereno o borracho. Cuando el aguardiente me salía por las orejas, esa costumbre

conllevaba que siempre tropezara con una silla auxiliar de la salita de estar que solía colocar frente a mi cama, bajo el retrato del general Hindenburg, y donde siempre dejaba mi correa. Aquella noche, como no podía ser de otra manera, tropecé con la dichosa silla, que cayó al suelo de forma estrepitosa. Antes de levantarla y de encender la luz, me di cuenta de que Liesl Rauch estaba allí, quieta, desnuda, junto a mi cama.

—Liesl...

—Comandante Muntz, desnúdese y acompáñeme.

Liesl Rauch caminó hacia el baño, encendió la luz y me esperó allí.

Me desnudé. No tenía ni idea de lo que Liesl quería, pero, la verdad, esa situación me intrigó y me excitó. La camarera de Eva Braun siempre conseguía provocar esas emociones en mí.

Entré en el baño. Sobre la tapa del retrete, Liesl había colocado un barreño de agua que yo solía utilizar para lavarme los pies. A su lado había una botella médica, sin etiqueta, que contenía un líquido de color grisáceo.

Liesl cogió la botella y vertió su contenido en el barreño de agua.

—Lávese con esto, comandante.

—¿No pretenderás que lave mi...?

—¿No pretenderá usted introducir eso dentro de mí después de haber estado con esas putas en la caserna, comandante?

—¿Cómo sabes con quién he estado?

—Ya vuelven las preguntas. Venga, lávese, este desinfectante me lo ha proporcionado el doctor Morell.

El doctor Morell. Recordé entonces que ese siniestro médico del Führer había tenido una consulta en la Kürfürstendamm especializada en enfermedades venéreas.

Pensé en echarla de la habitación, pero, sin embargo, hice lo que ella me pedía. Mientras me lavaba, Liesl no me quitaba la vista de encima. Me preguntó:

—¿Por qué lo hace, comandante? ¿Qué busca acudiendo a la caserna para verse con esas mujeres? ¿No le basto yo? Comparadas conmigo, esas mujeres son unas aficionadas, usted lo sabe.

—No lo sé, Liesl, no sé lo que busco. ¿Libertad?

Liesl Rauch soltó una sonora carcajada.

—¿Libertad? Venga, no me fastidie, comandante. Yo creía que a usted no le decía nada esa palabra, yo creía que la única palabra que regía su vida era «deber».

No sé por qué lo hice. Pudo ser el alcohol, el cansancio, ese dolor de cabeza que no me abandonaba, el hartazgo. La mezcla de todo. No lo sé. Agarré a Liesl por el cuello y la estampé contra la pared. Ella me miró con unos desorbitados ojos de sorpresa. Yo cada vez apretaba más fuerte. Su rostro se tornó rojo, empezó a toser, quería decir algo, pero la presión de mi mano sobre su garganta le impedía hablar. Entonces me acerqué a su boca y le mordí en el labio. Con rabia. Sabía que eso le molestaba, que no soportaba que lo hiciera. Hice que su labio sangrara.

Ella reaccionó clavando sus uñas en mi pecho. Rasgó con fuerza. Pude escuchar cómo se desgarraba mi piel. La fuerza de sus uñas, como si fueran cuchillas, me provocó unas heridas que llegaron hasta el abdomen. La solté. Miré cómo la sangre brotaba de mi pecho. Me llevé la mano a las heridas y la impregné con mi sangre. Después, la restregué por su rostro. Ella me besó, extendiendo a la vez la sangre que manaba de su labio por mi boca. Entonces la penetré. Ahora

todo era incontenible. Ya no podíamos parar. Ya nada nos podía detener.

Caímos al suelo. Lo hicimos sobre el suelo del baño, sobre un sofá de la sala de estar, sobre el suelo de mi habitación y sobre la cama. Y en la bañera, como todas las mañanas.

Cuando terminamos, nos quedamos un buen rato mirándonos, sin hablar. Bañados en sudor. Y cubiertos de sangre.

* * *

El 10 de mayo de 1940 el Führer lanzó su demoledora Blitzkrieg contra Europa occidental. Los ejércitos del Reich invadieron Holanda, Bélgica y Luxemburgo. Cinco días más tarde, la Wehrmacht rompió la línea Maginot por Sedán e invadía Francia. La tan temida guerra europea se había hecho realidad.

Podría decir que aquella noticia causó un gran impacto en el Berghof, pero entonces no estaría contando la verdad. Supongo que muchos de los miembros de la «corte de la montaña» estaban al tanto de los planes del Führer, y a los que no, como era mi caso, tampoco nos sorprendió en exceso. Posiblemente, tal y como se encontraba la situación política en Europa, la guerra era algo inevitable y todos conocíamos la capacidad de iniciativa del Führer: él siempre pensó que un buen ataque era la mejor defensa.

Por lo sucedido aquellos días, pienso que Eva Braun se encontraba entre los que no estábamos al corriente de los planes del Führer. Cuando se supo la noticia, volvió a caer en uno de sus habituales estados de melancolía, un estado parecido al que atravesó tras el atentado de la Bürgerbräukeller de Múnich en el que resultó herido su padre. Se encerró en su habitación, de la cual prácticamente no salía. Sé que Eva Braun lo pasaba muy mal pensando en el Führer, en que algo terrible le pudiera suceder. Pero en esta ocasión, ese estado depresivo no le duró mucho: cuando las buenas noticias sobre la marcha de la guerra comenzaron a llegar al Berghof, empezó a cambiar. Poco a poco, fue animándose, cada día un poco más. La euforia que nos embargó a todos los residentes del Berghof tras conocer las novedades que llegaban de los frentes ayudó también a su recuperación. El éxtasis se alcanzó el 14 de junio, cuando nos enteramos de que los ejércitos del Reich habían entrado en París y nuestra bandera ondeaba en lo más alto de la torre Eiffel. Además, el cuerpo expedicionario británico se encontraba atrapado en el canal, en una «bolsa» cerca de Dunkerque. Británicos y franceses habían sufrido la más importante derrota militar de su historia, y desde Londres llegaban noticias de una evacuación, lo que suponía para ellos una humillación en toda la regla. Esa noche, Eva Braun organizó una gran fiesta en el Berghof, una de las muchas que se empezaron a celebrar en aquellos tiempos de gloria.

Las fiestas de Eva Braun tenían por escenario la gran sala, eran fiestas en las que la victrola escupía música foxtrot, la favorita de la señorita Braun y de sus frívolas compañeras; fiestas donde los mayordomos de las SS, con sus relucientes bandejas plateadas, no dejaban de repartir alcohol entre los invitados; fiestas a las que asistían los habituales del Berghof, las amigas de Eva Braun, las esposas de los ausentes jefes del Partido y del Estado, los miembros de la seguridad y a las que, al final, se unían los mismos mayordomos y las camareras e, incluso, en muchas ocasiones, el servicio doméstico del Berghof. En esas fiestas las diferencias desaparecían, todo el mundo bailaba con todo el mundo, todo el mundo hablaba con todo el mundo y todo el mundo bebía con todo el mundo.

Eva Braun ejercía de perfecta anfitriona. Durante esas fiestas era cuando se sentía como la

auténtica señora del Berghof. Todo giraba en torno a ella, siempre con una copa en la mano, siempre sonriendo, cuando no riendo como una histérica o bailando de una manera casi salvaje, sin ningún tipo de pudor y, para mi gusto, sin guardar el decoro propio de una señorita. En un momento dado bailaba con el doctor Brandt, a los pocos minutos con cualquiera de los mayordomos y, si era necesario, lo hacía sola, consiguiendo que todo el mundo hiciera un corro a su alrededor. Era una Eva Braun distinta, desconocida. Una Eva Braun que Adolf Hitler no conoció nunca. Aunque, esto quiero dejarlo claro, el Führer siempre fue consciente de que esa Eva Braun existía.

En noches como aquellas nosotros no nos desplazábamos hasta la caserna de las SS, porque la fiesta y el alcohol estaban en el Berghof y, además, yo tenía que estar en todo momento pendiente de la señorita Braun, como sucedió en aquella ocasión. Los chicos del Begleitkommando también tenían la esperanza de que en noches como esas las damas del Berghof acabaran sustituyendo a Lotte, a Darlene o a Lily. Y si no, las camareras y las limpiadoras. Y muchas veces lo conseguían. Muchas, muchas veces.

La música de Egon Kaiser se sucedía en la victrola, temas como «Du bist mir so sympathisch» o «Das Fräulein Gerda» se bailaban como si el mundo fuera a terminar esa noche. Y después, el proscrito Michael Jary interpretaba su «Ja und nein!», porque esa música que se bailaba durante las fiestas de Eva Braun estaba prácticamente erradicada en el resto del Reich. Yo se lo reproché en alguna ocasión, lanzándole alguna indirecta, pero ella nunca se daba por aludida. Adolf Hitler se lo permitía todo, y ella, naturalmente, se aprovechaba de ese ascendiente que tenía sobre el Führer.

Recuerdo que cada vez que se acercaba a mí realizaba el mismo ritual: me acariciaba el rostro, sonreía y llamaba a algún mayordomo para que rellenara mi copa de Fernet Branca. Ella solía llevar siempre una botella de champán en la mano y, en muchas ocasiones, se dedicaba personalmente a rellenar las copas de los invitados como si se tratara de una camarera más.

Normalmente, y para evitar que la situación se desbordara, yo contaba con la complicidad de Liesl Rauch y del general Bormann. Nuestras miradas eran constantes, y los movimientos de cabeza indicaban de qué manera tenía que actuar. Como una norma no escrita, el pistoletazo de salida para aumentar el control sobre la señorita Braun se producía cuando ella empezaba a dar grandes tragos de la botella de champán sin utilizar copa o vaso alguno. Casi siempre, poco después, terminaba dando la nota quitándose sus caros zapatos italianos y subiéndose a bailar sobre la mesa de la salita de estar de la gran sala. En ese momento todo el mundo la rodeaba y yo tomaba posición en la mesa por si tenía que intervenir para preservar su seguridad. Recuerdo que aquella noche empezó su espectáculo cuando de la victrola emergió la melodía del «Ich bin so scharf auf Erika», de la orquesta de Erich Harden. Temí tener que interrumpir su actuación cuando se empezó a subir el vestido más de la cuenta, después de percibir un gesto de desaprobación del general Bormann, que bailaba con una de sus secretarias. Al final, tuve que ser yo quien la ayudara a bajar de la mesa.

Bailar y beber hasta caer rendido o desfallecer eran las premisas de esas fiestas. Utilizar para vomitar la gran terraza también era habitual, incluso copular sobre las mesas del jardín de invierno, eso también sucedió en alguna ocasión. Normalmente, cuando ya no podía dar ni dos pasos rectos, la señorita Braun terminaba por sentarse en alguno de los butacones, junto a Herta Schneider o la actriz Else von Möllendorff. Esperábamos hasta que se quedaba dormida, porque sabíamos que intentar llevarla a su habitación en ese estado podía suponer que terminara

montando algún escándalo, algo que queríamos evitar a toda costa. Cuando el sueño la vencía, el general Bormann me hacía un gesto con la cabeza y yo la cogía entre mis brazos y la subía a su dormitorio. Muchas veces, mientras avanzábamos por la escalinata que conducía a las habitaciones del Führer, se despertaba abrazada a mi cuello y, con los ojos entreabiertos, me preguntaba:

—Werner, ¿dónde vamos?

—A su habitación, tiene que descansar. Los invitados ya se han retirado, señorita Braun.

—Ah, muy bien —respondía ella volviendo a cerrar los ojos.

En ocasiones era verdad, en otras no. A veces esperábamos a que terminase la fiesta para retirarla de la circulación, y en otras la fiesta en la gran sala todavía estaba en pleno frenesí.

Cuando llegaba a su habitación Liesl Rauch ya me esperaba con la puerta abierta. La tumbábamos en su cama, la desnudábamos y la vestíamos con alguno de sus camisones de satén o alguna de sus batas de seda. Después, en silencio, abandonábamos el cuarto.

Durante aquellas ausencias del Führer, las noches de sexo y de rabia que compartía con la camarera quedaban suspendidas: yo estaba de servicio toda la noche. Pero en alguna ocasión, cuando nos asegurábamos de que no podíamos ser descubiertos, teníamos una sesión rápida en el pasillo. Liesl se quitaba las bragas y yo la penetraba contra la pared. Una de las cosas que sacaban de quicio a la camarera de Eva Braun es que yo eyaculara sobre su uniforme. Entonces, me miraba con esos ojos gélidos como el hielo y me decía:

—¡Oh, mierda, ya me he ensuciado el uniforme! Ahora tendré que echarlo a lavar.

Entre eyacular en su uniforme o en el suelo enmoquetado del pasillo no había duda. Hacerlo en el suelo habría significado que el servicio de limpieza nos habría descubierto. Y el servicio de limpieza eran los ojos del general Bormann en el Berghof.

Eva Braun nunca supo la verdad de cómo terminaban esas noches de fiesta y desenfreno. Normalmente a la mañana siguiente, durante el desayuno, preguntaba:

—Werner, ¿quién me subió ayer a la habitación y quién me desnudó y me metió en la cama? No recuerdo nada.

—Yo la subí, señorita Braun. De lo demás, se encargó la señorita Kastrup, como siempre.

Por supuesto, era mentira. Ella nunca supo que quien siempre me ayudó en esos menesteres fue su «camarera», Liesl Rauch.

* * *

El Führer tardó un tiempo en regresar al Berghof, si no recuerdo mal, no lo hizo hasta el diez o el once de julio. Fue unos días después de haber sido aclamado por miles de personas en Berlín, recibido como el más importante caudillo alemán de todos los tiempos. Aquel que no sea alemán nunca podrá comprender lo que significó para nuestro pueblo la victoria sobre Francia. Era una venganza por la derrota en la Gran Guerra y por ese infame Tratado de Versalles impuesto a nuestro pueblo cuando terminó el conflicto. Además, el ejército británico había sido expulsado del territorio continental europeo. Ahora sus arrogantes islas estaban siendo bombardeadas sin piedad por la Luftwaffe.

Eva Braun se llevó un gran disgusto cuando se enteró de la visita del Führer a París y de que ella no había sido invitada para acompañarle. Para la señorita Braun, conocer París era uno de los

grandes sueños de su vida. Lo que Eva Braun nunca supo es que, a petición del Führer, existieron movimientos para que ella le acompañara en esa visita relámpago a la capital francesa, aunque fuera como adscrita al cuerpo de secretarías de su Estado Mayor y bajo mi vigilancia. A espaldas de la señorita Braun, mantuve varias reuniones con el general Bormann para tratar de ese asunto. Lo que sucedió es que recibimos un telegrama de la Oficina Central de la Seguridad del Reich en Berlín, donde se nos comunicaba que, a diferencia de lo sucedido en Viena, se desaconsejaba el viaje de la señorita Braun por motivos de estricta seguridad. Al contrario que en Viena, la situación en París no estaba completamente bajo el control de nuestras fuerzas de ocupación. Yo no informé de ninguno de estos movimientos a Eva Braun, siguiendo una orden en ese sentido del general Bormann.

Una vez que pasó su enfado, durante los días previos a la llegada de Adolf Hitler, Eva Braun se esmeró en que el Berghof estuviera resplandeciente. Y efectivamente, el palacio alpino resplandecía durante aquel luminoso verano de 1940. Las banderas del Reich ondeaban orgullosas, se habían colocado estandartes con leyendas alusivas a la gloria del Führer por todo el perímetro del Berghof. Todo parecía poco para recibir, como le describió la señorita Braun, al «más importante caudillo alemán de todos los tiempos».

La mañana de la llegada del Führer estaba muy nerviosa. Me hizo llamar a su habitación. Cuando entré, estaba acabando de vestirse ayudada por la inseparable señorita Kastrup. Se había hecho la permanente fría, llevaba una bonita blusa blanca con el cuello verde y una falda entallada también de color blanco. Por aquellos días, las modistas del estudio de Annemarie Heise habían pasado una temporada en el Berghof para traerle su nueva colección, inspirada en la de las estrellas de Hollywood, motivo por el cual, Eva Braun había renovado casi todo su vestidor. Recuerdo que en el cuello lucía una pequeña cruz, una joya familiar que se ponía muy pocas veces en presencia del Führer. Cuando me vio aparecer, corrió hacia mí con su rostro ilusionado y me dijo:

—¡Werner, estoy tan nerviosa! ¿Cree usted que el Führer me habrá traído algún regalo de París? ¡Es igual! ¿Estoy bien, Werner?

—Está usted fantástica, señorita Braun.

Y era verdad. Estaba tan deslumbrante como el propio Berghof.

Eva Braun se empeñó en que filmara con la Siemens la llegada del Führer. Mientras descendíamos por la escalera de mármol que conducía al gran salón, no dejó de darme las instrucciones de lo que quería que incluyera en la grabación. Recuerdo que me dijo:

—Hoy van a cambiar muchas cosas, Werner. Yo soy la señora del Berghof y me voy a comportar como tal. Seré la primera en recibir al Führer. Va siendo hora de que ocupe la posición que me corresponde.

Yo sabía que eso nos podía causar problemas, especialmente con el general Bormann. La rivalidad por asumir el lugar preponderante en el palacio alpino crecía entre ellos. Y a la vez que crecía esa rivalidad también lo hacía la animadversión mutua.

Eva Braun se saltó esa mañana todo el protocolo habitual del Berghof. Cuando el Mercedes negro del Führer aparcó bajo la gran escalinata, fue la primera persona en recibirlo. Junto a él ascendió por las escaleras y, cuando entró en el gran salón y se quitó su capote militar y su gorra, fue la señorita Braun quien los recogió en sus manos y se los entregó a un mayordomo de las SS (algo que sentó fatal al servil Heinz Linge), como si fuera una esposa más, una esposa que recibe a su marido en un hogar cualquiera.

Tras el Führer, tres ordenanzas introdujeron en el Berghof dos arcones que se trasladaron inmediatamente a la habitación de la señorita Braun. Allí estaban los regalos que le traía de París: un arcón entero de cosméticos; pendientes, gargantillas, collares y anillos adquiridos en las exclusivas joyerías de la plaza Vendôme y tres nuevos abrigos de pieles.

Ese día, Eva Braun pareció entrar en otra etapa distinta de su vida. Lentamente, poco a poco, de forma discreta, durante los años de la guerra Eva Braun comenzó a sentirse más cómoda, creció en ella la autoestima, empezó a hacerse notar mucho más e incluso marcó su territorio con más fuerza que antes. Eso sí, algunas cosas no desaparecieron de ella; por ejemplo, sus celos enfermizos.

* * *

Unos días más tarde nos encontrábamos desayunando en la terraza del Berghof. Por aquel tiempo, la actividad de los visitantes en el palacio alpino estaba en su máximo apogeo. Todo el mundo quería visitar al Führer, compartir sus triunfos, fotografiarse junto a él. Desde que amanecía, la célebre terraza con vistas al Obersalzberg era un hervidero de personas entrando y saliendo. Hasta costaba encontrar una mesa para desayunar.

Eva Braun, Margarete Speer, la señorita Kastrup y yo compartíamos una de esas mesas. Las tres vestían con sus tradicionales *drindlgewand* multicolores, porque después del desayuno habían pensado ir a recoger flores a las dehesas que rodeaban el Berghof, y querían que yo las filmara con la cámara Siemens. Junto a la baranda, el Führer despachaba animadamente con Robert Ley, su bella esposa Inge y su adjunto, Julius Schaub. Observé que la señorita Braun se había puesto muy seria, miraba fijamente al Führer con un gesto de enfado en su rostro. Rápidamente lo comprendí. Adolf Hitler miraba ensimismado a Inge Ley, que en ese momento estaba dando una larga explicación con la que había atrapado a los tres hombres que la acompañaban. Inge era una de las pocas mujeres que conseguía que el locuaz Führer guardara silencio y escuchara con atención todo lo que ella decía. Esa mañana, Inge Ley estaba especialmente esplendorosa. Pese a estar en verano, el día había amanecido gris, fresco y ventoso en el Obersalzberg. Inge Ley se había colocado, sobre un elegante vestido color malva, un chal negro que resaltaba su cabello rubio y su estilizado rostro nórdico. Como he dicho antes, la señorita Braun y Margarete Speer vestían sus *drindlgewand* bávaros, con sus ajustados corpiños, las blusas blancas con mangas de farol, faldas verdes y los delantales tradicionales. Eva Braun no hacía más que tocarse una y otra vez, de manera nerviosa, un precioso camafeo con una escena pastoril que solía ponerse siempre que llevaba aquel atuendo. Comprendí que en aquel momento se sentía en un segundo plano, eclipsada por la belleza, el porte aristocrático y la habitual elegancia de Inge Ley. Al lado de ella, Eva Braun y Margarete Speer parecían dos vulgares campesinas.

—Debe de ser muy interesante lo que explica la señora Ley, porque el Führer está absorto escuchándola —comentó la señora Speer.

—El Führer siempre se queda absorto cuando habla una mujer guapa, Margarete, parece mentira que no lo conozcas —contestó Eva Braun con un tono de reproche.

Margarete y yo nos miramos y guardamos silencio. Los dos sabíamos hasta qué punto los celos eran capaces de corroerla por dentro. Eva Braun apartó la vista de la escena que sucedía en la baranda y la dirigió hacia el otro lado de la terraza, donde se encontraban las tumbonas. Allí, Gretl Braun y Henny von Schirach mantenían una distendida conversación.

—Y esas dos, ¿de qué hablarán? —preguntó Margarete, intentando romper el hielo.

—Chismorreos, siempre están con lo mismo —el tono amargo no desaparecía de la voz de la señorita Braun.

—Pues últimamente ellas dos están en boca de todos —respondió Margarete.

Era verdad. Tengo que aclarar que el Berghof siempre fue un nido incesante de rumores y chismorreos. Durante mucho tiempo, mi relación con la camarera de Eva Braun estuvo en primera plana, pero en los últimos meses se había especulado que Gretl Braun mantenía un romance con uno de los edecanes del Führer, un tipo llamado Fritz Darges.

—Si lo dices por lo de mi hermana con ese edecán, Darges, te puedo asegurar que es una tontería. Ya sabes que Gretl me lo cuenta todo, Margarete. ¿Y qué se dice de «la niña de Hitler»?

Percibí un gesto de maldad en el rostro de Eva Braun cuando pronunció las palabras «niña de Hitler». Es verdad que, habitualmente, muchos se referían a Henriette von Schirach con ese sobrenombre. Alguna vez llegué a escuchar que, cuando Henriette tenía trece años de edad mantuvo algún tipo de relación con Adolf Hitler, algo que, sinceramente, yo nunca creí. Como he dicho antes, el Berghof siempre fue un hervidero de rumores y chismorreos, algunos, de lo más disparatado.

—Pues parece que la dulce Henny podría abandonarnos próximamente. Según me comentó Albert, el Führer tiene pensado nombrar a Baldur jefe del distrito de Viena —explicó Margarete.

—Viena no está demasiado lejos del Berghof, querida Margarete. ¿En Noruega todavía no tenemos jefes de distrito, comandante?

—Lo desconozco, señorita Braun. La administración territorial del Reich está fuera de mis competencias.

Margarete y yo volvimos a mirarnos, y sonreímos. Cuando Eva Braun adoptaba esa actitud, lo mejor era seguirle la corriente y no contradecirla.

Eva Braun se levantó. Con ese mismo tono malhumorado, nos dijo:

—Creo que hoy suspenderemos nuestro paseo por las dehesas. Tengo un dolor de cabeza horrible, subiré a mi habitación y me acostaré un rato.

Antes de marcharse volvió a mirar a Inge Ley, que continuaba hablando sin parar con el Führer. Se despidió de nosotros diciendo:

—Demasiadas zorras para tan poco gallinero.

Haciéndonos un gesto de desesperación con el rostro, la señorita Kastrup también se levantó y caminó tras ella.

* * *

Agosto de 1940. Como ya he manifestado con anterioridad, durante el verano gran parte de la vida social en el Berghof se desarrollaba entre la terraza del palacio alpino y la zona balnearia del lago Königssee. En alguna ocasión, la terraza sirvió para que el Führer diera rienda suelta a sus ambiciosos sueños arquitectónicos. Así sucedió una mañana del mes de agosto de 1940, cuando la maqueta de la mayor quimera arquitectónica de Adolf Hitler fue expuesta, durante unas horas, en la célebre terraza del Berghof.

El Führer pasó casi todo el tiempo de aquel verano en su retiro del Obersalzberg, obsesionado con sus proyectos arquitectónicos, dirigiendo el curso de la guerra (por aquellos días la campaña

de bombardeos sobre Inglaterra alcanzaba su máximo apogeo) y preparando con sus adjuntos militares lo que, aunque la mayoría de nosotros lo desconocíamos, serían las nuevas líneas maestras de la política bélica del Reich: la extensión de la guerra a Europa Oriental.

Aquella mañana yo me encontraba terminando de vestirme (Liesl Rauch acababa de abandonar la habitación), tras otra noche de sexo desenfrenado con la camarera de Eva Braun, cuando la puerta se abrió y la señorita Braun entró como un huracán en mi cuarto mientras gritaba:

—¡Werner! ¡Werner! ¿Dónde está?

—Terminando de vestirme, señorita Braun.

Ni siquiera dejó que me colocara correctamente la guerrera. Me cogió de la mano y me arrastró fuera de la habitación.

—¡Werner, tiene que venir inmediatamente a la terraza! ¡No se puede imaginar lo que han colocado allí!

Cuando entramos en la terraza, toda la «corte de la montaña» se arremolinaba en torno a la gran atracción que el Führer había hecho instalar esa mañana: la maqueta de la capital mundial Germania. El señor Speer se había encargado personalmente de traerla desde Berlín.

El Führer y Albert Speer presidían la reunión en la cabecera de la gran maqueta. Eva Braun se unió a ellos. Yo permanecí en un segundo plano, detrás de Heinrich Hoffmann y del doctor Karl Brandt.

—Esto sí que es una capital digna para nuestro Reich, y no esa aberración urbanística que es Berlín —explicó Adolf Hitler.

—Pues yo no creo que Berlín sea una ciudad tan horrible, *mein Führer* —respondió con un tono quejumbroso Gerda Daranowski.

—¿Y qué va a pensar usted, Dara? ¡Si es berlinesa!

Todos rieron las palabras del Führer, excepto Dara, que pareció sonrojarse.

—Mire, señorita Daranowski, como otras muchas ciudades, París, Viena o Nueva York, Berlín es una ciudad con una estética viciada y decadente, una especie de Babilonia mugrienta y degenerada. ¡Todo lo contrario será Germania! Cuando el arquitecto Speer termine de construir nuestra nueva capital, solo la Roma imperial podrá compararse con ella. Aunque claro... ¿Qué quedará entonces de Roma? ¡Sus ruinas están en manos de Mussolini!

Más risas entre la dúctil corte. Creo que en ese momento Albert Speer se dio cuenta de que solo yo no reía las gracias del Führer. Me había quedado obnubilado, paseando mi mirada por la immaculada blancura de aquella maqueta quimérica, que brillaba provocando pequeños destellos luminosos bajo el soleado cielo estival de los Alpes bávaros. Allí, delante de mí, podía verse la impresionante Avenida de la Victoria, que debía ocupar lo que en aquel entonces era el eje este-oeste, una avenida de más de 120 metros de ancho que dejaría a los Campos Elíseos convertidos en una pequeña calle de provincias. Allí se instalaría el gran Arco del Triunfo, de más de 110 metros de altura. La Avenida terminaría en el Volkshalle, el Gran Salón del Reich, el edificio más grande del mundo, 290 metros de altura, coronado por una cúpula cuyo diámetro sería de 250 metros. Para hacerse una idea de sus dimensiones, la basílica de San Pedro de Roma cabría más de quince veces en su interior. Frente al Gran Salón del Reich se abriría la Adolf Hitler Platz, diseñada para acoger hasta un millón de personas. La plaza estaría presidida por el Palacio de Adolf Hitler, que, según nos explicó el señor Speer, estaba inspirado en la Domus Aurea de Nerón, aunque, eso sí, triplicando su tamaño.

—Albert —las palabras de Hitler me sacaron de mi atontamiento—, lo más importante es que las obras de Germania comiencen cuanto antes, ya sabe que este proyecto es de máxima prioridad para el Reich. Presiento que no viviré mucho tiempo, y no me gustaría abandonar este mundo sin verlo realizado.

Desvié la mirada hacia la señorita Braun. No hacía falta que habláramos, a esas alturas nos podíamos comunicar perfectamente solo mirándonos. «Otra vez su obsesión con la muerte», pensamos los dos.

Todo el mundo volvió a lo suyo, pero yo permanecí solo mucho tiempo observando la maqueta de Germania. Cuando me di cuenta, Albert Speer estaba a mi lado.

—¿Qué le parece, comandante?

Tardé un poco en contestarle. Cuando lo hice, fue con una pregunta:

—Señor Speer, ¿de verdad este proyecto es realizable?

Albert Speer me miró fijamente y me dijo:

—Hará todo lo que quiera, comandante. Realizará cualquier proyecto que tenga en mente, se lo garantizo. Conquistará los territorios que quiera. Los límites no existen para él.

Los dos dirigimos nuestras miradas hacia el Führer, que en ese momento departía amigablemente con el general Bormann.

—Comandante, nos encontramos ante uno de los hombres más brillantes de la historia. Este hombre ha nacido para dominar el mundo, lo presiento. Observe sus ojos cuando habla. Tienen un brillo especial, un brillo único. Son los ojos de un genio.

Permanecí el resto de esa mañana solo, sentado en una mesa de la terraza, perdido en mis propios pensamientos. Un mayordomo de las SS me sirvió un café bien cargado. Observé los habituales grupos de conversación que, como todas las mañanas, se habían establecido a lo largo de la terraza: Eva Braun, Gretl, Hanni Morell, Anni Brandt, Herta Schneider y las secretarias charlaban sentadas sobre la baranda; El Führer, Heinrich Hoffmann, Martin Bormann, Karl Jesko von Puttkamer, el embajador Hewel, Otto Günsche, Karl Brandt y Schmudt mantenían una amena conversación sobre el devenir de la guerra. En otra mesa lo hacían Albert Speer, Robert Ley, Otto Dietrich y Nikolaus von Below. Margarete Speer y la señorita Kastrup jugaban con los niños y las niñas de los Bormann, y con las hijas de Herta Schneider que, como siempre, desnudos, correteaban de un lado para otro como si fueran una banda de pequeños salvajes. Junto a la puerta, la bella Inge Ley y la amante de Bormann, Manja Behrens, charlaban un poco desplazadas.

Me encontraba mal, me dolía la cabeza y tenía ganas de vomitar. Pero esta vez no podía achacarlo a la sesión de sexo y furia con Liesl, que había durado toda la noche. Era por otra causa, algo que me había sucedido mientras contemplaba la maqueta de Germania. No sé cómo explicarlo, son cosas muy íntimas, muy personales, pero había tenido una mala premonición, un oscuro presentimiento.

La premonición de que todo aquello no iba a terminar bien.

Tuve el presentimiento de que todos nosotros éramos una especie de muertos vivientes, algo así como un grupo de condenados. Pensé que esa maqueta de Germania terminaría siendo un montón de escombros humeantes, arrasada por un frenesí de sangre, fuego, violencia y muerte. El mismo frenesí que acabaría por arrastrarnos a todos hasta el infierno.

Sé que ahora, después de todo lo sucedido, es muy fácil decir estas palabras, colgarme una medalla. Pero juro por mi honor que fue así, que aquella mañana de agosto, durante los días de

esplendor, tuve esa premonición. Lo juro por todas las cosas en las que creo y que han regido mi vida.

Casi a la vez, las sombras lo cubrieron todo. Las nubes negras habían ocultado el cielo del Obersalzberg, haciendo desaparecer el sol del estío. Esos cambios meteorológicos solían suceder.

Cuando me di cuenta, la bella y elegante Inge Ley estaba sentada a mi lado. Me miraba preocupada.

—¿Qué le pasa, comandante? ¿Se encuentra bien? Parece un poco pálido.

—Nada, señora Ley, no se preocupe. Anoche me excedí un poco.

Sonrió. Permanecimos en silencio durante unos minutos. De pronto, le pregunté:

—Señora Ley, ¿qué siente cuando mira los ojos del Führer? ¿Le parecen los ojos de un genio?

Curiosamente, no pareció sorprenderle la pregunta.

—Sí, claro que lo creo. Es un hombre brillante, sin duda. Un gran líder y un gran dirigente, el hombre que necesitaba esta nación. Posiblemente sea un personaje único, de esos que se dan cada cien años. En solo siete años ha limpiado Alemania de toda la escoria que la inundaba. Y ya controla media Europa. Creo, comandante, que dentro de cien años se seguirá hablando de Adolf Hitler tanto como se habla hoy. Cada minuto, alguien en el mundo pronunciará su nombre. Su nombre será eterno, comandante. Un nombre para la eternidad.

—¿Y nunca ha pensado que todo esto no terminará bien? Ya sabe, la guerra...

Inge Ley me miró fijamente con esos bonitos ojos color azul profundo y me dijo:

—Claro que lo pienso, comandante. Todos los días. Pero después también pienso que lo tenemos a él, y mis miedos desaparecen. El Führer sabe lo que hace, cada paso que da está calculado milimétricamente, estudiado a la perfección. El Reich es fuerte porque Hitler es fuerte. Fuerte como un roble alemán. La guerra no durará mucho, comandante, los ingleses terminarán desmoronándose en cualquier momento. Piense que nuestro tiempo de gloria no ha hecho nada más que empezar. Los malos momentos quedaron atrás, ya solo son como una mala pesadilla del pasado. Y todo gracias a él. Todo se lo debemos a él.

Las palabras de Inge Ley no me ayudaron a que esa oscura premonición desapareciera de mi cabeza. Permaneció dentro de mí todo aquel día.

Y no se desvaneció durante los días siguientes.

* * *

Durante aquel cálido verano de 1940, el primero de la guerra, se produjeron algunas variaciones en la rutina habitual del Berghof. En plena campaña de bombardeos contra Gran Bretaña, las inalterables costumbres de Adolf Hitler sufrieron modificaciones que afectaron directamente a mis ocupaciones con la señorita Braun.

Por aquellos días el Führer empezó a levantarse a las doce de la mañana, una costumbre que ya no variaría hasta el final de la guerra. Heinz Linge le servía el desayuno en su despacho, mientras él repasaba las últimas noticias que Otto Dietrich y su Oficina Alemana de Noticias le proporcionaban. El Führer bajaba a la gran sala sobre la una y media, hora en la que se desarrollaba la reunión informativa militar de la mañana. Dada la cantidad de miembros de los tres ejércitos que asistían a esas revistas y que desconocían la existencia de la señorita Braun, yo solía llevármela junto a sus amigas y las demás damas de la corte al lago de Königssee, donde

pasábamos toda la mañana. Regresábamos al Berghof a la hora de comer.

Tras la comida, las «tardes del té» en la Kehlsteinhaus se mantuvieron con normalidad. Después de la cena, se estableció la revista informativa militar de la noche. Esta solía prolongarse durante más de dos o dos horas y media, aproximadamente hasta las doce y media. Durante ese tiempo, yo me llevaba a las señoras a la bolera del palacio alpino, donde ellas se dedicaban a conversar sobre esos temas frívolos e insustanciales que tanto les gustaban. Cuando el último de los coches de los participantes en la revista militar abandonaba el Berghof, yo era informado por Otto Günsche, y todos subíamos hasta la gran sala donde el Führer y los colaboradores que habían asistido a la revista ya nos esperaban. Comenzaban entonces las veladas del Berghof, con las habituales dos películas que nos proporcionaba el Ministerio de Propaganda a través de la Cámara Cinematográfica del Reich y la larga charla posterior que se prolongaba hasta más allá de las cuatro de la madrugada. Una vez que Adolf Hitler y Eva Braun entraban en su habitación empezaba mi tiempo de ocio. Muchas noches lo pasaba en la caserna de las SS, retozando con Lily, Lotte, Darlene o con las tres a la vez y bebiendo aguardiente hasta reventar. Otras, en compañía de Liesl Rauch, con quien los peligrosos juegos sexuales seguían su ritmo habitual. Esas noches únicamente solía dormir tres o cuatro horas, lo que se empezó a notar en mi aspecto físico, como no dejaban de recordarme los muchachos del Begleitkommando e incluso la señorita Braun.

—Werner, cada día le veo más delgado y demacrado. ¿De verdad duerme las horas suficientes?

Ese comentario se convirtió en habitual. Por supuesto, ella sabía de mi relación con su camarera, incluso de la sesión de sexo matinal en la bañera. Sin embargo, aunque era conocedora de mis visitas a la caserna de las SS, creo que nunca llegó a tener conocimiento de mis encuentros con las prostitutas que acudían allí. Al menos, yo nunca se lo conté y ella nunca me lo refirió.

Ese verano el Begleitkommando también sufrió algunos cambios. Aunque los habituales, como Adi Dirr, Otto Hansen o Russ se mantuvieron, dos jóvenes, Rochus Misch y Karl Tenazek, se unieron al grupo. Con Tenazek no llegué a trabar una fuerte amistad, pero sí con Rochus Misch, un tipo alto, serio, poco hablador y que, al igual que yo, no mostraba mucho interés por la política, pero, eso sí, con un sentido del deber muy parecido al mío. Mi amistad con Rochus se mantuvo durante todos aquellos años y duró hasta los últimos momentos, hasta aquel infausto búnker en las entrañas de Berlín.

Aquel verano, los ruidos ensordecedores de las obras, de las máquinas excavadoras, de los martillos perforadores inundaron el Berghof transformando la bucólica tranquilidad del palacio alpino en algo parecido a un pequeño infierno cacofónico. Esto molestaba principalmente a la señorita Braun, que se levantaba malhumorada y despotricando contra el general Bormann. Ese asunto provocó un incómodo incidente una mañana, mientras Liesl Rauch y yo manteníamos uno de nuestros encuentros sexuales en la bañera.

Estaba penetrando con fuerza, contra la pared, a la maquiavélica camarera de Eva Braun cuando la puerta del baño se abrió de par en par y la señorita Braun entró hecha un basilisco.

—¡Werner! ¡Werner! ¿Qué estrépito es este? ¿Quién hace este ruido?

Eva Braun estaba despeinada, llevaba su antifaz negro de dormir en la mano y solo cubría su cuerpo con una mañanita blanca y la ropa interior, naturalmente del mismo color.

Liesl y yo nos separamos, intentamos cubrirnos con algo, pero ya no nos dio tiempo. Nos quedamos allí, quietos, desnudos y jadeando, mirándola con rostros desenchajados.

Pero a Eva Braun no pareció importarle nada tan embarazosa situación. Siguió maldiciendo de

manera iracunda.

—¡Este ruido! ¿Qué es este ruido, Werner?

—Son las obras que ha iniciado el general Bormann, señorita Braun...

—¡Bormann! ¡Siempre Bormann! ¡Bormann! ¡Durante la comida de hoy, hablaré seriamente con el Führer! ¡Esas obras deben terminar inmediatamente, no me dejan dormir! ¿Han escuchado? ¡No me dejan dormir!

Antes de dar media vuelta, nos miró con curiosidad y dijo:

—Sigan con lo suyo.

Liesl y yo no nos movimos. Nos habíamos quedado petrificados.

Cuando alcanzó la puerta del baño, todavía se giró para decirle a Liesl:

—Ah, Liesl, hoy me apetecería tomar esa mermelada francesa que me serviste el otro día. Con dos tostadas. Muy hechas. Ah, y café. Muy cargado. ¡Venga, sigan con lo suyo!

Desconozco si la señorita Braun habló con el Führer acerca de las obras, pero lo cierto es que los trabajos en el perímetro del Berghof no se detuvieron nunca, incluso continuaron cuando los ecos del hundimiento llegaron hasta aquel apartado rincón del Obersalzberg. Martin Bormann estaba decidido a convertir esas montañas en una fortaleza inexpugnable para el Führer y los jefes del Estado. Pero en aquellos años de esplendor, las obras que provocaron el mal humor de la señorita Braun estaban relacionadas con la construcción de un búnker excavado en las rocas del Obersalzberg, un búnker para el Führer. Aunque el proyecto ya venía realizándose desde hacía más de año y medio, los trabajos se agilizaron después de que el 26 de agosto Berlín fuera bombardeada por la RAF durante una incursión nocturna. Este hecho alertó al general Bormann, siempre obsesionado con la seguridad del Führer, de que era imprescindible terminar ese búnker ante la posibilidad de que los aviones británicos pudieran alcanzar Baviera en su campaña de bombardeos.

Aunque pueda parecer sorprendente, un hecho tan relevante como el bombardeo de la capital del Reich no afectó lo más mínimo a los integrantes de la «corte de la montaña». Pero sí me afectó a mí. Aquella siniestra premonición que sentí la mañana en que la maqueta de la capital mundial Alemania se exhibió en la terraza del Berghof volvió con toda su fuerza, con todo su horror. Y esa sensación de que algo iba a salir mal, de que todos nosotros éramos algo así como una legión de condenados, no me abandonó durante gran parte del oscuro y lluvioso otoño de 1940. Ese otoño fui yo, y no la señorita Braun, quien cayó en una especie de estado de melancolía.

* * *

El Führer abandonó el Berghof a finales del mes de octubre. Creo que se dirigió en su tren privado hasta el sur de Francia, a Hendaya concretamente, donde tenía previsto entrevistarse con el general Franco, el dictador español. A su regreso, haría una parada en Montoire, en la llamada Francia Libre, donde se reuniría con el mariscal Pétain y su primer ministro Laval. Adolf Hitler consideraba muy importantes estas reuniones, estaba convencido de que el apoyo de España y de Pétain a la causa del Reich sería imprescindible para que la resistencia británica se terminara quebrando. Fracasada la batalla aérea de Inglaterra y descartado cualquier tipo de invasión de las islas, Hitler todavía veía posible que los ingleses entraran, como él siempre decía, «en razón». El Führer pensaba que los franceses eran dúctiles, pero temía la obstinada terquedad del dirigente

español. Recuerdo que unos días antes de su partida, tras una larga charla ante la chimenea de la gran sala, el Führer nos explicó:

—Espero que ese terco de Franco sea flexible ante nuestras demandas, nuestra diplomacia en Madrid nos dice que hay miembros de su gobierno que están en el buen camino, pero... De todas maneras, le haré un ofrecimiento que creo que no podrá rechazar. Pero nunca se sabe, a diferencia de francesas e italianos, los españoles pueden llegar a dar muestra de una obstinación exasperante.

Antes de partir, el embajador Hewel comentó en un corrillo en la terraza que el Führer pretendía proponer a los españoles la posibilidad de recuperar Gibraltar. No sé con seguridad si ese era el ofrecimiento que el Führer estaba dispuesto a hacerle a Franco durante esa entrevista en Hendaya.

El mismo día de la partida del Führer, el Berghof se transformó. Eva Braun tenía pensado organizar una de sus célebres fiestas. Aquella tarde la señorita Braun estaba más atractiva que nunca, recuerdo que llevaba ese bonito vestido negro con topos blancos que tanto le favorecía. En un abrir y cerrar de ojos, convirtió la gran sala del Berghof en una pista de baile. Por medio del general Bormann, había conseguido que la Orquesta de Berchtesgaden subiera al Berghof para amenizar su fiesta. Cuando tuvo todo preparado, dio vueltas por el salón diciendo:

—¡Esto es maravilloso! ¡Parece la sala de baile del Odeón!

Eva Braun ordenó a los mayordomos de las SS que sirviesen champán y caviar, mientras la orquesta, algo sorprendida, empezaba a tocar piezas de foxtrot que ella pedía. Erna Hoffmann, Margarete Speer, Marion Schönmann, Herta Schneider, Anni Brandt, Gretl Braun, incluso algunas de las camareras empezaron a bailar y a contonearse por la gran sala. Eva Braun invitaba a todos los caballeros, incluso a los mayordomos y los ordenanzas, a acompañar a las señoritas en su baile. Algunos de los chicos del Begleitkommando que se habían quedado en el Berghof se animaron y se unieron también a la fiesta. Solo Rochus Misch y yo permanecimos sentados, charlando sobre temas triviales, ajenos a todo aquel frenesí que se desarrollaba a nuestro alrededor. En un momento dado, mientras sonaba «Schön ist die Welt», Eva Braun se acercó a nosotros con una botella de champán en su mano y, mientras me estiraba de la manga de la guerrera, dijo:

—¡Venga!, ¿qué hacen ahí? ¡Las chicas necesitan bailarines!

—Señorita Braun, estamos hablando...

—¡Ahora no es momento de hablar! ¡Es momento de bailar! ¡Y de beber!

Eva Braun recorrió con su mirada la gran sala, buscando a alguien. Al final la encontró, encontró a Liesl Rauch.

—¡Liesl, sírvele al comandante algo de lo suyo!

Liesl se dirigió con su bandeja hacia un improvisado mueble-bar y se acercó hacia nosotros con dos vasos y una botella de Fernet Branca. Mientras Liesl nos servía, Eva Braun dijo, con un tono de voz que indicaba que el champán ya estaba empezando a hacerle efecto:

—Comandante Muntz, esta noche le libero de sus obligaciones. No importa que el Führer no esté en el Berghof, por eso no debe preocuparse, estoy segura de que esta noche dormiré de un tirón. De hecho, Liesl, espero que mañana no me despiertes hasta la hora de comer. Así que usted, comandante, dedíquese esta noche a complacer a mi fiel camarera. En este momento no hay nubes negras en mi cielo. ¡Me encuentro tan feliz!

Mientras decía esto, la señorita Braun le propinó una palmada en el culo a Liesl, que hizo que esta diera un respingo y estuviera a punto de hacer caer la botella de Fernet Branca de la bandeja.

Rochus Misch observaba toda la escena con los ojos abiertos como platos y sin entender muy bien lo que sucedía en esa conversación a tres entre Eva Braun, Liesl Rauch y yo. Cuando las dos mujeres se fueron, Rochus aprovechó para preguntarme:

—¿Te estás follando a la camarera del «pajarito caprichoso»?

—Es una larga historia, Rochus. ¿De verdad no lo sabías?

—No, y mira que los muchachos se han encargado de ponerme al día de todo, pero... ¿Y desde cuándo tú...?

—Ya hace tiempo. Pero no es nada importante, entre nosotros no hay nada, solo sexo.

—¿Y te parece poco con semejante mujer?

Rochus contemplaba la escena que se desarrollaba a nuestro alrededor con una mirada intrigada. Quedaba claro que todavía no estaba acostumbrado a esa otra cara del Berghof. Durante todo el tiempo que llevaba con nosotros, solo había conocido la rutina de vida del palacio alpino cuando el Führer se encontraba en él. Recuerdo que me preguntó:

—Y cuando el Führer no está, ¿esto es siempre así?

—Y peor —le contesté yo—. En ocasiones puede ser peor.

Entonces me di cuenta de que algo no marchaba bien. La señorita Braun estaba discutiendo acaloradamente con el director de la orquesta, un tipo gordo al que el frac le quedaba pequeño y que no hacía más que secarse el sudor de la frente con un pañuelo blanco de lino.

—Hay problemas, Rochus. Espérame aquí, ahora mismo vuelvo.

Me levanté y caminé hacia el foco del problema. La señorita Braun parecía fuera de sí, gesticulaba ostensiblemente y gritaba, aunque no se escuchaba nada en medio de la interpretación de la orquesta. El director no hacía más que negar con la cabeza.

—Señorita Braun, ¿qué sucede? —pregunté al llegar junto a ellos.

—¡Werner! ¡Dígale a este imbécil que...!

—Señorita Braun, déjeme que hable yo con el señor...

—Linder, Fritz Linder —dijo el hombre, apurado. Estaba muy nervioso. Posiblemente, el color de mi uniforme lo había alterado todavía más.

—¿Qué está pasando, señor Linder?

—Verá... —el hombre intentaba descifrar mi rango, sin conseguirlo. Yo le ayudé.

—Comandante, soy el comandante Werner Muntz.

—Pues verá, comandante, esta señorita quiere que interpretemos un tema prohibido. Quiere que interpretemos...

—¡«Deep Night»! ¿Es que su maldita orquesta de pueblo no sabe interpretar «Deep Night»? ¿Qué mierda de orquesta es esta?

—Comandante, «Deep Night» es un tema de un compositor judío llamado Marek Weber. La Cámara de Música del Reich lo consideró hace algunos años como un compositor degenerado, nos fueron retiradas todas sus partituras. No podemos interpretar ese tema, comandante.

—¡A mí me importa un bledo que ese compositor sea judío! ¡Quiero que interpreten «Deep Night»! ¡Quiero bailar «Deep Night»! ¡Inmediatamente! —bramó la señorita Braun.

Cogí por el brazo al señor Linder y lo llevé aparte. El hombre palideció.

—Aunque no tengan las partituras, ¿saben ustedes interpretar «Deep Night»?

—Sí, comandante, era muy popular antes de...

—Pues háganlo. Interpreten ese tema que pide la señorita.

—No podemos, comandante...

—Le he dicho que lo interpreten. ¡Ya!

El hombre se separó de mí de muy mala manera. Seguía sudando, pero me dedicó una mirada desafiante.

—Esto no quedará así, hablaré con el general Bormann. Usted no sabe quién soy yo en Berchtesgaden...

—¡Y usted no tiene ni idea de quién es esa señorita con la que estaba discutiendo, maldito idiota! ¡Si esa señorita quiere que interpreten «Deep Night», ustedes interpretan «Deep Night»! ¿Me ha entendido?

—Sí, comandante.

Hizo una anticuada inclinación de cabeza, dio media vuelta y regresó a ocupar su lugar en la orquesta. La señorita Braun corrió hacia mí cuando escuchó las primeras notas de «Deep Night».

—¡Gracias, Werner! ¡Amo esta canción! ¿Cómo ha dicho que se llamaba ese tipo? ¿Linder? Hablaré con el Führer cuando regrese, sabrá qué hacer con él.

—Baile y olvídense, señorita Braun.

—Está bien. Pero le voy a dedicar a usted este baile.

En el estado en que se encontraba la señorita Braun, las cosas no podían sino empeorar. Se hizo un corro en torno a ella, y Eva Braun empezó a bailar de manera muy poco decorosa, contorsionando su cuerpo, moviendo el culo y el pecho al ritmo de esa sugerente canción. Los mayordomos, los ordenanzas y los caballeros de la corte empezaron a dar palmas, mientras la miraban con lascivia y ella, subiéndose el vestido, dejaba al descubierto sus largas piernas, cubiertas por unas medias negras francesas con estampados en forma de rosas y el ligero del mismo color hasta que casi llegó a ser visible su ropa interior. Y mientras lo hacía, no apartaba su mirada de mí.

Sentí una fragancia conocida a mis espaldas. Liesl Rauch. Acercó su boca a mi oído y me dijo:

—Tiene que hacer algo, comandante. Esta noche se está pasando de la raya.

Sabía que todo aquello tendría consecuencias. Sabía que ese gordo de Linder hablaría con el general Bormann. Y sabía que esta vez el capricho de la señorita Braun me iba a costar caro.

* * *

Aquella fiesta de Eva Braun terminó como solían terminar todas sus fiestas: con Liesl Rauch y yo acostándola en su cama. Solo que esa noche le tomamos la palabra a la señorita Braun y terminamos teniendo otra de nuestras noches de sexo y desenfreno en mi habitación. Pero esa noche, pasó algo especial, algo que no había pasado nunca: el juego de Liesl Rauch llegó demasiado lejos y ella cometió un error. Por un instante, en ese muro infranqueable que era su mente, se abrió una pequeña brecha.

Después de terminar nuestra habitual sesión, nos habíamos quedado un buen rato en silencio, con nuestras miradas perdidas en el techo, mientras yo acariciaba su pelo, mechón a mechón. Cada uno, absortos en nuestros propios pensamientos.

Liesl Rauch se levantó, caminó desnuda hacia la ventana y la abrió. Cogió un cigarrillo de mi pitillera, lo encendió y dio una calada con fruición. Dejó salir el humo de su boca, un humo que adquirió una tonalidad azulada cuando escapó por la ventana. Ella fijó su mirada en la majestuosa quietud de las cumbres alpinas. Sin apartar la mirada de esa imagen, me dijo:

—Llevo ya más de seis años con ella y, sin embargo, cada día la detesto más.

—¿A quién, Liesl? —pregunté, aun cuando ya conocía la respuesta.

—A la señorita Braun, a quién va a ser. Simplemente, no puedo entenderlo.

—Esta misma conversación ya la tuvimos hace unos años. Y te vuelvo a repetir lo mismo que entonces: a nosotros no nos incumbe.

—No puedo entender cómo es posible que usted no vea nada o no quiera ver nada, comandante. No puedo entender por qué se niega a hablar conmigo sobre esa insulsa mujer. No puedo entender cómo no se pregunta qué hace un hombre como nuestro Führer con esa caprichosa y estúpida mujer.

—Pues deberías entenderlo, Liesl...

Se giró hacia mí de repente. Puedo jurar que, en la oscuridad de la habitación, sus ojos brillaban como los de los animales salvajes que merodean por los bosques que rodean el Berghof.

—¿Sabe que por su culpa mañana tendrá usted un problema, comandante? ¿Lo sabe? Por sus caprichos, por sus condenados caprichos.

—Lo sé, Liesl. Pero no me importa. Solo he cumplido con mi deber.

—¿Su deber? ¿Cumplir todos los caprichos de esa mujer es su deber?

—Sí, es mi deber. Habla con el Führer, Liesl. Si no lo entiendes, él te lo explicará.

Liesl sonrió. Se acercó hasta mí, se sentó a mi lado y retiró con delicadeza un mechón de pelo de mi frente.

No sé cómo lo hizo, pero en mitad de la conversación había sacado mi Walther de la cartuchera que siempre dejaba colgada en la silla del escritorio. La colocó en mi cuello. Volvió a sonreír.

—A usted le gusta, ¿verdad?

—No sé a lo que te refieres, Liesl.

Deslizó la boquilla de la Walther por mi pecho y la detuvo en el estómago.

—Sí, sabe muy bien a lo que me refiero, comandante Muntz. Creo que, si Eva Braun no fuera la «querida» del «jefe», como ustedes dicen, habría intentado ya tener algo con ella. Creo que usted está enamorado de Eva Braun.

Siguió bajando el arma, hasta que llegó a mis testículos. Allí la detuvo. Apretó un poco, sonrió al ver que yo hacía un pequeño gesto de dolor.

En ningún momento sentí miedo. Sabía que a la camarera de Eva Braun le gustaba practicar esos juegos peligrosos. Solo que, en ese momento, no sabía si la persona que me hablaba era ella o era otra. No sabía si estaba jugando conmigo o me estaba interrogando. Ese era el peligro que corrías en las SS: que nunca sabías a lo que te estabas enfrentando.

—¿Sabe algo, comandante?, creo que ya he descubierto por qué tiene esa obsesión por trasladarse a la caserna de las SS y acostarse con todas esas prostitutas apestosas. Creo que, cuando está con ellas, no puede ver sus rostros. Mejor dicho, creo que ve otro rostro. El rostro de Eva Braun. En su mente nublada por el alcohol imagina que se acuesta con ella. ¿Verdad que no me equivoco, comandante?

—Si fuera así, no podría seguir cumpliendo mi trabajo, Liesl. Habría roto la promesa que le hice al Reichsführer en la Casa Parda de Múnich. Tendría que pedirle al general Bormann que me relevara de mis obligaciones.

Apartó la Walther de mis testículos. La dejó encima de la cama. Acercando su rostro al mío, me dijo:

—¿Y no tendría que hacerlo? ¿No tendría que pedirle al general Bormann que lo releve de sus obligaciones?

—¿Quién lo pregunta?

—Déjese de tonterías, comandante.

Esta vez sonreí yo. Liesl pareció sorprendida.

—Esa explicación que me has dado sobre mi visita a la caserna de las SS hace aguas por todos los sitios, Liesl. Para ver el rostro de Eva Braun mientras practico sexo no me haría falta acostarme con prostitutas. Lo podría hacer cuando me acuesto contigo. ¿No te parece?

—No, conmigo no puede hacerlo. Yo le recuerdo a aquello que usted era: el deber, la lealtad, la fidelidad. Esos valores que ha perdido por caer rendido a los pies de una mujer frívola, estúpida y caprichosa. Cuando usted se acuesta conmigo, ve en mi rostro reflejado el suyo. Por eso me castiga, por eso le gusta castigarme. Es su forma de flagelarse para intentar paliar su culpa. ¿No es verdad, comandante Muntz?

—¿Y tú, Liesl? ¿Por qué me castigas a mí?

—Yo solo le sigo el juego, comandante.

—No, eso no es verdad. Tú empezaste este juego...

—Se equivoca, comandante. El juego lo inició usted. Yo solo le sigo la corriente.

—¿Así te lo ordenó el Reichsführer? ¿Esas son las órdenes que recibiste de él? Lo que no entiendo es por qué me eligieron a mí para realizar este trabajo. Tú sola podrías haberlo hecho. Es una jugada perfecta, Liesl. La camarera de Eva Braun, los ojos del Reichsführer para tener controlada la vida íntima del Führer. ¿Y tú me hablas de valores, Liesl? ¿Tú me hablas de lealtad y de fidelidad?

—¿Qué está insinuando, comandante?

—No insinúo nada, Liesl. Lo estoy afirmando. ¿No crees que ha llegado el momento de que le hable de ti al Führer? ¿No crees que ha llegado el momento de que le hable del juego que el Reichsführer...?

—No le permito que hable así del Reichsführer, comandante. Ni que haga esas insidiosas insinuaciones. El Reichsführer, él sí que es un gran hombre. El orden y la seguridad del Reich le deben mucho al Reichsführer Himmler. Afortunadamente, él vela por nosotros. Por todos nosotros. Incluido el Führer. Lo único que no entiendo es cómo no ha actuado como hizo con la joven Raubal y con Renate Müller, permitiendo a esta estúpida de... Da igual... Ya está amaneciendo. Voy a darme una ducha.

Se levantó y caminó hacia el baño. Yo me senté en la cama. Geli Raubal. Renate Müller. Liesl Rauch había cometido un error, un terrible error. Había revelado una información que jamás tendría que haber salido de sus labios. Esa información había estallado en mi cabeza. Ahora todo estaba más claro, mucho más claro. Tenía que seguir apretando. Quizá no consiguiera nada, pero tenía que seguir apretando.

Entré en el baño. Liesl estaba de pie dentro de la bañera, dejando que el agua golpeará su

cuerpo.

—¿Qué le pasó a Geli Raubal, Liesl?

Me miró con ojos dolidos. Sabía que había sufrido una derrota. Una grave derrota.

—Se suicidó dos años antes de que el Führer llegara al poder. Se disparó con una pistola en el pecho.

—¿Y a Renate Müller? ¿Qué le pasó a Renate Müller?

—Lo sabe muy bien, comandante. Sufrió un desgraciado accidente en su apartamento de Berlín. Se cayó por las escaleras.

—¿Y yo por qué me he convertido en el jefe de seguridad de la señorita Braun, Liesl?

Su mirada parecía desconcertada. Creo que en ese momento no entendía nada.

—Porque el Reichsführer le nombró, comandante. Usted sabe cuáles son las órdenes...

—¿Estás segura, Liesl?

Todo estaba empezando a encajar. Había estallado en mi cabeza cuando Liesl cometió su error. No me seleccionó el Reichsführer, fui recomendado por el general Dietrich, y el Reichsführer me aceptó. ¿Quizá pensando que yo era otro hombre diferente del que realmente era? No lo sé. Pero sé que el general Dietrich me advirtió de que tuviera cuidado. Que tuviera cuidado de un mirlo blanco que revoloteaba a mi alrededor. ¿Quién era ese mirlo blanco? ¿Liesl Rauch? ¿Y quién me advirtió, el general Dietrich, o el Führer hablando a través de él? ¿No me puso acaso sobre aviso de alguna oscura treta de Himmler? Entonces... ¿De qué parte estaba el general Dietrich? ¿De parte del Führer o del Reichsführer? Todo era un juego, y yo parecía estar en medio de ese juego. Quizá el Reichsführer quería que yo me convirtiera en algo parecido a un ejecutor de sus intereses. Pero ¿qué quería el Führer? ¿Y el general Dietrich? ¿Pretendían que yo evitara que la señorita Braun terminara como Geli Raubal o como Renate Müller? ¿Era ese el auténtico motivo de mi misión? ¿De quién estaba protegiendo yo a Eva Braun? ¿De ella misma o del Reichsführer Himmler? Todos parecían haber apostado mucho, habían apostado a saber por quién me inclinaría, como si pudieran controlar mi voluntad. Pero alguno de ellos había errado el tiro. Porque yo ya había tomado una decisión. Una decisión que, mucho tiempo después, cambiaría mi vida para siempre. Pero en ese momento, en mitad de esa batalla en los cielos, lo importante era que Liesl Rauch no conociera cuál era esa decisión. Mi elección de bando.

—Tienes razón, Liesl, el Reichsführer me eligió. Creo que deberías confiar un poco más en mí. Y no vuelvas a hablarme de lealtad, fidelidad ni sentido del deber. A lo mejor sería el momento de que trasladaras todas esas estúpidas ideas tuyas sobre lo que siento por Eva Braun al Reichsführer. Aunque, ¿sabes?, creo que él se reiría de ti. Soy un miembro del Leibstandarte SS. Él sabe muy bien a quién eligió para cumplir la misión que me fue encomendada.

Abandoné el baño. Dejé a Liesl Rauch con un rostro desencajado, confundida, mucho más confundida de lo que podía estar antes de iniciar esa conversación nocturna. Sabía que había perdido la oportunidad de conocer de qué parte estaba yo, sabía que yo no podía permitirme cometer el error que ella había cometido. La intoxicación debía ser mi arma desde ese momento. Mantenerla siempre en duda, sin que supiera a qué atenerse. Ella tenía que ser un mar de dudas, no yo. Solo de esa manera podría quebrar su voluntad.

Cuando regresé a la habitación, escuché un ruido que procedía del baño. Liesl Rauch había golpeado ligeramente su cabeza contra las baldosas de la pared. Una, dos, tres veces. Era consciente del tremendo error que había cometido.

Entonces fui yo quien abrió la ventana y se encendió un cigarrillo. Cuando ella salió, me dijo:
—¿No se arregla, comandante?

—Más tarde, Liesl. Esta mañana no tengo prisa. Tengo que esperar a que el general Bormann me llame a su despacho. ¿No crees, Liesl?

No dijo nada. Se marchó. Esa mañana, no habría sesión de sexo en la bañera.

En ese momento pensé que tendría que averiguar qué era ese asunto de los mirlos blancos y qué relación tenía con Liesl Rauch. Sabía cómo hacerlo, incluso pensé en solicitar ayuda al Führer. Podía hacerlo y, además, sabía dónde tenía que ir a buscar esa información.

Por encima de las cumbres del Obersalzberg se veía un incipiente destello que prometía un cielo azul. El cielo azul. El cielo azul sobre el Berghof siempre me resultó impresionante.

* * *

Dos horas más tarde me encontraba en el interior del despacho del general Bormann. El general me pidió que me sentara, mientras él caminaba hasta su mueble bar y se servía un licor.

—¿Quiere un trago, comandante?

—No, gracias, mi general —le contesté.

Bebió un trago, lo saboreó y, mirándome de manera suspicaz, me dijo:

—Comandante Muntz, anoche tuve una queja sobre su comportamiento en la fiesta de...

—Sí, mi general, me lo esperaba. Ese tal Linder, el director de la orquesta...

—El señor Linder es una persona muy respetada en Berchtesgaden, miembro del Partido y un influyente nacionalsocialista en su comunidad. Él me dijo que usted le obligó a interpretar una canción de un compositor judío.

—Sí, de Marek Weber en concreto, mi general. La pieza se llama «Deep Night».

—La música de ese compositor judío está prohibida en el Reich, comandante.

—Sí, lo sé, mi general. Pero la señorita Braun quería bailar esa canción, mi general.

—¿Y?

Hecha la pregunta, el general se sentó en la silla tras su mesa escritorio, me miró fijamente y me repitió:

—¿Y?

—Yo solo me dediqué a complacer el deseo de la señorita Braun, mi general. Es mi obligación.

—¿Cómo? Pero ¿qué está diciendo usted? ¡Su obligación consiste en velar por la seguridad personal de la señorita Braun, comandante! ¡No en complacer sus estúpidos caprichos! ¡Y menos cuando esos caprichos atentan contra nuestras sagradas leyes raciales!

—Toda la música que escucha la señorita Braun atenta contra nuestras leyes raciales, mi general. Y también contra los criterios de la Cámara de Música del Reich y del Ministerio de Propaganda. Y nunca ha pasado nada.

Se hizo un silencio estremecedor en el despacho. Los ojos de Martin Bormann parecían escupir fuego. Creo que, en ese momento, pensé que el general Bormann sentía hacia mí la misma animadversión que hacia Eva Braun.

—Comandante Muntz, lo que sucedió anoche es intolerable. Usted no puede obligar a una

orquesta a violar las leyes raciales de nuestro Reich haciéndoles interpretar el tema de un compositor judío. ¡Aquí, en el retiro del Führer!

—Perdone, mi general, pero quiero explicarle algo. El día que conocí a la señorita Braun, en agosto de 1935, un disco de Electrola sonaba en su radiogramola interpretando «Schwarze Augen», un tema de ese compositor judío llamado Marek Weber. ¿Usted me quiere decir que el Führer no estaba al corriente del tipo de música que la señorita Braun escuchaba en la casa de la Wasserburgerstrasse? Y si al Führer no le importaba, ¿por qué tendría que importarme a mí?

Para Martin Bormann, esa fue la gota que colmó el vaso. Se incorporó, golpeó la mesa con la palma de su mano y me gritó, mientras espumarajos de saliva salían de su boca:

—¡Porque usted es un miembro de las SS! ¡Porque usted está sometido a una cadena de mando! ¡Porque el Reichsführer, entre otras cosas que solo usted sabe, le seleccionó para que impidiera esos comportamientos comprometedores de ese «caprichito» de nuestro Führer! Creo que el Reichsführer se lo dejó muy claro en la entrevista que mantuvieron...

—Mi general, el Reichsführer no me habló en ningún momento del tipo de música que debía escuchar o bailar la señorita Braun.

—¡Pero sí del comportamiento frívolo de esa mujer! ¡Cuando la señorita Braun pidió esa canción estaba en un estado lamentable, comandante Muntz! ¡Hacía rato que usted tenía que haberla retirado de la circulación!

—Usted sabe muy bien, mi general, cuál es el protocolo que utilizamos para retirar a la señorita Braun de esas fiestas. Usted mismo ha participado muchas veces de ese protocolo, es usted quien me ha dado la orden para llevar a la señorita Braun a su habitación. Sabe que lo hacemos así, precisamente, para evitar que provoque un escándalo.

—¡Pues ayer lo provocó! ¡Menos mal que, con buen criterio, el señor Linder me ha comunicado ese desagradable incidente y ha jurado guardar secreto al respecto! ¿Sabe usted lo que habría sucedido si ese director de orquesta hubiera comentado que aquí, en el Berghof, se le había obligado a interpretar una canción de esa escoria de judío? ¿Se lo imagina usted? ¿Se lo puede imaginar?

—Pero mi general, era solo una canción. ¿Es realmente tan grave que...?

No pude terminar mi frase al ver el gesto de furia que invadió el rostro del general Bormann. En ese momento pensé que iba a levantarse de su silla y a golpearme:

—¿Solamente una canción? ¿Una canción? Comandante Muntz, ¿está usted cuestionando nuestras leyes raciales?

—No, mi general, nunca he cuestionado las leyes raciales de nuestro Reich. Puedo darle mi palabra.

Parece que esa frase, la determinación con que la pronuncié, calmó un poco al general Bormann. El tono de su voz bajó de intensidad.

—Comandante Muntz, la señorita Braun se pasó anoche de la raya. Esto no puede volver a suceder. Le he tolerado muchas cosas, comandante, pero a partir de hoy, voy a ser mucho más escrupuloso con respecto a su rendimiento como jefe de seguridad de la señorita Braun. Ella es una mujer incorregible, lo sabemos, pero precisamente para eso está usted aquí, para que espectáculos como el de anoche no se produzcan. No me gustaría tener que informar al Reichsführer...

Entonces fui yo quien miró desafiante al general Bormann. Había llegado el momento de poner

las cartas boca arriba. Recordé la conversación que había mantenido unas horas antes con Liesl Rauch, las muchas preguntas que me habían surgido. Ya era hora de empezar a desenmarañar esa oscura lucha de intereses que rodeaba la figura de Eva Braun.

—General Bormann, puede hablar usted sobre mi trabajo como jefe de la seguridad personal de Eva Braun con el Reichsführer cuando lo desee. Y también puede hacerlo con el Führer. Y con la persona que realmente me seleccionó, el general Sepp Dietrich.

Por primera vez, el general Bormann pareció palidecer. Sabía que había sido un desafío, un desafío en toda la regla. Creo que en ese momento debió de pensar que yo sabía algo más de ese turbio asunto de lo que sabía, que, a decir verdad, en ese momento, y salvo conjeturas, era nada. Al verlo allí, sentado, mirándome sorprendido, pensé que Martin Bormann podía hablar con el Reichsführer sobre ese incidente esa misma mañana. Pero algo me decía que no podía hacerlo con el Führer, ni tampoco con el general Dietrich. ¿Por qué? No lo sé, pero esas eran mis deducciones. También cabía la posibilidad de que lo hablara con los tres, y entonces mi situación se tornaría desesperada. Pero había llegado demasiado lejos, así que, hasta el final de esa conversación, decidí seguir jugando con las cartas descubiertas.

—No dude que lo haré, comandante. No lo dude nunca. Eso es todo, puede retirarse.

Me levanté, me cuadré, di un fuerte taconazo y me dirigí hacia la puerta.

Pero antes de abandonar el despacho me detuve, miré al general Bormann y le dije:

—Mi general...

—¿Quiere algo más, comandante?

—Sí, quiero hacerle una pregunta, y quiero que me la conteste. Creo que me lo merezco, creo que merezco conocer la verdad.

—¿Cuál es esa pregunta, comandante?

—¿Quién es Liesl Rauch?

Otro tenso silencio. Martin Bormann se miró las manos, las tenía entrelazadas sobre su mesa de trabajo, encima de los boletines de la Oficina Alemana de Noticias. Se recostó en su silla giratoria y se balanceó ligeramente, antes de contestar.

—Está bien, si quiere saber quién es Liesl Rauch, se lo diré.

Sonrió. Por primera vez durante aquella tensa entrevista, sonrió.

—Liesl Rauch es la camarera de Eva Braun. ¿Algo más, comandante?

—Nada más, mi general. Lo he entendido perfectamente.

—Espero que así sea, comandante. Lo espero por su bien.

Caminé hacia la puerta, pero antes de que mi mano rozara el pomo, Martin Bormann volvió a hablar:

—Nunca olvide, comandante, el uniforme que usted viste. Nunca olvide que, por encima de todo, usted es un miembro de las SS. En las SS no toleramos las objeciones morales de ningún tipo, son un signo de debilidad. Eso nos hace distintos, diferentes de todos los demás. Nunca olvide que viste el uniforme del Leibstandarte SS. Sabe que su padre estaría orgulloso de usted. No cabe más prestigio en el ejército alemán.

Decidí jugarlo todo a una carta. Sin girarme, le dije:

—Visto el uniforme del Leibstandarte SS Adolf Hitler, ese es el nombre completo. Y mi general, no creo que mi padre estuviera orgulloso de mí. Y, a decir verdad, tampoco de usted.

Abandoné el despacho.

Aprovechando que la señorita Braun dormía, pasé aquella mañana sentado en la salita de estar de mi habitación. Imaginé que en cualquier momento la puerta se abriría y dos agentes del RSD procederían a mi detención. Quizá el general Bormann estaría ya coordinando con el Reichsführer mi nuevo destino: hacer guardia en alguna garita abandonada en los confines del Reich o enfundarme el uniforme blanco de invierno de las SS para combatir en esa ciudad noruega llamada Narvik, donde por aquellos días nos las estábamos teniendo tiasas con los ingleses. También podía suceder que esos mismos agentes me llevaran a dar una vuelta por los alrededores del Berghof, me metieran una bala en el cráneo y dejaran mi cuerpo abandonado a merced de los animales salvajes que poblaban aquellos bosques. Servía en las SS, todas esas cosas podían suceder. Era el riesgo de vestir ese uniforme negro. Resultaba curioso, por primera vez me había enfrentado a la cadena de mando y, sin embargo, tenía la sensación de que no, de que precisamente me había mostrado más firme que nunca en la defensa de esa cadena. Por qué... ¿Quién estaba al mando?

Esperé, esperé y esperé. Pero ninguna de esas cosas que había imaginado sucedió.

Durante la comida, el general Bormann se comportó conmigo con total naturalidad, como lo hacía todos los días. Como si la conversación de esa mañana no hubiera existido. Estaba claro que había tocado alguna tecla durante aquella entrevista, pero... ¿cuál? Eso no lo sabía. Desde la noche anterior, las preguntas se amontonaban en mi cabeza. Solo había una cosa que tenía completamente clara.

La señorita Braun se presentó a la comida sujetando sobre su frente una aparatosa bolsa de hielo. Cuando se sentó a mi lado, me dijo:

—Oh, Werner, tengo que dejar de beber champán durante esas fiestas. Me produce un dolor de cabeza terrible.

Dejó la bolsa de hielo sobre la mesa. Y entonces, hice algo que no había hecho nunca, que jamás pensé hacer. Pero que necesitaba hacer en ese momento.

Cogí sus manos y, mirando fijamente sus bonitos ojos azulados, le dije:

—Señorita Braun, quiero que sepa que siempre, siempre estaré a su lado. Suceda lo que suceda, yo estaré a su lado.

En su rostro se instaló un rictus de sorpresa. Pero creo que también de emoción.

—Lo sé, Werner. Mire, no quiero que lo sepa nadie, pero después del Führer, usted es en la única persona en la que confío. Pero ¿por qué me dice esto ahora?

Solté sus manos. Resultaban muy suaves, quizá producto de las cremas especiales que utilizaba para cuidarlas.

—Por nada, señorita Braun. Son cosas mías.

Era muy inteligente. Mucho más de lo que todos pensaban. Mucho más que todos aquellos que consideraban que tan solo era una mujer frívola y estúpida. Se quedó pensativa, mirando los faldones de encaje del mantel que cubría la mesa. Su rostro se había tornado apesadumbrado. Me dijo:

—Werner, ¿debo temer por algo?

—No, señorita Braun, no debe temer por nada. Para eso estoy aquí, para que nunca tenga que temer por nada.

12

LA LEYENDA DEL KAISERBERG

Las nieblas del otoño, la incesante lluvia golpeando los cristales, el gélido frío del invierno y la nieve que atascaba las carreteras y dificultaba nuestros asiduos viajes a Múnich, nada de eso impidió que para todos nosotros el otoño de 1940 y el invierno de 1941 estuvieran presididos por un impresionante cielo azul sobre nuestras vidas. Curiosamente, las nubes negras no llegaron hasta el mes de mayo, en primavera, cuando los campos se tornaban más verdes y las flores de Bingel vestían las dehesas.

Esas nubes negras visitaron el Berghof la mañana del 11 de mayo de 1941, mientras yo contemplaba en la habitación de la señorita Braun los nuevos vestidos que el estudio de la modista Annemarie Heise le había hecho llegar desde Berlín. Aquella mañana nos acompañaba la servicial y siempre discreta señorita Kastrup. Para mí todo aquello era trabajo, intentaba entretener a la señorita Braun mientras el Führer mantenía su habitual revista militar de la mañana. Aquel domingo había comenzado antes, no lo recuerdo muy bien, pero pudo ser sobre las once o las doce de la mañana. Lo que sí recuerdo perfectamente fueron los gritos. Los gritos, las voces, los sonidos de botas militares al trote que subían y bajaban la escalera que conducía al despacho del Führer. Y entre todos esos gritos, entre todas esas voces, había una que resultaba más llamativa que todas las demás. Cuando la escuchamos, Eva Braun, la señorita Kastrup y yo nos encaminamos hacia la puerta. Por supuesto, no la abrimos. Solo yo estaba autorizado para hacerlo y abandonar la estancia si era necesario. Lo que sí hicimos fue escuchar a través de la puerta, como si fuéramos tres porteras alcahuetas de Berlín, lo que esa voz decía.

La voz de Adolf Hitler.

Eva Braun me miró. Yo le devolví la mirada, conocedor de que los dos estábamos pensando lo mismo: «Los demonios lo están devorando».

—Voy a ir a ver lo que pasa. Espérenme aquí. Pase lo que pase, no salgan de la habitación.

Las dos movieron afirmativamente la cabeza. Abandoné el lugar.

Fue mientras avanzaba por el pasillo en dirección hacia el despacho del Führer cuando empecé a entender algo de lo que Hitler decía, al menos conseguí escuchar el nombre de Rudolf Hess.

En la sala presidida por el gran cuadro de Bismarck se habían congregado un gran número de colaboradores del Führer. Entre ellos distinguí a Otto Günse. Heinz Linge también se encontraba allí. La puerta del despacho de Hitler estaba abierta. El Führer daba vueltas por la antesala, gesticulando y gritando como un poseso. Llevaba un documento en su mano,

posiblemente un telegrama o una carta. Más tarde observé que había un sobre tirado en el suelo.

—¡Hess! ¡Cómo ha podido hacer esto! ¡Hess! ¡En qué estaba pensando ese condenado! ¡Hess! ¡Hess!

Me acerqué a Otto Günsche, que estaba ensimismado mirando al Führer. Su rostro transmitía preocupación. Ni tan siquiera se dio cuenta de mi presencia cuando llegué a su lado.

En mitad de la antesala había un hombre en posición de firmes. Estaba blanco como la cera y sudaba abundantemente. Vestía el uniforme de general de las SA. Más tarde pude saber que ese hombre era Karl Heinz Pintsch, el adjunto de Rudolf Hess.

—¡Bormann! ¿Dónde está Bormann? —gritó el Führer.

—Enseguida viene, *mein Führer* —musitó sumiso Heinz Linge.

Adolf Hitler se dirigió entonces a Albert Bormann, el hermano del general, que desde 1934 se encontraba al frente de la NSSK (el departamento motorizado del Reich) en la Cancillería y le gritó:

—¡Göring! ¡Quiero aquí a Göring! ¡Localícelo donde se encuentre! ¡Y a Ribentrop! ¡Quiero que venga inmediatamente Ribentrop! ¡Es una orden! ¡Una maldita orden!

—¡Como ordene, *mein Führer*! —gritó a su vez Albert Bormann, que a continuación partió como hombre al que persigue el diablo en dirección a las escaleras que comunicaban con el gran salón.

Martin Bormann subía en ese momento por las escaleras, con un rictus preocupado y fatigado en su rostro. Los dos hermanos se cruzaron, sin siquiera mirarse. El general Bormann venía acompañado por un edecán llamado Engel.

—*Mein Führer*, me han informado... —balbuceó Bormann cuando se presentó ante Hitler.

—¡Hess! ¿Sabe usted lo que ha hecho Hess?

—*Mein Führer*, yo...

—¡Quiero que los detengan a todos! ¡Los ocultistas! ¡Ellos le han llenado durante años la cabeza con tonterías! ¡Quiero que registren el Reich de arriba abajo y detengan a toda esa chusma! ¡Y a los astrólogos! ¡No quiero que quede uno en libertad sobre la faz de Alemania! ¿Dónde está ahora Himmler? ¿Y Heydrich? ¿Dónde están Himmler y Heydrich? ¡Bormann, que me pongan inmediatamente en contacto con Himmler!

—Como ordene...

Adolf Hitler lanzó una mirada colérica, como yo nunca había visto antes, hacia Pintsch, el adjunto de Hess, y exclamó.

—¡Y detengan también a este hombre!

Dos agentes del RSD se abalanzaron sobre Pinstch y procedieron a detenerlo. Hitler y Bormann observaron cómo se lo llevaban por unas escaleras que conducían hacia la cocina. A continuación, el Führer se dirigió hacia su despacho, mientras vociferaba:

—¡Bormann, venga conmigo a mi despacho! ¡Sígame!

En los más de cinco años que llevaba trabajando en el entorno privado del Führer nunca lo había visto en ese estado. Jamás. Ni siquiera la noche del atentado de la Bürgerbräukeller, a bordo del *Amerika*. Me acerqué un poco más a Otto Günsche y le pregunté:

—¿Qué ha pasado, Otto?

—Hess. Ha volado a Inglaterra. Por su cuenta.

Otto Günsche me dijo esas palabras sin apartar la mirada del despacho del Führer, cuya puerta

se había cerrado con un gran estrépito.

No puedo decir que me extrañara. Como comenté con anterioridad, yo nunca mantuve una relación estrecha con Rudolf Hess, se puede decir que mi relación con él se limitó a alguna que otra conversación ocasional. Pero siempre detecté algo extraño en su comportamiento, en su mirada. Algo oscuro. Siempre me dio la impresión de que ese hombre tenía alteradas sus facultades mentales. Sin embargo, había algo en las palabras que acababa de escuchar de boca del Führer que había llamado poderosamente mi atención. Decidí preguntárselo a Otto:

—¿Y eso de los ocultistas? ¿Y lo de los astrólogos? ¿Sabes a qué se refería el Führer?

Por primera vez, Otto Günse me miró y, remarcando mucho las palabras, me dijo:

—No tengo ni idea, Werner.

Permanecimos casi media hora en la antesala esperando tener alguna noticia, mientras el ajeteo de colaboradores del Führer entrando y saliendo del despacho continuaba. Y también los gritos que se escuchaban en su interior.

En una ocasión, el general Bormann salió del despacho y buscó con su mirada a Otto. Cuando nos localizó, caminó con paso firme hacia nosotros.

—Günse, localice inmediatamente a Otto Dietrich y acompañelo al despacho del Führer.

—Como ordene, mi general —respondió Otto, dando un fuerte taconazo.

Se despidió de mí con un gesto de la cabeza y descendió por la escalera que conducía al gran salón en busca del jefe de prensa del Reich.

Entonces, el general Bormann se dirigió a mí.

—Comandante Muntz, regrese a la habitación de la señorita Braun y evite que salga de allí mientras dure esta crisis. Tendrán que comer y cenar en su interior. Ella no puede caminar libremente por el Berghof hasta que yo no dé la orden contraria. No sé... ya se le ocurrirá algo para entretenerla. Confío en usted.

—Como usted ordene, mi general. Y gracias, mi general.

En ese momento percibí un gesto preocupado y cansado en el rostro del general Bormann. Intentando esbozar una sonrisa, me dijo:

—No, comandante, gracias a usted. Nunca le he dado las gracias por el trabajo que está realizando.

Habíamos enterrado el hacha de guerra. Por el momento, solo por el momento.

* * *

Cuando regresé a la habitación de la señorita Braun, esta estaba probándose un bonito *drindlgewand* que le había enviado Gertrude Pasendorfer, su diseñadora particular en ese tipo de vestimentas. El *drindlgewand* constaba de un corpiño negro, una blusa con las mangas de farol de cuadros azules, blancos, rojos y marrones; y una falda de lino con impresiones azules y materiales de lujo como seda y tul. La señorita Kastrup estaba colocándole en el cuello un colgante en forma de corazón (por supuesto, regalo del Führer) con incrustaciones de piedras preciosas. En cuanto Eva Braun me vio entrar corrió hacia mí.

—Werner, cuánto ha tardado. ¿Qué ha pasado?

—Ha sido el señor Hess. Ha volado a Inglaterra sin el permiso del Führer.

Una nube gris invadió los ojos de Eva Braun. Se dejó caer en la silla que había frente a su

tocador.

—Pobre Ilse. ¿Qué será ahora de ella?

Puedo afirmar que había auténtico dolor en esas palabras. Yo sabía que la señorita Braun tenía en gran consideración a Ilse Hess y que le profesaba un gran cariño.

—¿Y cómo está el Führer?

Eso era lo peor. Explicarle el estado en que se encontraba el Führer e informarle de que mientras durara la crisis ella no podía abandonar su habitación.

Eva Braun escuchó en silencio las explicaciones que le ofrecí. No dijo nada en ningún momento, solo empleó algunas palabras como «comprendo».

Cuando terminé, y para mi sorpresa, se incorporó de golpe y, mientras se miraba en el espejo, me dijo:

—¿Cree que este colgante combina bien con mi nuevo *drindlgewand*, Werner?

La nube gris había desaparecido. El brillo ilusionado regresó a sus ojos.

Tengo que reconocer que en ese momento me sorprendió gratamente ese gesto de madurez de Eva Braun.

Esa misma tarde, tal como el Führer había ordenado, el mariscal del Reich, Göring, y el ministro de Asuntos Exteriores, Von Ribentrop, llegaron al Berghof. Ambos estuvieron reunidos con el Führer en su despacho durante toda la tarde. Solo el general Bormann entró y salió de la estancia durante esa reunión. Según las noticias que corrían como un reguero de pólvora por el palacio alpino, ese encuentro resultó de lo más acalorado. A esas horas, los ingleses ya habían hecho público que Rudolf Hess había aterrizado en suelo británico. A última hora de la tarde hicieron llamar al despacho a Otto Dietrich. Con él se pactó el comunicado que se emitiría por radio al Reich y que, además, sería enviado a la prensa internacional. En ese comunicado se decía que Rudolf Hess tenía perturbadas sus facultades mentales y que en los últimos meses había padecido de visiones y pérdidas ocasionales de la memoria y de la realidad.

Esa misma noche, Otto Günsche me informó de que fue el propio Hess quien le pidió al Führer, en la carta que le entregó el pobre Pintsch, que en caso de que fracasara su «misión» se ofreciera esa interpretación de su viaje a Inglaterra, que se dijera que estaba loco. Otto no me reveló por medio de qué fuente había tenido acceso a esa información. Me dijo también que se había iniciado la detención de todas aquellas personas del círculo más cercano a Hess, incluidos sus adjuntos, sus ayudantes y sus familiares. Y que muchos de ellos habían sido trasladados a la prisión de Sachsenhausen. Esa madrugada, nos enteramos de que Rudolf Hess había sido destituido de todos sus cargos en el Partido, y que estos pasarían a manos del general Bormann.

Esta no era una buena noticia. Significaba mucho más poder para el general. Esta no era una buena noticia para Eva Braun y, por lo tanto, no era una buena noticia para mí.

No le comuniqué nada de esto a la señorita Braun. Pese a su encierro, había pasado un día tranquilo en mi compañía y la de la señorita Kastrop. Pero durante la cena, Eva Braun dejó con elegancia sus cubiertos sobre la mesa y, mirándome fijamente, me dijo:

—Comandante Muntz, quiero que haga algo por mí. Algo muy importante.

—¿Qué quiere que haga, señorita Braun?

—Quiero que consiga que el Führer me reciba esta misma noche.

—Señorita Braun, yo no puedo...

—Sí, sí que puede. Por favor, comandante, es muy importante. Puede pedirselo al general

Bormann. Solo necesito estar con él cinco minutos, no le entretendré más. Solo cinco minutos, comandante. Solo cinco minutos.

Como era habitual, claudiqué a su capricho. Si es que lo era. Sabía que Bormann se negaría de forma rotunda, pero, al menos, tenía que intentarlo.

Después de cenar, salí en busca del general Bormann. Lo encontré en la puerta del despacho, en compañía de Julius Schaub. Me acerqué a él y le dije:

—General Bormann, la señorita Braun ha solicitado ver al Führer. Solo pide cinco minutos. Desconozco cuál es el motivo, pero me ha pedido que se lo comunique a usted.

Bormann dudó. Parecía muy cansado, su rostro ofrecía un aspecto abatido y las bolsas debajo de sus ojos habían adquirido un tono violáceo. Se pasó la mano por la frente, resopló y me dijo:

—¿Solo cinco minutos?

—Sí, mi general. Solo cinco minutos.

—Está bien, comandante. Ahora mismo no hay nadie en el despacho. Si quiere verlo, tiene que ser ahora mismo. Vaya a buscarla.

Mientras regresaba a la habitación de la señorita Braun, no dejaba de sorprenderme lo fácil que había sido convencer al general. En realidad, me habría apostado todo mi sueldo a que Bormann se negaría a ese encuentro en mitad de esa grave crisis de Estado.

Cuando entré en la habitación, me percaté de que Eva Braun se había vestido con uno de sus conjuntos más elegantes: una camisa blanca con incrustaciones de pequeñas piedras de cristal en el cuello; sobre ella, una americana de color negro y una falda entallada del mismo color. Y sobre el pecho de la americana llevaba ese broche en forma de trébol o alas de mariposa que formaban sus iniciales, y que solo se ponía en ocasiones especiales.

Le hice un gesto afirmativo con la cabeza. Ella sonrió, dio unas pequeñas palmaditas y salió de la habitación. La señorita Kastrup cruzó sus manos como si fuera a rezar, miró hacia el cielo y exclamó:

—¡Gracias a Dios!

Yo no sabía de qué iba aquello, pero empezaba a sospechar que era mucho más importante que uno de sus habituales caprichos. Acompañé a la señorita Braun hasta la puerta del despacho del Führer. Allí nos esperaba el general Bormann. Al llegar junto a él, Eva Braun le dijo:

—Muchas gracias, general.

—Solo cinco minutos —respondió Bormann, intentando fingir una sonrisa que se quedó en un esbozo.

Otto Günsche abrió ceremoniosamente la puerta del despacho y la señorita Braun entró en su interior.

No hicieron falta cinco minutos. Solo tardó tres. Cuando salió, volvió a darle las gracias al general. Yo la acompañé de regreso a su habitación. Mientras caminábamos por el largo pasillo, y sin mirarme, Eva Braun me dijo:

—Muchas gracias, Werner, esto ha sido muy importante para mí. Ahora ya puedo dormir tranquila. Mucho más tranquila.

Nunca le pregunté de qué había hablado con el Führer durante aquellos tres minutos. Y ella nunca me lo contó. Pero en los días siguientes, creo que llegué a saber lo sucedido durante aquel efímero encuentro. Lo conocí por las noticias que llegaban al Berghof. En cuanto escuché lo que se comentaba en los habituales corrillos de conversación, lo relacioné con ese encuentro de Eva

Braun con el Führer.

Solo uno de los familiares de Rudolf Hess no fue detenido por la Gestapo, ni encarcelado en la prisión de Sachsenhausen: su esposa, Ilse Hess.

* * *

Las visitas de los jefes continuaron al día siguiente. La tarde del día doce llegó desde Berlín el doctor Goebbels. Cuando el ministro de Propaganda entró en el gran salón, algunos de los chicos y yo nos encontrábamos charlando al pie de la escalera. Creo recordar que entre otros estaban Adi Dirr, Otto Hansen, Otto Günse y Rüss. Es posible que nos acompañaran también dos de los enlaces, el embajador Hewel y Nikolaus von Below. Estábamos comentando el estado de ánimo del Führer. Desde que conoció la noticia de la «huida» de Hess no había abandonado ni un minuto su despacho, no había comido, ni cenado. Yo no comenté nada, pero después de su encuentro fugaz con el Führer, la señorita Braun me había dicho:

—Está muy abatido, Werner. El Führer piensa que Hess lo ha traicionado. No soporta la traición. Si hay algo que el Führer no soporta en este mundo es la traición.

Recuerdo que Joseph Goebbels avanzó por el gran salón con paso seguro y un rictus de preocupación en el rostro. Al llegar a nuestra altura, nos saludó cortésmente. En ausencia del Führer, fue Heinz Linge quien salió a recibirlo. El doctor Goebbels le entregó su gabardina gris y su sombrero de fieltro y, dirigiéndose a él, o a cualquiera de nosotros, preguntó:

—¿Cómo está?

Fue Linge quien le contestó:

—No muy bien, señor ministro.

Joseph Goebbels ascendió por las escaleras, y mientras lo hacía nos miró y dijo:

—Vamos a ver qué se puede hacer por él.

Antes de caer la noche, llegó al Berghof el señor Speer. Como siempre, fue mucho más directo que los demás. Sin cumplir ningún tipo de protocolo, accedió directamente al despacho del Führer. Tardó más de tres horas en abandonarlo.

Su salida coincidió con el momento en que Liesl Rauch y yo estábamos fumando nuestro cigarrillo de las nueve bajo los soportales de la puerta principal del Berghof. Aunque ya no hacía falta que lo hiciéramos, habíamos conservado esa tradición. Recuerdo que aquella tarde el cielo se había ensombrecido sobre la residencia de Adolf Hitler y se había levantado una pequeña brisa alpina. De pronto, la puerta se abrió y apareció el señor Speer. Estaba preocupado, su rostro parecía cansado. Se encendió un cigarrillo y dio una calada con fruición. Nos saludó cortésmente. Liesl Rauch se dio cuenta de que quizá quería hablar conmigo y, tras apagar el suyo apresuradamente, desapareció discretamente dentro del Berghof. Yo me acerqué a Albert Speer y le pregunté:

—Señor Speer, ¿cómo se encuentra el Führer?

—No muy bien, comandante Muntz. Abatido, desilusionado, en ocasiones entra en cólera. Nunca ha soportado la traición, y considera que ha sido traicionado.

—¿Y lo ha sido?

Albert Speer dio otra larga calada a su cigarrillo. Me miró y después fijó su vista en las viejas cumbres del Obersalzberg.

—La verdad, no lo sé.

—Comprendo —le contesté, un tanto sorprendido por su respuesta.

Permanecimos un largo rato en silencio, fumando y contemplando las montañas.

—¿Cómo está Eva? —me preguntó.

—Bien —le contesté—. Parece que ha sobrellevado muy bien esta crisis, y eso que lleva dos días encerrada en su habitación. Esperemos que mañana...

—Mañana será imposible, comandante. El Führer ha convocado a todos los jefes de distrito y a los consejeros del Reich aquí, en el Berghof. Ninguno conoce la existencia de esa pobre chica. Mañana tendrá usted que ocultarla más que nunca, comandante.

—¿Tan grave es la situación, señor Speer?

—Sí, comandante. Tan grave es.

—¿Sabe?, aquí todo son conjeturas, habladurías, ya sabe cómo es esto. Los chicos comentan, todos comentamos... lo del viaje del señor Hess a Inglaterra, todo eso... no sé... ¿Es verdad que estaba trastornado? ¿Es verdad que tenía visiones, alucinaciones?

—Sí, Rudolf Hess tenía visiones. Visiones que perturbaban sus sueños, visiones horribles que lo hacían enloquecer durante la vigilia. Visiones horribles, comandante.

Albert Speer guardó silencio. Arrojó el cigarrillo al suelo y lo pisó de manera violenta. Luego concentró otra vez su mirada en las montañas y me dijo, con tono pausado:

—Veía torrentes de sangre. Ataúdes. Veía a las madres inglesas que velaban los ataúdes de sus hijos muertos. Y a los niños ingleses que lloraban ante los cuerpos muertos de sus madres tras los bombardeos. Y veía a las madres alemanas que velaban los ataúdes de sus hijos muertos. Y a los niños alemanes que lloraban ante los cuerpos inertes de sus madres después de los bombardeos. Esas eran sus visiones, él nunca las pudo soportar. ¿Cree usted que esas eran las visiones de un loco o de un hombre excesivamente cuerdo?

No contesté. Mi instinto de supervivencia me decía que no debía contestar.

—Ahora correrá la sangre. La sangre de los allegados a Rudolf Hess. El Führer es así, nosotros somos así. ¿Y sabe lo peor, comandante Muntz?

—¿Qué es lo peor, señor Speer?

—Que no podemos hacer nada por evitarlo. Que no sabemos hacer nada para evitarlo. Yo esta tarde lo he intentado, Dios lo sabe... Pero no somos nada. No somos nadie. Nunca lo fuimos y nunca lo seremos. Solo ecos perdidos en mitad de una tormenta. Solo eso. Como el pobre Hess.

Otra vez guardé silencio. Otra vez valoré que era la mejor opción.

—Creo que deberíamos entrar. Se está volviendo fresco.

Eso en nuestro argot quería decir: «creo que ya he hablado suficiente por hoy, deberíamos cambiar de tema».

Entramos en el Berghof. Como siempre, con su sutil manera de hablar, Albert Speer me había aclarado el origen y el cometido del viaje de Rudolf Hess a Inglaterra. Yo, al menos, creí comprenderlo. Espero que ustedes también.

Al día siguiente el Führer se reunió con los jefes de distrito y los consejeros del Reich en la gran sala del Berghof. Era la primera vez durante esa crisis que había abandonado su despacho. Esa tarde se comunicó oficialmente que Rudolf Hess estaba loco y que su viaje a Inglaterra se había producido como resultado de sus graves trastornos mentales. El Ministerio de Propaganda del doctor Goebbels haría el resto. Los que lo vieron dicen que el estado de ánimo del Führer

cambió esa tarde. Según nos informaron, su discurso ante los jefes de distrito y los consejeros del Reich fue brillante.

Nosotros nos quedamos todo el tiempo en la habitación de la señorita Braun. Ella tirada en su cama, leyendo estúpidas revistas de actualidad. La señorita Kastrup concentrada en su costura. Y yo, mirando por la ventana las cumbres y los paisajes del Obersalzberg.

Así permanecemos toda la tarde. Como lo que éramos, como lo que siempre fuimos. Como ecos perdidos en mitad de una tormenta.

* * *

Un mes más tarde fuimos a Italia. Cada año, el Führer le daba a Eva Braun lo que él llamaba «unas pequeñas vacaciones de cuatro semanas». No he hablado hasta ahora de esos viajes porque solían ser insulsos, banales, aburridos y carentes de cualquier interés. Algunas veces, consistían en cruceros organizados por la KdF, una institución dedicada a planear actividades de ocio y entretenimiento dependiente del Frente Nacional del Trabajo. Recuerdo uno, por ejemplo, que realizamos por los fiordos noruegos. Pero en la mayoría de las ocasiones eran viajes al sur, a Italia. La señorita Braun descubrió allí un lugar que le fascinó, Portofino, en la costa genovesa. Desde entonces las cuatro semanas en Portofino se convirtieron en una tradición más dentro de nuestro pequeño y exclusivo mundo.

En esta ocasión considero que sí es conveniente hablar en mi declaración del viaje del verano de 1941, primero, porque fue el último que realizamos y, segundo, porque fue allí donde asistimos a un acontecimiento que cambió irreversiblemente nuestras vidas.

Tras la crisis de la huida de Rudolf Hess a Inglaterra y de las semanas anteriores a nuestra marcha, el calendario de reuniones del Führer se multiplicó en el Berghof. Como decíamos en nuestro argot, «algo gordo se estaba cocinando». Pero claro, nosotros desconocíamos de qué se trataba. Cuando digo «nosotros», me refiero a los muchachos del Begleitkommando, a la guardia personal del Führer. En ningún momento estoy aludiendo a los jefes del régimen ni a los mandos militares, ni a muchos de los integrantes de la «corte de la montaña». Ni siquiera puedo asegurar que Eva Braun no estuviera al corriente de muchos de esos asuntos, aunque, en concreto, estoy convencido de que, sobre el que me voy a referir en esta ocasión, sabía tan poco como yo. Al menos, así lo deduje al ver su reacción cuando nos fue revelado. Pero también tengo que reconocer que acerca de otros muchos episodios que se vivieron en aquellos años no lo tengo tan claro; al fin y al cabo, ella dormía y convivía con el Führer. A su manera, los dos tenían su propia parcela de intimidad y ella, salvo en algunos detalles que ya he contado o que contaré más adelante, mantenía el más absoluto silencio sobre ese aspecto de su relación. Incluso conmigo.

Lo cierto es que muchas veces, mientras veíamos al Führer pasear por los caminos de montaña en compañía de los jefes del Estado y del Partido, o con importantes hombres de la industria y los negocios, o con los principales mandos militares, conjeturábamos sobre lo que podía estar sucediendo. Recuerdo que unos días antes del incidente de Hess, los chicos comentaban que habían asistido a una conferencia del Führer donde este había anunciado que 1941 sería un año de grandes conquistas territoriales para el Reich. Todos pensábamos que Hitler quizá estaba refiriéndose a un asalto definitivo a Gran Bretaña y sus colonias. No podíamos estar más equivocados.

El Führer abandonó el Berghof un día antes de que nosotros partiéramos para Múnich, donde

teníamos previsto preparar nuestro viaje de cuatro semanas a Italia. Aquel día Adolf Hitler tenía un aspecto taciturno, algo que me sorprendió. En las jornadas anteriores se había vuelto a mostrar como siempre, vital, vigoroso, sus parlamentos eran fluidos y ágiles, sus disertaciones en las largas charlas de las veladas del Berghof, brillantes y eléctricas. Era el Führer de siempre, el hombre que había conseguido enloquecer a Alemania. Sin embargo, aquel día...

Siempre recordaré una conversación que mantuvimos en la terraza del Berghof pocas horas antes de que partiera para Berlín. El Führer jugueteaba con *Blondi* en compañía de un pletórico general Bormann, que días antes había sido nombrado jefe de la Cancillería del Partido en sustitución de Rudolf Hess. Se encontraban también el fotógrafo Hoffmann, Julius Schaub, los médicos Von Hasselbach y Morell y los enlaces Von Below y Schmundt. Todos ellos integraban la comitiva del Führer que lo acompañaría a Berlín. En un momento dado, el Führer se giró hacia mí y me dijo:

—¡Qué suerte tiene, muchacho! ¡Italia! ¿Saben, señores?, una de mis mayores ilusiones sería desposeerme de este uniforme que llevo, dejar todos mis cargos en el Estado y en el Partido, y vagabundear por Italia como un pintor desconocido. Viajaría de un lado a otro, solo con mis utensilios de pintura, dormiría al aire libre y pintaría todas las maravillas que el paisaje pusiera delante de mis ojos. Como en mi época de Viena. Pero claro... ¡Eso solo son sueños!

El Führer desvió su mirada hacia las montañas. En su rostro había un rictus de soñador loco que también percibí aquella tarde del verano de 1938 en la sala de pintura de Kehlstein, cuando me enseñó aquellos dibujos obscenos de Eva Braun. Nunca sabré por qué, pero en muchas ocasiones esa idea de dejarlo todo le obsesionaba.

Nosotros pasamos unos días en la casa de la Wasserburgerstrasse antes de partir hacia Italia. La señorita Kastrup y Liesl Rauch se quedarían allí, no nos acompañarían en ese viaje. Recuerdo que caí en un estado casi depresivo cuando me enteré de esto último. Aunque la detestaba, pasar cuatro semanas sin la perversa camarera de Eva Braun y su adictiva compañía nocturna se me hizo difícil de asimilar. Quizá por aquellos días empecé a sospechar que la relación que me unía a Liesl Rauch podía no ser solo sexual. Lo reconozco, una vez que llegué a Italia la eché mucho de menos. Pero a los pocos días, me congratulé al comprobar que solo era por la noche, en la soledad de mi habitación. Eso me hizo sentirme mejor. Eso significaba que todo estaba en orden.

En aquellos días previos a la partida, nuestra «pequeña familia» fue creciendo con la presencia en la casa de los que iban a acompañarnos en las que serían nuestras últimas vacaciones en Italia. En aquel viaje vendrían los padres de la señorita Braun, Friedrich y Franziska, su hermana Gretl (creo que muy contenta por la ausencia de Liesl Rauch, lo que le permitiría coquetear conmigo más de la cuenta), y sus amigas Anni Brandt, Margarete Speer, Herta Schneider y Marion Schönmann. Yo sería el encargado no solo de la seguridad de la señorita Braun, sino de todo el grupo.

Recuerdo que la mañana de nuestra partida lloviznaba sobre Múnich. Cuando todos estábamos ya en el interior de los coches que nos trasladarían hasta el aeródromo donde nos esperaba el avión del Führer, la señorita Braun bajó del vehículo y, sin decir nada, corrió nuevamente hacia la casa. Aquella mañana llevaba una gabardina gris y un sombrero negro horrible que no le favorecía nada. Al poco rato, volvió a salir de la casa llevando algo en sus manos. La obsesiva cámara Siemens de 16 milímetros. Mientras corría hacia el coche, me gritó:

—¡Werner, nos olvidábamos de esto!

Por la expresión de su rostro, casi de inmediato, se dio cuenta de que había cometido un error

al pronunciar mi nombre. Intentó rectificar diciendo:

—¡Comandante Muntz! ¿Cómo hemos podido olvidar la cámara? ¿Qué habríamos hecho en Portofino sin ella?

Entre los que la esperábamos hubo miradas. Y alguna que otra sonrisa.

* * *

Volamos a Italia en el avión del Führer, un JU-52 pilotado por Hans Baur. Ya en Portofino, nos alojamos en una bonita casa de tipo mediterráneo llamada Villa Paraggi. Constaba de dos plantas, en la superior se encontraban las habitaciones, en el ala izquierda las de los invitados y en la derecha, la de la señorita Braun y la mía. Como siempre, nuestros cuartos estaban comunicadas por una puerta camuflada, en esta ocasión, tras una gran cortina aterciopelada de color malva.

El perímetro de la villa era muy extenso, disponía de una amplia zona ajardinada donde florecían las azaleas y la lavanda, además de una piscina y una pequeña terraza con unas espectaculares vistas de los acantilados y del mar Mediterráneo. A diferencia de lo que ocurría cuando nos desplazábamos a otros lugares (sobre todo en Alemania), la señorita Braun fue agasajada como si se tratara de una visita de Estado. En el jardín habían instalado dos mástiles en los que ondeaban permanentemente la bandera italiana y la bandera del Reich. El día de nuestra llegada, una pequeña comitiva nos esperaba en la puerta de la Villa Paraggi. La formaban el alcalde fascista de la ciudad y seis miembros de la OVRA, la policía política de Mussolini, que me ayudaron a coordinar la seguridad de la residencia y que montaban una guardia permanente durante las veinticuatro horas del día en dos vehículos camuflados. Durante aquel viaje, y por indicaciones personales del general Bormann, yo no vestí en ningún momento mi uniforme de miembro del Leibstandarte Adolf Hitler, por lo que utilicé mis trajes de civil, algo que siempre le hacía mucha gracia a la señorita Braun.

—Ahora ya no parece un soldado, Werner. Ahora parece un galán de Hollywood —me decía, siempre esbozando una sonrisa.

Eso sí, de la Walther no me desprendí ni un solo momento.

El alcalde fascista de Portofino obsequió a la señorita Braun con una gran caja de regalo decorada con un aparatoso lazo de color rosa. Era, según sus palabras, un regalo de *Il Duce* para *frraueeeleeeinBraun*, como explicó en un paupérrimo alemán. Recuerdo que cuando recogió la caja, Eva Braun me miró y esbozó una de sus maliciosas sonrisas. Durante el vuelo, me había contado que Benito Mussolini estaba al corriente de la relación que mantenía con Adolf Hitler. La señorita Braun me confió que el Führer le había presentado a Mussolini durante un viaje oficial a Italia en junio de 1934, en el que ella participaba, cómo no, en calidad de adscrita al Estado Mayor del Führer como secretaria. Sin embargo, durante una recepción en el Lido de Venecia, Hitler se la presentó en un privado al dictador italiano como «mi compañera sentimental», algo que a Eva Braun le había hecho mucha ilusión. La señorita Braun aseguraba que entre el Führer y Mussolini no existían secretos relativos a sus vidas privadas, algo que consideraban muy importante para mantener una relación política plena. De esta manera, el Führer también estaba al corriente de los devaneos sentimentales que el Duce mantenía con sus múltiples amantes. Eva Braun me reconoció que Benito Mussolini no le había gustado nada, que le había causado una mala impresión. Le pareció un hombre áspero, con aspecto de bruto, algo paleta y de rostro y gestos simiescos. Para ella, había algo en Mussolini que le recordaba al general Bormann.

Durante aquellos viajes, la relación entre la señorita Braun y yo se relajaba, en ocasiones en exceso. Por ejemplo, nos instalábamos en nuestras habitaciones sin tan siquiera cerrar la puerta que las separaba. Tras seis años de convivencia, todos los celos iniciales habían desaparecido. En aquel momento, se puede decir que Eva Braun se había acostumbrado a mi presencia, hasta el punto de que mi colaboración se había convertido en imprescindible para ella. Yo le ayudaba a colocar su ropa en los armarios y ella había empezado a hacer lo mismo con la mía. En alguna ocasión, hasta llegó a sacar brillo a mis botas y mis zapatos. Muchas tardes nos tumbábamos en su gran cama, ella hojeando esas estúpidas revistas de costura y de actualidad, con su cabeza reposando en mi hombro, y yo leyendo extensas biografías de militares alemanes. Normalmente me interrumpía para contarme los chismorreos que aparecían en sus revistas o para enseñarme las nuevas colecciones de zapatos, sombreros o vestidos que descubriría. Le gustaba la ropa provocativa, ajustada, que remarcara los contornos femeninos. Siempre decía:

—Las mujeres tenemos que mostrar con sutileza nuestros atributos, Werner, eso os gusta a todos los hombres. Las mujeres que no quieran remarcar sus atributos deberían meterse monjas.

El día de nuestra llegada a Portofino yo estaba colocando en el gran armario vestidor de su habitación la ropa que sacaba de sus arcones mientras ella, sentada en la cama, abría la caja que contenía el regalo de bienvenida de Benito Mussolini.

—¡Oh no, qué horror! —exclamó.

Arrojó sobre la cama un maletín de piel de cocodrilo. En su interior se distinguía una colección completa de cosméticos femeninos.

—¡Ha visto! ¡Es horroroso! ¿Cómo puede un hombre tener un gusto tan espantoso, Werner? ¡Una cosa así no se le regala a una dama!

Me quedé mirando el maletín que le había regalado Mussolini. No lo veía tan feo. Mientras tanto, Eva Braun sentenció:

—Definitivamente, Mussolini nunca ha tenido ni tendrá el gusto del Führer. ¡Mussolini es un patán!

—Pues a mí no me parece tan feo.

—¿Y usted qué sabrá, Werner? ¡Usted es un soldado!

Se levantó de la cama, caminó hacia la ventana y la abrió. Luego, se giró hacia mí y me dijo:

—Supongo que en ocasiones todo esto le parecerá un sinsentido, ¿verdad?

—¿Un sinsentido? ¿A qué se refiere?

—A todo esto, a estar aquí, cuidando de mí y de los que nos acompañan en este viaje. Usted es un soldado, un hombre de acción, su padre fue un gran héroe militar. ¿No echa todo eso de menos?

—Si le tengo que decir la verdad, sí, lo echo de menos. Echo de menos a mis compañeros y me habría gustado entrar en combate durante esta guerra, poner en práctica todo lo que aprendí en Litchterfelde, enfrentarme a aquellas situaciones para las que fui preparado. Pero, por otro lado, cumplo con mi obligación de la mejor manera que puedo, y a veces no es fácil, estando usted de por medio.

Reímos. Ese era siempre el momento en que la señorita Braun parecía más atractiva a los ojos de un hombre, cuando reía.

—Pero ¿sabe? —continuó—, por encima de todo, incluso del combate, mi padre me educó en el sentido del deber...

—¡Oh no, otra vez no! ¡Cuando habla así, me recuerda usted al Führer! ¡Pero no cuando es «mi

Adi», sino cuando es el Führer! ¡Son tan aburridos! ¡No pueden pensar en otra cosa!

—¿En otra cosa? ¿En qué otra cosa tendríamos que pensar?

Eva Braun se asomó a la ventana y extendiendo los brazos, dijo:

—En este cielo maravilloso, en este sol único. En el ruido que hacen las olas cuando rompen contra los acantilados. En este olor increíble a azaleas y a lavanda.

—¿Y nunca ha pensado, señorita Braun, que usted puede disfrutar de todas estas cosas porque muchos de nosotros cumplimos con nuestro deber?

Eva Braun se giró hacia mí y bajó la mirada. La clavó en el suelo.

—Le debo de resultar estúpida. Todo esto le debe de resultar estúpido.

—No, señorita Braun. Nada de esto me parece...

En ese momento alguien tocó tres veces en la puerta. Eva Braun se dirigió hacia ella y la abrió. Era Gretl. Estaba sofocada, muy alterada.

—Eva, tienes que venir inmediatamente a mi habitación. ¡Tengo un problema terrible! ¿Te puedes creer que he intentado ponerme esos bañadores que compré en esa tienda de Múnich que me recomendaste y no me valen?

Eva Braun y yo nos miramos. Rompimos a reír. Gretl Braun se quedó observándonos en mitad de la habitación, con una ridícula mueca en su rostro. No entendía nada.

* * *

Los días en Portofino eran insoportablemente largos y tediosos. Por la mañana, muy temprano, nos dirigíamos a la playa. Allí pasábamos casi toda la mañana. Los padres de la señorita Braun bajo las sombrillas, Friedrich Braun leyendo y fumando en su pipa y Franziska, su mujer, haciendo ganchillo. Gretl solía acompañar a su madre en ese menester. Durante aquellos días afiancé mucho mi relación con la madre de Eva Braun, una mujer a la que llegué a adorar. Sé que ella estaba muy ilusionada con la idea de que Gretl y yo tuviéramos algún tipo de relación, supongo que nadie la había puesto al corriente de los devaneos que mantenía con la camarera de su hija Eva. Además, en los meses previos a ese viaje, los rumores que relacionaban a Gretl con el edecán Darges habían cesado por completo.

Mientras tanto, Eva Braun y el resto de las damas tomaban el sol, jugaban en la orilla del mar, hacían gimnasia o se zambullían en las azules aguas del Mediterráneo. La mayoría del tiempo yo me dedicaba a filmar a Eva Braun con la cámara Siemens. En ocasiones, la filmaba haciendo sus ejercicios gimnásticos o, simplemente, correteando por la orilla del mar. Recuerdo que uno de esos días estaba grabándola mientras ella daba saltos y brincos como una tonta cada vez que se acercaba una ola. Ese día llevaba un bonito bañador blanco, su favorito, porque ella sabía que le favorecía mucho. Eva Braun empezó a acercarse a mí, cada vez más, cada vez más. Yo tuve que agacharme para poder continuar grabando, y entonces acabé cayendo de culo sobre la arena. Ella rompió a reír al ver que me había ensuciado el bañador. Es cierto que incluso en esos momentos en la playa yo solía estar serio y tratando de mantener la elegancia, la suciedad siempre me ha desagradado, también esa molesta arena que se fija en cualquier parte del cuerpo. Pero ella era así en ocasiones, como una niña. Esas cosas le hacían reír.

La comida se servía en el jardín, sobre los acantilados. A continuación, las señoras subían a sus habitaciones para dormir una o dos horas. Durante ese tiempo, Friedrich y yo permanecíamos

en el jardín, charlando o jugando al ajedrez. En el transcurso de aquellas tardes, Friedrich Braun se sinceró conmigo, contándome muchas cosas sobre su vida. Fue allí donde por primera vez me habló de los problemas que había tenido con el alcohol y de cómo eso había afectado a su mujer y a sus hijas. Yo, por mi parte, le hablé de mi padre, de mi vida en la casa de Potsdam y de mis años en Lichterfelde. Casi nunca hablamos del Führer y, en la medida de lo posible, evitamos hablar de política. Sin embargo, detecté en Friedrich Braun un atisbo de amargura por el hecho de que su hija no pudiera estar con un hombre como yo. Una tarde, entre calada y calada de su pipa, me dijo:

—Usted y mi hija hacen una pareja adorable, comandante Muntz.

—¿Su hija? ¿Se refiere a Gretl? —le pregunté yo.

—No, Gretl no. Me refiero a mi hija Eva —me contestó, con un brillo de tristeza en sus ojos.

La tarde solía transcurrir junto a la piscina del jardín, las señoras no parecían haberse saciado del agua en las mañanas junto al mar. Al caer el sol, regresaban a sus habitaciones para arreglarse y preparar sus mejores galas para la cena y la posterior velada. La cena volvía a servirse en la terraza, sobre los acantilados. Tras ella, la conversación continuaba hasta altas horas de la madrugada. Normalmente, la señorita Braun y yo llegábamos a nuestras habitaciones pasadas las cuatro de la madrugada.

Fue así durante más de dos semanas, hasta que de pronto todo cambió. Sucedió esa mañana, la mañana en que nuestras vidas cambiaron para siempre.

Yo estaba terminando de arreglarme en el baño de mi habitación cuando alguien tocó a mi puerta. Cuando abrí, me sorprendió encontrar a Gretl Braun. Eso no solía suceder nunca.

—Comandante, baje, por favor. Ha sucedido algo. El Führer está ofreciendo un discurso.

Sin terminar de arreglarme, abandoné la estancia. Gretl Braun me dio su mano, corría delante de mí como una chiquilla que quiere llevar a su mejor amigo a ver algo que ha descubierto. Bajamos las escaleras que conducían a la planta inferior. Allí, en una pequeña habitación, habíamos instalado una radiogramola. Algunos días conseguíamos sintonizar la Radio del Reich y, aunque se escuchaba con interferencias, oíamos las noticias que llegaban de la patria. Esa mañana, Friedrich y Eva se encontraban alrededor de la radiogramola. Friedrich manipulaba con delicadeza el botón del sintonizador, intentando que el sonido llegara lo más nítido posible. Eva Braun se había sentado en una silla. Su pelo se veía despeinado y se cubría con una de sus lujosas batas de seda. Gretl y yo nos sentamos frente a ellos. Al poco tiempo, se unió a nosotros Margarete Speer.

—¿Qué ha pasado? —pregunté yo.

—El Führer está ofreciendo un importante discurso en Berlín —contestó Eva Braun. Percibí un desasosiego especial en su mirada.

A través de las ondas, entrecortada, llegaba hasta nosotros la voz de Adolf Hitler.

—¡Pueblo de Alemania! ¡Nacionalsocialistas! Ha llegado la hora. Abrumado por grandes preocupaciones, condenado a meses de silencio, finalmente puedo hablar con franqueza...

—¿A qué se refiere el Führer? —preguntó Margarete. Todos hicimos el mismo gesto para que se callara.

—Por lo tanto —prosiguió el Führer—, hoy he decidido poner el destino y el futuro del Reich en manos de nuestros valerosos ejércitos. ¡Que Dios nos ayude a prevalecer en esta lucha despiadada contra el judeobolchevismo internacional y contra la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas...

Mi mirada y la de la señorita Braun se encontraron. No hacía falta que habláramos, que dijéramos nada. Creo que los dos estábamos teniendo la misma visión: la visión de un hombre solitario que, noche tras noche, se asomaba al gran ventanal del Berghof observando la oscura y lóbrega silueta de una montaña. Esa montaña en la que, según la leyenda, el emperador Federico Barbarroja y sus ejércitos esperaban la llamada para regresar de sus tumbas y conquistar los territorios de la Europa del Este. Noche tras noche, año tras año, observando esa montaña...

Los dos, Eva Braun y yo, pensamos lo mismo. Solo tenía que hablar uno. Lo hizo la señorita Braun:

—Dios mío, Werner. La leyenda del Kaiserberg...

Yo moví afirmativamente la cabeza. Ella se llevó la mano a la boca.

Era el 22 de junio de 1941. A las 3.30 de esa madrugada, Adolf Hitler había ordenado iniciar el mayor ataque militar que haya conocido la historia. La Operación Barbarroja estaba en marcha. La invasión de la Unión Soviética había comenzado.

Una frase que había dicho Albert Speer en la Cancillería del Reich, el día que se había iniciado esa horripilante guerra, estalló en el interior de mi cabeza: «Ya nada volverá a ser nunca igual».

Tenía razón. No se equivocó. Ya nada volvió a ser nunca igual.

13

EL MIRLO BLANCO

Desde el mar Ártico hasta el mar Negro. Barbarroja significó la operación militar más grandiosa puesta en marcha por maquinaria militar alguna. Y al principio, las cosas no nos fueron nada mal. Los Estados bálticos, Ucrania, Bielorrusia, los territorios más occidentales de la Unión Soviética, cayeron en nuestras manos con demasiada facilidad. Cuando nos dimos cuenta, entre fiestas y celebraciones diarias, nuestro ejército se encontraba a 25 kilómetros de Moscú. Y entonces, llegó el invierno. Y todo quedó paralizado.

El Führer no esperaba que eso sucediera. Preveía una Blitzkrieg rápida, como la que arrasó Europa occidental en la primavera de 1940. Tenía la certeza de que los ciudadanos soviéticos, hartos de la dictadura comunista que los oprimía desde hacía lustros, se sublevarían contra Stalin y provocarían la caída del gobierno rojo. Ninguna de las dos cosas sucedió. El Führer se equivocó; según algunas voces disidentes que se empezaban a escuchar tímidamente entre los miembros de la «corte de la montaña», se volvió a equivocar. Como cuando afirmó que los Estados Unidos nunca le declararían la guerra al Reich, algo que sucedió el 10 de diciembre de 1941, después del ataque japonés a sus bases de Hawái. Recuerdo que el Führer prometió regresar para celebrar las navidades de 1941 en el Berghof, pero la realidad es que las pasó entre sus cuarteles generales de Rastenburg y Winniza, a miles de kilómetros de las montañas del Obersalzberg. En realidad, las visitas de Hitler al Berghof durante los primeros meses de guerra en el frente oriental fueron muy pocas y por tiempo muy limitado. Sin embargo, la señorita Braun llevó muy bien esas largas ausencias, en parte porque todas las noticias que nos llegaban de los frentes eran muy positivas, y en parte también porque se encontraba muy entretenida organizando sus alocadas fiestas con sus alocadas amigas. Solo durante el periodo de tiempo que precedió a la Navidad de 1942 pareció recaer en sus crisis de melancolía, tras conocer que el Führer tampoco pasaría esas fiestas con nosotros. Además, tengo que reconocer que yo procuré que no estuviera al corriente de las noticias «reales» que llegaban de los frentes para, de esta manera, no alarmarla. Durante aquellos meses, yo tuve acceso a esas noticias por dos fuentes de información distintas: la primera, mi amigo Otto Günse, que movido por la euforia inicial había decidido enrolarse de nuevo en Leibstandarte y participar en el combate. Todas las semanas me enviaba una carta que, al cursarse por los conductos internos del Estado Mayor del Führer, evadía la censura militar impuesta. Esas cartas fueron cambiando progresivamente: de narrar las grandes victorias del inicio dieron paso a la preocupación y al temor de que el curso de la guerra se estuviera torciendo para nosotros. La segunda fuente de información fueron los habituales corrillos en la terraza del

Berghof. Allí, y ante la ausencia del Führer, algunos de los residentes habituales y de los visitantes se atrevían a decir lo que las autoridades del régimen callaban y ocultaban al pueblo alemán. Una mañana del verano de 1942, Rudolf Schmundt nos comunicó durante uno de aquellos habituales corrillos una noticia que me causó un gran impacto emocional. Tras bajar mucho la voz, Schmundt nos dijo que había escuchado comentar a una fuente militar acreditada que más de un millón de soldados de la Wehrmacht habían perdido la vida durante el primer año de Barbarroja. Estuve a punto de tener que sentarme después de oír aquello. Oficialmente, se hablaba de 190.000 bajas, así lo había podido escuchar en una intervención del ministro Goebbels en la Radio del Reich, pero... ¡Un millón de bajas! La realidad es que los féretros no llegaban al Reich. Desde el primer momento se advirtió de que los soviéticos tenían la costumbre de no devolver los cadáveres de sus enemigos muertos en combate. Decían que los quemaban en grandes piras. Esto provocó que a los familiares de los caídos, tanto del ejército como de las SS, solo se les entregara en mano una carta de condolencia que, en numerosas ocasiones, iba acompañada de una cajita que contenía la Cruz de Hierro otorgada a título póstumo. De esa manera se eliminaba la desagradable tarea de llenar el Reich con los féretros de los caídos en combate. Después de escuchar esa noticia de boca de Schmundt, empecé a dudar de que realmente los soviéticos tuvieran la costumbre de incinerar a nuestros muertos. ¿Y si lo hacíamos nosotros? No lo sé, en ese asunto, la verdad solo la conocen ustedes.

En diciembre de ese año tuve conocimiento de otra noticia que me causó otra gran impresión. Por aquellos días, el ahora flamante ministro Speer vino a visitarnos al Berghof. Después de la muerte de Fritz Todt en accidente de aviación, el Führer había colocado a Speer al frente del Ministerio de Armamento, algo que tanto a la señorita Braun como a mí nos llenó de satisfacción. Sin embargo, el día de su llegada Speer era portador de malas nuevas. Sentados en unos grandes butacones de la gran sala, mientras tomábamos una copa, Speer me comunicó la muerte de la bella Inge Ley. Según me explicó, en los meses anteriores a su fallecimiento, había tenido que ser recluida en un sanatorio debido a su adicción a la morfina y a una fuerte depresión. Después de salir se había ido a pasar una temporada a una casa de campo que la familia tenía en Ruttland. Allí se había quitado la vida, al estilo de Geli Raubal: pegándose un tiro en el corazón. A continuación, Speer dijo algo que me sumergió en un mar de dudas:

—Bueno, ahora por lo menos cesarán los rumores...

—¿Qué rumores, ministro? —pregunté.

—Ya sabe, muchos decían que Inge mantenía una relación con nuestro Führer —Speer lanzó una risotada—. ¡Tonterías! Usted y yo sabemos que eso son solo tonterías.

Desconozco el motivo, pero en ese mismo instante añadí mentalmente el nombre de Inge Ley al de la joven Raubal y al de Renate Müller. Pensé que en algún momento tendría que mencionarle ese asunto a Liesl Rauch. No sé bien por qué, quizá simplemente para observar cómo reaccionaba.

Esa mañana, yo mismo le comuniqué la noticia de la muerte de Inge Ley a Eva Braun. Me esperaba su reacción, aunque en esta ocasión no hubo ninguna frase maliciosa detrás de su visible indiferencia. Más bien pareció algo dubitativa al principio, y después solo hizo un comentario que yo corroboré con un movimiento de cabeza.

Estaba colgando en su vestidor los nuevos trajes que le había hecho llegar desde Berlín el estudio de la modista Annemarie Heise, cuando le expliqué lo que me había contado el ministro Speer.

—Vaya —dijo, dejando sobre la cama un bonito vestido de color malva. Luego, se llevó un

dedo a la boca y bajó su mirada al suelo, pensativa, antes de decir—: Es una lástima, una mala noticia. Ya sabe que mi relación con ella no era especialmente buena, nunca estuvo entre mis amigas, pero... La verdad es que no me extraña. No comprendo cómo ha podido aguantar tanto tiempo a ese degenerado de Robert. Es un tipo desagradable, vicioso, es... Pero bueno, el Führer siempre ha intentado protegerle. Aunque no entiendo el porqué.

Yo pensaba lo mismo. Por eso afirmé con la cabeza. Como ya dije en su momento, Robert Ley siempre me pareció un tipo detestable. Pero el suicidio de Inge Ley abrió en mí nuevas dudas sobre algunas cuestiones que me quitaban el sueño desde hacía algunos años. Me hubiera gustado saber si la muerte de esa bella mujer estaba relacionada con la mala vida que le daba su esposo o si, por el contrario, ese comentario que me hizo Speer, y del que, por supuesto, nunca referí nada a la señorita Braun, me acababa conduciendo a una teoría que alimentaba en mi cabeza sobre algunos extraños suicidios que se venían produciendo en el tiempo en el entorno de las mujeres más cercanas al Führer.

Ese mismo mes de diciembre, 250.000 hombres de nuestro Sexto Ejército se encontraban rodeados en el «caldero» de Stalingrado. Ese fue el motivo que provocó que el Führer tuviera que seguir el desarrollo de los acontecimientos desde su cuartel general de «la guarida del lobo» en Rastenburg, y decidiera no pasar con nosotros las navidades. Pese a todo, la señorita Braun se empeñó en que tuviéramos en el Berghof unas festividades a la «altura de las circunstancias», como a ella le gustaba decir. El Berghof era el Berghof, y tenía que estar resplandeciente para celebrar los festejos navideños y despedir el año. Los preparativos de aquellos días la tuvieron muy ocupada y entretenida, algo que para mí significaba un motivo para relajar mi trabajo. Las prolongadas ausencias del Führer habían provocado que mis noches de desenfreno en la caserna de las SS hubieran cesado momentáneamente y que mis encuentros sexuales con la camarera de la señorita Braun se hubieran restringido hasta la mínima expresión. Sin embargo, la Nochebuena de 1942 me depararía una gran sorpresa, un acontecimiento inesperado que consiguió, por primera vez en casi nueve años, que pudiera disfrutar de unos días de vacaciones y alejarme, aunque solo fuera por una semana, del Berghof y de su peligrosa y viciosa atmósfera.

Esa noche, Eva Braun había programado una exquisita cena que disfrutamos en el comedor del Führer, y después la proyección en la gran sala de la película *El mago de Oz*. Esta era una de las películas favoritas del Führer y, de hecho, ya la habíamos visto durante la última estancia de Hitler en el Berghof. Pero Eva Braun se empeñó en que el camarógrafo Frenz la repusiera, alegando que sería una especie de tributo al Führer ante su ausencia en una noche tan señalada. Pese al estado de jovialidad que presentaba al inicio de la velada, el ánimo de la señorita Braun se había ido deteriorando conforme pasaba la noche. Yo seguí la proyección como de costumbre, de pie junto a la gran chimenea regalo de Mussolini. Ante la ausencia de Otto Günsche (que en los días siguientes volvería a ocupar su sitio en el Begleitkommando), creo recordar que era Helmuth Frick quien me acompañaba en aquella «guardia». Nada más comenzar la película, la señorita Braun hizo algo inusual: se levantó de su sillón, le dijo algo al oído a su amiga Marion Schönmann y abandonó la gran sala. Casi al instante, el general Bormann me miró y me hizo un gesto con la cabeza. Yo asentí y me encaminé en la dirección que había tomado la señorita Braun. Abandoné la gran sala en el momento en que Dorothy le cantaba su canción al tormentoso cielo de Kansas:

*Somewhere over the rainbow,
Way up high,*

*There's a land that I heard of
Once in a lullaby...*

Aquella era una noche muy fría. Durante toda la tarde, una ventisca de nieve había asolado el Berghof. En la terraza, y pese al esfuerzo de los ordenanzas de las SS por retirarla, esa nieve se había convertido en hielo. Pude ver a la señorita Braun allí, sola, junto a la baranda de la terraza, fumando uno de sus cigarrillos. Así que cogí dos capotes del ropero del gran salón y salí en su busca.

Estaba llorando. Unas lágrimas que, de no haberlas apartado rápidamente al verme llegar, se habrían convertido en hielo, rodaban por su rostro. La cubrí con uno de los capotes y yo me coloqué el otro. Ella me miró tímidamente y continuó fumando. Yo extraje uno de mis pitillos y lo encendí.

—¿Qué hace aquí, señorita Braun?

—Esa canción me pone triste. Esa película me pone triste. Todo me produce tristeza, Werner. Todo me recuerda a él.

—Bueno, esa es una película infantil. Tendría que disfrutarla, es mejor que estar aquí a la intemperie. Esta noche hace mucho frío, señorita Braun. —Di una larga calada a mi cigarrillo—. Lo que no entiendo es cómo puede gustarle esa película al Führer.

Sonrió, antes de contestarme:

—Ya le gustaba la novela. El Führer dice que Frank Baum, aun siendo americano, conserva en su literatura aspectos muy destacados de su origen alemán. Él dice que esa historia de *El mago de Oz* avala nuestras tesis raciales. No sé qué cosas de la Teosofía... Bueno, esas cosas de las que habla el Führer y que solo él parece entender.

—Es solo una película, señorita Braun.

—Sí, Werner, solo una película.

Permanecimos un instante en silencio. Después le pregunté:

—¿Por eso lloraba? ¿Porque le echa de menos?

—Sí, por eso lloraba, Werner. Le echo de menos, le echo mucho de menos. Cada vez se me hace más duro soportar estas largas ausencias. Esta guerra, esta maldita guerra...

Apagó su cigarrillo en la nieve congelada de la baranda. Después me miró detenidamente y, con un gesto de interés en su rostro, me preguntó:

—¿Usted no echa de menos a nadie, Werner? Quiero decir, lleva siete años a mi lado, nunca ha abandonado su puesto, ni un pequeño descanso, ni un permiso, ni unas vacaciones...

—Me comprometí a realizar este servicio en estas condiciones, señorita Braun. Me comprometí ante el Reichsführer. Además, no tengo a nadie a quien echar de menos...

—¿Y esa mujer que le cuidó ante la ausencia de su madre? Else, me dijo que se llamaba. ¿Continúa viviendo en Potsdam? ¿No le apetecería verla, saber qué ha sido de ella?

Hacía tiempo que había un asunto relacionado con Potsdam que me preocupaba, un asunto que quería solucionar. Y sí, en muchas ocasiones pensaba en la señorita Else. Y además, había otro tema inquietante que me hubiera gustado investigar fuera del Berghof, lejos de aquellas malditas montañas siempre cubiertas de nieve. Pero el deber me lo impedía. El deber, siempre el maldito sentido del deber.

—Sí, si le soy sincero, hay un asunto en Potsdam que me gustaría solucionar. Y sí, señorita

Braun, no le voy a negar que me gustaría ver a la señorita Else, saber qué ha sido de ella. Hace muchos años que perdimos el contacto, desde poco después de la muerte de mi padre. No sé si continúa viviendo en Potsdam, ni tan siquiera sé si todavía vive. Pero mi puesto está aquí, junto a usted...

Por un momento, el brillo de ilusión regresó a sus ojos. Me cogió por los hombros y me dijo:

—¡Tenemos que hacer algo, Werner! En cuanto regrese, hablaré con el Führer. Cuando él está aquí, nada malo me puede pasar. Y usted se merece unos días de descanso, poder resolver ese asunto que dice que tiene en Potsdam. Se merece un permiso, Werner. Y yo se lo conseguiré.

—Aparte del Führer, debería contar con la autorización del Reichsführer Himmler, señorita Braun. Y del general Bormann.

—¡Himmler! ¡Bormann! ¿Qué importan esos hombres? Solo necesita el permiso del Führer, Werner. Y yo se lo conseguiré, déjelo en mis manos. El Führer nunca me negará algo que yo le pida.

El hielo crujió cuando apoyé mis manos enguantadas en la baranda de la terraza. Clavé mi mirada en las oscuras cumbres nevadas. Y así, a mitad del mes de febrero de 1943, dos meses después de aquella conversación con la señorita Braun, iba a encontrarme observando la fría neblina que emergía del Havel desde el puente de Glienicke, a las puertas de mi Potsdam natal. «Uno de los paisajes más bellos que pueda contemplar el hombre», creo que dijo Humboldt en una ocasión. Y yo siempre pensé que no se equivocaba.

El Führer regresó al Berghof unos días después de la terrible derrota del Sexto Ejército en Stalingrado. Según me contó Otto Günse, el Führer le había dicho: «Necesito unos días de tranquilidad, y qué mejor que ponerme en las manos de Eva». Esas habían sido sus palabras.

La derrota de Stalingrado, el aniquilamiento de nuestro ejército y la rendición del mariscal Von Paulus se siguieron en el Berghof con gran preocupación. Fuimos muchos los que pensamos que aquella derrota podía ser un letal punto de inflexión para una guerra que, por primera vez, estábamos empezando a considerar que podía no ganarse. La imagen que proyectaba el Führer el día de su llegada al palacio alpino no contribuyó precisamente a tranquilizarnos. Demacrado, ojeroso, andaba torpemente, había perdido parte de su brillo. Su mirada era turbia, esquiva. Había envejecido años en solo meses. Cuando lo vi, tras ser recibido por la señorita Braun, recordé aquellas palabras que ella me había dicho una lejana Nochevieja de 1940: «Parece mi padre». En ese momento, sí lo parecía. Adolf Hitler empezaba a parecer un anciano y solo tenía cincuenta y cuatro años.

Muchos fueron los comentarios que surgieron en el Berghof sobre el aspecto del Führer. Y algunos de esos comentarios conducían a la figura del doctor Morell. Es cierto que, durante los dos primeros días que yo permanecí en el Berghof, vi salir a Morell del despacho del Führer poco después de que Heinz Linge le hubiera llevado el desayuno. El doctor Morell siempre cargaba un pequeño maletín médico en el que yo sabía que guardaba su instrumental. Uno de esos días, el ministro Speer me dijo que el Führer estaba tomando un compuesto de vitaminas y glucosa, un fármaco llamado Eukodal que Morell le inyectaba por vía intravenosa todas las mañanas. No lo expresó abiertamente, pero creí percibir en las palabras de Speer un reproche hacia la conducta del médico. Sí recuerdo que dijo:

—Debería hacer más caso a los doctores Brandt y Von Hasselbach. Esas vitaminas de Morell le están matando.

En lo que a mí respecta, sé que la señorita Braun habló con el Führer, aunque ella no me dijo

nada. La tercera mañana de la estancia de Adolf Hitler en el Berghof, coincidí con él en la terraza, mientras jugaba con *Blondi* y hablaba con su adiestrador de perros, Tornow. Al verme, el Führer me llamó:

—¡Muchacho!

Me acerqué a él. Esa mañana pude comprobar que, sorprendentemente, su aspecto parecía haber mejorado en solo setenta y dos horas.

—¿Sí, *mein Führer*?

—Un pajarito me ha dicho que tiene que solucionar usted algunos asuntos personales en Potsdam. Lleva siete años con nosotros y todavía no se ha tomado ni un solo permiso.

—Verá, *mein Führer*, yo...

—Haga sus maletas. Un coche le trasladará a Múnich en menos de una hora. Solucione esos asuntos pendientes y tómese unos días de descanso. Solo intente estar siempre localizado, deje al general Bormann los números telefónicos de la casa o de los hoteles en los que piense hospedarse. No sé cuánto tiempo podré disfrutar de esta tranquilidad, como usted sabe muy bien, la guerra es impredecible. ¡Venga, corra a hacer sus maletas! ¡Solo tiene una hora!

—Sí, *mein Führer*. Muchas gracias, *mein Führer*.

—No, gracias a usted, comandante Muntz. Gracias por cuidarla en mi ausencia.

Dijo esas palabras con un tono triste, realmente triste. Cuando ya me disponía a abandonar la terraza, el Führer volvió a llamarme y me dijo:

—Ah, comandante, y no se preocupe por el Reichsführer. Yo mismo se lo comunicaré.

La señorita Braun estaba desayunando en el jardín de invierno, junto a la señorita Kastrup, Margarete Speer y Anni Brandt. Cuando me vio aparecer, se levantó y abandonó el jardín acristalado. Corrió a mi encuentro y me abrazó.

—Gracias, muchas gracias, señorita Braun.

Sin soltarme, acercó su boca a mi oído y me dijo:

—No me dé las gracias, Werner, ya le dije que el Führer nunca me negaría un deseo. Ah, y salude a Potsdam de mi parte. Me han dicho que es una ciudad preciosa.

* * *

Else continuaba viviendo en una bonita casa de dos pisos en la Schillergasse. Por el humo de la chimenea que ascendía hasta el plomizo cielo invernal, pude saber que se encontraba en casa. Toqué tres veces en la puerta con un desgastado llamador en forma de cabeza de lobo. Al poco, escuché unos pasos detrás de la puerta. Y una voz familiar que decía:

—¡Voy!

Permanecimos abrazados durante varios minutos. Else lloraba, mientras repetía una y otra vez:

—Werner, mi niño. Werner, qué alegría...

Había envejecido. Su pelo cano, su rostro cubierto de arrugas y su aspecto en general resultaban mucho más desaliñados de lo que yo hubiera podido esperar. Pero conservaba la calidez en sus ojos, esos ojos que tantas veces me habían mirado. Else era lo más parecido a una madre que yo había tenido en mi vida, y así me sentí aquella mañana de febrero en Potsdam, como el hombre que vuelve a casa y que muchos años después se reencuentra con su madre.

—¡Werner, qué guapo estás! ¡Y este uniforme! ¡Qué orgulloso estaría tu padre!

No lo creía, pero no quise desanimarla. Del interior de la casa emergía un aroma que me recordaba a mi niñez: el de los bollitos de crema de Else. Tenía ganas de entrar, ganas de comer algo, aunque solo fuera uno de esos bollitos.

—Pero pasa, pasa, Werner. ¡Tienes tantas cosas que contarme!

Y se las conté. Sentados alrededor de la mesa de su comedor, con una taza de chocolate en la mano y una bandeja con esos bollitos de crema que me hacían enloquecer en mi niñez.

Empecé por contarle mi destino. Le dije que servía en el Begleitkommando, en el Estado Mayor del Führer. Le hablé de Múnich y del Berghof. Ella me escuchó en silencio, esa era una de sus virtudes. Mi padre siempre lo valoró, creo que nunca, ni cuando crecí, quiso desprenderse de Else porque valoraba mucho esa peculiar forma de escuchar que tenía. Por supuesto, no le mencioné a Eva Braun, ni le conté el auténtico cometido de mi servicio. Me limité a decirle que trabajaba en la seguridad del Führer, algo que no pareció sorprenderla. Sabía que tampoco era algo que a ella le hiciera una gran ilusión, Else era Else, y para mi satisfacción pude comprobar que se mantenía firme en sus principios. En una de las paredes conservaba una foto del káiser Guillermo que este le había firmado en una de sus visitas a nuestra casa. De un lado del cuadro sobresalía una banderita con los colores blanco, rojo y negro de la monarquía. Ella era monárquica, como lo era mi padre hasta que llegó Hitler. Bueno, en realidad supongo que mi padre murió monárquico. El ascenso de Hitler le ilusionó, sobre todo valoró que la llegada al poder de los nacionalsocialistas sirviera para terminar con la maldita República. Pero creo que murió sintiéndose un soldado del káiser. Lo que había sido toda la vida.

Tardé un poco en desvelarle el auténtico motivo de mi visita. Aunque fue Else la que me dio pie para poder hacerlo.

—¿Has pasado por la casa, Werner? Lleva tanto tiempo abandonada. El jardín ha crecido salvaje, nadie lo cuida y...

—No, no he pasado por la casa. No quiero regresar allí. No creo que jamás pueda regresar. Demasiados fantasmas. Pero precisamente ese es el motivo de mi visita.

Me incliné y recogí un maletín negro, timbrado con las runas de las SS en color dorado, con el que había acudido a su casa. Lo puse sobre la mesa y lo abrí. Extraje de él un legajo de papeles y los coloqué delante de ella.

—Estas son las escrituras de la casa. Me las han actualizado en Berlín. Ya sé que los trámites burocráticos son muy lentos, pero en el mundo en que me muevo todo se consigue con mucha facilidad. Las he puesto a tu nombre, Else. Quiero que tú te quedes con la casa. Puedes hacer con ella lo que quieras.

Sus ojos adquirieron el brillo del cristal. Las lágrimas no tardarían en abandonarlos.

—¿Cómo?

Cogí sus manos. Pese al paso de los años, seguían manteniendo la suavidad y la calidez que yo recordaba.

—La casa, Else. La casa es tuya.

—Pero Werner, ¿qué pensaría tu padre? Era la casa familiar, había pertenecido a su familia...

—Mi padre se sentiría feliz. En parte, esto lo hago por mi padre. Yo no podré ocuparme nunca de ella, y a él no le gustaría que estuviera abandonada. Tanto la casa como todo lo que hay en su interior es ahora tuyo. Te lo mereces, te lo has ganado. Tú has trabajado por esa casa más que nadie. Es lo justo. Y además, es mi deseo.

—Werner, no sé qué decir...

—Pues aún hay más, Else.

Saqué del maletín un sobre blanco. Antes de dárselo, le expliqué:

—Durante todos estos años he acumulado una pequeña fortuna. Donde sirvo, el dinero es como si no existiera, todos los gastos corren a cargo del Estado. En el interior de este sobre está el número de una cuenta bancaria, la cuenta de un banco de Dresde. Hay otro sobre más pequeño, es una carta escrita de mi puño y letra para el director de ese banco. Ahora quiero que me escuches muy bien: si a mí me pasara algo, si algo me sucediera, quiero que saques ese dinero y te lo quedes tú...

La preocupación invadió sus ojos.

—¿Pasarte algo? ¿Por qué tendría que pasarte algo, Werner? ¿A qué te refieres?

—Estamos en guerra, Else, y yo soy un soldado. Ahora sirvo en el Estado Mayor del Führer, pero todo puede cambiar. En las SS los destinos suelen variar de un día para otro. Mi unidad, el Leibstandarte, está combatiendo en el frente oriental. No descartes que pueda terminar allí. Por eso quiero que me escuches bien: en caso de que me suceda algo, algo malo, daré esta dirección a mis superiores para que te lo notifiquen. En ese caso, saca ese dinero y empléalo en lo que quieras...

—Pero yo soy una persona mayor, Werner, no tengo mucha vida por delante. ¿Qué voy a hacer yo con ese dinero?

—Tú sabrás qué hacer con él. Siempre has colaborado con la parroquia luterana, tus actos de caridad... piensa, que, si perdemos esta guerra, habrá mucha gente a la que ese dinero puede hacerle falta. Mucha falta.

Ese había sido el motivo de mi viaje a Potsdam. Ese era el asunto que quería solucionar. Lo había pensado mucho y esa mujer, la mujer que me crio, era lo único que tenía en este mundo. Deshacerme de la casa era una bendición, y lo del dinero... reconozco que empecé a valorarlo después del desastre de Stalingrado. Yo fui uno de los que pensaban que la guerra no iba a terminar bien. Nos estábamos enfrentando al resto del mundo, habíamos jugado a ser dioses. Y no lo éramos. Yo vivía en el epicentro del régimen, servía al supuesto dios de ese movimiento. Y no era un dios. Era solo un hombre que envejecía a pasos agigantados, dirigiendo una nación que era bombardeada todas las noches y a un ejército que se estaba desangrando a cada hora que pasaba.

Me costó mucho despedirme de ella. Permanecimos abrazados mucho tiempo, hasta que yo me separé bruscamente y me alejé de su pequeña casa. No quise mirar atrás. Regresé a Berlín, donde me alojaba en el hotel Adlon. El propio general Bormann había hecho la reserva. Sin embargo, no permanecí en Berlín, y no quería que el general Bormann ni nadie más conociera mi siguiente destino. Esa noche hablé con el encargado del hotel; le dije que yo le comunicaría el teléfono del lugar donde iba a pasar los siguientes días, que me avisara si alguien me reclamaba, pero que nunca diera mi ubicación. Nunca. A nadie. Fuera quien fuera, se tratara de quien se tratara. Solo le di permiso para hacerlo si el que me llamaba era el propio Führer. Eso pareció impresionarle.

A la mañana siguiente, tomé el primer tren en la estación de Anhalter con destino a Kolberg, una ciudad de Pomerania. Allí, cogí un segundo tren que me llevaría al que sería mi destino definitivo de aquella «excursión secreta».

Köslin, el origen de ese misterio que envolvía a Liesl Rauch.

* * *

Llegué a Köslin en mitad de una tormenta de nieve. Me alojé en un discreto hotel de la Adolf Hitler Strasse. Esa tarde la dediqué a leer un poco y a pensar en mi estrategia para el día siguiente. No recibí ninguna llamada desde el hotel Adlon de Berlín. Me costó dormir. Había viajado hasta ese apartado rincón de Pomerania buscando esclarecer el misterio de Liesl Rauch. Y eché mucho, mucho de menos esa noche a la pérfida camarera de Eva Braun.

El día siguiente amaneció gélido y despejado. Caminé hasta la NPEA (la escuela política nacional) con tranquilidad, calibrando todavía los pros y los contras de la investigación que quería realizar. Había decidido jugármelo todo a una suerte de ruleta rusa: una única bala en mi cargador. Si salía mal, había pensado en desvelarle todo el asunto al Führer. Hacía tiempo que crecía en mi cabeza la idea de que el Reichsführer Himmler me había utilizado para ejecutar un plan del que el Führer no estaba al corriente. Pero claro, cabía la posibilidad de que me equivocara, y entonces esa única bala reventaría mi cerebro. Esa visita a Köslin podría terminar por convertirse en un suicidio personal. Pero tenía que probar suerte, porque para entonces había muchas cosas que habían cambiado desde mi entrevista con el Reichsführer en la Casa Parda de Múnich. En aquel momento, tenía completamente claro que no iba a ejecutar Blancanieves aunque recibiera la orden de hacerlo por parte del Reichsführer. Es más, había decidido defender con mi propia vida a Eva Braun de quien quisiera hacerle daño, ya fuera el general Bormann, Liesl Rauch o el propio Himmler. Había ligado mi lealtad a la protección de la señorita Braun por encima del cumplimiento de la cadena de mando de las SS. Me comprometí a velar por su seguridad siete años antes, y llevaría ese compromiso hasta el final. En ese momento, mi prioridad era la vida de Eva Braun; después, la mía propia. Y solo me aliviaba pensar que tenía al Führer de mi lado. Aunque eso, como he dicho antes, era más un deseo que una certeza.

El edificio de la escuela era una mastodóntica construcción barroca con las paredes cubiertas de hiedra. Antes de acceder, me detuve un instante para fumar un cigarrillo. El corazón me latía con fuerza. Una curiosa sensación de vértigo se había instalado en mi estómago.

En la lejanía pude ver a los cadetes, corriendo sobre la nieve endurecida por los jardines de la escuela. Solo llevaban una camiseta blanca sin mangas y un pantalón corto de color negro. Me recordaron a mi etapa de Lichterfelde. Mientras corrían cantaban una marcha militar que hablaba más de la paz del hogar que del fragor de la guerra:

*Auf der Heide blüht ein kleines Blümelein,
Und das heisst: Erika...*

Pisé el cigarrillo con fuerza con mi bota. Resoplé. Había llegado el momento de intentar descubrir qué se escondía tras la enigmática historia de la camarera de Eva Braun.

Utilicé mi documento amarillo para acceder a la escuela. Como Bruno Gesche me había dicho siete años antes, ese documento me abría todas las puertas del Reich. Me presenté como comandante SS Werner Muntz, Leibstandarte Adolf Hitler, adscrito al Estado Mayor del Führer. Solicité reunirme con el oficial al mando de la escuela y me remitieron a un teniente SS, de nombre Otto Geissler. No me recibió en su despacho, me condujeron a una salita de la primera planta. Hacía mucho calor en aquel lugar, sin duda las calefacciones funcionaban a pleno rendimiento. Me despojé de mi abrigo de cuero negro y esperé sentado en una silla en torno a una

mesita redonda. La salita resultaba austera: banderas del Reich y de las SS, algún estandarte de la escuela, cuadros del Führer y del Reichsführer Himmler y fotografías de las diversas hornadas de cadetes que habían pasado por la escuela desde 1933. Todos eran hombres. Ninguna mujer.

El teniente Geissler no tardó en presentarse. Era un tipo alto, de aspecto desgarrado, muy delgado. De rostro alargado, sus ojos, pequeños y muy azules, resultaban mezquinos. No me gustó, como sé muy bien que yo no le gusté a él. En todo momento se mostró distante, aunque muy intrigado por mi presencia, incluso diría que un poco alarmado al saber quién era. Pese a todo, sus modales eran caballerosos. Me ofreció un cigarrillo de una cajita de madera, me preguntó si quería beber algo, a lo que yo contesté que no, y fue a buscar un cenicero que colocó en el centro de la mesa.

No tardó mucho en preguntarme a qué se debía mi visita, aunque por el tono en que lo hizo en realidad podía haberme preguntado: «¿Qué demonios se le ha perdido aquí?». Mi respuesta le puso en alerta. Lo noté en sus ojos y en una especie de tic nervioso que empezó a ser visible en una de sus manos.

—Estoy realizando una investigación para el Estado Mayor del Führer, teniente Geissler. Solo quería hacerle unas preguntas. Le prometo que seré breve.

—Pregunte lo que quiera, comandante Muntz.

—¿Cuánto tiempo lleva usted aquí, teniente?

—Desde 1933, desde el principio. Yo estaba aquí cuando los primeros cadetes entraron por esa puerta.

Asentí. Paseé la mirada por los cuadros de la habitación.

—He observado que todos los cadetes que aparecen en esos cuadros son varones. ¿Nunca ha pasado ninguna mujer por esta escuela, teniente?

—Nunca. Siempre han sido varones, existen otras escuelas especiales para señoritas, pero aquí en Köslin...

—No son esas las noticias que nosotros tenemos, teniente Geissler.

—¿Nosotros? ¿Quiénes son nosotros?

—Se lo he dicho, el Estado Mayor del Führer.

—¿Y cómo sé que el Estado Mayor del Führer está interesado en el personal que ha pasado por esta escuela? ¿Porque lo dice usted? Tiene algún documento, algo que...

El asunto no iba bien. Tenía que poner en marcha la «operación ruleta rusa». Me había fijado en que sobre una pequeña mesa auxiliar de la salita había un teléfono de baquelita negro. Extraje de mi bolsillo un pequeño papel y lo arrastré hacia el teniente.

—He observado que tiene ahí un teléfono. Puede llamar a este número. Allí le dirán quiénes somos nosotros.

Geissler cogió el papel, lo miró y jugueteó con él en sus manos.

—¿A quién pertenece este número?

—A Hans Heinrich Lammers, jefe de la Cancillería del Reich, teniente Geissler.

Hizo ademán de levantarse, pero volvió a sentarse. Fijó su mirada en la banda del brazo de mi guerrera, donde llevaba el símbolo de la llave maestra y las iniciales L.A.H. del Leibstandarte.

—Usted pertenece al Leibstandarte Adolf Hitler de las SS. ¿No sería más normal que me diera esa información el general Dietrich o la oficina del Reichsführer Himmler?

—No, teniente. Al estar adscrito al Estado Mayor del Führer, esa información tiene que

proporcionársela Hans Heinrich Lammers, el jefe de la Cancillería del Reich.

Eso era verdad. Era la única verdad que había dicho desde que había puesto los pies en esa escuela. Aunque estaba a punto de decirle una segunda verdad.

—Verá, teniente, no hace falta que mienta. El propio Reichsführer Himmler me confió que en esta escuela habían sido formadas un grupo de mujeres. ¿Quiere usted preguntárselo también al Reichsführer? Puedo proporcionarle su número.

Se relajó. Quizá tenía que haber empezado por ahí. Es posible que me equivocara al presionarle desde un primer momento. Tuve la certeza de que a partir de ese instante todo iba a ser mucho más sencillo.

—Está bien, eso cambia las cosas. Si el Reichsführer se lo dijo...

—¿Cuándo vinieron esas mujeres?

—No lo recuerdo muy bien, quizá a finales de 1933 o principios de 1934. Era invierno, eso seguro. No estuvieron mucho tiempo, solo un par de meses. La instrucción que recibieron fue muy dura y estricta, pero yo no tuve nada que ver con ese asunto. Ese asunto estaba directamente bajo el control de la oficina del Reichsführer Himmler. Todo el personal que formó parte de ese proyecto se desplazó desde Berlín.

—¿Cuántas chicas eran?

—Ciento cincuenta, doscientas. Durante ese tiempo mis cadetes tuvieron que alojarse en un viejo cuartel de las SA en el centro de la ciudad.

—Exactamente, ¿en qué consistió su formación?

—Adoctrinamiento político y formación militar. Más tarde se las formó en trabajos varios, ya sabe, ese tipo de trabajos que suelen realizar las mujeres en las SS: telegrafistas, secretarias...

—¿Camareras?

—Sí, claro, camareras. Supongo que el Reichsführer le informaría de que eran chicas especiales, seleccionadas por la Liga de Muchachas Alemanas y la Organización de Mujeres Nacionalsocialistas. Esas chicas pasarían luego a formar parte del servicio auxiliar femenino de las SS. A algunas de ellas también se las formó en asuntos más delicados, creo que me entiende —sonrió de manera maliciosa—. Esas otras chicas pasarían a estar luego a cargo del SD.

—El servicio de inteligencia de las SS, sí, ya lo sé. ¿Recibió algún nombre especial ese proyecto?

—No, que yo sepa no. Bueno, ellas recibieron un nombre, por lo menos sus formadores las llamaban así...

—¿Qué nombre?

—Mirlos blancos. Se referían a ellas como «los mirlos blancos». Ya sabe, ese pájaro que dicen que existe...

—Pero que nadie ha visto nunca —concluí yo la frase.

Geissler se encendió otro cigarrillo. Me miró fijamente y me preguntó:

—¿Puede decirme por qué el Estado Mayor del Führer se preocupa por este asunto tantos años después?

Puestos a jugármela, ahí iba el completo. Esa respuesta la llevaba bien preparada.

—Entre nosotros, teniente, y espero que lo que le voy a decir no salga de estas cuatro paredes, una de esas chicas nos la puede estar jugando. Ya sabe, juega a dos bandos. Está adscrita al Estado Mayor del Führer y, por lo tanto, la investigación recae en nosotros.

—Entiendo, pasa información al enemigo. Pues tienen que tener cuidado. Esas mujeres tienen una preparación militar más que notable, casi como la que podemos tener usted y yo. Yo las vi en acción en alguna ocasión. Es posible que, si combatieran en Rusia, las cosas nos fueran mejor. Aunque claro, ellas fueron preparadas para cumplir otro tipo de misiones. Misiones que no podemos cumplir los hombres, comandante. Y eran inteligentes, muy inteligentes. Así que, como le he dicho, si tienen que enfrentarse a un mirlo blanco descarriado, extremen las precauciones. Y no la pierdan nunca de vista, ni un solo momento. Fueron preparadas para levantar el vuelo con facilidad.

—Le agradezco su consejo. Una pregunta más, ¿se las marcaba de alguna manera? Ya sabe, igual que nosotros...

—Sí, le entiendo. A mis cadetes se les tatúa el grupo sanguíneo en la axila, como a usted y como a mí. A esas chicas se las tatuaba en una ingle.

—Una W y una A invertidas. Weisse Amsel, mirlo blanco.

—Sí.

—¿Conservan documentación sobre esas chicas en la escuela? Fichas, nombres, direcciones...

—No, ni mucho menos. Toda esa documentación se transfirió a la oficina del Reichsführer. Esa información se la tienen que proporcionar en Berlín.

Antes de marcharme, volví a mirar el teléfono negro. Que llegara vivo a esa noche dependía de que ese hombre no cogiese ese teléfono en su mano e hiciera una llamada inoportuna. La sensación que tenía era que el pez había picado el anzuelo, pero nunca se podía estar seguro. Las siguientes horas serían decisivas para mí. Regresar al hotel Adlon de Berlín, acabar ante la presencia del Reichsführer y ser sometido a un consejo de guerra por alta traición o, por qué no, terminar en un bosque cualquiera con un tiro en la cabeza. Todo era posible.

Lo cierto era que ya sabía un poco más acerca de Liesl Rauch. Ahora ya tenía la confirmación oficial de que ella era el «mirlo blanco» que revoloteaba a mi alrededor, como me había advertido el general Dietrich años atrás. Sí, tanto lo que Heinrich Himmler como la propia joven me habían contado sobre su formación en Köslin era verdad, pero ninguno de los dos me había hablado de que esa formación se había llevado a cabo en el marco de una operación secreta de las SS bajo la dirección de la oficina del Reichsführer. De todas formas, ya entonces yo alimentaba la sensación de que su preparación no había sido solo para terminar desempeñando el papel de camarera de la amante de Adolf Hitler. Había algo más. Crecía en mí la idea de que Liesl Rauch tenía en toda esa trama un papel más importante del que yo podía imaginar. Como he dicho antes, había tomado la decisión de no poner en marcha Blancanieves bajo ninguna circunstancia. Es posible que el Reichsführer ya contase con eso antes de encargarme la vigilancia y la seguridad de la señorita Braun, que en algún momento determinado pudiera echarme atrás o que se quebrara mi conocido sentido del deber. Por ese motivo me refirió esa historia del cazador en el cuento de los hermanos Grimm. Y para eso, antes de mi llegada a la casa de la Wasserburgerstrasse ya se encontraba allí la bella Liesl: preparada para ejecutar Blancanieves si yo fallaba, incluso era posible que para ejecutarme a mí si me negaba a cumplir con mi juramento de lealtad. Tenía que seguir investigando ese asunto, no podía detenerme ahora. Tenía que saber a qué me enfrentaba y a quién me enfrentaba.

De vuelta al hotel sufrí una especie de ataque de ansiedad, parecido al que padecía a veces la señorita Braun. Yo estaba allí, en esa recóndita ciudad de Pomerania, mientras Eva Braun se hallaba a cientos de kilómetros, en las montañas del sur de Baviera, tomando su desayuno de

manos de una camarera que, en un momento determinado, tras recibir una llamada... En mi cabeza comenzaba a formarse una idea muy concreta, debía rendirme a la evidencia de que el plan que presuntamente había puesto en marcha el Reichsführer era muy bueno: primero estaba yo y mi compromiso con el sentido del deber. Y si yo fallaba, estaba Liesl Rauch. Ella no fallaría. Ella había sido especialmente preparada para no fallar. En aquel momento, todas esas ideas eran solo conjeturas. Aún tendría que pasar mucho tiempo para que conociera toda la verdad. Y para que viera con mis propios ojos el poder de un mirlo blanco en todo su esplendor.

A la mañana siguiente regresé a Berlín. No sucedió nada. Dos días más tarde recibí una llamada del general Bormann cuando me encontraba desayunando en el comedor del hotel. Tenía que regresar inmediatamente al Berghof. El Führer tenía que partir hacia su cuartel general de Rastenburg de manera precipitada.

* * *

Como he dicho en numerosas ocasiones, no hacía falta que la señorita Braun y yo habláramos, podíamos decirnos todo con los ojos. El brillo que los inundó cuando me vio aparecer en el jardín de invierno del Berghof fue suficiente para que comprendiera que se encontraba muy feliz por mi regreso. La verdad, yo también lo estaba. Sí, sé que era caprichosa, obstinada, descarada, insoportable, en ocasiones incluso repelente, pero me había acostumbrado a ella. Y, además, esa pequeña escapada me había hecho pensar que su pequeño y exclusivo mundo se había convertido también en el mío. En mi hogar. Aquella era mi casa y aquel era mi hogar. El único que ahora conocía, el único en el que quería vivir.

La ausencia del Führer duró muy pocos días. Para nuestra sorpresa, el 9 de marzo se nos anunció que al día siguiente regresaba al Obersalzberg. Más adelante relataré la sorprendente noticia que acompañó su llegada y que transformó por completo la apacible vida del Berghof. Pero antes, me gustaría hablar de alguien: de Liesl Rauch. La ausencia de Hitler propició que no pudiera reanudar mis noches de sexo y excesos con la camarera de Eva Braun hasta que el Führer no puso los pies en el palacio alpino. Por lo tanto, tuve que retrasar el plan que había trazado para intentar desenmascararla después de los descubrimientos que hice en Köslin. Al amanecer del primer día que el Führer pasó en el Berghof, vi el momento apropiado para volver a jugar a esa especie de ruleta rusa en que se había convertido mi relación con la sirvienta de la amante de Hitler. Y así lo hice.

Mientras dormía, aparté el vello púbico que tapaba su ingle y, delicadamente, pasé mis dedos por las dos pequeñas letras invertidas que llevaba tatuadas. Una W y una A. ¡Qué tonto había sido! ¿Cómo se me pudo pasar por alto una cosa así? Esa marca significaba para ella un visado de supervivencia. Si en alguna ocasión alguien dudaba de los trabajos que le habían sido encomendados y era desenmascarada, enseñar esas letras le serviría para demostrar que era una de esas «mujeres especiales» preparada por las SS para desarrollar «misiones especiales». Una chica del Reichsführer. Una chica de Himmler.

Lo que necesitaba respuesta era el auténtico objetivo de su misión como camarera de Eva Braun. Sabía que sería una misión difícil, casi imposible, pero tenía que intentarlo. En ese momento jugaba con el factor sorpresa, confiaba en que eso me ayudara a quebrar su férrea voluntad. Aunque también existía la posibilidad de que me metiera un tiro en la cabeza. Siempre podrían aducir el descubrimiento de un complot en el que yo pretendía asesinar a la señorita

Braun o que estaba trabajando para algún servicio de información extranjero. Ellos podían hacer lo que quisieran, enfrentarme a Liesl Rauch era enfrentarme a las SS, a Himmler y a todo el aparato de seguridad del Reich. Ellos podían hacerme desaparecer del mapa con la misma facilidad que el mago Schreiber hacía desaparecer una paloma en sus espectáculos. Acariciar las letras tatuadas en la ingle de Liesl Rauch era el pistoletazo de salida de una aventura con un final incierto.

Retiré un mechón de cabello de su rostro. Cuando dormía, todavía resultaba más bella y atractiva. Movié la cabeza, sin abrir los ojos, y dijo:

—*Liebchen...*

—Despierta, mirlo blanco. Es hora de levantarse —le susurré.

Se incorporó de golpe. Clavó sus ojos de hielo en los míos.

—He estado en Köslin. Lo sé todo, Liesl.

Para mi sorpresa, sonrió. Se giró hacia la mesita, cogió un cigarrillo de mi pitillera y lo prendió con mi encendedor. Tras expulsar el humo, dijo:

—Menuda novedad, comandante. Tanto el Reichsführer como yo misma le informamos desde un primer momento que había sido formada en Köslin...

—En una escuela especial, no como parte de un proyecto de las SS llamado «mirlo blanco». Sé para qué os formaron y sé cómo fue esa formación.

—Perdone, comandante, pero usted no sabe nada.

Se levantó. Buscó un cenicero y aplastó el cigarrillo en él. Lo retorció con rabia. Se situó frente a mí, colocando las manos en sus caderas. Le gustaba exhibirse desnuda en mi presencia. Era una forma de evidenciar el enorme poder que ejercía sobre mí.

—No sé lo que fue a hacer a Köslin, pero pudo haber puesto su vida en peligro. Todavía puede que su vida esté en peligro. Bueno, en realidad eso ahora depende de mí. Lo que no tengo claro es si usted es más tonto de lo que parece o si está más enamorado de Eva Braun de lo que yo me imaginaba.

Entonces fui yo quien sonrió.

—Otra vez con esas tonterías. Liesl, esto no tiene nada que ver con...

—Sí que tiene que ver, comandante. Por supuesto que tiene que ver. Usted sabe muy bien cuál es mi cometido como camarera de Eva Braun, el Reichsführer se lo explicó muy bien, yo se lo expliqué muy bien. Estoy aquí para ayudarle, estoy aquí por lo mismo que está usted. Para velar por la seguridad de la señorita Braun y evitar que esa estúpida mujer cometa otro de sus estúpidos «accidentes» que puedan comprometer al Führer y, por lo tanto, a la seguridad del Reich.

Se dio la vuelta y caminó en dirección al baño.

—Y en caso de que yo falle, para ejecutar Blancanieves. Y de paso, ejecutarme a mí.

Se detuvo en seco. Se giró y volvió junto a la cama.

—¿Qué ha dicho?

—Ejecutar Blancanieves, Liesl. Para eso también fuiste preparada en Köslin. Tú sabes lo que significa Blancanieves, pronunciaste esa palabra el día que te pedí que me dieras algo para poder confiar en ti. ¿Cómo lo harás? Es con veneno, ¿no? Tú preparas sus alimentos y sus bebidas. Resultaría muy sencillo.

—Comandante Muntz, el Reichsführer me dijo en una ocasión que utilizara esa palabra si usted me presionaba de alguna manera, creo que pensaba, y no se equivocaba, que usted podía

resultar una persona demasiado curiosa. Yo no sabía lo que significaba Blancanieves, no tenía ni idea. Para mí era solo una palabra, el título de uno de esos cuentos ridículos que se leen a los niños.

—No te creo, Liesl.

—Pues ese es su problema. Y, por cierto, hoy tiene más de un problema. ¿Qué sucedería si me pusiera en contacto con el Reichsführer y le contara que ha estado usted metiendo las narices en el asunto de Köslin? ¿Y cómo reaccionaría si supiera que ha revelado algo que nunca, nunca tenía que revelar a nadie?

Ese era el momento. La partida tenía que ser igualada.

—¿Y qué pasaría, Liesl, si yo cruzara esa puerta y le comunicara al Führer quién eres realmente? ¿Qué pasaría si le dijera que no eres una simple camarera que llegó al servicio de Eva Braun por una recomendación de la mujer del Reichsführer, sino que eres una de esas chicas preparadas por las SS para realizar misiones «especiales»? ¿Estás segura de que el Führer está al corriente de quién eres y de ese proyecto puesto en marcha por nuestro querido Reichsführer?

Echó la cabeza hacia detrás a la vez que lanzaba una sonora carcajada.

—Qué ingenuo es usted, comandante Muntz. ¿De verdad se cree que existe algo en este Reich que no tenga el consentimiento del Führer? Todo, todo lo que se hace en el Reich es por orden del Führer. Cruce esa puerta si quiere, comandante, y hable con él. No me importa. Me voy a duchar. Entro de servicio en una hora.

Desapareció en el interior del baño. Tablas. Supongo que la partida había terminado en un empate. ¿O no? Si era así, ¿por qué sentía ese gusto amargo en la boca? Me senté en la cama y me cubrí el rostro con las manos. ¿Y si Liesl tenía razón? ¿Y si decía la verdad? ¿Y si no sabía lo que significaba Blancanieves y yo se lo había revelado? ¿Y si el Führer estuviese al corriente de todo? Si supiera quién era Liesl Rauch, su misión real en el servicio de Eva Braun, el proyecto llevado a cabo en Köslin... ¿Y si el Führer hubiera elegido a Liesl Rauch, como el general Dietrich me eligió a mí? ¿Y si el Führer conociera la verdad sobre Blancanieves? Dudé, esa mañana dudé. Cuando me levanté y caminé hacia el baño, estaba hecho un mar de dudas. Ya no sabía lo que pensar. Tendría que vivir con esa duda. Mucho, mucho tiempo.

Cuando entré en el baño se estaba duchando. El agua recorría su cuerpo. Me miró. Clavó sus ojos en los míos. Volví a hacerle una pregunta que ya le había hecho en muchas ocasiones. Ya conocía la respuesta. Y ella sabía que esa respuesta me excitaba. Que provocaba un sentimiento de atracción irrefrenable en mí. Tanto como cuando me llamaba *liebchen*.

—¿Cómo podría confiar en ti, Liesl?

—Ya sabe que no puede, comandante. Esa es su penitencia, ese es el precio que tiene que pagar por vivir en el paraíso.

Me abalancé sobre ella, la estreché con fuerza contra mi cuerpo y la penetré. Con más violencia que en ninguna otra ocasión.

* * *

El Führer llegó al Berghof el 10 de marzo. La gran sorpresa fue que, en aquel delicado momento de la guerra, Adolf Hitler decidió trasladar todo su cuartel general a las montañas del Obersalzberg. En las siguientes semanas, la actividad en el complejo-ciudadela que rodeaba al

Berghof se convirtió en una locura. Y todos nos vimos sacudidos por esos cambios, especialmente yo. Dado que las principales reuniones militares tendrían lugar en el Berghof, mi misión de hacer «desaparecer» a la señorita Braun y a sus amigas me tuvo entretenido todo el día. En cuanto a ella, en un principio la idea la sumergió en la felicidad más absoluta. Pero después, cuando empezó a darse cuenta de lo complejo de la situación, vivió esporádicos episodios de frustración e ira. Por supuesto, fui yo quien tuvo que hacer frente a esos peligrosos y desesperantes estados de ánimo.

El desembarco del cuartel general del Führer en el Obersalzberg se hizo de forma escalonada. Primero arribaron los jefes: Hermann Göring a su villa, donde llegó acompañado de su esposa Emmy y de su hija Hedda. Lo mismo sucedió con Joseph Goebbels, su mujer Magda y toda su prole. Sin embargo, el Reichsführer Himmler y el Estado Mayor de las SS se instalaron en la Villa Trapp, muy cerca de Salzburgo. Von Ribbentrop y su esposa Annelies, en el castillo de Fuschl y el gran almirante Dönitz en la mansión de Klessenheim. En la casa Lammers, entre Berchtesgaden y Bichofwiesen, se estableció el Negociado de la Cancillería del Reich, con los generales Wilhelm Keitel y Alfred Jodl al frente, además de los enlaces Hans Erich Voss y Walter Scherff. El cuartel de Sturb, situado entre Berchtesgaden y Bad Reichenhall, albergó el Estado Operativo de la Wehrmacht, que en aquel momento dirigían Walter Warlimont y Gustav Streve. Sin embargo, Günther Korten y su Estado Mayor de la Luftwaffe fueron relegados a ocupar un hotel de Berchtesgaden.

En el Berghof también nos vimos desbordados. El equipo de estenógrafos del Führer, que dirigía mi buen amigo Heinz Buchholz y que tan necesario era para taquigrafiar las reuniones militares y transmitir las órdenes a los frentes, tuvo que ser instalado en una de las alas de invitados del palacio alpino. Esto provocó que, por primera vez, algunos de los asiduos residentes del Berghof tuvieran que compartir habitación. Un quebradero de cabeza para el general Bormann. Y algo que también me afectó a mí.

Estaba afeitándome en el baño, cuando la puerta de mi habitación se abrió. El general Bormann entró, acompañando a la camarera de Eva Braun, que portaba dos grandes maletas, una en cada mano.

—General Bormann...

—Comandante Muntz, dado que todo el mundo conoce la relación que usted mantiene con la camarera Rauch, he pensado que podían compartir su habitación mientras que el Führer permanezca en el Berghof. La de la camarera Rauch la necesito para colocar a los estenógrafos — Bormann sonrió de manera maquiavélica—. No creo que le cause molestia...

—No, no, mi general. Lo entiendo. La señorita Rauch puede instalarse cuando quiera.

—Claro, claro —dijo Bormann, volviendo a sonreír.

En cuanto Bormann abandonó la habitación, Liesl dejó caer las maletas al suelo y, levantándose la falda de su uniforme, dijo:

—Ahora va a tener esto todo el día a su disposición, comandante.

Lo hicimos en el suelo. Solo hacía dos horas que lo habíamos hecho en la bañera.

El séquito de seguridad personal del Führer también se alojó en el Berghof. En aquella ocasión estaba formado por Rochus Misch, Otto Hansen, Adi Dirr, Helmut Beermann, Hans Reisser, Peter Högl, Edwald Lindloff y Rüss. Y el equipo de mayordomos, con Hans Junge, Heinz Linge, Otto Meier, Wilhelm Arendt y August Bussmann.

Una de las grandes novedades la proporcionaron las secretarias del Führer. Johanna Wolf y Christa Schroeder no fallaron, pero sí lo hizo Gerda Daranowski, nuestra Dara. Un mes antes

había contraído matrimonio con un teniente coronel de la Luftwaffe llamado Eckhardt Christian. Tardaría seis meses en regresar a su puesto, convertida en Gerda Christian. Pero eso sí, para nosotros, ese cambio en su estado civil y su apellido no supuso ninguna transformación; para nosotros, Dara siempre fue Dara.

En su lugar, apareció una bella muchachita bávara llamada Traudl Humps. Un año más tarde contraería matrimonio con uno de los mayordomos del Führer, mi buen amigo Hans Junge. Entonces empezáramos a conocerla como Traudl Junge. Para no crear confusión en mi relato, adoptaré este nombre desde el primer momento para referirme a ella. Después de Dara, Traudl Junge fue la secretaria del Führer con la que mantuve una relación más fluida y cordial. Era una joven encantadora, seria, algo tímida, pero educada, elegante y muy cercana en el trato. Recuerdo que los primeros meses no fueron fáciles para ella, se sintió un poco sobrepasada por la situación, le costó adaptarse, a lo que se unió un pequeño defecto físico que la acomplejaba un poco: padecía estrabismo en uno de sus ojos. El Führer, siempre muy preocupado por su equipo de secretarías, decidió solucionarlo. Hizo acudir al Obersalzberg a uno de los mejores oftalmólogos de Berlín, que la operó en una clínica de Berchtesgaden. El Führer personalmente corrió con los gastos económicos de la intervención. Traudl Junge y la señorita Braun también congeniaron desde un primer momento. Siempre la trató como a una más de sus amigas. Quizá su origen bávaro tuviera algo que ver. Y también que el carácter de Traudl era tan tranquilo y sosegado que en esta ocasión los celos enfermizos de la señorita Braun no hicieron acto de presencia.

Ese trasiego desquiciante de personas en la bucólica tranquilidad del Berghof terminó por afectar a los nervios de la señorita Braun. Durante aquella estancia del Führer, quiso ejercer más que nunca como anfitriona, como la «señora» de la más privada de las residencias de Adolf Hitler. Y esto la llevó a tener frecuentes choques con el general Bormann. Es posible que también influyera el estado físico y anímico del Führer durante aquella temporada. Sé que estaba muy preocupada por él, me lo dijo en numerosas ocasiones. Es cierto que el aspecto del Führer por aquellos días resultaba tenebroso. «La guerra no marcha bien, Werner, nada bien», me había confiado Otto Günsche durante uno de nuestros primeros encuentros. Todas las mañanas, el doctor Morell le seguía inyectando ese estimulante llamado Eukodal. Cada vez que veía a ese médico siniestro abandonar el despacho del Führer, recordaba las palabras que me había dicho el ministro Speer: «Ese médico lo va a matar». Era posible que Speer estuviera en lo cierto, porque el aspecto externo del Führer era más preocupante cada día que pasaba. Y como no tardaría en comprobar, también el interno. Eso, unido al carrusel emocional de la señorita Braun y al ajeteo de aquellos días en el palacio alpino, desembocó en uno de los enfrentamientos más duros a los que pude asistir mientras serví en el círculo privado de Adolf Hitler.

Por aquellos días, el servicio del Berghof contaba con treinta empleados fijos. La señorita Braun se había empeñado en contratar a diez mujeres más para satisfacer las necesidades del palacio alpino. Así me lo hizo saber una mañana, mientras desayunábamos en el jardín de invierno en compañía de Herta Schneider, Marion Schönmann y la señorita Kastrup.

—Necesito diez mujeres para el servicio del Berghof, comandante Muntz. Y las necesito ya.

—Háblelo con el general Bormann, señorita Braun. No creo que resulte muy difícil conseguir a esas diez trabajadoras.

—Bormann... Cada día que pasa detesto más a ese hombre. Solo pensar que tengo que hablar con él me provoca arcadas.

Mi sugerencia fue un desastre. Pero, por otro lado, eran también las normas. Por mucho que no

le gustara a la señorita Braun, toda la intendencia del Berghof recaía en la figura del general Bormann.

No sé cuándo se produjo el encuentro entre los dos, pero esa misma mañana, poco antes de la comida, la señorita Braun entró en mi habitación echa una furia. Caminaba de un lado para otro dando grandes zancadas y gesticulaba de una manera que yo no había visto antes. Imitaba la voz de Bormann, mostrando en su rostro esa mueca que simulaba los gestos de un mono.

—¡Bormann! ¡El maldito Bormann! ¿Sabe lo que me ha dicho, Werner? ¡Que no puede! ¡Que no puede conseguirme esas diez muchachas! ¡La movilización general! ¿Qué demonios es la movilización general? ¡A mí qué me importa la movilización general! ¡Necesito a esas diez muchachas! El otro día encontré polvo en uno de los jarrones de mi habitación. ¿Me ha escuchado bien? ¡Polvo! ¡En un jarrón! ¡Necesito a esas diez muchachas! ¡Y las necesito ya!

Intenté tranquilizarla. Pero no había manera. Resultaba imposible.

—¡Hablaré con el Führer! ¡Ahora mismo! ¡El Führer me conseguirá...!

La frené cuando ya estaba a punto de salir por la puerta de mi habitación.

—Ahora no, señorita Braun. El Führer está reunido en la gran sala, es la revista militar de la mañana. Espere a que termine, después de comer...

Me miró como si estuviera pensando algo. Y entonces, dijo:

—No, esta noche, en la cama. Sí, lo haré en la cama. Cuando estamos en la cama es incapaz de negarme ninguno de mis deseos.

La mañana siguiente a esa conversación amaneció soleada pero gélida. Aun con todo, la presencia del sol hacía posible que pasáramos algunos ratos en la terraza del Berghof; recuerdo que aquel día estábamos sentados en las tumbonas, titiritando de frío, pero mirando de cara a ese sol que actuaba como una estufa apagada. El Führer, embutido en su abrigo de cuero negro, no hacía más que restregarse sus manos enguantadas, mientras hablaba con Bormann, Karl Brandt, Heinrich Hoffmann y el embajador Hewel. En un momento dado, se llevó aparte al general Bormann, que lucía su flamante guerrera blanca de las SS. Eva Braun me golpeó con su pie en la pernera de mi pantalón, y me dijo:

—Atento, Werner. Mis diez mujeres vienen de camino.

En un principio, la charla entre el Führer y el general Bormann empezó bien. Pero poco a poco, el tono de la conversación fue subiendo. Hasta que al final, el Führer estalló. Todos pudimos escuchar lo que Adolf Hitler le dijo al general Bormann, porque en la terraza se había hecho un silencio sepulcral:

—¡No me importa lo que usted diga, general! ¡Si yo puedo sacar divisiones enteras de la nada, debería ser un juego de niños conseguir unas cuantas muchachas para mi Berghof! ¡Así que solucióneme este problema! ¡Solúcionelo ya!

El general Bormann se cuadró dando un fuerte taconazo e hizo el saludo reglamentario. Después, con la cara roja por la ira, abandonó la terraza dando grandes zancadas y desapareció engullido por las sombras del gran salón.

Miré a la señorita Braun. Se había subido unas gafas francesas de sol negras que solía llevar, para ver mejor el encontronazo. Me sonrió, volvió a ponerse las gafas y apoyó su cabeza en la tumbona, mientras me decía:

—¿Ha visto, comandante?, lo que yo le decía. Mis diez muchachas vienen de camino.

Herta Schneider soltó una carcajada.

Hasta ese momento, nunca había visto al Führer echar una reprimenda parecida al general Bormann por un asunto tan banal. Ni al general Bormann ni a ninguno de sus colaboradores.

* * *

Anteriormente manifesté en esta declaración que solo en dos o tres ocasiones tuvimos indicios de lo que podía estar pasando con el pueblo judío y que solo en una ocasión se habló de ese asunto en la mesa de Adolf Hitler. Esto sucedió el 23 de abril de 1943, día de Viernes Santo, y ha llegado el momento de contarlo. La tormenta se desencadenó en la comida, concretamente en los postres, pero lo cierto es que para mí ese día lluvioso y desapacible ya había comenzado de una manera perturbadora, poco después de que terminara la reunión militar informativa de la mañana.

Mientras fumaba un cigarrillo en compañía de Hans Baur, Erich Kempka y Otto Günse, bajo los soportales de la puerta principal del Berghof, vi partir los coches que trasladaban a Warlimont, Korten, Jodl, Keitel y el resto de los participantes en el encuentro hacia sus respectivos cuarteles generales. Kempka me dio un golpe en el brazo y me dijo:

—Ya puedes avisar al «pajarito caprichoso». Es hora de comer.

Me despedí de los muchachos y me dirigí en busca de Eva Braun. En el pasillo que conducía a su habitación sonaba la melodía de «Komm zurück» interpretada por la orquesta de Michael Jary. Era uno de los temas preferidos de la señorita Braun. Por supuesto, la música procedía de su habitación.

Cuando entré la encontré sentada en el suelo, rodeada de sus perritos *Negus* y *Stasi* y un montón de cajas de madera esparcidas por toda su sala de estar.

—¡Werner! ¡Mire, ya me ha llegado la porcelana que había encargado como regalo de pascua para el Führer! ¡Es maravillosa!

El brillo ilusionado de sus ojos parecía hacer juego con un candelabro de porcelana Allach blanco, de estilo barroco, que llevaba en sus manos.

—Es muy bonito, señorita Braun —dije, intentando complacerla.

—¿Le gusta? ¡Pues ya verá las figuritas!

Mientras Eva Braun rebuscaba en una de las cajas, pude leer la inscripción que había timbrada en una de ellas. Lo que leí me quitó el buen humor de golpe. Era algo espantoso.

Bajo el águila del Reich, podía leerse:

KZ Aussbenlager ALLACH.
DACHAU / MÜNCHNER LUDWIGSFELD

Esas cajas provenían del campo de prisioneros de Dachau, en las afueras de Múnich. Fue el primer campo que abrieron los nazis cuando llegaron al poder. El que más y el que menos habíamos escuchado cosas espantosas sobre ese lugar. Recuerdo que en Lichtenfelde, Dachau era el equivalente al infierno, al cuarto oscuro de nuestra infancia. «A este paso vas a terminar en Dachau» era una referencia constante a un lugar del que nadie quería saber nada.

Junto a uno de los candelabros había un gran sobre blanco del que la señorita Braun había extraído un catálogo y una carta. Cogí la carta. Estaba encabezada por los datos del remitente: Martin Weiss, *lagerkommandant* Dachau, *SS obersturmbanführer*.

Comenzaba así:

Estimada señorita,
Atendiendo a su petición hemos enviado...

—¡Mire, Werner! ¡Las figuritas! ¡Esta es la de Federico II! ¡Esto va a hacer las delicias del Führer!

Eva Braun llevaba en la mano una figurita de porcelana, pintada en vivos colores, que representaba al káiser Federico I.

—¡Mire, también están los soldados!

—Señorita Braun, esta porcelana proviene de Dachau. ¿Se da cuenta de que es posible que haya sido fabricada por prisioneros?

Durante una fracción de segundo su mirada pareció desconcertada. Pero rápidamente volvió a instalarse en ella ese brillo tan especial, y terminó diciendo:

—¿A que es maravillosa? ¡Es una porcelana maravillosa!

Ella era así. Siempre fue así. No sé si era un resorte para apartar de su cabeza todas aquellas cosas que no estaban bien, que no eran correctas, o si simplemente es que todo aquello no le importaba nada. Nunca lo sabré. El secreto que encubría ese comportamiento se marchó con ella.

Lo cierto es que el ambiente en el comedor del Führer aquel día resultaba festivo. Aunque todos éramos conocedores de que la marcha de la guerra no era buena, el Führer parecía haber retomado su buen humor habitual y algo de su fuerza vital durante esa última visita al Berghof. En el transcurso de aquella comida que precedió a la tormenta, estábamos los habituales, además de Henny von Schirach y su marido Baldur, ahora flamante gobernador de Viena. El matrimonio Schirach había llegado al Berghof el día anterior, después de que Henriette hubiera pasado unos días en Holanda, viaje del que no dejaba de dar detalles a las secretarias del Führer, a la señora Schönmann y a Herta Schneider; pasaron casi toda la comida parlotando sobre eso. Ya en los postres, recuerdo que Heinz Linge había servido al Führer su tradicional té de piel de manzana, que él removía con su cucharilla. Vi llegar el primer relámpago de la tormenta, precisamente, porque estaba observando disimuladamente al Führer. Siempre me fascinó la capacidad que tenía para estar presente en todas las conversaciones que se desarrollaban en la mesa, aunque algunas veces fuéramos veinte o treinta los comensales. Sus ojos se deslizaban de una boca a otra, igual podía entrar en una discusión que mantuviera el embajador Hewel con Heinrich Hoffmann sobre la última exposición de esculturas de Arno Breker, que en las explicaciones que la señorita Braun le ofrecía a Traudl Junge sobre el nuevo lote de cosméticos que había recibido de París. Sin embargo, ese día los ojos del Führer se habían detenido en los labios de la dulce Henny. Su rostro había adquirido un tinte expectante. Fue ese comportamiento inusual lo que me llevó a concentrarme en la conversación que Henny von Schirach mantenía con las secretarias y con las amigas de la señorita Braun.

—Sucedió de noche, en el hotel en que me hospedaba en Ámsterdam. Los gritos me despertaron mientras dormía. Había escuchado llegar unos vehículos, y una potente luz procedente de la calle había iluminado mi habitación. Me levanté y me acerqué a la ventana. Los gritos provenían del edificio que había enfrente del hotel. Los proferían nuestros soldados. Entonces, vi cómo de una de las casas sacaban a empujones a un grupo de mujeres. Y también había niños, cinco o seis niños. Eran judíos. Llevaban cosidos en sus abrigo esas estrellas amarillas que los

identifican. Las mujeres y los niños se resistían a acompañar a nuestros soldados. Entonces algunos de ellos parecieron enloquecer. Los golpearon con sus fusiles, las tiraron al suelo y les propinaron patadas. También golpearon a los niños. Luego, los introdujeron a todos a empujones en el interior de esos camiones cubiertos por lonas. Los camiones se marcharon, pero los gritos de esas mujeres y esos niños continuaban escuchándose. Oh, era horrible... Uno de los vehículos, con tres de nuestros soldados, permaneció en la puerta del edificio. Dentro había más soldados, porque sus linternas se veían brillar a través de las ventanas de las casas vacías. Fue espantoso...

Yo no me había dado cuenta, y Henny von Schirach tampoco, pero un silencio aterrador se había adueñado del comedor del Führer. Nadie hablaba, todo el mundo estaba estupefacto escuchando sus palabras. También Adolf Hitler. Miré a Hans Junge, uno de los mayordomos, que estaba frente a mí. Me hizo un gesto con los ojos, en dirección al Führer. Lo miré.

Adolf Hitler se estaba limpiando los labios con una servilleta que llevaba en las manos. Sus ojos parecían haber perdido su color habitual. Estaban clavados en Henny von Schirach. Se levantó, muy torpemente. Observé que una de sus manos empezaba a temblar. La señorita Braun golpeó con su pie en el mío, por debajo de la mesa. Nuestras miradas se cruzaron. «Los demonios lo están devorando», me dijo con sus ojos. Solo que esta vez, los demonios estaban a punto de escapar del cuerpo del Führer, de escapar por su boca.

—¿Qué está diciendo usted? —preguntó el Führer, todavía sin levantar mucho la voz.

Henriette von Schirach también se levantó de su silla.

—*Mein Führer*, esa es una de las cosas por las que he venido. Quería hablar con usted. Ese comportamiento de nuestros soldados no es apropiado. Hablé con uno de los oficiales que realizó ese acto..., me dijo: «¿Es que usted no sabe lo que sucede en nuestro Reich?». ¿Sabía usted algo de esto, *mein Führer*? ¿Sabía que esto estaba sucediendo y no nos había...?

—Pero ¿qué está usted diciendo? ¿Qué está usted diciendo en mi mesa? ¡Es usted una sentimental, *frau* von Schirach! ¡El sentimentalismo es un signo de debilidad inadmisibile! ¡Debe usted aprender a odiar! ¡Esta guerra no es solo ideológica! ¡Es también biológica! ¡Tiene usted que aprenderlo! ¿Qué le importan a usted esas judías holandesas? ¡Esas judías no son asunto suyo! ¡No son su asunto!

—*Mein Führer*, yo...

Adolf Hitler arrojó con violencia la servilleta sobre la mesa.

—¡Ya no quiero tomar el té! ¡Se me han quitado las ganas!

Cruzando sus manos detrás de la espalda, abandonó el comedor dando grandes zancadas. Otto Günsche y Heinz Linge también se levantaron y caminaron tras él. Traudl Junge y Christa Schroeder se cubrieron la boca con las manos.

Henny von Schirach rompió a llorar. Al intentar salir, hizo caer la silla provocando un gran estrépito. Tras mirarnos a todos, con esa expresión de espanto en su rostro cubierto por las lágrimas, salió del comedor corriendo.

—¿Qué ha hecho, Werner? ¿Por qué lo ha hecho? —me preguntó la señorita Braun. Sus ojos estaban brillantes y su rostro desencajado. También se levantó y abandonó el comedor.

El silencio resultaba insoportable. Yo me limpié los labios con la servilleta y también me levanté. Mirando esos rostros asustados, dije:

—Caballeros, señoras, si me disculpan...

Hice un gesto cortés con la cabeza y abandoné la estancia. Mi obligación era encontrar a la

señorita Braun y ver en qué estado se hallaba.

La señorita Braun estaba tumbada en su cama, envuelta en lágrimas. Entré en su habitación, cogí una de las sillas y me senté frente a ella.

—¿Por qué ha hecho eso, Werner? ¿Por qué le ha hablado así al Führer? ¡Oh, Henny! ¿Sabe usted lo que ha hecho, Werner? ¿Lo sabe usted?

No le contesté. Bajé la cabeza, mientras daba vueltas con las manos a mi gorra de plato. En ese momento no sabía qué contestarle. Estaba tan desconcertado como ella misma.

—Ha enloquecido. No sé qué le habrá pasado todo este tiempo, pero Henny ha enloquecido. Tiene que estar loca para hablarle así al Führer. ¡En su mesa! ¿Cómo se atreve a hablar de esas cosas delante del Führer? No lo entiende, no entiende nada. Henny nunca ha entendido nada. ¿Usted qué piensa, Werner?

No quería engañarla en esos momentos. No se merecía que la engañara. Estaba sufriendo y estaba sufriendo de verdad. Además, creo que estaba hablando un idioma que yo no entendía. Todos hablaban un idioma que yo no entendía. Me pasaba muchas veces. Todos parecían dar por sabidas cosas que yo no conocía. Así que decidí decirle a la señorita Braun lo que yo pensaba de verdad. Sin engaños.

—Nada, señorita Braun. No pienso nada. Hace mucho tiempo que dejé de pensar. Como le dije en una ocasión, pensar no es una buena política. Pensar solo te conduce a la melancolía.

Se limpió las lágrimas que cubrían su rostro y me dedicó una bonita sonrisa. Recuerdo que me dijo:

—Es usted un hombre inteligente, Werner. Muy inteligente.

Lo que sucedió horas más tarde se ha convertido para mí en una penitencia desde que me enteré de los terribles crímenes contra el género humano que ese hombre que abandonó colérico el comedor ha cometido. Desde que tantas, tantas cosas han cobrado sentido para mí. Esas cosas que no entendía, esas cosas que no supe entender.

El Führer y Baldur von Schirach mantuvieron esa tarde una acalorada discusión en la terraza del Berghof. Yo me disponía a pasar un rato con los muchachos en la gran sala, cuando los vi discutir. Hitler paseaba de un lado para otro, se detenía, golpeaba su puño izquierdo contra su mano derecha, lanzaba una diatriba de improperios contra el gobernador de Viena y continuaba dando vueltas. Baldur von Schirach estaba rígido, quieto, como si alguien hubiera clavado sus pies al suelo de la terraza. Su rostro estaba más blanco que la porcelana de Allach que esa mañana me había enseñado la señorita Braun. No quería permanecer allí y ser descubierto por Linge o por cualquier otro, así que pasé junto a la terraza con paso ligero. Pero eso no evitó que pudiera escuchar algo de lo que estaba diciendo el Führer. Algo que a día de hoy me hiela la sangre con solo recordarlo:

—¡Todos los días mueren 10.000 de mis hombres en los frentes de batalla! ¡10.000! Si he enviado a la flor de la juventud a la tempestad de la guerra sin sentir el más mínimo reparo por la preciosa sangre alemana que se derrama, ¿no debo tener derecho a eliminar a millones de personas de raza inferior que se multiplican como insectos nocivos? ¡Respóndame! ¡Respóndame usted!

Puedo jurar por todas las cosas en las que creo, por mi honor y por aquello que habita en los cielos, que en ese momento no pude imaginar que el monstruoso crimen que Adolf Hitler y el Estado que dirigía han cometido pudiera estar perpetrándose a pesar de esas palabras que salieron de su boca. Es posible que no me crean, están en su derecho de hacerlo. En todo su derecho. Pero

es la verdad. Para mí, aquellas palabras del Führer no eran más que retórica, la retórica a la que Adolf Hitler nos tenía acostumbrados. El Führer siempre era excesivo y muy dado a la exageración. Términos totales, casi siempre hablaba en términos totales. Y utilizaba grandilocuentes frases irreflexivas. Quienes le conocíamos sabíamos que formaba parte de su rutina oratoria utilizar una terminología sangrienta para reafirmar sus principios. Igualmente, todos lo habíamos escuchado hablar muchas veces empleando palabras médicas o científicas para referirse, incluso, a asuntos cotidianos. Esas expresiones formaban parte de su lenguaje. Pero de eso a pensar que todo un pueblo estaba siendo exterminado más allá de aquellas montañas... No es mi deseo que esto sirva de justificación. Como he dicho en otras ocasiones, yo estaba allí, entre los asesinos, asesinos como Adolf Hitler, como Heinrich Himmler, como Karl Brandt, como todos los demás..., y no supe verlo. Eso en sí mismo es injustificable. Pero yo estoy aquí solo para dar testimonio de lo que viví, de lo que vi y de lo que escuché. Y así lo estoy cumpliendo en esta declaración.

A la mañana siguiente, sábado 14 de abril, Baldur von Schirach y Henriette von Schirach abandonaron el Berghof.

Y fue así como la dulce Henny, «la niña de Hitler», fue expulsada del círculo privado del Führer. Fue así como desapareció de nuestras vidas para siempre.

14

EL DEMONIO DE LA CARNE

El verano de 1943 fue el de la contraofensiva soviética en el frente oriental y también el que nos acercó en el Berghof a los horrores de la guerra. Hacía años que Alemania era bombardeada por las noches, pero a partir de que los aviones estadounidenses se unieran a la RAF en su campaña de bombardeos, los ataques diurnos contra las principales ciudades del Reich se convirtieron en una realidad. Todos los días nos despertábamos con las terribles noticias de incursiones aéreas contra las principales ciudades hanseáticas —Hamburgo, Bremen o Kiel— que causaban miles de muertos, y contra las ciudades y la región industrial del Ruhr; Wuppertal, Gelsenkirchen, Colonia, Aquisgrán, Düsseldorf y nuestro principal tejido productivo eran pasto de las llamas. Fue entonces cuando en el círculo más cercano al Führer se instaló el pánico a que el Berghof fuera bombardeado, y entre todos los encargados de la seguridad del complejo-ciudadela del Obersalzberg cundió el histerismo más absoluto. Era algo nuevo, algo diferente, algo que cambió para siempre la pacífica monotonía del palacio alpino. Algo que destrozó los nervios de la señorita Braun provocando ataques de furia memorables.

En Berchtesgaden, en el Alto Mando de la Luftwaffe, Korten recibía lo que se conocía como Alerta Robinson, que significaba que existía una alta probabilidad de que los bombarderos aliados pudieran acercarse a la región de Baviera. Korten comunicaba entonces con Nikolaus von Below, el enlace de la Luftwaffe ante Hitler, que corría a dar la alarma al general Bormann si el Führer se encontraba durmiendo, o al propio Führer si este estaba en su despacho. Otto Günsche o Heinz Linge eran los encargados de localizarnos y avisarnos a nosotros. Cuando esto se producía, mi misión consistía en despertar primero a la señorita Braun y después al resto de sus amigas y de los invitados en la residencia alpina.

Solo cuando Korten recibía la confirmación de que los aviones aliados habían sido localizados sobre el sur de Baviera se ponía en marcha el sistema de sirenas de alarma antiaérea. Ese solía ser el momento en que la señorita Braun se volvía completamente loca.

El estridente y atemorizante sonido de las sirenas me acompañaba cuando yo corría por los pasillos del Berghof en dirección a su habitación. Casi siempre, cuando entraba aprovechando la puerta que comunicaba nuestras dos habitaciones, me encontraba con la misma escena.

La señorita Braun estaba incorporada en su cama, con el antifaz negro que utilizaba para dormir en las manos. Sus ojos despedían fuego:

—¡Pero qué ruido es este! ¡Pero qué mierda pasa! ¡Qué mierda es esta, Werner! ¡No puedo dormir! ¡Esta maldita guerra no me deja dormir! ¿Cuándo se va a terminar esta guerra, Werner?

¿Cuándo?

—Señorita Braun, tiene que levantarse y vestirse, tenemos una alerta. Vístase, rápido, tengo que llevarla al refugio antiaéreo.

Se levantaba de un salto. Se quitaba el camión que lanzaba con furia contra la cama y caminaba hacia su vestidor, que abría de par en par.

—¿Cuánto tiempo tengo? Tengo que pensar qué me llevo al refugio.

—Tiene muy poco tiempo, señorita Braun. Ya lo sabe de otras veces.

Mientras se ponía sus bragas francesas de seda de Chantelle (Eva Braun gastaba más *reichsmarks* en lencería que en el resto de vestuario), me gritaba:

—¡Venga! ¿Qué hace ahí parado? ¡Busque a la señorita Kastrup! ¡Y a Liesl! ¡Y...! ¡Y a la señorita Kastrup! ¡Y que suban los mayordomos y los ordenanzas! ¡Ya! ¡Tengo que arreglarme! ¡No querrá que baje a ese repugnante refugio de cualquier manera!

Eso era lo peor. No solo la señorita Braun, casi todas las damas de la corte querían que los mayordomos y los ordenanzas de las SS metieran las prendas más valiosas de sus vestidos en arcones y los trasladaran al refugio antiaéreo. Eso provocaba un colapso tremendo por las escaleras del Berghof y del refugio. Cuando la alerta pasaba, los mismos mayordomos y ordenanzas tenían que volver con esos arcones y colocar otra vez la ropa en los vestidos.

Después de dar el aviso a la señorita Braun, corría en busca de Liesl y de la señorita Kastrup. En sus puertas solo daba tres golpes como señal, ellas siempre estaban preparadas. Después tenía que dar el aviso al resto de las damas: Margarete Speer, Herta Schneider, Maria von Below, Marion Schönmann, Anni Brandt, Else von Möllendorf... y también a las secretarias que no se encontraran de servicio. La prioridad era que las damas y los niños fueran los primeros en ocupar su lugar en el refugio.

Los niños. La mayoría de ellos muy pequeños, se aterrorizaban con el sonido de las sirenas, con lo que se iniciaba un coro de llantos que nosotros llamábamos el de «los niños llorones de Núremberg». En particular, el Führer no podía aguantar el llanto de los pequeños; recuerdo que las primeras veces que recibimos la alerta, Hitler abandonaba su despacho para gritar en la puerta:

—¡Que alguien haga callar a esos mocosos! ¡No soporto esos llantos, son más molestos que las propias sirenas!

De esta manera, ideamos un plan para que los niños no lloraran durante el desplazamiento al refugio. En cuanto Otto Günsche y yo conseguimos organizar a las señoras y a los niños, Heinz Linge bajaba a la gran sala y colocaba en la victrola un disco de Polydor con la canción infantil «Mamatschi». La señorita Braun y el resto de las damas cogían de la mano a los cinco niños Goebbels, a los seis niños Bormann, a los cinco niños Speer, a los dos de Herta Schneider y a todos los demás, hasta más de una veintena, y se dirigían hacia el refugio cantando al unísono la letra de esa canción que fluía de la boca de Mimi Thoma por los altavoces del palacio alpino:

*Es war einmal ein kleines Bübchen,
Das bettelte so wunderschüss,
Mamatschi, schenk mir ein Pferdchen,
Ein Pferdchen wär mein Paradies...*

La puerta de entrada al refugio se encontraba a unos cuantos metros del edificio central del

Berghof. Había sido excavada en la roca de una de esas montañas del Obersalzberg. Su construcción, dirigida por Albert Speer y supervisada por el general Bormann, había durado año y medio. Una escalera de más de cien peldaños conducía al sistema de galerías que formaban el refugio. Resultaba penoso ver a los ordenanzas y a los mayordomos descender por ellas cargando con los arcones de las señoras.

A partir de allí, un potente olor a humedad nos acompañaba a través de los estrechos pasillos que conducían a las dependencias que ocuparían los invitados durante el tiempo que durara la alerta. Las habitaciones estaban bien iluminadas y lujosamente amuebladas, tanto como las del mismo Berghof. Por regla general, repartíamos a todo el personal por «grados»: el servicio del palacio alpino ocupaba una habitación, las secretarias, otra; en la siguiente, las mujeres de los enlaces y de los jefes; las amigas de la señorita Braun tenían la suya. También los edecanes, el Begleitkommando, enlaces y colaboradores del Führer disponían de habitaciones propias. Además, se habían instalado salas de juegos para los niños y de recreo para el resto. Este sector del refugio terminaba en una antesala provista de un nido de ametralladoras que daba acceso a un largo pasillo que conducía al sector privado del Führer, una zona a la que se entraba a través de una puerta acorazada. En su interior, una sala de reuniones que podía servir de cuartel general, la habitación del Führer, otra para sus adjuntos (Günsche, Linge, Kempka, Rattenhuber, etc.) y la de la señorita Braun y su servicio: la señorita Kastrup, Liesl Rauch y yo mismo.

Eva Braun había ordenado que esa habitación fuera una réplica a pequeña escala de la que tenía en el Berghof. Como se empeñó en que la iluminación consistiera en lámparas de mesa de pantalla fruncida de color rojo, la estancia presentaba un aspecto apocalíptico. El frío en aquel refugio era muy intenso, incluso en verano, por lo que sobre las camas se colocaron edredones de pluma de ganso. En la habitación solo había tres camas, una broma que la señorita Braun nos gastó a Liesl Rauch y a mí:

—Ustedes dos compartirán la cama, así podrán seguir con su rutina habitual. Solo les pido que intenten ser más silenciosos que en el baño por las mañanas, yo tengo un sueño muy liviano y la señorita Kastrup no creo que esté acostumbrada a esos excesos amorios suyos. ¡Se podría escandalizar!

Eso nos dijo el primer día que descendimos a esa madriguera en la montaña.

En cuanto llegábamos a nuestra habitación, la señorita Braun hacía que Liesl descorchara una botella de champán, «por si es la última», decía. Creo que fue durante ese verano cuando dejó de beber licor y empezó a tomar solo champán. Esa costumbre ya no la abandonaría hasta los instantes finales en el tétrico búnker bajo el suelo de Berlín.

En ese refugio antiaéreo había un nivel inferior donde se aprovisionaban los víveres y las armas. Yo nunca llegué a bajar allí. Otto me contó que había de todo, se había habilitado ante la posibilidad de que el refugio tuviera que acoger a todo el Estado Mayor del Führer.

Que yo recuerde, el Führer y sus más allegados colaboradores nunca descendieron al refugio. A ellos les gustaba pasar las alertas Robinson en la terraza del Berghof. Y a mí también. En cuanto dejaba a la señorita Braun y a su servicio en el refugio, leyendo esas estúpidas revistas que tanto les gustaban, me despedía de ellas y regresaba al Berghof. Solo había una cosa que preocupaba a Eva Braun. Siempre, antes de marcharme, me repetía lo mismo:

—Infórmeme inmediatamente si se entera de que han bombardeado Múnich, comandante Muntz. La sola idea de que puedan atacar Bogenhausen y nuestra casa de la Wasserburgerstrasse me tiene aterrorizada.

Esas palabras provocaban que siempre me marchara de allí con un nudo apretándome en la boca del estómago. No le importaba que bombardearan la ciudad, que cientos de personas inocentes pudieran perecer bajo los escombros, mujeres, niños, ancianos. A ella solo le preocupaba su barrio, y solo porque allí estaba su casa. Ella era así, siempre lo fue. Fue así hasta el final.

En el momento en que sonaban las alarmas, comenzaba la actividad militar. En la caserna se decretaba una movilización general. Libre de mujeres y niños, unidades especiales de las SS ocupaban y reforzaban los principales puntos de defensa del edificio principal del Berghof. El general Bormann comunicaba entonces con el teniente coronel Bernhard Frank, asignado al batallón SS de defensa de artillería antiaérea. Se iniciaba la operación de camuflaje del Berghof, conocida por nosotros como «operación César».

«César» consistía en ocultar, literalmente, tanto el Berghof como el Obersalzberg a los aviones de los aliados angloamericanos. Desde las montañas que rodeaban el Berghof, pequeños grupos de hombres pertenecientes a una unidad química de la Wehrmacht abrían las bombonas de un gas blanquecino que, en pocos minutos, provocaba que una niebla infranqueable cubriera tanto el palacio como las montañas que lo circundaban. Ese era el momento que se utilizaba también para orientar hacia el cielo los cañones antiaéreos que deberían repeler cualquier ofensiva, en el caso de que los aviones aliados sobrevolaran el lugar, cañones que emergían de las grutas de las montañas como por arte de magia.

Para mí, llegar hasta el Berghof a través de ese gas viscoso y maloliente, se convertía muchos días en una auténtica odisea. Tenía que guiarme por las voces y por alguna referencia que podía entrever tras la niebla, sobre todo cuando esta era arrastrada por el viento alpino. En los días ventosos, muy habituales en el Obersalzberg, la puesta en marcha de César era muy complicada. Los equipos químicos tenían que abrir centenares de bombonas de gas para que el Berghof quedara completamente sumergido en la niebla. Desde la terraza, el Führer daba la orden a Bormann para que actuaran esas unidades cada vez que veía alguna zona descubierta.

Puede resultar curioso, pero, pese a los preparativos y a todas las medidas de seguridad que se tomaban, creo que ninguno de nosotros pensó nunca que las bombas pudieran llegar a caer en ese rincón del Obersalzberg. Ese era el grado de impunidad en el que vivíamos instalados desde hacía muchos años. «Esta es la residencia del Führer, ¿cómo van a poder los aliados angloamericanos bombardear la residencia del Führer?». Supongo que cada vez que sonaban las sirenas, todos nosotros pensábamos eso. Pero, por otro lado, también es cierto que los días de alarma Robinson nos acercaron a la guerra por primera vez desde que las armas empezaran a tronar cuatro años antes. Mientras permanecíamos en la terraza, yo pensaba que en ese mismo lugar había imaginado, mucho tiempo atrás, que toda aquella aventura no iba a terminar bien. Y también pensaba que, en esa misma terraza, la madrugada del Año Nuevo de 1940 Eva Braun me había dicho, mirando a un cielo frío y estrellado, que solo esas estrellas que lo decoraban brillaban por encima de nosotros. Ahora, allí, en la cima del mundo, de nuestro mundo, las sirenas sonaban muchas veces, y ese gas que parecía niebla ocultaba ese cielo otrora estrellado en el que ahora ni siquiera podíamos ver las nubes. Los «años de esplendor» morían lentamente y los «años oscuros» empezaban a asomar a través de esa niebla artificial que lo cubría todo, como si fueran una presencia invisible, pero que se acercaba de forma sigilosa hacia nosotros.

De nuevo, el sonido de las sirenas nos informaba de que la alerta había terminado. Para esto era necesario que Korten y su Alto Mando de la Luftwaffe lo comunicaran desde Berchtesgaden,

bien a Von Below o al general Borman. Entonces la niebla se disipaba lentamente, y con ella el espectro de la guerra. El Führer y sus colaboradores regresaban a sus tareas, y yo al refugio antiaéreo, tenía que recoger a la señorita Braun y a todas las demás damas y devolverlas a la comodidad de sus habitaciones. La alerta de bombardeo pasaba, pero el mal humor de Eva Braun no desaparecía. Para ella, los días en los que tenía un despertar abrupto ya no volvían a ser buenos. Yo ya lo sabía. Estaba acostumbrado.

* * *

El mal curso que había tomado la guerra hizo que el Führer pasara las Navidades de 1943 y el Año Nuevo de 1944 en sus cuarteles generales del frente oriental. Esto, unido a unas fuertes tormentas de nieve que hicieron imposible que ascendiéramos hasta el Berghof en vísperas de Nochebuena, provocó que pasáramos aquellas fiestas en la casa de Múnich. Lo cierto es que nunca volveríamos a celebrar una Navidad entre las montañas del Obersalzberg. En aquel momento para mí, sin embargo, esa fue una buena noticia, porque pude descansar de la asfixiante relación sexual que mantenía con la camarera de Eva Braun. Como ya expliqué en otro momento de esta declaración, y por un motivo que desconozco, Liesl Rauch y yo nunca dimos rienda suelta a nuestras ansias sexuales en la casa de la Wasserburgerstrasse. Y eso que la señorita Braun intentó que esos encuentros nocturnos no se detuvieran en Múnich. Ella quería que todo continuara igual, que tener que quedarnos en la casa de Bogenhausen no nos hiciera añorar y echar de menos el Berghof. Recuerdo que un día me dijo:

—Echo de menos esos jadeos suyos y los gemidos de mi camarera todas las mañanas, Werner. Parece que estamos viviendo otra vida. En el fondo, me gusta la rutina. ¡Oh, Werner, echo tanto de menos mis fiestas, los cotilleos, las «tardes del té», las veladas y toda esa monotonía del Berghof! ¡Lo echo tanto de menos!

Nuestro regreso al Obersalzberg se pospuso hasta el 25 de febrero. El día 23 el Führer regresó a Múnich en su tren especial desde el cuartel de Rastenburg en Prusia Oriental. El 24 no salimos, porque el Führer tenía programado un discurso para los veteranos del Partido en la cervecería Hofbräuhaus. Fue al día siguiente cuando nos pusimos en camino hacia el Berghof.

Partimos de madrugada, el tren del Führer nos esperaba camuflado en un túnel un poco más allá de la Estación Central de Múnich. Ahora, el tren había cambiado de nombre, se llamaba *Brandenburgo*. El Führer había ordenado que la denominación *Amerika* fuera eliminada un día después de que los Estados Unidos nos hubieran declarado la guerra en diciembre de 1941.

Ese viaje hasta la estación de Berchtesgaden me sirvió para descubrir una sorpresa que nos tenía reservada la señorita Braun y, además, para conocer a una de las personas más detestables de cuantas frecuentaron el círculo más íntimo del Führer. Una persona que llegaría a tener una gran influencia en nuestro entorno, un agitador de la «corte de la montaña» que estuvo muy cerca de crear un conflicto devastador para «nuestra pequeña familia».

Por aquellos días el carácter de la señorita Braun sufría de graves oscilaciones, y alguno de sus defectos, como los celos, se habían acentuado. La tarde de la llegada del Führer a Múnich la había pasado recluida en su habitación, malhumorada y refunfuñando sin parar. Incluso llegó a provocar un incidente con su camarera porque los dulces que le había servido no eran de su agrado. El motivo de su malhumor estaba en que el Führer había pasado esa tarde visitando el taller de trabajo de Gerdy Troost. Eso la enfureció, estar tanto tiempo sin verse y que el Führer

preferiera esa visita artística... A última hora de la tarde su frustración se tornó en tristeza y abatimiento. Su ocasional baja autoestima floreció de pronto, como lo hacían las flores de Bingel en las dehesas del Berghof. Poco antes de la cena, me hizo llamar a su habitación.

Estaba tumbada en la cama, despeinada, sin maquillarse, solo cubierta por una de sus batas de seda de color blanco con sus iniciales bordadas en color escarlata. En la radiogramola giraba un disco de Deutsche Grammophon en el que la sugerente voz de Hilde Seipp interpretaba su triste «Tango Nocturno». Solo esa canción ya revelaba el estado de ánimo de la señorita Braun.

Pasé y me senté en una de las sillas que había junto a su enorme tocador.

—¿Qué quería, señorita Braun? —le pregunté.

No contestó. Su mirada estaba perdida en la lluvia que golpeaba los cristales. En la mano llevaba una copa de champán. No sé cómo lo hacía, pero era capaz hasta de beber tumbada sin que el líquido espumoso se derramara sobre la cama.

Guardé silencio. Me conocía todos sus trucos, eran muchos años juntos. Sabía que ese silencio significaba que debía permanecer callado hasta que ella hablara.

Se levantó y caminó hacia la ventana. Bebió un trago, me miró y me dijo:

—Werner, ¿usted me sigue viendo atractiva?

Mal, pensé. Las cosas van mal. El fantasma de los celos la estaba devorando.

—Naturalmente, señorita Braun, la sigo viendo igual de atractiva que la primera vez que la vi, en esta misma habitación.

—Y el Führer... ¿Cree que el Führer me sigue viendo atractiva?

—Supongo que sí, señorita Braun. Ha venido a recogerla para llevarla al...

—¿Y entonces, por qué ha decidido pasar esta tarde con esa engreída de Gerdy?

—Yo creía que Gerdy era su amiga, señorita Braun.

—Y lo es. Pero eso no significa que no sea una engreída. ¿Ha visto como anda? ¿Y cómo mueve el culo?

Reímos. Tenía eso de positivo, siempre ideaba alguna ocurrencia que te hacía reír. Y ella también reía. Si me lo hubiera preguntado, ese era el momento en que más atractiva estaba.

La charla continuó en esa dirección, necesitaba que alguien reafirmara todas aquellas cosas que pensaba de sí misma. Me extrañó que en ningún momento tuviera intención de arreglarse, porque esa noche el Führer la pasaría en esa habitación, en su compañía. Unos días antes, la onda expansiva de una de las bombas arrojadas sobre Múnich por los aviones británicos había dañado la casa del Hitler en la Prinzregentenplatz. Por ese motivo, el Führer pasaría esas dos noches antes de partir hacia el Berghof en «nuestra» casa de la Wasserburgerstrasse.

Antes de marcharme, me dijo:

—Dígale a Liesl que me sirva la cena aquí. Hoy no estoy de humor para bajar.

—Pero viene a cenar el Führer, señorita Braun.

—Me da igual. Usted sabrá entretenerlo. Y mi hermana Gretl, con sus tonterías. Últimamente, le hace más gracia mi hermana que yo.

Recuerdo que cuando abandoné su habitación sonreí, a causa de un pensamiento que cruzó por mi cabeza. Pensé que Adolf Hitler tenía suerte de ser el Führer, porque, de lo contrario, esa noche le tocaría dormir en el sillón.

Cuando dos días más tarde accedí en su compañía al tren especial *Brandenburgo*, descubrí que ese ataque de celos no era pasajero. Descubrí que se habían cobrado otra víctima.

Entre los que subimos al tren en Múnich estaban Hanni Morell, Anni Brandt, Maria von Below, Margarete Speer, Herta Schneider, Gretl Braun y Franziska, la madre de la señorita Braun, que excepcionalmente nos acompañaría al Berghof en aquella ocasión. Pero no había ni rastro de Marion Schönmann. Esperé a que nos acomodáramos en nuestro compartimento, con las secretarías del Führer, Dara, que se había reincorporado al servicio, Wolf, Schroeder y Traudl Junge, para preguntarle a la señorita Braun.

—¿Y la señora Schönmann? ¿No viene en esta ocasión? ¿Le ha sucedido algo?

Sin mirarme, y mientras se arreglaba su peinado ante un espejo del compartimento, me dijo:

—En esta ocasión no la he invitado. No me apetecía.

—¿Por qué?

Sonriendo de manera maliciosa, me dijo:

—Durante la última visita al Berghof, el Führer pasó más tiempo en su compañía que en la mía. Ese acento vienés tiene cautivado al Führer. Y con eso, no puedo competir. Yo no soy vienesa.

Y continuó arreglándose el cabello. Fin de la conversación. No volvimos a ver a Marion Schönmann por el Berghof. Ni por la casa de Múnich.

Como siempre que viajaba en el tren del Führer, decidí pasarme por el vagón restaurante para charlar un rato con los muchachos del Begleitkommando. Pero solo encontré a Otto Günsche, que compartía una de las mesas situadas junto a las ventanillas con un apuesto oficial de las SS. Cuando me vio, Otto se levantó y me llamó:

—¡Werner! Ven, quiero presentarte a alguien.

Los dos se levantaron cuando llegué junto a la mesa. El oficial era muy alto, casi tanto como Otto y solo un poco más bajo que yo. Vestía con el uniforme de general de división. Por su aspecto, debía de resultar un tipo muy atractivo para las mujeres, no lo dudo. Pero a mí no me gustó, no me gustó desde el mismo momento en que le vi esbozar una sonrisa tan mezquina como engreída. Sus ojos, pequeños y azules, desprendían un halo de violencia encubierta, de algo parecido a la maldad. Una mirada salvaje que escondía una personalidad perturbadora.

—Este es el comandante Werner Muntz, es el jefe de seguridad de la señorita Eva Braun —dijo Otto—. Él es el general de división Hermann Fegelein, el nuevo enlace del Reichsführer Himmler ante el Führer.

Nos estrechamos la mano. Ese hombre había sustituido a Karl Wolf, que había sido destinado a Italia, donde había pasado a dirigir las SS y la Gestapo. Más tarde me enteraría de que ese tal Fegelein había sido una apuesta personal del Reichsführer Himmler. Alguien de su total confianza.

Tomamos asiento. Continuamos mirándonos, desde que habíamos estrechado las manos ninguno de los dos habíamos apartado la vista del otro.

—¿Qué quieres tomar? —me preguntó Otto.

—¿Qué estáis tomando?

—Vodka —contestó Fegelein.

—Pide Vodka, Otto.

Günsche llamó con la mano a uno de los camareros de la compañía Mitropa que se encontraba detrás de la barra. Ellos estaban al cargo del vagón restaurante del tren del Führer.

—Así que usted es el famoso «guardián». He oído hablar mucho de usted —me dijo Fegelein.

—Pues yo no, no había oído hablar nunca de usted —le contesté de manera cortante.

El camarero me sirvió el vodka. En ese momento, un edecán apareció por la puerta del vagón y se dirigió a Otto:

—Comandante Günsche, le reclaman en el vagón del Führer.

Otto se incorporó, no sin antes beberse el vodka de un trago.

—Disculpadme. Luego volveré, mientras tanto, os podéis ir conociendo.

Otto se marchó. Fegelein aprovechó para decir:

—Leibstandarte SS Adolf Hitler. ¿Bad Tölz?

—No, Lichterfelde, cuartel de los Cadetes Imperiales Prusianos. Pero supongo que eso ya lo sabía, general —contesté.

—Yo, sin embargo, empecé de mozo de caballerizas, en la vieja Reichswehr. Pero no me ha ido mal, en el frente oriental he llegado a dirigir la 8.^a División de Caballería SS Florian Geyer. Un francotirador soviético me hirió en una pierna. Después, el avión en el que viajaba fue abatido durante nuestro intento de arrebatar a los jodidos bolcheviques Jarkov. Eso me ha hecho terminar aquí.

Vale, cogí la indirecta. Un mozo de caballerizas que termina dirigiendo una división en el frente oriental y un oficial de carrera cuya misión es hacer de niñera de la amante secreta del Führer. Sabía jugar sus cartas. Solo que no sabía con quién se las jugaba.

—Echo de menos el frente, la acción —continuó hablando—. Acabar con esos jodidos bolcheviques y con sus aliados judíos. Disfruté mucho del frente, oh, sí, ya lo creo. Sobre todo, al principio. ¿Y usted? ¿Ha entrado en combate?

Cuanto más hablaba, cuanto más miraba ese rostro, más detestable me parecía.

—No, no he entrado en combate. El Reichsführer me encomendó la tarea de velar por la seguridad de la señorita Braun mucho antes de que comenzara la guerra, en 1935. Desde entonces no me he movido de mi puesto. Pero eso usted ya lo sabía también.

Sonrió y bebió de su vodka. Rodeó con sus manos el vaso antes de hablar.

—¿Y cómo es la señorita Braun? Me han dicho que es una joven muy atractiva. Tengo ganas de conocerla, aunque usted me podría contar algo, tanto tiempo junto a ella... debe de conocerla muy bien.

—Sí, como usted dice, es muy atractiva. No se preocupe, pronto la conocerá. En cuanto lleguemos al Berghof.

—Dígame algo, ya sabe..., para saber cómo tratarla...

—Mire, general Fegelein, no hace falta que lo intente. ¿Cuánto hace que ha hablado con el Reichsführer? Si el Reichsführer se preocupa por mí, puede llamarme a su presencia en cualquier momento, no es necesario que mande a husmear a su enlace en el Estado Mayor. Además, para eso ya tiene a la camarera Rauch. ¿Le ha hablado el Reichsführer de la camarera Rauch?

—¿De la camarera a la que usted se folla?

—Sí, de la camarera que yo me follo. ¿Le ha hablado el Reichsführer de ella?

Bebí el vodka de un trago. Dejé el vaso en la mesa dando un fuerte golpe. La mirada de Fegelein adquirió un tinte más salvaje. Señalándome con el dedo, me dijo:

—Escúcheme bien, Muntz. Yo no soy Wolf. Y además, soy un superior suyo en las SS. Me debe usted respeto y obediencia.

—Ni yo soy quien usted se piensa. Y además, esto es el Estado Mayor del Führer, general, no un cuartel de las SS. Ya irá conociendo cómo funcionan aquí las cosas. Como ha dicho antes, llevo

mucho tiempo junto a esa señorita. Una palabra de ella al Führer, general, y usted termina otra vez en el frente. Eso sí, después de que le hayan metido por el culo todas esas medallas que luce en su guerrera. Tenga cuidado, no creo que le interese regresar al frente oriental. Ya ha salido de dos. No creo que salga de tres.

Lanzó una carcajada, mientras extendía los brazos.

—¡Es usted bueno en lo suyo, Muntz! ¡Sí, muy bueno! Me gusta, sí, me gusta usted. Además, hay una cosa positiva en eso de que ande liado con la camarera de Eva Braun. ¡Que me deja el resto de las mujeres para mí! A mí me gustan, me gustan las mujeres. Me gustan casi tanto como aniquilar bolcheviques y judíos.

Cogí mi gorra de encima de la mesa y me levanté.

—Pues tenga cuidado con esas mujeres. Es posible que un pequeño desliz le conduzca a que la bala que ese ruso le metió en la pierna se la metan ahora en la cabeza. Si tanto le gustan las mujeres, le recomiendo que visite la caserna de las SS en el Berghof, general Fegelein. Allí el general Bormann suele enviar putas dos o tres veces por semana. Creo que esas putas están más a su altura que las señoras del Berghof. Y ahora, si me disculpa, me tengo que marchar. Ha sido un placer conocerle, general.

Di media vuelta y salí del vagón restaurante. Herman Fegelein se quedó allí, sentado, con los brazos extendidos, sonriendo con esa media sonrisa mezquina y malévola, y mirándome con sus ojos de perturbado. Y lo era. Era un perturbado.

Pocos días más tarde, Otto Günse me advirtió sobre él. Empezó por decirme que lamentaba no haber podido hablarme de Fegelein antes de aquel encuentro en el vagón restaurante del tren especial *Brandenburgo*. Otto venía acompañando al Führer desde Prusia Oriental, no nos habíamos visto en meses hasta ese momento.

—Ten cuidado con él, Werner. Fegelein es un degenerado completo, un tipo detestable. Es intrigante, cínico... carece de escrúpulos. ¿Sabes?, en el frente oriental había una leyenda sobre él, cuando dirigía la División Florian Geyer. ¿Sabes lo que decía esa leyenda? Decía: «Allá donde va Fegelein, se extinguen los pueblos, las personas y la vida».

* * *

1944 significó el inicio de los «años oscuros». Durante aquella visita del Führer al Berghof, el avance de los soviéticos en el frente oriental y de los estadounidenses en Italia se consolidó; se empezaba a atisbar el hundimiento de nuestros frentes de batalla. Paradójicamente, el Führer parecía haber recuperado algo de brío, volvía a encontrarse otra vez en forma. Por momentos, Adolf Hitler volvió a ser el líder indestructible que iba a conducir al Reich a victorias inimaginables. Prácticamente no dejaba de trabajar en todo el día, asistía encantado a unas reuniones militares que no le hablaban de avances, sino de retrocesos; recibía a los líderes del Estado con los que despachaba durante horas, y con los que daba largas caminatas por los caminos de montaña: Goebbels, Göring, Himmler o Speer pasaron esos días por el Berghof en numerosas ocasiones; durante las «tardes del té», recobró su vigor habitual, y sus largas disertaciones durante las veladas nocturnas volvieron a ser simplemente magistrales. Pero todo eso resultó ser solo un espejismo, duró muy poco tiempo. Pasadas tres semanas, el semblante pálido y tenebroso regresó a él. Poco antes de partir para su cuartel general de Rastenburg, su imagen se asemejaba a la de un alma en pena.

La llegada de Hermann Fegelein al Berghof lo trastocó todo, fue algo así como un pequeño terremoto. Especialmente, para las señoras. Tardó muy pocos días en convertirse en el favorito de las damas. Particularmente de Gretl, que se ilusionó con su llegada casi tanto como lo hizo con la mía, cuando llegué a la casa de la Wasserburgerstrasse muchos años atrás. Y lo que más me sorprendió fue que también pareció cautivar a la señorita Braun. Lo tengo que reconocer: eso no me lo esperaba. Creía que Eva Braun vería en Fegelein al mismo tipo detestable, cínico y mezquino que veía yo. Pero no fue así. Recuerdo que una mañana, durante el desayuno, me dijo:

—¿Qué le parece a usted Fegelein, Werner? A mí me parece un tipo encantador. Atractivo, inteligente, buen conversador, siempre tan cortés con las damas. Mi hermana Gretl parece muy ilusionada con su llegada. Espero que esa relación dé sus frutos, pienso que Fegelein es lo que se llama un buen partido. Si señor, un buen partido.

No le contesté y continué tomando mi café. El asunto de Fegelein abrió una puerta nueva en nuestra relación, algo que no había sucedido desde el momento en que asumí mi puesto como jefe de su seguridad personal. Nos distanciamos. No sé bien cómo sucedió, pero la señorita Braun y yo empezamos a distanciarnos. No fue un distanciamiento irreversible, poco después de la boda de su hermana volvimos a retomar la misma relación que mantuvimos desde casi el principio. Pero mentiría si no dijera que durante parte del invierno y casi toda la primavera de 1944 yo me convertí solo en su jefe de seguridad y ella en mi protegida. Hablamos poco, compartimos poco. Y eso provocó daños. Sobre todo, para mí.

Durante ese tiempo centré mi atención en Liesl Rauch y en las visitas nocturnas a la caserna de las SS. Una vez regresamos de Múnich, retomé mis devaneos sexuales con ella todavía con más intensidad que antes. Además, las noches que podía, me escapaba a la caserna. Prácticamente no dormía, y eso ocasionó que, por una extraña casualidad, cayera en mis manos una sustancia que acentuó más mi propia destrucción moral. Pero tengo que reconocer que en el transcurso de esos meses necesité consumirla para poder mantener el ritmo de vida que llevaba: cuidar de la señorita Braun durante todo el día y compartir la noche con las putas que llegaban al Berghof y con el incansable apetito sexual de esa misteriosa camarera.

Entré en contacto con esa sustancia una noche en la caserna de las SS. Había sido un día duro, el Führer había recibido muchas visitas y tuve que hacer «desaparecer» durante horas a la señorita Braun y a sus amigas. La reunión militar de la noche se había prolongado durante varias horas más de lo habitual, cientos de nuestros hombres habían quedado encerrados en una «bolsa» en una ciudad de Ucrania llamada Korsun, y el Führer y los principales mandos militares se encontraban muy preocupados por su suerte. Llegamos a la caserna de las SS muy tarde y yo terminé por dormirme, con una copa de Fernet Branca en la mano, en uno de los desgastados sillones de la taberna. Esa noche, el doctor Karl Brandt nos había acompañado. Sin que me diera cuenta, se sentó a mi lado.

—Comandante Muntz, despierte, se ha quedado dormido y la fiesta no ha hecho más que empezar.

Cuando abrí los ojos, vi que me estaba mirando y sonriendo. Llevaba un vaso de vodka en la mano.

—Lo siento, doctor, yo...

—Ya lo sé, está muy cansado. La señorita Braun, la camarera, estas juergas... ¿Cuánto tiempo duerme?

—Muy poco. Algunas noches dos o tres horas. Otras noches nada.

Brandt asintió y guardó silencio. Concentramos la vista en uno de los muchachos que, frente a nosotros, entre risas, se dedicaba a tocar el tambor con sus manos sobre el culo desnudo de una esas chicas que traían a la caserna, al ritmo del «Unter der roten Laterne von St. Pauli» que sonaba en la estancia. Era una muchacha muy joven, casi una niña, con dos coletas tipo Gretchen en su cabeza y un maquillaje tan estridente que haría palidecer a esas putas viejas y gordas que poblaban el Reeperbahn durante los años de la República. Es triste reconocerlo, pero con el paso del tiempo las putas que visitaban la caserna eran cada vez más jovencitas, y a ninguno de nosotros pareció importarnos.

—Los chicos se divierten—dijo Brandt.

Asentí con la cabeza y di un trago a mi bebida.

—No puede seguir así, comandante, se lo digo como médico. Espere, tengo algo que podría venirle bien.

Metió la mano en un bolsillo de su guerrera y extrajo un pequeño frasquito de cristal oscuro.

—Ostaphan, es un estimulante. Le ayudará a recobrar la vitalidad con esa vida tan ajetreada que lleva —rio—. Una o dos pastillas al día, tampoco más, no abuse. Cuando necesite más, no dude en pedírmelas a mí o al doctor Morell. Nosotros siempre llevamos encima.

Miré el frasquito con aprensión. Mostraba en la etiqueta la firma de la farmacéutica Knoll, por lo que supuse que no se trataba de ningún fármaco ilegal. El doctor Brandt se dio cuenta de la expresión de mi rostro, así que dijo:

—Tómelo con toda la tranquilidad, es solo un estimulante. Nuestros chicos las consumen a cientos en los campos de batalla, de lo contrario, les sería imposible resistir todo aquello.

Esa noche, al regresar al Berghof, tomé la primera pastilla. Después de lavarme con ese desinfectante que Morell le proporcionaba a Liesl Rauch, ingerí una de esas pastillas con un vaso de agua. La verdad, hizo efecto.

Le hice el amor a la camarera de Eva Braun como nunca antes lo había hecho. Cuando terminamos, exhaustos, jadeantes y sudorosos, aproveché la ocasión para intentar sonsacarle algo a Liesl sobre Hermann Fegelein.

—¿Qué te parece Fegelein, Liesl? ¿Qué impresión tienes de él?

—Es un hombre interesante. Y muy atractivo. Y además, cuenta con la total confianza del Reichsführer Himmler.

—¿Eso te lo ha dicho el Reichsführer? ¿Cuándo? ¿Has hablado con él?

Liesl se dio la vuelta en la cama y acarició suavemente mi pecho.

—Eso a usted no le importa, comandante. Comprendo que para usted debe de ser duro...

—¿Duro? ¿Qué debe de ser duro?

Liesl se levantó de la cama. Cogió mi pitillera y extrajo un cigarrillo. Lo encendió. Mientras expulsaba el humo, me miró de manera paternalista.

—Ha dejado de ser usted el oscuro objeto de deseo sexual de las señoras del Berghof, comandante. Ahora, lo es Fegelein. Ha llegado el último, y las señoras son caprichosas. Es su nuevo juguete. Hasta he visto a la señorita Braun tontear con Fegelein, algo que nunca hizo con usted. Lo suyo con usted fue..., es más «profundo». Sin embargo, creo que Fegelein la atrae. La atrae en el aspecto sexual.

—Eso no es verdad, Liesl. Creo que a quien atrae es a su hermana Gretl.

Liesl cogió mi pene con fuerza.

—A Gretl Braun le atraen todos aquellos hombres que tengan esto entre las piernas. Es decir, todos.

—No digas eso. Y en cuanto a la señorita Braun, no te interesa ir diciendo esas cosas por ahí...

—Solo se lo he dicho a usted, comandante. Soy una camarera discreta y silenciosa, ya lo sabe. Todo el mundo lo sabe. Tengo confianza en usted para decirle estas cosas, ¿no? ¿O no debo confiar en usted?

Ya estábamos otra vez. La misma conversación sin retorno de siempre. Ni yo confiaba en ella, ni ella confiaba en mí. Pero ahora, no quería seguir por ahí. Quería olvidarme de todas esas historias de traiciones y «mirlos blancos» y, de alguna manera, aferrarme a ella. Quizá porque ahora la necesitaba.

—Günsche no me habló bien de Fegelein, Liesl. Dice que en el frente oriental no tenía buena fama. Se le consideraba el líder de una banda de asesinos sanguinarios. Un sádico. Me dijo que era un ser despreciable, un hombre sin escrúpulos.

—Günsche. ¿Y quién es Günsche? Otro dios destronado, como usted, comandante. Olvídense de Fegelein. Usted y yo tenemos cosas más importantes en las que pensar...

—¿Tú y yo? Entonces... ¿Fegelein está fuera?

—¿Fuera de qué?

—Del asunto de la señorita Braun.

Liesl rio. Caminó hacia el baño, mientras me decía:

—Claro que está fuera, comandante. Fegelein no sabe más del asunto de la señorita Braun de lo que pueda saber Heinz Linge. Fegelein es solo el enlace del Reichsführer ante el Estado Mayor del Führer, como antes lo era Karl Wolf. El asunto de Eva Braun solo lo lleva usted.

—Y tú, Liesl.

No contestó. Me levanté y entré en el baño tras ella.

—¿Y tú qué piensas, Liesl? Si pudieras... ¿Tú también me cambiarías? Ya sabes, por Fegelein.

Se acercó a mí, me rodeó con sus brazos y, con esa sugestiva mirada que destilaba un peligro inminente, me dijo:

—Ni loca, *liebchen*...

Lo hicimos sobre el suelo, y más tarde en la bañera. La verdad es que el estimulante que me había dado el doctor Brandt me sentó bien. Ese día no me hizo falta dormir. Y durante toda esa jornada me sentí con más vitalidad que nunca.

* * *

Unos días más tarde pude ser nuevamente testigo de la gran influencia que Eva Braun era capaz de ejercer en algunas de las decisiones del Führer, por intrascendentes que estas pudieran parecer. Poco después de terminar la revista militar de la mañana, subí a buscarla a su habitación para acudir al comedor del Führer. Cuando entré en su habitación, la señorita Braun estaba peleando por ponerse uno de sus zapatos italianos de tacón fino de color rojo, de la marca Ferragamo. Eran sus favoritos.

Arrojó con furia el zapato contra una cómoda de su salita y, mirándome con ojos desquiciados,

me dijo:

—¡No sé qué ha pasado, no me valen estos zapatos! ¡Y son mis favoritos! ¡Y además, no puedo ir a Italia a por unos nuevos por culpa de esta maldita guerra! ¡Estoy harta, Werner! ¡Harta de esta guerra!

Caminó descalza hasta el armario donde guardaba los zapatos y lo abrió de mala manera. Era evidente que estaba furiosa, aunque yo entonces aún no conocía el motivo. Puedo jurar que en aquel armario había más pares que en la planta de zapatería de los almacenes KaDeWe en su momento de máximo esplendor.

—¿Qué le pasa, señorita Braun? Parece que está de mal humor.

—¿Que qué me pasa? —me dijo, amenazándome con un par de zapatos negros que llevaba en la mano—. Me pasa que esta mañana Margarete me ha confiado que Albert le dijo el otro día que el Führer le ordenó parar en todo el Reich la fabricación y distribución de cosméticos. ¡Y todo por esa tontería de la economía de guerra y la movilización general! ¿Lo ha oído? ¡Que cese la fabricación de cosméticos! ¡Y su distribución! ¿Cómo se le puede haber ocurrido al Führer algo así? ¡Cosméticos! ¿Pero no comprende el Führer lo importante que resultan los cosméticos para una mujer?

Se sentó con los zapatos en una de sus butacas e intentó ponérselos.

—¿Sabe lo que le digo, Werner?, que esta noche sin falta hablaré con el Führer. ¡No puede hacer eso! Esa medida provocará el derrotismo y la frustración entre todas las mujeres del Reich. ¡No puede hacer eso! ¡Arrebatarse a las mujeres sus cosméticos! ¿Sabe usted lo que significa eso? No, cómo lo va a saber. Usted no es mujer. Ni el Führer tampoco. Mire que le he dicho muchas veces que no tome ninguna decisión sobre esos asuntos sin consultármelo a mí antes.

A la mañana siguiente, el Führer recibió en su despacho a Speer, que acababa de reincorporarse a su ministerio después de haber estado apartado varios meses por un problema de salud. Antes de la vista militar de la mañana, dio un largo paseo con él por los senderos de montaña. Terminada la reunión, el Führer regresó a su despacho un tanto desanimado. Sabíamos por el ministro Speer que el asunto del armamento no marchaba bien. La destrucción de nuestras principales fábricas por los bombardeos angloamericanos y la gran cantidad de reservas que se estaban enviando a los propios frentes habían colocado al ministerio que dirigía Speer en una posición delicada. Por aquellos días, se hablaba mucho de nuevas armas experimentales que se estaban construyendo en la base de Peenemünde, sobre el Báltico, y en un lugar de Sajonia conocido como Mittelbau-Dora, donde Speer había instalado una fábrica llamada Mittelwerk. Se confiaba en esas nuevas armas para dar un giro definitivo a la guerra. Pero la verdad era que el ministerio que dirigía Albert Speer tenía que hacer auténticas carambolas para cumplir con las exigencias armamentísticas que demandaba el Führer.

Esa tarde, antes de que partiera de nuevo para Berlín, estuvimos tomando unas copas en la gran sala en compañía del ministro. Speer estaba sentado a mi lado, y en un momento determinado concentró su mirada en la señorita Braun, que charlaba animadamente con la señora Morell, Anni Brandt, su hermana Gretl y el engreído de Fegelein en una de las salitas de estar de la gran sala. Mirándome, el ministro Speer me dijo:

—Es increíble, esa mujer es increíble.

—¿A quién se refiere, ministro?

—A Eva.

—¿Por qué dice que es increíble?

Mirándola de nuevo, me dijo:

—No se lo va a creer, comandante, pero el otro día el Führer me dio la orden de que cesáramos en la fabricación y la distribución de cosméticos. Ya sabe, todos los esfuerzos productivos del Reich deben concentrarse en la industria armamentística, estamos en un momento muy delicado de la guerra. Las armas no llegan a los frentes, comandante, no al menos con la prontitud y en la cantidad que nosotros deseábamos. Yo ya no sé qué más hacer... Bueno, yo se lo comuniqué a mi esposa Margarete, aunque posiblemente no tendría que haberlo hecho. Y supongo que ella no tardó en decírselo a Eva. Pues bien, hoy el Führer me ha pedido que me olvide de esa medida, que dé orden de que se reduzca la fabricación y distribución de cosméticos, pero que en ningún caso paralice completamente su producción. Eso solo ha podido producirse por una petición de Eva. Es increíble, es increíble la capacidad que tiene para influir en el Führer. ¿No sabía usted nada de eso, comandante? ¿No le había dicho nada la señorita Braun?

—No, señor ministro, no sabía nada. La señorita Braun nunca me ha confiado ninguna de las conversaciones que mantiene con el Führer. Ninguna. En ese aspecto, es muy reservada.

Mentí. Bueno, solo en parte. Puedo contar en esta declaración solo esas pequeñas anécdotas en las que sí pude ver la influencia que la señorita Braun ejercía sobre Adolf Hitler. Como he dicho en alguna otra ocasión, es posible que Eva Braun influyera en algunas cuestiones más importantes del funcionamiento del Reich y de la guerra durante aquellos años, pero no lo sé. O al menos, yo no lo puedo confirmar.

* * *

El temblor de tierra que provocó la llegada de Hermann Fegelein al Berghof pudo alcanzar la categoría de cataclismo el fin de semana del 18 al 20 de marzo. Es un asunto espinoso, uno de los asuntos más espinosos que tengo que abordar en esta declaración, pero tengo que afrontarlo si quiero relatar toda la verdad sobre los sucesos que viví durante aquellos años. No me gustaría que se sacaran conclusiones erróneas con esta parte de mi declaración, porque está basada solo en opiniones personales sobre dos hechos a los que asistí, pero que no tengo la certeza de que sucedieran más allá de mi propia interpretación. Son dos acontecimientos que pueden no dejar en muy buen lugar a la señorita Braun, pero nunca durante toda esta declaración he pretendido dar de ella una imagen idílica o irreal. Como sucede con todos nosotros, la historia de Eva Braun se compone de luces y sombras. Yo aprendí a convivir con ella aceptando esta dicotomía de su personalidad. Aceptando sus luces y aceptando sus sombras.

Esos dos días están muy presentes en mi memoria porque coincidieron con dos importantes salidas del Führer que terminaron teniendo cierta relevancia. El día 18 el Führer se desplazó al castillo de Klessheim para entrevistarse con el jefe del Estado húngaro, el almirante Horthy. Fue el día en que se produjo el famoso desencuentro entre ambos que provocó que a la mañana siguiente nuestras tropas invadieran Hungría, obligando a Horthy a nombrar un primer ministro más afín a nuestros intereses. El día 19, el Führer se desplazó al hotel Platterhof, donde se dieron cita casi 200 mandos militares de nuestro ejército, entre ellos todos los generales, y donde realmente se puso en marcha ese concepto que casi un año antes había bautizado el ministro Goebbels como «guerra total».

Como he dicho anteriormente, por aquel entonces yo me había distanciado de la señorita Braun. Ya ni siquiera coincidíamos en el jardín de invierno, ni durante los desayunos, ni durante el

té de la tarde. Por ese tiempo yo empecé a no sentirme muy bien, es cierto que ese estimulante que consumía me hacía aguantar despierto y con un carácter optimista en días que prácticamente no dormía nada, pero también es verdad que muchas tardes, sobre todo a primera hora, me invadían dolores de cabeza muy intensos y sudores que me sorprendían en cualquier momento, y que nunca antes había padecido. En días así, me refugiaba en compañía de las secretarias del Führer, con las que comencé a tener una relación mucho más fluida. Las secretarias del Führer me transmitían tranquilidad y me proporcionaban buena conversación, sobre todo Dara y la señorita Junge. Podía pasar horas enteras hablando con ellas. Por aquel tiempo se nos unió una de las secretarias de Martin Bormann, la señorita Krüger. Era una joven encantadora, muy atractiva y que desprendía simpatía a raudales. Podías hablar de cualquier tema con ella, algo en lo que se parecía mucho a Dara. Ninguna de las dos tenía pelos en la lengua, y a mí eso me gustaba mucho.

La señorita Braun, por su parte, había formado un «grupito» separado con su hermana Gretl, su madre Franziska, la señorita Kastrup y, cómo no, el detestable Hermann Fegelein. Durante aquel tiempo se convirtieron en inseparables. Sus amigas solían juntarse con ella, pero pienso que solo por complacerla. Muchas tardes, Margarete Speer, Herta Schneider, Anni Brandt o Else von Möllendorff tomaban el té con ese «grupito», pero terminaban en nuestra mesa en cuanto se les presentaba la mínima oportunidad.

Reconozco que ese estado extraño en el que me encontraba y mis largas conversaciones con las secretarias propiciaron que, en más de una ocasión, hiciera dejación de mis tareas de vigilancia sobre la señorita Braun. Desde que me hice cargo de su seguridad, siempre, en todo momento, yo era conocedor de su ubicación, de dónde se encontraba y, generalmente, de lo que estaba haciendo. Ejercía un control de vigilancia absoluto sobre ella y, además, conocedora de mi responsabilidad, la propia señorita Braun me ponía al corriente de cualquiera de sus movimientos, para que yo no me preocupara. Era muy habitual que fuera ella la que me mandara a charlar con los muchachos del Begleitkommando, en esas tardes aburridas donde ella se tiraba en su cama a leer revistas o alguno de sus extensos libros. En los últimos meses, por ejemplo, se había propuesto mejorar su vocabulario, y no dudaba en coger de la biblioteca del Führer uno de esos tomos del diccionario *Maiers* y estudiarlo en su habitación. Yo siempre utilizaba esos momentos para pasarlos con los muchachos, consciente de que, ante cualquier eventualidad que se presentara, sabía dónde se encontraba y qué hacía Eva Braun.

Pero la tarde que el Führer se encontró con el almirante Horthy perdí por primera vez la pista de la señorita Braun. Era una tarde de frío intenso, y yo estaba charlando animadamente con las secretarias cuando, al mirar hacia la mesa donde se encontraba el «grupito» de la señorita Braun, constaté que ella no estaba. Y tampoco su hermana Gretl. Ni Hermann Fegelein. Sí, me puse muy nervioso. Eso no me había sucedido nunca. Me despedí apresuradamente de las secretarias y, subiendo de dos en dos las escaleras que conducían a su habitación, marché en su busca. Confiaba que estuviera allí, leyendo tumbada sobre su cama, maquillándose ante su gigantesco tocador o incluso en el interior de su baño. Pero no fue así. Al entrar en su habitación me encontré con una estancia vacía y oscura. Recuerdo que esa extraña sudoración regresó a mí, y también unas terribles ganas de vomitar.

Decidí preguntarle a su hermana, así que recorrí los largos pasillos del Berghof en busca de la habitación de Gretl Braun. Cuando toqué en su puerta, no tardó en abrir. Llevaba una de esas toallas turcas cubriendo su cuerpo y otra, en su cabeza. Me miró sorprendida.

—¿Qué sucede, comandante Muntz?

—Nada, Gretl, no se preocupe. Es solo que no encuentro a su hermana. ¿Sabe dónde puede estar?

—No, cuando he subido a darme una ducha se encontraba abajo, en el jardín de invierno. ¿Le sucede algo, comandante Muntz? No sé, no tiene buena cara.

—Nada, no me sucede nada, Gretl. Seguiré buscándola, tengo que comunicarle algo importante.

La busqué por todo el Berghof, pero no había ni rastro de ella. Estaba anocheciendo, mi preocupación aumentaba por minutos. Bajo los soportales de la puerta principal, fumé un cigarrillo de manera nerviosa. Entonces la vi aparecer.

Embutida en uno de sus abrigo de pieles, la señorita Braun apareció por uno de los senderos de montaña, en compañía de Hermann Fegelein. Llevaba sobre su cabeza una de esas gorras de estilo francés, algo que me sorprendió. Ella solo solía utilizarlas en ocasiones «especiales», por ejemplo, para sus encuentros con el Führer. Además, reía de forma estridente, de una manera que yo no había visto nunca. Una risa fingida. Esperé a que llegaran hasta la puerta, fumando otro cigarrillo. Durante todo ese tiempo, Eva Braun no dejó de reír.

—Comandante Muntz —me dijo Fegelein, exhibiendo esa estúpida sonrisa de comadreja.

—General Fegelein —le contesté.

Fegelein se dirigió entonces a Eva Braun. La lascivia se veía reflejada en sus ojos.

—*Gnädiges früulein*, la veré en la cena —dijo Fegelein, antes de besar su mano.

Desapareció en el interior del Berghof. La señorita Braun y yo permanecemos bajo los soportales. Se había levantado viento. La gran lámpara de cristal se balanceaba, la cadena que la sujetaba al techo emitía un chirrido molesto. Yo di una calada al cigarrillo. La señorita Braun bajó la cabeza hacia el suelo, como esas niñas que saben que han hecho alguna trastada.

—¿Dónde se ha metido toda la tarde, señorita Braun?

—He dado un paseo con el general Fegelein por los caminos de montaña.

—¿Con este frío?

—Werner, he paseado por esos caminos entre ventiscas de nieve.

—He estado preocupado. La he estado buscando por todas partes y no la encontraba.

Por primera vez, me miró a los ojos.

—No he querido molestarle, le he visto muy entretenido con sus nuevas amigas...

—Tenía que haberme dicho adónde iba. Siempre lo hemos hecho así.

—Bueno, estoy aquí, ¿no? El Führer todavía no ha regresado, no tiene de qué preocuparse...

—No es eso, señorita Braun.

—Y entonces... ¿Qué es?

—Nada, no es nada. Parece que no entiende usted cuál es mi trabajo.

—Subo a arreglarme para la cena, Werner. Ahora ya sabe dónde estoy.

Antes de que entrara en el Berghof, le pregunté:

—¿Cómo es posible que le caiga bien ese tipo? ¿Cómo es posible que soporte a ese imbécil de Fegelein?

—Porque es todo un hombre, Werner. Un hombre de verdad. Un hombre de los de antes.

Entró y cerró la puerta. Lo cierto es que esa respuesta me sorprendió. Aplasté con furia el cigarrillo en el suelo con mi bota. Y perdí mi mirada entre las cumbres del Obersalzberg.

Antes de cenar, vomité en mi habitación todo lo que había que vomitar. Después, me tomé una de esas pastillas estimulantes. Bueno, lo pensé mejor y me tomé dos. Ya estaba preparado para una noche de juerga en la caserna con los muchachos, y después, para otro de mis encuentros con la camarera de Eva Braun. Unas horas más tarde, perdido entre los muslos de Lotte o de Kitty, el asunto de la señorita Braun se me había olvidado. Pero al día siguiente fue peor.

El sábado día 19 volví a perderla. Durante toda la tarde. El Führer estuvo reunido esa jornada con los mandos militares en el Platterhof, y no comió con nosotros. Después de comer, subí a mi habitación y volví a vomitar. Me tumbé un momento en la cama y me quedé dormido. Algo que no me había sucedido nunca en todos mis años de servicio.

Cuando desperté, sobresaltado y sudoroso, me lancé a buscar a la señorita Braun por todo el Berghof. Pero no estaba. Y por supuesto, tampoco había rastro de Hermann Fegelein. Pregunté a todo el mundo por ella, pero nadie la había visto. Hasta que di con la señorita Kastrup.

—¿Dónde está la señorita Braun? No consigo encontrarla por ningún sitio.

—Ha ido a dar una vuelta por los alrededores con el general Fegelein, comandante Muntz. Pero no se preocupe, me ha dicho que regresaba enseguida —me contestó la dama de compañía de Eva Braun.

Había traspasado la línea. Mi obligación me exigía comunicar esos dos incidentes al Reichsführer Himmler. Pero, dado que Fegelein era un protegido suyo, pensé seriamente en comunicárselo al Führer en persona. Y además, decidí cambiar de estrategia. Esta vez, la esperaré en otro sitio. Y durante mi larga espera me prometí que eso no sucedería más. Era la última vez. La última vez que Eva Braun abandonaba el Berghof sin mi conocimiento.

La aguardé en la oscuridad de su habitación, sentado sobre su cama. La señorita Braun regresó sobre las siete y media, media hora antes de que se sirviera la cena. Cuando entró en el cuarto y encendió la luz, me encontró allí sentado. Se sobresaltó.

—¡Werner! Dios mío, qué susto me ha dado.

—¿Dónde ha estado toda la tarde, señorita Braun?

Se quitó el abrigo, que guardó en su vestidor. También la gorra de estilo francés. Su perfume de rosas impregnaba toda la habitación, parecía que se había puesto un frasco entero.

—¿Dónde ha estado toda la tarde, señorita Braun? —volví a preguntar.

—Le he hablado al general Fegelein de mi bonito Mercedes blanco, y quería conducirlo. Hemos dado una vuelta por los alrededores.

—¿Casi cinco horas, señorita Braun? ¿Una vuelta de casi cinco horas?

—Uf, cómo pasa el tiempo. Tendré que prepararme para la cena. ¿Puede bajarme la cremallera, Werner?

Se puso de espaldas a mí. Bajé la cremallera de su vestido negro de satén. Y mientras lo hacía, le dije:

—¿Sabe que tendré que comunicarle lo que ha sucedido durante estos días al Führer, señorita Braun?

Se giró hacia mí. Dejó caer su vestido al suelo.

—Sí, lo sé. Pero también sé que no lo hará.

Caminó hacia su tocador. Extrajo un cigarrillo de su pitillera y lo encendió.

—¿Que no lo haré? Claro que lo haré. Informaré esta noche al Führer de su comportamiento, en cuanto regrese del Platterhof. Antes de la revista informativa de la noche.

—No, no lo hará. Sé que no lo hará.

—¿Y por qué no iba a hacerlo? Es mi obligación. Y usted sabe cómo soy yo para esas cosas.

—Sí, pero también sé que confía en mí. Hemos vivido muchas cosas juntos, Werner, durante muchos años. Y usted sabe que puede confiar en mí. Lo sabe muy bien.

—Yo ya no sé nada, señorita Braun. ¿Sabe?, últimamente no la reconozco.

Se quitó un reloj de platino con incrustaciones de diamantes que recientemente le había regalado el Führer y lo dejó sobre el tocador. Mirándome a través de su espejo, me habló:

—A veces pienso que la única persona de confianza que tengo en este mundo es usted, Werner. La única persona en la que puedo confiar. Claro, aparte del Führer, pero él no cuenta. Porque a él lo amo. La señorita Kastrup, mis amigas..., todas son un grupo de cotorras. Usted, no. Usted es leal, sólido en sus principios, firme como un roble alemán. Usted nunca haría nada que me causara daño. Nunca. Sé que daría su vida por mí, usted mismo me lo ha dicho en más de una ocasión. Vivo tranquila porque sé que usted está al otro lado de esa puerta. Y no me importa con quien esté. Mientras esté ahí, nada malo me puede pasar. Y por eso sé que no le diré nada al Führer. Solo le pido que confíe en mí.

Esta vez no quebró mi voluntad. Me levanté de la cama y caminé hacia donde se encontraba. Me coloqué tras ella y le hablé, también mirándola a través del espejo.

—Se ha terminado. Esto que ha pasado estos últimos dos días... Se ha terminado, señorita Braun. Y ahora arréglese, tenemos que bajar a cenar.

Caminé hacia la puerta. Pero antes de salir, me detuve y miré el retrato al óleo del rostro del Führer. Sin girarme hacia ella, le dije:

—Ah, y antes de nada, límpiense el carmín de sus labios. Se le ha corrido.

* * *

A la mañana siguiente sucedió algo sorprendente. Hacía poco menos de una hora que Liesl había abandonado mi habitación, cuando la señorita Braun entró en ella. Llevaba una falda entallada blanca, un jersey de cuello alto de lana del mismo color, unas gafas de sol negras, anacrónicas en un día gris de invierno, y un pañuelo de seda, también blanco, cubriendo su cabeza.

—Lléveme a Berchtesgaden, Werner. Quiero ir a la iglesia.

—¿Y no puede hacerlo Fegelein, señorita Braun? A él le gusta conducir su Mercedes blanco.

—Déjese de tonterías, Werner. Necesito que me lleve a la iglesia.

Durante todo el trayecto hasta Berchtesgaden no hablamos ni una sola palabra. A lo largo de los años habíamos recorrido ese camino muchas veces. Regularmente, yo solía llevarla a la iglesia, pero siempre cuando el Führer no estaba en el Berghof. Al Führer no le gustaba que Eva Braun visitara el templo. Era la primera vez que lo hacía estando Adolf Hitler en el palacio alpino. Antes de partir se lo había comunicado en su despacho, pero diciéndole que necesitaba ir a la ciudad para hacer unas compras: unos pañitos bávaros para las mesas de la salita de estar de su habitación. Lo pude escuchar a través de la puerta.

Aunque no era la más grande de las tres iglesias católicas que había en Berchtesgaden, yo solía llevarla a la de St. Andreas, porque era un lugar más discreto para su presencia. Aparcábamos en un pequeño parquecillo poblado de tilos, frente a la bonita fachada románica. Aquella mañana, la señorita Braun solo abrió la boca para decirme:

—Espéreme aquí, Werner. No tardaré.

Sí que tardó. Tardó más de una hora. Yo permanecí en el interior del vehículo, siempre sometido a la mirada curiosa y escrutadora de los lugareños. Un coche como ese y mi uniforme... Suponían que formábamos parte del personal asignado al complejo-ciudadela del Berghof. Y eso atraía su atención.

Pasada esa hora, la señorita Braun salió de la iglesia y subió al coche. En ningún momento se había quitado las gafas de sol. Se sentó, colocó su bolso sobre su regazo y se miró en el espejo retrovisor.

—Ya podemos irnos, Werner.

Yo no arranqué. Me quedé mirándola. Nunca había estado tanto tiempo en el interior de esa iglesia. Casi siempre solía estar unos diez minutos.

—¿Qué ha hecho tanto tiempo allí dentro, señorita Braun?

—Hablar con Dios, Werner.

Tenía que decírselo. Sabía que no iba a servir de nada, pero me encontré en la obligación de decírselo.

—¿Y no cree usted que, en lugar de hablar con Dios, con quien debería hablar es con el Führer?

Tardó en contestarme. Estaba muy nerviosa. No hacía más que tocarse continuamente las gafas y arreglarse el pañuelo que llevaba sobre su cabeza, mientras se miraba en el espejo retrovisor. Al final, con la mirada al frente, y sujetando muy fuerte las asas de su bolso, dijo:

—Werner, el Führer tiene muchas virtudes, pero la principal virtud de Dios, la misericordia, no está entre ellas. Créame, se lo puedo asegurar.

Esa tarde sucedieron dos cosas muy relevantes. Después de la comida, cuando ya abandonábamos el comedor, el Führer me cogió amistosamente del brazo y me llevó a un aparte. Me causó una gran sorpresa, porque no era algo habitual. Se restregó las manos enguantadas varias veces y desvió su mirada hacia esa pradera de donde partían los senderos de montaña, antes de decirme:

—Muchacho, ¿va todo bien con Eva?

—Sí, *mein* Führer. Todo va bien con la señorita Braun.

Reconozco que se hizo un nudo en mi estómago cuando Adolf Hitler me hizo esa pregunta. Todavía, a día de hoy, no sé cómo pudo saber que algo marchaba mal. Pensé en todo, en informadores que tuvieran dentro del palacio alpino, métodos de escucha en las habitaciones, su intuición personal. Quizá había visto algo durante la comida. Había sentido algo. O había notado algo en Eva Braun, o a lo mejor en mis ojos. No lo sé. No sé cómo pudo saber que algo iba mal. Y aún menos por las preguntas que me hizo a continuación.

—¿Está seguro de que va todo bien, comandante? ¿Tengo que preocuparme por algo o tengo que preocuparme por alguien?

—No, *mein* Führer. Puedo asegurarle que no tiene que preocuparse por nada y que no tiene que preocuparse por nadie.

En ningún momento dejó de restregarse las manos. Hacía mucho frío. Adolf Hitler detestaba el frío.

—Le voy a hacer una pregunta: si por una casualidad yo tuviera que preocuparme por alguien, por alguna persona de mi entorno..., ¿de quién sería? Sea franco, sabe que yo confío en usted,

muchacho.

No sé por qué lo hice. Es posible, visto lo que sucedió año y medio más tarde entre las ruinas de la Cancillería, que aquella tarde yo sentenciara a muerte a una persona. Pero lo hice, claro que lo hice. Seguramente estuvo mal, pero les voy a decir una cosa: no me arrepiento. Es de las pocas cosas que sucedieron durante aquellos años de las que no me arrepiento.

—De Fegelein, *mein Führer*. De Hermann Fegelein.

Advertí tristeza en los ojos del Führer cuando pronuncié ese nombre. Decepción, una profunda decepción. Golpeándome el hombro amistosamente, me dijo:

—Entiendo.

Poco después sucedió el segundo hecho reseñable. Cuando me dirigía hacia el jardín de invierno para tomar el té de la tarde, vi a Hermann Fegelein en la gran sala. Junto a la chimenea, hablaba con Nikolaus von Below, la esposa de este, Maria, y Gretl Braun. Continué mi camino y al llegar al jardín acristalado me llevé una gran sorpresa. En nuestra mesa habitual ya se encontraban las secretarias del Führer, que rápidamente me saludaron, y la secretaria de Martin Bormann, la señorita Krüger. Y junto a ellas, sentada al lado de la silla vacía que yo siempre ocupaba, estaba la señorita Braun. Solo nos miramos y sonreímos. No hacía falta nada más.

Sentí una gran satisfacción. Sabía que, de momento, había logrado arrebatársela de las garras de Hermann Fegelein. Solo de momento.

15

LOS ÚLTIMOS DÍAS DEL BERGHOF

A mitad de abril, un mes más tarde del incidente de la señorita Braun con Hermann Fegelein, se nos comunicó que este había iniciado una relación sentimental con Gretl Braun. Y otro mes más tarde, a mitad de mayo, se produjo el anuncio de su enlace matrimonial. Por motivos que voy a explicar, yo recibí ese anuncio unos días antes de que lo conocieran el resto de los miembros de la «corte de la montaña».

Durante ese tiempo, la señorita Braun parecía sentirse encantada con la relación que su hermana y el enlace del Reichsführer en el Estado Mayor del Führer habían iniciado. Por su parte, nuestra relación fue retornando a la normalidad de siempre. Una mañana, mientras desayunaba en su compañía y en la de Herta Schneider en la terraza del Berghof, la señorita Krüger me comunicó que el general Bormann quería verme inmediatamente en su despacho. Las visitas al despacho del general Bormann siempre me desagradaban, casi siempre eran para darme alguna mala noticia. Sin embargo, ese día el motivo fue diferente. Y estaba acompañado por una sorpresa.

Como siempre, el general Bormann estaba sentado tras la mesa de su despacho ojeando algún documento extraído de las pilas de carpetas que la abarrotaban. Pero en esta ocasión, sentado en un lujoso butacón, se encontraba el Reichsführer Himmler. Esa mañana, había estado reunido durante horas con el Führer, acompañado por esa rata de Fegelein. En ese momento, cuando entré en el despacho, se encontraba removiendo con una cucharilla su café en una exclusiva tacita de porcelana que llevaba en la mano. Levantó sus ojos lobunos solo para mirarme. Después, continuó dando vueltas al café como si yo no existiese.

Yo me cuadré e hice el saludo reglamentario. El general Bormann hizo un gesto con su mano para que me sentara en una silla vacía que habían colocado delante de la mesa. Me quité la gorra, que coloqué bajo mi axila, y me senté en la silla.

—Comandante Muntz, voy a comunicarle una noticia que todavía no conoce prácticamente nadie. Sabe que tiene que guardar absoluto silencio sobre lo que escuche en este despacho. En esta ocasión, no podrá hablarlo ni con la camarera Rauch. Cuando la noticia sea conocida por todos, actuará como si fuera la primera vez que la escuchara. ¿Lo ha entendido?

—Sí, mi general.

—Bien. El próximo día 3 de junio, sábado, el general Fegelein y la señorita Gretl Braun contraerán matrimonio. La ceremonia se celebrará en Salzburgo y la fiesta nupcial aquí, en el Berghof. Ese ha sido el deseo del Führer. El motivo de esta entrevista es comunicarle algunas pequeñas novedades que deberá introducir en el protocolo de seguridad de la señorita Braun.

El Reichsführer Himmler terminó de tomar el café y depositó la tacita de porcelana sobre una mesa auxiliar. Después cruzó las manos sobre su regazo, recostó su cabeza en el butacón y cerró los ojos como si se dispusiera a dormir.

—La mayoría de las personas que asistirán a la fiesta nupcial —prosiguió Bormann— conocen la relación que une a la señorita Braun con el Führer, pero hay otras que no. Por ejemplo, la familia del general Fegelein. Es nuestro deseo que esto siga siendo así. Por lo tanto, y conociendo el carácter dado a los excesos de la señorita Braun, es necesario que usted tome algunas medidas adicionales para que su comportamiento no levante sospechas. ¿Va comprendiendo?

—Sí, mi general.

No puedo decir que me sorprendiera esa noticia. Por un lado, sabía que Gretl Braun estaba obsesionada con la idea de casarse y tener hijos, lo había dicho muchas veces, y por otra, Fegelein..., bueno, Fegelein era capaz de hacer cualquier cosa por acercarse al círculo más próximo al Führer. Pero yo conocía la verdad. A Hermann Fegelein nunca le interesó Gretl Braun, ni siquiera creo que le gustara un poco. A Hermann Fegelein le obsesionaba Eva Braun. Desde que yo conseguí arrebatarla de sus garras, Fegelein vagabundeaba por el Berghof como un alma en pena. No habíamos vuelto a dirigirnos la palabra, pero cada vez que nos encontrábamos nos saludábamos cortésmente, aunque, eso sí, las miradas que Fegelein me dirigía destilaban un odio irrefrenable. Muchas veces lo sorprendí mirando a la señorita Braun a través de los cristales del jardín de invierno, con ese repugnante brillo de lascivia instalado en sus ojos. Sabía que yo había marcado mi territorio de autoridad y eso le sacaba de sus casillas. En ese momento yo era consciente de que convivía bajo el mismo techo que un hombre que deseaba mi muerte.

El general Bormann continuó hablando:

—Sabemos que la señorita Braun querrá organizar la boda, y sabemos que se comportará con esa actitud con la que pretende ejercer de «señora del Berghof», como hace siempre. Y sabemos que su afán de protagonismo la llevará a tratar de ser el centro de atención; ya sabe, ella intentará ser más protagonista que la propia novia. Ese comportamiento no lo podemos consentir, podría levantar sospechas entre aquellos que no deben conocer quién es exactamente Eva Braun. Usted, comandante Muntz, tendrá que conseguir que la señorita Braun no se extralimite de la que queremos que sea su apariencia «real», esto es, solo un miembro más de la nueva familia política del general Fegelein. Conocemos el ascendiente que usted tiene sobre ella, y por eso confiamos en que sabrá cómo conseguir que su comportamiento sea adecuado a nuestras exigencias. Así que deberá estrechar su vigilancia sobre ella, convertirse en su sombra. Esto lo lleva haciendo usted durante años y, por cierto, con un resultado excelente. Su trabajo se desarrollará en la fiesta nupcial, durante la ceremonia no será necesaria su presencia, porque el Führer no piensa acudir. Ya sabe usted que a nuestro Führer no le entusiasman precisamente esas celebraciones cristianas. ¿Sabrá cómo hacerlo?

—Naturalmente, mi general.

—Bien, bien. Por otro lado, está esa propensión de la señorita Braun a la bebida y a su, en ocasiones, escandaloso comportamiento en público. En esto, le ordenamos que sea especialmente escrupuloso. Usted sabe muy bien cómo es su comportamiento cuando bebe más de la cuenta, su chabacana forma de divertirse y la utilización de ese vocabulario soez que parece salido de las callejas del Scheunenviertel. Evite que beba y procure que en todo momento guarde la corrección. Si en algún momento ve que no puede controlarla, tiene nuestra autorización y la del Führer para

llevarla a su habitación y encerrarla en ella. No dude en ser duro y estricto. Es su deber, comandante.

—Lo he entendido, mi general.

—Por lo demás, esperemos que pueda divertirse. Al fin y al cabo, es la boda de su hermana. Confiamos en usted, no hace falta que se lo repita.

—Gracias, mi general.

—Ah, una cosa más. Lo quiero en forma, comandante. Procure estar despejado y dispuesto para cualquier eventualidad que se pueda producir.

—Así lo haré, mi general.

Durante toda la exposición del general Bormann, el Reichsführer había permanecido en esa misma posición, con los ojos cerrados, como si estuviera dormido. Cuando el general terminó, sin abrirlos, Himmler dijo:

—¿Nos puede dejar un momento, general Bormann?

—Como usted ordene, mi Reichsführer —contestó Bormann, antes de hacer el saludo reglamentario y abandonar su despacho.

Entonces Himmler se levantó del butacón y caminó hacia mí. Yo también me levanté. Quizá fueran imaginaciones mías, pero ese día su mirada parecía más escrutadora que nunca.

—¿Cómo se encuentra, comandante Muntz?

—Perfectamente, mi Reichsführer. Siempre en forma.

Himmler sonrió. Era una frase que repetíamos constantemente en Lichtenfelde.

—¿Necesita algo? No sé, algún permiso, dinero extra... ¿Le gustaría que le propusiera para un ascenso?

—No, mi Reichsführer, no me hace falta nada. Tengo todo lo que necesito.

—¿Qué le ha parecido mi regalo? Me han dicho que mantienen una relación «intensa».

—Me ha gustado mucho su regalo, mi Reichsführer. La verdad, me ha ayudado mucho a que todo esto sea más llevadero. Y sí, es verdad que mantenemos una relación «intensa», en ocasiones, demasiado intensa.

Esta vez sonreímos los dos. Golpeó con su mano amistosamente mi hombro.

—Lo sabía, mis «chicas especiales» nunca me fallan. Confíe en ella, recuerde que está aquí para ayudarle.

—Sí, mi Reichsführer.

—Otra cosa, Muntz. El operativo que pusimos en marcha en Múnich está plenamente vigente. En estos momentos, la situación que vivimos es crítica. De cara a nuestro pueblo, no podemos cometer el más mínimo desliz. Recuerde siempre que estamos intentando proteger la imagen de nuestro Führer y la seguridad de nuestro Reich. No debe olvidarlo nunca. Soy consciente de que tantos años junto a ella ha provocado que florezca un vínculo entre ustedes, asumimos ese riesgo cuando pusimos toda esta operación en marcha. Pero para nosotros cualquier sentimiento que no sea el estricto cumplimiento del deber es un signo inequívoco de debilidad. Si en alguna ocasión tiene dudas, apóyese en Liesl Rauch. Entre otras cosas, ella está aquí para eso. Recuerde estas palabras, comandante Muntz: dos cerebros son más fuertes que un cerebro; dos corazones son más fuertes que un corazón.

—No debe preocuparse, mi Reichsführer. Tengo asumido que esa llamada puede producirse en cualquier momento, estoy preparado para coger ese teléfono y actuar en consecuencia. Siempre lo

he estado.

—Bien, Muntz. Muy bien. No esperaba menos de usted. El equilibrio emocional que está demostrando nuestro pueblo no se debe solo a las noticias que le proporcionamos sobre el estado de los frentes de batalla, sino también a la creencia ciega de que nuestro Führer es quien creen que es, quien les hemos hecho creer que es. Ha sido un trabajo muy duro, créame, yo he estado involucrado en él desde el principio. Todo ese trabajo no se puede desmoronar por culpa de ese capricho rubio de mirada azulada de nuestro Führer. Un capricho que dura ya demasiado tiempo. En ese aspecto, y aunque usted crea que no está aportando nada, su participación está siendo decisiva. No lo olvide nunca. Siga así, ayudando a que esa creencia inoculada en la mente de nuestro pueblo no se resquebraje, no se desmorone. Últimamente, son demasiadas las cosas que se desmoronan a nuestro alrededor.

Cuando abandoné el despacho miré a la secretaria Krüger, que me obsequió con una bonita sonrisa. Mientras caminaba por los pasillos abovedados del Berghof, pensé que yo también debería acudir a esa iglesia de Berchtesgaden, como la señorita Braun. Y buscar un confesor. Porque había mentido. Hacía mucho tiempo que decidí no ejecutar Blancanieves. Es más, en ese momento seguía pensando que defendería la vida y la integridad de la señorita Braun a costa de mi propia vida. Si era necesario, la protegería del Reichsführer. Y si era necesario, del propio Führer. Pero era muy importante que Himmler siguiera creyendo que yo era el mismo hombre al que le había encomendado esa misión en la Casa Parda de Múnich. Porque mejor yo que ningún otro para proteger a la señorita Braun, mejor yo que ningún otro a su lado. Mientras yo estuviera junto a ella, Eva Braun no debía temer nada. Ni a nadie.

En ese momento, me sentí como un agente doble. Por un lado, era un fiel y despiadado oficial de las SS al servicio del Reichsführer Himmler y del Estado y, por otro, el ángel de la guarda de Eva Braun.

* * *

El sábado 3 de junio, una actividad frenética se instaló en el Berghof desde altas horas de la madrugada. Todo tenía que estar perfecto para el enlace de Gretl Braun con esa rata humana llamada Hermann Fegelein. Esa noche, Liesl no acudió a mi habitación, ni yo me desplazé a la caserna. Las putas no habían acudido, se reservaban para las múltiples fiestas que se desarrollarían en el complejo-ciudadela del Berghof una vez terminada la boda. Cuando bajé las escaleras que conducían al gran salón acababa de despuntar, con los primeros rayos del sol, el que habría de ser un día luminoso. Parecía que la meteorología se hubiera rendido al que, sin duda, sería un deseo personal del Führer.

Los camareros de las SS trasladaban al comedor la vajilla nupcial, que había sido enviada desde la Cancillería del Reich en Berlín y que, según me pude enterar, era una valiosísima colección que había pertenecido al káiser Guillermo I. Los ordenanzas y el servicio del palacio alpino colocaban grandes centros florales sobre las mesas y en los muebles de todas las estancias. Un olor parecido al de un jardín botánico se había adueñado del Berghof. Las banderas del Reich flameaban orgullosas en todos los mástiles del recinto, y los vehículos que trasladarían a los invitados a la ceremonia hasta Salzburgo se alineaban impolutos ante la puerta principal. Por la red de altavoces instalados en el Berghof se escuchaba repetitivamente una versión melódica de «Lippen Schweigen», el tema de Lehár de *La viuda alegre*, la opereta favorita del Führer.

Yo me reuní con Albert Speer y el embajador Hewel en la terraza. Por supuesto, me había vestido con mi uniforme de gala del Leibstandarte. Sin embargo, el ministro Speer fue de los pocos jerarcas que ese día no vestirían su uniforme de gala con sus correspondientes condecoraciones: había elegido un esmoquin blanco acompañado de pantalón negro y pajarita del mismo color. Hewel aprovechó para presentarme a su flamante y bella esposa, Elizabeth, con la que había contraído matrimonio unos meses antes. Hewel había resultado herido en un accidente aéreo y Elizabeth fue una de las enfermeras que lo había atendido. Según sus palabras, «fue un flechazo, nos enamoramos nada más vernos». Sin duda, Elizabeth fue una de las más bellas damas de la «corte de la montaña». Al verla, no pude por menos que acordarme de la desdichada Inge Ley. El embajador Hewel dejó de ser el «soltero de oro» del círculo privado del Führer.

Otto Günsche no tardó en reunirse con nosotros. Parecía cariacontecido.

—Hoy el Führer ha suspendido la reunión militar de la mañana —nos dijo—. No quiere que las noticias que llegan de Crimea le estropeen la boda. Nuestros hombres se desangran en Sebastopol, caballeros.

Iba a preguntarle algo, cuando escuché a la señorita Kastrup llamarme desde la puerta de la terraza:

—¡Comandante Muntz, venga rápido! ¡La señorita Braun quiere verle!

Albert Speer sonrió, y dijo:

—Ya sabe, comandante, el... ¿Cómo la llaman ustedes?

—El «pajarito caprichoso» —dijo Otto.

—Eso, el «pajarito caprichoso» le necesita, comandante. No la haga esperar —dijo Speer.

—Calle, señor ministro —le dije—. No sabe qué día me espera hoy.

—Me lo imagino, comandante Muntz.

Acompañé a la señorita Kastrup hasta la habitación de Eva Braun. Desde las cuatro de la madrugada estaban peinándola y vistiéndola. Había hecho venir a dos modistas del taller de costura de Annemarie Heise desde Berlín hasta el Berghof, solo para que las vistieran a ella y a su hermana.

La verdad es que, cuando entré en la habitación y la contemplé, me quedé boquiabierto. Nunca la había visto tan espléndida como esa mañana. Llevaba un vestido de raso de color platino, confeccionado a medida para ella. Habían decorado su peinado con un detalle floral.

—Bueno, ¿qué le parece?

—Está usted impresionante, señorita Braun.

—Pues espere a ver el vestido de mi hermana...

—¿De verdad no es usted la novia?

Pude ver un ligero destello de tristeza asomar en sus ojos. Sabía que para ella ese era un día doloroso. Desde el primer momento se ilusionó mucho al conocer el enlace de su hermana pequeña, había trabajado incesantemente para que todo, hasta el más mínimo detalle, saliera a la perfección. Pero para Eva Braun, contraer matrimonio con el Führer era el sueño de su vida. Contraer matrimonio y ser presentada ante todo el mundo como lo que realmente era, la auténtica primera dama del Reich. Pero cada día que pasaba, esa posibilidad se convertía en algo más improbable. Imposible, pensaba por ejemplo el ministro Speer, con el que en alguna ocasión hablé de ese asunto. Aquel día, mostrarse feliz debía de resultar muy complicado para ella. Pero para ser honesto, puedo decir que lo hizo muy bien.

—No sea usted tonto —me dijo—. Venga, tengo que decirle una cosa.

Mientras las modistas aún daban los últimos retoques a su vestido, la señorita Braun me entregó la cámara Siemens de color negro.

—Quiero que lo filme todo, Werner. Pienso regalarle la película a Gretl, será uno de mis regalos de boda...

—Señorita Braun, se puede decir que hoy estoy de servicio, como ya le dije...

El día anterior había mantenido una larga charla con ella. Le había informado de cuál debía ser su comportamiento durante el enlace y la fiesta nupcial; podía no haberlo hecho, pero pensé que sería más fácil que todo resultara bien si ella colaboraba desde el principio. Y Eva Braun mostró su intención de contribuir a que todo saliera a la perfección.

—¡Venga, Werner, no sea tan pesado! Ya lo hemos hablado, sé cómo tengo que comportarme, no se preocupe tanto, todo saldrá bien. Usted filme todo lo pueda, en esa cajita le he dejado tres películas. Ya sabe que para las tomas más oscuras tiene que...

—No sea pesada usted, señorita Braun. Ya sé lo que tengo que hacer.

De esa manera, fui yo quien filmó el encuentro del Führer con los invitados en la terraza del Berghof. Aquel día, Adolf Hitler lució su uniforme gris de comandante en jefe de la Wehrmacht. Excepcionalmente, a la insignia de oro del Partido añadió la Cruz de Hierro de primera clase y la Cruz de los Heridos de la Gran Guerra. En todo momento se mostró exultante con sus invitados, aunque supongo que la procesión iría por dentro. Por esos días, todas las noticias que llegaban de los distintos frentes eran desastrosas para nosotros. Especialmente las procedentes del frente oriental. También filmé al Reichsführer Himmler y al general Bormann, que actuarían como padrinos de la boda. Y a la señorita Braun, que ya desde el primer momento llamó la atención de todos los habituales con su impresionante vestido, su elegante peinado, el fulgurante brillo de sus joyas y su simpatía desbordante. La conocía muy bien, sabía que, hiciera lo que hiciera, cumplir las órdenes que me habían dado el Reichsführer y el general Bormann me resultaría una misión imposible. No hacía falta que la señorita Braun hiciera nada, brillaba con luz propia. Sabía que terminaría convirtiéndose en la gran atracción de aquella boda. Y sabía que dejaría en un segundo lugar a la novia. Empezó a hacerlo solo con saludar a los invitados en la terraza.

Yo no asistí a la ceremonia, que se celebró en Salzburgo. Esa mañana permanecí en el Berghof. El Führer tampoco acudió al enlace, pasó todo el tiempo encerrado en su despacho. Yo me quedé en la terraza, en compañía de Otto y de otros muchachos del Begleitkommando. Si no recuerdo mal, eran Adi Dirr, Hans Reisser, Rochus Misch, Peter Högl, Ewald Lindloff y August Korber. Bebimos y charlamos hasta que vimos a la comitiva nupcial acercarse al Berghof. Eso fue sobre las dos o dos y media de la tarde. En ese momento empezaba nuestro auténtico trabajo.

Heinz Linge informó al Führer de la llegada del grupo. Adolf Hitler recibió a los recién casados en la puerta principal del Berghof, en lo alto de la escalinata. Hermann Fegelein, vestido con su uniforme de general de división de las SS, y la flamante novia, Gretl Braun, con un vestido de raso de color blanco que solo se diferenciaba del de su hermana por el brocado que llevaba en el pecho y la espalda, ascendieron al encuentro del Führer. Al llegar junto a él, y tras el saludo de rigor, Adolf Hitler estrechó la mano de Fegelein y besó a su «cuñada» en la mejilla. En nombre del Führer, Heinz Linge le entregó a la novia un enorme ramo de flores. Yo lo filmé todo con la cámara Siemens de la señorita Braun. Detrás de ellos subieron todos los invitados a la ceremonia. Pero yo ya no los vi, había entrado en el Berghof con el Führer y los recién casados.

Aproveché ese momento para saludar a los novios. Primero, estreché la mano de Fegelein:

—Enhorabuena, general Fegelein, espero que sean muy felices.

—Gracias, comandante Muntz.

El apretón de manos fue corto, y nuestras miradas, frías. Después repetí el saludo con Gretl, a la que besé en la mejilla.

—Enhorabuena, Gretl, espero que sean muy felices.

—Gracias, comandante.

Gretl me obsequió con una mirada maliciosa. Era como si me quisiera decir: «Podías haber sido tú». Me fijé en que hasta el tocado floral que llevaba en el cabello era muy parecido al de la señorita Braun.

Antes de pasar al comedor se produjeron dos hechos en los que yo no participé. Primero, la fotografía de familia, que hizo uno de los muchos fotógrafos de Hoffmann que ese día, cámara en mano, habían invadido el palacio alpino. Los elegidos para esa imagen se dispusieron sobre una tarima de tres alturas, con un sonriente Adolf Hitler en el centro. Cogidas a cada uno de sus brazos se colocaron dos de las hermanas Braun, Gretl y Eva. Curiosamente, Fegelein y su familia fueron colocados en la segunda altura, detrás del Führer.

Tras la fotografía, todos los invitados pasaron a una habitación donde se habían colocado los presentes que la feliz pareja había recibido. Era la misma habitación donde se exhibían los regalos que recibía el Führer el día de su cumpleaños. Alguien, la verdad, no recuerdo quién fue, me contó que el Führer le había regalado a Gretl un bolso de platino con incrustaciones de diamantes, y a Fegelein, una exclusiva edición de *Mein Kampf* firmada y dedicada por él.

Mientras los invitados se deleitaban contemplando los regalos, yo me reuní en un grupito con Albert Speer, el embajador Hewel y Nikolaus von Below.

La mesa nupcial que nos recibió en el comedor del Führer era sencillamente impresionante. El juego de porcelana del káiser Guillermo I destacaba entre las canastillas de flores silvestres y las velas sostenidas por deslumbrantes candelabros dorados. El Führer presidiría la mesa, sentado entre la pareja de recién casados. En el lado izquierdo, se situó a la familia de Fegelein: Johan Fegelein, su padre, Barbara, su madre, y Waldemar, su hermano, comandante de las SS que por aquellos días se encontraba destinado en el frente oriental. Tengo que confesar que la familia de Fegelein me desagradó tanto como él, especialmente su hermano. Eran casi un calco el uno del otro: la misma mirada salvaje, la misma sonrisa mezquina y el mismo aspecto engreído. Afortunadamente, no tuve que cruzar ni una sola palabra con esa gente que, al día siguiente, abandonó el Berghof. Junto a ellos se colocaron el Reichsführer Himmler y su esposa, Marga; el general Bormann y Gerda, su mujer; Theo y Hanni Morell; Heinrich Hoffmann, que acudió solo; Nikolaus von Below y su esposa, Maria, y el matrimonio Speer. En el lado derecho de la mesa, la señorita Braun, sus padres, Friedrich y Franziska; su hermana mayor Ilse, que en ese momento vivía en Breslau, donde trabajaba en el diario local *Schlesische Zeitung*, y que vino acompañada de su segundo esposo, un hombre tranquilo, reservado y muy educado llamado Fucke Michels; las amigas de la señorita Braun, Herta Schneider y Anni Brandt; las secretarias del Führer, Johanna Wolf, Gerda Dara Daranowski, Christa Schroeder y Traudl Junge, además del embajador Hewel y su flamante esposa, Otto Günsche y yo mismo. Aunque los invitados eran muchos más, estos fuimos los que nos sentamos a la mesa nupcial. Otros muchos invitados lo hicieron en otros comedores diseminados por el Berghof. En el palacio alpino de Hitler, por falta de comedores no sería...

Antes de empezar la comida, el Führer dirigió unas palabras a los recién casados, a los que

les habló de la importancia del matrimonio y, sobre todo, de la necesidad de tener hijos y continuar así con la cadena racial. La verdad, yo no presté mucha atención a las palabras del Führer. Todo ese rato estuve observando a Fegelein. Su comportamiento me parecía mucho más interesante. Desde que había regresado de Salzburgo, prácticamente no le había hecho caso a su esposa, en cuanto tenía oportunidad, desviaba su mirada hacia Eva Braun. Estaba absolutamente obsesionado con ella. En cierta manera, yo disfrutaba. En primer lugar, porque la señorita Braun no le hacía ni el más mínimo caso. Y en segundo lugar, porque Fegelein se retorció como una serpiente herida cada vez que Eva Braun se dirigía a mí. Nada más llegar al Berghof, la señorita Braun había corrido a mi encuentro para contarme como había transcurrido la ceremonia. Después, me pidió que la filmara junto a su hermana. Ese fue el momento en que las dos se dieron un beso en la boca, un beso que sorprendió a todos los invitados. Fegelein se retorció viéndonos juntos, incluso sudaba copiosamente y tenía que secarse la frente con un pañuelo. A lo largo de la tarde, su malestar iría en aumento, entre otras cosas, porque yo me empeñé en que así fuera.

Una soberbia sopa de sesos de ternera abrió la comida, aunque claro, el Führer no la probó. Ni siquiera ese día renunció a su dieta vegetariana. Recuerdo que, para los postres, después de tres platos, se había guardado una sorpresa que había elegido la señorita Braun: unos helados que representaban a damas de la corte guillermina. Fue entonces cuando, tras el vino francés servido en la comida, los mayordomos de las SS empezaron a regar la mesa con champán. Para mí, un momento delicado, porque en dos o tres ocasiones tuve que levantarme, acercarme hasta donde se encontraba la señorita Braun y decirle al oído que frenara, que bebiera un poco más despacio. Todo eso, bajo la atenta y escrutadora mirada del Reichsführer Himmler y del general Bormann.

Tras la comida llegó la sesión fotográfica. Los fotógrafos de Hoffmann habilitaron una habitación junto a la gran sala para que los invitados pudieran hacerse fotografías con el Führer y los recién casados. Yo me había quedado en la gran sala charlando con las secretarias, cuando la señorita Braun salió a buscarme. Se le ocurrió la idea de que los miembros de aquello que ella había bautizado como «nuestra pequeña familia» nos hiciéramos una fotografía con el Führer. Cuando entré a esa habitación, Adolf Hitler ya estaba con la señorita Kastrup y con Liesl Rauch. Liesl ese día estaba espléndida, más hermosa que nunca, llevaba un uniforme completamente blanco, pensado para que hiciera juego con las chaquetas de los mayordomos de las SS, y que solo rompía un brazalete rojo con la esvástica negra en su brazo izquierdo. Para pasar más desapercibidos a ojos de los invitados que nos observaban, la señorita Kastrup y Liesl se cogieron a los brazos del Führer, y la señorita Braun al mío. Ese día comprendí que Eva Braun sentía auténtica devoción por nosotros, por eso que llamábamos «nuestra pequeña familia». Esa fotografía estuvo en un lugar destacado de su habitación hasta los últimos días del Berghof, y después la conservó en el tétrico y claustrofóbico búnker de Berlín, sobre una de las mesitas de su cuarto, hasta sus últimas horas de vida.

La fiesta nupcial continuó en el Kehlstein, la casita de té en la montaña. Todos los invitados nos trasladamos hasta allí en coche, todos excepto el Führer, que prefirió pasar toda esa tarde en su despacho. Adolf Hitler había decidido mantener la reunión informativa militar de la noche, que excepcionalmente se celebraría a las once. Para él, la boda de Gretl Braun y Hermann Fegelein había terminado allí. Pero para nosotros no había hecho más que empezar. Para nosotros, la fiesta nupcial empezó en el mismo momento en que perdimos de vista al Führer.

* * *

La sala gótica abovedada del Kehlstein fue el lugar elegido para la fiesta. Delante de la gran chimenea se instaló un templete, decorado con grandes banderas del Reich, donde una orquesta llegada desde Salzburgo amenizaba la celebración. Fegelein había contratado también a una serenata de las SS, compuesta por dos violinistas y un acordeonista, para que interpretaran su música por toda la sala. Rápidamente se crearon los habituales corros de conversación, mientras los mayordomos de las SS no dejaban de servir champán, licores y dulces.

Yo pasé gran parte de esa tarde de corro en corro, siempre vigilante de los movimientos de la señorita Braun. En esa tarea estuve acompañado por Liesl Rauch. Por mediación del general Bormann, conseguí que Liesl se integrara en el equipo de mayordomos de la fiesta y que, de esta manera, fuera ella la encargada de servir a la señorita Braun. Era una forma de evitar que la amante de nuestro Führer se descontrolara en exceso.

Pero para mi sorpresa, la presencia en la fiesta de Liesl me proporcionó la posibilidad de seguir investigando sobre la oscura historia de la camarera de Eva Braun. Fue algo que sucedió por azar, una oportunidad que se me presentó y que no quise desaprovechar.

Estaba en uno de los corros, charlando con el ministro Speer, Von Below, Rattenhuber y Von Puttkamer, cuando vi a la señorita Braun sentada en una de las butacas, rodeada por la serenata de las SS que había contratado Fegelein. El comportamiento de Eva Braun resultaba curioso: tan pronto parecía tan animada y vitalista como siempre, como se sumía en momentos de silencio y abatimiento, como si hubiera perdido la energía y quisiera que aquello terminara cuanto antes. Ese era uno de esos momentos. Tras coger una copa de champán que le sirvió Liesl, le pidió algo a uno de los violinistas de la serenata. Él aceptó con la cabeza y, después de hacer una señal a sus compañeros, empezaron a tocar. Yo había vuelto a la conversación del grupo, donde el ministro Speer explicaba los problemas que se estaba encontrando para conseguir mano de obra cualificada para nuestras fábricas de armamento, cuando la música llegó hasta mis oídos. Era la melodía de «Por una cabeza», esa canción de Carlos Gardel que habíamos escuchado en una ocasión interpretar a un músico callejero, mientras caminábamos bajo los soportales del Hofgarten de Múnich y Eva Braun me relataba cómo había conocido al Führer. Es probable que aquel día se empezara a forjar nuestra relación de amistad. Una relación que iba mucho más allá de la de un oficial de las SS encargado de su seguridad con su protegida. Sí, creo que puedo afirmar que durante todos aquellos años Eva Braun y yo fuimos dos amigos. Dos amigos de verdad.

Nuestras miradas se cruzaron. Eva Braun me sonrió y levantó su copa hacia mí. Yo le correspondí. Es posible que esa situación, junto con otra que se produjo un poco más tarde durante aquella fiesta, fuera la causa del desagradable episodio que viví esa noche en la caserna. Esas situaciones y las malditas pastillas que me proporcionó el doctor Brandt.

Fue en ese momento cuando vi a Marga Himmler, la esposa del Reichsführer, charlando con Margarete Speer. Esa visión, y la presencia de Liesl Rauch, me hicieron pensar en algo. Movido por la curiosidad, y sin pensármelo dos veces, me acerqué a ellas.

Margarete Speer me presentó como el jefe de la seguridad personal de Eva Braun. La esposa del Reichsführer, pareció encantada de conocerme. Marga Himmler era una mujer elegante, de modales sofisticados, pero de sus ojos emanaba una tristeza muy especial. Sí, pienso que era una mujer triste. Durante un rato hablamos sobre la boda y cuestiones intrascendentes, hasta que Margarete tuvo que dejarnos cuando su marido la reclamó. Esa era mi oportunidad. Esa, y que la

copa de champán que llevaba en la mano estaba vacía.

—¿Quiere otra copa de champán, señora Himmler?

—Si es tan amable, comandante.

Busqué a Liesl Rauch y le hice una señal. Le indiqué que sirviera más champán a la señora Himmler y a mí, una copa de Fernet Branca. Liesl me hizo un gesto afirmativo y fue a buscar su bandeja. Me quedé mirándola; realmente aquel día, con su uniforme blanco, estaba más atractiva que nunca.

—Ahora nos trae más bebida Liesl, señora Himmler. Liesl es la camarera de la señorita Braun, bueno, aunque eso usted ya lo sabe. Ella me dijo que fue usted quien se la recomendó, que había servido en su casa y que era una de las mejores camareras de Múnich...

Marga Himmler me miró sorprendida. Antes de que terminara de hablar, me interrumpió para decirme:

—Debe de haber una confusión, comandante Muntz. Yo no he visto a esa joven camarera en toda mi vida, y tampoco se la recomendé a la señorita Braun. Bueno, ni siquiera sabía que la señorita Braun tuviera una camarera propia.

—Lo siento, señora Himmler, posiblemente sea yo quien se ha confundido. ¿Sabe?, no tengo mucha memoria para retener los nombres. Es posible que la señorita Braun me dijera que fue otra persona quien se la recomendó.

Un poco más tarde me asomé a una de esas ventanas en forma de nicho de la sala central del Kehlstein. Mientras mi mirada vagaba por las turbulentas aguas del río Ach, que descendían salvajes por entre los acantilados alpinos, pensé en ese asunto. Otra mentira más. Otra mentira más en la red de mentiras que habían tejido el Reichsführer Himmler y la chica de Köslin. Eva Braun siempre creyó que fue Marga Himmler quien le escribió esa carta recomendándole a Liesl para su servicio. Pero Marga Himmler nunca escribió esa carta de recomendación. Liesl incluso me llegó a insinuar que había trabajado realmente en la casa del Reichsführer en Múnich. Algo que también era mentira. Siempre que intentaba acercarme a la verdad de esa trama, a quién era realmente Liesl Rauch y a qué papel representaba en toda esa historia, la noche se hacía más oscura.

La mano de la señorita Braun me sacó de mi ensimismamiento. Con su energía renovada y ese brillo ilusionado en sus ojos, quizá por culpa del alcohol, me arrastró hacia la improvisada pista de baile, mientras me decía:

—¡Venga, Werner, vamos a bailar este tema! ¡Hoy me apetece bailar con usted!

Recuerdo que la orquesta interpretaba «Blutrote Rosen».

—«Las rosas rojas como la sangre me hablan de la felicidad» —me dijo, repitiendo el estribillo de esa canción, mientras bailábamos en el centro de la sala.

—Pero hoy para usted no es un día muy feliz, ¿verdad, señorita Braun?

—Sí, estoy feliz por mi hermana. Espero que encuentre la felicidad al lado de ese joven. Y también estoy feliz por nosotros. ¿Sabe?, hoy, cuando nos hemos hecho la fotografía con el Führer, he pensado que me gustaría que siempre estuviéramos juntos, que esto no terminara nunca. Ya sabe, la señorita Kastrop, Liesl, el Führer, usted y yo. Hoy he pensado, comandante, que somos una auténtica familia, una familia de verdad. ¿Usted no piensa lo mismo?

—Sí, yo pienso lo mismo, señorita Braun. Quizá lo piense con más motivo que usted. Yo nunca tuve una familia. Esto es lo más parecido a una familia que he tenido en toda mi vida.

—En algunas ocasiones tengo miedo, Werner, miedo a que nos abandone. Le conozco muy bien, sé cómo piensa, sé que la idea de combatir en el frente le tienta mucho, poder poner en práctica todas esas cosas que aprendió en Lichterfelde. A veces he pensado que podía solicitar que le relevaran y... Quiero que me prometa una cosa. Quiero que me prometa que no nos abandonará, que no abandonará nuestra pequeña familia. Sin usted ya no sería lo mismo...

—No la abandonaré, señorita Braun. Me hice cargo de su seguridad hace ocho años, y le prometo que no la abandonaré, a no ser, claro, que sean mis superiores quienes me releven del cargo...

—¡Eso no sucederá nunca, Werner! ¡No lo consentiré! ¡Obligaré al Führer a que lo mantenga en su cargo!

—Esa decisión no depende del Führer, señorita Braun. Depende del Reichsführer Himmler.

—¡Todas las decisiones que se toman en el Reich dependen del Führer! ¡Por eso es el Führer! —Acercó sus labios a mi oído y me dijo—: Si hace falta, le pediré al Führer que fusile a ese cretino de Himmler. ¡Estoy segura de que también me complacería en eso!

Reímos. En ese momento mi mirada buscó a Hermann Fegelein. Estaba charlando con Johan, su padre, y con su suegro, Fritz Braun. Tenía sus ojos clavados en nosotros. El rictus de su cara lo decía todo. Sus intestinos se habían convertido en una serpiente que se retorció y se retorció, causándole un gran dolor.

Hacia las once de la noche conseguí sacar a la señorita Braun de la fiesta, aprovechando que muchos de los invitados tenían que acudir al Berghof para la reunión militar de la noche con el Führer. La celebración en Kehlstein aún se prolongaría una hora más, y después empezarían los fastos organizados en las villas del complejo-ciudadela del Berghof. Una vez que dejara a la señorita Braun en su habitación, yo tenía permiso para acudir a cualquiera de esas fiestas. Ella solo tenía que esperar a que el Führer subiera en busca de su compañía, una vez terminada la reunión informativa de la noche. Yo, naturalmente, sabía muy bien a qué fiesta acudir: a la que se iba a celebrar en la caserna de las SS. Esa noche, el general Bormann había contratado un servicio «especial». Antes de partir, tomé dos de esas pastillas estimulantes. Quizá nunca debería haberlo hecho.

Cuando llegué a la caserna, la fiesta estaba en su momento álgido. La verdad es que Bormann se había esmerado en satisfacer a sus hombres. Había una orquesta que no dejaba de interpretar temas «políticamente poco recomendables», alcohol y comida a raudales, y un numeroso grupo de prostitutas, quizá más jovencitas que nunca. Era curioso, oficialmente en el Reich la prostitución estaba prohibida y duramente penada. Las mujeres que, debido a la precariedad que dictaba el estado de guerra se veían obligadas a hacer la calle, eran consideradas «asociales» y muchas de ellas, ingresadas en psiquiátricos o campos de concentración. Sin embargo, allí, en el Berghof, nunca faltaron las prostitutas. «Un hombre bien servido es un hombre que vale por dos», solía decir el general Bormann. Esa noche habían disfrazado a las chicas como si se tratara de un carnaval. Muchas de ellas escondían sus rostros detrás de vistosos antifaces, quizá para ocultar a primera vista su corta edad. Nada más llegar se agarró a mi brazo una jovencita vestida como las cabareteras de los tiempos de la República. De pelo castaño y corto, y con unas simpáticas pecas alrededor de su nariz, su aspecto hacía recordar al de la cantante Lotte Lenya. Cogí una botella de vodka, di un trago y la rodeé con mis brazos. Le pasé la botella y la jovencita bebió como si no lo hubiera hecho en toda la noche. Parte del vodka escapó de su boca, cayendo sobre su pecho. Reímos. Sin ser consciente, empecé a silbar la melodía de «Moritat». Un cabo llamado Hans

Heinkel se sentó a nuestro lado y cogió mi botella. Con voz de borracho me dijo:

—Como alguien le escuche silbar esa melodía va a acabar degradado y en un campo de prisioneros. ¡Esa canción es de un jodido judío, mi comandante!

—Ya lo sé, Heinkel, se llamaba Kurt Weil. Un buen hombre, por cierto. Era amigo de mi padre.

Le dije que podía quedarse con la botella, cogí a la chica y me la llevé a uno de esos cuartuchos que utilizábamos como picadero. Dejé a Heinkel con la botella en la mano y mirándome con cara de idiota.

Un poco más tarde la chica cabalgaba sobre mí gimiendo como una loca. Lo cierto es que no sé cómo lo hacía, porque yo no estaba disfrutando precisamente: la habitación me daba vueltas, me dolía la cabeza y tenía ganas de vomitar. Fue entonces cuando sucedió esa experiencia perturbadora, algo que nunca tendría que haber pasado.

Recuerdo que, víctima de la excitación, cogí su cabeza y le aparté el pelo del rostro. Y el rostro que vi no fue el de esa jovencita que se parecía a Lotte Lenya. El rostro que vi fue el de Eva Braun. Era la señorita Braun la que cabalgaba sobre mí y recibía mis embestidas.

La aparté de golpe, arrojándola al suelo. La chica cayó de forma estrepitosa, mientras yo, jadeando, la miraba con la cara de un demente.

—¿Qué le pasa? ¿Se ha vuelto usted loco? ¿Me ha hecho daño!

Me levanté, recogí su ropa, que estaba esparcida por todo el cuartucho, y la arrojé sobre ella.

—¡Vístete! —le grité—. ¡Y lárgate de mi vista! ¡Fuera!

La chica cogió su ropa y salió corriendo de la habitación. Ni siquiera esperó a vestirse. Yo me senté sobre la cama, cubriéndome el rostro con las manos. No sé cómo ni por qué había sucedido eso. Escuché la voz de Liesl, que una vez me dijo que sabía por qué me obsesionaba acostarme con prostitutas en la caserna. Me dijo que yo no veía los rostros de esas prostitutas, que yo veía el rostro de Eva Braun. Me dijo que, en mi mente nublada por el alcohol, yo fantaseaba que me acostaba con Eva Braun cuando lo hacía con esas chicas. No era verdad, puedo jurar por todo lo que ha sido sagrado en mi vida que hasta esa noche eso nunca me había sucedido. Nunca había visto el rostro de Eva Braun reflejado en el de esas chicas. Nunca. Jamás.

Una alucinación. Pensé que había sufrido una alucinación. Quizá estaba relacionada con esos estimulantes que tomaba, el Ostaphan. Desde que los había ingerido esa noche, no me encontraba bien. Sí, pensé que esas condenadas pastillas podían tener la culpa de todo.

Me vestí y, dando tumbos, abandoné la caserna. La sensación de mareo era cada vez mayor. Ya en el exterior, vomité. Recuerdo que, dentro, la fiesta continuaba mientras la orquesta tocaba «Hallo Benny!». Metí la mano en el bolsillo de mi guerrera, saqué el pequeño frasquito de Ostaphan y lo arrojé hacia el bosque que se extendía más allá de la caserna. Juré que nunca más tomaría esas malditas pastillas. Nunca más.

Pese a que no estaba autorizado para hacerlo, y que la sensación de mareo no remitía, cogí uno de los vehículos estacionados en la puerta y ascendí hacia el Berghof. Supuse que esa noche mi imprudencia no le importaría a nadie. Total, todas las villas del complejo-ciudadela del Berghof estaban celebrando grandes fiestas. ¿Quién iba a preocuparse de que yo cogiera un coche para llegar al Berghof? ¿A quién le podía importar lo que yo hiciera?

Cuando ascendía a trompicones por la escalinata que conducía a la puerta principal, escuché voces. Bajo los soportales había cuatro personas hablando. Dos de ellos fumaban.

Eran Otto Günsche, Von Below, Von Puttkammer y el coronel Heinz Brandt, que por aquellos días estaba encargado de presentarle los informes al Führer. Los cuatro habían participado en la reunión militar informativa de la noche. Lo que no comprendí es como esa reunión había durado tanto. Normalmente, se prolongaba por espacio de dos o dos horas y media; esa noche había pasado con creces de las tres horas y media.

—Comandante Muntz, nos estábamos preparando para asistir a la fiesta del general Bormann en su villa. Nos han dicho que está en todo su apogeo. ¿Nos acompaña usted? —me preguntó Von Below.

—No, muchas gracias, pero no. Acabo de llegar de la fiesta de la caserna. Ya he tenido demasiado ajeteo por hoy.

Todos rieron, lanzando fuertes carcajadas. Todos sabían lo que sucedía en las fiestas de la caserna. Bueno, todos no rieron, Otto Günsche no lo hizo. Estaba serio, muy serio. Mucho más serio de lo que yo lo había visto nunca.

Von Below, Von Puttkammer y Heinz Brandt caminaron hacia la escalinata.

—Bueno, ya le contaremos mañana. ¡Venga, Otto, que ahora empieza lo mejor!

Otto seguía quieto, dando nerviosas caladas a su cigarrillo.

—¿Qué pasa, Otto? ¿Es por la guerra? Las cosas van mal, ¿no?

Tiró el cigarrillo al suelo, lo retorció con su bota y, mirándome seriamente, dijo:

—Los americanos han entrado en Roma, Werner, pero eso es lo de menos. Lo peor es lo del frente oriental. Esta noche cientos de nuestros compañeros han muerto en Sebastopol. Cientos. Todo el recinto del Berghof arde en esas malditas fiestas, celebrando esta estúpida boda, mientras nuestros compañeros se desangran en los frentes. No es justo, Werner. No es justo.

Tocó mi hombro con su mano y se marchó.

Cuando llegué a mi habitación, Liesl Rauch estaba sentada sobre mi cama. Todavía llevaba ese uniforme blanco que la hacía tan atractiva.

—¿Qué quieres, Liesl? Lo siento, pero esta noche no me encuentro bien, no tengo ganas de...

—Todavía no he devuelto el uniforme, comandante. He visto cómo me miraba esta tarde, y he supuesto que le gustaría que me lo quitara delante de usted.

Escuchar su misteriosa voz fue un bálsamo para mí. En ese momento, hice otro juramento. Se terminó la caserna. No volvería a la caserna. No me hacía falta. No lo necesitaba.

—Liesl, hoy...

—Cállese, déjeme a mí.

Me senté en la cama. Liesl me quitó la guerrera y me ayudó a quitarme las botas. Eso no lo había hecho nunca. Mientras yo me tumbaba en la cama, ella colocó la guerrera en mi armario y la cartuchera de la Walther en la silla donde yo siempre solía depositarla. No dejó de mirarme, con esos enigmáticos ojos capaces de hacer enloquecer a cualquier hombre. La habitación me seguía dando vueltas, pero el dolor de cabeza había remitido.

Liesl se quitó el uniforme delante de mí. No llevaba ropa interior.

—Esta tarde he hablado con Marga Himmler, Liesl. No te conocía de nada...

Se tumbó sobre mí, puso delicadamente uno de sus dedos sobre mis labios, y dijo:

—Schsss... No hable de eso ahora. Déjese llevar. Solo déjese llevar.

Le hice caso. Me dejé llevar. Me hacía falta. Necesitaba borrar de mi cabeza lo que había sucedido en la caserna cuanto antes. Borrarlo para siempre.

De las dos cosas que juré esa noche solo cumplí una: nunca volví a la caserna de las SS. Aquella fue la última noche que me acosté con prostitutas. Pero una semana más tarde le pedí al doctor Theodor Morell que me proporcionara otro frasquito de ese estimulante llamado Ostaphan.

* * *

A los tres días de la boda de Gretl Braun y Hermann Fegelein, el 6 de junio, nos despertamos en el Berghof con un gran sobresalto. Todavía no había terminado de amanecer cuando escuché carreras por el pasillo. Poco después pude oír la voz de Heinz Linge hablando con el Führer. Eso no era algo habitual. Solo en ocasiones excepcionales Linge despertaba al Führer llamando a su puerta, y menos cuando este pasaba la noche en compañía de la señorita Braun. Normalmente, Linge recurría a una llamada telefónica. Quizá todavía no lo he dicho, pero dentro del Estado Mayor del Führer yo era el único miembro masculino que tenía permiso para poder entrar y salir libremente de los aposentos privados de Eva Braun. Aparte de mí, el único personal autorizado eran la señorita Kastrup y Liesl Rauch.

Poco después de que se cerrara la habitación del Führer, Linge tocó con los nudillos en mi puerta. Me levanté, arrastrando la sábana para cubrir mi cuerpo, y abrí.

—Comandante Muntz, usted mismo o la señorita Kastrup tienen que acompañar a la señorita Braun durante esta mañana. Van a celebrarse una serie de reuniones urgentes y ella no puede abandonar la habitación.

Linge desvió sus ojos hacia el interior de mi dormitorio. Al llevarme la sábana, había dejado al descubierto el cuerpo desnudo de Liesl Rauch. Linge sonrió maliciosamente al verla.

—¿Qué ha sucedido, Linge?

—No estoy autorizado para comunicárselo, comandante.

Linge se marchó. Yo desperté a Liesl.

—¿Qué ha sucedido? —me preguntó.

—No lo sé, pero tengo que ocuparme de que la señorita Braun no salga de su habitación. Voy a arreglarme. Hoy no tendremos fin de fiesta.

Desayuné en la habitación de la señorita Braun. Poco después de la visita de Linge, habían empezado a llegar al Berghof los coches oficiales, entre ellos los de los generales Jodl y Keitel. Antes de que terminara nuestro desayuno, llegó al Berghof el mariscal Göring. El asunto debía de ser muy gordo.

Dejé a Eva Braun al cuidado de la señorita Kastrup y bajé al gran salón, donde solían esperar y reunirse todos aquellos que habían participado o tenían que participar en las reuniones militares informativas. Vi a Otto Günsche hablando con Nikolaus von Below y con el doctor Brandt, pero ninguno de ellos había entrado en la gran sala y no estaban al corriente de lo que había sucedido. Poco después, la puerta se abrió y salieron los ministros Speer y Goebbels. Albert nos hizo un gesto con la cabeza y lo acompañamos a la puerta principal del Berghof. El ministro Goebbels no se detuvo, al pie de la escalinata había un vehículo esperándole.

Bajo los soportales, el ministro Speer sacó su pitillera y nos ofreció un cigarrillo. Mientras nos daba lumbre con su mechero, dijo:

—No lo puedo entender. Lo de esta mañana no lo puedo entender.

—¿Qué ha pasado, ministro?

Albert Speer dio una calada a su cigarrillo antes de contestar.

—Los aliados angloamericanos han desembarcado en Francia. El OKW lo ha confirmado. Ha sido en Normandía.

—¿Y qué es lo que no puede entender, ministro? —preguntó Günsche.

—Al Führer. La actitud del Führer. Parecía... feliz. No hacía nada más que sonreír y recordar que han desembarcado donde él siempre había previsto. Ha dado un puñetazo sobre el mapa, que ha hecho que sus lapiceros salieran despedidos, y ha dicho: «Ya los tenemos. Ahora ya los tenemos». No sé a qué se refiere.

—El Führer tendrá algún plan para repeler la invasión, ministro. Yo creo que...

—No, Günsche, no se haga ilusiones. El final se acerca. El desastre en el frente oriental es total, no podemos seguir engañándonos. Alguno de esos generales que hay ahí dentro tendría que decírselo al Führer claramente, en lugar de agachar la cabeza y mirar al suelo cada vez que habla. Cada día que pasa, los bolcheviques se acercan más a las fronteras del Reich. Y ahora esto. El Führer utiliza muchas veces una frase de Federico el Grande que dice: «Cuando quieres defender dos frentes a la vez, terminas por no poder defender ninguno». Ahora, esa es nuestra situación, caballeros. Y él parece feliz.

Muchos pensábamos como el ministro Speer. Yo ya he manifestado durante esta declaración que hacía mucho tiempo que pensaba que la guerra no se ganaría. Pero aquella mañana tuve la total certeza de que sería así. Sin embargo, otros muchos seguían creyendo lo contrario. Günsche era uno de ellos.

—Sufrirán una gran derrota, ministro. No saben dónde se han metido. Yo he combatido con nuestra división, sé cómo se encuentran los muchachos. Los ingleses y los estadounidenses no están preparados para una lucha en estas condiciones. En menos de dos semanas estarán cruzando de nuevo el canal, con el rabo entre las piernas.

Nunca olvidaré la contestación que Albert Speer dio a aquella bravata de Otto:

—Ellos saben sufrir, de lo contrario nunca hubieran dado este paso. Saben que sus bajas se contarán por miles. Esta guerra... nadie derramará lágrimas de alegría cuando termine esta guerra, Günsche. Nadie. No sé quién terminará ganándola, pero todas las lágrimas que se derramen serán de dolor. Demasiados muertos, demasiada destrucción. Esta guerra no tendrá ganadores y perdedores, caballeros. Todos habremos perdido demasiado. Todos.

En realidad, el ministro Speer no se había equivocado. El humor del Führer durante aquellas semanas de los meses de junio y julio mejoró ostensiblemente. Es cierto que las reuniones se multiplicaron, pero días después del desembarco aliado en Francia la actualidad del frente oriental absorbía toda su atención. El frente oriental fue su mayor quebradero de cabeza durante toda la contienda.

La vida en el Berghof a lo largo de aquellas semanas del verano de 1944 sufrió variaciones como consecuencia de los acontecimientos que se desarrollaban en los frentes de batalla. Yo solía llevarme por las mañanas a la señorita Braun, a sus amigas, a las secretarias que no estaban de servicio y a otras damas de la «corte» a nadar al Königssee. Durante esos meses se había unido al grupo un nuevo miembro: Constanze Manziarly, la dietista del Führer. Adolf Hitler había decidido que sustituyera al doctor Zabel en la elaboración de sus platos. Y no quería que la joven estuviera en Berchtesgaden, sino que se incorporara a su séquito. Constanze era una muchacha alta, muy guapa, educada y de modales exquisitos. Al igual que Liesl Rauch, poseía una mirada profunda y enigmática que en ocasiones llegaba a impresionar. Su aspecto serio y algo taciturno provocó que

entre los muchachos del Begleitkommando se le apodara «la institutriz». Pero desde el primer momento fue muy bien aceptada por el grupo, sobre todo por parte de la señorita Braun. Nacida en Innsbruck, su fuerte acento tirolés siempre nos hizo mucha gracia. El Führer estaba realmente feliz de que hubiera trabado una buena amistad con la señorita Braun, porque estaba como enloquecido con su nueva dietista. En ocasiones, después de disfrutar de sus platos, solía exclamar:

—¡Está exquisito, señorita Manziarly! ¡No podía ser menos, una mujer que tiene el nombre de la esposa de Mozart está obligada a ser una gran cocinera!

Como sucediera con la señorita Krüger o con Traudl Junge, mi relación con Constanze fue muy buena. Ella siempre confió en mí, buscaba habitualmente mi compañía y en más de una ocasión reconoció que mi sola presencia le proporcionaba seguridad.

Por aquellos días, mientras los frentes se hundían, el Führer encontró otro divertimento adicional que lo tuvo entretenido entre las largas y desesperantes reuniones militares: cruzar a su perra *Blondi* con *Harras*, el perro de Gerdy Troost. Gerdy pasó más tiempo en el Berghof durante aquel verano que en los años anteriores. El Führer, la señorita Troost y el adiestrador, Tornow, anduvieron muchas mañanas por los caminos de montaña en compañía de los perros. Y eso no le hacía mucha gracia a la señorita Braun. Siempre pensé que Gerdy era otra de las mujeres de las que Eva Braun sentía celos, aunque fuera una de sus mejores amigas. Bueno, en realidad, era más difícil averiguar de quién no tenía celos Eva Braun que lo contrario.

Fueron días de melancolía. Ahora que lo recuerdo, había algo en el ambiente del Berghof que olía a despedida. Las célebres veladas fueron un ejemplo que corroboraba esa sensación. Las películas americanas que tanto les gustaban al Führer y a la señorita Braun fueron sustituidas por las que Eva Braun y yo habíamos filmado con la cámara Siemens durante los días de gloria de la residencia alpina. Hasta el camarógrafo Frenz se reía con las divertidas tomas que habíamos hecho de los miembros de la «corte de la montaña». Después, durante el coloquio posterior, el Führer, Goebbels, Speer y los demás charlábamos sin parar sobre los buenos momentos que habíamos vivido durante aquellos años. Resultaba curioso, pero ahora, cuando nos encontrábamos inmersos en los «años oscuros», los recuerdos de los «años dorados» y de los «años de esplendor» llegaban a nosotros con más fuerza que nunca. Durante esas largas charlas, solo la señorita Braun parecía aislarse de todos, jugando con sus perritos sentada sobre una de las alfombras persas de la gran sala. En esos momentos, un gesto de tristeza parecía haberse instalado en su semblante. En una ocasión, dejé al grupo y me senté a su lado. Mientras acariciaba a uno de sus canes, le pregunté:

—¿Qué le pasa, señorita Braun? ¿No le gusta nuestra conversación? Parece triste.

—Tengo miedo, Werner —me contestó—. Tengo miedo por él. Sé que en cualquier momento tendrá que partir hacia su cuartel general de Prusia Oriental y estará muy cerca del frente de guerra. ¿Y si le sucediera algo? ¿Y si muriera? ¿Qué sería de mí, Werner? Si él muriera, yo moriría, ya lo sabe. No podría vivir sin él, no podría resistirlo. Solo de pensarlo me siento enferma. He intentado retenerlo aquí lo máximo posible, pero presiento que su marcha es inminente. No tengo tanto poder. Para él, la guerra está por encima de todo. Por encima de mí. Esta vez no puedo evitarlo.

Era verdad. En las últimas semanas, la presión era muy fuerte para que el Führer trasladara su cuartel general a Prusia Oriental. La situación de los frentes en Rusia era desesperada. Unos días antes de aquella conversación, Wilhelm Schmudt y Adolf Heusinger habían llegado al Berghof desde Rastenburg para solicitarle personalmente que regresara al cuartel general de «la guarida

del lobo». Otto me dijo que el Führer había contestado que no pensaba regresar hasta que el búnker de Rastenburg estuviera terminado. Pero días después se conoció que las obras habían concluido y que ya podía ser habitado. Pese a todo, el Führer aún retrasaría unos días más su marcha.

La melancolía de aquellas jornadas también afectó a la señorita Braun, y esta contagió al propio Führer. Yo pasé muchas tardes en compañía de los muchachos del Begleitkommando, porque la señorita Braun y Adolf Hitler se encerraban durante horas en su habitación, entre conferencia militar y conferencia militar, y pasaban el rato tumbados sobre la cama, leyendo viejas revistas o mirando los álbumes fotográficos de Eva Braun. Fotografías de los viejos tiempos. Sé esto porque la propia señorita Braun me lo confió. Por la noche, después de terminar la velada en la gran sala, el Führer pasaba más de dos o tres horas solo, ante el gran ventanal, contemplando la oscura silueta de las cumbres alpinas. Eva Braun lo esperaba en su habitación, despierta, pero él nunca subía antes de las cuatro de la madrugada. Aunque el doctor Morell seguía inyectándole sus estimulantes, el aspecto físico de Adolf Hitler había vuelto a empeorar. Su mirada cansina, brumosa, las bolsas bajo sus ojos, su andar, cada día más lento... A veces, mientras sostenía su taza de té, pude observar que incluso empezaban a temblarle un poco las manos. En unos días, en muy pocos días, parecía haber envejecido años.

Si no recuerdo mal, el 14 de julio el general Bormann nos informó de que el Führer había decidido trasladar su cuartel general a Rastenburg y que partiría dos días después. Para mi sorpresa, la señorita Braun encajó bien la noticia. Pero solo fue un espejismo. Se derrumbó totalmente el día de su marcha.

La noche anterior a la partida del Führer, tuve un encuentro breve e inquietante con él. Adolf Hitler quiso hablar conmigo una vez terminada la cena. Mientras sus más estrechos colaboradores ya se encontraban en la gran sala esperando para iniciar la conferencia militar, Heinz Linge me informó de que Hitler quería verme en su despacho. Yo acababa de dejar a las señoras en la bolera, bebiendo y charlando animadamente de sus cosas.

Cuando entré en el despacho, el Führer estaba estudiando con su gran lupa unos mapas que tenía amontonados sobre la mesa. Yo me cuadré e hice el saludo reglamentario. Adolf Hitler me miró fugazmente y me dijo:

—Ah, comandante Muntz, siéntese. Ahora mismo estoy con usted.

Durante un rato continuó estudiando los mapas. En varias ocasiones movió ligeramente la cabeza hacia los dos lados. Era un mapa de Rusia. Antes de hablar, dejó la lupa sobre los planos y se pasó los dedos por los ojos, en señal de cansancio. Luego, me habló:

—Comandante, seré breve. Primero, quiero anunciarle que he solicitado a las SS que sea usted ascendido a teniente coronel. El ascenso se producirá en las próximas semanas.

—*Mein Führer*, no hacía falta que...

—Calle, calle, es lo menos que puedo hacer. También he solicitado que la señorita Kastrop y la camarera Rauch sean adscritas a mi Estado Mayor. Eva pasará a engrosar la nómina de mi equipo de fotógrafos, ya se lo he comunicado al señor Hoffmann. Ya sabe, es por si acaso.

En ese momento no lo entendí. Tardé todavía unos meses en hacerlo.

—En segundo lugar, ¿recuerda el día que le enseñé los cuadros que guardo en mi sala de pintura del Kehlstein?

—Naturalmente, *mein Führer*.

—¿Recuerda lo que dije que tenía que hacer con ellos si a mí me sucedía algo?

—Lo recuerdo, *mein Führer*.

—Bien, es posible que en los días venideros reciba un telegrama mío desde Rastenburg. En ese telegrama solo habrá escrita una palabra: «actúe». No quiero que nadie más esté al corriente de esto. En cuanto reciba el telegrama, ejecute las órdenes que le di. Queme los cuadros. Todos. Tendrá trabajo, podrá acompañarle una persona de su entera confianza. ¿Tiene a alguien?

—Sí, *mein Führer*. Lo tengo.

—Muy bien, eso es todo. Puede retirarse. Tengo que reunirme con mis colaboradores.

—Como usted ordene, *mein Führer*.

Iba a ejecutar el saludo, pero me pidió con las manos que no lo hiciera. Y aún me dijo una cosa más:

—Comandante, si algo no fuera bien durante mi estancia en Rastenburg, dejo a su elección el momento de regresar a Múnich. Una vez allí, ya pensaríamos qué hacer. Si a mí me sucediera alguna cosa, la seguridad de la señorita Braun recaería exclusivamente en usted. No quiero a nadie más cerca de ella. Sabe que tendría que ponerla a salvo...

—Puede estar tranquilo, *mein Führer*. Usted sabe que yo pondría en juego mi propia vida por que nada le sucediera a la señorita Braun.

—Lo sé, comandante Muntz. Lo sé. En ese aspecto, me marché tranquilo. Muy tranquilo.

* * *

A la mañana siguiente, la comitiva del Führer estaba preparada para abandonar el Berghof. Nos habíamos reunido en la gran sala. El Führer fue despidiéndose de aquellos que no le acompañaríamos a Rastenburg. Pasó largo tiempo dando instrucciones al teniente coronel Bernhard Frank, que quedaría al frente del Berghof. Yo me despedí de todos, y estaba charlando con Erich Kempka y con Otto Günsche cuando me percaté de una situación inédita. Bueno, todos lo hicimos. Se hizo un silencio en la gran sala cuando Adolf Hitler se dirigió a la señorita Braun.

—Tranquila, Effie, no tardaré en regresar. Esta visita a Prusia Oriental no será tan larga como en otras ocasiones.

«Effie». Durante todos los años que serví en el Estado Mayor del Führer, jamás escuché a Adolf Hitler dirigirse a Eva Braun con ese término. Bueno, ninguno de nosotros lo había escuchado nunca. Y menos, en público, habíamos visto que acariciara su rostro. Eva Braun se contuvo, yo la conocía muy bien, sabía que estaba a punto de romper a llorar. Pero, aunque sus ojos estaban acristalados, aguantó el tipo con gran entereza y dignidad. En ese momento me sentí muy orgulloso de ella.

—Eso espero, *mein Führer* —le dijo—. Todavía no se ha marchado y ya cuento los minutos para que regrese a nuestro lado.

Adolf Hitler le hizo un gesto con la cabeza, dio media vuelta y caminó en nuestra dirección, pues estábamos ante la puerta que comunicaba la gran sala con el pasillo que conducía al gran salón. Y entonces, sucedió algo inesperado.

Cuando ya iba a salir por la puerta, el Führer se detuvo. Se dio la vuelta, dejando que su mirada cansada recorriera la gran sala y a cuantos allí se encontraban. Y después, caminando muy lentamente, se acercó a la *Nana* de Anselm Fauerbach. Fue un momento muy impresionante,

porque el silencio que reinaba a nuestro alrededor era sepulcral. El Führer contempló con gran detenimiento cada uno de los trazos de ese bello cuadro. Era algo irreal, porque lo miraba como si no lo hubiera visto nunca. Como si fuera la primera vez que sus ojos se fijaban en esa impactante figura de mujer. Se colocó la gorra, sin apartar los ojos del cuadro. Miré a Eva Braun y ella me miró a mí. Entendí la pregunta que había detrás de su mirada vidriosa. «¿Qué le pasa?». Tardé solo unos segundos en descubrirlo. Pero nunca se lo dije. No pude hacerlo. La habría destrozado.

El Führer dio un giro rápido, cruzó las manos tras su espalda y caminó hacia nosotros. Al llegar a nuestra altura se detuvo. Miró el rostro de Otto Günsche, el de Erich Kempka y el mío y, casi susurrando, nos dijo:

—Presiento que nunca volveré a este lugar.

Casi instintivamente, nos cuadramos, levantamos el brazo e hicimos el saludo reglamentario. Todo el mundo nos imitó. Incluso Eva Braun. El silencio permanecía.

Adolf Hitler encaró con paso ligero el pasillo que conducía al gran salón. Erich y Otto lo hicieron tras él. Yo volví a mirar a la señorita Braun. Se llevó la mano a la boca. No había escuchado nada, pero, sin embargo, era como si supiera lo que el Führer nos había dicho. Quizá lo leyó en mis ojos.

Dio algo parecido a un pequeño grito, rompió a llorar y corrió hacia la escalinata que conducía a su habitación.

Adolf Hitler no se equivocó. Nunca regresó al Berghof. Aquella mañana del 16 de julio de 1944 se despidió para siempre de su palacio alpino.

* * *

La tarde del 20 de julio de 1944 vivimos uno de los momentos más tensos que puedo recordar desde mi ingreso en el Estado Mayor del Führer. El intento de asesinato de Adolf Hitler en su cuartel de Rastenburg y el posterior golpe de Estado con el que unos oficiales de la Wehrmacht pretendieron hacerse con el control del Reich y cambiar el curso de la guerra.

Para nosotros, «la conjura de julio» comenzó sobre el mediodía, aunque no fuimos conscientes de la gravedad de la situación hasta mucho más tarde. Esa mañana había llevado a la señorita Braun y a sus amigas a nadar al lago Königssee, como todos los días. Además de Eva Braun, nos habían acompañado Herta Schneider, la señorita Kastrup, Margarete Speer, Anni Brandt y Maria von Below. Yo las estaba esperando, sentado en la hierba, mientras ellas se cambiaban. Sobre esa hora, todos los días, solíamos degustar la comida que nos habían preparado en la cocina del Berghof. Me sorprendió ver dos coches de las SS que se acercaban hacia donde yo me encontraba. Aparcaron al borde de la carretera, y de uno de ellos descendió un capitán, de nombre Hassler, con el que había hablado muchas noches en la caserna. Me levanté y esperé a ver lo que ese capitán tenía que decirme.

—Mi comandante, me envía el teniente coronel Frank, tienen que regresar inmediatamente al Berghof. Ha sucedido algo, me ha dicho que no pueden perder ni un minuto.

—¿Qué ha pasado, Hassler?

—Lo desconozco, mi comandante. El teniente coronel le informará de todo cuando lleguemos.

Sabía que las señoras tardaban mucho en cambiarse, había días que podía esperarlas hasta más de una hora. Lo primero que pasó por mi cabeza fue que quizá se tratase de una alarma

antiaérea. Decidí dirigirme hacia la casita de montaña que se había habilitado, además de como zona de recreo y descanso, para que las damas se cambiaran.

Subí las escaleras de dos en dos y, sin tocar antes, abrí la puerta de la habitación que solían utilizar para vestirse. Cuando entré, estaban desnudas, pero a ninguna pareció importarle. Sabían que yo nunca habría actuado así, de modo que pensaron que algo grave había sucedido. Lo hice de forma deliberada. Era mejor que lo pensarán.

—Señoras, señoritas, por favor, vístanse a la mayor brevedad. Dos vehículos han venido desde el Berghof a recogerlos. El teniente coronel Frank ha pedido que regresemos inmediatamente.

—¿Es una alarma antiaérea? —preguntó Herta Schneider.

—No lo sé.

La señorita Braun se acercó a mí. Una especie de nube oscura había ensombrecido sus ojos.

—No, es otra cosa —dijo—. Lo sabía, lo sabía. Él lo sabía.

—Por favor, no tarden. Las esperaré abajo.

Me sorprendieron mucho esas palabras de Eva Braun. Sabía algo, no sé cómo, pero sabía algo. Esa reacción, esa mirada... Cuando ella actuaba así, siempre había una razón. En ese momento, quizá influenciado por las palabras de la señorita Braun, la imagen del Führer contemplando la *Nana* de Anselm Fauerbach acudió a mi cabeza.

Durante todo el camino de regreso al Berghof, Eva Braun permaneció en silencio. Eso era muy extraño en ella, recuerdo que a veces bromeábamos, yo le proponía un juego: que permaneciera un minuto callada. Nunca lo conseguía y siempre terminábamos riendo. Yo en aquel momento seguía pensando que todo se debía a una alarma antiaérea. De hecho, vimos cómo la artillería estaba desplegando sus cañones entre las montañas que rodeaban el palacio alpino. Pero un poco más tarde cambié de opinión. Camiones de las SS, repletos de soldados, se estaban desplegando por todo el perímetro del complejo-ciudadela. Muchos de ellos se dirigían a las villas que los jefes tenían diseminadas por los valles alpinos. Otros estaban tomando posiciones en puntos estratégicos. Esa visión me llevó a decir:

—Esto no es una simple alarma antiaérea. Esto es una movilización general.

Estas palabras causaron un efecto de nerviosismo que nunca había visto en la señorita Braun. Lo sé porque se llevó una de sus manos a la boca y empezó a mordisquear sus uñas. Eso era algo impensable en ella. Le dedicaba mañanas enteras al cuidado de sus manos, que siempre presentaban un aspecto perfecto de manicura. Y en cuanto a la pintura de sus uñas..., en una ocasión llegó a increpar a Liesl Rauch porque llevaba las uñas sin pintar. Le dijo:

—Liesl, debes pintarte esas uñas inmediatamente. Fíjate, parecen las manos de una porquera.

El Berghof estaba totalmente tomado por las SS cuando nosotros llegamos. Había unidades de tres o cuatro hombres armados, apostados en la escalinata de acceso al edificio y en la puerta principal. También ocupaban la terraza, donde pude distinguir que estaban montando nidos de ametralladoras. Estaba claro que algo muy grave había sucedido.

Un teniente nos recibió en la puerta. Sin formalismos, se dirigió a mí y me dijo:

—Comandante Muntz, acompáñeme, por favor. El teniente coronel Frank está aguardándole. Las señoras pueden esperar en la terraza...

—No, yo voy donde vaya el comandante —dijo Eva Braun.

—Lo siento, señorita, pero el teniente coronel...

—No me importa lo que haya dicho el teniente coronel. Yo voy donde vaya el comandante —Eva Braun me miró con ojos suplicantes—. Werner...

Su estado de nerviosismo era peor de lo que me imaginaba. Aquella fue la primera vez que la señorita Braun me llamó por mi nombre de pila en público.

—Yo también voy —dijo Maria von Below.

—No, Maria, tú vete a la terraza con las demás. Yo bajaré enseguida y explicaré lo que pasa —se apresuró a decirle Eva Braun.

No quería montar un escándalo en ese momento, así que le dije:

—Está bien, venga conmigo. Pero, por favor, esté callada.

Movió afirmativamente la cabeza.

Acompañamos al teniente por los largos pasillos del Berghof. El teniente coronel Bernhard Frank se había instalado con sus colaboradores en el despacho del general Bormann, debido al gran número de teléfonos disponibles. Cuando entramos, todos estaban ocupados. La centralita, situada en la habitación contigua, también funcionaba a pleno rendimiento.

El teniente coronel Frank estaba hablando por uno de ellos cuando nos vio aparecer. Torció el gesto al ver a la señorita Braun. Colgó y se dirigió hacia nosotros:

—Comandante Muntz, por orden del general Bormann he decretado la movilización general en todo el perímetro del Berghof —se detuvo y miró incómodo a la señorita Braun—. Ella no puede estar aquí.

—No se preocupe, yo respondo por ella.

—Está bien, pero que se siente ahí y espere. Usted acompañeme.

—Werner, quiero que alguien me diga lo que ha pasado. ¡Exijo que alguien me lo diga!

—Tranquícese, señorita Braun, siéntese aquí y espéreme. En un momento vuelvo y le explico todo.

Se sentó en uno de los butacones del despacho. Uno de los colaboradores de Frank se acercó y le preguntó:

—¿Quiere un vaso de agua, señorita?

—Sí, gracias —contestó ella.

Yo acompañé al teniente coronel fuera del despacho. Nos detuvimos en la puerta de la centralita.

—¿Qué ha pasado, Frank?

—Werner —siempre nos tuteábamos, nos conocíamos desde hacía años y compartíamos una buena amistad—, un atentado en Rastenburg. El Führer ha resultado herido, desconozco la gravedad. Hay muchos heridos, posiblemente muertos. Me lo ha confirmado el general Bormann. Sobre las tres de la tarde se ha producido un intento de golpe de Estado en Berlín. Ahora mismo está en marcha. Parece que lo dirige un tal Remer, que está al frente del ejército de reserva. Hace pocos minutos han entrado en el Ministerio de Propaganda. No sé nada más. El general Bormann me ha ordenado que decrete César II, una movilización general de todas nuestras fuerzas en el Obersalzberg. Está diseñado para repeler cualquier tipo de intento de asalto al Berghof. Ahora mismo es todo lo que te puedo decir. Tenemos que seguir esperando.

—¡Dios mío! —es lo único que se me ocurrió decir.

Miré a la señorita Braun. Bebía compulsivamente el vaso de agua, sujetándolo con las dos manos. Estaba al borde del colapso. Tenía que decirle algo y tranquilizarla. Era increíble, pero

desde el primer momento, en la casa de campo del Königssee, ella sabía que le había pasado algo al Führer. La pregunta era por qué lo sabía.

—¿Qué le digo? —le pregunté a Frank.

—Es testaruda, ¿eh?

—Como una mula.

—Dile lo del Führer, dile que ha sido herido, pero que no es nada grave. Entretenla de alguna manera hasta que sepamos algo más. De lo de Berlín no le digas nada.

Entré al despacho y le dije a la señorita Braun que me acompañara. Me la llevé a una antesala donde se cruzaban los pasillos que conducían a los despachos y los que llevaban hacia el ala de los edecanes.

—Ha habido un atentado contra el Führer en Rastenburg, señorita Braun, pero no se preocupe, el Führer está bien...

—¡Un atentado! ¡Un atentado! ¡Dios mío, un atentado! ¿Quién ha sido, Werner? ¿Quién ha sido?

Se agarró con fuerza a las solapas de mi guerrera. Estaba fuera de sí. Empezó a llorar.

—¡Dígame la verdad, Werner! ¿Le ha pasado algo al Führer? Está herido, ¿verdad? ¡Dígame la verdad!

—Señorita Braun, confíe en mí. El general Bormann ha hablado con el teniente coronel Frank desde Rastenburg y le ha dicho que el Führer está bien. En cuanto tengan más noticias, nos las comunicarán.

—Tengo que decírselo a Maria, Nikolaus está allí. Y a Anni, y a mi hermana Gretl, Hermann también está allí. Y tengo que hablar con el Führer. ¡Por favor, Werner, tengo que hablar con el Führer!

—Mire, vamos a hacer una cosa. Frank no quiere que esté aquí, pero yo, bajo mi responsabilidad, voy a dejar que lo haga. No nos moveremos de aquí. Esperaremos noticias y, en cuanto sea posible, conseguiré que hable con el Führer. Se lo juro.

Esas palabras parecieron tranquilizarla. Pero no detuvieron el flujo de sus lágrimas.

—Lo sabía, él lo sabía, Werner. Sabía que le iba a pasar algo. Los últimos días estuvo muy inquieto, no dormía bien. Le costaba concentrarse en todo. Temía que algo le sucediera y que yo me quedara sola aquí, sola ante mis enemigos. Solo le tranquilizaba la idea de que usted estuviera a mi lado, pero también temía que le hicieran algo a usted.

—¿Temía que me hicieran algo a mí? ¿Quién? ¿Y por qué dijo que usted tenía enemigos?

—No lo sé, Werner, pero es la verdad. Eso me dijo. El Führer tenía la impresión de que nunca regresaría al Berghof, por eso postergó tanto su partida. Quería aprovechar hasta el último segundo de su estancia aquí. Hasta el último segundo.

Una incógnita se cerraba y otra se abría. Allí las cosas siempre eran así.

* * *

Aquella tarde, la espera de noticias se hizo eterna. Sobre las cinco y media, escuchamos una algarabía por las escaleras que conducían a la zona de los despachos. Era Gretl Braun, acababa de llegar al Berghof desde la villa que compartía con Hermann Fegelein. Cuando la señorita Braun la vio, corrió hacia ella. Se abrazaron y lloraron desconsoladamente. Gretl no hacía más

que repetir:

—¿Y Hermann? ¿Se sabe algo de Hermann?

Y la señorita Braun le contestaba.

—No sé nada de Hermann, Gretl. Tampoco sé nada del Führer. Nadie me dice nada. ¡Nadie me dice nada!

Gretl Braun también se quedó con nosotros. Las horas transcurrían con lentitud y las noticias llegaban con cuentagotas. Pasadas las siete, la señorita Braun sufrió algo parecido a un ataque de nervios. Se levantó de su silla y, dirigiéndose a todos los hombres que hablaban por los teléfonos, gritó:

—¿Quiere alguien decirme por qué no puedo hablar con el Führer? ¡Quiero hablar con el Führer! ¡Exijo hablar con el Führer! ¡Y quiero saber quién ha atentado contra su vida! ¿Quiénes han sido? ¿Los judíos? ¿Los bolcheviques? ¿Quiénes...?

—No, no han sido ellos —dijo Frank. Llevaba el teléfono en su mano.

Se hizo un tenso silencio. Todas las miradas se dirigieron a él, pero Frank había fijado su vista en mí. Entonces, todos los ojos se centraron en mi persona. También los de Eva y Gretl Braun.

—Han sido de nuestro ejército. Prusianos. Cerdos de sangre azul.

Puedo asegurar que en esos momentos sentí odio en sus ojos. Odio hacia mí.

—¿Cómo? —pregunté.

—Me lo acaba de confirmar el Reichsführer Himmler. Lo tengo al teléfono. Por cierto, quiere hablar con usted, Muntz.

Caminé hacia él, pero en ese momento me dijo:

—No, aquí no. En la centralita. Quiere hablar en privado.

Antes de abandonar el despacho, miré a las hermanas Braun. Estaban abrazadas. Me observaron con miedo.

Al entrar en la centralita, uno de los operadores me llamó:

—Aquí, comandante.

Me entregó los auriculares y me cedió su silla. Salió de la centralita.

—Mi Reichsführer, soy el comandante Muntz.

—Muntz, me alegro de hablar con usted. ¿Qué tal todo por el Berghof?

—Controlado, mi Reichsführer. Hemos pasado los lógicos momentos de tensión, pero está todo bajo control. ¿Cómo se encuentra el Führer?

—Bien, está bien. Solo ha sufrido heridas leves. Puede decirle a la señorita Braun que en breve se pondrá en contacto con ella.

—¿Y a las demás? Ya sabe, a Gretl...

—Lo mismo, Fegelein solo ha tenido algún rasguño, al igual que Von Below. Algunos de los principales colaboradores del Führer, sin embargo, han sufrido heridas graves: Korten, Schmudt, Heinz Brandt..., su estado es crítico.

—¿Quiénes han sido, mi Reichsführer? ¿Quién ha cometido el atentado?

—Gente de la Wehrmacht, Muntz, un grupo de oficiales prusianos han dirigido el atentado de Rastenburg y el intento de sublevación de Berlín. ¡Nadie de las SS, por supuesto! El general Bormann me ha informado de que sospechan que la bomba la colocó un oficial encargado de presentar ante el Führer los informes del ejército de reserva. Su nombre es Von Stauffenberg. Los

sediciosos de Berlín han sido Olbricht, Fromm, Mertz von Quirnheim... Hay cientos, en este momento estamos acabando con los últimos focos de resistencia. Después, haremos justicia. Como solo nosotros sabemos hacerla.

—Eso espero, mi Reichsführer.

—¡Ha sido una afrenta al Führer y al Reich! Este acto infame no quedará sin respuesta. Correrá la sangre, Muntz. Puedo asegurarle que correrá la sangre. Usted hable con la señorita Braun e intente tranquilizarla. Como le he dicho, el Führer no tardará en ponerse en contacto con ella.

—Como usted ordene, mi Reichsführer.

La señorita Braun y Gretl estaban esperándome en la puerta del despacho del general Bormann cuando abandoné la centralita.

—Señorita Braun, el Führer se encuentra bien, en las próximas horas se pondrá en contacto con usted.

—¡Gracias a Dios, Werner! ¡Gracias a Dios!

Se abrazó a su hermana.

—¿Y Hermann? ¿Sabe algo de Hermann? —me preguntó Gretl con ojos suplicantes.

—También se encuentra bien, Gretl. El Reichsführer me ha dicho que solo ha sufrido algunos rasguños sin importancia.

Volvieron a llorar.

—Esperen aquí, le avisarán cuando reciba la llamada del Führer. Yo voy a bajar, las demás señoras también se merecen que hable con ellas.

Estaban en la gran sala. Margarete Speer y Anni Brandt se veían tranquilas, sabían que sus maridos se encontraban en Berlín. Pero Maria von Below corrió hacia mí en cuanto me vio entrar. Estaba tan desesperada como la señorita Braun y su hermana Gretl.

—¡Comandante Muntz! ¿Sabe algo de mi marido?

—Sí, señora Von Below. He hablado con el Reichsführer y no debe preocuparse. Nikolaus se encuentra bien, solo ha sufrido heridas leves.

Se llevó la mano a la boca, se echó a llorar y abandonó corriendo la gran sala.

Cuando regresé al despacho del general Bormann, la señorita Braun no se encontraba allí. Gretl me dijo que estaba en la centralita, hablando con el Führer. En un día como aquel, después de sufrir un atentado y abortar un golpe de Estado, Adolf Hitler había cumplido su palabra. Había llamado al Berghof a Eva Braun.

Cuando salió, parecía eufórica. Se abrazó a su hermana y a mí. Hablaba tan rápido que casi no se le entendía:

—¡Está bien! ¡El Führer está bien! Algunas astillas se han clavado en su pierna y ha perdido temporalmente la audición de un oído. ¡Pero está bien! Dice que ha sido la Providencia, que hoy se ha demostrado que debe permanecer al frente del Reich hasta el momento final. Que solo él, y nadie más, puede llevar al Reich a la victoria. Quiero que mañana me lleve a esa iglesia de Berchtesgaden, comandante Muntz. Porque yo creo que ha sido Dios, ha sido Dios quien le ha salvado la vida. Quiero agradecérselo. ¿Verdad que ha sido Dios, comandante Muntz? ¿Verdad que ha sido Dios quien le ha salvado la vida?

—Claro, señorita Braun. Tiene usted toda la razón.

Corrió la sangre. Como me había dicho el Reichsführer Himmler, esa noche corrió la sangre.

Pasadas las dos de la madrugada, el teniente coronel Frank nos comunicó que había recibido una llamada de Berlín. Los principales cabecillas del complot del 20 de julio habían sido ejecutados en la sede del OKH, en la Brendlerstrasse. Ese solo fue el comienzo. Cientos de involucrados en «la conjura de julio» murieron en los siguientes días y en los siguientes meses. Claro que corrió la sangre. Ya lo creo que corrió la sangre.

Esa noche estuve un buen rato contemplando la *Nana* de Anselm Fauerbach en la soledad de la gran sala. Quería descubrir qué había visto el Führer allí cuatro días antes, en aquella obra, en ese lienzo que representaba a una dama de inigualable belleza. Quería entender por qué se detuvo ante ese cuadro. Precisamente, ante ese cuadro. No lo conseguí. Si Adolf Hitler vio alguna señal de su futuro, de nuestro futuro, en la imagen de esa bella mujer, yo nunca llegué a descubrirlo.

Más tarde salí a la puerta principal del Berghof y me encendí un cigarrillo. Aunque el teniente coronel Frank había decidido mantener la movilización general hasta el día siguiente, algunos de los hombres de las SS que habían tomado el control del Berghof regresaban a la caserna. Uno de ellos, Hans Heinkel, un asiduo a las fiestas a las que yo antes asistía, se acercó a mí y me pidió fuego. Dio una calada y, sin mirarme, me dijo:

—¿Sabe una cosa?, comandante, lamento que esos oficiales que se han sublevado en Berlín no hayan tenido éxito. Esta guerra está perdida, el Führer no sabe dirigirla, el Reich camina hacia la destrucción. Y Alemania también será destruida. Todos caminamos hacia la destrucción, todos seremos destruidos. Por lo menos, ellos han intentado hacer algo. Sí, por lo menos, lo han intentado.

Arrojó el cigarrillo, me dedicó una triste sonrisa y caminó hacia la escalinata.

—Heinkel, sabe que podría ordenar que lo detuviesen por lo que ha dicho. Derrotismo y alta traición, podía incluso solicitar que lo fusilaran, aquí, esta misma noche.

—Sí, lo sé. Pero no lo hará. ¿Y sabe por qué, comandante? Porque creo que piensa lo mismo que yo. Y porque creo que usted también está harto. Harto de esta guerra, harto de esta mierda. De toda esta mierda que nos rodea.

Siguió su camino. Quizá fuera el cansancio, o la tensión vivida durante todo ese día. O la mirada de odio del teniente coronel Frank cuando se conoció quién estaba detrás del atentado de Rastenburg. O la mirada de miedo que me dedicaron Gretl y Eva Braun. Pero llevé mi mano hacia la cartuchera y acaricié la culata de mi Walther. Estuve a punto de desenfundarla y meterle a ese cretino de Heinkel una bala en la cabeza. Allí, en la puerta principal del Berghof. Pero la volví a guardar. Y saqué otro cigarrillo de mi pitillera.

Para nosotros, «la conjura de julio» todavía nos reservaba un capítulo más, un capítulo casi místico que viví unos días más tarde del atentado contra el Führer en Rastenburg, en la habitación de la señorita Braun. Mientras, la sangre seguía corriendo como uno de esos ríos salvajes de montaña por todo el Reich.

* * *

Unos días más tarde del atentado de Rastenburg, Eva Braun recibió en el Berghof un regalo del Führer que rozaba lo místico. La señorita Kastrup bajó a buscarme a la terraza y me pidió que la acompañara a la habitación de la señorita Braun, porque ella quería enseñarme algo. Recuerdo que mientras ascendíamos por la escalera le pregunté qué era lo que sucedía, pero ella solo me dijo:

—Ha recibido algo muy importante y quiere enseñárselo. Está muy emocionada.

Eva Braun estaba sentada en su enorme cama. Se secaba las lágrimas de sus ojos con uno de esos exquisitos pañuelitos que tenía, con esas alas de mariposa bordadas que formaban sus iniciales. Sobre la cama, extendido, se encontraba un uniforme chamuscado y desgarrado. Los pantalones se veían deshilachados y en la guerrera faltaba un trozo de tela. Lo reconocí al instante. Era uno de los uniformes de Adolf Hitler.

—Mire, comandante Muntz, el Führer me ha enviado el uniforme que llevaba el día del atentado. ¿Verdad que es un detalle muy bonito? ¿Verdad que es una muestra de amor? Lo guardaré como una reliquia. Este uniforme demuestra que el Führer es el primero de sus soldados, que también él sufre las consecuencias de esta guerra que nos han impuesto los malvados judeobolcheviques. Le buscaré un lugar de honor para exhibirlo. Todo aquel que visite nuestro hogar verá así el gran sacrificio que el Führer ha hecho por su pueblo.

No quise decirle lo que pensaba. La contenté, como siempre, con frases que ya tenía hechas y que utilizaba para momentos específicos o embarazosos como aquel. El regalo del Führer me resultó macabro. Uno de los regalos más macabros que Adolf Hitler pudo hacerle en su vida. Meses más tarde, en la claustrofóbica red de galerías bajo el suelo de Berlín, pude ver cómo el Führer se superaba a sí mismo, pude comprender hasta qué punto nuestro líder rendía culto a la muerte, y quizá entonces comprendí también por qué en su momento envió ese uniforme destrozado a la señorita Braun. Pero esto lo relataré un poco más adelante.

Eva Braun llevaba en su mano una carta timbrada con el cuño del Estado Mayor del Führer y sellada con lacre. Mirándonos a la señorita Kastrup y a mí, nos dijo:

—Ahora, dejadme sola. El Führer me ha enviado una carta y quiero leerla en soledad.

No sé si sería por el uniforme, o por lo que el Führer le escribió en esa carta, pero durante las siguientes semanas el estado de ánimo de la señorita Braun fue excelente. Pese a que el ambiente en el Berghof se tornó lúgubre, Eva Braun quiso mantener vivas todas las tradiciones que se establecían cuando nos visitaba el Führer. Por las mañanas tomaba el sol en la terraza o íbamos a nadar al Königssee. En algunas ocasiones, lo hicimos solo acompañados por la señorita Kastrup y Herta Schneider, la única invitada que quedaba alojada en el palacio alpino. La mayoría de las amigas de Eva Braun y las esposas de los jefes residían en sus villas del complejo-ciudadela y ya solo visitaban el Berghof de manera ocasional. Casi todos los miembros de la «corte de la montaña» se encontraban en el cuartel general del Führer en Rastenburg o viajando continuamente por todo el Reich, en aquellos momentos críticos de la guerra, cuando los aliados angloamericanos se acercaban peligrosamente a las fronteras occidentales de Alemania y el Ejército Rojo estaba muy cerca de alcanzar Prusia Oriental. Puede resultar curioso, pero lo que más echaba de menos era ver corretear a los niños por los intrincados pasillos del Berghof. Ya no había niños. Ni siquiera acudían cuando nos visitaban sus madres.

Muchas mañanas, Eva Braun y yo desayunábamos solos en la terraza, y después, sentada en una de las tumbonas, era yo el encargado de ponerle esas cremas de protección solar de Elizabeth Arden que ella utilizaba. Eso habría resultado imposible años atrás. Pero durante muchas mañanas de finales de aquel verano solo sus perritos *Negus* y *Stasi* nos estaban observando.

Las «tardes del té» se mantuvieron, aunque cada vez éramos menos los que nos sentábamos a la mesa. Y también las veladas. Eva Braun quiso seguir viendo dos películas cada noche. Durante aquellos meses, aprovechó la ausencia del Führer para repasar la filmografía de Marika Rökk, una de las pocas actrices alemanas que le gustaban. Recuerdo que algunas de esas películas, como

Karusell o *Es war eine rauschende Ballnacht*, las vimos en repetidas ocasiones.

Aunque yo nunca se lo comuniqué, a principios de septiembre me llegaron noticias de que la salud del Führer había empeorado. Margarete Speer habló conmigo para decírmelo, Albert se lo había referido al regresar de un encuentro con el Führer en Rastenburg. Por aquellos días, yo también recibí una noticia: mi ascenso se hizo oficial. Tal como me prometiera el Führer un día antes de su partida, fui ascendido a teniente coronel (*obersturmbannführer*). Teniente coronel SS Werner Muntz. Aquel fue mi último ascenso.

Aquel día decidí celebrarlo yo solo. Desde la marcha del Führer, no había vuelto a mantener ningún encuentro sexual con Liesl Rauch. Así que cogí dos botellas de aguardiente y me las bebí en mi habitación. Las acompañé con esos estimulantes que continuaba tomando. Aquella noche ingerí dos pastillas mezcladas con el aguardiente. El efecto fue devastador. Me quedé en un estado semiinconsciente, tumbado en el suelo, a medio vestir. Vomité y me oriné encima. Supongo que fue la imagen más visible de la destrucción moral en la que estuve inmerso durante aquellos años. Del joven que se hizo cargo de la seguridad de la amante de Adolf Hitler en el verano de 1935 ya no quedaba nada. La viciada atmósfera del Berghof me había convertido en algo así como un degenerado. Mi aspecto físico también había cambiado: perdí muchos kilos, incluso algunos de mis uniformes me quedaban grandes. Sufría de continuos mareos, tenía calambres estomacales, vomitaba en muchas ocasiones y padecía diarreas muy a menudo. No había vuelto a tener ninguna alucinación, pero muchas noches sufría pesadillas espantosas. En una, el Reichsführer me pedía que ejecutara Blancanieves, y yo recorría un Berghof abandonado, con la Walther en la mano, buscando a la señorita Braun para meterle una bala en la cabeza. En otra, mis compañeros del Leibstandarte se levantaban de fosas perdidas en naciones lejanas, cadáveres putrefactos que me recriminaban que ellos habían muerto en el campo de batalla mientras yo disfrutaba de los excesos de la corte de Hitler. Una noche soñé que mi padre y la señorita Else me miraban, sentados en unas sillas de mi dormitorio, mientras yo retozaba con la camarera de Eva Braun. Ellos señalaban asqueados nuestros cuerpos cubiertos de sudor, de sangre y de los fluidos del sexo. Acababa dando grandes alaridos. Sé que alguna de esas noches desperté a la señorita Braun, porque vi luz en la rendija bajo la puerta que comunicaba nuestras dos habitaciones. Pero ella nunca me dijo nada.

Esa noche me desperté cuando Liesl Rauch me arrojó sobre el rostro un jarro de agua fría. Había intentado hacerme recobrar el sentido por otros medios, pero le resultó imposible.

—¿Qué haces aquí, Liesl?

—He tenido el presentimiento de que me necesitaba, *liebchen*.

Me ayudó a llegar al baño, me desnudó y me lavó dentro de la bañera, mientras yo tiritaba de frío y ella limpiaba mi espalda con una suave esponja. No hablamos. Cuando terminó, encendió dos cigarrillos y me dio uno. Se sentó en el suelo, frente a la bañera, y me dijo:

—¿Qué pasaría si cogiéramos esa pistola que tiene usted ahí fuera y nos pegáramos cada uno un tiro en la cabeza?

—Que dejaríamos de cumplir con nuestro deber, Liesl.

—No creo que nos enterraran como a dos traidores o dos cobardes. Más bien creo que nos enterrarían como a dos héroes. El Reichsführer nos condecoraría a título póstumo. Pronunciaría unas palabras en nuestro funeral y diría: «Camaradas, rindamos homenaje a estos dos valientes combatientes del nacionalsocialismo. Eva Braun era tan impertinente que al final no tuvieron más remedio que pegarse un tiro en la cabeza. Que Wotan los reciba en el Walhalla y disfruten de la

gloria de los dioses».

Reímos. Fue una de las pocas veces que Liesl Rauch me hizo reír. Esa noche la vi con unos ojos diferentes. Parecía otra. Se levantó, entró en la habitación y regresó al momento. Llevaba en la mano una botella de aguardiente, aún quedaba la mitad, y el frasquito de estimulantes. Se quitó el camisón y se volvió a sentar, esta vez desnuda, frente a la bañera.

—¿Sabe algo, teniente coronel Muntz?, nunca me he emborrachado. ¿Qué se siente?

—Nada. Es una mierda, Liesl. Una auténtica mierda.

Dio un largo trago a la botella. Puso una cara espantosa y dijo:

—Aggg, ¿qué es esto?

—Schnapps, Liesl. Aguardiente.

Puso dos pastillas en su mano y se las tomó. Volvió a dar otro largo trago.

—¿Se hace así?

—No. No debes hacerlo así. El aguardiente y los estimulantes no deben mezclarse, Liesl.

—Pero usted lo hace.

—No debes hacer lo que yo hago.

Se terminó la botella. Poco después se quedó dormida. Yo la observaba desde dentro de la bañera, sin moverme. Cuando despertó, intentó levantarse. Se apoyó en la pared y caminó hacia la bañera dando tumbos de borracha. Vomitó sobre el agua enjabonada.

La cogí por la nuca y la arrastré dentro de la bañera. Aparté el cabello de su rostro y la miré. Sus ojos se abrían y se cerraban.

—Ahora, ya estoy como usted. ¿Qué se creía, que iba a ser más que yo?

Le acaricié la frente y besé sus labios.

—Cualquier día iré a esa caserna y me acostaré con todos esos soldados. Uno por uno. Varias veces. ¿Qué se cree, que va a ser más que yo?

* * *

A principios del oscuro mes de octubre de 1944 recibí un telegrama del cuartel general del Führer en Rastenburg. El general Bormann me lo comunicó haciéndome llamar a su despacho. Bormann había regresado unos días antes del cuartel general del Führer en Prusia Oriental, según nos dijo, «para solucionar unos asuntos». Yo imaginaba que se trataba de algo más. Pude descubrir que, ante la proximidad del ejército soviético a las fronteras de Prusia Oriental, el Führer había decidido trasladarse definitivamente a Berlín. Pero, por otro lado, Bormann y Frank trabajaban incesantemente en reforzar la seguridad del Berghof y de todo el complejo-ciudadela del Obersalzberg. En algún momento que no recuerdo bien escuché a alguien mencionar la palabra *festung*. Fortaleza. Eso me llevó a pensar que a lo mejor el destino de su cuartel general no fuera Berlín, sino el Berghof. Unos días más tarde salí de dudas.

Cuando entré en el despacho, Bormann estaba hablando por teléfono con el ministro Goebbels. Esperé hasta que colgó. La conversación trataba sobre el estreno de la última película financiada por el Ministerio de Propaganda, creo recordar que se titulaba *Kolberg*. Bormann le aseguró que asistiría al estreno. Después de colgar, me entregó un telegrama que había sobre su escritorio.

—Ha recibido de Rastenburg este telegrama, Muntz. Es del Führer. Supongo que usted sabrá descifrar su significado.

Cogí el telegrama. En él había escrita una sola palabra: *Handeln*. Actúe. Sabía exactamente lo que tenía que hacer.

—General Bormann, necesito varias cosas para ejecutar esta orden del Führer.

—¿Qué necesita?

—Las llaves del Kehlstein y de la sala de pintura del Führer. Y tengo que llevarme a alguien del personal durante varias horas.

Sin contestarme, Bormann se dirigió a un armario que tenía en su despacho, extrajo de su bolsillo un manojo de llaves y lo abrió. Allí se guardaban todas las llaves del Berghof, solo él tenía acceso a ellas. Dejó sobre la mesa las dos que le había pedido.

—Ah, y un coche para...

—Coja el que quiera.

—Gracias, general.

Salí del despacho. Recordé que el Führer me pidió que llevara para esa misión a una persona de mi entera confianza. Iba a llevar a alguien en quien no confiaba, en quien nunca confié, pero que, curiosamente, era la única persona que podía acompañarme para cumplir mi cometido.

Liesl Rauch estaba preparando una pequeña merienda para la señorita Braun en la cocina del Berghof. Se sorprendió al verme aparecer.

—Liesl, deja lo que estés haciendo, tienes que acompañarme un momento.

—Pero le estoy preparando una merienda a la señorita Braun. Si no se la llevo...

—Sírvesela y espérame al pie de la escalinata. Te recogeré allí.

Esa tarde llovía a mares en el Obersalzberg. Cogí uno de los vehículos estacionados en el parque móvil del Berghof y dos bidones de gasolina que introduje en el maletero. Solo era media tarde, pero tuve que encender las luces porque el día era muy oscuro. Liesl, protegiéndose de la lluvia con un paraguas, me esperaba como le había ordenado a los pies de la escalinata. Subió al vehículo. Mientras dejaba el paraguas en el asiento trasero, me preguntó:

—¿Adónde vamos?

—De excursión —le contesté.

—Bonito día para ir de excursión —me respondió ella.

Cuando llegamos al Kehlstein había dejado de llover. Nunca olvidaré la impresión que me produjo ese lugar aquella gris tarde de octubre. Era como un edificio fantasma poblado por fantasmas. La soledad y el silencio en su interior eran sobrecogedores. Solo unos meses antes, había albergado la tumultuosa fiesta de la boda de Gretl y Hermann Fegelein. Y ahora... era como penetrar en el interior de *El holandés errante*. Liesl también lo sintió. Miraba a todos lados con ojos desorbitados, como si esperara que en cualquier momento apareciese alguien por alguno de sus pasillos. Una de esas visiones que hielan la sangre.

—¿Qué hacemos aquí? —me preguntó cuando me disponía a abrir la puerta de la sala de pintura del Führer.

—Cumplir una orden del Führer, Liesl.

La sala estaba igual que el día que Adolf Hitler me la enseñó, solo que los veinte cuadros pequeños a la izquierda del pasillo habían desaparecido. Recordé que el Führer me había dicho que pensaba trasladarlos de lugar. Solo quedaban los diez cuadros de desnudos de Eva Braun, ocultos bajo las telas blancas. El olor a pintura resultaba a veces asfixiante en aquella estancia.

—¿Son cuadros?

—Sí.

—¿Del Führer?

—Sí, Liesl.

—¿Y qué tenemos que hacer?

—Quemarlos.

La mano de Liesl se deslizó hacia una de las telas que cubrían los lienzos.

—No, no puedes descubrirlos, Liesl.

Retiró la mano. Cogí uno de los cuadros. Era muy pesado.

—¿Podrás con ellos? —le pregunté.

—Teniente coronel Muntz, ¿por quién me ha tomado? ¿Por la señorita Braun?

Sonreí. Salimos de la sala cada uno con un cuadro. Hicimos cinco viajes.

Los amontonamos formando una pira en la puerta principal de la Kehlsteinhaus. Yo saqué del maletero los dos bidones de gasolina y los vertí sobre los cuadros amontonados. Pero entonces, el viento que empezaba a soplar quiso que sucediera algo.

Una de telas voló movida por el viento, dejando al descubierto uno de los posados de Eva Braun. Los ojos de Liesl Rauch se clavaron en el cuadro.

—¡Dios mío! Es como el cuadro que hay en su salita, solo que...

No le respondí. No podía hacer nada, los accidentes son accidentes, suceden y nada más. Prendí con mi mechero un trapo que había cogido en la sala de pintura y lo arrojé sobre los cuadros. Tuvimos que retirarnos, la hoguera ardió con gran virulencia, las llamaradas anaranjadas se elevaron hacia el cielo.

—¿Esos cuadros los había pintado el Führer? —preguntó Liesl.

No le contesté. Pese a lo sucedido, no estaba preocupado. Sabía que, al margen de nuestros recelos y diferencias, la lealtad de Liesl estaba fuera de toda duda. Por eso la llevé. Era consciente de que un accidente así podía suceder. Mejor que fuera ante Liesl que ante ningún otro.

Nos quedamos mirando las llamas. Lo que sucedió entonces, sí que me sorprendió. Era algo que no me esperaba.

Liesl se abrazó a mi cintura, y yo pasé mi brazo por su hombro. Mientras miraba el crepitar de las llamas, dijo:

—Parecemos dos enamorados ante la hoguera del Julfest.

Tampoco le contesté. Pero entonces, la mujer de hielo me preguntó:

—¿Usted me quiere, «prusiano»?

—No, no la quiero, Liesl.

—¿Ni siquiera un poco?

—Ni siquiera un poco. No podría quererla.

—¿Por qué?

—Porque entonces habría perdido.

Seguimos mirando las llamas. Ahora era mi turno de juego.

—¿Y tú me quieres, «mirlo blanco»?

—No, no le quiero.

—¿Ni siquiera un poco?

—Ni siquiera un poco. No podría quererle.

—¿Por qué?

—Porque entonces habría perdido yo.

Continuamos un largo rato abrazados, hasta que la hoguera quedó convertida solo en rescoldos. Fue así como desaparecieron los cuadros de desnudos de Eva Braun. Solo que cometimos un error. Algo en lo que ni el Führer ni yo habíamos pensado.

Me di cuenta más tarde, en el interior de ese maldito búnker de Berlín. De esa colección de cuadros de desnudos de Eva Braun quedó uno. El Führer no se acordó de decirme que lo destruyera, y yo, tan acostumbrado como estaba a verlo, no caí en él. Era el cuadro que estaba en la salita de la habitación de Eva Braun. No sé qué habrá sucedido con el Berghof, ni siquiera sé si todavía existe o desapareció como todo lo demás durante los últimos días de la guerra. Pero el único cuadro de esa colección se quedó allí. En la habitación de la señorita Braun.

* * *

24 de octubre de 1944; ¡cómo puedo olvidar esa fecha! Esa mañana contemplé por última vez mi habitación del Berghof. Mis maletas estaban preparadas, y yo esperaba a que los ordenanzas de las SS vinieran a recogerlas. En ese momento estaban muy ocupados, llevaban toda la mañana bajando los arcones de la señorita Braun.

La tarde anterior mantuve una entrevista con el general Bormann. Le informé de que el Führer me había capacitado para tomar la decisión de regresar a Múnich. Después de mucho pensar, decidí que había llegado el momento. La soledad del Berghof resultaba insoportable, y había empezado a afectar al estado de ánimo de la señorita Braun. Bormann me dijo que estaba de acuerdo, que al día siguiente tendría todo preparado para nuestra partida. Eva Braun, la señorita Kastrup, Liesl y yo regresábamos a «nuestra casa» de la Wasserburgerstrasse.

Aunque pueda resultar extraño, la señorita Braun no lo encajó mal. Al revés, le pareció una idea estupenda. Pensaba que yo sabía algo más, era propicia a fantasear y a creerse sus propias fantasías. Recuerdo que me dijo:

—Sé, Werner, que hay algo más. Sé que el Führer se reunirá con nosotros en Múnich. Usted lo sabe, pero no me lo quiere decir. Es una sorpresa. Pero a mí no me engaña. Lo leo en sus ojos. Sé leer muy bien sus ojos.

—A lo mejor, señorita Braun. A lo mejor el Führer nos espera en Múnich. Yo no se lo pienso decir.

—¡Lo sabía! Sería la mejor noticia que podría recibir. Ya no aguanto más, Werner. ¡Llevo cuatro meses sin verle!

Le mentí. Sabía por el general Bormann que el Führer no tenía pensado abandonar Berlín en las siguientes semanas. Le mentí como había hecho tantas, tantas veces. Como hice tantas veces durante aquellos años. Pero quiero dejar claro que siempre lo hice por su bien. Siempre lo hice por no hacerle daño.

Cuando los ordenanzas de las SS se llevaron mis maletas, caminé con paso rápido detrás de ellos. Quiero relatar con la misma rapidez este pasaje de mi historia, cuando abandoné el Berghof aquella mañana. Todavía hoy me hace daño recordarlo. Entre aquellas cuatro paredes, rodeado de aquellas montañas, pasé los mejores años de mi vida. Es cierto que su viciada atmósfera me arrastró hacia una vida de perversión y excesos; es verdad que llegué a odiar su lúgubre

monotonía y todo el ambiente de lujo, de falsedad y de vileza que acompañó a la corte de Hitler. Pero también es cierto que pasé muy buenos momentos, momentos únicos, irrepetibles. Sobre todo, con mis compañeros, algunos de ellos hombres tan engañados como yo, personas que creímos estar sirviendo a un gran líder, cuando servíamos a un inmundo asesino de masas. Fui testigo de la historia, de la Historia con mayúsculas. Viví situaciones que nadie vivió, estuve presente en momentos que cambiaron el curso del mundo, conocí a hombres a los que consideré interesantes, sin saber que formaban parte de una banda de criminales, hombres que podían haber escrito su nombre entre las páginas más luminosas de la historia y que lo hicieron en las más oscuras. Grandes cerebros de almas negras. La gloria de pocos fue la infamia de muchos, lo sé. Es cierto que compartí aquellos ocho años con algunos de los asesinos más abyectos que el mundo pueda recordar. Pero también es verdad que he descubierto que hasta de ellos se puede aprender algo. Seguramente, si algún día me dejan ustedes salir de este país que se ha convertido en mi prisión y regresar a mi patria, podré llegar a ser una buena persona. Y eso se lo deberé al hecho de haber convivido con el mal absoluto. En el futuro, sabré reconocerlo y no repetiré errores.

Descendí por la escalinata que conducía a la gran sala sin mirar atrás. Pasé ante ella sin detenerme ni ante el gran ventanal, ni ante la *Nana* de Fauerbach, como hizo el Führer. Crucé el salón sin desviar la vista hacia la terraza o hacia el jardín de invierno. Pasé bajo los soportales sin levantar la cabeza y descendí por la escalinata de la puerta principal sin girarme a contemplar la fachada del edificio por última vez. Cuanto antes partiéramos, mejor.

El general Bormann nos despidió a los pies de la escalinata. La señorita Braun y yo viajaríamos en uno de los coches, la señorita Kastrup y Liesl Rauch en otro. Cuando por fin nos pusimos en marcha, empezaba a llover. Al llegar al primer tramo de lo que yo llamaba el «camino entre las nubes», la señorita Braun se giró y contempló el edificio principal. Al hacerlo, mostró la versión más radiante de sus ojos ilusionados.

—Todavía no nos hemos ido y ya lo echo de menos. ¡Amo este lugar! Espero que volvamos en un par de semanas. No sabría vivir en ningún otro sitio del mundo.

Hasta que la silueta del Berghof no desapareció, Eva Braun no volvió a colocarse en su posición normal. Entonces, extendió los brazos y dijo:

—Bueno... ¡A Múnich!

Nunca regresamos al Berghof. Aquel fue nuestro último día en el palacio alpino. No sé si Eva Braun lo sabía, a lo mejor todo aquello era una forma de disimular. Todavía hoy parte de su personalidad sigue siendo un enigma para mí. Pero yo sí, yo sí lo sabía. Y creo que Liesl también, y la señorita Kastrup. Como unos meses atrás lo había sabido el Führer.

CUARTA PARTE

BÚNKER
(Los días oscuros)

16

EL HERALDO DE LA MUERTE

La imagen de un Múnich mutilado por el efecto de los bombardeos angloamericanos causó en nosotros una gran impresión. Particularmente en la señorita Braun. Aunque estaba muy lejos de la destrucción dantesca que cinco meses más tarde veríamos en Berlín, Eva Braun se pasó casi todo el trayecto hasta el barrio de Bogenhausen llorando y repitiendo una y otra vez:

—Múnich, mi pobre Múnich.

Afortunadamente, su estado de ánimo mejoró conforme nos íbamos acercando a nuestro barrio. Bogenhausen no había sido alcanzado todavía por los bombardeos. Yo estaba tranquilo, porque la casa de la Wasserburgerstrasse disponía desde hacía años de un refugio antiaéreo muy bien preparado, al que se accedía a través de una trampilla en el jardín. Ya lo habíamos visitado en algunas ocasiones, aunque, casi siempre, durante simulacros realizados por la defensa antiaérea de la ciudad.

Pese a todo, aquel fue para la señorita Braun un día triste. También para Liesl y para mí, pues veíamos cancelados nuestros encuentros nocturnos, que cada vez se estaban convirtiendo en más intensos. En los últimos días del Berghof nos habíamos visto en mi habitación, aunque el Führer no estuviera presente. La propia señorita Braun nos lo había pedido, decía que se sentía bien y que estaría mejor si continuábamos con la rutina habitual, incluyendo nuestros tórridos encuentros sexuales. Le hicimos caso. Pero en la Wasserburgerstrasse era diferente. Allí nunca lo habíamos hecho. Y los meses que permanecemos en esa casa no fueron una excepción.

A la mañana siguiente de nuestra llegada, el 25 de octubre, la señorita Braun me pidió que la acompañara a un lugar que no quiso revelarme. Esa mañana, parecía que la jovialidad había regresado a su rostro. Hicimos el viaje hacia ese lugar desconocido en un coche oficial de las SS. Pasear el Mercedes blanco por las calles de un Múnich en ruinas no nos pareció apropiado. Lo cierto es que nunca volvimos a conducir el Mercedes blanco. Hasta donde yo sé, ese coche quedó cerrado en el garaje de la casa hasta el fin de la guerra.

El destino de aquella visita era una casa de piedra grisácea y aspecto decimonónico en el castigado barrio de Schwabing. Hicimos el recorrido en silencio, aunque el humor de la señorita Braun parecía muy bueno esa mañana. Se había vestido con un traje de chaqueta de color negro, acompañado por una gabardina del mismo color. En los últimos meses, el negro se había convertido en su color de referencia. Eso sí, acompañaba esa vestimenta con unas gafas de sol de cristales negros y montura blanca, con dibujos de corazones rojos. Eran ridículas y anacrónicas, el día era oscuro y lluvioso, pero yo había aprendido que ella se ponía esas gafas cuando no quería

que viéramos sus ojos. No era descartable que hubiera pasado toda la noche llorando. Últimamente solía escucharla llorar cuando pegaba mi oreja a la puerta que comunicaba nuestras dos habitaciones. En la mano llevaba una pequeña carpeta de piel, de color negro, con sus iniciales grabadas en letras doradas.

Cuando el coche se detuvo, Eva Braun descendió de él y me pidió que la esperara, dijo que no tardaría mucho. En la chamuscada puerta del edificio, había una plaquita dorada que había sido alcanzada por algún fuego producto de los bombardeos. Solo una palabra era visible en esa placa: Notaría. ¿Una notaría? ¿Qué se le había perdido a la señorita Braun en una notaría?

Durante aquel tiempo de espera, contemplé las escenas que se desarrollaban a mi alrededor. Sobre las ruinas, los ciudadanos de Múnich pretendían continuar con su rutina habitual. Un grupo de jóvenes de las Juventudes Hitlerianas limpiaban los escombros que taponaban una pequeña calleja. Funcionarios muy arreglados caminaban por las calles, en ocasiones trepando sobre esos escombros, con sus carteras en la mano, tratando de llegar al centro de la ciudad. También lo hacían jovencitas elegantemente vestidas, con aspecto de secretarías, que incluso se detenían ante comercios sin cristales que, no obstante, mantenían sus escaparates, aunque por la noche se cubrían con telas o maderos. La gente compraba a los pequeños heraldos con aspecto de golfillos el periódico diario, intentando encontrar alguna buena noticia de una guerra que se estaba perdiendo irreversiblemente. De una casa cercana, sin ventanas, emergía la melodía de «Ganz leise», interpretada por la dulce voz de Kirsten Heiberg. Ahora, la ReichsRundfunk siempre ponía música ligera entre las malas noticias y la propaganda del régimen que intentaba no causar más derrotismo a una población cansada de la guerra y temerosa de los bombardeos.

La señorita Braun salió del edificio hora y media más tarde. Subió al coche y, sin decir nada, me dedicó una sonrisa cargada de tristeza. Al cabo de un rato, me atreví a preguntar:

—¿Qué ha hecho en esa casa tanto tiempo?

—Mi testamento, Werner. He hecho mi testamento.

—¿Su testamento? ¿No es demasiado joven para hacer su testamento, señorita Braun?

—¿Ha hecho usted su testamento, Werner?

—Bueno, algo así. Algo parecido. Lo hice durante aquel permiso que tuve...

—¿Y no es usted demasiado joven para hacer su testamento?

Me había pillado. Y ella había sonreído, se había quitado las gafas y me miraba de manera divertida. No quería estropear ese momento. No quería que perdiera ese buen humor.

—¿Y me ha dejado algo en su testamento, señorita Braun?

—Pues sí, sí que le he dejado algo. Toda mi lencería y mis cosméticos. Y usted, ¿me ha dejado algo en el suyo?

—Sí, claro. Mis uniformes y mi ropa interior.

Volvimos a reír. Ya no lo haríamos muchas veces a lo largo de esos oscuros y fríos meses.

Quizá aquel día comprendí que la señorita Braun pensaba como yo. Que era plenamente consciente de que todo estaba llegando a su final. No, sé que no me dejó nada en su testamento, pero unos meses más tarde, en el interior del búnker de la Cancillería, me entregó algo que no figuraba en él. El máspreciado de sus tesoros, el más valioso de sus secretos. Un tesoro y un secreto envenenado y manchado en sangre.

Diciembre y enero fueron unos meses especialmente duros en la casa de la Wasserburgerstrasse. El Führer no tenía intención de regresar a Múnich y, poco antes de Navidad,

conocimos que pasaría esas fiestas en el frente occidental, dirigiendo a nuestras tropas en la ofensiva de las Ardenas. Niebla de Otoño fue nuestro último intento de provocar una importante derrota a los aliados angloamericanos y cambiar el curso de la guerra. Yo hablaba regularmente con el general Bormann, que seguía en el Obersalzberg, y con el Reichsführer Himmler. Sabía que por aquellos días nuestra única esperanza consistía en infligir una dura derrota a los aliados occidentales y pactar con ellos, unir nuestras fuerzas contra un Ejército Rojo que avanzaba ya por el interior de nuestro Reich. Pero tras un inicio esperanzador, Niebla de Otoño fracasó. Y con ese fracaso murieron nuestras últimas esperanzas de salvación.

Pasar la Navidad sin la compañía del Führer en la casa de Múnich significó para la señorita Braun un duro revés. Su estado de ánimo cayó en picado, y yo tuve que estrechar la vigilancia. A principios de un gélido marzo, sobre el día 4, estaba fumando un cigarrillo en el jardín cuando Liesl Rauch vino a buscarme.

—Teniente coronel Muntz, tiene que venir inmediatamente a la casa. La señorita Braun está haciendo su equipaje. No sé qué pretende.

No me había comunicado nada. Esa mañana habíamos desayunado juntos y no había contado nada más que chismes sobre Herta Schneider y Anni Brandt, con las que había hablado el día anterior. Todo era muy extraño. ¿Adónde pretendía ir? ¿Al Berghof? Hablaba mucho del Berghof, lo añoraba casi tanto como al Führer. Ella sabía que no podíamos movernos de Múnich si yo no recibía una orden del general Bormann o del propio Führer. Entonces... ¿Qué pretendía? ¿Por qué estaba haciendo su equipaje?

Cuando entré en su habitación, estaba guardando sus preciados cosméticos en uno de sus arcones.

—¿Qué hace, señorita Braun? ¿Me lo puede explicar?

—Mi equipaje, Werner. ¿No lo ve?

—Pero ¿adónde cree que va?

—A Berlín, a reunirme con el Führer. No soporto más esta casa, no soporto más su ausencia. No lo soporto más. Me voy a Berlín. Y usted también debería estar haciendo su equipaje. Si es que quiere acompañarme.

Me acerqué a ella. Llevaba una de sus bonitas batas de seda de color negro. Una dulce fragancia de algún aroma oriental emanaba de su cuerpo.

—Usted no va a ninguna parte, señorita Braun. Usted no se moverá de esta casa mientras el Führer, el general Bormann o el Reichsführer Himmler no me den la orden...

—Yo me voy a Berlín ahora mismo. Usted haga lo que quiera, Werner. No necesito su permiso, ni el de ese simio de Bormann, ni el de «el fiel Heinrich». ¿Y sabe una cosa?, tampoco necesito el permiso del Führer. Me voy a Berlín. No tengo nada más que decir.

—No sabe lo que dice. En este momento, Berlín es muy peligroso...

—¡Y qué! ¿Qué me puede suceder? ¿Morir? ¿Puedo morir? Si tengo que morir, lo haré, pero lo haré junto al Führer, junto al hombre que amo. No aquí, entre estas cuatro paredes. ¡Estoy harta, Werner! ¡Harta de aguantar! ¡Siempre he obedecido, siempre he hecho todo lo que ustedes han querido! ¡Siempre sola, siempre esperando! «Señorita Braun, espere aquí; señorita Braun, nos vamos al Berghof; señorita Braun, el Führer ha ordenado...». ¡Estoy cansada, muy cansada! ¡Nunca nadie me ha escuchado! ¡Nunca nadie se ha preocupado por lo que siento! ¡Ni usted, ni Bormann, ni Himmler! ¡Ni el Führer!

Se dejó caer sobre el arcón. Sacó un cigarrillo del bolsillo de su bata de seda y lo encendió.

—Es injusta, señorita Braun. Muy injusta. Es todo lo contrario, usted lo sabe. Siempre la hemos cuidado, siempre la hemos protegido. Todo lo que el Führer ha hecho ha sido solo por su bien, por su seguridad. Por su bienestar. Y el general Bormann y el Reichsführer también. Y yo. Sabe que yo moriría por defenderla, por que no le sucediera nada malo.

Se incorporó y caminó hacia mí. Acarició mi rostro.

—Lo sé, Werner, lo sé. Pero muchas veces han sido demasiado estrictos conmigo. Tengo que ir a Berlín, Werner, tengo que estar con él. No soy tonta, me doy perfectamente cuenta de que estamos perdiendo la guerra. Sé que el Führer corre un grave riesgo en Berlín. Quiero correr ese riesgo con él, necesito correr ese riesgo con él. Una vez le dije a usted que yo no viviría ni un solo segundo más que el Führer. Esa idea sigue en pie.

Caminó hacia su enorme tocador. Se miró en el espejo. Cogió un portarretratos que contenía una fotografía de Adolf Hitler en la que aparecía luciendo un elegante esmoquin. A ella no le gustaban las fotografías del Führer con uniforme. La miró con una gran tristeza.

—Le contaré algo, Werner, algo que nadie sabe. El Führer es un apasionado de *El crepúsculo de los dioses*, la obra de Wagner. Creo que él quiere representar así su final, un final trágico, delirante, bañado en sangre. Su escena favorita, la que más le gusta, es cuando Brunilda se lanza desnuda, montada en su blanco caballo, sobre la pira funeraria donde arde el cuerpo de su amado Sigfrido. Sí, esa es su escena favorita, creo que ya le mencioné algo de esto en una ocasión. Yo seré Brunilda, me arrojaré al fuego y arderé con él eternamente. Muchas veces, y esto es lo que nadie sabe, él me ha dicho: «Effie, un día todo el mundo me traicionará, todo el mundo me dará la espalda. Sé que ese día solo te tendré a ti. Y me sentiré feliz». Quizá el Führer se vuelva loco de rabia cuando me vea llegar, quizá lo devore la cólera. Pero en el fondo sé que quiere que yo esté allí. A su lado, junto a él. Que pueda abrazarle cuando todo el mundo le traicione. Cuando todo el mundo le dé la espalda.

—Lo siento, señorita Braun. La entiendo, créame que la entiendo, pero estoy sometido a una cadena de mando, y no puedo consentir...

—¡Qué me va a entender, Werner! Usted no me entiende. Usted nunca ha entendido nada. Porque usted es incapaz de amar.

Se encendió otro cigarrillo y salió de su habitación. Yo lo hice tras ella.

—¿Dónde está mi doncella? ¡Liesl! ¡Liesl! —gritó.

—Sí, señorita Braun —Liesl Rauch contestó desde la cocina del piso de abajo.

—¡Busque a la señorita Kastrup y a mi hermana Gretl! ¡Rápido! ¡Que vengan inmediatamente al salón!

Gretl Braun llevaba una temporada viviendo con nosotros, había regresado del Obersalzberg para darnos la noticia de que estaba embarazada. Estaba esperando un hijo de esa rata almizclera de Fegelein.

La seguí al salón. Eva Braun paseaba de un lado para otro, con los brazos cruzados y, de vez en cuando, dando largas caladas a su cigarrillo. Me miraba con una mezcla de miedo, furia y compasión. Eso fue lo que más daño me hizo. Esa mirada de compasión.

—No puede detenerme, Werner. Saque su pistola, es la única arma de que dispone para convencerme. Su pistola.

La señorita Kastrup, Gretl y Liesl llegaron al salón. Nos miraron con preocupación. Se

colocaron a mi lado.

—Me voy a Berlín. Lo siento, pero no puedo estar en esta casa ni un minuto más. Señorita Kastrup, Liesl: las dos me han servido con eficacia y lealtad durante todos estos años. Les estoy muy agradecida, siempre se lo estaré y las llevaré en mi corazón. Sé que acompañarme a Berlín es muy arriesgado. Es posible que nunca salgamos de allí. Por eso, si ustedes dos quieren, quedan ahora mismo liberadas de toda obligación respecto a mi persona y pueden regresar a sus casas con sus familias. Yo asumo ante el Führer el riesgo de esta decisión. Si por el contrario quieren venir conmigo a Berlín, pueden hacerlo. Son ya como parte de mi familia.

La señorita Kastrup no vaciló en contestar.

—Yo voy con usted, señorita Braun.

Liesl Rauch me miró. Por un momento, sus ojos de hielo parecieron resquebrajarse. Le invadió la duda. Pero no tardó en decir:

—Yo también, señorita Braun. Iré con usted a Berlín.

—¿Y tú, Gretl?

—Iré a Berlín, Eva. Quiero estar junto a Hermann, todavía no he podido darle la buena noticia en persona.

—Solo falta usted, teniente coronel Muntz.

Fue un momento duro, muy duro. No contesté, paseé mi mirada por todas ellas. En sus rostros se había instalado un gesto de incertidumbre. Sabían que todo dependía de mí; que, sin mi aprobación, no había nada. No sé si, a tenor de los acontecimientos después vividos, resultó la mejor elección. Pero en aquel momento fue mi elección. Sin embargo, no fui yo quien la comunicó. Fue Eva Braun, la que lo dio por hecho.

—¿Con quién tiene que hablar, teniente coronel Muntz? —me preguntó la señorita Braun.

—En un principio, con el general Bormann. Tendré que preparar con él el viaje: quién viene a recogernos y dónde, a qué aeródromo seguro podemos llegar, el traslado hasta la Cancillería...

—¿Solo con Bormann?

—Es posible que intervenga el Reichsführer. O el propio Führer. Pero en principio, bastaría con la aprobación de Bormann.

—¿Cuánto tardaría?

—Un par de días, señorita Braun. Le llamaré esta tarde. ¿Qué hacemos con el resto del servicio de la casa?

—Que se vayan con sus familias, seguro que los necesitan. Tengo un buen puñado de *reichsmarks* guardados, los repartiré entre ellos. Y gracias, teniente coronel Muntz. Muchas gracias. ¡Venga, tenemos que prepararlo todo!

La señorita Braun se acercó a mí. Me pidió disculpas:

—Perdone por eso que le he dicho antes, ya sabe, eso de que no puede entenderme porque no sabe lo que es amar a nadie.

—No se disculpe, señorita Braun. Seguramente usted tenga razón. Seguramente ese es mi problema, ese ha sido mi problema: que fui educado para servir, para obedecer órdenes, para cumplir y hacer cumplir esas órdenes, pero posiblemente no fui educado para amar.

Eva Braun acarició mi rostro. Y como tantas veces, me dijo:

—Werner, mi apuesto Werner.

Su hermana Gretl y la señorita Kastrup estaban presentes. Y también Liesl Rauch. Pero le dio

igual. En esta ocasión, eso no le importó.

* * *

Llegar a un Berlín en llamas fue una experiencia mucho peor de la que vivimos en Múnich unos meses antes. Nuestro avión, un Focke-Wulf de la escuadrilla del Führer, aterrizó en el aeródromo de Staaken a primera hora de la tarde del miércoles 7 de marzo. Además de los miembros de nuestra «pequeña familia», nos acompañó el general Bormann y su secretaria, la señorita Krüger. No había sido fácil convencer al general. Me costó un buen número de llamadas al Obersalzberg y la sospecha, confirmada por Bormann, de que al Führer no le hacía mucha gracia la llegada de la señorita Braun. Pero al final, como sucedía siempre, el Führer claudicó. Yo, sin embargo, estaba preparado para cualquier eventualidad una vez que pisáramos la Cancillería del Reich.

Atravesamos las calles de un Berlín en ruinas en un vehículo del Leibstandarte, protegidos por cuatro soldados. Dejamos al general Bormann cerca de la Frankfurter Alle. Hasta esa noche, no llegó a la Cancillería. La señorita Braun, la señorita Kastrup, Liesl, la secretaria de Bormann, Gretl y yo continuamos el camino sin decir una sola palabra. El tráfico entre los escombros era caótico, el metro y el resto de los transportes públicos no funcionaban. Los vehículos militares transitaban de un lado para otro, desde que llegamos a la zona centro de la ciudad nos dimos cuenta de que ese sector se estaba fortificando. En la Postdamerplatz se habían colocado estratégicamente varios vagones de metro que los chicos de las Juventudes Hitlerianas se encargaban de rellenar con escombros. En la Wilhelmstrasse, el centro de poder del Reich, era mucho peor. Todavía había incendios activos después de los últimos bombardeos, el Ministerio de Propaganda había sido alcanzado y también una parte de la fachada de la Vieja Cancillería. La calle ante la puerta principal estaba colapsada por los escombros, así que tuvimos que dar la vuelta y acceder por una puerta del servicio en la Herrmann Göring Strasse.

—Es como una visión del infierno, Werner —me comentó la señorita Braun. Fueron sus únicas palabras durante todo el trayecto.

Ya no había ni mayordomos ni ordenanzas de las SS que se hicieran cargo de nuestro equipaje. Ahora fueron soldados del Leibstandarte, que se cuadraban y me saludaban cada vez que se cruzaban conmigo. Mis compañeros del Leibstandarte se habían hecho cargo de la seguridad de la Cancillería del Reich, como un poco más tarde me explicaría Otto Günsche. El RSD solo controlaba los puntos habituales dentro de la Cancillería, mientras que todos los miembros del FBK, el Begleitkommando, habían sido trasladados a la sección I, acompañamiento y escolta, blindando durante el día y la noche la seguridad del Führer. Yo me uniría a ellos, aunque mi cometido principal continuaría siendo la seguridad de la señorita Braun.

Los soldados introdujeron en el interior del edificio nuestras maletas y los pesados arcones de Eva Braun, mientras nosotros pasábamos el control de seguridad del RSD. Julius Schaub y Otto Günsche nos estaban esperando. Gretl Braun no tenía preparado su pase, Schaub nos informó de que, por orden del Führer, Gretl se alojaría en el hotel Adlon, donde Fegelein le había reservado una *suite*. Las dos hermanas se abrazaron y se despidieron. La señorita Braun le dijo que iría a visitarla en cuanto tuviera ocasión.

Mientras caminábamos hacia nuestras habitaciones en la Vieja Cancillería, me di cuenta de que la actividad dentro del edificio era todavía más febril que durante nuestra última visita. Todo el mundo corría de un sitio para otro, llevando en sus manos documentos, telegramas cifrados o

mapas de situación. Otto Günse nos comunicó que provisionalmente la señorita Braun ocuparía su habitación habitual, la que había pertenecido a Hindenburg, y yo, el cuartucho contiguo. Liesl era enviada a la zona del servicio, la señorita Kastrop a la de los invitados y la señorita Krüger a la de las secretarias.

—¿Provisionalmente? —le pregunté a Otto.

—Sí, más tarde el Führer lo explicará.

Cuando llegamos ante nuestras habitaciones, Otto nos dijo que nos instaláramos y después vendrían a buscarnos. El Führer quería ver inmediatamente a la señorita Braun en su despacho.

Unas horas más tarde Otto y yo estábamos charlando, sentados en unos sillones a las puertas del despacho del Führer. La señorita Braun había entrado una media hora antes, y aún tardaría otra media hora en salir. Otto lo aprovechó para ponerme al corriente de la delicada situación que atravesaba el Reich en aquellas horas.

—No habéis venido en un buen momento, Werner. El Führer ha tenido hoy uno de sus peores días. Esta mañana, los aliados angloamericanos han penetrado en Alemania a través de un puente sobre el Rin, en una ciudad llamada Remagen. El Führer había dado la orden de volar todos los puentes, pero a alguien se le ha olvidado destruir ese maldito puente. Tenías que haberlo visto, cuando se lo han comunicado se ha vuelto como loco. Yo he pensado que iba a sufrir un colapso. El Ejército Rojo ya se encuentra en Pomerania, hoy han cercado Kolberg. Están a noventa kilómetros de aquí, Werner. A noventa kilómetros.

—¿Solo a noventa kilómetros? ¿Tan cerca?

—Sí, tan cerca. Ahora nuestra última esperanza es el Oder. Estamos concentrando allí todas nuestras fuerzas. Si no podemos defender el Oder, todo esto habrá terminado. En muy pocas semanas, los soviéticos estarán en Berlín.

Guardamos silencio. De vez en cuando, se escuchaban gritos en el interior del despacho. Sobre todo, del Führer. Yo no sabía lo que estaba sucediendo, pero empecé a pensar que el encuentro del Führer con la señorita Braun podía estar siendo más violento de lo esperado. Tenía ganas de fumar, tenía ganas de beber. Pero sabía que tenía que estar preparado para cualquier crisis que Eva Braun pudiera padecer después de su encuentro con Adolf Hitler.

—Esta mañana ha estado aquí el general Sepp Dietrich. Me ha dado recuerdos para ti, no sé cómo se ha enterado de que llegabais hoy a la Cancillería. Posiblemente se lo hayan comunicado el Reichsführer Himmler o el general Bormann. No lo sé. Nuestros compañeros del Leibstandarte han iniciado un ataque en Hungría contra los soviéticos, cerca del lago Balatón. Se llama Despertar de Primavera, pero las noticias que traía el general Dietrich tampoco eran buenas. Las lluvias y el barro están frenando el avance de nuestras divisiones acorazadas. Solo en una jornada, las bajas se cuentan por cientos. Y lo peor está por venir. Por eso te digo que no habéis elegido un buen día para llegar a Berlín. La única noticia positiva que ha recibido el Führer en las últimas semanas es que por fin *Blondi* se ha quedado preñada. La cruzó con el perro del Reichsleiter Rosenberg y parece ser que esta vez la cosa ha funcionado.

Íbamos a reír, pero los gritos y los reproches dentro del despacho del Führer arreciaron. Esta vez también era audible la voz de la señorita Braun.

Casi al momento, la puerta se abrió. Eva Braun apareció muy alterada. Nos miró, se llevó la mano a la boca y, tras romper a llorar, corrió por el pasillo en dirección a su habitación. Yo iba a seguirla, cuando una figura encorvada salió del despacho arrastrando los pies. Era el Führer. Un anciano, un anciano de rostro arrugado, cabello cano y ojos tristes y mortecinos. Movía

ostensiblemente uno de sus brazos, que llevaba cruzado con el otro detrás de la espalda. Caminó hacia mí.

—Teniente coronel Muntz.

—*Mein Führer* —me cuadré y realicé el saludo de rigor.

—Perdone por la escena que ha tenido que presenciar. No tenían que haber venido. Es muy peligroso y...

—Se lo dije a la señorita Braun, *mein Führer*, se lo dije una y otra vez. Pero ya la conoce, es...

—Testaruda como una mula, sí, lo sé —me dedicó una sonrisa triste—. Pasarán uno o dos días aquí, en la Vieja Cancillería, y después, cuando lo tengamos todo dispuesto, los trasladarán al búnker. Este lugar ya no es seguro.

—Como usted ordene, *mein Führer*.

—En el búnker los separarán, ya no es necesario que duerma en la habitación contigua a la de Eva. Yo también tengo pensado instalarme allí. Pero eso no quiere decir que deje de hacer su trabajo. En estos momentos, ella le necesitará más que nunca. Por otro lado, no sé si Otto le ha dicho que le he ordenado hacerse cargo de la seguridad de la Cancillería. Es una tarea dura y puede necesitarle. Si es así, ayúdele en todo lo que le pida.

—Así lo haré, *mein Führer*.

—Los necesito a los dos a mi lado, los quiero a los dos a mi lado. Dentro de poco, cuando la situación se reconduzca, podrán volver a Múnich o al Obersalzberg. Estoy ansioso por mantener la conferencia de esta noche. Estoy convencido de que Krebs, Keitel y Guderian me van a traer buenas noticias. ¿Sabe algo de nuestro ataque en el Balatón, Günsche?

—No, *mein Führer*. Pero en cuanto hable con el general Dietrich, se lo comunicaré.

—Muy bien, Otto. Dietrich y Steiner se encargarán de poner en su sitio a esos bolcheviques andrajosos que nos amenazan. Tengo muchas esperanzas puestas en Hungría. Muchas. Otra cosa, Otto, ¿no andaba buscando a alguien que enseñara a disparar a mis damas?

—Sí, *mein Führer*, tal y como usted me ordenó...

El Führer me señaló con su dedo tembloroso.

—Pues ya lo tiene, el teniente coronel Muntz puede hacerlo. Nadie mejor que él.

—¿Enseñarles a disparar? —pregunté.

—Sí, a mis secretarias, a mi dietista, al servicio de la señorita Braun y a Eva. Esta mañana lo he hablado con Otto. Es por si acaso. Si la situación se pone difícil, quiero que estén preparadas y sepan defenderse.

Miré a Otto. Me hizo un disimulado gesto afirmativo con la cabeza.

—Como usted ordene, *mein Führer*. Será un honor enseñarles a disparar.

—Muy bien —el Führer perdió su mirada cansada en el largo pasillo vacío—. Vaya a buscarla. Seguro que estará llorando. Pero mañana ya se le habrá pasado. Ella es así, nada le dura demasiado. Ni la alegría, ni la tristeza.

—Como ordene, *mein Führer*.

Me disponía a partir, cuando me dijo:

—Ah, teniente coronel, me alegro de que esté aquí. De verdad, me alegro mucho.

Se dio la vuelta y, cabizbajo, encorvado y arrastrando los pies, volvió a su despacho.

Cuando entré en la gran habitación de la señorita Braun, estaba llorando, sentada frente a su

lujoso tocador.

—¿Se encuentra bien, señorita Braun?

Me miró, se secó las lágrimas con su mano y rebuscó en su bolso. Sacó su pitillera y se encendió un cigarrillo. Me ofreció uno.

—¿Quiere?

Me acerqué a ella y lo cogí. Me dio fuego.

—No quería que viniera, Werner. Quería que me quedara en Múnich o que regresara al Berghof. Pero no quería que viniera.

—Se lo advertí, señorita Braun. Se lo advertí en Múnich.

—Ya lo sé, Werner. Pero me da igual, no me importa. No me importa lo que me ha dicho. Mi lugar es este, junto a él. No en Múnich, ni en el Berghof. Este es mi lugar, este es mi sitio. Y de aquí, no me moveré. Me necesita, Werner, el Führer me necesita. ¿Lo ha visto? Parece...

—Es como un fantasma. Una sombra de sí mismo.

—Sí, eso es, Werner. Una sombra de sí mismo.

* * *

La situación desesperada que vivía el Reich en aquellos días de marzo podía comprobarse en el ambiente que reinaba al día siguiente de nuestra llegada a la Cancillería del Reich. Mientras bajaba al vestíbulo principal por la escalinata Hindenburg, contemplé cómo los miembros del batallón del Leibstandarte, bajo las órdenes de Otto Günsche, se dedicaban a fortificar el edificio. En casi todas las ventanas, tanto las que daban a la Wilhelmstrasse como las de la Herrmann Göring Strasse, se habían instalado nidos de ametralladoras. Desde uno de los grandes ventanales pude observar cómo un grupo de soldados se encargaban de colocar alambre de espino por todo el perímetro de la Cancillería. En el lugar que habían ocupado los viejos almacenes Wertheim, ahora en ruinas, se habían instalado baterías de artillería antiaérea. Otto lo dirigía todo desde el centro del vestíbulo. No dejaba de repartir órdenes a diestro y siniestro.

—Demasiado trabajo, ¿no, Otto?

—Ya lo creo, Werner, demasiado trabajo. El Führer me ha encargado fortificar todo el entorno de la Wilhelmstrasse, desde la Puerta de Brandenburgo hasta la Postdamer Platz. Esta mañana recibiremos también material acorazado, tanques Tiger de la División Grossdeutschland. Se colocarán frente a la puerta principal de la Nueva Cancillería. No creo que tarden en llegar.

—¿Realmente la situación es tan desesperada?

—Lo es, Werner, ya te lo dije ayer. Todo depende de que resista el frente del Oder. Si no es así...

—¿Puedo ayudarte en algo?

—No, ahora todo está tranquilo, Linge nunca despierta al Führer antes de la una. Muchas cosas han cambiado, Werner, esto no tiene nada que ver con los buenos tiempos del Obersalzberg. Ahora la reunión militar de la mañana se celebra en el búnker del Führer, entre las cuatro y las siete de la tarde. Y la de la noche se celebra de madrugada, nunca empieza antes de las tres. Y además, tengo que participar en ellas. Añoro el tiempo en que solo tenía que montar guardia ante la puerta.

—Otto, ¿qué es eso de tener que enseñarles a disparar a las damas?

—El Führer se ha empeñado. Dice que, si los rusos terminan llegando a Berlín, tienen que estar preparadas para saber defenderse por sí solas. Te he preparado una zona de tiro en uno de los jardines del Ministerio de Exteriores, así no tendrás que ir muy lejos. Procura hacerlo hoy, antes de la comida. Las secretarias y la señorita Manziarly ya están avisadas. Tú tendrás que hacerlo con las «tuyas».

Se me estaba ocurriendo algo. No me gustaba la idea de enseñar a disparar a las señoras, pero suponía que había alguien que sí podía hacerlo. Pensaba escenificarlo durante la primera sesión de tiro.

Esa mañana la pasé hablando con mi buen amigo Willy Kannenberg en la cantina. Me reuní con algunos de los miembros de la «corte de la montaña», como Von Below, el doctor Morell, Karl Jesko von Puttkammer y el embajador Hewel. También hablé con el ministro Goebbels, que me dijo que ahora se había mudado al búnker de la Cancillería, para así poder estar más cerca del Führer. Goebbels me presentó a Artur Axmann, líder de las Juventudes Hitlerianas que se había convertido en una especie de perrito faldero del ministro. Reconozco que Axmann no me causó una buena impresión en un principio, era demasiado serio y su rostro era el típico del de un hombre de mal carácter o «con malas pulgas». Sin embargo, con el paso del tiempo descubrí que más que serio era reservado, y muy educado en el trato con los demás. No puedo decir que desarrollara una gran amistad con él, pero sí que más o menos mantuve una relación correcta en todo momento.

A media mañana le comuniqué a la señorita Braun que tenía que acompañarme a una clase de tiro. Estaba maquillándose ante su tocador, a medio vestir. Se rio de mi propuesta. Recuerdo que me dijo que yo mejor que nadie podía comprender el motivo: ella no quería disparar, no tenía buen recuerdo de las armas. Eso siempre me gustó de Eva Braun, utilizaba una fina ironía para explicar las cosas y siempre lo acompañaba de una sonrisa. Pensé que otra vez tendría que enfrentarme a su carácter obstinado, pero todo cambió cuando le dije que era una orden del Führer. Asintió con la cabeza y no puso más pega al asunto. Le dije que terminara de arreglarse y que, media hora más tarde, la recogería en el vestíbulo de la Cancillería. Antes, tenía que hacer algo.

Fui a buscar al comandante del Begleitkommando, Franz Schädle, a su despacho. Schädle había sustituido a Bruno Gesche unos meses antes, después de que el Reichsführer Himmler hubiera degradado a este último por dispararle a un compañero durante una de sus borracheras. Gesche siempre había tenido problemas con el alcohol, pero en los últimos años se habían agudizado. En ese momento había sido enviado al frente oriental.

Franz Schädle se mostró muy contento de conocerme, todavía no nos habíamos visto en persona. Fue entonces cuando comprendí que me había convertido en una especie de leyenda entre los miembros del servicio de seguridad del Führer, porque Schädle me recibió con una frase que, a lo largo de los años, escuché muchas, muchas veces:

—¿Así que es usted el famoso «guardián»? Tenía muchas ganas de conocerle, he oído hablar mucho de usted.

Sin embargo, no se mostró tan entusiasmado cuando le expliqué el motivo de mi visita: quería un arma. Me miró sorprendido y, antes de que empezara a hablar, le expuse el motivo de esa petición. Entonces lo entendió. Envío a un teniente a la armería de la Cancillería y, un poco después, este regresó con una Walther reglamentaria y varios cargadores.

Mi siguiente destino fue la cocina. Allí encontré a Liesl Rauch. Estaba sentada junto a unas

compañeras, fumando y riendo. Todas se levantaron sobresaltadas al verme entrar, y ya iban a echar a correr hacia sus puestos de trabajo cuando Liesl dijo:

—Tranquilas, chicas. Viene a por mí.

Le hice un gesto para que me acompañara. Salimos de la cocina. Al final del pasillo se encontraban los lavabos del servicio. Le pedí que entrara.

—¿Qué pasa, teniente coronel Muntz? ¿Acaso me echa de menos?

—Mucho, Liesl. No puedes imaginarte cuánto. Pero no he venido por eso. He venido por otra cosa. Extiende las palmas de tus manos.

Lo hizo mientras me miraba con un gesto de sorpresa. Saqué la Walther del bolsillo de mi abrigo y la puse sobre la palma de su mano. En la otra, coloqué los cargadores.

—¿Y esto?

—Tienes que ayudarme con un asunto. Estoy convencido de que tú lo harás mejor que yo. Más tarde lo entenderás. Ahora, guárdala. Busca a la señorita Kastrup y reúnete conmigo en el vestíbulo principal.

Muy despacio, Liesl Rauch se subió sugerentemente la falda de su uniforme, y guardó la Walther en la liga de puntilla negra de sus medias, mientras me decía:

—Sabe una cosa, *liebchen*, yo también le echo de menos. Le echo mucho, mucho de menos.

Posiblemente, aquel fue el mayor error de mi vida.

Un rato más tarde reuní a todas las damas en el vestíbulo principal de la Cancillería: la señorita Braun, que acudió con uno de sus elegantes vestidos negros y un sombrero a juego, dando la impresión de que se disponía a ir a una de esas fiestas del hotel Kaiserhof; las secretarias del Führer, Traudl Junge, Johanna Wolf, Christa Schroeder y Gerda Daranowski; la dietista, Constanze Manziarly; la secretaria de Bormann, señorita Krüger; además de la señorita Kastrup y Liesl Rauch.

Las llevé hasta ese jardín del Ministerio de Exteriores, como me había indicado Günsche. Por el camino, pude comprobar que los tanques de la División Acorazada Grossdeutschland ya habían tomado posiciones delante de la fachada principal de la Nueva Cancillería. Enfrente, en lo que quedaba del Ministerio de Propaganda, se estaban montando equipos artilleros.

Con anterioridad, había ido a ese jardín, coloqué nueve piedras grandes que extraje de unos escombros cercanos y sobre ellas, nueve botellas vacías de vodka. Era todo lo que había podido conseguir en la cantina de Willy, botellas de vodka y otras de un sucedáneo de cerveza. La cara de las señoritas era de incredulidad cuando les dije que se detuvieran. Antes de hablar, le hice un gesto a Liesl Rauch para que se colocara a mi lado.

—Señoras, señoritas, el Führer me ha ordenado que les enseñe a disparar. Es exclusivamente para su protección. No tienen que asustarse, pero como pueden ver a su alrededor, todo el perímetro de la Cancillería está siendo reforzado. Estamos en mitad de una guerra y todo puede suceder. Tienen que ir mentalizándose poco a poco de esta nueva situación. Todo esto es solo por su bien.

—¿Esto es necesario, teniente coronel? —preguntó Traudl Junge.

—¿Y qué hacen allí esos tanques? —quiso saber la señorita Kastrup.

—Werner, todo esto es una tontería. ¿Para qué queremos nosotras aprender a disparar?

Se hizo el silencio. Ninguna de ellas había escuchado nunca a Eva Braun llamarme por mi nombre de pila. La señorita Braun se había adelantado al grupo, se había situado ante mí y me

había dicho esas palabras poniendo sus brazos en jarra.

—Señorita Braun, señoras, como les he dicho antes, esto es una orden del Führer. Si quieren preguntar algo, pueden dirigirse a él. Ahora, solamente miren. Después, les explicaré todo paso por paso. Pónganse en fila y solamente miren.

Saqué la Walther de mi cartuchera y apunté a la primera de las botellas. Disparé. La botella reventó en mil pedazos. Después, apunté a la segunda, a la tercera, a la cuarta. Reventé las nueve botellas. Cuando las miré, todas ellas se tapaban los oídos con las manos y me miraban con rostros de pánico. A alguna, le temblaban las piernas. Bueno, todas no estaban aterradas. Liesl Rauch estaba tan tranquila, a mi lado, mirando hacia la fila de piedras ahora vacía. Tal y como yo me esperaba.

Caminé hacia las piedras y coloqué otras nueve botellas de vodka.

—Yo nunca sabré disparar así —dijo la dietista del Führer.

—No creo que una mujer pueda hacer eso —replicó Eva Braun.

Regresé a su lado. Le entregué la pistola a Liesl Rauch.

—Apunte y dispare a la primera botella, camarera Rauch.

Liesl apuntó. Y disparó. Los vidrios de la botella salieron por los aires. Pero no se detuvo ahí. Sabía que lo iba a hacer, estaba seguro, estaba convencido.

Disparó a la segunda botella, y a la tercera, y a la cuarta. Reventó las nueve botellas, como había hecho yo.

—¡Dios mío, Liesl! ¿Dónde has aprendido a disparar así? —preguntó Eva Braun.

—¿Aún piensa que una mujer no puede hacer eso, señorita Braun? Explícales por qué sabes disparar, Liesl.

—Mi padre era policía en Hamburgo, señorita Braun. Él me enseñó a disparar cuando yo solo era una niña —explicó Liesl.

Sí, en Hamburgo, pensé yo. Sabía mentir muy bien. En Köslin, eso es lo que le enseñaron en Köslin. Liesl Rauch había sido instruida en «adoctrinamiento político y formación militar», así me lo había confirmado el teniente Geissler durante mi visita a Köslin. Y muy bien instruida, por cierto.

—He pensado que sea la señorita Rauch la que les enseñe a disparar. Como han visto, está tan preparada como yo. Ahora les explicaré cómo tienen que poner los cargadores, colocarse en posición y disparar. Háganle caso. Dentro de pocos días, el Führer estará orgulloso de todas ustedes. Liesl, saca tu arma.

Ninguna se sorprendió cuando la camarera de Eva Braun se levantó la falda del uniforme y extrajo la Walther. Todas sabían de la relación que nos unía, y supusieron que yo le había dado el arma con anterioridad.

Mientras Liesl les enseñaba a poner el cargador en la pistola, yo regresé a la Cancillería y le expliqué mi idea a Otto Günsche. Le pareció fantástica. Convinimos en que seguramente ellas se sentirían más cómodas si era otra mujer la que les enseñaba a disparar. Recuerdo que Otto me preguntó:

—¿Y quién le ha enseñado a disparar a «tu» camarera?

—Su padre era policía en Hamburgo. Fue él quien lo hizo —le contesté.

* * *

Sé que nunca conseguiré olvidar ese lugar. Todavía vuelvo allí, todas las noches, cuando la luz se apaga. Sus luces tintineantes, la sensación de asfixia, el olor a una humedad profunda, el sonido de la sala de máquinas y del sistema de ventilación; y después esa habitación... En cuanto mis ojos se cierran, regreso a esa habitación, como lo hice poco después de que cayera el telón. Fue una experiencia terrible y muy dolorosa. Fueron los peores momentos de mi vida.

No puedo recordar bien el día, pero sé que fue a mediados del mes de marzo cuando nos trasladamos definitivamente al búnker de la Cancillería. Más o menos, coincidió en el tiempo con la derrota del Leibstandarte en la ofensiva del Balatón. Los bombardeos contra Berlín se habían intensificado, y el Führer consideró que la Cancillería ya no era un lugar seguro para nosotros. Aquella mañana atravesamos el jardín en compañía de Otto Günse la señorita Braun, la señorita Kastrup, Liesl Rausch y yo. Y un grupo de soldados del Leibstandarte que llevaban nuestros equipajes y los arcones de Eva Braun.

Se accedía al búnker a través de una edificación cuadrada de hormigón en el jardín de la Nueva Cancillería. Lo primero con lo que te encontrabas era la torre esférica de vigilancia, cubierta por una cúpula de color negro. A través del pequeño ventanuco cuadrado se podía ver al soldado del Leibstandarte que montaba guardia. Una vez que la puerta del edificio cuadrado se abría, la oscuridad del interior parecía querer escapar de ese lugar lúgubre, como si fuera a cubrir toda la tierra, sumergiéndola en una noche sin final. Sí, esa era exactamente la esencia del búnker: la sensación de estar viviendo una noche sin final.

Nidos de ametralladora y varios puestos de observación te recibían ya en el interior. Los soldados se cuadraron al vernos entrar e hicieron el saludo reglamentario. Después comenzaba el descenso a los infiernos, entre paredes en vasto de hormigón armado de más de tres metros de grosor. Primero, una escalera quebrada revestida de losas te conducía a un primer descansillo. Las primeras luces ya tintineaban, el olor a humedad ya se iba introduciendo dentro de ti. Pero era un olor viciado, insano. Otra escalera te conducía a las mismas entrañas de Berlín. Antes de llegar al primer puesto de control, el zumbido provocado por el sistema de ventilación y la sala de máquinas ya empezaba a martillearte los oídos. Todavía ahora soy capaz de escucharlo.

Fueras quien fueras, el primer control del RSD era obligatorio pasarlo: íbamos a entrar en el búnker del Führer y todas las medidas de seguridad eran pocas. Detrás del puesto de control había una puerta que conducía a dos estancias comunicadas: la primera era la sala de estar y la habitación del servicio de seguridad del Führer. Pasé muchas horas de aquellos últimos días en aquel lugar, charlando y bebiendo en compañía de Adi Dirr, de Reisser, de Högl, de Rochus Misch, de Lindloff y de nuestro superior, Franz Schädle. Yo era el único de los miembros del Begleitkommando que no pernoctaba en esa habitación. A su vez, esta estancia comunicaba con una segunda, que daba acceso a la torre de vigilancia.

Pasado el control había una compuerta y, detrás, la primera de las puertas acorazadas. Allí penetrabas en el gran salón de conferencias, que nosotros llamábamos «el vestíbulo». El vestíbulo era un largo y espacioso pasillo que terminaba en otra puerta acorazada, pues el búnker del Führer estaba dividido en dos partes iguales. El suelo quedaba cubierto por una alfombra granate, decorada con rombos blancos entrelazados. En el lado de la derecha había dieciséis sillones almohadillados y una mesa con varias sillas alrededor. En la pared situada sobre los sillones, una sucesión de cuadros de pintores italianos. Además, había dos puertas que comunicaban seis

habitaciones entre sí. La primera puerta pertenecía a la habitación del ministro Goebbels. Aunque su residencia se encontraba en la cercana Herrmann Göring Strasse, Goebbels había decidido mudarse allí para poder estar más cerca del Führer. A su vez, la habitación de Goebbels se conectaba con la estancia de los médicos. Los doctores Morell y Stumpfegger residían allí. Este último, del que hasta ahora no he hablado, era un tipo alto, algo desgarrado y con cara de cretino, que había sustituido como médico de confianza del Führer a Karl Brandt. Después de unas fuertes discrepancias entre Morell y Brandt sobre el tratamiento que había que suministrarle al Führer, este había decidido prescindir de Brandt, su médico de toda la vida.

Tras la segunda puerta de la pared derecha se encontraba una sala de estar y, comunicada con esta, la habitación de Heinz Linge y del equipo de mayordomos de Hitler.

Aquella mañana, sentados en los sillones almohadillados, se encontraba el ministro Speer hablando con dos jóvenes edecanes del general Krebs, Freytag von Loringhoven y Gerhard Boldt. Trabé con ambos una buena amistad que mantuvimos hasta el último momento. Me gustaría que pudieran haber visto la expresión de su rostro cuando vieron entrar en el vestíbulo a Eva Braun. Se había vestido para su llegada al búnker con un vestido negro entallado y su abrigo de pieles de zorro plateado. Una entrada a lo grande. Sobre la cabeza llevaba una gorra parisina ligeramente ladeada y se había hecho un moño en su nuca a modo de los que lucía Marlene Dietrich, algo que en ella no era muy habitual. Los dos jóvenes edecanes, que desconocían por completo su existencia, la miraron fascinados y después desviaron la vista hacia los pobres soldados que trasladaban sus arcones. Durante aquellos días, serían muchos los que descubrirían por primera vez la existencia de Eva Braun, y en todos causarían la misma sensación de sorpresa.

Albert Speer se levantó y caminó hacia nosotros. Juntó sus manos con las de la señorita Braun y besó sus mejillas.

—Eva...

—Albert, qué alegría volver a verte, no sabía que estuvieras en Berlín.

Mientras el ministro Speer estrechaba mi mano, le dijo:

—He venido esta mañana y vuelvo a marcharme esta tarde. Tengo que despachar un asunto urgente con el Führer.

—Vamos a instalarnos. Antes de que te vayas, me gustaría hablar contigo, Albert. Me gustaría hablar sobre el Führer.

Albert Speer asintió con la cabeza.

—No te preocupes, Eva, pasaré a verte.

Seguimos nuestro camino. Uno de los edecanes, no recuerdo bien si fue Freytag o Gerhard, se acercó a Speer y le preguntó:

—¿Quién es, señor ministro? ¿Una estrella de cine?

Albert Speer tardó en contestar, pero yo pude escuchar su respuesta. Sin apartar su mirada preocupada de Eva Braun, dijo:

—No, no es una estrella de cine. Es un heraldo. Un heraldo de la muerte.

Quizá aquellos dos jóvenes edecanes no entendieran sus palabras crípticas; hablar así era muy habitual en el ministro Speer. Pero yo sí las entendí. Y no podía estar más de acuerdo con él.

En la pared de la izquierda del vestíbulo, había otras dos puertas. Entre ambas, una mesa escritorio alargada de grandes proporciones y, sobre ella, lámparas de pantalla, mapas de situación, un atlas y un teléfono. En cada estancia del búnker había un teléfono, todos iguales:

teléfonos de baquelita de color negro. A ambos lados de la mesa alargada, más sillones almohadillados.

La primera puerta del vestíbulo, antes de la mesa escritorio alargada, escondía la sala para reuniones informativas, allí se tomaron por aquellos días las últimas decisiones del Reich. Esta sala estaba blindada, primero, para que no pudieran verse las estancias privadas del Führer y, segundo, para que las deliberaciones que se producían en su interior no pudieran escucharse en el vestíbulo. Pero no siempre era así. La segunda puerta, conducía a los aposentos privados del Führer y de Eva Braun. Pero estos los describiré en su momento, pues no tardé nada en descubrirlos. Poco después de instalarme, ya me encontraba en ellos.

Al llegar ante esa puerta, nos detuvimos. Otto Günsche se dirigió a Eva Braun:

—Aquí están sus aposentos, señorita Braun. Puede ir instalándose. Yo acompañaré a los demás a sus habitaciones. Si necesita algo...

Eva Braun me miró. Y después, paseó sus ojos por el vestíbulo de manera nerviosa, antes de dirigirse a Günsche y preguntarle:

—¿Y el teniente coronel Muntz?

—El teniente coronel Muntz dormirá conmigo, señorita Braun. Ahora ya no es necesario que comparta una habitación junto a la suya. El Führer no va a abandonar el búnker... de momento. Si lo hiciera, hemos reservado un espacio para él junto a su vestidor.

Podía entenderla, porque yo sentía lo mismo. Llevábamos años compartiendo nuestras habitaciones por una puerta que nunca se cerraba. Aquella era otra señal de despedida. Eva Braun lo supo, yo también. Y el resto de nuestros acompañantes. En aquel vestíbulo no solo tintineaba la luz, también los ojos de Eva Braun. Estaba a punto de llorar. Como hiciera con Albert Speer, cogió mis manos y dijo:

—Werner...

—No se preocupe, señorita Braun. Voy a estar muy cerca. Y sigo encargándome de su seguridad. Ahora instálese. En cuanto lo haga, vendré a verla.

Hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Abrió la puerta y desapareció tras ella. Detrás, entraron los soldados con sus arcones. Tendrían trabajo. Eva Braun no era una actriz de cine, pero dudo que hubiera una actriz, ni en Europa ni en América, que tuviera tanta ropa, tantos cosméticos y tantas joyas que guardar.

Seguimos nuestro camino. No, no estaría muy cerca de ella. Ni siquiera iba a estar en el mismo búnker que ella. Yo me instalaría en el búnker antiguo, Otto Günsche ya me lo había comunicado con anterioridad. No estaríamos ni a la misma altura bajo el suelo de Berlín.

Como he dicho antes, el búnker del Führer estaba dividido en dos sectores, separados por una puerta acorazada. Ante esa puerta, había siempre un soldado del Leibstandarte montando guardia. Cuando llegamos ante ella, el soldado se cuadró y realizó el saludo. Otto la abrió y entramos en el segundo sector del búnker.

Nada más acceder a él ese molesto zumbido se intensificaba. Al final del largo pasillo, al que solíamos denominar «la esclusa», una puerta conducía a la sala de máquinas, donde se generaba toda la energía eléctrica que alimentaba los dos búnkeres. En la pared de la izquierda, había una sucesión de taquillas, como las que teníamos en Lichterfelde, donde se guardaban desde cascos de acero hasta equipos antigás completos. Nada más entrar, en la pared derecha, una puerta llevaba a la sala de reuniones para la estrategia aérea. Esta sala comunicaba con la centralita de teléfonos y

teletipos, donde siempre se concentraba una gran actividad. Al final de esa misma pared había más sillones como los del vestíbulo, otra mesa escritorio alargada y, encima de ella, un reloj. Al lado, una cabina telefónica desde la que se avisaba de las llamadas que recibíamos los residentes del búnker. Enfrente, otra puerta conducía a los baños. Seis retretes para los hombres, otros seis para las damas y una ducha de pie que teníamos que compartir todos. Allí, el hormigón daba paso a paredes de baldosas de gres de color blanco. Pronto descubrí que los baños eran también el hogar de *Blondi*, la perra del Führer. Preñada como estaba, le habían habilitado un cajón junto a un radiador por orden de Hitler. Antes de llegar a la puerta acorazada por la que se accedía al búnker antiguo, como he dicho antes, se encontraba la sala de máquinas. Al llegar allí, lo mejor era taparte los oídos.

Se accedía al búnker antiguo subiendo una escalera de piedra en forma de caracol. A veces, la humedad provocaba que los escalones estuvieran mojados y era fácil resbalar. Sobre todo, cuando las bajaban o las subían las señoras con sus zapatos de tacón.

Al final de la escalera, estaba el segundo puesto de control del RSD. Tras pasar el obligatorio registro, se abría una compuerta que precedía a otra puerta acorazada. En ese espacio, en la pared izquierda, había una puerta que conectaba dos estancias: una sala con dos camas para invitados ocasionales y la sala de los equipajes. Los soldados del Leibstandarte depositaron allí las maletas de Liesl y de la señorita Kastrup. Nosotros penetramos en el búnker antiguo cuando se abrió la puerta acorazada.

El largo pasillo del búnker era utilizado como cantina. En pocos días, se convertiría en el reino de mi amigo Willy Kannenberg y su inseparable acordeón. Si ese lugar todavía existe, si no ha sido completamente destruido, estoy seguro de que el acordeón de Willy todavía se escuchará en la soledad de ese búnker. A los dos lados, había largas mesas de madera y cuatro bancos en paralelo. Ese sería nuestro comedor a partir de aquel día. Desde nuestra llegada, nunca volví a comer con la señorita Braun. Ella lo haría en la antecámara de sus aposentos privados, en compañía del Führer, las secretarias, la señorita Kastrup y la dietista tirolesa.

Nada más entrar, en la pared de la derecha, una puerta conducía a cuatro habitaciones conectadas. En el momento de nuestra llegada, las dos primeras estaban vacías. En los días siguientes, en uno de los actos más infames de los muchos que yo viví en aquel búnker, esas habitaciones serían ocupadas por la señora Goebbels y sus niños. Los niños... ¿Cómo pudieron hacer eso? ¿Cómo pudieron llevar a esos niños a ese lugar enfermo, viciado y tenebroso? ¿Cómo pudieron hacerles vivir todo aquel torbellino macabro? Toda aquella muerte, toda aquella destrucción. El comportamiento del matrimonio Goebbels... nunca podré comprenderlo. Nunca.

Liesl Rauch se instaló en una de las otras dos habitaciones, junto a las cocineras y a la dietista de Hitler, Constanze Manziarly. Un soldado del Leibstandarte la condujo hasta allí.

En la pared de la izquierda había otra puerta con otros dos cuartos comunicados; los dos disponían de dos camas, aunque en ese momento estaban vacías. La señorita Kastrup ocupó una de ellas.

Nuestra habitación se encontraba en la parte izquierda del pasillo, enfrente de la cocina y de la gran despensa. Estaba conectada por una puerta con la de las secretarias, que se amueblaba con dos camas, cuatro taquillas, dos mesitas de noche con lámparas de pantalla sobre ellas y un teléfono, además de dos sillas de madera de aspecto rústico. Eran cuatro secretarias, aunque solo había dos camas, y eso tenía una explicación: hacía tiempo que se turnaban por las noches: dos dormían, mientras otras dos permanecían de guardia. Lo malo para ellas era que, para poder

acceder al exterior, Otto y yo teníamos que atravesar su cuarto. A pesar de lo sacrificado de su trabajo, no se había pensado en ese detalle cuando se hizo el reparto de los habitáculos del búnker.

Nuestro cuarto era igual que el de las secretarias: un cubículo de cuatro paredes de hormigón, con dos camas, una mesita de noche con lámpara de pantalla y un teléfono, dos taquillas y dos sillas de madera. El soldado del Leibstandarte dejó mi equipaje ante una de las taquillas, hizo marcial el saludo reglamentario y salió de allí. Me senté sobre una de las camas, Otto Günsche me miró con gesto serio y me dijo:

—¿Qué te parece, Werner?

—Una mierda, Otto. Una gran mierda.

Río. Se acercó a una de las taquillas y la abrió. Estaba vacía, no era muy grande, pero, afortunadamente, mi equipaje tampoco era gran cosa.

—No lo sabes bien, Werner, a veces no se puede ni respirar. He despejado esta taquilla para ti. Espero que te quepa todo...

—Tenlo por seguro.

Me levanté y abrí mi maleta. Lo primero que extraje de ella fue un libro que había empezado a leer en el Berghof. El libro sorprendió a Otto, que me lo arrebató de las manos. Leyó el título:

—*Julio César*.

—Empecé a leerlo en el Berghof.

—Es irónico, ¿verdad?

No entendí la pregunta. Me devolvió el libro y me dijo:

—Instálate. Yo tengo que volver a la Cancillería, Linge no tardará en despertar al Führer y tengo que preparar todo para la reunión informativa de la mañana.

—Como quieras, Otto.

—Otra cosa, Werner, supongo que no podrás traer aquí a tu camarera y tampoco podrás ir tú a su habitación, la comparte con otras cuatro mujeres. Pero están los baños. Por la noche, entre las cuatro y las siete, cuando el Führer se acuesta, el búnker es un sepulcro. Si lo hacéis, procurad no hacer mucho ruido. Cualquiera os podría sorprender y...

—Gracias, Otto. Gracias por preocuparte de mí.

—No pasa nada, Werner. Para algo estamos los amigos, ¿no?

Me instalé y poco después, como le había prometido, fui a ver a la señorita Braun. Esa fue la primera vez que entré en los aposentos privados del Führer. Junto a Heinz Linge, era la única persona autorizada para hacerlo.

La antecámara, que también se utilizaba como comedor, era un espacio concebido para otorgar mayor privacidad a las habitaciones del Führer y de Eva Braun. En ella había dos puertas, una a la derecha, que conducía al despacho del Führer y que, a su vez, estaba conectada con su dormitorio. Tardé algo más de tiempo en conocer ese despacho, así que dejaré para más adelante la descripción de ese lugar que se convirtió para siempre en maldito por culpa de Adolf Hitler. A través de la puerta de la izquierda te adentrabas en la habitación de la señorita Braun.

Primero encontrabas una salita de estar, tenuemente iluminada por una lámpara de pantalla de pie; una tumbona, una mesita de té y varios sillones tapizados con motivos florales, igual que los cuadros diseminados por sus cuatro paredes. El suelo estaba cubierto por alfombras estampadas de color oscuro. Después se pasaba al dormitorio, que consistía en una cama, no muy diferente a

las nuestras, un armario y un tocador que resultaba minúsculo comparado con los del Berghof y la casa de Múnich. El mismo tipo de cuadros con motivos florales decoraban las paredes. Junto a la cama, había una mesita de noche con una lámpara de pantalla y un teléfono.

—¿Señorita Braun? —pregunté al entrar.

—Pase, Werner, estoy en el vestidor.

El vestidor era un pasillo alargado y estrecho entre su dormitorio y el baño que compartía con el Führer. Casi tropecé con uno de los arcones de los que Eva Braun había sacado su ropa. Cuando llegué junto a ella, estaba revisando cómo habían colocado sus vestidos.

—¿Cómo es su habitación, Werner?

—Horrorosa, señorita Braun. Mejor no hablar.

Me miró. Seguía teniendo ese brillo característico en sus ojos que indicaba que, de un momento a otro, iba a echarse a llorar.

—Pues esto no es mejor. Ya ha visto la salita y el dormitorio, y espere a ver el baño.

Salió del vestidor y abrió una puerta que había enfrente. El baño lo compartía con el Führer, y estaba dividido por un tabique interrumpido por la parte superior. El baño del Führer solo disponía de lavabo con espejo y un retrete. El de la señorita Braun, de lavabo con espejo, retrete y una pequeña bañera. Igual que en los baños del personal, las paredes eran de baldosas blancas. Ni mármol de los dolomitas ni grifería de oro. El lugar era la demostración más palpable del momento en que nos encontrábamos.

—No se queje, señorita Braun. Nosotros solo tenemos cinco o seis retretes para hombre y otros cinco o seis para las mujeres. Y una ducha de pie para todos. Es mucho peor.

Aunque amarga, conseguí provocarle una sonrisa. Cerró la puerta del baño y salimos a la salita de estar. Nos sentamos en los sillones que había alrededor de la mesita de té.

De pronto, su carácter cambió. Eran sus transformaciones habituales, aunque en aquella ocasión no logré determinar si esta era producto de su variable estado de ánimo o de la desesperación.

—¡Bueno, no se preocupe, Werner! Estoy segura de que dentro de poco volveremos al Obersalzberg. ¡Tengo tantas ganas de regresar! ¿Sabe?, está a punto de empezar la primavera, dentro de poco estaremos tomando el sol en la terraza del Berghof. ¡Ya lo verá, Werner! Esta situación solo durará unos días, estoy segura de eso.

Aquella jornada empezó mi misión de autoengaño. Intentar mantener su estado de ánimo positivo había sido una constante para mí durante todos aquellos años. Pero tengo que reconocer que aquellos últimos días me costó mucho hacerlo. Intentar seguir su cadena de fantasías en el interior de aquel sepulcro instalado bajo el suelo de Berlín no resultó una tarea fácil. Ni mucho menos.

—Yo también lo creo, señorita Braun. Esto es solo una situación temporal, no tardaremos mucho en regresar a Baviera.

—¡Baviera! Esa palabra suena tan bien... esta noche lo hablaré con el Führer. Seguro que él me podrá dar una fecha aproximada para nuestro regreso. ¿Sabe?, quiero hacer cambios en el Berghof. Necesito más personal, antes lo estaba pensando. Las fiestas en la gran sala están bien para el invierno, pero en verano deberíamos trasladarlas a la terraza. En ese espacio muerto que hay junto a las tumbonas, podíamos instalar un templete permanente para la orquesta. No creo que al Führer le molestara. Por la noche, podíamos poner antorchas en las paredes, eso ofrecería un

aspecto más romántico y bucólico a las veladas. Bueno, cuando no estuviera el Führer podríamos prescindir de las antorchas. Ya sabe, esa música que a mí me gusta es más para...

Cerró los ojos y elevó su cabeza hacia el techo. Hacia el techo de hormigón. Se masajeó las rodillas con sus manos y me dijo:

—¿Sabe, Werner?, cuando cierro los ojos puedo ver las altas cumbres nevadas. Y si hago mucho esfuerzo, soy capaz de oler el aroma de los valles alpinos. ¿No le parece maravilloso?

Abrió los ojos. Nos miramos fijamente. Por fin, una lágrima se desprendió de sus ojos azulados. Descendió por su rostro, como el río Ach descendía por los acantilados alpinos del Obersalzberg. Se detuvo en su mentón, antes de caer y perderse en la penumbra de esa salita.

Durante unos minutos, nos miramos sin hablar. Sobraban las palabras. Los dos sabíamos lo mismo. Creo que lo habíamos pensado al mismo tiempo, cuando descendimos por primera vez a ese tétrico búnker. Los dos sabíamos que había comenzado.

Que había comenzado nuestra noche sin final.

* * *

No recuerdo bien si fue aquella primera noche o la siguiente cuando se produjo un incidente que provocó que empezara a forjarse en mí un sentimiento de profundo recelo hacia el Führer, un sentimiento que se fue acrecentando durante aquellas jornadas que vivimos en el búnker. Eran altas horas de la madrugada cuando Otto Günsche vino a despertarme. Yo había pasado gran parte de esa noche bebiendo en la cantina y me había acostado algo mareado.

—Despierta, Werner. Despierta de una vez. Vístete y sal a la cantina. Tengo algo urgente que decirte y no quiero que las secretarias se enteren.

Después de que Otto saliera de la habitación, me vestí. Los gritos de borracho y el sonido del acordeón de Willy Kannenberg se escuchaban por toda esa zona del búnker antiguo. Eso significaba que las reuniones militares continuaban y que el Führer todavía no se había acostado.

Atravesé la habitación de las secretarias de manera sigilosa, pero eso no evitó que la señora Junge se incorporara en su cama y me preguntara:

—¿Sucede algo, teniente coronel Muntz?

—Nada, nada importante señora Junge. Siga durmiendo.

Otto Günsche me esperaba en mitad de la cantina. Su rostro era de preocupación. Me hizo un gesto con la mano para que lo siguiera. Entró en una de las habitaciones que estaban vacías. Yo lo hice tras él.

—¿Qué ha pasado, Otto?

Se sentó sobre una de las camas. Se quitó la gorra y clavó su mirada en el suelo. El asunto no pintaba bien.

—La revista de esta noche no ha ido bien, Werner. Y después ha sucedido algo.

Esa noche, después de despedirme de la señorita Braun, había visto a un grupo importante sentado en los sillones del vestíbulo frente a la sala donde se desarrollaban las conferencias militares. Si no recuerdo mal, estaban el embajador Hewel, Fegelein, Wagner, Vöss y los generales Bormann, Dönitz, Krebs, Burgdorf, Koller, Jodl y Keitel.

—El Führer ha sido informado de que los americanos han llegado a Magdeburgo casi sin encontrar resistencia. Y en el Balatón, nuestros compañeros del Leibstandarte han iniciado la

retirada. El Führer ha estallado, ha enloquecido. Me ha hecho llamar después de terminar la revista. Nunca lo he visto así. Nos ha acusado de traición. ¡A nosotros, al Leibstandarte! ¿Lo puedes entender? Werner, nos hemos desangrado luchando por el Reich, cientos de miles de nuestros compañeros han muerto... ¡Y el Führer nos acusa de traición! Me ha dicho que desde esta noche el Leibstandarte ha dejado de existir. Ha dicho que no somos merecedores de llevar su nombre. Mira.

La banda de la manga de su guerrera, donde lucía las letras L.A.H. y el símbolo de la llave maestra, había sido arrancada.

—Me ha pedido que me arrancara la banda allí mismo. Y los galones. Todos tenemos que arrancarnos la banda. También el general Sepp Dietrich. Ha amenazado con retirarnos todas las banderas y estandartes. No es justo, Werner. No es justo.

No dije nada. No sé por qué, pero una rabia intensa me invadió esa noche. Otto tenía razón, no era justo. Si alguien había llevado la lealtad a su persona hasta límites desconocidos, éramos nosotros, todos nosotros. Incluso yo, a mi manera. ¿Y nos había acusado de traición? ¿Por retirarnos de una batalla? Los ejércitos del Reich se encontraban en retirada desde hacía por lo menos dos años.

—No lo entiendo, Otto. No entiendo nada.

—Tienes que arrancar la banda de todos tus uniformes. Hazlo esta noche. Yo reuniré en la Cancillería a todos nuestros hombres para comunicárselo. El Führer no quiere ver ni una sola banda del Leibstandarte. No lo sé, Werner, cada día está peor, entra en cólera por cualquier cosa. No hace más que gritar y ese temblor en su brazo izquierdo... Es posible que el Reichsführer Himmler pueda convencerle, pueda conseguir que reconsidere su actual posición. He intentado comunicarme con él, pero no lo hemos localizado. Además, hay otra cosa más.

—¿Qué otra cosa?

—Esta noche ha llegado el general Schörner, ahora mismo está reunido con él. En un receso, he podido hablar con él. Schörner le ha propuesto un plan para trasladar el Estado Mayor al Obersalzberg. Es mucho más seguro que Berlín, Schörner está dispuesto a fortificarlo, a convertirlo en una fortaleza inexpugnable. Pero el Führer se ha negado en redondo. Dice que no abandonará Berlín. Dice que ha decidido resistir aquí hasta el final. Es una locura. Los rusos nos han hecho picadillo en Pomerania. Todas las esperanzas de que no lleguen a Berlín se centran en que resista el frente del Oder. El Führer quiere visitar el frente en los próximos días. Dice que su sola presencia servirá para que nuestros hombres resistan y den un giro inesperado que cambie el curso de la guerra. Esas son sus palabras: «un giro inesperado». Pero si el frente se hunde... Como sabes, estoy fortificando el anillo en torno al sector gubernamental. No tenemos con qué defenderlo, Werner. Hemos pensado en movilizar a los muchachos de las Juventudes Hitlerianas. Muchos son solo niños. El ministro Goebbels también quiere movilizar a los funcionarios y a los ancianos. Es una locura. Todo esto es una maldita locura.

Pasó su mano por el cabello. Su mirada estaba perdida en algún punto de esa opresiva habitación.

—Si los rusos llegan a Berlín, estaremos perdidos. Moriremos en este agujero como mueren las ratas. Werner, tú tienes influencia sobre la señorita Braun, y ella la tiene sobre el Führer. Habla con ella, pídele que lo intente convencer, pídele que escuche la idea del general Schörner.

—Lo intentaré, Otto. Intentaré convencerla.

—Si se niega a trasladar el Estado Mayor a Baviera, por lo menos que deje que vosotros

podáis llegar hasta allí. Y las secretarias. Es posible que la señorita Braun pueda conseguirlo. Creo, Werner, que solo ella puede conseguirlo. Créeme, la situación es desesperada. Completamente desesperada.

—Veré lo que puedo hacer, Otto, pero no te aseguro nada. La señorita Braun es muy testaruda, si el Führer se niega a trasladarse al Obersalzberg, dudo que ella quiera hacerlo. Está decidida a resistir con él hasta el final...

—Pero ¿por qué? No lo entiendo.

—Porque está enamorada, Otto. Nosotros entendemos de lealtad, de cumplimiento del deber, de dar órdenes y hacerlas cumplir. Pero de esas otras cosas no entendemos, Otto. Yo lo he intentado, pero tampoco la puedo comprender.

Otto Günsche se incorporó. Yo hice lo mismo. Puso sus manos sobre mis hombros y me dijo:

—Werner, han pasado muchas cosas durante esta guerra, cosas de las que vosotros no sabéis nada. Pero te puedo jurar por mi honor que no podemos perderla. Si lo hacemos, no habrá lugar en este mundo donde nos podamos esconder. Y ninguno de nosotros, ninguno, tendremos salvación. Tampoco tú, ni la señorita Braun. Ni esas pobres secretarias, ni «tu» camarera. Ni los millones de civiles de ahí arriba. Haz que lo comprenda. Y haz que nos ayude. Puede que Eva Braun sea nuestra última esperanza para salir vivos de todo esto.

Unos días más tarde de aquella conversación, yo me encontraba en la sala de estar del Begleitkommando charlando y bebiendo con Peter Högl, Edvall Lindloff y Hans Reisser, cuando Otto Günsche se presentó en el puesto de control del RSD en compañía de dos oficiales de las SS. Me buscó con la mirada y me hizo un gesto. Yo me levanté y, tras despedirme de los muchachos, acompañé a Günsche y a los dos visitantes a través de todo el búnker. Günsche no habló durante ese recorrido. Nuestro destino era la cantina en el búnker antiguo. Cuando llegamos, nos sentamos en una de las largas mesas de madera. Günsche fue a la cocina a buscar cuatro vasos. Cuando regresó, cogió una de las botellas de vodka sin etiqueta que había sobre la mesa, la descorchó y sirvió en los cuatro vasos. Bebimos. Otto se agachó sobre la mesa, me miró y, casi susurrando, me dijo:

—Estos oficiales vienen del cuartel general de Sepp Dietrich en Viena. Quieren que les entregue el estandarte del Leibstandarte. Dicen que el general Dietrich teme que el Führer quiera destruirlo. Tenemos que ponerlo a salvo, Werner.

El estandarte era la reliquia más sagrada del Leibstandarte. Había sido unguido en una ceremonia especial con la Bandera de Sangre, cuando el Leibstandarte SS Adolf Hitler se fundó. En Lichtenfelde, lo habíamos custodiado en numerosas ocasiones.

—¿Y dónde está, Otto? —le pregunté.

—Aquí, en el búnker. Yo lo escondí, después de que el Führer me obligara a quitarme la banda de la manga de mi guerrera. El problema, Werner, es cómo lo sacamos.

Bebí. Miré a los dos oficiales, sus rostros parecían cansados, agotados. Seguramente habían combatido en Hungría.

—He tenido una idea, Otto. Me he acordado de algo.

—¿Qué idea?

—Ven conmigo.

Recordé que la noche que Otto me llevó a esa habitación vacía para explicarme lo que había sucedido después de la revista militar vi que allí había dos alfombras enrolladas. Mas o menos

serían del tamaño del estandarte. Aunque también podía desmontarse.

Cuando entramos en la estancia, señalé las dos alfombras enrolladas apoyadas en una de las paredes. Otto sonrió y me hizo un gesto afirmativo con la cabeza. En ese momento, las luces de todo el búnker empezaron a tintinear. Berlín estaba siendo bombardeado. Las luces tintineaban siempre que se producía un bombardeo.

—Con una nos bastará —dijo Otto.

Cogimos la alfombra entre los dos y salimos de la habitación. Pesaba mucho, era una de esas alfombras de gran valor que, posiblemente, habían decorado los suelos de la Cancillería. En los últimos días, muchas de las pertenencias más valiosas se estaban bajando al búnker. La idea era, poco a poco, ir sacándolas de Berlín.

Cuando los dos oficiales nos vieron salir con la alfombra no se sorprendieron. Pero en sus rostros había un gesto contenido de preocupación. Lo difícil sería sacar el estandarte del búnker y, después, de la Cancillería.

—¿Dónde está el estandarte? —le pregunté a Otto.

—Venid conmigo —contestó.

Estaba en nuestra habitación. Atravesamos la habitación de las secretarias, que estaba vacía, y una vez dentro de la nuestra Otto se agachó y rebuscó bajo su cama. Sacó el estandarte.

—¿Cuándo lo guardaste ahí? —le pregunté.

—La otra noche, cuando vine a despertarte. Tú dormías.

Uno de los oficiales extendió la alfombra. Pusimos el estandarte encima, pero la cimera, con el águila dorada del Reich y el enramado de hoja de roble que contenía la esvástica, sobresalía al plegar la alfombra.

—Habrà que desmontarlo —dijo Otto.

Clavé mi mirada en el nombre escrito en el zócalo: Adolf Hitler. Era el único estandarte que llevaba su nombre. Un estandarte del que ahora el Führer renegaba. Mientras Otto lo desmontaba, le pregunté a uno de los oficiales:

—¿Habéis participado en la ofensiva del Balatón?

—No, estamos destinados en logística, en el cuartel general de Sepp Dietrich. Pero sabemos lo que ha pasado allí. Una carnicería.

No quise preguntar nada más. Volvimos a enrollar la alfombra, con el estandarte en su interior. Los dos oficiales la cogieron. Antes de abandonar el cuarto, le pregunté a Otto:

—¿Cómo lo sacaremos de aquí?

—No habrá problema en pasar el primer control del RSD y acceder al búnker del Führer. Pero el segundo... ¿Podrás hablar con Högl?

—Lo intentaré. Pero le diré la verdad. Es posible que lo entienda.

—Vale. Después no habrá problema. Toda la guardia de la Cancillería está integrada por miembros del Leibstandarte. Nuestro único obstáculo puede ser Högl.

Como dijo Otto, hasta el control de salida no hubo ningún problema. Ninguna de las personas con quién nos cruzamos nos miró siquiera; en esos días, trasladar objetos dentro del búnker era de lo más habitual. Cuando llegamos al control de entrada, yo me despedí de los oficiales y entré en la salita de estar del Begleitkommando. Los chicos del RSD miraron a Otto y a los dos oficiales que llevaban la alfombra y no dijeron nada. Pero Högl, se levantó de la mesa donde estaba bebiendo y nos observó con un gesto de extrañeza. Cuando yo entraba, él se disponía a salir

mientras decía:

—¿Qué es eso que...?

Le puse una mano en el pecho y lo detuve. Otto y los oficiales ya subían por la escalera que conducía al exterior del búnker. Acerqué mi boca a su oído y le dije:

—En el interior de esa alfombra llevan el estandarte del Leibstandarte SS Adolf Hitler. Lo quieren poner a buen recaudo, el Führer ha amenazado con destruirlo. Ahora, haz lo quieras, Peter.

Högl me miró de arriba abajo y después, sonriendo, me dijo:

—Entiendo. ¡Venga, vamos a tomar un trago, Werner!

* * *

Por aquellos días, la señorita Braun y yo todavía solíamos salir del búnker en alguna que otra ocasión. No sería hasta un mes más tarde, sobre el 16 de abril, cuando por orden del Führer se nos prohibió abandonar el búnker. Algunas tardes, acompañé a la señorita Braun y a las secretarias a su habitación de la vieja Cancillería. Allí, Eva Braun descorchaba botellas de champán y ponía sus discos en la radiogramola. Luego bailábamos. En ocasiones, nos acompañaban Erich Kempka, Hans Baur o cualquiera de los oficiales que no estuviera de guardia. Pero algún que otro día, el único hombre de aquellas reuniones era yo. Así que me tocó bailar con la señorita Braun, con Traudl Junge, con Dara, con la señorita Schroeder o con Constanze Manziarly. Y con Liesl Rauch. Cuando bailaba con la camarera de Eva Braun, las miradas de todas las demás se tornaban pícaras, como esperando ver entre nosotros algo más que un simple baile. A mí no me gustaba todo aquello, pero no ponía ningún reparo en hacerlo. La vida en el búnker era muy dura para todas ellas, y aquellos momentos hacían que olvidaran por un rato los horrores de la guerra y su reclusión forzosa bajo el suelo de Berlín.

En otra ocasión, la señorita Braun abandonó la Cancillería para visitar a su hermana Gretl en el cercano hotel Adlon. Gretl y Hermann Fegelein residían allí desde nuestra llegada a Berlín. Aquel día recuerdo que la señorita Braun regresó destrozada. Se lanzó sobre la cama de su dormitorio y se puso a llorar. Gretl le había comunicado que regresaba al Obersalzberg. Estando embarazada, y ante la posibilidad de que cualquier bomba cayera sobre el Adlon, Fegelein había tomado la decisión de que abandonara Berlín. No sé si el motivo fue ese o quitársela de en medio. Fegelein seguía mirando de manera lasciva a la señorita Braun siempre que nos cruzábamos con él en el búnker. Aprovechaba cualquier momento para hablar con ella, incluso antes o después de las conferencias militares. Yo no podía entender cómo la señorita Braun lo aguantaba, y en alguna ocasión se lo pregunté. Ella siempre me respondía lo mismo:

—Es el marido de mi hermana, Werner. Tengo que aguantarlo.

Casi todos los días, sacábamos a pasear un rato a *Blondi* por los jardines de la Cancillería. Una de aquellas veces, aproveché para hablarle de lo que me había propuesto Otto: que intentara convencer al Führer para trasladarnos al Obersalzberg.

Nos sentábamos en unos bancos de piedra bajo la estatua *Venus* de Arno Breker. Esa escultura le gustaba especialmente a la señorita Braun. Saqué dos cigarrillos de mi pitillera, le di uno y los encendimos. Aprovechábamos cualquier momento para fumar. Di una calada y acaricié la cabeza de *Blondi*.

—Es increíble cómo el Führer y Fritz Tornow han adiestrado a esta perra, Werner. ¿Quiere ver

cómo canta?

—¿Cantar?

—Sí, ya verá. ¡*Blondi*, canta!

La perra empezó a ladrar. Una sucesión de ladridos acompasados que parecían una canción. Reímos.

—Espere, hay más. ¡*Blondi*, canta con voz más profunda, como si fueras Zarah Leander!

Blondi aulló. Una sucesión de aullidos acompasados. Entonces reímos a carcajada limpia. Pero duró poco. En ese momento de nuestras vidas, la risa duraba muy poco.

—Señorita Braun, ¿ha hablado con el Führer sobre volver al Obersalzberg?

—No, de momento el Führer no quiere volver al Obersalzberg. Dice que esta situación es eventual, que dentro de poco nuestro ejército...

—Escuche, señorita Braun. Hace unos días, el general Schörner le hizo una propuesta al Führer: fortificar el Berghof y resistir allí...

—Werner, le pueden hacer todas las propuestas que quieran, pero el Führer no piensa en este momento de la guerra abandonar Berlín. Ya sabe que a mí me gustaría, me muero de ganas por dejar ese búnker asqueroso y regresar a mi bella Baviera. ¡Cada día la echo más de menos! Pero el Führer es tozudo, y yo sin él no iré a ningún sitio. Para eso, no hacía falta que hubiera venido. Podía haberme quedado en Múnich o haber regresado al Berghof. He venido para estar junto a él. Es lo único que me importa. Aunque tenga que vivir en ese búnker el resto de mi vida.

—No le estoy diciendo que nos marchemos nosotros, señorita Braun, lo que le estoy diciendo es que le pida al Führer que reconsidere la propuesta que le hizo el general Schörner. Usted tiene una gran influencia sobre él. Quizá a usted la escuche.

Tiró el cigarrillo al suelo y lo pisó. Mirándome con unos ojos tristes, me dijo:

—Lo hablaré con él, Werner, aunque cada vez tenemos menos tiempo para hablar. Pero no le prometo nada, él sigue pensando que esto no durará mucho y que ganaremos esta guerra. Albert también me dijo lo mismo el otro día, me dijo que tenía que pensar en salir de aquí. ¿Saben ustedes algo que yo no sé? ¿Acaso piensan que el Führer se equivoca?

—Señorita Braun, de que resista el frente del Oder depende que los rusos lleguen o no a Berlín...

—¡Ah, pues si es eso, no hay problema! El Führer piensa visitar ese frente en los próximos días. Dice que su sola presencia servirá para que la moral de la tropa nos conduzca a una gran victoria. ¡Y el Führer no puede equivocarse, Werner! ¡Por eso es el Führer!

Aquella misma noche, tras despedirme de la señorita Braun, pude hablar con el Führer y entrar por primera vez en su despacho.

La antecámara estaba en penumbra, solo una tenue luz procedente del despacho del Führer evitó que yo tropezara con la mesa en la que Adolf Hitler, las secretarias y Eva Braun comían todos los días. Era muy extraño, porque el Führer nunca se dejaba la puerta de su despacho abierta. Al pasar, sigilosamente, pude verlo sentado en un sofá, con la mirada perdida en algún punto de la pared que en ese momento no pude concretar. Sin apartar la mirada de ese punto, me llamó:

—Teniente coronel Muntz...

—Sí, *mein* Führer.

—Venga, acérquese.

Entré en su despacho. Entonces pude ver lo que estaba mirando. Un cuadro ovalado que representaba a Federico el Grande, pintado por Menzel. Ese cuadro siempre había estado en su despacho de la Cancillería. Era uno de sus tesoros más preciados. Ahora, al igual que todos nosotros, la obra también había descendido a las profundidades de ese búnker opresivo y asfixiante.

El suelo del despacho del Führer estaba cubierto por una mullida alfombra persa. Su escritorio se encontraba bajo el citado cuadro. Sobre la mesa escritorio estaban diseminadas sus gafas, su lupa, un buen número de mapas de situación, un atlas y un teléfono. La luz emanaba de una gran lámpara de bronce. Donde el Führer se encontraba sentado, había tres sillones tapizados en seda, una mesita de té y, sobre un mueble de nogal oscuro, una radiogramola. En esa pared, un cuadro de un bodegón; en la pared contigua, otro maravilloso de Lucas Cranach, una auténtica obra de arte que representaba a tres gracias desnudas en un bosque, junto a un caballero de aspecto medieval que estaba siendo juzgado. Creo que alguien me dijo que ese cuadro se llamaba *El juicio de Paris*.

Cuando Adolf Hitler me habló, continuaba mirando el cuadro de Federico el Grande.

—¿Cómo van mis damas con sus clases de tiro?

—Muy bien, *mein Führer*. Prosperan día a día.

—Me alegro, es importante que si las cosas se complican sepan defenderse por sí mismas. Esta noche tengo una reunión vital, teniente coronel. Espero recibir buenas noticias. Heinrici viene a vernos desde el frente de Bohemia, Krebs ha estado hoy en el Oder. Estamos concentrando un número soberbio de efectivos para contener a esos malditos bolcheviques. Estoy convencido de que el curso de la guerra cambiará en los próximos días. Esta situación es solo temporal, durará poco.

—Eso son magníficas noticias, *mein Führer*. Otto me dijo el otro día que el general Schörner le había presentado una propuesta para fortificar el Obersalzberg y...

—Ah, sí, la «fortaleza alpina». En este momento no lo he considerado, el curso de la guerra se decidirá en el Oder. Sí, en el Oder. Todavía estamos lejos de valorar otras opciones, aunque la de Schörner es muy interesante. Schörner, él es un gran general. Sí, lo he ascendido a mariscal de campo. Si todos en el generalato fueran como él...

Sus ojos brillaban de una manera especial esa noche. Eran unos ojos extraños, los ojos de un hombre que estaba poco a poco perdiendo la razón. Ante mí, Adolf Hitler estalló. Golpeando con sus puños en los reposa brazos del sillón, gritó:

—¡Hombres como él! ¡Hombres como él necesita el Reich! ¡Y no como Himmler! Lamento que sea su superior, pero Himmler tiene la culpa de la situación en la que nos encontramos. ¡Nunca debí nombrarle al frente del Grupo de Ejércitos Vístula! ¡Nunca! ¡Himmler no sirve para tomar decisiones militares! ¡No sirve! Para otras cosas es muy bueno, un hombre excepcional. Pero no para dirigir tropas. Lo único que tiene que hacer Heinrich es terminar su trabajo, centrarse en terminar su trabajo. La guerra biológica, eso es, terminar la guerra biológica. Últimamente, parece que está un poco nervioso. He hablado con Guderian. Esta noche nombraré a Heinrici al frente del Grupo de Ejércitos Vístula. ¡Hombres como él harán que cambie el curso de esta guerra! ¡Sí, hombres como él y como Schörner!

No contesté. Esperé a que se calmara. Más tranquilo, me dijo:

—Recuerdo que una vez le dije que si, llegado el momento, tenía que combatir con mi propio fusil, me gustaría que usted estuviera a mi lado. Y usted me dijo que sí. ¿Todavía lo piensa,

muchacho?

—Naturalmente, *mein Führer*. Todavía lo pienso.

—Me alegra escucharle. ¿Sabe algo?, nunca, nunca me rendiré. Nunca. Nunca antes de la medianoche.

Por primera vez sentí que le había mentido al Führer. Fue una sensación extraña y, por qué no decirlo, amarga, muy amarga para mí. Pero esa noche, cuando regresaba a mi habitación atravesando las tétricas galerías del búnker, llegué a dudar de mí mismo. Sentía que todos los valores que habían regido mi vida se estaban derrumbando, de la misma manera que se derrumbaban los edificios de Berlín después de cada bombardeo. Por primera vez, llegué a dudar de si merecía la pena morir luchando al lado de ese hombre. De si merecía la pena, tan siquiera, luchar y morir por ese hombre.

* * *

El 16 de abril, el frente del Oder se rompió. Sucedió de madrugada, y a nosotros la noticia nos cogió celebrando una de las habituales «veladas del búnker». Desde principios de abril, se había establecido la costumbre de tomar un té nocturno en la antecámara de las habitaciones privadas del Führer y de la señorita Braun, cuando terminaba la conferencia militar de la noche, al que, además de ellos, acudían las secretarias, la dietista Manziarly, la señorita Kastrup, Liesl Rauch, el doctor Morell, Nikolaus von Below, Frenz Lorenz, el embajador Hewel y, ocasionalmente, el general Bormann, Fegelein, Erich Kempka, Hans Baur y Rattenhuber. Yo iba todas las noches, porque estar allí era mejor que intentar dormir con los gritos de los borrachos que atestaban la cantina, el acordeón de Willy Kannenberg y el espantoso murmullo quejumbroso que salía del sistema de ventilación como sonidos de fondo.

Esa noche el Führer estaba especialmente abatido. El temblor de su brazo izquierdo se había agudizado y llevaba días sufriendo grandes dolores en uno de sus ojos. Todas las mañanas, Heinz Linge le ponía unas gotas de cocaína que le había preparado el doctor Morell. Pero, además, aquel día el Führer había recibido una noticia que le había causado un gran dolor: la traición del que había sido uno de sus médicos y amigo personal, Karl Brandt. Fue Fegelein quien, a media tarde, le comunicó que Brandt había enviado a su esposa Anni y a su hijo fuera de Berlín, a Turingia, donde les había ordenado que se entregaran a las fuerzas americanas que ocupaban la región. Otto Günsche me contó que el Führer había estallado. Pidió a Fegelein que detuvieran inmediatamente a Karl Brandt, que lo entregaran a un tribunal popular y que lo condenaran a muerte. Le dijo que, si era preciso, argumentaran que Anni Brandt había huido con importantes documentos que le había proporcionado su marido y que ponían en peligro la seguridad del Reich. Yo lo pude ver recorriendo de arriba abajo el vestíbulo del búnker y gritando:

—¡Traición! ¡Traición! ¡Han empezado las traiciones! ¡Y esta no será la última!

Sin embargo, durante esa velada Eva Braun había tratado por todos los medios de llevar la conversación por cauces más amables. No dejaba de hablar de los perritos de *Blondi*, que a principios de ese mes había parido una camada de cinco canes, de los que solo tres habían sobrevivido. Habían reservado uno de ellos para su hermana Gretl, a la que intentarían enviárselo en cuanto fuera posible a su residencia del Obersalzberg. Otro de los perritos, al que el Führer llamó *Wolf*, se lo había quedado Eva Braun. De esta manera, intentaría llenar el vacío que habían dejado *Negus* y *Stasi*, sus perros de toda la vida y que ahora se encontraban en el Berghof. La

señorita Braun se dedicaba a sus cuidados, lo había instalado en su propio dormitorio en el interior de un cajón. Recuerdo que se estaba hablando de ese tema cuando escuchamos abrirse la puerta acorazada del vestíbulo y pasos en el interior del entonces silencioso búnker del Führer. Adolf Hitler y alguno de sus colaboradores se levantaron de los sillones en cuanto lo oyeron. Yo fui uno de los que los acompañó al vestíbulo.

El general Burgdorf, Fegelein y Otto Günsche se encontraban en el pasillo, su aspecto era nervioso y preocupado. El uniforme de Burgdorf estaba sucio, había acudido al búnker desde la Bendlerstrasse trepando por encima de los escombros. En cuanto vio salir a Adolf Hitler, caminó hacia él. Sin formalismos de ningún tipo, le dijo:

—*Mein Führer*, acabo de recibir una comunicación del general Krebs. Los rusos han roto el frente del Oder.

—¿Cómo? ¿Qué está diciendo, Burgdorf?

—Los rusos han lanzado un ataque desde todas las posiciones del frente...

—¿Por dónde han penetrado?

Burgdorf llevaba un mapa en su mano. Caminaron hacia la mesa alargada del vestíbulo. Wilhelm Burgdorf extendió el mapa sobre la mesa. El Führer cogió una lupa. Burgdorf señaló un punto en el mapa.

—Ha sido aquí, en Kustrin, *mein Führer*.

—Kustrin... —repetió Hitler, mientras miraba el mapa con su lupa.

Günsche, Fegelein y yo nos miramos. Sabíamos que eso significaba el principio del fin.

Regresé a la antecámara. Quería tranquilizar a las damas, pero en ese momento tropecé con la señorita Braun, que salía al vestíbulo. Sus ojos destilaban una mezcla de miedo y desconcierto.

—¿Qué ha sucedido, Werner?

Las secretarias, Liesl, la señorita Kastrup y las demás señoras nos miraban de manera preocupada. Para no generarles más desasosiego, le susurré al oído:

—Se acabó. Los rusos han roto el frente del Oder.

—Bueno, no tenemos que preocupar más a nadie. Sigamos con lo que estábamos haciendo.

Aquellos días empecé a valorar su coraje. Su comportamiento estaba siendo ejemplar. Siempre sonriendo, siempre quitándole hierro a todos los asuntos. Posiblemente, al menos en apariencia, Eva Braun parecía la persona más tranquila y segura de cuantas habitábamos el búnker. Con una gran sonrisa, regresó a la mesa y se sentó en su sillón, mientras decía:

—Bueno, no os preocupéis, el Führer ha recibido una visita de rutina. ¿Qué estaba diciendo? Ah sí, ya me acuerdo. Esta mañana le he escrito una carta a mi amiga Herta Schneider. ¡Le he contado que hemos aprendido a disparar! Le he dicho que es muy emocionante, que hasta hacemos competiciones para ver quién acierta a derribar más de esas botellas. ¿Queréis más té? Liesl, sirve más té. Como os decía, también le he contado lo bien que está creciendo *Wolf*...

No dejaba de hablar. Pero todo el mundo parecía encontrarse más tranquilo cuando ella hablaba.

Esa noche el ajetreo en el búnker del Führer fue muy intenso. Me encontré con Rochus Misch, que ahora hacía labores de telefonista en la centralita del segundo pasillo. Me dijo:

—No dejan de llamar, Werner. Me ha llamado Ribbentrop, Axmann, Rosenberg, Speer, Funk. Una llamada detrás de otra. Todos quieren saber cómo se encuentra el Führer. ¿Cómo se encuentra el Führer, Werner?

Una vez la señorita Braun y las damas se hubieron retirado, yo me senté en uno de los sillones del vestíbulo. Vi salir al Führer de la sala de conferencias. Con aspecto cansado, llamó a Otto Günsche, que esa noche estaba acompañado por el general Wilhelm Mohnke, un veterano del Leibstandarte que se encontraba coordinando junto a él las labores de fortificación del distrito gubernamental de Berlín. Tras hablar con ellos e impartirles órdenes, caminó hacia la entrada de sus habitaciones privadas en compañía de Heinz Linge. Pude escuchar cómo le decía que, aunque no podría dormir en toda la noche, lo despertara al día siguiente una hora más tarde.

Günsche y Mohnke se sentaron junto a mí. Un poco más tarde se nos agregó Fegelein. Recuerdo que Mohnke le preguntó a Otto:

—¿Cómo ha podido decir el Führer que movilizemos a ocho mil soldados para la defensa de la Cancillería? ¡Pero si apenas podemos contar con dos mil!

Otto Günsche resopló, se quitó la gorra y se mesó el cabello.

Fegelein aprovechó ese momento de silencio para decirme:

—Teniente coronel Muntz, usted, que tiene influencia sobre la señorita Braun, debería tratar de convencerla para que abandone Berlín cuanto antes. Permanecer aquí es una locura. Una auténtica locura. Yo he intentado hablar con ella, pero...

—Se lo repito todos los días, general Fegelein. Una y cien veces. Pero es muy testaruda...

—Ya lo sé, Muntz. ¿Acaso cree que no la conozco?

—No. No la conoce.

Lo que dije a continuación hizo que Günsche y Mohnke me miraran sorprendidos. Tan sorprendidos como el propio Fegelein.

—Nadie la conoce como yo. Ni siquiera el Führer la conoce como yo.

Otto Günsche tuvo que terciar entre nosotros:

—Venga, vamos al búnker antiguo. Bebamos un poco. Aquí el ambiente es luctuoso.

Cuando llegamos a la cantina serían las siete de la mañana, aunque estaba a rebosar. Esa noche había llegado al búnker un grupo de jóvenes y guapas enfermeras, porque en los jardines de la Cancillería se había instalado un hospital militar que dirigía el doctor Werner Haase. Las enfermeras se habían alojado en la habitación contigua a la de Liesl Rauch y el servicio de cocina. Esa madrugada bebían y cantaban junto a los oficiales que no estaban de servicio. Hacía días que ya no se respetaban ni los grados, ni los horarios. La cantina estaba llena durante todo el día y toda la noche, los hombres se mezclaban con las mujeres y los cabos con los ministros y con los generales. En la primera de las mesas de la cantina, el ministro Goebbels y el general Bormann charlaban y bebían con aspecto taciturno. Fegelein se sentó con ellos.

Mientras Günsche abría una botella de aguardiente y nos servía a Mohnke y a mí, Willy Kannenberg se acercó a nosotros y empezó a tocar su acordeón. Guiñándonos un ojo, nos dijo:

—Esto os va a gustar a vosotros tres.

En cuanto escuchamos los primeros acordes de esa melodía, nos incorporamos, levantamos nuestros brazos en señal de saludo y empezamos a cantar. No solo lo hicimos nosotros, también otros muchos compañeros diseminados por toda la cantina. Goebbels, Bormann y Fegelein nos miraron con cara de pocos amigos, pero a nosotros no nos importó. Creo que cantamos tan fuerte que es posible que nuestras voces traspasaran las paredes de aquel inexpugnable búnker y se escucharan sobre la superficie de Berlín:

*Wer zieht dort im Sande die Strasse einher?
Wer reckt dort die jungen Glieder?
Wem wird in der Sonne der Affe nicht schwer,
Wer singt dort die lustigen Lieder?
Ja, das ist die Garde, die unser Führer liebt, ja liebt, die
Stolze Leibstandarte, die da stirbt und sich nicht ergibt...*

ROSAS ROJAS COMO LA SANGRE

El viernes 20 de abril de 1945 Adolf Hitler cumplió 56 años. Fue su último cumpleaños. Aquel fue un día que nunca podré olvidar. Durante aquella jornada mantuve dos conversaciones con jefes del régimen que me llevaron, la primera, a empezar a conspirar contra el Führer y, la segunda, a terminar descubriendo un misterio que llevaba años atormentándome. Ese día se celebró la última gran fiesta de Eva Braun, y los «faisanes dorados» levantaron el vuelo y huyeron de Berlín. Puedo asegurar que aquel fue un día difícil de olvidar para todos los que nos vimos inmersos en aquellos oscuros y trágicos momentos de la historia.

Aunque por la mañana el Führer recibió la noticia de que los rusos habían abierto otra brecha en el frente del Oder por Guben, a las tres de la tarde, cuando se celebró la recepción oficial de su cumpleaños en los jardines de la Cancillería, su estado de ánimo parecía haber mejorado. Ese estado de ánimo volvió a ensombrecerse conforme avanzaban las horas. En los jardines se reunieron por última vez todos los jefes del régimen: Himmler, Göring, Speer, Ribbentrop, Goebbels, Bormann... a lo largo del día y de esa noche, muchos de ellos abandonarían Berlín para no regresar. En las jornadas siguientes, viviríamos un auténtico éxodo, a veces propiciado por misiones encomendadas por el propio Führer y, en otros casos, porque el miedo a un futuro incierto causaba estragos entre los leales a Hitler. Entre el 20 y el 23 de abril, empezó a perfilarse la identidad de los que terminaríamos convirtiéndonos en los últimos residentes del búnker.

La señorita Braun vivió una jornada estelar, por un día, la que fuera la «señora del Berghof» pareció convertirse en la «señora del búnker». Vestida de manera excepcional, estuvo presente en las felicitaciones que el Führer recibió y en las conversaciones que sostuvo con todos los prohombres del Reich. Ese día Eva Braun estuvo sometida a grandes presiones, como también el propio Führer. Porque el tema recurrente era si había llegado el momento de que trasladara su cuartel general al Obersalzberg. Sé que todos los líderes nazis instaron al Führer a abandonar Berlín, y sé que muchos utilizaron la figura de Eva Braun para que presionara en esa dirección. Sé que Albert Speer y Joachim von Ribbentrop mantuvieron conversaciones privadas con ella en su salita de estar, intentando conseguir una mediación desesperada para que el Führer entrara en razón. Para todos aquellos que hoy, y en el futuro, crean que el papel de Eva Braun fue secundario, tengo que decirles que están totalmente equivocados. Durante aquellos últimos días del Reich de Hitler, Eva Braun se convirtió en la persona más influyente de su entorno.

Después de la recepción, Artur Axmann quiso que el Führer recibiera a un grupo de muchachos de las Juventudes Hitlerianas que habían combatido en el frente oriental, para

condecorarlos. Mientras se celebraba esa ceremonia, la señorita Braun regresó al búnker para cambiarse de ropa. Esa costumbre no la modificó nunca, la mantuvo hasta el final. Eva Braun solía cambiarse hasta tres o cuatro veces al día de ropa. Recuerdo que la señorita Kastrup y yo teníamos una señal para los momentos en que lo hacía: cuando yo le preguntaba dónde estaba Eva Braun, la señorita Kastrup me sonreía y decía «cambio de acto».

Fue entonces cuando yo tuve mi primer encuentro con uno de los jefes del régimen. Con Albert Speer. Regresé a la Cancillería y hallé al ministro Speer solo, en el salón de los embajadores, dando vueltas a una mesa donde se había instalado la maqueta original de la capital mundial Alemania. El Führer había pedido que se colocara allí, y esa misma mañana había estado contemplándola. Entré en la habitación y le dije al ministro:

—Un día, cuando instalaron esta maqueta en la terraza del Berghof, tuve una extraña premonición al verla. La imaginé destruida, arrasada, reducida a escombros. Lamentablemente, mi premonición parece haberse cumplido. Aunque no haya sido Alemania. Ha sido Berlín.

Speer rio. Sin apartar la mirada de la maqueta, me dijo:

—¿Sabe cómo la llama el Führer? «Mi bella ciudad fantasma».

Me acerqué a él. Sabía que esa mañana había vuelto a hablar con la señorita Braun, y pensaba que el asunto de trasladarnos al Obersalzberg iba a salir a colación.

—Hace un mes le presenté al Führer un informe definitivo en el que le advertía de que la guerra estaba perdida. En la situación actual, es imposible desde el punto de vista económico y productivo seguir manteniendo esta guerra. ¿Sabe lo que me contestó?

—No, señor ministro. ¿Qué le contestó?

—Me ordenó que pusiera en marcha una operación para destruir todo el sistema productivo y de infraestructuras del Reich. Me ordenó destruir las fábricas, los centros industriales, puentes, autopistas, carreteras. Una política de tierra quemada. Lo llamó Operación Nerón —Speer hizo un gesto extraño con su rostro—. Nerón...

—Pero eso significaría...

—Sí, que Alemania regresara a la Edad Media. Destruir para siempre el futuro del pueblo alemán. Así se lo expuse. Y él me dijo: «Eso no debe importarnos. Si Alemania no gana esta guerra, demostrará que no es merecedora de seguir existiendo. Así lo dicta la Providencia. No puede importarnos lo que le suceda al pueblo alemán. ¿Sabe por qué? Porque los mejores ya habrán caído».

—Eso es una monstruosidad, ministro Speer.

—Sí, lo es, teniente coronel Muntz.

—¿Y usted lo ha hecho? ¿Lo ha puesto en práctica?

No me contestó. Perdió su mirada en la impresionante cúpula del Volkshalle.

—Es hora de tomar decisiones, teniente coronel Muntz. Decisiones difíciles. Hasta ahora, todas esas decisiones las tomaba el Führer. Pero ya no podemos contar con él. ¿Sabe lo que me ha dicho esta mañana, aquí, en este mismo salón?

—¿Qué le ha dicho?

—Que tiene un plan perfecto, que nadie conoce, para ganar esta guerra. Que esta tarde les dará plenos poderes a Jodl y a Keitel para que coordinen toda la operación. Schörner tiene que atacar por el sur a los rusos antes de que se acerquen más a Berlín. Wenck tendrá que hacer lo mismo por el norte, y los ejércitos de Steiner se abrirán paso para impedir cualquier asalto a la capital.

Entonces, ha pensado fusionar los estados mayores del OKW y de la OKH. Todo eso vendrá acompañado de un ataque aéreo demolidor de la Luftwaffe. Los rusos se verán obligados a retroceder. Y entonces, empezará la reconquista. Todo eso son quimeras, teniente coronel Muntz. Los pensamientos desquiciados de un hombre que está a punto de perder la razón. Una quimera, como lo era esta ciudad fantasma.

—¿Por qué me cuenta esto, señor ministro?

—Porque tenemos que hacer algo. He hablado con Eva, pero no entra en razón. Está dispuesta a unir su destino al destino del Führer. Bueno, supongo que usted lo sabe mejor que yo. La señorita Braun, las secretarias... No podemos dejar que todas ellas perezcan aquí por los caprichos de un hombre que ha perdido la cordura. Yo podría ayudarles. A lo mejor, tengo la solución al problema. Pero me haría falta que usted me ayudara a su vez a mí. ¿Estaría dispuesto a hacerlo, teniente coronel Muntz?

En ese momento no sabía lo que Speer me estaba proponiendo. Pero no tuve ninguna duda en responderle:

—Sí. Estaría dispuesto a ayudarlo. En su día juré proteger a la señorita Braun...

—¿Aunque tuviera que protegerla del Führer?

—Sí. Aunque tuviera que protegerla del Führer.

—Bien, no hablemos más. Esta tarde parto para Hamburgo, pero regresaré en pocos días a Berlín. Si para entonces las circunstancias no han cambiado, si el Führer no entra en razón o si la situación militar ha empeorado, le expondré mi plan, pero tenga algo en cuenta: es posible que se vea obligado a realizarlo usted solo. Es posible que, tras esa visita, yo no salga con vida de esta Cancillería. ¿Me da su palabra?

Nos estrechamos fuertemente la mano.

—Le doy mi palabra.

Resultaba curioso, pero, igual que unos días antes había sentido que por primera vez le estaba mintiendo al Führer cuando le dije que combatiría junto a él hasta el final, en ese momento la situación resultaba muy distinta. Ese apretón de manos fue real, y por primera vez tuve claro cuál era mi única misión en ese momento de la tragedia que se estaba desarrollando a mi alrededor: salvar la vida de Eva Braun. Si Speer podía ayudarme, me aferraría a esa ayuda. Aunque en aquel momento desconocía la dificultad y las consecuencias que podían tener aquellas palabras del ministro.

—No hable de esto con nadie, teniente coronel Muntz. Y especialmente, se lo ruego, no le diga a la señorita Braun que ha mantenido esta conversación conmigo.

Me sorprendió mucho escuchar esas palabras de la boca de Albert Speer. Me obligó a preguntarle:

—¿Por qué, señor ministro? ¿Por qué especialmente con la señorita Braun?

—Bueno, ya sabe lo que ha sucedido con el doctor Brandt por sacar a Anni y a su hijo de Berlín. Ahora mismo pesa sobre él una condena a pena de muerte. Durante mi conversación de hoy con Eva, ha insistido varias veces en saber dónde y cómo se encuentran mi esposa Margarete y mis hijos. A lo mejor es solo una cosa mía, porque luego ha cambiado de tema, pero, en estos días...

—Puede estar tranquilo, señor ministro. La señorita Braun le considera uno de sus mejores amigos, y en cuanto a Margarete... siente auténtica adoración por ella. No hay día que no pregunte

por su mujer. Y lo mismo por sus niños.

—Lo sé, lo sé. Pero no se olvide de una cosa: nosotros tres, Eva, usted y yo, hemos estado cautivos demasiado tiempo del poder hipnótico de un hombre. Es posible que, para alguno de nosotros, esa influencia que ejerce Adolf Hitler haya desaparecido, pero para Eva no. Usted lo sabe muy bien. Eva Braun todavía está bajo el poder hipnótico de Adolf Hitler. Quizá ahora, más que nunca.

No intenté siquiera contradecirle, porque en eso, Albert Speer tenía razón.

* * *

Una vez finalizada la conferencia militar de la tarde, los jefes del régimen comenzaron a abandonar Berlín. Yo me encontraba fumando un cigarrillo con Otto, Streve, Dosse y algún otro de los muchachos en la puerta de entrada del búnker, cuando Erich Kempka vino a buscarme. Kempka estaba al frente del gigantesco parque móvil de la Cancillería.

—Muntz, tienes que acompañarme. El Reichsführer Himmler quiere hablar contigo.

Miré a Otto, que me devolvió una mirada de extrañeza.

—Chicos, ahora mismo vuelvo —les dije antes de seguir a Erich.

En el garaje de la Cancillería se respiraba un ambiente de gran ajeteo. Todo el mundo estaba deseando que ese día terminara para salir de la ciudad. Vi a Göring en el interior de su coche, acompañado de su esposa Emmy y de su hija Hedda. Su destino era el Obersalzberg. Von Ribbentrop y su familia también se marchaban. Todos ellos lucían sus mejores galas, igual que sus chóferes. Era una situación extraña: mientras el Führer caminaba torpemente por el búnker, encorvado, embutido en un abrigo militar que a veces incluso llevaba manchas (Eva Braun se lo recriminó en más de una ocasión), el resto de los jefes parecían estar viviendo un momento de esplendor. Sus coches brillaban, al igual que sus uniformes y sus chóferes, que les abrían las puertas en posición marcial. Ahora ellos parecían el Führer, y el Führer un triste cabo.

Erich me acompañó hasta el Mercedes negro del Reichsführer Himmler. Abrió la puerta trasera. El Reichsführer me hizo sitio y dio unos golpecitos con su mano enguantada en el asiento, mientras me decía:

—Suba, teniente coronel Muntz. Tengo que hablar con usted.

Desde el primer momento tuve una certeza. La certeza de que la conversación que iniciamos un día del verano de 1935 en la Casa Parda de Múnich se iba a cerrar en el interior de ese vehículo. No diré que en ese momento no tuviese miedo, pero la verdad es que todo sucedió muy deprisa y que, aquella charla terminó en lo que terminó sin yo llegar a ser consciente del peligro que corrí en ese instante. Lo sucedido allí dentro no fue el comportamiento de un hombre valiente, no; más bien fue el comportamiento de un hombre imprudente. Solo en las siguientes horas conseguí vislumbrar lo cerca que llegué a estar de una muerte segura.

—He hablado con la señorita Eva Braun y con el Führer sobre la posibilidad de abandonar Berlín. El Führer se ha negado en redondo. Pienso que ha tomado la decisión de no dejar Berlín bajo ninguna circunstancia. En cuanto a la señorita Braun, ha desestimado mi petición antes de que terminara de exponérsela. Me ha dicho que no pensaba decirle nada al Führer, que quería que fuera él quien tomara esa última decisión. Me ha dicho que, si el Führer decide marcharse, ella le seguirá, pero si decide permanecer en Berlín, ella se quedará y compartirá su destino.

—Hace días que no se mueve de esa posición, mi Reichsführer.

—Entonces he pensado en usted, teniente coronel Muntz. Su trabajo ha sido magnífico, excelente, ha cumplido con creces las expectativas que en su día pusimos en usted. Pero por mi parte, la misión que le encomendé ha llegado a su final. Ahora, ya no será necesario que siga ni un minuto más al lado de la señorita Braun. Sé que está adscrito al Estado Mayor del Führer, pero él comprenderá que usted quiera salir de esta ratonera, sobre todo, si yo le ofrezco una oportunidad mejor formando parte de mi Estado Mayor. Lo he establecido en un lugar seguro, en Hohenlychen; le puedo confirmar que es mucho más seguro que ese búnker inmundo. Llegados a este momento, la necesidad de ejecutar ese plan que trazamos en Múnich ya no tiene sentido...

Le hice un gesto con la mano para que se detuviera. Ese gesto sorprendió al Reichsführer, supongo que no estaba acostumbrado a que nadie le interrumpiera. Algo se removió en mi interior cuando hablé de «ese plan trazado». Cuando hablé de Blancanieves.

—Espere, mi Reichsführer, tengo que confesarle algo. Es posible que después de hacerlo ya no quiera que forme parte de su Estado Mayor. Es posible que, incluso, ordene que me detengan y que me procesen por alta traición. Pero tengo la sensación de que esta es la última vez que le voy a ver, y quiero que sepa la verdad.

—¿Qué es lo que me quiere decir, teniente coronel Muntz?

—Es sobre Blancanieves. Hace más de dos años decidí romper mi juramento de lealtad a las SS y a su persona, desoír sus órdenes y no ejecutar Blancanieves. Es más, decidí defender con mi propia vida la vida de la señorita Eva Braun.

Al principio de mi declaración dije que los ojos de Heinrich Himmler resultaban lobunos. Ninguno de ustedes puede hacerse una idea del brillo de sus ojos en aquel momento, en el interior de su vehículo y en la semioscuridad de aquel garaje. Los que me miraban eran los ojos de un lobo a punto de saltar sobre su presa. Una presa ya abatida, inerte, que solo podía esperar la muerte.

Lo que sucedió después me pareció sorprendente. Bajó la vista, movió la cabeza a los dos lados y, volviendo a mirarme, dijo:

—Existía esa posibilidad, claro que existía esa posibilidad. Conociendo sus antecedentes era remota, pero existía. Por eso puse en marcha, con antelación a nuestra entrevista en Múnich, la operación de Liesl Rauch. Usted podía fallarme, pero ella nunca lo haría. Había sido especialmente preparada para cumplir esa misión.

—¿Qué quiere decir, mi Reichsführer?

—Durante todo el tiempo que ha servido como doncella de Eva Braun, Liesl Rauch ha guardado en su dormitorio una ampolla de ácido prúsico que yo le proporcioné. Si usted no hubiera ejecutado Blancanieves, Liesl Rauch habría disuelto esa ampolla en cualquiera de las bebidas que le servía a la señorita Braun a diario. Blancanieves siempre se habría ejecutado, teniente coronel Muntz. Siempre. Con usted o sin usted. La señorita Braun ha sido durante mucho tiempo un quebradero de cabeza para la seguridad del Reich, y yo soy la seguridad del Reich. Nunca he dejado un cabo suelto. Ese asunto no iba a ser una excepción.

No contesté. Sin esperarlo, el velo de misterio que había rodeado la figura de Liesl Rauch había caído.

—Por cierto, tendremos que hablar de la camarera Rauch. Ella también tiene derecho a salvarse, teniente coronel Muntz. Como en su caso, la misión que le fue encomendada también ha concluido. Tendrá usted que decírselo. Si ella quiere, puede dejar su trabajo de manera inmediata

y abandonar el servicio de la señorita Braun. Dígale que yo mismo hablaré con el Führer para comunicárselo.

—Perdone, mi Reichsführer, pero dudo mucho que Liesl Rauch se crea que usted la libera de sus obligaciones porque yo le diga...

—Dígale solo esta frase: «El pájaro debe volar». Ella sabrá que esas palabras solo han podido salir de mi boca. Es la clave para abortar su misión. A partir de ese momento, ella será libre para hacer lo que desee. Ella no ha tenido ascensos, teniente coronel Muntz, ni remuneraciones tan sustanciosas como las suyas. Es lo mínimo que podemos hacer por ella.

—Se lo diré, mi Reichsführer.

Visiblemente molesto, Heinrich Himmler miró al frente antes de continuar:

—Teniente coronel Muntz, vivimos momentos críticos de nuestra historia. En lo que a mí respecta, solo busco tener a los mejores a mi lado. Independientemente de alguna de las cosas que ha confesado esta tarde, y que me han decepcionado profundamente, usted es uno de los mejores. Quiero volver a repetirle mi oferta. Si usted lo desea, puede incorporarse de manera inmediata a mi Estado Mayor. Yo le proporcionaré la manera de salir de Berlín. Le puedo asegurar también que automáticamente será ascendido a coronel.

—Le agradezco su oferta, mi Reichsführer, especialmente después de la confesión que le he hecho. Pero prefiero continuar como miembro del Estado Mayor del Führer. He servido durante diez años a la señorita Braun y ahora, llegado este momento, no la quiero abandonar.

—Entiendo. Entonces, creo que no tenemos nada más que hablar. Intente ejercer su influencia sobre Eva Braun, que sé de sobra que la tiene, para que a su vez ella intente convencer al Führer para abandonar Berlín y volar al Obersalzberg. Todas esas fantasías del Führer sobre los ejércitos de Wenck, de Steiner y de Busse son solo eso, fantasías. Los rusos están a cuarenta kilómetros de Berlín, teniente coronel. O sucede un milagro del cielo, o en pocos días el general Koniev estará durmiendo en la cama del Führer.

—Haré todo lo que pueda, mi Reichsführer.

En ese momento estaba lanzado, cegado. No sé lo que me pasaba, pero era como si los fantasmas de todos aquellos años se agolparan en mi cabeza pidiendo escapar de ella. Tenía la sensación de que esa era la última vez que vería al Reichsführer y de que muchas de las respuestas a las preguntas que me había hecho durante todo aquel tiempo se iban a marchar con él para siempre. Si no hubiera cometido la imprudencia que cometí, me lo hubiera echado en cara el resto de mi vida.

—Mi Reichsführer, me gustaría hacerle una última pregunta. ¿Ha habido otras operaciones como Blancanieves?

Me miró con incredulidad. Me respondió con otra pregunta:

—¿Qué quiere decir? No le entiendo...

—Esa chica, Geli Raubal, la medio sobrina del Führer, la joven que se suicidó en Múnich. Y esa actriz, Renate Müller, la que sufrió un accidente en su domicilio de Berlín poco después de visitar el Berghof. ¿Tuvo usted algo que ver con el «suicidio» de Geli Raubal y con el «accidente» de Renate Müller, mi Reichsführer?

Heinrich Himmler le hizo un gesto a su chófer con el bastón de mando que llevaba en la mano. Después, puso su otra mano enguantada sobre mi pierna y, acercándose mucho a mí y mientras me miraba con unos ojos centelleantes, me dijo:

—Todo lo que yo he hecho en mi vida es servir al Reich. Todas las decisiones que he tomado a lo largo de mi vida han sido por la seguridad del Reich y con el único objetivo de proteger al pueblo alemán. Todas. Toda orden que ha salido de mi boca solo ha sido para asegurar el bienestar del Führer, del Reich y de nuestro pueblo. Recuerde estas palabras toda su vida. En el futuro, si perdemos esta guerra, escuchará muchas cosas sobre mí, cosas horrendas, mentiras infames que saldrán de la boca de mis enemigos, pero siempre debe recordar que mi entrega al Führer, al Reich y al pueblo alemán han sido el único faro que ha guiado mi vida. Puedo asegurarle que, si tengo que rendir cuentas ante alguien, tras una vida dedicada a la seguridad de nuestro Reich, nunca será ante los hombres. Solo rendiré cuentas ante aquello que habita más allá de nuestro conocimiento y de nuestra comprensión.

Le hizo otro gesto con el bastón a su chófer, a la vez que retiraba su mano de mi pierna. El chófer abrió la puerta del Mercedes.

—Ahora, le deseo buena suerte, teniente coronel Muntz. La va a necesitar.

—Yo también le deseo buena suerte, mi Reichsführer.

Descendí del vehículo. Me quedé allí, quieto, sin cuadrarme, sin hacer el saludo reglamentario. Nada, no hice nada. Solo mirar cómo el chófer de Himmler ponía en marcha el vehículo. Antes de partir, el Reichsführer me hizo un gesto de cortesía, tocando con su bastón de mando la visera de su gorra de plato y bajando ligeramente la cabeza. Yo no le correspondí. Seguía observando cómo el vehículo en el que viajaba abandonaba el garaje, seguramente, con la mirada de un hombre al que se le había dado una segunda oportunidad para vivir.

* * *

Aquella noche del 20 de abril, Eva Braun celebró su última gran fiesta. Siendo el cumpleaños del Führer, la señorita Braun nos había invitado a una copa de champán en la antecámara de sus habitaciones privadas. Acudieron las secretarías, la señorita Manziarly, Liesl y la señorita Kastrup, Nikolaus von Below, Julius Schaub, Heinz Lorenz, Walter Frenz, el general Bormann y el embajador Hewel. Muy animada, fue descorchando botellas y sirviendo nuestras copas. Incluso la de Liesl, a la que hizo sentarse en la mesa como una más. El buen humor que derrochaba se fue contagiando poco a poco a todos los presentes. Excepto al Führer. Más abatido que nunca, Adolf Hitler permanecía inmóvil en su sillón, con la mirada perdida en la nada y el aspecto de un anciano. Esa noche había recibido malas noticias en la conferencia militar: los rusos ya habían alcanzado la autopista de Spreewald y, por el norte, habían lanzado un ataque sobre Orianenburg. A cada hora que pasaba, el cerco se estrechaba sobre Berlín.

La señorita Braun no paraba de hablar, mientras acariciaba a su cachorro *Wolf*. Poco antes de las cuatro, el Führer se levantó de su sillón y nos dijo que se retiraba a descansar. En la mesa se hablaba sobre si lo mejor sería permanecer en Berlín o trasladar el Estado Mayor al Obersalzberg. Antes de que Hitler se marchara, un achispado Von Below le preguntó:

—*Mein Führer*, ¿y usted qué piensa? Muchos nos lo preguntamos. ¿Cree que sería mejor permanecer en Berlín o por el contrario...?

—Todavía no he decidido nada al respecto. Estoy a la expectativa de los movimientos de nuestras tropas en las próximas horas. Pero si le digo la verdad, me da igual. Si tenemos que trasladarnos al Obersalzberg, resistiré en el Obersalzberg. Si permanecemos en Berlín, resistiré en Berlín. Lo que no consentiré es que los bolcheviques me capturen y me exhiban como a un

simio en el zoológico de Moscú. Antes de eso, me pegaré un tiro aquí mismo.

Dio media vuelta y, arrastrando los pies, caminó en dirección a la puerta que conducía a su despacho. Pocas veces he vivido un silencio como el que se instaló en aquella antecámara. Nadie decía nada, nadie se movía, hasta el cachorro de la señorita Braun había dejado de jugar. Era como una ilusión, una situación irreal. Sentí que alguna de las secretarias se estremecía. Aquella fue la primera ocasión en que, ante nosotros, Adolf Hitler habló de suicidio. Aunque, a tenor de lo que dijo a continuación Eva Braun, no ante ella.

—Últimamente no deja de decir esas cosas. No le hagáis caso, está sometido a una fuerte presión. ¡Venga, bebed champán!

Mientras volvía a llenar las copas, se le ocurrió algo.

—¡Esperad, una cosa! ¿Y si celebramos una fiesta? ¡Música, necesito música! ¡Una fiesta en la Cancillería! ¿A que es una gran idea?

—Señorita Braun, el Führer ha prohibido... —no me dejó terminar.

—¡El Führer se ha ido a dormir! ¿Qué hay de malo en organizar una fiesta en la Cancillería, Werner! ¡Venga, coged las botellas! ¡Nos vamos a la Cancillería!

Dicho y hecho. Salimos de la antecámara y recorrimos el búnker del Führer hasta el búnker antiguo. La señorita Braun presidía la comitiva, e iba invitando a la fiesta a todos aquellos que se encontraba en el camino.

—¿Estás de servicio? ¡Pues venga, únete a nosotros, vamos a celebrar una fiesta!

Cuando llegamos a la cantina del búnker antiguo, estaba a rebosar, como de costumbre. Todos se levantaron de las largas mesas y se unieron a nosotros. La señorita Braun se subió a una mesa, bebió un largo trago de una botella de champán y dijo:

—¡Están todos invitados a una fiesta en la Cancillería! ¡Hoy es el cumpleaños del Führer y hay que celebrarlo! ¡Hermann! ¡Theodore! ¡Fritz! ¡Venga, todos a la Cancillería!

Era una imagen anacrónica. La elegante Eva Braun, que esa noche más que nunca parecía una estrella de cine, rodeada y aclamada por una marabunta de hombres uniformados, algunos de ellos, con una necesidad imperiosa de lavar sus uniformes y darse una ducha.

Atravesamos lo que llamábamos la Kannenberggang, el túnel de Kannenberg. Era un largo pasillo de techo curvo y baldosas de gres verde claro que comunicaba el búnker antiguo con la Cancillería del Reich. Se le llamaba así porque, dependiendo de en qué dirección te movieras, partía o terminaba en la cantina de Willy Kannenberg en el búnker antiguo. La luz le concedía un aspecto lóbrego, el suelo siempre estaba cubierto de agua, como si se tratara de una cloaca. Observé que había trastos esparcidos por todos lados y se empezaba a amontonar la basura. El sonido de los aspersores de ventilación era ensordecedor en algunos tramos del túnel.

La fiesta se celebró en la sala de música. Como forma de protección, los valiosos muebles y mesas habían sido cubiertos con sábanas blancas. La señorita Braun se dedicó a retirarlas una por una, mientras no dejaba de beber de su botella de champán. También lo hizo con la victrola, casi idéntica a la que había en la gran sala del Berghof. Se arrodilló ante los discos amontonados y empezó a rebuscar. Colocó uno en la victrola y, en cuanto la melodía de «Du sollst mein Glücksstern sein» invadió el salón, todo el mundo estaba bailando. Era una de esas canciones que, a finales de los años treinta, solía tocar la orquesta del Tanztee del hotel Adlon.

Tengo que reconocer que, una vez más, lo había conseguido. Ella era así, en ocasiones, sabía crear magia allí donde solamente reinaba el desaliento. Por un rato, por un largo rato, todos nos

habíamos olvidado de la guerra, de los bombardeos, del avance del Ejército Rojo y de que estábamos condenados a vivir en esa ratonera infecta bajo el suelo de Berlín. Yo deambulé por la sala, hablando con unos y con otros y, quizá por celo profesional, sin apartar la mirada de la señorita Braun y sus alocados bailes. Para mí, aquella noche fue como volver a los buenos tiempos del Berghof, a los «años de esplendor».

Charlé con el general Bormann, que a esas horas apenas se tenía en pie. Hacía días que, junto a Burgdorf, Krebs y Tornow, pasaban más tiempo bebiendo en la cantina de Willy Kannenberg que reunidos con el Führer. Alguien, no recuerdo bien quién, los apodó «la división del alcohol». Otro rato, bebí y brindé con Adi Dirr, con Hans Reisser y con algunos de los estenógrafos. En una ocasión, me acerqué al doctor Morell. El hombre estaba blanco como la cera, muy nervioso, dando vueltas y más vueltas a su vaso. Le pregunté si podía proporcionarme más de esos estimulantes que yo tomaba, y me dijo que sí, que pasara a la mañana siguiente por la habitación de los médicos. Y de repente, quiso saber:

—Teniente coronel Muntz, ¿usted cree que, si se lo pidiera, el Führer permitiría que viajara al Obersalzberg? Hanni está allí, sola, en nuestra villa, y yo aquí ya no tengo nada que hacer, el doctor Stumpfegger puede inyectarle al Führer su tratamiento sin necesidad de que yo...

—Puede intentarlo —le dije—. No creo que el Führer se oponga, en estos momentos, los únicos a los que necesita es a sus generales y...

Me interrumpí cuando vi a Hermann Fegelein coger del brazo a la señorita Braun y llevarla detrás de una de las columnas de mármol de la sala de música. Fegelein parecía muy nervioso, gesticulaba con vehemencia mientras la señorita Braun le escuchaba estoicamente. Él intentó abrazarla, pero ella se zafó. Entonces fue la señorita Braun la que empezó a gesticular y a elevar el tono de voz. Lo dejó allí, con aspecto desorientado, mientras ella caminaba hacia la victrola dando grandes zancadas. Rebuscó entre los discos. Cuando volví a mirar hacia la columna, Fegelein había desaparecido. La señorita Braun cogió en sus manos un disco de Beka, lo puso en la victrola y me buscó con la mirada. Cuando la música emergió, empezó a llamarme:

—¡Werner! ¡Werner!

Ahora ya siempre me llamaba por mi nombre, incluso delante del Führer.

Corrió a mi encuentro. Me cogió de la mano y me sacó a la improvisada pista de baile. Con ojos turbados por el alcohol, me dijo:

—¡Oh, Werner, quería bailar con usted esta canción!

Era «Blutrote Rosen», la canción que bailamos en la boda de Fegelein y Gretl Braun.

—«Las rosas rojas como la sangre me hablan de la felicidad». ¿Se acuerda? La bailamos en la Kehlsteinhaus, el día del enlace de mi hermana Gretl. ¿Sabe?, una de las cosas que me hace sentirme feliz es saber que mis padres y mis hermanas están a salvo de todo esto, en el Obersalzberg. Sobre todo, Gretl, ahora que espera un niño...

—¿Qué quería Fegelein? ¿Qué le ha dicho?

Su rostro se entristeció.

—Lo que todo el mundo me dice a todas horas, Werner. Que tengo que abandonar Berlín, que aún estoy a tiempo de salvar mi vida.

—Le ha pedido que se vaya con él, ¿verdad? Quiere abandonar Berlín y quiere que vaya con él.

—No, no, él me ha dicho que...

—No me mienta, señorita Braun. Sabe que no me puede mentir.

—No importa lo que Hermann me haya dicho, Werner. Yo nunca abandonaré Berlín sin el Führer. Nunca. Permaneceré en esta ciudad mientras lo haga el Führer. No me importa que nos bombardeen o que la ciudad esté en llamas. Lo tengo decidido. No hay vuelta atrás.

—¿Y si se lo pidiera yo?

Ahora su rostro se tornó sorprendido.

—¿Cómo? ¿Qué dice?

—¿Qué me diría si yo le pidiera que me acompañara al Obersalzberg? Baviera, señorita Braun. «Su» Baviera. Usted está loca por regresar allí. A usted nunca le ha gustado Berlín.

—Werner, ¿qué me quiere decir?

—No lo interprete mal, señorita Braun. Iríamos con el permiso del Führer. Usted, la señorita Kastrup, Liesl, nuestra «pequeña familia». Y quizá las secretarias. Yo hablaría con el Führer, yo lo prepararía todo.

—Ha hablado con Albert, ¿verdad?

Era lista. Muy lista.

—Sí, he hablado con el ministro Speer, pero no de esto. Esto es algo mío. Una idea mía.

—Werner, siempre he soñado con que me enterraran bajo el cielo de Baviera. Pero el Führer está aquí. Mi sitio está aquí. Y si tengo que morir junto al Führer, estaré contenta de que me entierren bajo el cielo de Berlín. A su lado, siempre a su lado. Eternamente a su lado.

La fiesta terminó como tantas otras, con Liesl Rauch y yo llevando a la señorita Braun a su habitación. Al llegar al vestíbulo, había un grupo de oficiales sentados en los sillones frente a la sala de conferencias. Se sorprendieron al ver en qué estado introducíamos a «esa elegante señorita que pasea por los pasillos» en las habitaciones privadas del Führer. La desnudamos y la acostamos en su cama. Liesl y yo regresamos al búnker antiguo.

Al pasar ante la centralita telefónica, Rochus Misch me hizo un gesto y se asomó a la puerta.

—Werner, quiero que sepas que esta noche están bombardeando Potsdam. Un bombardeo fuerte.

—Gracias, Rochus —le dije.

Solo deseaba que la señorita Else se encontrara bien. En los últimos días, había pensado mucho en ella.

En el búnker antiguo la fiesta continuaba en todo su apogeo. Había esperado ese momento toda la noche, porque había llegado la hora de enfrentarme a Liesl Rauch. Aquel podía ser el último acto de una intriga que duraba años. Cuando Liesl se disponía a despedirse para entrar en su habitación, le dije:

—Liesl, quería hablar contigo. Si quieres salir de Berlín, puedes hacerlo. Mira...

—Espere, ¿qué me está diciendo? Perdone, teniente coronel, pero yo tengo una misión que cumplir encomendada por...

—Liesl, esta tarde he hablado con el Reichsführer Himmler. Tu misión ha terminado. Y la mía también.

Sus ojos desconcertados se movían muy rápidamente. Primero mirándome a mí, y luego a toda la estancia. Hizo un extraño sonido gutural y me dijo:

—¿Qué? No pensaré que voy a creerme que...

—Liesl, el pájaro debe volar.

Se quedó paralizada. Ahora sus ojos se habían quedado quietos, mirando a los míos. Se giró lentamente, de una manera extraña, como si alguien la dirigiera en la distancia y me dijo:

—Espéreme aquí. No se mueva.

Entró en su habitación. Al cabo de unos minutos volvió a salir. Llevaba una cajita de madera en su mano.

—Tome, teniente coronel Muntz.

Depositó la cajita en mi mano.

La abrí. En su interior había dos pequeños objetos metálicos de color dorado con el aspecto de un balín. Abrí uno de ellos y dejé caer sobre mi mano su contenido. Una ampolla de cristal, con un líquido tan transparente como el agua en su interior. Allí estaba, el ácido prúsico. El ácido prúsico con el que tenía que matar a Eva Braun.

—No lo habría permitido nunca, Liesl. Antes te habría matado yo a ti.

Río. Una risa estridente, algo poco habitual en ella.

—Claro que lo habría hecho, teniente coronel Muntz. ¿No se ha dado cuenta de que hay dos ampollas? ¿Para quién se cree que era la otra? Era para usted, teniente coronel. Posiblemente, usted y la señorita Braun habrían muerto juntos.

Guardé la cajita en el bolsillo de mi abrigo de cuero.

—Bueno, «mirlo blanco», tu vuelo ha llegado al final. Creo que debes irte de Berlín, yo sé cómo sacarte...

—No, no me iré de Berlín. El Reichsführer todavía puede necesitarme.

—Liesl, el Reichsführer me ha dicho que...

—No insista, teniente coronel Muntz. No me iré de Berlín. El Reichsführer todavía puede necesitarme. Lo sé. Lo presiento.

—Liesl...

—¿Todavía tiene esos estimulantes que usted toma, *liebchen*?

—Sí, todavía los tengo.

Señaló hacia unas botellas de aguardiente abandonadas que había encima de la mesa.

—Ahí tenemos aguardiente, *liebchen*.

—Ya te dije que los estimulantes y el aguardiente no se mezclan, Liesl.

—¿Y qué más da? Estamos viviendo el fin del mundo, ¿no? Deme uno de esos estimulantes. No, mejor dos.

El día del último cumpleaños del Führer terminó para mí entrando con Liesl Rauch en los baños del búnker del Führer. Borrachos o drogados, no lo sé, besándonos acaloradamente, con una botella de aguardiente en la mano y restregándome como un perro en celo con la camarera de Eva Braun contra la pared de baldosas blancas. Entramos en uno de los retretes. Le arranqué las bragas y las medias y la penetré como si lo estuviera haciendo por primera vez.

O por última vez.

* * *

El sábado 21 de abril Berlín fue por primera vez bombardeado por la artillería rusa. Sucedió sobre las nueve de la mañana. Yo me desperté cuando sentí que tanto las paredes del búnker como

mi propia cama temblaban. Y no lo hice yo solo. La puerta de mi habitación se abrió y Traudl Junge entró, solo cubierta por un bonito camisón blanco de seda, despeinada y con una mueca de horror en su rostro:

—¿Qué es eso, teniente coronel Muntz? ¿Por qué tiemblan las paredes?

—Nos están bombardeando, señora Junge. Con artillería pesada.

Me vestí todo lo rápido que pude y me dirigí al búnker del Führer. Los pasillos estaban atestados, todo el mundo se preguntaba qué estaba sucediendo. Las luces de emergencia se encendían y se apagaban de forma intermitente. En el vestíbulo, el Führer hablaba con Julius Schaub y Heinz Linge.

—¿Qué demonios es esto, Schaub? ¿Por qué está vibrando todo el búnker?

—Nos están bombardeando con artillería pesada, *mein Führer*. El fuego procede de unas baterías instaladas cerca de Zossen...

—¿Zossen? ¿Los rusos están en Zossen? ¿Tan cerca están?

—Sí, *mein Führer*.

—¡Localice a todos! ¡Keitel, Jodl, Burgdorf, Krebs, Bormann, Fegelein, Günsche...! ¡Localice a Günsche! ¡Los quiero a todos en la sala de conferencias! ¡Ya! ¡Los quiero a todos ya!

—Sí, *mein Führer*.

Yo entré en las habitaciones privadas del Führer. Quería interesarme por el estado de la señorita Braun. A fin de cuentas, seguía siendo su jefe de seguridad. Cruzé la antecámara y entré en su salita de estar. Había luz en su dormitorio. Me adentré en el.

—Señorita Braun, ¿se encuentra bien?

—No, Werner, me encuentro fatal. ¿Qué pasó anoche?

Estaba sentada ante su tocador, con una bolsa de agua caliente apoyada en su frente. Su rostro estaba demacrado.

—Lo que pasa siempre en sus fiestas, señorita Braun. Le ha ocurrido muchas veces.

—¿Quién me trajo aquí y me metió en la cama?

—Yo, señorita Braun.

—¿No se enteraría el Führer?

—No, no se preocupe. No se enteró nadie.

—Gracias, Werner. No sé lo que haría sin usted. ¿Qué son esas vibraciones de las paredes? Cae polvo del techo...

—Por eso venía, señorita Braun. Nos están bombardeando con artillería pesada.

—¿Los rusos? ¿Ya están tan cerca?

—Sí, señorita Braun.

—¿Estamos seguros aquí, Werner?

—Sí, puede estar tranquila. Estamos seguros.

—Entonces me prepararé un baño. Debo de oler fatal.

Se levantó y caminó hacia la puerta que conducía al baño. Desde su interior, me dijo:

—Si ve a Liesl, dígame que me sirva el desayuno. Solo café.

—Se lo diré, señorita Braun.

Cuando salí, había un gran revuelo en el vestíbulo. Caminé en dirección al embajador Hewel, que charlaba con Walter Frenztz.

—¿Qué ha pasado, embajador? Todo este ajeteo...

—El Führer ha ordenado que todo el personal prescindible abandone Berlín. Se están confeccionando listas. Todo el mundo quiere estar en esas listas. Además, se van a sacar grandes cantidades de documentos de la Cancillería. Schaub se está encargando de todo. Esta tarde o esta noche volarán al Obersalzberg desde Gatow. Kempka está movilizándolo el parque móvil.

Vi una oportunidad. Esa podía ser una oportunidad para abandonar Berlín. Tenía que asegurarme de que era verdad. Hewel no era una fuente fiable para mí, últimamente se pasaba los días en el vestíbulo intentando sonsacar información a todos los que salían del despacho del Führer o de la sala de conferencias. Tenía que buscar a Otto.

Recorrí los pasillos del búnker en su busca. Al llegar a la cantina de Kannenberg, vi su acordeón encima de una de las mesas. Willy estaba en la despensa, sacando cajas de aguardiente. Le pregunté por Günsche.

—Willy, ¿has visto a Otto?

—Está en la Cancillería, con los mayordomos. Están empaquetando todas las pertenencias del Führer. Se las llevan al Obersalzberg. Yo también me voy. Me lo ha confirmado Baur, estoy en su lista.

No podía esperarle, no podía perder tiempo. Tenía que regresar a la habitación de la señorita Braun. Tenía que hablar con ella.

Al llegar al vestíbulo vi a Hans Baur. Llevaba un documento en la mano, todo el mundo se arremolinaba a su alrededor. Sentado en uno de los sillones estaba el doctor Morell. Tan blanco como la noche anterior, su aspecto era el de una persona abatida. Me acerqué a él.

—¿Qué le sucede, doctor Morell?

—¡Tengo que hablar con el Führer! ¡Tengo que hablar con el Führer inmediatamente! ¡No estoy en la lista de Baur, teniente coronel Muntz! ¡No estoy en la lista! ¿Se lo puede creer?

Le di un golpecito amistoso en el hombro y me dirigí hacia Hans Baur. Tenía que saber si alguno de nosotros estaba en esa famosa lista.

—Hans, ¿hay alguno de los «míos» en la lista?

—Espera, ahora lo miro. He visto a dos mujeres...

Baur sabía perfectamente quiénes eran «los míos»: Liesl, la señorita Kastrup y Eva Braun.

—No, ninguno de «los tuyos», Werner.

—¿Quiénes son las dos mujeres?

—Las dos secretarias más veteranas del Führer, Christa Schroeder y Johanna Wolf. Solo se quedan la señora Junge y Dara.

—¿Cuántos se marchan?

—Casi un centenar.

—Gracias, Hans.

Todavía había una oportunidad. Si conseguía convencer a la señorita Braun, era posible que aún entráramos en esa lista. Pero tengo que reconocerlo, sabía que la tarea era casi imposible. Aun así, tenía que intentarlo. Sí, tenía que intentarlo.

Cuando entré en el baño de la señorita Braun, aún estaba dentro de la bañera. Liesl le estaba sirviendo el café, había dejado la taza sobre un rudimentario taburete. La señorita Braun estaba fumando, cubierta hasta el cuello de espuma. Ahora ya se fumaba en todas partes, incluso delante del Führer. Aquella fue la primera vez que entré en el baño privado de Adolf Hitler. La estancia

olía a algunas de las sales orientales que usaba Eva Braun.

—Señorita Braun...

—Pase, Werner.

—Tenemos una oportunidad de marcharnos al Obersalzberg. El Führer ha ordenado que todas aquellas personas prescindibles deben abandonar Berlín hoy mismo. Ha confeccionado una lista. He hablado con Hans Baur, él es el encargado de...

—¿Y alguno de nosotros estamos en esa lista, Werner?

—No, ninguno de nosotros. Pero yo podría hablar con el Führer y decirle que...

—Werner, ¿no cree que, si el Führer quisiera que nos fuéramos de Berlín, nos habría incluido en esa lista? El Führer no quiere que nos vayamos de Berlín y, además, aunque lo quisiera, yo no lo haría. Se lo he dicho a todo el mundo mil veces, pero nadie quiere entenderme. Mi sitio está en Berlín, a su lado. Y no me moveré de Berlín bajo ningún concepto. Ni aunque el Führer me hubiera incluido en esa lista.

Liesl y yo nos miramos.

—Otra cosa son ustedes. Yo no los puedo retener a mi lado. Liesl, Werner, si quieren marcharse hoy de Berlín, yo hablaré con el Führer y le pediré que les incluya en esa lista. Se lo preguntaré también a la señorita Kastrup.

—No, ya sabe que yo, si no nos vamos todos, no me moveré de Berlín —le dije. Supongo que mi tono de voz sonó a derrota.

—Yo tampoco me iré de Berlín, señorita Braun —añadió Liesl.

—Gracias a los dos. Liesl, acercáme una de esas toallas.

Eva Braun salió de la bañera. Liesl la cubrió con una de sus toallas turcas. Abatido, me senté en el taburete que Liesl había usado para servir el café. La señorita Braun, me dijo:

—No esté triste, Werner. Sé que está haciendo todo lo posible por que salga de aquí. Pero mi negativa no es una derrota para usted. No tiene que interpretarlo así. Simplemente, mi deseo de permanecer en Berlín es algo más poderoso que usted. Por mucho que lo intente, no podrá quebrarlo. Mi decisión está tomada. No hay marcha atrás.

Eva Braun y Liesl Rauch salieron del baño.

Aquel fue un día de despedidas en el búnker de la Cancillería. Durante toda la jornada se estuvo trabajando en el traslado de aquellos que nos abandonaban. Cuando las primeras luces de la noche hicieron su aparición, una larga fila de vehículos y camiones estaba estacionada en la Herrmann Göring Strasse. Los camiones transportarían todos los objetos personales del Führer y otros muchos de valor que estaban en la Cancillería. También se llevarían al Obersalzberg centenares de cajas que contenían documentos de máxima importancia para el Reich, entre ellos, unas sesenta traídas desde Rastenburg, el cuartel general del Führer en el frente oriental, y que durante esos días se habían custodiado en el búnker.

Entre las personas que nos abandonaron estaban Karl Jesko von Puttkammer; Albert Bormann, el hermano del general; Hugo Blaschke, el dentista de Hitler; Walter Frenz, muchos de los estenógrafos y Willy Kannenberg y su acordeón.

Quizá, la despedida más dolorosa fue la de las dos secretarias del Führer: Johanna Wolf y Christa Schroeder. Eran muchos años juntas, y Traudl Junge, Dara, la secretaria Krüger y la propia señorita Braun montaron un espectáculo un tanto lacrimógeno en el vestíbulo antes de su partida. Yo también sentí mucho su marcha. Tal vez lo peor era que todos teníamos la certidumbre de que

nunca nos volveríamos a ver. Al menos, yo lo sentí de esa manera. Pienso que los demás también.

El destino de esa fila de vehículos y camiones organizados por Erich Kempka era el aeródromo de Gatow, donde Hans Baur había dispuesto un número importante de aviones de la escuadrilla especial del Führer para el traslado hasta Baviera.

Esa fue una noche triste en el búnker. Pero por lo menos, el ataque de la mañana no se reprodujo durante toda aquella larga madrugada.

* * *

El domingo 22 de abril el búnker volvió a temblar desde primeras horas de la mañana. Esta vez las explosiones se sentían mucho más cerca, porque los proyectiles estaban cayendo sobre nuestras cabezas, en la Wilhelmstrasse. Sin embargo, ese bombardeo no fue lo más relevante de aquel día. Lo más relevante de aquel día sucedió durante la conferencia militar de la tarde. Fue un momento crítico, el momento en que todos, por primera vez, escuchamos de boca del Führer algo que, de una o de otra manera, ya sabíamos: que nuestro final había llegado. Que la guerra estaba perdida. Que el colapso total del Reich era una realidad. Fue también el momento en que yo empecé a odiar a Adolf Hitler.

Esa tarde, la señorita Braun, Liesl y yo estábamos bebiendo y fumando en la antecámara de las habitaciones privadas del Führer, mientras en la sala de conferencias se desarrollaba la reunión militar. Siempre recordaré que ese día la señorita Braun se había puesto por primera vez, desde que llegáramos a Berlín, uno de sus coloridos *dirndl*gewand, porque decía que esa vestimenta «le hacía pensar que estábamos en Baviera, en nuestra casa». Yo no quise aprovechar ese momento para volver a presionarla sobre el asunto de regresar al Obersalzberg, había tomado la decisión de escuchar lo que tuviera que decirme el ministro Speer y actuar en consecuencia. Liesl se encendió un cigarrillo y dio un largo trago de una botella de champán que había descorchado la señorita Braun. Después se acomodó en el sillón y subió los dos pies encima de la mesa. La señorita Braun y yo reímos, esa actitud era impensable solo unos días antes. Entonces Liesl dio otro largo trago, se limpió los labios con la mano y eructó. Para la señorita Braun y para mí, las risas se convirtieron en una carcajada. Todo aquello era como una especie de liberación. Muy animada, la señorita Braun le arrebató la botella a Liesl, dio un trago y también eructó. Las carcajadas, ahora de los tres, volvieron a estallar. Hasta que yo les hice un gesto con la mano. Había escuchado algo. Ajeteo, un evidente ajeteo en el vestíbulo. Algo había pasado. Eran muchos los que se estaban congregando allí.

Cuando salimos, el vestíbulo estaba atestado. Reinaba un silencio sepulcral. Todo el mundo se arremolinaba frente a la puerta de la sala de conferencias. Allí estaban el almirante Dönitz, Nikolaus von Below, Otto Günsche, Heinz Lorenz, Hermann Fegelein, Gerhard Boldt, Freytag von Loringhoven, Julius Schaub, el embajador Hewel, los edecanes Winter y Voss, y las secretarías, Traudel Junge y Dara. Algunos de los muchachos del Begleitkommando también se habían sumado. La señorita Braun, Liesl y yo nos quedamos los últimos, junto a la puerta de entrada a los aposentos privados del Führer.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la señorita Braun.

Nadie contestó. Del interior de la sala de conferencias salían gritos. Gritos que procedían de la garganta del Führer. Algo muy importante debía de suceder en el interior de esa estancia. La sala de conferencias estaba blindada, y era extraño que se escucharan las voces de los que se

encontraban en ella. Hasta nuestra posición, los gritos del Führer llegaban distorsionados, ininteligibles. Pero los que estaban más cerca de la puerta sí debían de estar escuchando algo, porque en un momento determinado Dara rompió el silencio y se echó a llorar.

Tras unos minutos de miradas y gran tensión, la puerta se abrió. Los generales Krebs, Jodl, Keitel y Burgdorf salieron de su interior con gesto abatido. Tras ellos aparecieron Goebbels y Bormann. Y, por último, el Führer.

Cuando Adolf Hitler salió de la sala, se hizo un pasillo para permitir que llegara hasta donde nosotros nos encontrábamos. Hitler caminó tambaleándose, arrastrando los pies. El temblor de su brazo izquierdo era ya imposible de disimular. El flequillo caía desordenado sobre su frente. Su rostro estaba muy pálido. A la triste y mortecina luz de aquel búnker, la suya era la imagen de un hombre vencido, derrotado. La imagen de un líder caído. Un líder caído al más oscuro y cruel de los infiernos.

Se detuvo cuando llegó junto a la señorita Braun. Ella le sonrió, pero él se limitó a mirarla con unos ojos llenos de tristeza. Penosamente, se giró hacia los presentes y dijo:

—Todo ha acabado. La guerra está perdida. En estas circunstancias, ya no me encuentro con fuerzas para liderar el Reich. Señora Christian, señora Junge, en las próximas horas partirá un avión con destino a Baviera. Si lo desean, pueden ir en ese avión.

Ante todos los presentes, Eva Braun cogió las manos del Führer y le dijo:

—Yo me quedaré contigo. No me moveré de tu lado. Haremos lo que los dos hemos pensado.

Y ante todos los presentes, y por primera y única vez, Adolf Hitler besó en los labios a Eva Braun.

De una manera espontánea, quizá provocada por la emoción del momento, Traudl Junge dijo:

—Yo también me quedaré, *mein Führer*.

Y después, Dara la secundó:

—Yo también, *mein Führer*.

Hitler hizo un ligero gesto de aprobación con la cabeza, antes de concluir:

—Llegado el momento, y si no hay más remedio, la señorita Braun y yo nos pegaremos un tiro en los jardines de la Cancillería. Ustedes pueden hacer lo que quieran. Ahora todo ha terminado.

En un gesto inusual en ella, en un gesto de debilidad, Liesl Rauch cogió mi mano. Yo le lancé una mirada dura. Una mirada que la sorprendió. Pero no, no era por ese gesto de debilidad que había tenido. Era por la rabia y la ira que se habían apoderado de mí al escuchar esas palabras de boca del Führer.

Cogidos de la mano, Eva Braun y Adolf Hitler entraron en sus aposentos privados. La puerta se cerró.

Nadie se movió en el vestíbulo. El silencio continuaba, lo único que se escuchaba era el repetitivo sonido de los ventiladores, el molesto zumbido que llegaba de la sala de máquinas y nuestra propia respiración.

Sin decir nada, y de manera apresurada, Joseph Goebbels abandonó el vestíbulo.

—No es posible, no es posible que el Führer haya dicho eso en serio. No es posible que piense pegarse un tiro —dijo el general Burgdorf.

—¿Y nosotros? ¿Qué hacemos nosotros? Ya lo habéis oído. ¡Tenemos que hacer algo! —el que habló en esos términos fue Fegelein.

—¿Qué es lo que insinúas? ¿A qué te refieres? —le espetó el general Krebs.

—¡A que tenemos que hacer algo! ¡A que no podemos seguir aquí, quietos, sin hacer nada! Todos tenemos familia, yo estoy esperando un niño...

—¿No estarás hablando de capitulación? —intervino Keitel.

—¡Todos habéis escuchado sus palabras! ¡El Führer no quiere seguir al frente del Reich! ¡Tenemos que hacer algo! ¡Esta puede ser nuestra última oportunidad! —contestó Fegelein.

—El Führer reconsiderará su decisión, solo estaba algo alterado —terció Bormann.

—¿Y si no lo hace? ¿Y si sus palabras iban en serio? ¡No podemos quedarnos de brazos cruzados! —insistió Fegelein.

—Si quieres huir de aquí como un cobarde hazlo, Fegelein, pero no esperes que yo lo haga. Yo no abandonaré al Führer. ¡Es el Führer! ¡Le debemos lealtad hasta el final! ¡Y no capitularemos! ¡No! ¡Yo no volveré a pasar por eso! —le gritó Burgdorf.

Tras estas palabras, junto a Krebs y Bormann, abandonó el vestíbulo. Fegelein se recostó en la pared, mientras se mesaba el cabello.

Yo me dejé caer en uno de los sillones. Quizá ahora comprenderán por qué estoy contando todo esto, por qué el sentido de mi declaración. Fue allí, y en ese momento, cuando empecé a odiar a Adolf Hitler. Encima de nosotros, en las calles de Berlín, los restos de un ejército que llevaba desangrándose seis años resistían con sus armas las acometidas finales del Ejército Rojo. Encima de nosotros, niños de las Juventudes Hitlerianas y ancianos del Volkssturm perdían la vida a cada minuto que pasaba defendiendo el Reich de Adolf Hitler. Y él, en una decisión cobarde y egoísta, había optado por pegarse un tiro. No era solo eso, sino que, además, en su caída se llevaba por delante a una joven que, solo unos meses atrás, había cumplido treinta y tres años. Y a sus secretarías. Y a todos nosotros, que resistíamos junto a él. Traicionaba al Reich, al ejército, a sus colaboradores, y arrastraba con él a la muerte a personas que eran por mí muy queridas. Él me había dicho, en la Cancillería del Reich, a las pocas horas de iniciarse esa terrible guerra, que pensaba luchar hasta el último minuto y, si era necesario, con el arma en la mano. Yo le juré que también lo haría, que lucharía junto a él hasta el instante final. Si era necesario, hasta perecer en esa última batalla. Y lo hubiera hecho, juro que lo hubiera hecho. Hacía años que había perdido mis creencias en el nacionalsocialismo y en el Reich que él dirigía. Mi sentido del deber permanecía intacto, pero ya no le pertenecía a él. Le pertenecía a la joven a la que pensaba conducir a la muerte. Mi sentido del deber era el mismo, pero con otros intereses vitales. Y sin embargo, el Führer había optado por quitarse de en medio. Era una traición, eso sí que era una traición. Una traición a la mujer que le amaba, a todos los que le habíamos servido, a todos los que habían creído en él. Una traición a un pueblo al que había conducido a la guerra, a una nación arrasada, en ruinas, una nación que lo había idolatrado y que, sin embargo, ahora, era abandonada cuando más lo necesitaba. En aquel momento pensé en mi padre. Estaba convencido de que, de haber vivido y de haber asistido a esa escena en ese vestíbulo del búnker, habría desenfundado su pistola y habría acabado con la vida de ese traidor al pueblo alemán. Estábamos ante otra puñalada por la espalda, ante otro noviembre del dieciocho. Pero esta vez, la puñalada y la traición la había orquestado aquel que llegó al poder prometiendo que esa afrenta no volvería a producirse jamás.

Sí, en aquel momento empecé a odiar a Hitler. Y no dejaré de odiarlo mientras ustedes me permitan vivir.

* * *

Pasamos la mayor parte de aquella tarde en la antecámara. La señorita Braun acompañó durante un buen rato al Führer, que se tumbó en la cama de su dormitorio. Eva Braun nos dijo que el Führer no dormía, solo estaba tumbado con la mirada perdida en techo. Ella se unió a nosotros a media tarde. Allí permanecimos Liesl, la señorita Kastrup, Heinz Linge, Constanze Manziarly, Traudl Junge, Gerda Daranowski y yo. Ahora las mujeres ya no querían estar solas, tenían miedo. Prácticamente no hablábamos entre nosotros, solo había miradas perdidas y algún pequeño grito de las señoras cuando las paredes del búnker se estremecían más de la cuenta o cuando se apagaba y se encendía la luz.

Poco antes de las ocho, Burgdorf, Goebbels y Keitel se presentaron muy excitados en la antecámara. Le pidieron a Linge que despertará al Führer, si es que estaba durmiendo. Dijeron ser portadores de buenas noticias. Linge entró en el dormitorio de Hitler y salió a los pocos minutos. Les dijo que podían pasar. Cuando la puerta se abrió, pudimos ver al Führer sentado en su cama. Su uniforme se veía arrugado. Fue Keitel quien le dio la buena noticia:

—*Mein Führer*, hemos recibido un telegrama de Wenck. Su ejército marcha hacia Berlín.

Hitler se incorporó muy excitado. Caminó por su dormitorio, repitiendo:

—¡Wenck! ¡Wenck! ¡Wenck! ¡Lo sabía! ¡Sabía que Wenck no nos abandonaría! ¡Estaba seguro de que Wenck vendría a nuestro rescate!

En la antecámara, los rostros se relajaron. La señorita Braun y las secretarias se llevaron las manos al pecho y sonrieron ilusionadas. Durante esos días, los nombres de Wenck, Steiner y Busse eran los que más se repetían en los corrillos que se formaban en los pasillos del búnker. «¿Qué se sabe de Wenck?» o «¿Qué sabemos de Steiner?» eran las preguntas más repetidas. Ellos eran nuestra única esperanza. La única esperanza que teníamos de salir con vida de aquel pozo inmundo en el que estábamos cautivos.

Esa noche, nuestras esperanzas se reforzaron un poco más. De manera sorpresiva, el general Schörner se presentó en el búnker. Estuvo reunido durante más de una hora con el Führer en la sala de conferencias. Mientras cenábamos en la cantina una sopa de patatas y nabos —las buenas comidas, como los buenos tiempos, habían pasado—, Bormann y Burgdorf entraron y se sentaron a nuestro lado. El general Bormann descorchó una botella de aguardiente y, sirviéndose en un vaso sucio, dijo:

—El Führer le ha pedido a Schörner que desplace parte de su ejército al Obersalzberg. ¡Es una buena noticia, caballeros! Puede ser que el Führer todavía considere la posibilidad de trasladarnos a Baviera.

Chocó su vaso con el de Burgdorf. Este dijo:

—¿Lo ven?, yo lo sabía. Lo de esta tarde ha sido solo que el Führer estaba algo alterado. No creo que haya dicho en serio eso de pegarse un tiro.

Dejé de comer en ese momento. Tenía que decírselo a la señorita Braun. Me levanté y sin decir nada salí de la cantina. Todos me miraron sorprendidos.

La habitación de Eva Braun estaba en penumbra. Solo estaba encendida la lámpara de pantalla de su tocador.

—¿Señorita Braun?

No contestó. Me disponía a salir, cuando vi una de sus cartas azules sobre el tocador, junto a una pluma de plata con sus iniciales grabadas. Me acerqué. Era una carta dirigida a Herta

Schneider. Nunca podré olvidar lo que leí en esa carta. No, nunca lo podré olvidar:

Berlín, 22 de abril de 1945

Querida Herta:

Esta será probablemente la última carta que te escriba, mi última señal de vida. El final se acerca amenazadoramente. He decidido permanecer en Berlín, junto al Führer. No puedo explicarte con palabras cuánto sufro por él. El Führer ha perdido completamente la fe en la victoria. No puedo comprender cómo ha terminado todo así, pero en estos momentos me resulta difícil seguir creyendo en Dios. No quiero que cuando leas esta carta sientas lástima por mí. Voy a morir como he vivido, amándole. Morir a su lado no me resultará difícil. Lo sabes. En las próximas horas, enviarán mis joyas al Obersalzberg. Quiero que...

En ese momento escuché la cisterna de su baño. Por pudor, dejé de leer la carta. La puerta del baño se abrió. Al entrar en el dormitorio, Eva Braun se llevó la mano al pecho y me dijo:

—Werner... qué susto me ha dado. ¿Ha pasado algo?

—No, señorita Braun, es solo que me he enterado de algo y quería comunicárselo. El general Bormann nos ha dicho que el Führer le ha pedido al general Schörner que mueva parte de su ejército al Obersalzberg. Es posible que el Führer haya reconsiderado su decisión y...

Eva Braun desvió la mirada hacia su tocador. Miró la carta.

—¿La ha leído? —me preguntó.

—Sí, no debería haberlo hecho, le pido perdón, pero la he leído.

Se sentó frente a su tocador. Se miró en el espejo. A través de él, me miró a mí.

—Siento que la haya leído, Werner. Comprendo que no es agradable. Lo del Obersalzberg no me extraña. El Führer quiere enviar todos los documentos que quedan en la Cancillería y aquí en el búnker al Berghof. Quiere que los destruyan allí. También se llevarán mis joyas. Se lo ha encomendado hoy a Schaub. Supongo que el Führer pretende que tengan protección mientras se cumplen sus órdenes.

Al lado de la pluma estaba su pitillera. La abrió, extrajo un cigarrillo y lo encendió. Me ofreció otro a mí. Negué con la cabeza.

—Señorita Braun, no puedo hacer nada, ¿verdad?

—No, Werner. Aunque no lo crea, ya ha hecho bastante. Pero ahora tiene que estar preparado. El final se acerca. Y usted tiene que salir de aquí. Llegado el momento, y si quiere hacerme un último servicio, usted tendrá que salir de aquí.

—¿Qué quiere decir?

—Ya se lo explicaré, es algo que solo puedo confiarle a usted, pero todavía no ha llegado el momento de hacerlo. Y ahora, si me permite, quiero terminar esta carta. Me gustaría entregarla para que salga antes de la mañana.

Pasé toda aquella noche esperando que el ministro Speer llegara al búnker. Estaba dispuesto a escucharle y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa que me pidiera para arrancar a Eva Braun de las garras de la muerte. No me resignaba. No podía concebir que todo terminara allí, que todo terminara de esa manera. Pero Albert Speer no llegó esa noche al búnker. Y tampoco durante el día siguiente.

Sin embargo, esa noche sí recibimos una visita. Una visita que terminó por confirmarnos que el fin se acercaba, como escribió la señorita Braun, «amenazadoramente».

En la cantina me encontré con Freytag von Loringhoven y con Gerhard Boldt. Estaban desolados. El Führer le había ordenado al general Krebs que permaneciera en el búnker, que ya no saliera de él. Siendo sus edecanes, Freytag y Gerhard también tenían que quedarse. Los habían instalado en una de las habitaciones para invitados del búnker antiguo.

Mientras fumábamos un cigarrillo, vimos llegar a Magda Goebbels. Venía acompañada por sus seis hijos. Muy elegante, recuerdo que llevaba un vestido negro con flores blancas en las mangas y, colgando de uno de sus brazos, un abrigo de pieles. Todos sus hijos vestían de negro: Helga, Heidrun, Hildegard y Holdine, con un abrigo largo y un gorrito sobre sus cabezas. Sus medias y zapatos también eran de color negro. Hedwig y Helmut, un abrigo corto sobre un traje de chaqueta y zapatos del mismo color.

Magda Goebbels lanzó una mirada desconfiada a los edecanes y se dirigió hacia mí. Para mi sorpresa, estrechó mi mano y me dio dos besos. Emanaba de su rostro una delicada fragancia floral que contrastaba con el hediondo olor de esa parte del búnker, cercana al túnel que conducía a la Cancillería.

—Teniente coronel Muntz, ¿ha visto a la señora Junge? Joseph me ha dicho que nos recibiría...

Antes de terminar la frase apareció Traudl Junge. Estaba sofocada, había venido corriendo. Dirigiéndose a Magda, dijo:

—Señora Goebbels, acompáñeme. Yo los llevaré a sus habitaciones.

Magda Goebbels me sonrió y dijo:

—Me alegro de verle, teniente coronel Muntz.

—Yo también a usted, señora Goebbels.

Desaparecieron en la cantina tras Traudl Junge. Los niños formaban una fila india macabra. Los que bebían allí los miraban sorprendidos, como si estuvieran contemplando una aparición.

—¿Vienen a instalarse? —preguntó Freytag—. Es una locura, una auténtica locura. Pero ¿es que el ministro Goebbels ha perdido la cabeza?

De las muchas infamias que se vivieron en aquellos días, la que cometió el matrimonio Goebbels fue una de las peores. Traer a los niños a ese búnker crepuscular, a ese pozo inmundo donde solo se hablaba de muerte y de destrucción, fue una decisión sádica y cruel. Hacía días que, como hicieron otros jerarcas, Joseph Goebbels tendría que haber sacado a su familia de Berlín, ponerla a salvo. Su villa del Obersalzberg estaba vacía. Sin embargo, ahora los condenaba a vivir situaciones por las que nunca, nunca debería pasar un niño. Posteriormente me he enterado de que, con todo, eso no fue lo peor. De todos los miembros del círculo interno del Führer, Magda y Joseph Goebbels no demostraron con ese acto ser los más fieles y fanáticos seguidores de Adolf Hitler. Posiblemente demostraron ser los más enfermos, dos peligrosos enajenados.

La señora Goebbels se instaló en una habitación contigua a las dos que compartían las enfermeras, las cocineras, Liesl Rauch y la señorita Manziarly en el búnker antiguo. Comunicaba directamente con la de los niños. Esa lúgubre visita nocturna nos aclaró por qué, unas horas antes, habíamos visto a varios soldados de las SS introducir literas en esa parte del búnker.

* * *

Aquel lunes 23 de abril el humo invadió el búnker. Otra vez el ataque contra el centro de Berlín comenzó poco después del amanecer, algo a lo que ya estábamos acostumbrados. Pero en esta ocasión, los jardines de la Cancillería se encontraban en llamas, y el humo procedente de esos incendios había penetrado a través de los conductos de ventilación. En los pasillos, todo el mundo tosía. Muchos se ponían toallas mojadas sobre su rostro para contener el efecto de la inhalación del humo.

El búnker se veía mucho más despejado que en días anteriores; los que quedábamos seríamos, prácticamente, los que resistiríamos hasta el final. Ese día se produjo una de las últimas salidas del búnker, un pequeño grupo que marchaba hasta Baviera por orden del Führer, transportando con ellos más documentos para destruir y objetos personales del Adolf Hitler y de la señorita Braun. Como ella me había comunicado el día anterior, entre esos objetos estaban sus joyas. Aquel día, yo cometí mi enésimo error, un error que acabaría pagando días más tarde. Después de que Julius Schaub me pidiera que recogiéramos las joyas de Eva Braun en un arcón, busqué a Liesl Rauch para que me ayudara en ese menester. Por supuesto, yo desconocía en ese momento las consecuencias que tal decisión podía acarrear. Así que Liesl y yo recorrimos los pasillos de ese búnker cubierto por el humo en dirección a la habitación de la señorita Braun.

Ya en el vestíbulo escuchamos las voces de los niños Goebbels, que se encontraban en las habitaciones privadas del Führer cantando una antigua canción infantil. A esas horas, en la soledad del vestíbulo, su voz acompasada llegaba hasta nosotros con toda claridad:

*Kein Schöner Land im dieser Zeit,
Als hier das unsre weit und breit;
Wo wir uns finden, wohl unter Linden
Zur Abendzeit, wo wir uns finden, wohl unter Linden
Zur Abendzeit...*

Recuerdo que antes de entrar en la antecámara, nos miramos. Aquella canción sonaba siniestra en la situación en la que nos encontrábamos. Los niños Goebbels ocupaban el centro de la habitación, mientras sus padres dirigían sus voces. Adolf Hitler los miraba con un gesto cansado y triste, y la señorita Braun, sentada en el sofá, llevaba sobre sus piernas a Heidrun, la menor de los Goebbels, de solo cinco años. Yo le hice un gesto, dejó a la niña en el sofá, se disculpó por abandonar la estancia en mitad de la actuación de los niños y vino a nuestro encuentro.

Entramos en su salita de estar. La señorita Braun cerró la puerta. Con gesto preocupado, nos preguntó:

—¿Qué pasa, Werner?

—Nada, no se preocupe. Es que debe recoger sus joyas, parten hoy para el Obersalzberg. He traído a Liesl para que le ayude.

—Bien, yo le diré dónde están y en qué arcón puede colocarlas. Pero tiene que tener mucho, mucho cuidado. Estas joyas pueden ser la salvación económica de mi familia cuando yo no esté.

Se hizo el silencio al pronunciar esas palabras. Los tres nos miramos. Recordándolo ahora, pienso que era aterrador. Era aterrador con la naturalidad y la frialdad con la que Eva Braun hablaba de su propia muerte. Una muerte que, ya entonces, tenía completamente asumida.

Los niños Goebbels cambiaron de canción, y entonces la señorita Braun dijo:

—¿Cómo han podido traerlos hasta aquí? ¿Cómo han traído a los niños, Werner? ¿Es que no tienen corazón? A veces pienso que estamos enloqueciendo todos, que estamos perdiendo la razón.

—Yo pensé lo mismo que usted anoche, señorita Braun —le contesté.

La costumbre de cambiar inesperadamente de tema nunca la abandonó. Ni durante aquellos últimos días en el búnker. Dirigiéndose a Liesl, dijo:

—Bien, Liesl, venga, tú y yo vamos a recoger las joyas. Pero, por favor, ten cuidado. Ten mucho cuidado.

Cuando regresé a la antecámara volví a ver esa tétrica escena. Lo que más llamaba la atención era el rostro del Führer. Miraba a los niños, pero estoy seguro de que ni siquiera escuchaba sus voces.

Ese día en el búnker solo se hablaba de Steiner, de Busse y de Wenck. Sobre todo, de Wenck. El avance de su ejército sobre Berlín nunca se produjo. Esa noche, después de la conferencia militar, escuché al general Burgdorf decir que Wenck y sus hombres estaban estancados en los alrededores de Potsdam.

El otro nombre del día fue el del doctor Morell. Por fin el Führer accedió a que viajara junto a Julius Schaub hasta el Obersalzberg. De hecho, el Führer le ordenó a Morell la custodia de las joyas de la señorita Braun. No lo recuerdo con exactitud, pero creo que fueron los últimos miembros del círculo interno que consiguieron salir de Berlín.

Poco después de su marcha, yo dormitaba en uno de los sillones del vestíbulo cuando, por fin, Albert Speer llegó. Junto a mí se encontraban el general Bormann, Heinz Linge y Otto Günsche. Linge y Bormann se incorporaron en cuanto lo vieron aparecer, y se acercaron a él. Para no levantar sospechas, yo permanecí sentado.

Albert Speer se quitó los guantes, su gorra y el abrigo de cuero negro y se los entregó a un servicial Linge. Después estrechó la mano de Bormann. Recuerdo que este le recibió con estas palabras:

—¡Qué inmensa alegría me produce verle por aquí, ministro Speer! Este es un gesto humano e histórico de gran valor, un gesto que será recordado por siempre.

—Solo vengo a despedirme del Führer, general Bormann.

—¿Despedirse del Führer? No, tiene que convencerle, ministro Speer. Todavía estamos a tiempo, y nadie tiene más influencia sobre él que usted. El Führer tiene que regresar al Berghof, señor ministro, es allí, rodeado de las cumbres alpinas, donde siempre tiene sus mejores ideas. Estoy seguro de que, una vez en el Obersalzberg, tendrá una de esas brillantes ideas que nos haga salir de estos momentos de confusión en los que nos hallamos inmersos.

—Haré lo que pueda, general Bormann —le contestó Speer.

Dejándolo plantado, se dirigió hacia nosotros. Otto y yo nos levantamos. Speer se acercó a Günsche y le susurró al oído:

—Antes de ver al Führer, tengo que hablar en privado con Muntz.

Otto me miró y dijo:

—En nuestra habitación.

Speer y yo caminamos hacia mi habitación en el búnker antiguo. En ese momento estaba ansioso por escuchar lo que tenía que decirme. Speer era mi última oportunidad para sacar a la señorita Braun con vida de aquel búnker. Si lo que me proponía no funcionaba, todo se habría

acabado. Sacar a Eva Braun de aquella trampa mortal sería ya imposible. Tendría que empezar a aceptar su muerte.

—A ese cerdo de Bormann solo le interesa salvar su culo. ¿Ha visto cómo temblaba mientras hablábamos? Es un cobarde, siempre lo ha sido. Me repugna su falsa jovialidad —me dijo Speer, mientras caminábamos por los pasillos del búnker.

—Yo tampoco le he soportado nunca, ministro Speer.

—Y la señorita Braun tampoco, ella me lo ha confiado muchas veces. Le llama algo así como «el gorila».

—El simio —le corregí yo—; dice que parece un simio imitando siempre al Führer.

Sonreímos. Supongo que una sonrisa triste, acorde a las circunstancias.

Atravesamos la habitación vacía de las secretarias. Speer casi se dio en la cabeza con el cordel que Otto y yo habíamos instalado para que pudieran tender su ropa y sus medias. Entramos en mi cuarto. Albert Speer se sentó en la cama de Otto, yo en la mía.

Speer sacó una pitillera del bolsillo de la chaqueta y me ofreció un cigarrillo. Lo cogí. Me dio fuego. Yo busqué por la mesita un cenicero, bueno, una lata de arenques timbrada con el escudo de la Wehrmacht que utilizábamos como cenicero. Dio una calada y me dijo:

—Nada ha cambiado, ¿verdad?

—Nada. Todo ha empeorado. Ella no quiere abandonar Berlín. Ayer el Führer dijo que la guerra estaba perdida. Dijo que él y la señorita Braun se pegarían un tiro en los jardines de la Cancillería. Ella está dispuesta a hacerlo.

—Lo sé, las malas noticias se expanden pronto. Y los demás también lo saben. En las altas instancias no se habla de otra cosa. Ya verá, los chacales no tardarán en saltar sobre el cuello del Führer. Ya huelen la sangre. En cuanto a lo de que la guerra está perdida, es extraño que haya tardado tanto en darse cuenta. Yo ya se lo adelanté en el mes de febrero. Le dejé un informe sobre su mesa. Supongo que no lo habrá leído. El Führer solo cree en la Providencia. Bueno, por lo menos ahora se habrá dado cuenta de que la Providencia le ha dado la espalda.

—Entonces, ¿qué hacemos, ministro Speer?

—Puedo enviarle dos «cigüeñas» al eje este-oeste, para sacarles a usted y a la señorita Braun de aquí. No era mi plan original, pero...

Las «cigüeñas» a las que se refería eran dos aviones Fieseler-Storch. Los llamábamos así por la forma que tenían. Entonces le pregunté:

—¿Cuál era su plan original?

—Enviarles un Focke-Wulf. Entonces la operación hubiera sido más ambiciosa, podría haber incluido a las secretarias, la dietista, la camarera y la dama de compañía. Pero ni he conseguido el avión, ni creo que pudiera aterrizar en el eje este-oeste. Y Gatow está demasiado lejos. Sería inviable llevarlas hasta allí. Nos tenemos que conformar con las «cigüeñas». Y con que salgan solo ustedes dos.

—¿Y cómo piensa que lo voy a hacer? Ella no quiere abandonar al Führer de ninguna manera. Está decidida a suicidarse con él si es necesario...

—Antes de ver al Führer quiero volver a hablar con ella. Sé que es casi imposible, pero... por intentarlo una última vez no pasará nada. Si nos encontramos con la misma actitud obstinada, tendrá que hacerlo de otra manera.

—¿De qué manera?

—A punta de pistola.

Se hizo el silencio. Apagó el cigarrillo en el improvisado cenicero.

—No funcionará. Preferirá morir a abandonar este búnker. No la conoce. Ayer leí parte de una carta que le estaba escribiendo a la señora Schneider. No, no puede funcionar...

—A no ser que...

—¿A no ser qué?

—Que le diga que Günsche hará lo mismo con el Führer. Que, ante su negativa a abandonar Berlín, nos hemos visto en la necesidad de tomar esta drástica decisión. Que tanto ella como el Führer serán conducidos al Obersalzberg para continuar allí la guerra. Puede decirle que yo soy el cabecilla de esta operación. No me importa. Lo importante es que coja ese avión y llegue al Obersalzberg. Una vez allí, todo será distinto.

—No sé, señor ministro, lo veo muy difícil. Primero, sacarla del búnker. Bueno, si los bombardeos cesan solemos salir alguna vez a pasear a los perros. Llegar hasta el eje este-oeste no es tan complicado, pero... ella es muy lista, ministro Speer. No creo que se crea esa historia.

—Ahora le pregunto yo: entonces, ¿qué hacemos? Mire, es la única posibilidad que tiene para sacarla con vida de aquí.

Albert Speer se llevó la mano al alfiler con la insignia del Partido que llevaba en la solapa del cuello de su chaqueta. Acarició la esvástica negra.

—Teniente coronel Muntz, intuyo que hace mucho tiempo que ha dejado de tener lealtad a este símbolo. Pero también sé que lo ha cambiado por ser leal a su protegida, a Eva Braun. Si de verdad quiere cumplir su misión hasta el final y salvarle la vida, tiene que arriesgarse. Le he dado muchas vueltas y esta es la única solución. Sé que es complicada. Pero no tenemos otra. Si no quiere salir de aquí por propia voluntad, tendrá que sacarla a la fuerza.

—¿Y usted, ministro Speer? ¿Usted por qué lo hace? ¿Por qué hace todo esto?

—No tengo nada que perder. Es posible que hoy no salga vivo de esta Cancillería. Y además, ella siempre me ha causado lástima. Una mujer enamorada, que ha renunciado a todo por él, por el Führer. Para él solo ha sido un capricho, un juguete sexual para pasar el rato en su retiro alpino. No puede morir aquí, en este agujero inmundo. No es justo, no se lo merece. El Führer no se merece que Eva haga este sacrificio por él. Yo puedo hacer poco, solo proporcionarle un avión. Pero usted puede hacer mucho.

—Está bien, podría intentarlo. También depende de los chicos del RSD que controlan los accesos. Conozco a muchos, e incluso alguno podría colaborar conmigo. Les pido que traicionen al Führer, pero Reisser, Lindloff... ya están muy cansados. Es posible que incluso lo aprovechen para salir ellos de aquí.

—¿Y Günsche?

—No, olvide a Günsche. No quiero meter a Günsche en esto. ¿Cómo lo haríamos?

—Si consigo salir hoy de aquí, después de hablar con el Führer, espero estar mañana en Hamburgo. Yo le llamaré, solo quiero que me confirme que tiene todo preparado y que puedo enviarle las «cigüeñas». Solo tendrá que decirme: «pueden volar». No nos interesa hablar nada más. Si por cualquier motivo la operación no puede llevarse a cabo, solo tendrá que decir: «tienen que seguir en su nido». Yo abortaré toda la operación. Aproveche esta noche para elaborar su plan. Tendremos que hacerlo mañana. La línea telefónica con el búnker puede cortarse en cualquier momento.

—¿Y si usted no sale esta noche vivo de la Cancillería?

—Le llamarán igual. Se lo he dejado encargado a mi oficial de enlace, se llama Von Poser. Puede estar tranquilo, es de confianza. Gracias a él estoy esta noche aquí.

Albert Speer se levantó. Yo tardé un poco más en hacerlo. Tenía muchas cosas en las que pensar, todo aquello era muy arriesgado.

—Señor Speer, quiero agradecerle lo que está haciendo, sobre todo lo que está haciendo por la señorita Braun...

—No estoy haciendo gran cosa, Muntz. Solo enviar un avión, todos los días envío aviones a todos los rincones del Reich. Bueno, o a lo que queda del Reich. Es usted el que tiene que hacer todo. Y yo, el que le agradece lo que está haciendo por esa pobre muchacha.

Esa noche Albert Speer volvió a reunirse con Eva Braun. Lo hizo durante cuarenta y cinco minutos, en la salita de estar de su habitación. Yo le conduje hasta ella. Después me senté en los sillones del vestíbulo junto a Otto y Linge. Aprovechando que el mayordomo del Führer dormía, Otto me preguntó:

—¿De qué tenías que hablar con el ministro Speer, Werner?

—Nada importante, Otto, un asunto relacionado con los bienes de la señorita Braun. Ella quiere que el ministro Speer gestione algunos de ellos, está muy preocupada por el futuro de su familia.

—¿Sigue decidida a suicidarse junto al Führer?

—Sí, sigue decidida.

—Todo esto es una locura, Werner.

—Sí, una locura. Una jodida locura.

No quería decirle nada a Otto. Él era mi mejor amigo, pero al mismo tiempo él era a Adolf Hitler lo que yo a Eva Braun.

Antes de visitar al Führer en su despacho, Albert Speer salió al vestíbulo. Yo me levanté y caminé hacia él. Me hizo un gesto negativo con la cabeza. Yo le entendí. Nada, no había conseguido que la señorita Braun reconsiderara su posición.

—Bueno, deséeme suerte, Muntz. Voy a despedirme del Führer y...

—Decirle que ha saboteado sus órdenes sobre la destrucción del tejido industrial y económico de Alemania.

—Sí, exactamente eso es lo que tengo que decirle. Alta traición, teniente coronel Muntz. ¿Sabe?, al llegar esta noche a la Cancillería, he pensado en qué lugar me ejecutarán. Me gustaría que lo hicieran en el patio de honor. Me llevó muchas horas diseñar esos planos, sería un buen lugar para mi tumba.

—Si le sirve de algo, hace tres días yo me enfrenté a una situación muy parecida a la suya. Con el Reichsführer Himmler.

—¿Y?

—Bueno, estoy aquí, ¿no?

—Eso me da esperanzas. No todo está perdido.

Albert Speer dio una palmada en mi hombro y entró en la antesala. Allí le esperaba Linge. Escuché cómo decía:

—Linge, dígame al Führer que quiero que me reciba.

Decidí esperar a que saliera. Quería saber si al día siguiente podía contar con él. Fumé un

cigarrillo con los chicos del Begleitkommando en la sala de estar, junto al primer control de seguridad. Después, regresé al vestíbulo y volví a sentarme en los sillones. Von Below, el embajador Hewel, los edecanes Voss y Winter, y Von Loringhoven pasaron por allí. También Linge, que esperaba al ministro con su abrigo de cuero, sus guantes y su gorra sobre el regazo.

Albert Speer estuvo más de dos horas en el interior del despacho del Führer. Dos horas que se me hicieron eternas. Cuando salió al vestíbulo, Heinz Linge se levantó y caminó a su encuentro. Yo permanecí sentado, esperando que fuera el ministro quien se acercara a mí. Speer se puso sus guantes, el abrigo de cuero y su gorra y se despidió de Linge. Escuché cómo el fiel mayordomo decía:

—Espero que el Führer no se haya agotado mucho con la entrevista. Últimamente su salud no es buena.

—No se preocupe, el Führer está bien —le contestó Speer.

El ministro se acercó a mí. Me levanté. Miró hacia los dos lados y dijo:

—No me ha estrechado la mano al despedirnos. Se ha limitado a acariciar la cabeza de *Blondi* y fijar su mirada en el cuadro de Federico el Grande. Después de escuchar mis explicaciones no ha vuelto a abrir la boca.

—Bueno, por lo menos no ha llamado a Högl para que le detenga. Eso ya es mucho —le dije.

—No se fíe. En este momento las decisiones del Führer son imprevisibles. Puede que ordene mi detención y mi fusilamiento antes de que abandone este búnker. O mañana, si es que llego a mi destino. O la semana que viene, si es que aún vive.

—Le acompañaré hasta la salida de la Cancillería, señor ministro. Necesito salir un poco al exterior.

—¿Está seguro? Si me disparan por la espalda, alguna bala podría alcanzarle —me dijo Speer, posiblemente bromeando.

—Me arriesgaré —le contesté.

Abandonamos el búnker sin ningún problema. Les dije a Högl y a Lindloff que acompañaría al señor ministro hasta la puerta principal de la Cancillería. No sé si me entendieron. Sobre la mesa de la sala del Begleitkommando se amontonaban las botellas vacías de aguardiente.

Sentí una especie de liberación cuando salimos al exterior. Nada, nadie nos seguía, nadie había gritado que nos detuviéramos. Tampoco el SS que montaba guardia en la torre de vigilancia. Caminamos entre los cráteres provocados por la artillería y las bombas en los jardines de la Cancillería. Grandes columnas de humo ascendían silenciosas hacia el cielo de Berlín. Había numerosos incendios en todo el distrito gubernamental, pero durante esa noche no habíamos sido ni atacados, ni bombardeados. Nos detuvimos ante la martirizada fachada principal de la Nueva Cancillería, solo iluminada por las llamas de los incendios. Speer me ofreció otro cigarrillo. Fumamos. Era una noche curiosa, excesivamente clara, tranquila y silenciosa para una ciudad convertida en el epicentro de una guerra. Sobre nosotros, el cielo estaba cubierto de estrellas. Como en aquellas noches del Berghof.

Albert Speer paseó su mirada por la fachada agujereada por los impactos de las bombas y, entre calada y calada, me dijo:

—Todo esto lo construí yo. Dentro de poco solo serán ruinas. ¿Sabe algo, Muntz?, no creo que haya sido tan buen arquitecto. Estas ruinas nunca tendrán la grandeza de las de Roma.

—Era difícil igualarlas, señor ministro. Supongo que usted ha hecho lo que ha podido.

Esbozó una sonrisa. Estaba sorprendido, sí, creo que Albert Speer estaba sorprendido. Sorprendido de haber llegado con vida hasta allí.

—Piense esta noche cómo sacar a la señorita Braun hasta el eje este-oeste. Yo le llamaré mañana. Si todo sale bien, mis «cigüeñas» volarán hacia Berlín sobre esta hora. Después les llevarán al Obersalzberg. Ahora mismo, es uno de los pocos lugares seguros.

—Espero que todo salga bien, señor ministro. Pero le repito que es una operación muy arriesgada. Lo peor de todo es que no puedo esperar ninguna colaboración de la señorita Braun. Pero le agradezco que me haya dado... que nos haya dado esta oportunidad. Si fracaso en este intento, tendré que dar todo por perdido. Tiene usted razón, es nuestra única posibilidad de salir de aquí.

Nos estrechamos la mano.

—Pase lo que pase mañana, es posible que esta sea la última vez que nos veamos, teniente coronel Muntz. Le deseo mucha suerte.

—Yo también, señor ministro. Salude de mi parte a Margarete. Me acuerdo mucho de ella. Tiene usted una mujer maravillosa.

—Lo sé. Ella también se acuerda mucho de Eva y de usted. La saludaré de su parte.

Caminó en dirección a la Wilhelmstrasse. Pero de pronto, se detuvo y volvió sobre sus pasos. Nunca olvidaré sus últimas palabras. En aquel momento, me causaron una profunda impresión:

—Recuerdo que un día de verano en el Berghof, usted y yo tuvimos una conversación. Fue la mañana que expusimos la maqueta de Alemania en la terraza. Sí, recuerdo que hablamos del Führer. Yo le hablé de sus ojos, le dije que se fijara en ellos, que eran los ojos de un hombre brillante. De un genio. Creo que me equivoqué. Creo que durante todos estos largos años he vivido equivocado. Esta noche lo he comprendido. Los ojos del Führer nunca han sido los ojos de un genio, teniente coronel Muntz. Siempre han sido los ojos de un demente.

* * *

Esa noche no pude dormir. Las tres horas que estuve acostado las pasé pensando en cómo demonios sacar a la señorita Braun de ese búnker. En ese momento, poco podía suponer que nuestro plan había nacido muerto y que, tras esa conversación crepuscular que mantuve con Albert Speer en la puerta principal de la Nueva Cancillería, tardaría muchos días en volver a respirar el aire del exterior.

Fue a las cinco de la mañana cuando el búnker empezó a temblar como nunca antes lo había hecho. El polvo caía del techo cubriéndolo todo y la luz se encendía y se apagaba continuamente. Yo esa noche había decidido no acudir a la «velada» que se celebraba en la antecámara. Le dije a la señorita Braun que estaba muy cansado y me retiré a mi habitación. Ese bombardeo fue el de mayor intensidad que habíamos sufrido desde que nos establecimos en aquel búnker. Cuando salí de mi habitación, los pasillos estaban repletos, todo el mundo se había concentrado en pequeños grupos. Asistí a algunas escenas de pánico durante el trayecto entre el búnker antiguo y el vestíbulo del búnker del Führer. La desesperación era esa noche más visible que en ninguna otra ocasión.

En el vestíbulo, Eva Braun y Magda Goebbels charlaban y fumaban junto a la puerta que conducía a los aposentos privados del Führer. Esa era una imagen inaudita, con anterioridad nadie

se había atrevido a fumar en presencia del Führer. Pero lo más sorprendente es que Adolf Hitler paseaba por el vestíbulo agarrándose a una de las paredes, sin que nadie a su alrededor le hiciera caso. Las secretarias y Liesl se habían sentado en los sillones, junto al embajador Hewel, Martin Bormann, Linge y Otto Günsche. Joseph Goebbels caminaba de arriba abajo, mirando asustado hacia el techo cada vez que el búnker se estremecía. Los chicos del Begleitkommando también se habían refugiado en el vestíbulo, alejándose de su habitual puesto de control. Puede ser que ese comportamiento precipitara que toda la operación que el ministro Speer y yo habíamos planeado para el día siguiente se fuera al traste.

Tras unas pocas horas de tregua, el bombardeo se reanudó sobre las diez de la mañana de aquel martes 24 de abril. El Führer había pasado gran parte de la noche en su despacho, y sobre esa hora recibió a Johann Rattenhuber. Estuvo reunido con él alrededor de tres cuartos de hora. Cuando Rattenhuber salió de su despacho, se dirigió sin hablar con ninguno de nosotros hacia el puesto de control del RSD. Desde el vestíbulo, pude ver que mantuvo una agria discusión con Peter Högl. Después, y en pleno bombardeo, ascendió por la escalera que conducía a la salida de emergencia.

Ya en ese momento, esa situación creada en el puesto de control me inquietó. Si el bombardeo cesaba y podía salir del búnker con la señorita Braun para pasear a *Blondi* y los perritos, había una posibilidad de poner en práctica el plan que estaba trazando en los jardines de la Cancillería. Pero si el bombardeo continuaba, necesitaría al menos la complicidad de los chicos del RSD. Había llegado a pensar en contar todo lo que el ministro Speer y yo habíamos hablado la noche anterior a Högl, Lindloff y Hans Reisser. Estaba pensando en cómo hacerlo, cuando mi plan se vino abajo.

Sobre las once treinta de la mañana, un grupo de hombres de las SS, fuertemente armados, entraron en el búnker. Los dirigía el teniente coronel Ludwig Förster, que penetró en el vestíbulo acompañado de Johann Rattenhuber y que inmediatamente se dirigió al despacho del Führer. Un primer grupo de estos SS se hicieron con el puesto de control del RSD. Otro grupo atravesó el vestíbulo a la carrera y tomó el control de las puertas acorazadas y del puesto de control del búnker antiguo. Aún entraría un tercer grupo que tomaría el túnel de Kannenberg que comunicaba con la Cancillería.

Las secretarias, las enfermeras y algunos de los presentes se asustaron al ver a los SS cruzar a la carrera el vestíbulo. Yo entré en pánico. No sabía lo que eso significaba, pero tenía la impresión de que toda la operación para sacar a la señorita Braun del búnker había muerto en ese mismo instante. Busqué a Otto, estaba seguro de que él tenía que saber algo de lo que estaba sucediendo, pero no lo encontré por ningún lado. Sí vi a Högl, que entraba en el vestíbulo con Reisser y Baur. Me dirigí a él.

—¿Qué significa esto, Peter?

—Hemos sido relevados, Werner. Ahora las Waffen SS han asumido el control de la seguridad del búnker. A nosotros, a Kempka y a Baur nos han destinado al servicio de protección del Führer las veinticuatro horas del día.

—Pero ¿por qué?

—Órdenes del Führer, desde este momento nadie puede salir ni entrar al búnker sin su permiso. «Motivos de seguridad», ha aducido Förster. Él está ahora al mando.

Me dejé caer en uno de los sillones, junto a la secretaria Junge. La joven me miró preocupada y me dijo:

—¿Le sucede algo, teniente coronel Muntz? Tiene usted muy mal color.

—Nada, señora Junge. Es solo que no he dormido nada esta noche.

Se acabó. Ya no hacía falta que pensara en nada más, todo había terminado. Puedo asegurar que, en un primer momento, llegué a pensar que el Führer había tomado esa decisión porque se había enterado de lo que el ministro Speer y yo habíamos planeado la noche anterior. Era sugestión, naturalmente. Nada más que sugestión. Poco después me enteré de que durante esa madrugada el Führer había sido alertado de que tanto militares como civiles estaban desertando en las calles de Berlín. Ordenó a Günsche y a Mohnke que se formaran batallones que detuvieran a los desertores y los colgaran de las farolas de la ciudad. En los jardines de la Cancillería se confeccionaron cientos de carteles con la leyenda: «Yo soy un traidor al Führer y al Reich», para que se colocaran sobre el cuerpo de los colgados. Después, temeroso de que se produjeran también deserciones entre los que nos encontrábamos atrapados en el búnker, ordenó a Rattenhuber que los soldados de las SS tomaran el control, impidiendo que nadie lo abandonara sin su consentimiento. Pensaba que el RSD llevaba demasiado tiempo al frente de los controles de entrada y salida, y que se habían relajado en exceso. Por ejemplo, solo a Linge se le autorizó sacar a pasear a *Blondiy* a los perritos fuera del búnker. Esa mañana se desalojó a un grupo de jóvenes de las Juventudes Hitlerianas y de la Liga de Muchachas Alemanas que Axmann había alojado en la Vieja Cancillería. Como Albert Speer me refiriera días atrás, el Führer había tomado la decisión de hacer pagar al pueblo alemán su derrota, obligándole a compartir el mismo destino que le esperaba a él.

Sobre la imputación al Führer de los crímenes contra el pueblo alemán cometidos por esos batallones que ordenó formar, puedo hacerlo porque Otto Günsche en persona me lo confió. Otto y Wilhelm Mohnke formaron personalmente esos batallones entre los soldados de las SS y miembros de la Gestapo que se encontraban en esos momentos en la Cancillería del Reich, cumpliendo órdenes del Führer.

Esa tarde, tal y como estaba previsto, Albert Speer me llamó. Fue poco después de que terminara la conferencia militar informativa, en la que Adolf Hitler envió a Hermann Fegelein al encuentro del general Steiner, para que le ordenara atacar inmediatamente a las tropas rusas que cercaban Berlín. Vi partir a Fegelein, y después, Erich Rings, uno de los telefonistas, me vino a buscar al vestíbulo para informarme de que tenía una llamada del ministro Speer. Recorrí con él los pasillos del búnker, hasta la centralita telefónica. Al entrar, Rochus Misch me cedió los auriculares y me dijo:

—El ministro Speer quiere hablar contigo.

Al otro lado de la línea telefónica, escuché la voz de Albert Speer:

—Teniente coronel Muntz...

—Ministro Speer...

—¿Pueden volar las cigüeñas?

—No. Tienen que seguir en su nido.

Se hizo un silencio. Rochus Misch me lanzó una mirada inquisitiva.

—Entiendo. Lo siento, teniente coronel Muntz.

—Yo también lo siento mucho, señor ministro.

—Le deseo la mejor de las suertes, teniente coronel.

—Yo también a usted, señor ministro.

La línea se cortó. Le entregué los auriculares a Rochus. Un poco preocupado, me preguntó.

—¿Va todo bien, Werner?

—Todo bien, Rochus. Me voy a la cantina. Pienso emborracharme hasta perder el conocimiento. Si ves a Otto, dile que cuando me vea dormido encima de la mesa me lleve a la habitación.

—Como quieras, Werner. Yo se lo diré.

Cuando iba a salir de la centralita, casi me tropiezo con Joseph Goebbels, que entraba de forma atolondrada. Llevaba una carpeta en la mano y, sobre ella, unos papeles con unas frases garabateadas. Me sonrió y se dirigió a Rochus:

—Misch, conéctame la línea de radio. Tengo que lanzar un comunicado.

Me detuve en el pasillo. Vi cómo Goebbels se ponía los auriculares, acercaba el micrófono a su boca y comenzaba a ladrar:

—¡Pueblo de Berlín! ¡Resistid! ¡Ha llegado el momento de resistir! ¡A estas horas, las hordas asiáticas ya se acercan a la ciudad, y tenemos que demostrarles que Berlín será su tumba! ¡Allí donde estéis, en los anillos defensivos, tras las barricadas improvisadas, en sótanos y azoteas, el noble pueblo alemán tiene que demostrar que toda la sangre derramada durante esta cruzada contra el judeobolchevismo no ha sido en vano!

Rochus y yo nos miramos. Me marché, dejé allí al ministro lanzando sus soflamas. Ya no lo aguantaba más.

En la cantina estaban los de siempre. Tornow había cogido ahora el acordeón de Willy, que aporreaba entre trago y trago de aguardiente. Yo tomé una de las botellas, me eché a la boca dos estimulantes y bebí. En mi cobardía, había decidido ahogar en alcohol el fracaso que suponía no haber podido sacar a la señorita Braun del búnker, condenándola a una muerte segura. Quiero creer que es lo único que pude hacer, decirle a Speer que no enviara a Berlín las «cigüeñas». Con las SS bloqueando las salidas del búnker, solo podría haberla sacado de allí abriéndome paso a tiros, lo que hubiera provocado mi muerte y, posiblemente, la de la señorita Braun. Ahora, daba por cerrada cualquier opción de salvación y tendría que resignarme a aceptar que todo cuanto podía hacer era esperar a que llegara el momento en que Adolf Hitler decidiera pegarse un tiro y se llevara con él a Eva Braun.

A la segunda o tercera botella caí sobre la mesa, vencido por el sueño, el alcohol, los nervios de las últimas horas y la sensación de fracaso que me acompañaba.

Esa tarde me perdí muchas cosas que pasaron en el búnker. Y ninguna buena. A media tarde, llegó la noticia de que Zossen había caído en manos soviéticas y que en Gatow, en el único aeródromo que aún se podía utilizar, se estaban librando duros combates, por lo que el espacio aéreo de Berlín se limitaba ya a las improvisadas pistas construidas en el eje este-oeste.

En la conferencia militar informativa de la noche, el general Krebs le confirmó al Führer que el cerco se había cerrado sobre Berlín. Antes del amanecer, los tanques soviéticos avanzaban ya por la carretera que unía Berlín con Neuen, en los extrarradios de la ciudad.

Y del ejército de Steiner no había ninguna noticia.

Esa noche aparecí en mi cama. Alguien me había acostado. Lo peor fue descubrir cómo había sucedido todo. Me lo contó Günsche nada más despertar.

—¿Cómo he llegado aquí?

Otto estaba tumbado sobre la cama, vestido, solo se había quitado las botas. Tenía sus manos

cruzadas detrás de la cabeza y miraba fijamente el techo de hormigón.

—Yo te acosté. La señorita Braun me lo pidió. Te estuvo buscando toda la tarde, hasta se acercó a la cantina porque no te encontraba por ninguna parte. Ella me pidió que te acostara. ¡Menuda borrachera, camarada!

* * *

Ya ningún día nos daban tregua. Aquel miércoles 25 de abril comenzó con un fuerte bombardeo por la mañana del centro de Berlín, que afectó especialmente a la zona de la Cancillería. Otto me comentó que el cielo estaba negro como la noche, producto de las grandes cortinas de humo que ascendían desde el distrito gubernamental. Otto lo había visto desde el túnel de Kannenberg. Muchos acudían allí, pese al olor de la basura acumulada y de las cloacas, para poder ver el exterior a través de los boquetes que el impacto de los obuses había provocado en el techo.

Después del desayuno, que en mi caso consistió en aguardiente con un estimulante, cesó el bombardeo. Mientras me encontraba en el vestíbulo vi llegar al general Mohnke y a Helmut Weidling, al que el Führer había nombrado días atrás comandante del área de defensa de Berlín. Habían aprovechado la tregua para acercarse al búnker desde la Bendlerstrasse. Esa mañana, la defensa de la ciudad, ante el inminente asalto del Ejército Rojo, ocupó la mayor parte de la conferencia militar. La imagen de Mohnke y Weidling entrando en el vestíbulo sería una de las más repetidas durante aquellos últimos días.

Antes del mediodía tuve que entrar en el baño. Vomité como un salvaje. Creo que vomité hasta la primera comida que tomé en ese búnker. Mientras lo hacía, escuché voces en uno de los retretes contiguos. Y el sonido que hace la ropa cuando uno se viste apresuradamente. Escuché cómo, con sigilo, dos personas salían del retrete. Aproveché ese momento para abrir la puerta.

Las dos personas se quedaron como petrificadas cuando me vieron. Eran un capitán llamado Kruse y una joven y bonita enfermera de trenzas rubias. De manera algo ridícula, Kruse se cuadró y realizó el saludo reglamentario. La enfermera agachó la cabeza hacia el suelo.

—Ha sido para relajarnos, mi teniente coronel —dijo Kruse farfullando, en tono de disculpa—. Necesitábamos relajarnos un poco.

—Lo entiendo, capitán. Yo también suelo aliviarme aquí. La mía también lleva uniforme. Es camarera.

Los dos sonrieron, antes de salir apresuradamente de los baños.

Cuando llegué a la habitación de la señorita Braun la encontré escribiendo una carta en su tocador. La salita de estar permanecía a oscuras. Me quité la gorra, que dejé encima de la mesita del té, y me tumbé en el sofá, todo lo largo que era.

Eva Braun no tardó en salir.

—Werner... ¿Qué hace tumbado en el sofá?

—Si no le molesta, intentar dormir un poco. Me encuentro fatal, señorita Braun.

—No me extraña... ¡Con la borrachera que llevaba ayer!

Reímos. Eva Braun se sentó en uno de los sillones.

—¿A quién escribía?

—A mi hermana Gretl. Me he despedido de ella. Espero que puedan sacar la carta del búnker. Le he dicho que no sé dónde está Hermann, pero que espero que pronto se reúna con él. Por cierto,

¿dónde está Hermann?

—Escuché que el Führer lo había enviado a entrevistarse con el general Steiner. Pero todavía no ha regresado.

—Berlín está cercado, Werner. ¿Cómo piensa regresar?

—En avión. Todavía puede aterrizar en el eje este-oeste, señorita...

En ese momento pensé algo. Pensé que tenía que decirle algo.

—Señorita Braun, debo contarle algo. Algo que no le va a gustar.

—¿De qué se trata, Werner?

Esa mañana parecía más jovial que ningún otro día. Podía resultar curioso, pero durante aquellos días que llevábamos reclusos en el búnker no habían aparecido sus habituales estados de melancolía. Era fácil suponer que porque estaba al lado del Führer. Sin embargo, al escuchar mis palabras su rostro se tornó preocupado.

—¿Recuerda que la otra noche vino el ministro Speer?

—Ah sí, Albert. Me alegró mucho su visita, el Führer debió de agradecerlo mucho. Él piensa que todo el mundo le ha abandonado. Menos mal que por lo menos vino Albert.

—El ministro Speer y yo trazamos un plan para sacarla de aquí. El ministro me enviaría dos «cigüeñas» al eje este-oeste, y yo tenía que llevarla hasta allí a punta de pistola. Lo siento, era la única manera que se nos ocurrió...

—¿Un secuestro? ¿Pretendía secuestrarme?

—No, no era un secuestro, señorita Braun. Era la única forma que se nos ocurrió para salvarle la vida. Tenía que llevarlo a cabo ayer. Pero el Führer cambió la guardia sorpresivamente, y toda la operación se vino abajo. Por eso me emborraché. Supongo que ahogué mi fracaso en alcohol.

Se levantó y caminó hasta el mueble bar. Sacó una botella de licor y un vaso y lo llenó hasta arriba.

—Necesito un trago —dijo.

—Sé que se enfadará por esto, pero comprenderá que yo...

—No, no me enfado, Werner. Hasta me siento un poco halagada. Pensar que Albert y usted han estado a punto de traicionar al Führer por mí... es realmente halagador. Y más en usted, Werner, sabiendo de su compromiso con el deber y la fidelidad.

—Hace tiempo que solo le tengo fidelidad a usted, señorita Braun. No me importa que se lo diga al Führer, a veces he pensado en decírselo yo mismo.

Volvió a sentarse en el sillón. Dio un trago y me dijo:

—Pues entonces preocúpese de que tenga una buena muerte, Werner. En este momento, es lo único que deseo. Morir junto al Führer, ese es mi sueño. Ni usted ni Albert parecen haberlo entendido. Aunque no se lo crea, en este momento estoy hasta feliz. También se lo he escrito a Gretl, morir junto al hombre al que amas. ¿Qué más puede pedir una mujer enamorada?

—Quería decírselo. Creo que era mi deber que lo supiera.

—Pues ahora ya lo sé. Y lo que usted tiene que hacer es empezar a...

—A resignarme. Tengo que empezar a resignarme y a pensar que usted va a morir aquí, en este búnker inmundo. ¿Sabe algo, señorita Braun? No me hago a la idea. No me hago a la idea de que usted muera. Me comprometí ante el Reichsführer Himmler a protegerla y...

—Pues protéjame, Werner. Protéjame de aquellos que quieren sacarme de este búnker contra mi voluntad. Aquellos que quieren sacarme a punta de pistola. Mi voluntad es morir junto al

Führer, y usted tiene que respetarla. Si de verdad quiere protegerme, protéjame de usted mismo. Y ayúdeme a morir en paz.

Nunca lo comprenderé. Por mucho tiempo que pase, nunca comprenderé cómo podía estar tan feliz con la idea de morir. Aquella misma noche, vivimos una de las experiencias más macabras que yo recuerdo de aquellos últimos días. Y una vez más, volvió a sorprenderme la frialdad y la casi indiferencia que tanto el Führer como Eva Braun demostraron ante la muerte. Aquella fue una noche especialmente lúgubre, en la que incluso algunos de los que vivimos cerca de ellos aquel «crepúsculo de los dioses» llegamos a perder los nervios. Es verdad que conforme pasaban las horas en el búnker ya solo se hablaba de suicidio. En la cantina, muchos afirmaban que se pegarían un tiro en cuanto los rusos se acercaran a la Cancillería; en los corrillos de los pasillos, otros muchos hablaban de tomar veneno. Incluso Liesl Rauch me lo había sugerido unas horas antes de aquella velada.

—¿Todavía guarda las dos ampollas que me dio el Reichsführer, teniente coronel Muntz?

—Sí, Liesl, todavía las guardo.

—Pues guárdelas bien. Las podemos necesitar.

Aquella noche en la antecámara estábamos las secretarias, la dietista del Führer, la señorita Braun, Liesl, la señorita Kastrop, Otto Günse, Heinz Linge, el Führer y yo. Durante un rato, hablamos de temas anodinos. Incluso reímos cuando la señorita Manziarly le dijo al Führer que los alimentos para confeccionar sus comidas dietéticas se habían terminado y que, si no quería comer carne, solo podía hacerle gachas de avena. Eva Braun había descorchado una botella de champán que guardaba en una coctelera y estaba sirviendo las copas cuando el Führer, en un tono triste, dijo:

—Ahora todo se ha terminado. No solo los alimentos para cocinar mis comidas dietéticas. Ahora todo ha llegado a su final.

Nos miramos. Siempre que la voz del Führer adquiría ese tono tétrico se hacía un silencio en torno a la mesa y nos dirigíamos miradas unos a otros.

—¿Saben algo?, yo tenía grandes planes. Grandes planes para el Reich y para el mundo. ¡Hemos estado tan cerca! ¡Hemos estado tan cerca de conseguirlo! Todo esto no ha sido solo por Alemania. Esto ha sido para salvar a nuestra civilización del caos y del peligro del judeobolchevismo. ¡Pero ellos no me han entendido! ¡Esos estúpidos ingleses no me han entendido! ¡Y los americanos tampoco! ¿Cómo han podido ser tan estúpidos? ¿Cómo? Las democracias occidentales son débiles y decadentes, siempre lo he sostenido. No podrán soportar la presión que ejercerán los bolcheviques, sucumbirán ante ellos. Yo dije muchas veces que deberíamos apartar de nosotros mismos esa maldición llamada compasión. ¡La compasión es una debilidad, y el débil siempre perece, siempre! ¡Lo escribí en mi libro! ¿Es que ninguno de ellos lo ha leído? Esa es la ley de la vida. Al final, las potencias occidentales se arrodillarán, y todos los centros del pensamiento de nuestra civilización perecerán por culpa de su cobardía y de su indolencia. Cuando terminen con nosotros, empezarán con ellos. ¡No me han querido hacer caso! Pues bien, ya pueden ir preparándose, porque ellos les rebanarán el cuello. Se terminarán ahogando en su propia sangre. Sí, estoy convencido, se terminarán ahogando en un mar de sangre.

Sí, hizo el gesto con su mano. Miré a Otto, luego a Linge. El mayordomo del Führer parecía estar en éxtasis escuchando esas palabras.

—A pesar de todo, hemos hecho grandes cosas. De lo que más me enorgullezco es de haber limpiado Europa de esos parásitos judíos.

Hizo una pausa. Alguien carraspeó.

—Ahora a mí ya no me importa nada. Morir no es tan difícil. Solo es un momento de dolor, y luego la paz. Solo es eso.

Nadie habló. Solo la señorita Braun levantó su copa y dijo, sonriente:

—Pues yo no quiero terminar siendo un feo cadáver. Tomaré veneno. Lo tengo decidido.

—Lo mejor es pegarse un tiro en la boca, Effie. Hay que pegar la boquilla de la pistola al fondo del paladar, la bala te revienta el cráneo. No se siente nada, la muerte es inmediata —sentenció el Führer.

—Sí, pero la sangre arruinaría mi maquillaje. Y mi vestido. No, yo no quiero que me vean de esa manera. Quiero que mi cadáver presente un aspecto decoroso. Y vosotras, ¿qué pensáis? —preguntó Eva Braun, mirando a las secretarias.

Traudl Junge estaba pálida, tan blanca como la nieve del Obersalzberg. Dara tenía las manos juntas sobre su regazo y no dejaba de mover una pierna. Su mirada estaba perdida en la alfombra del suelo. Estaba sudando. Parecía que en cualquier momento iba a sufrir un colapso.

—Yo también tomaré veneno, señorita Braun —dijo Liesl Rauch.

—Y yo —se unió Constanze Manziarly.

—No se preocupen —dijo el Führer—, el doctor Stumpfegger está elaborando nuevas ampollas, yo mismo se lo he pedido. Una será para Eva, otra para la señorita Kastrup, otra para la camarera, para la señorita Manziarly, otra para Magda y dos más para mis secretarias. Quiero también una para mi *Blondi*. Las demás serán para los niños.

No pudo más. Dara se llevó la mano a la boca, miró en todas direcciones y echó a correr hacia el vestíbulo.

—La señora Christian está un poco nerviosa, es normal —dijo el Führer—. Antes tendremos que probarlas, no quiero que se produzca ningún error. Pensaré con quién hacerlo.

Me levanté y salí en busca de la secretaria. Estaba llorando, apoyada en la pared del vestíbulo, parecía que se estuviera ahogando, le faltaba la respiración. Cuando me vio salir, corrió hacia mí y se abrazó fuerte a mi cuerpo. Acaricié su cabello.

—¡No puedo más, teniente coronel Muntz! ¡No lo soporto más! ¡Todo el día está hablando de cómo suicidarse! ¡El Führer no deja de hablar en todo el día de cómo suicidarse! ¡No, no puedo soportarlo! ¡No soy tan fuerte! ¡Y eso que ha dicho de los niños! ¡Es algo inhumano! ¿Quién sería capaz de algo así? ¡No puede ser verdad!

Me miró, todo su rostro estaba cubierto por las lágrimas. Me miraba moviendo sus ojos con gran rapidez, como si estuviera buscando, en el interior de los míos, una respuesta a sus propias preguntas. Volvió a decir:

—Los niños...

Le hice un movimiento afirmativo con la cabeza. Otra vez apoyó la suya en mi pecho.

—¡No, dios mío, eso no puede ser! ¡No puede ser! Algo así no es posible... ¡Dígame que eso no es verdad!

Volvió a mirarme, con esos ojos aterrorizados, y me preguntó:

—¿Todavía hay esperanza, verdad, teniente coronel Muntz? ¿Verdad que todavía podemos salvarnos?

Esta vez no le respondí. Me limité a mirarla. Se agarró más fuerte a mí y, de nuevo, apoyó su cabeza en mi pecho. Continuó llorando.

Esa madrugada se cortó la línea telefónica del búnker. Ya solo podíamos comunicarnos con el exterior a través del equipo de radio.

* * *

Lo que sucedió la mañana del jueves 26 de abril no fue un ataque como los que habíamos sufrido en días anteriores, fue una auténtica tormenta de fuego que comenzó poco después de que el reloj marcara las siete. El túnel de Kannenberg, que comunicaba la Cancillería con el búnker antiguo, resultó especialmente afectado. Los agujeros que ya tenía en el techo se multiplicaron y, además, algunos de los sectores se inundaron de agua. Los que trabajaron durante horas intentando reforzarlo nos dijeron que desde allí pudieron ver cómo la Vieja Cancillería ardía por los cuatro costados.

El miedo y el nerviosismo aumentaron durante esa mañana. Y a primera hora de la tarde, sufrimos otro sobresalto: la traición de Göring.

Todo comenzó cuando Rochus Misch recibió un teletipo que provenía del Obersalzberg. Ante la gravedad de lo que estaba leyendo, hizo que acudiera a la centralita telefónica el general Bormann. Después de leerlo, Bormann se encaminó hacia la antecámara, donde el Führer tomaba el té de la tarde con la señorita Braun, las secretarias y su dietista. Yo me encontraba sentado en los sillones del vestíbulo junto al embajador Hewel. Recordábamos los viejos tiempos en el palacio alpino, cuando escuchamos los gritos que procedían de la antecámara. Vimos entrar a la carrera al ministro Goebbels y, al mismo tiempo, salir apresuradamente a la señorita Braun, las secretarias y la señorita Manziarly. El embajador Hewel y yo nos acercamos a la puerta.

—¡Göring! ¡Ese corrupto de Göring! ¡Se atreve a desafiarme a mí! ¡A mí! ¡Quiere apartarme como se aparta a un trasto viejo cuando ya no sirve para nada! ¡Esto es una traición! ¡Una traición como ninguna otra!

Las palabras eran del Führer, todos las estábamos escuchando. Högl, Reisser y Lindloff se unieron a nosotros. La señorita Braun se cogió a mi brazo y, con voz triste y preocupada, me dijo:

—Todos le traicionan, Werner. Pobre Führer, nadie sabe cuánto estoy sufriendo por él. Uno a uno, todos le están abandonando.

De la antecámara seguía llegando la voz del Führer:

—¡Él, precisamente él, que ha tenido la culpa de todo! ¡La Luftwaffe! ¿Dónde está la Luftwaffe? ¡Ese morfínomano corrupto arruinó mi Luftwaffe! ¡Yo la había creado! ¡Yo solo había creado todo! ¡Yo, que nunca fui mariscal de nada, ni pasé por ninguna academia militar! ¿Y ahora ese engreído, ese petulante se atreve a darme un ultimátum? ¡A mí! ¡Al Führer! ¡Högl! ¿Dónde está Högl? ¡Que venga Högl!

Högl se abrió paso entre nosotros y entró en la antecámara. El embajador Hewel se acercó a mí y, en un tono muy bajo, me dijo:

—Creo que sé por dónde va Göring, y creo que tiene razón. Si perdemos la radio, estaremos completamente aislados del exterior. Ya no podremos impartir desde aquí las órdenes. Alguien tendrá que hacerlo por nosotros. Göring es el primero en la línea para suceder al Führer. Y se encuentra seguro, en el Obersalzberg. Es lógico que asuma el control. ¿No lo cree así, teniente coronel Muntz?

No me dio tiempo a responder. La señorita Braun lo había escuchado y, en un arranque de furia

como yo nunca antes le había visto hacia ninguno de los colaboradores del Führer, le espetó:

—¡Eso que ha dicho es una locura, Walther! ¡El Führer es el Führer! ¡Ningún otro puede serlo! ¡Ninguno! ¡Nadie puede ocupar su lugar! ¡Nadie! ¡Nadie ocupará nunca el lugar del Führer!

Hewel se sonrojó y no contestó. Nadie lo hicimos porque, en ese momento, escuchamos de la boca de Adolf Hitler unas palabras que revelaban el grave momento al que estábamos asistiendo:

—Quiero que Göring sea desposeído inmediatamente de todos sus cargos en el Estado. ¿Todavía está Bernhard Frank al frente de la seguridad del Obersalzberg?

—Sí, *mein Führer* —se escuchó decir al general Bormann.

—¡Högl, quiero que se comunique inmediatamente por radio con Frank! ¡Ordénele que proceda a la detención de Göring! Y si pone algún tipo de resistencia, que lo fusile allí mismo.

—Como ordene, *mein Führer*.

En el silencio del vestíbulo escuchamos hasta el taconazo que dio Peter Högl. Este salió de la antecámara, pidió al SS que custodiaba la puerta acorazada que la abriera y caminó con paso raudo hacia la centralita telefónica.

La secretaria Junge rompió a llorar. Fue a sentarse a uno de los sillones.

—Voy con él, Werner. El Führer me necesita ahora más que nunca —me dijo la señorita Braun.

Yo me acerqué a la secretaria Junge, me senté a su lado. La rodeé con mis brazos e intenté consolarla.

—¿Se encuentra bien, señora Junge?

Tapaba con las manos su rostro. Sin dejar de llorar, me dijo:

—Todo esto es como una pesadilla, teniente coronel Muntz. Una pesadilla, una pesadilla que no termina nunca. Es como una noche...

—Sí, como una noche sin final, señora Junge. Ya lo sé. Tenía la impresión de que iba a ser así desde que crucé esa puerta acorazada por primera vez. Lamentablemente, no me he equivocado.

—¿Y qué podemos hacer? ¿Qué podemos hacer para que esta pesadilla termine?

—Tenían que haber cogido ese avión cuando se lo dijo el Führer, señora Junge. Fue una locura, una equivocación quedarse aquí. Ahora ya es demasiado tarde.

Se secó las lágrimas con las manos, me miró y, como si me estuviera contando un secreto, me dijo:

—Yo no tenía adónde ir, teniente coronel Muntz. Mis padres... nadie de mi familia quería que me relacionara con los nazis. Me advirtieron de que todo terminaría así. Volver allí sería como reconocer que he fracasado y que ellos tenían razón. Yo no podía ni imaginarme que el final de todo esto sería tan duro y tan difícil de sobrellevar. Aquí donde me ve, siempre he sido una mujer fuerte, pero reconozco que esto es demasiado para mí. No sé si voy a poder resistir ni un día más.

—No durará mucho más, señora Junge...

—¿Y usted? ¿Usted tiene familia, teniente coronel?

Me recosté en el sillón.

—No, no tengo familia. Bueno, está la señorita Else, la mujer que me crio. Hace más de dos años que estuve con ella, y no he vuelto a saber nada. Mi madre murió cuando yo nací. Y mi padre, poco después de que el Führer llegara al poder. ¿Sabe?, estos días he pensado mucho en él. He pensado lo que me aconsejaría si estuviera aquí.

—¿Y qué le aconsejaría?

—Que sacara la pistola y me pegara un tiro aquí mismo, o que entrara a ese despacho y se lo

pegara a él.

Traudl Junge se llevó las manos a la boca y abrió los ojos de par en par.

—¿A él? ¿Al Führer?

—Sí, al Führer. Mi padre fue un general del ejército del káiser. Un héroe nacional, un héroe de la Gran Guerra. Amigo de Hindenburg y de Ludendorff. Él no habría consentido que todo esto hubiera pasado. No consentiría el sufrimiento que el Führer le está infligiendo al pueblo alemán.

—Yo... yo siento agradecimiento hacia el Führer. Él me eligió para su cuerpo de secretarias cuando Dara se ausentó, aunque mi prueba de mecanografía no fue de las mejores. No sé, supongo que le gustó mi acento bávaro. Siempre ha sido atento y educado conmigo, siempre me ha tratado muy bien. Solo que...

—¿Solo qué, señora Junge?

—Que cuando empieza a hablar de esas cosas, ya sabe, de los judíos, de los bolcheviques, de esas cosas... siempre que lo hace me estremezco. Me hace sentir miedo.

Por un momento permanecemos en silencio. Repentinamente interesada por mi historia, me preguntó:

—Entonces, teniente coronel Muntz... ¿Usted conoció al káiser?

—Sí, conocí al káiser. Cuando era pequeño el káiser visitaba habitualmente mi casa. Él nunca me llamaba Werner, él me llamaba Wetzel. Sí, todavía me acuerdo, el «pequeño Wetzel». Siempre me regalaba un soldado de plomo, llegué a tener una importante colección. Yo jugaba sentado en sus piernas, señora Junge.

—¿Y cómo era? ¿Cómo era el káiser? ¿Era como el Führer? ¿Se parecía a él?

Sonreí. Me hizo gracia esa pregunta. Porque, posiblemente, no podía haber dos hombres menos parecidos en este mundo.

—No, señora Junge, no se parecía a él. El káiser tenía algo que el Führer no tiene.

—¿Qué tenía el káiser que el Führer no tiene?

—Corazón, señora Junge. El káiser tenía corazón.

* * *

Horas más tarde, el as de la aviación Robert von Greim y toda una heroína nacional, la piloto Hanna Reitsch, llegaron al búnker. Y con ella, el fantasma de los celos volvió a habitar dentro del cuerpo de Eva Braun. Ni siquiera allí, bajo el suelo de Berlín, durante los últimos días de su vida, Eva Braun dejó de sentir celos. Eso la acompañó siempre. Hasta la muerte.

Yo me enteré de la llegada de Von Greim y de Hanna Reitsch por una guapa y simpática enfermera con la que había trabado amistad, llamada Erna Flegel. La llegada de los dos aviadores provocó un frenesí de carreras, entradas y salidas de personas en el búnker antiguo. Vi a Erna que salía de una habitación que se utilizaba para curas de urgencia, con una palangana y unas vendas ensangrentadas en su interior. Le pregunté lo que estaba sucediendo.

—Von Greim y la señorita Reitsch han aterrizado con su avión en el eje este-oeste, pero han sufrido un accidente, el aparato ha sido alcanzado por la artillería rusa. No sé cómo han podido llegar hasta aquí, teniente coronel Muntz, todo Berlín está cercado. Von Greim tiene heridas en una de sus piernas, no muy graves, pero el doctor Hasse le está operando. Yo tengo que subir a por más vendas y gasas, aunque ya no sé si nos quedan.

Cuando Erna se marchó, vi a Hanna Reitsch. Paseaba nerviosa de un lado para otro del pasillo, delante de la puerta donde operaban a Von Greim. Para ser la única mujer que ostentaba la Cruz de Hierro de Primera Clase, su aspecto era de fragilidad, una mujer menuda y muy delgada. Llevaba el cabello desordenado y el uniforme de aviadora cubierto de manchas negras que también se extendían por su rostro.

Esa tarde el Führer, acompañado por Goebbels y Bormann, acudió por primera vez al búnker antiguo para interesarse por el estado de salud de Von Greim y saludar a Hanna Reitsch. Esa noche, les invitaría a cenar en su compañía.

Poco antes de la cena, yo tenía la costumbre de pasar a visitar a la señorita Braun. Cuando la encontré ante su tocador, vestida con una de sus batas de seda de color negro, pintándose las uñas, me llevé una gran sorpresa. A esa hora, ya tenía que estar preparada para acudir a la cena. Y más esa noche, en la que el Führer recibía a dos importantes invitados.

—¿Todavía no se ha arreglado para la cena, señorita Braun?

—Últimamente solo nos sirven sopa de verduras, como al Führer. Ya nos parecemos a él, solo ingerimos comida para cabras.

Reímos. Eso siempre me hizo gracia. Para Eva Braun, la dieta vegetariana del Führer era «comida para cabras».

—No, esta noche no iré a cenar, Werner. El Führer tiene invitados...

—Invitados importantes, señorita Braun. El general Von Greim y...

—Y esa piloto adúladora de Hanna Reitsch, sí, ya lo sé. El Führer siempre la ha tenido en «alta estima». No sé cómo puede gustarle esa mujer, siempre ha ido persiguiendo al Führer como si fuera un perrito faldero. Además, ¿la ha visto? Es un desastre, no tiene ni culo ni tetas.

Me hizo gracia. Estaba acusando a Hanna Reitsch de algo de lo que siempre la acusaron a ella.

—Ya vuelven sus celos, señorita Braun.

—No son celos, Werner, son hechos. ¿Sabe algo?, en una ocasión el Führer me confesó que había sustituido la máxima condecoración militar del Estado, cómo se llamaba, esa de la época de su padre...

—Pour le Mérite, señorita Braun. Mi padre la poseía.

—Sí, esa, la había sustituido por la Cruz de Hierro de Primera Clase solo para poder condecorar a esa mujer. ¿Se lo puede creer? Me dijo que la anterior condecoración no podía ser entregada a las mujeres. ¿Eso le parece poco?

—El otro día valoró que el ministro Speer viniera a Berlín en un momento en que todos parecen darle la espalda al Führer. Von Greim y Hanna Reitsch han arriesgado su vida para venir a ver al Führer. Al general han tenido que operarle. Yo creo...

—Magda me ha dicho que el Führer ha pensado nombrar a Von Greim comandante en jefe de la Luftwaffe. Habrán venido por eso. ¿O es una casualidad que vengan hoy, un día después de la traición de Göring?

Guardó el frasquito de esmalte de uñas en uno de los cajones de su tocador. Sopló sobre las últimas uñas que se había pintado. Con voz triste dijo:

—Pero da igual, Werner. Ahora ya todo da igual. A lo mejor tiene usted razón. A lo mejor debería acudir a esa cena.

Caminó hacia su armario y sacó un vestido blanco con estampados escarlatas. Me lo mostró, poniéndoselo por encima.

—¿Le gusta este?

—Sí, es muy bonito, señorita Braun.

—Lástima de mis joyas, tenía un collar de diamantes que hacía juego con este vestido. Ahora estarán en el Obersalzberg, espero que mi hermana Gretl las haya recibido. Por cierto, ¿se sabe algo de Hermann?

—No, no se sabe nada. Todavía no ha regresado de su visita a Steiner.

Supimos de Hermann Fegelein esa misma noche. Llegó poco después de las dos y, apresuradamente, quiso ver al Führer. Yo me encontraba en el vestíbulo, hablando con Burgdorf, Krebs y Günsche. Estaban muy preocupados, Weidling les había confirmado que los rusos se encontraban a las puertas de la Alexanderplatz y que avanzaban hacia la Frankfurter Alle. El ministro Goebbels se acercó a nosotros al escuchar esa información de boca de Krebs. Sacó un pañuelo de su bolsillo y se secó el sudor de la frente. Estaba muy asustado. Solo consiguió balbucear:

—¿Tan cerca están?

Burgdorf afirmó con la cabeza. Goebbels dio media vuelta y abandonó el vestíbulo.

Fegelein tardó una media hora en despachar con el Führer. Cuando salió, buscó con la mirada a Otto. Le hizo un gesto con la cabeza. Günsche nos dejó y se acercó hasta él. Hablaron, durante un rato solo lo hizo Fegelein, que nos lanzaba ocasionales miradas desconfiadas a Burgdorf, a Krebs y a mí. Después, pude ver que discutían. Otto gesticuló ostensiblemente y Fegelein terminó por irse, no sin antes señalar a Otto con el dedo. Günsche regresó con cara de pocos amigos.

—General Krebs, general Burgdorf, el Führer quiere verlos en la sala de conferencias. Tienen que llamar también a Keitel y a Jodl. El ataque de Steiner no se producirá. Está atascado. Fegelein ya se lo ha comunicado al Führer.

En ese momento fueron Burgdorf y Krebs los que empezaron a sudar.

—Vamos a beber algo, Werner —me dijo Otto.

Abandonamos el vestíbulo. Mientras caminábamos por el segundo pasillo, le pregunté:

—¿Qué te ha pasado con Fegelein?

Entonces Otto, con la mirada al frente, me dijo sin mirarme:

—Sigue caminando y no te detengas oigas lo que oigas. Steiner no está atascado, Steiner se ha negado a atacar.

—¿Cómo?

—Fegelein me lo ha confirmado. Steiner ha recibido órdenes del Reichsführer Himmler de no venir en nuestra ayuda. Ha sido el Reichsführer quien ha impedido el ataque. Steiner es fiel al Reichsführer. Algo se está moviendo, Werner.

—¿Un golpe de Estado?

—No lo sé.

—¿Se lo ha dicho Fegelein al Führer?

—No, no ha tenido agallas. Pero Fegelein me ha dicho que se larga, que se marcha de Berlín. Y que nosotros deberíamos hacer lo mismo. Dice que el Führer no tardará en enterarse y que su venganza puede hacer correr la sangre de los SS. Nosotros somos los SS, Werner.

No tardamos ni un día en saber lo que tramaba el Reichsführer Himmler. Sucedió al día siguiente, viernes 27 de abril, a primera hora de la tarde. Como siempre después de la comida, unos cuantos nos habíamos reunido en el vestíbulo. Rochus Misch entró con una carpeta en la

mano. Buscó a alguien con la mirada, pero no lo encontró. Heinz Linge se acercó a Misch.

—¿Qué sucede?

Misch le dijo algo al oído y le entregó la carpeta. Linge la abrió y empezó a leer. Al momento, le vimos palidecer. Fue entonces cuando todos nos acercamos.

Sin apartar la mirada de lo que estaba leyendo, Linge dijo:

—Puede retirarse, Misch. Yo se lo entregaré al Führer.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Nikolaus von Below.

—Se ha interceptado una comunicación de la radio inglesa. El Reichsführer Himmler ha propuesto a los aliados occidentales la capitulación a través del conde Bernardotte. Esta es la mayor traición imaginable. El Führer no soportará esto.

Linge se pasó la mano por el cuello de la camisa.

—Yo se lo entregaré.

Dio media vuelta y entró en la antesala.

Me largué de allí. No iba a pasar otra vez por eso, otra vez no. No quería escuchar los gritos de Hitler hablando de traición, de destituciones y de fusilamientos. Me dirigí al cuarto de máquinas, aquel era un buen sitio para fumar. Prefería escuchar ese ensordecedor ruido de los generadores diésel antes que los gritos del Führer.

Las secretarias y Lies Rauch se encontraban allí, fumando. Se sobresaltaron al verme entrar.

Abatido, más bien cansado, me senté sobre una caja de madera. Saqué mi pitillera y encendí un cigarrillo.

—¿Qué ha pasado, teniente coronel?

Después de dar una calada, les dije:

—Se ha interceptado una comunicación de la radio inglesa. El Reichsführer Himmler ha propuesto a los aliados angloamericanos la capitulación del Reich.

Clavé mi mirada en Liesl Rauch. La camarera de Eva Braun no parecía salir de su asombro. Tampoco las secretarias. Liesl apagó su cigarrillo en la lata de arenques que utilizábamos como cenicero y salió de la sala de máquinas.

—El «fiel Heinrich», lo llamaba la señorita Braun. «El mejor entre los mejores», decía de Himmler el Führer. Parece ser que no era tan fiel, y para el Führer esta es la traición más dura de cuantas ha tenido que conocer.

—La salud del Führer no es buena. No sé si soportará esto —afirmó Dara.

—La salud del Führer ya no importa, señora Christian. Se pegará un tiro en la cabeza cuando lo estime oportuno.

La puerta se abrió. Era Liesl.

—Venga, teniente coronel Muntz. La señorita Braun...

Me levanté y caminé hacia la puerta. Las secretarias me siguieron.

Los gritos del Führer se escuchaban por todo el búnker.

—¡Fegelein! ¡Fegelein! ¿Dónde está Fegelein? ¡Él era el enlace de Himmler, él tenía que conocer esta traición! ¡Que traigan a Fegelein!

Adolf Hitler estaba en mitad del vestíbulo, caminando de arriba abajo. La señorita Braun se encontraba junto a la puerta de la antecámara, mirándolo con rostro desencajado. Estaba a punto de echarse a llorar.

—No sabemos dónde está Fegelein, *mein Führer* —dijo Otto Günsche—. Desde anoche no lo hemos vuelto a ver.

—¡No me importa si lo han visto o no! ¡Encuéntrenlo! ¡Quiero a Fegelein! ¡Si ha abandonado el búnker sin mi consentimiento es un desertor! ¡Envíen a Högl! ¡Que lo detengan, que sea entregado a Mohnke y que lo juzguen! ¡Quiero que sea fusilado en los jardines de la Cancillería antes de esta noche! ¡Están tardando en encontrarlo!

Eva Braun rompió a llorar. El Führer entró en la antecámara y después se encerró en su despacho. Yo me acerqué a la señorita Braun.

—¡Dios mío, Hermann! ¡Tengo que hablar con el Führer, Werner! ¡Lo que ha dicho...! ¡No puede ser posible! ¡No puede ordenar su muerte! ¡Es el marido de mi hermana! ¡Por Dios, están esperando un niño!

—Señorita Braun, lo mejor será que deje que el Führer se calme...

—¡No, tengo que hablar ya! ¡No puede hacer eso, no puede!

Estaba desesperada. Muy pocas veces, en el transcurso de los largos años de servicio junto a ella, la vi tan desesperada como esa tarde. Se zafó de mí y penetró en la antecámara. Abrió la puerta del despacho del Führer, entró y cerró la puerta.

Salí al vestíbulo. Esperaría allí. Heinz Linge estaba apoyado contra la pared. Me miró y me dijo:

—Ha ordenado que Heinrich Himmler sea desposeído de todos sus cargos en el Estado y en el Partido. Ha ordenado que lo detengan y que sea fusilado.

—Como con Göring —le respondí yo.

—A Göring solo pidió que lo detuvieran.

Era sorprendente, pero durante aquellos días Heinz Linge parecía haber perdido parte de su arrogancia.

Sé que la señorita Braun le suplicó al Führer de rodillas el perdón de su cuñado. Y sé, por la reacción de Eva Braun al salir del despacho, que este no se lo había concedido. Como muchas veces decía: «Me he prohibido a mí mismo sentir compasión». Ese pensamiento no lo abandonó jamás.

Cuando la señorita Braun salió del despacho, cerró la puerta y se recostó en ella. Me miró fijamente. Se limpió las lágrimas que corrían por su rostro con la manga de su vestido y dijo:

—El Führer es el Führer. Todos tenemos que acatar sus órdenes, también yo. El Führer nunca se equivoca en sus decisiones. Por eso es el Führer.

Corrió hacia su habitación, entró en ella y cerró con un portazo.

NUPCIAS FÚNEBRES: «HOY SUS OJOS SE CUBRIRÁN DE LÁGRIMAS POR MÍ»

La mañana del sábado 28 de abril fuimos atacados por primera vez con cohetes del tipo Katiuscha. Solo ese detalle delataba la proximidad del Ejército Rojo a la Cancillería del Reich. Aquel fue un día decisivo en mi relato, el día en que todo se precipitó. Cuando recorría los pasillos del búnker, en medio de esos truenos sordos que se repetían sin cesar, del estremecimiento continuo de las paredes de hormigón, del polvo que caía del techo y del humo de los incendios que penetraba por los conductos de ventilación, poco podía suponer que ese día la señorita Braun cumpliría el sueño de su vida, que yo vería morir a una rata humana y que, en la madrugada, descubriría el secreto más oculto de la vida de Eva Braun.

Desde primeras horas de la mañana el vestíbulo era un hervidero de comentarios, de oficiales que entraban y salían después de visitar al Führer, de palabras llenas de pesimismo. En uno de los corrillos en los que estuve, los generales Mohnke y Weidling nos anunciaron que se estaba combatiendo en la Belle Alliance Platz y en el cruce de la Wilhelmstrasse. En tono abatido, Mohnke nos informó de que en las calles de Berlín estaba teniendo lugar una auténtica carnicería. Se luchaba en los puentes sobre el Spree, en las grandes avenidas y en las callejas del centro. Se luchaba casa por casa, patio por patio, azotea por azotea. Las bajas eran numerosas, pero eso también estaba afectando a los soviéticos. El Ejército Rojo avanzaba, pero se desangraba al mismo tiempo. Sus muertos se contabilizaban por miles. Recuerdo que Mohnke llegó a afirmar:

—Nadie ganará esta batalla. Todos habremos perdido demasiado.

El ministro Goebbels estaba al borde del colapso. Paseaba de grupo en grupo, con aspecto asustado, secando continuamente su rostro con un pañuelo. El general Bormann estaba dormido en uno de los sillones, con una botella vacía de aguardiente en la mano. La más espeluznante de las imágenes de esa mañana la ofrecían los niños Goebbels. Estaban sentados en el suelo del vestíbulo, mirándonos a todos nosotros como si no comprendieran nada de lo que estaba sucediendo. En un momento dado, sentí que alguien tiraba del camal de la pernera de mi pantalón. La que tiraba de él era la más pequeña de todos ellos, Heidrun. La niña llevaba un bonito vestido de color blanco con estampado de flores. En el pelo, un lacito del mismo color. Ante mi estupor, me preguntó:

—Ceñor Munz, ¿noz vamo a morir todoz aquí?

Me agaché y acaricié su carita.

—No, nadie va a morir. Este lugar es muy seguro, por eso vuestros papás os han traído aquí. ¿Qué hacéis ahí sentados?

—Ezperamos que alguien noz dé de dezayunar.
—¿Y vuestra mamá? ¿Dónde está vuestra mamá?
—Eztá mala. En la cama. Tiene fiebre.

Pensé buscar a la señorita Braun, pero supuse que todavía no se habría levantado. Entonces vi salir a Liesl de las habitaciones privadas del Führer.

—¡Liesl! —la llamé.
—Sí, teniente coronel Muntz...
—¿Y la señorita Braun?
—En la cama. Le acabo de servir el desayuno.
—¿Podías llevar a estos niños a desayunar?
—Sí, claro. ¡Venga, niños, venid conmigo!

Los pequeños siguieron a Liesl. El embajador Hewel se acercó a mí.

—¿Cómo es posible que hayan traído a estos niños aquí? Es algo obsceno.
—Yo también lo pienso, embajador.

Esa mañana, las esperanzas de salir vivos de ese pozo infecto fueron desapareciendo poco a poco. De Steiner ya nadie hablaba. De Wenck se sabía que estaba atascado cerca de Potsdam. Y Busse mantenía fuertes combates con los rusos en Fráncfort del Oder. Quedaba claro que nadie vendría a sacarnos de aquella encrucijada. Estábamos aislados, abandonados a nuestra suerte. Y hasta nosotros llegaban ya los traqueteos de las ametralladoras. En aquel momento, los rusos estaban a unos mil trescientos metros de la Cancillería.

De lo que sí se hablaba era de suicidio y de deserción. Muchos empezaron a pensar entonces cómo salir de allí por sus propios medios, y otros, cuál sería la manera más rápida de quitarse la vida. Esa tarde, durante el té, yo asistí a otro de esos momentos macabros que vivimos durante aquellos días. Se produjo en la antecámara.

El Führer había despedido poco antes a Von Greim y a la piloto Reitsch, que tenían la intención de salir de Berlín para reincorporarse a la batalla. Desde su partida, el Führer se había hundido en un sillón de la antecámara y no había vuelto a hablar. Junto a él nos encontrábamos las secretarias Junge y Christian, Liesl, Constanze Manziarly, la secretaria de Bormann, señorita Krüger, el embajador Hewel, la señorita Kastrup, Heinz Linge y yo. La señorita Braun también estaba muy seria, sentada en uno de los sofás, jugueteaba con su perrito *Wolf*. De pronto el Führer dijo:

—Hanna Reitsch me ha ofrecido la posibilidad de salir de Berlín en uno de esos aviones que ella pilota. Naturalmente, le he dicho que no. Si saliera de aquí, tendría que esconderme en algún otro lugar, en un bosque o en alguna granja. Sería cuestión de tiempo que me encontrarán. Terminaría en Moscú, exhibido en algún gabinete de curiosidades. No, ya he tomado la decisión de pegarme un tiro y nadie me hará cambiar de idea. Todavía no sé qué pistola usar, aunque creo que me decantaré por la de 7,65 milímetros. Ah, eso me recuerda que tengo algo para ustedes.

De manera torpe, como un anciano, el Führer se levantó y caminó hasta su despacho. Yo miré a Heinz Linge, que bebía de su taza de té soportando el platito en su mano. Después miré a la señorita Braun. Su rostro reflejaba extrañeza.

El Führer regresó con dos cajitas plateadas en sus manos. Sentí un estremecimiento, porque me imaginaba lo que contenían esas cajitas. Volvió a sentarse en su sillón, paseó su mirada por todos nosotros y abrió una de ellas.

—Como les prometí, yo les ayudaré a que su final sea lo más placentero posible. Esta mañana el doctor Stumpfegger me ha traído las ampollas que le pedí. Tengo para todas.

Extrajo una de las ampollas y la depositó en la mano de Eva Braun. Al hacerlo, le sonrió. Él mismo cerró los dedos de su mano sobre la ampolla.

—Gracias, *mein Führer* —dijo la señorita Braun, exhibiendo su mirada más ilusionada—. ¿Seguro que no sentiré dolor?

—Nada, Effie. No sentirás nada. El veneno es muy rápido y efectivo. El sistema respiratorio y el sistema nervioso quedan bloqueados. Es como quedarse dormido.

Una por una, fue entregando las ampollas, mientras decía sus nombres:

—Señora Junge..., señora Christian..., señorita Manziarly..., señorita Kastrup..., señorita Krüger..., camarera Rauch...

Todas respondieron con un «gracias, *mein Führer*». Todas con el mismo gesto aterrorizado. Todas menos Liesl Rauch, que me miró nada más recogerla y la guardó en el bolsillo de su delantal.

—Tengo más, para la señora Goebbels, para los niños y para mi *Blondi*. Y aún me sobran.

El Führer nos miró a Linge, al embajador Hewel y a mí.

—Si ustedes quieren, pueden pedírmelas cuando lo precisen.

—Yo no, *mein Führer* —dijo Hewel—. Yo prefiero pegarme un tiro.

—Hombre listo —dijo Hitler.

—¿Y para *Wolf*, *mein Führer*? —preguntó Eva Braun.

—Wolf es joven, Eva. Sobrevivirá entre las ruinas.

—Ya, pero no quiero que caiga en manos de los rusos. Esas gentes son salvajes, podrían hacerle daño.

—Está bien, hablaré con Fritz Tornow. Él sabrá lo que hacer.

Creo que pocas veces en mi vida, como esa tarde, el desánimo cundió en mi interior. Gran parte del tiempo lo pasé en la cantina, bebiendo aguardiente y charlando con cualquiera que se encontrara a mi lado. Sobre las siete, Heinz Linge vino a buscarme. Era algo inusual. Se acercó a mí y me susurró al oído:

—Tiene que acompañarme, teniente coronel Muntz. La señorita Braun quiere verle.

Me levanté de la mesa y seguí a Linge por los pasillos del búnker. Estaba aterrado, pensé que había llegado el momento. El ataque contra la Cancillería se había recrudecido. Las luces de emergencia se apagaban y encendían continuamente. Me extrañó la calma y el silencio que reinaba en el vestíbulo. Linge me condujo hasta la puerta de la habitación de la señorita Braun.

Cuando entré, estaba en su vestidor. Nunca hubiera imaginado lo que estaba a punto de decirme.

—¿Señorita Braun?

—¡Werner, oh, Werner! —exclamó desde el vestidor.

Salió casi corriendo y se abrazó a mí. Después cogió mi rostro con sus manos y me miró fijamente. Antes de hablar, dos lágrimas brotaron de sus ojos. Imaginé que era eso, que había llegado el momento.

—¿Qué le sucede, señorita Braun? No entiendo nada.

—¡Werner, hoy es el día más feliz de toda mi vida! ¡Estoy a punto de cumplir el sueño de mi vida! ¡Me caso, Werner! ¡Me caso con el Führer!

—¿Cómo?

No podía dar crédito a lo que estaba escuchando. Me senté sobre su cama.

—El Führer me ha pedido matrimonio hace una hora. ¿Se da cuenta de lo que eso supone? ¡Me voy a convertir en la señora Hitler! ¡Lo he conseguido, tantos años esperando este momento! ¡Pasaré a la historia como la mujer de Adolf Hitler! ¡El sueño de toda mi vida!

Momentáneamente su rostro se entristeció. Fue por mi reacción. No sabía ni qué decir. No tenía ni palabras.

—¿Es que no se alegra por mí, Werner?

—Claro que me alegro, señorita Braun. ¿Cómo no voy a alegrarme? Es solo que no me lo esperaba, ha sido una noticia tan sorprendente...

Muy nerviosa, paseó de un lado a otro de su dormitorio. Continuamente se frotaba las manos.

—La boda será en la sala de conferencias. Después daremos una pequeña fiesta en la antecámara. Por decisión del Führer, los padrinos serán Bormann y Goebbels. A mí no me gustan, pero, ya sabe, si el Führer quiere... El Führer es el Führer.

—Es increíble, señorita Braun. Todavía no me lo puedo creer.

—Pues créaselo, Werner. Al final de todo, no me he equivocado. Sabía que tenía que esperar, que todo llegaría. El momento es ahora, porque Dios lo ha querido así. Llevo diecisiete largos años esperando este momento. Dios ha escuchado todas mis plegarias. Noche tras noche, durante meses, durante años, he rezado esperando que el Führer diera este paso. Ya ha llegado. Ahora sí que puedo morir en paz, Werner. ¡Y esta noche quiero estar excepcional! ¡Tiene que buscar a la señorita Kastrop! ¡Y a Liesl, busque a Liesl! ¡Que vengan las dos!

Me levanté de la cama. Nos miramos un instante. Sus ojos, más ilusionados que nunca, solo perdían su brillo cuando chocaban con los míos.

—Werner, ¿por qué presiento que no se siente feliz por mí?

—Señorita Braun, sí que me siento feliz, es solo que esta situación que estamos viviendo...

—Esta situación y este momento es tan bueno como cualquier otro, Werner. ¡Y yo estoy tan feliz! ¡Para la fiesta tenemos champán, podremos beber toda la noche! ¡Y me han prometido que en la cocina prepararán algo especial! ¡Es la gran noche de mi vida, Werner, y quiero que todo salga perfecto!

Me dio la vuelta y me empujó hacia la salita de estar.

—¡Venga, busque a Liesl y a la señorita Kastrop! ¡Que vengan inmediatamente! ¡Tengo que arreglarme, esta noche tengo que estar deslumbrante!

Recorrí los pasillos del búnker completamente mareado. Creo que no veía ni a aquellos que se cruzaban conmigo. Encontré a Liesl en la cocina del búnker antiguo, hablando con las cocineras. Con tono serio, le dije:

—Liesl, acompáñame.

Me miró extrañada.

—¿Sucede algo? —me preguntó. No le contesté.

Toqué en la puerta de la señorita Kastrop. También se sorprendió al vernos.

Entramos en su habitación. Yo cerré la puerta.

—Tienen que ir a la habitación de la señorita Braun. Tienen que ayudarla a prepararse. Esta noche se casa. El Führer le ha pedido matrimonio.

—¿Qué? —exclamó Liesl.

La señorita Kastrup se cubrió el rostro con sus manos y rompió a llorar, mientras decía:

—¡Dios mío, no es posible! ¡Lo ha conseguido! ¡El sueño de su vida! ¡Lo ha conseguido!

Se sentó sobre su cama, repitiendo esas frases como si se tratara de una letanía. Liesl me dijo:

—Solo lo hace para complacerla. Eso significa...

—Sí Liesl, que tenemos que estar preparados. Que el telón está a punto de caer. Que el final se acerca.

Ajena a nuestra conversación, la señorita Kastrup seguía repitiendo:

—¡Lo ha conseguido! ¡Lo ha conseguido! ¡Dios mío, al fin lo ha conseguido!

* * *

La boda se celebró pasada la medianoche. En la puerta de la sala de conferencias se encontraba el ministro Goebbels junto a un hombre de mediana edad, vestido de negro y con aspecto nervioso. Bueno, más que nervioso, asustado. Un hombre muy asustado. Continuamente limpiaba las lentes de sus gafas usando un pañuelo que le había prestado el ministro. El embajador Hewel me dijo que era el notario que oficiaría la ceremonia. El ministro Goebbels había mandado que lo buscaran. Recuerdo que su apellido era Wagner, no sé si su nombre era Walter o Wilhelm.

Allí también se encontraban Magda Goebbels, como siempre elegantemente vestida, Martin Bormann, que haría de padrino, los generales Burgdorf, Jodl y Krebs, Nikolaus von Below, Erich Kempka, las secretarias Junge y Dara, la señorita Manziarly, el embajador Hewel, Otto Günsche y la señorita Kastrup, que no dejó de llorar ni un solo minuto.

En la antecámara, el último grupo de mayordomos que quedaban en el búnker montaban la mesa nupcial en un ambiente lúgubre. Después de días, habían vuelto a vestir sus chaquetas blancas con charreteras doradas. La vajilla no respondía al lujo de otras ocasiones: la que no había sido trasladada al Berghof, había sido destruida durante los bombardeos en la Cancillería.

Cogidos del brazo, el Führer y la señorita Braun salieron por la puerta de sus aposentos y caminaron lentamente hacia la sala de conferencias. El silencio era absoluto. La imagen que proyectaban resultaba fantasmal. Irreal. Sí, eso era, una imagen irreal. La señorita Braun llevaba un bonito vestido oscuro, con el cuello de puntilla blanco. Lo acompañaba con una gorrita de piel de color negro. Se había maquillado menos que en otras ocasiones y eso, unido a que el vestido también resultaba más sencillo, todavía la hacía más atractiva. Observó uno por uno a todos los presentes. Era la única que sonreía. Sin embargo, su rostro estaba muy pálido, reflejaba la tensión que estábamos viviendo durante aquellos días. Cuando me miró, percibí un brillo diferente en sus ojos, como si de un momento a otro se fuera a echar a llorar. Pero se repuso inmediatamente.

Al Führer le costaba andar más de lo habitual. Estaba encorvado, con la cabeza agachada hacia el suelo. El temblor de su brazo izquierdo era más notorio que nunca. Solo levantó la mirada cuando llegó junto a Magda Goebbels. Después volvió a bajarla. Su uniforme se veía arrugado, como si se hubiera acostado en la cama con él puesto.

Magda Goebbels rompió el silencio, fue ella quien empezó a aplaudir. Enseguida le siguieron todos. Todos menos yo. Yo no aplaudí. Aquel no me parecía un momento para aplaudir. Me parecía un momento para llorar. Lo que allí se estaba representando no era una boda habitual. Eran unas nupcias fúnebres. Uno de los últimos actos de aquel torbellino macabro en el que estábamos inmersos.

En el interior de la sala de conferencias habían cambiado la decoración. La gran mesa en la que se realizaban las reuniones militares había sido apartada a un lado. En el centro, habían instalado una más pequeña. Tras ella, muy nervioso, se sentó el notario Wagner. Frente a él habían colocado cuatro sillas. En las dos primeras se sentaron el Führer y Eva Braun. Detrás de ellos lo hicieron Bormann y Goebbels. Este último, antes de sentarse, cerró la puerta.

En el mismo momento en que esa puerta se cerraba, Peter Högl, metralleta en mano, entró en el búnker. Caminó directamente hacia mí. Acercando su boca a mi oído, me dijo:

—Acompáñame, Werner. Esto te va a gustar.

Algo sorprendido, le seguí. Sentí que todos nos miraban.

Los soldados de las SS se cuadraron cuando pasamos a su lado, antes de ascender por las escaleras de hormigón en dirección a la salida de emergencia. Mientras subíamos, le pregunté:

—¿Dónde vamos, Peter?

—Tú, sígueme. Es una sorpresa.

Salimos al exterior. Era la primera vez que respiraba el aire de Berlín desde la noche que acompañé al ministro Speer. Era un aire enrarecido, olía a fuego, a hierro. Un olor parecido al de la sangre. No había luz, solo nos guiábamos por el reflejo de las llamas en las agrietadas paredes de la Cancillería. Por todos lados se escuchaban explosiones y traqueteos de ametralladora. Tropezamos en varias ocasiones, todo el suelo de los jardines estaba cubierto de grandes cráteres producidos por la caída de los obuses.

Nos detuvimos bajo los soportales que daban acceso a una de las puertas laterales de la Nueva Cancillería. Högl se encendió un cigarrillo, dio una calada y me lo pasó.

Escuchamos voces que se acercaban a nosotros. Eran cuatro o cinco SS de la guardia, además de Rattenhuber, Lindloff y Reisser. En medio de ellos caminaba un hombre, iba dando traspiés, como si estuviera borracho. Llevaba la guerrera desabrochada y le habían arrancado todos los galones. Cuando pasaron junto a una de las zonas de la fachada alumbradas por el fuego, pude ver su rostro. Entonces lo entendí todo.

—Fegelein...

—Sí, hemos dado con él. Estaba en una de sus casas, en Charlottenburg, completamente borracho y fornicando con una prostituta. Tenía dos maletas preparadas para partir. Se las hemos incautado. El muy hijo de puta llevaba dinero, joyas y documentos. Creemos que algunas de esas joyas eran propiedad del «pajarito caprichoso».

—¿Joyas de la señorita Braun? No puede ser, Peter, fueron enviadas al Berghof hace...

—Pues se las robaría con anterioridad. El Führer se lo ha entregado a Mohnke, quería que se celebrara un juicio. Pero Mohnke no tenía tiempo para esas cosas, estamos en mitad de una guerra y le ha pasado «el muerto» a Rattenhuber. Vamos a aplicar la sentencia que el Führer quería.

Llegaron junto a nosotros. Fegelein apenas se tenía en pie, sin embargo, ese rictus soberbio y mezquino no había desaparecido de su rostro. Nos miró a todos con desprecio. Con un enorme desprecio.

—¡Camina! —le gritó Högl.

Echó a caminar tambaleándose, en dirección a los jardines de la Cancillería. Högl preparó su metralleta. Fegelein todavía volvió a girarse hacia nosotros y volvió a mirarnos con el mismo desprecio. A duras penas, levantó su brazo y gritó:

—*Heil Hitler!*

Högl abrió fuego. Fegelein cayó al suelo acribillado a balazos.
—Lo ves, Werner. No me he equivocado. Sabía que esto te iba a gustar.
—Ha muerto como vivió, Peter. Como una rata —le dije.
—¡Vámonos! —gritó Rattenhuber.
Regresamos al búnker.

* * *

Cuando entré en la antecámara, los invitados a la mesa nupcial ya estaban cenando. La señorita Braun me hizo un gesto, me había reservado una silla junto a ella. Había pensado no decirle nada de lo que había sucedido en los jardines de la Cancillería, sabía que le iba a afectar y no quería estropearle esa noche. Así lo hice. Cuando me senté a su lado, me miró con gesto enfadado. Yo sabía que estaba bromeando. Me preguntó:

—¿Dónde estaba, Werner?
—Atendiendo un problema que ha surgido, nada importante.
Exhibiendo una de sus sonrisas luminosas, me dijo:
—Todavía no me ha felicitado —y extendió su mano hacia mí.
Cogí su mano para besarla, pero antes le dije:
—Felicidades, señorita Bra...

Todos los presentes giraron sus cabezas hacia mí. Eva Braun soltó una carcajada y dijo:
—¡Señora Hitler! ¡Ahora soy la señora Hitler! ¡Diez años llamándome señorita Braun! ¡No sé si se va a acostumbrar usted, Werner! ¡Venga, champán! ¡Vamos a abrir más champán!

Yo también reí. Tenía razón, me resultaría muy difícil llamarla señora Hitler. De hecho, todavía hoy en día me cuesta asociarla a ese nombre.

Enseguida me di cuenta de que faltaban el Führer y la secretaria Junge.
—¿Y el Führer, señori... señora Hitler?
—Está en su despacho, dictando su testamento político a la señora Junge.
—Después tiene que redactar el mío —dijo Goebbels sonriendo.

Eva Braun llenó dos copas de champán. Puso una delante de mí. Me miró fijamente, apoyando su cabeza en una de sus manos. De una manera extraña. Esa mirada provocó que me sintiera incómodo. Algo le sucedía, no sabía bien lo que era, pero algo le sucedía. Cogió la copa y bebió un sorbo de champán. Sin apartar su mirada de mí, dijo:

—Creo que ha llegado el momento, Werner. Sí, este es el momento.
—¿De qué momento habla?
Se levantó. Cogió la copa de champán con una mano y con su otra mano tomó la mía.
—Venga, Werner. Tiene que venir conmigo.

Yo también me levanté. Estaba completamente sorprendido, no tenía ni idea de qué trataba todo aquello. El de Eva Braun era un comportamiento muy extraño. Nunca había actuado conmigo así en público.

Entramos en su habitación. La salita de estar y el dormitorio estaban a oscuras. Nos dirigimos directamente al dormitorio. Encendió la lámpara de pantalla que tenía sobre la mesita de noche.

—Siéntese en la cama, Werner.

Me senté sobre la cama. Eva Braun, ahora Eva Hitler, caminó hacia su armario, se agachó y sacó algo de él. Era un objeto de tamaño mediano, cubierto por una bonita funda de piel de color negro. Quitó la funda y se sentó a mi lado en la cama.

Lo que llevaba en la mano era una caja de música. La misma caja de música que me enseñara diez años atrás, en agosto de 1935, en la casa de la Wasserburgerstrasse. Aquella caja de música que contenía su juego de turmalinas. Aquella caja con la melodía más triste del mundo.

Le dio cuerda y la abrió. Esa melodía triste invadió la habitación. Los pequeños muñequitos, uno masculino, que vestía los tradicionales *lederhosen* bávaros, y otro femenino, con su *dirndlgewand*, portando en sus manos un arco floral, empezaron a girar al son de la melodía. Mi mirada se desvió al segundo cajoncito de la caja, el que tenía un pequeño candado. El mismo que llamó mi atención diez años atrás.

—¿Se acuerda el día que me acompañó a hacer mi testamento en Múnich, Werner? Bromeando me preguntó si le había dejado algo. Yo le dije que no, que no le había dejado nada. Pero no era verdad. Sí que tenía algo para usted, algo que no figuraba en mi testamento. Era esta caja, Werner, esta caja de música. El tesoro más valioso de mi vida.

—Señora Hitler, no entiendo nada.

Solo me sonrió. Del cuello, se quitó un colgante, un camafeo que había llevado muchas veces, con forma de corazón y con sus iniciales grabadas. Lo abrió, y extrajo de él una pequeña llave. Entonces me dijo:

—Después de mi primer «accidente», sucedió algo, Werner. Mientras yo me reponía, mi hermana Ilse encontró una cosa que yo guardaba en mi escritorio. Era un diario, un diario que empecé a escribir cuando conocí al Führer. Allí escribía todo, todo lo que hacíamos juntos, nuestras conversaciones, nuestras confidencias. Mi hermana lo leyó. Se acercó a la cama donde yo me recuperaba y me dijo que tenía que destruirlo inmediatamente. Me dijo que era muy peligroso, que no dudarían en matarme por lo que había escrito en ese diario. Yo monté en cólera, era mi vida, mis sentimientos, mis pensamientos, mis experiencias, ella no tenía derecho a decirme que lo destruyera. Pero ella lo hizo. Lo arrojó al fuego. Tan solo pude guardar algunas páginas. Pero eran inservibles. Estaban quemadas.

—¿Y qué tiene que ver eso con esta caja de música?

—Ideé un plan. Se me ocurrió el día que el Führer me regaló esta caja de música. Cuando nos la enseñaban en la tienda de Múnich, vi que los cajoncitos, aunque pequeños, eran muy profundos. ¿Se acuerda que en el primer cajón guardaba mi juego de turmalinas? Bueno, empleé el segundo para guardar otra cosa.

Con la llave, abrió el candado del segundo cajón.

—Aquí está, Werner. Por eso le he dicho que este era el tesoro más importante de mi vida. Porque contiene mi memoria.

Era increíble. Eran cientos de pequeños papelitos, escritos con una letra pequeña pero muy delicada. Estaban en grupos. Eran partes, perfectamente cortadas, de los papeles azules que ella siempre usaba para escribir. Todos estaban fechados.

—Estos papelitos forman mi diario. Aquí está escrito todo lo que nadie conoce de mi relación con el Führer. Mis secretos más íntimos e inconfesables, mis pensamientos, mis sentimientos. Todo lo que he sido durante todos estos años. Lo que el Führer y yo hemos vivido cuando la puerta de nuestra habitación se cerraba y el mundo no podía vernos... Todo eso está escrito aquí. Nuestras conversaciones, sobre todos los asuntos de este mundo. Nuestros planes, que eran los

planes del Führer. Todo, Werner, todo está aquí.

—¿Y qué quiere que haga yo con esto?

—Werner, tiene que salir de Berlín. Tiene que poner a salvo mi legado. Se lo suplico, se lo pido como un último servicio. Solo puedo confiar en usted, y solo usted puede ayudarme. Quiero que el mundo conozca quién fui. Quiero que conozcan todo lo que he sentido, todo lo que he vivido. Después de mi muerte, sé que se dirán cientos de mentiras sobre mí. Posiblemente, nadie creará mi historia, la historia que contarán sobre mí, muchos incluso dudarán de mi existencia. Alemania, el Reich, el mundo, no me han conocido. Y quiero que lo hagan. No quiero que nadie escriba mi historia. Por eso, en secreto, la he escrito yo. Nadie más que usted conoce la existencia de estos papelitos, de mi diario. Si se llegaran a descubrir, los destruirían. Nadie querría que la verdad aquí escrita viera nunca la luz. No solo he escrito sobre mi relación sentimental con el Führer, sino también sobre los acontecimientos históricos de este tiempo que nos ha tocado vivir. En estos papelitos hay escritas cosas que, de no ser por mí, el mundo no conocerá nunca. Solo entonces comprenderán lo importante que he sido en lo que ha acontecido durante todos estos años.

—Señora Hitler, lo que me está pidiendo es un imposible. Es probable que yo no pueda salir de Berlín...

—Werner, tiene que hacerlo. Solo usted puede ayudarme. Usted es la persona más leal que he conocido en mi vida. Desde que le vi por primera vez, supe que nada podía pasarme si usted permanecía a mi lado. Ahora que ha llegado el final de mi vida, quiero que me prometa que esa lealtad que me ha profesado no desaparecerá con mi muerte. Quiero que me prometa que, igual que me ha protegido en vida, protegerá mi legado una vez que yo haya muerto.

—Se lo puedo prometer, señora Hitler, pero nunca olvide que la guerra es quien dicta las normas. Exactamente, ¿qué quiere que haga con esta caja?

—De momento la guardaré aquí, debajo de mi cama. Aquí estará a salvo, nadie se atreve a mirar nunca en mi habitación. Cuando todo termine, vuelva aquí y recójala. Escóndala en algún sitio y después, cuando todo se haya tranquilizado, entréguela a alguien que pueda dar a conocer al mundo su contenido. Usted sabrá quién es esa persona. Me fío de su criterio. Quizá para entonces el mundo ya maldiga mi nombre. Pero el contenido de estos papelitos conseguirá que la verdad sobre mi persona salga a la luz. Quizá entonces la historia podrá darme el lugar que merezco y resarcirme del desconocimiento, del ocultamiento y de la oscuridad que ha rodeado mi vida durante todos estos años.

Esa noche regresé a mi habitación pasadas las cinco de la madrugada. A esa hora, el búnker estaba en silencio. Por los pasillos, solo se escuchaban los sonidos que procedían del sistema de ventilación y del generador diésel de la sala de máquinas. Nadie sabe lo aterrador que era el silencio en ese búnker maldito. Puedo asegurar que era mucho más aterrador que el martilleo sordo y continuado de la artillería soviética.

No podía dejar de pensar en la caja de música de la señorita Braun. En aquel momento, yo dudaba de que alguno de nosotros pudiera abandonar con vida aquel búnker. Por otro lado, era consciente de que Eva Braun me había convertido en cómplice de la salvaguarda de un legado envenenado. Aunque poco me podía imaginar que ese legado terminaría también bañado en sangre.

* * *

El domingo 29 de abril los acontecimientos se precipitaron definitivamente. Como siempre, una tormenta de fuego nos despertó a todos pasadas las siete de la mañana. Habiendo dormido solo dos horas, regresé al vestíbulo. No tuve ni que vestirme. Hacía días que casi todos dormíamos vestidos.

Desconozco el motivo, pero esa mañana el búnker ofrecía una atmósfera más asfixiante que nunca. Parecía que las paredes se estrechaban, recuerdo que cuando entré en el búnker del Führer tuve la sensación de que este era más pequeño que cuando lo había abandonado solo dos horas antes. Bormann, Burgdorf y Krebs estaban durmiendo la mona en los sillones del vestíbulo. Mi llegada coincidió con la entrada del general Mohnke. Ofrecía un estado lamentable, sucio, con rostro cansado y ojeroso, parecía haber envejecido años en solo unos días.

—Tengo que ver al Führer —dijo al pasar a mi lado.

Entró en la antecámara. Curiosamente, la puerta de la habitación del Führer estaba abierta. Yo entré en la antecámara también y me senté en una de las sillas. La mesa, con los restos de la cena nupcial, estaba sin recoger. Desde allí vi al Führer, vestido, sentado sobre su cama. Mohnke se detuvo en la puerta y le dijo:

—*Mein Führer*, los rusos ya avanzan por la Wilhelmstrasse. Se encuentran a unos cuatrocientos metros de la Cancillería. Por el momento, y empleando todas nuestras fuerzas, hemos conseguido detener su avance.

Hitler tardó en contestar. Su mirada estaba perdida en algún punto de la pared de su dormitorio. Con voz de autómata, terminó por decir:

—¿Cuánto creen que podrán resistir?

—Un día, *mein Führer*. Quizá dos. Pero poco más.

—Gracias, Mohnke. ¿Alguna cosa más?

—Sí, en la Königsplatz han iniciado el asalto al edificio del Reichstag, *mein Führer*.

—Bien, tendremos que adelantar los preparativos. Ahora el último acto se acerca.

Mohnke dio un taconazo y regresó a la antecámara. Al verme, se sentó a mi lado. Yo cogí una copa de champán y una botella medio vacía que había quedado olvidada. Llené la copa. Le pregunté a Mohnke:

—¿Quiere?

—No, gracias —me respondió.

Saqué dos de mis pastillas estimulantes y me las llevé a la boca. Las ingerí con el champán.

—¿Cuánto tardarán en llegar los rusos, general? —le pregunté.

—Poco. Ya están a las puertas.

—¿Qué hará usted?

—Resistir hasta el final.

—¿Y cuándo es el final, general?

—Cuando muera el Führer. En ese momento me sentiré desligado de todos mis juramentos. ¿Y usted?

—Resistiré hasta el final.

Mohnke sonrió. Sabía cuál iba a ser su próxima pregunta.

—¿Y cuándo es el final?

—Cuando muera la señorita Braun, ahora Hitler. En ese momento me sentiré desligado de todos mis juramentos.

Mohnke se levantó. Puso su mano en mi hombro.

—Buena suerte, teniente coronel Muntz.

—Buena suerte, general Mohnke.

Adolf Hitler continuó allí, sentado en la cama de su habitación. Seguramente escuchó nuestra conversación. Pero me dio igual, porque sabía que no se había enterado de nada. Su mente estaba lejos, muy lejos de allí. Posiblemente en el Berghof, ante el ventanal de la gran sala. Contemplando a través de su imaginación la montaña del Kaiserberg.

Ese día muchos aprovecharon para abandonar el búnker. Por ejemplo, los edecanes de Krebs, Gerhard Boldt y Freitag von Loringhoven. También Nikolaus von Below desapareció por la mañana, y ya no lo volvimos a ver. El té de esa tarde se convirtió en un funeral. El Führer, hundido en su sillón, no abrió la boca. La señorita Braun se dedicó a acariciar a *Wolf*, que no dejaba de jugar en el sofá. El general Bormann bebía de una botella de aguardiente que había traído de la cantina. El ministro Goebbels abandonaba cada poco tiempo la antecámara para salir al vestíbulo y fumar, un cigarrillo tras otro. Las secretarias y la señorita Manziarly solo intercambiaron algunas palabras sueltas. Hasta que, de pronto, sobrevino un sobresalto.

Un grupo de SS armados y con cascos de acero, bajo las órdenes de Ludwig Förster, cruzaron a la carrera el vestíbulo en dirección a una de las salidas de emergencia. Schädler acudió para comunicarle al Führer que soldados rusos podrían estar abriendo fuego en el sector que unía los dos búnkeres. Las secretarias entraron en pánico. Schädler intentó tranquilizarlas, diciéndoles que no se preocuparan, que todo estaba bajo control. Pero el Führer comprendió que su estado de ánimo no era bueno y, dirigiéndose a mí, dijo:

—Teniente coronel Muntz, lleve a las secretarias y a la señorita Manziarly a la cantina. Allí el ambiente será más relajado.

—¡Yo también voy! —dijo la señorita Braun.

—Sí, Eva, ve tú también.

—Como ordene, *mein Führer* —le contesté.

Cuando entramos en la cantina se produjo una situación curiosa. Nadie se esperaba ver entrar allí a Eva Braun. Muchos de los soldados más jóvenes que bebían sentados en los largos bancos de madera se levantaron y, dirigiéndose hacia ella, realizaron el saludo reglamentario. Eso nos hizo mucha gracia, hasta las secretarias rieron. Ocupamos parte de una mesa que estaba libre.

—¿Qué quiere beber, señora Hitler? —le pregunté.

—¿Qué beben aquí?

—Vodka y aguardiente —contestó Dara.

—Pues eso, aguardiente.

Volvieron a reír. Yo fui a por una botella y vasos a la cocina. Cuando regresé, Liesl Rauch y dos enfermeras se habían unido a nosotros. Coloqué los vasos y serví la bebida. Eva Braun levantó su copa y mirándonos, dijo:

—¡Vamos a brindar! Por los buenos tiempos.

Brindamos. Eva Braun se llevó el vaso a la boca y se lo bebió de un solo trago. Se puso roja, se llevó la mano al cuello y empezó a toser. Todos reímos, especialmente las secretarias y Liesl.

—¡Dios mío! Pero ¿qué es esto? —preguntó, mientras hacía una mueca de espanto con su

rostro.

—Aguardiente, señora Hitler —le contesté yo—. Esto es aguardiente. No es champán, ni sus delicados y sofisticados licores.

Las risas regresaron. Pasamos casi toda la tarde bebiendo y hablando, como había dicho la señorita Braun, de los buenos tiempos. Contamos una y mil anécdotas, sobre todo de cómo ocultábamos a la señorita Braun cuando alguien no podía conocer su identidad. Y de las trastadas que ella me hacía para saltarse mis estrictas normas. Por unas horas, nos olvidamos del ambiente fúnebre que reinaba en el búnker. Por unas horas, solo por unas horas.

Poco antes de las diez de la noche, Liesl y yo entramos en los baños. Habíamos estado gran parte de esa tarde tonteando y no podíamos aguantar más. Al abrir uno de los retretes, vimos a *Blondi* atada al tubo de la cisterna. El animal nos ladró. Cerramos la puerta sin darle más importancia. Nos metimos en el último de los retretes. Fue por casualidad, pero fue un acierto.

—No aguanto más —dijo Liesl, agarrándose a mi cuello y besándome.

Producto del alcohol, me costó desabrocharme los pantalones. Liesl sin embargo se levantó la falda y con gran agilidad, se bajó las bragas. Colocándose a horcajadas sobre mí, empecé a penetrarla. En ese momento escuchamos voces que se acercaban a los baños.

Con mi mano cubrí su boca. Le hice un gesto para que ni se moviera, ni intentara hablar. Cuatro hombres entraron en los baños. Uno de ellos se dirigió directamente al retrete donde estaba atada *Blondi*.

—*Blondi*, bonita, ven aquí —era la voz de Fritz Tornow.

Escuchamos las patas del can resbalar en el suelo del baño. Otra voz dijo:

—Ya verá, *mein Führer*, es instantáneo, como yo le dije —era la voz del doctor Stumpfegger.

—¿Han traído los alicates? —preguntó el *Führer*.

—Sí, los llevo yo, *mein Führer* —contestó el doctor Haase.

Yo seguía cubriendo la boca de Liesl. Ella abrió los ojos de par en par. Retiré la mano. Poniendo el dedo índice en mi boca, le pedí que mantuviera silencio.

—Yo le abriré el hocico —dijo Tornow.

Se escuchó un pequeño gruñido, y las uñas de *Blondi* resbalando sobre el suelo de los baños.

—¿Tiene preparada la ampolla? —preguntó Tornow.

—Sí —contestó Haase.

—Venga, ahora, introduzca los alicates y restriegue la ampolla por los dientes, hasta que se rompa. Hágalo rápido, para que yo pueda cerrar el hocico.

—Ya. Puede cerrarlo —dijo Haase.

Se escuchó un gruñido más fuerte. Y la voz de Tornow:

—Tranquila, tranquila, *Blondi*, bonita. Bien, bien, *Blondi*.

Escuchamos cómo el animal se desplomaba.

—Ya está, *mein Führer*. Está muerta —volvió a decir Tornow.

—Se lo dije, *mein Führer*, el efecto es inmediato —la voz de Stumpfegger denotaba satisfacción.

—Bien, déjenla ahí. Luego volveremos para asegurarnos de que está realmente muerta —dijo el *Führer*.

Los cuatro hombres abandonaron los baños. Liesl y yo nos vestimos apresuradamente.

Esperamos un momento, comprobando que realmente se hubieran marchado.

Salimos del retrete. El animal estaba inerte, a la entrada del baño. Sorteamos a *Blondi*, para no pisarla. Durante unos segundos, contemplamos el cuerpo yacente del can.

—Será mañana, Liesl. Será mañana.

—¿Cómo lo sabe?

—Escuché una conversación esta mañana entre el Führer y Mohnke. Y ahora esto... estoy seguro de que será mañana.

Cuando regresamos a la cantina, la señorita Braun y las secretarias seguían riendo. Pero se detuvieron cuando nos vieron aparecer. Liesl se sentó, cogió un vaso, lo llenó y se bebió el contenido de un golpe.

—¿A qué venían esas risas? —preguntó con un tono jovial, intentando disimular.

Pero la señorita Braun me seguía mirando a mí. Su rostro resultaba preocupado.

—¿Qué ha pasado, Werner? Está blanco, parece que ha visto un fantasma.

Yo también llené mi vaso y bebí de un trago, intentando disimular. Pero no surtió efecto, nunca fui bueno para esconder mis emociones. Y no engañé a la señorita Braun. Ya no volvió a ser la misma. Bueno, hasta que la mezcla del aguardiente con el champán le hizo efecto. Pero eso fue varias horas más tarde.

Esa noche, en la antecámara, celebramos la última «velada» del búnker. Las secretarias, la señorita Manziarly, Liesl y la señorita Braun, un poco achispadas por el alcohol ingerido por la tarde, mantuvieron un ambiente jovial durante un buen rato. No así el general Bormann, Otto Günsche, el Führer y yo. En mi caso, ya no me repuse de lo vivido en los baños con el envenenamiento de la perra del Führer. Sabía, estaba convencido, que ahora sí, la hora había llegado. Y lo que sucedió durante esa velada me confirmó que Eva Braun también lo sabía. Había estado toda la tarde bebiendo, contando anécdotas de los buenos tiempos y riendo, sabedora de que esa era la última tarde que pasaría con vida. Lo certifiqué cuando, tras una conversación que mantenía con las secretarias sobre las últimas tendencias en ropa femenina, dijo:

—Señora Junge, usted es más o menos de mi talla. Algunos de mis vestidos le podían servir. Venga, vamos a mi ropero. A ver cuál le gusta.

Eva Braun y Traudl Junge entraron en el dormitorio. Tardaron un buen rato en salir. Cuando lo hicieron, Traudl Junge llevaba dos o tres de los mejores vestidos de la señorita Braun en su mano. Y encima de ellos, el abrigo de piel de zorro plateado que le regalara el Führer. Durante muchos años, la prenda más importante de su vestidor.

—Mira, Werner, le he regalado a la señora Junge mi abrigo de piel de zorro plateado. ¿A que es fantástico? Ella podrá lucirlo. ¡Si vieras como le queda!

Esas fueron sus palabras, antes de coger una botella de champán y llenar su vaso.

Esa noche, por primera vez, el miedo a morir dentro de aquel búnker se desató entre los presentes. Los sonidos que procedían del exterior habían cambiado. Las paredes ya no se estremecían como consecuencia de los impactos de la artillería de larga distancia. Ni tampoco caía polvo del techo como resultado de los obuses del Ejército Rojo. Esa noche era mucho peor. Esa noche, lo que se escuchaba era el sonido de los combates. El frente oriental había llegado a las mismas puertas de la Cancillería del Reich. Bajo tierra, el miedo y la intranquilidad empezaron a abrirse paso. Cerca de las tres de la mañana, Weidling y Mohnke se acercaron para hablar con el Führer. Nosotros abandonamos la antecámara y salimos al vestíbulo. Ya no

regresaríamos al interior. Förster redobló la vigilancia del búnker, desplegando más efectivos de las SS, que tomaron posiciones junto a las salidas de emergencia. Cuando Mohnke y Weidling salieron, se acercaron a nosotros.

—¿Es tan grave la situación? —preguntó el general Bormann.

—Sí —contestó Weidling de manera cortante—. Muy grave. Estamos intentando contener a los rusos, casi lo habíamos conseguido en la Wilhelmstrasse, pero ahora han abierto otro frente en la Postdamerplatz. No sé por cuánto tiempo podremos aguantar. No lo sé.

Esas palabras aterrorizaron a las secretarias y a la señorita Manziarly. Esta, se dirigió a Günsche y a mí, y nos dijo:

—Esta noche no queremos dormir en el búnker antiguo, nos da miedo. ¿Podríamos dormir aquí, en el vestíbulo?

Otto le contestó que sí, y le dijo que dormiríamos con ellas. Yo me asomé a la antecámara buscando a la señorita Braun, para decirle que, si quería, podía dormir con nosotros. Pero ya no estaba allí. Posiblemente se había ido a su cuarto. No quise molestarla.

También se lo propuse a Liesl, pero esta prefirió ir a su habitación. Mirándome con sus ojos de hielo, el «mirlo blanco» me dijo:

—Duermo con la pistola que usted me dio debajo de la almohada. Yo no tengo miedo a nada, teniente coronel Muntz. Y menos a los rusos.

Otto y yo trasladamos tres colchones al vestíbulo desde una de las habitaciones para invitados. La señora Junge, Dara y la señorita Manziarly durmieron sobre ellos. Otto, el embajador Hewel, Hans Erich Voss y yo lo hicimos en los sillones. Más tarde, se nos unieron los generales Bormann, Burgdorf y Krebs, cuando regresaron de la cantina, borrachos como cubas.

Por momentos, el sonido de los combates aumentó. Hans Erich Voss fue el primero en sacar su pistola y sostenerla en la mano. Después, lo hicimos Otto y yo.

* * *

La mañana del lunes 30 de abril los combates que se libraban en el exterior se escuchaban desde cualquier punto del búnker. Las explosiones eran continuas. A diferencia de otros días, en los aposentos del Führer y en la sala de conferencias se respiraba una gran tranquilidad. Yo me había despertado con un nudo en la boca del estómago que me acompañó durante toda aquella jornada. Como le dijera el día anterior a Liesl cuando vimos lo que sucedió con *Blondi* en los baños, estaba convencido de que esa era la fecha elegida por el Führer para quitarse la vida. No sé cómo explicarlo, esas situaciones hay que vivirlas para poder comprenderlas, pero no era algo parecido a un presentimiento; realmente era una certeza. Y no me equivoqué.

Sucedió después de la comida. El Führer había comido en la antecámara, solo con la señora Junge, Dara y la señorita Manziarly. Eva Braun no los acompañó ese día. En toda la mañana no había salido de su habitación.

Yo había comido con Voss, Högl y Reisser en la cantina. Cuando regresé al búnker del Führer, me encontré a Otto Günsche dando vueltas por el segundo pasillo, cerca de la centralita telefónica. Su rostro estaba desenchajado, se frotaba continuamente las manos. Me acerqué a él y puedo jurar que, antes de preguntarle, ya sabía cuál iba a ser la respuesta.

—¿Qué ha pasado Otto?

Me miró como si no me estuviera viendo. Aún recuerdo aquellos ojos... nunca lo había visto así.

—El Führer me ha ordenado que envíe a Kempka a buscar diez bidones de gasolina. Quiere que los incineremos en el jardín.

Por esperada que fuera esa respuesta, no dejé de sentirla como un relámpago que me partiera en dos. Temía ese momento, lo temía más que nada en este mundo. Así que lo iba a hacer, realmente lo iba a hacer. Estallé, de una forma comedida, sí, pero estallé.

—Es una cobardía, es una traición al Reich y al pueblo alemán. Es una vergüenza, Otto. El hombre que me dijo que estaría dispuesto a morir con un arma en la mano si era necesario, ahora se pega un tiro y se quita de en medio, dejando una nación destruida, derrotada y humillada. Una nación que se ha desangrado por su culpa. Y además, se la lleva a ella.

—No he escuchado nada de lo que has dicho, Werner. Nada. Yo estoy esperando a Kempka. Tiene que dejar los diez bidones en la puerta de la salida de emergencia.

—Voy a hablar con ella, Otto. Voy a intentarlo por última vez.

—No servirá de nada, Werner. No servirá de nada.

Caminé a paso ligero hacia la habitación de la señorita Braun. Al llegar al vestíbulo, todos los allí congregados me miraron, pero yo entré en la antecámara sin ni siquiera corresponderles. Directamente, accedí a la habitación de la señorita Braun. Estaba en su dormitorio, ante su pequeño tocador. Como tantas veces.

—Werner...

Llevaba un pintalabios en sus manos. Se había puesto uno de sus vestidos más elegantes, uno negro con un estampado en el pecho de flores rojas.

—Me he enterado de que no ha comido hoy, señorita... señora Hitler.

—No, no he comido, Werner. Tenía que arreglarme. Tenía que arreglarme de una manera especial.

—¿Para qué, señora Hitler?

—Para mi último viaje, Werner.

Me senté sobre la cama. No, no crean que Eva Braun estaba triste, todo lo contrario. Estaba alegre. Sus ojos brillaban como en las grandes ocasiones, su sonrisa era tan luminosa como en las soleadas mañanas de verano en el Berghof. Se había recogido el pelo. Estaba atractiva, muy atractiva. Les parecerá una locura, pero creo que nunca la había visto tan atractiva como aquel día.

Me quité la gorra y me mesé el cabello. Era una tontería, pero tenía que intentarlo una vez más.

—Ese viaje... si usted quiere no tiene por qué hacerlo.

—No insista. Sabe que la decisión está tomada. La tomé hace mucho tiempo. Mucho antes de conocerle a usted.

—Ayer dos de los edecanes de Krebs abandonaron el búnker. Voss me contó anoche que conocían una ruta que los podía llevar hasta el lago de Wanssee...

—Pues utilícela usted, Werner. Utilice esa ruta, porque tiene que salir de este búnker, tiene que salir de Berlín. Tiene que poner a salvo mi legado. Mi memoria. Como le dije la otra noche, lo he dejado debajo de la cama. Cuando todo termine, recójalo. En el primer cajoncito, donde guardaba mi juego de turmalinas, he dejado la llave que abre el candado.

—Tengo una enorme sensación de fracaso, señora Hitler. Hace muchos años me propuse

protegerla con mi propia vida y ahora...

—Y lo ha hecho, Werner, lo ha hecho todos estos años. Lo ha hecho mucho mejor de lo que se puede imaginar. Pero hay algo de lo que nunca me ha podido proteger. De él. Del Führer. Tiene que aceptarlo, Werner.

—Nunca debimos venir a Berlín. Nunca me lo perdonaré. Fue una equivocación, no debí hacerle caso, y con ayuda del Reichsführer tenía que haberla llevado de vuelta al Obersalzberg. Ahora no estaríamos viviendo esta situación.

—¿Y qué habría cambiado? Usted sabe todo desde hace muchos años. Yo se lo he dicho muchas veces: no viviré ni un minuto más del tiempo que lo haga el Führer. Sin él, mi mundo no tiene sentido. ¿Cree que en el Obersalzberg estaría a salvo? No, en el primer descuido que usted cometiera, yo emprendería este mismo viaje. No tengo miedo, Werner. ¡Míreme, muero feliz! He vivido una gran vida, al lado del hombre más grande que ha conocido la historia. ¡Me he casado con él! Ese era mi gran sueño. Y ahora, moriré a su lado. ¡Qué más puedo pedir!

Guardó silencio y, por primera vez, bajó la mirada.

—Solo hay una cosa que me entristece: que el mundo no me ha podido conocer. Pero ahora lo hará, gracias a usted. Porque sé que usted no me fallará. Me voy de este mundo tranquila por eso. Todos me podían fallar, pero usted no, porque usted nunca lo ha hecho, nunca me ha fallado.

—Le vuelvo a repetir que no le prometo nada, la situación en que nos encontramos es muy complicada...

—Para usted no. Estoy convencida de que sabrá cómo salir de aquí. Después, intente llevar una buena vida, Werner. Usted se lo merece, es joven, tiene toda una vida por delante. Con el paso del tiempo, todo esto quedará atrás, terminará olvidándolo. Algún día, solo será un lejano recuerdo. Sé que vamos a perder la guerra, sin el Führer la lucha ya no tendrá sentido. En ese aspecto pienso como la señora Goebbels, no quiero vivir en el mundo que vendrá después del Führer y del nacionalsocialismo. El futuro sin el Führer será difícil e incierto, pero estoy segura de que usted sabrá salir adelante. Es un hombre de fuertes creencias y firmes convicciones. Y por encima de todo, Werner, es usted una buena persona.

Me levanté. No quería prolongar más aquello. Siempre he odiado las despedidas y esa era una despedida. Una despedida demasiado larga que, como dijo Albert Speer, quizá comenzó el día que descendimos a ese maldito búnker.

—Sé que hoy será un día duro para usted, Werner, sé que hoy sus ojos se cubrirán de lágrimas por mí. Pero en cuanto todo termine, tiene que reponerse. Y por favor, no se castigue. Usted no ha tenido la culpa de nada, ha hecho todo lo posible para que este momento no llegara. Pero no ha podido evitarlo, porque, como siempre dice el Führer, el destino lo ha querido así.

Por un momento, se miró en el espejo. Después empezó a pintarse los labios.

—Tengo que terminar de arreglarme, Werner. Quiero despedirme de Magda.

—Como quiera, señora Hitler.

Di media vuelta y, abatido, caminé hacia la salita de estar. Ella dejó la barra de labios, se giró hacia mí y me dijo:

—Werner...

—Sí, señora Hitler...

—Gracias. Gracias por todo. Especialmente, gracias por haberse preocupado de mí durante estos años.

—Yo solo he cumplido con mi deber, como se me encomendó. No debe darme las gracias por nada.

—No, no siempre ha cumplido con su deber. En ocasiones, hasta sé que lo ha desafiado. Sé que ha tenido que traicionar esas cosas que son tan importantes para usted, como la lealtad, la fidelidad y el cumplimiento de las órdenes. Y lo ha hecho por mí. No me ha engañado nunca, Werner. Como le dije en una ocasión, no soy tan tonta como aparento.

Volvió a mirarse en el espejo. Y sonrió. Una bonita sonrisa que venció a la penumbra de aquella tétrica habitación.

19

CAE EL TELÓN

En el vestíbulo me estaba esperando Otto Günsche. El rictus de su rostro era grave. Y más lo era su tono de voz:

—Busca a las secretarias, Werner. El Führer quiere despedirse de ellas.

Solo acerté a hacerle un gesto afirmativo con la cabeza. Partí hacia el búnker antiguo, un rato antes las había visto en la cantina. Era extraño, pero recuerdo esa tarde con un enorme sentimiento de vacío. Mientras caminaba por los pasillos, percibí que el búnker estaba más silencioso que en otras ocasiones, como si los combates a nuestro alrededor se hubieran detenido. Por supuesto, era solo una ilusión. La batalla por Berlín proseguía con toda su intensidad, pero en ese momento mi mente solo estaba centrada en lo que iba a suceder. Era así. El momento que más temía había llegado.

Las secretarias no estaban en la cantina. Entré en su habitación. Pese a que debían estar acostumbradas, se sobresaltaron al verme aparecer. La señora Junge y Dara estaban sentadas en una de las camas, la señorita Kastrup y Constanze Manziarly, en la otra. Fumaban.

—Señora Christian, señora Junge, señorita Kastrup, señorita Manziarly, deben acompañarme. El Führer quiere despedirse de ustedes.

Sin esperar a ver su reacción, di media vuelta y abandoné la estancia. En ese momento, Liesl Rauch salía al pasillo. Se encendió un cigarrillo. Yo me acerqué a ella.

—Liesl, si quieres despedirte del Führer...

—¿Ya? —me preguntó.

Le hice un gesto afirmativo con la cabeza. Nunca olvidaré sus palabras, mientras tiraba el cigarrillo al suelo y lo apagaba con su zapato:

—Por lo menos ellos dejarán de sufrir.

Acompañado por las cinco mujeres, caminé en dirección a los aposentos del Führer. No hablamos hasta que, al pasar junto a la centralita telefónica, Rochus Misch salió y me dijo:

—Werner...

—Ahora no puedo, Rochus.

No hizo falta decirle nada más. Por la expresión de su rostro comprendí que Rochus había entendido lo que sucedía. Entonces la señorita Manziarly me dijo:

—¿No puede hacer nada, teniente coronel Muntz? Usted mantiene una buena relación con la señora Hitler, podía intentar hablar con ella una vez más, a lo mejor podía convencer al Führer de

que...

Sin detenerme, le contesté:

—Lo he intentado hasta hace un minuto, señorita Manziarly. Llevo intentándolo muchos días. Pero no hay nada que hacer. Ha llegado la hora.

En la antecámara se había organizado una comitiva fúnebre; formados en fila, estaban esperando al Führer. Los presentes eran, por este orden: el general Bormann, el general Krebs, el general Burgdorf, el líder de las Juventudes Hitlerianas, Artur Axmann, Johann Rattenhuber, Joseph y Magda Goebbels, Heinz Linge y Otto Günsche. Yo me situé al lado de este, junto a mí lo hizo la señora Junge y después, Dara, la señorita Kastrop, Liesl Rauch y la señorita Manziarly.

La puerta de la habitación de la señorita Braun se abrió. Adolf Hitler y Eva Braun aparecieron cogidos del brazo. El aspecto de un Führer abatido y derrotado contrastaba con el de Eva Braun. Estaba radiante, sonriente. Feliz. Sí, la conocí muy bien, conocí todos sus estados de ánimo y, llegados a este punto de mi relato, puedo afirmar que Eva Braun estaba feliz. Más feliz que nunca. Llegué a pensar en alguna ocasión que, ante ese momento sin retorno, podría derrumbarse. Confié en que así fuera, y consideré aprovecharlo para pedirle una vez más que desistiera de su actitud. Pero me equivoqué. Eva Braun no me engañó en ningún momento. Acudió feliz al encuentro con la muerte. No había más que mirar su rostro.

El Führer fue el primero que estrechó la mano de Bormann. Después, el general besó la mano de la señorita Braun. Ese fue el protocolo de despedida. Mientras se despedía de todos, uno por uno, sonreía, con esa sonrisa entre ilusionada e infantil que siempre me pareció tan atractiva. El vestido negro con el estampado de flores rojas que eligió para ese adiós a la vida le sentaba muy bien, aún la hacía más delgada y estilizada. Su pelo estaba perfecto, como cuando la peinaban para las grandes ocasiones. Extraño en ella, que siempre procuraba ir conjuntada, había elegido unos zapatos de color claro.

La despedida transcurrió en medio de un aterrador silencio, hasta que el Führer besó la mano de la señora Goebbels. Esta, con voz temblorosa, le dijo:

—*Mein Führer*, por favor, reconsidere su decisión, no puede abandonarnos así...

Escuché como Adolf Hitler le contestaba:

—Lo siento, señora Goebbels. Sé que mañana serán millones los que maldigan mi nombre, pero mi esposa y yo hemos decidido matarnos antes que capitular. Es una decisión compartida.

Solo los llantos de Magda Goebbels pudieron romper el silencio que se había apoderado de ese sarcófago de hormigón.

Mientras el Führer se despedía de Günsche, una ira desconocida, incluso para mí, me devoraba por dentro. En aquel momento, odié a Adolf Hitler más que nunca. Me hubiera gustado decirle allí, delante de todos, todo lo que pensaba sobre él. Aunque me costara morir como a Fegelein, acribillado a balazos en los jardines de la Cancillería. Pero una vez más, bien mi cobardía o bien mi estricto sentido del deber impidieron que lo hiciera.

Cuando Adolf Hitler llegó ante mí, estreché su mano. El Führer dio unos golpecitos en mi hombro y me dijo:

—Gracias por todo, muchacho.

No le pude contestar. Me limité a mirar esos ojos vencidos y hacer un casi inapreciable gesto afirmativo con la cabeza.

Entonces llegó el momento que más temía. Mirar por última vez en mi vida los bonitos ojos

azulados de Eva Braun. Se detuvo delante de mí. Estuvimos mirándonos durante un instante, un instante que me pareció eterno. No, Eva Braun no extendió su mano hacia mí para que la besara. Hizo lo peor que podía hacer, dijo lo peor que podía decir. Aquello que a lo largo de los años tantas, tantas veces me había dicho.

Acarició mi rostro con su suave mano y habló:

—Werner, mi apuesto Werner.

Estuve a punto de echarme a llorar como un niño, allí, delante de todos. Pero me contuve, también en parte gracias a que ella me ayudó, abrazando a la señora Junge y haciendo más corta esa despedida. En mi cabeza quedarán grabadas para siempre las últimas palabras que escuché salir de su boca, dedicadas a Traudl Junge:

—¡Señora Junge, grítele mi nombre al cielo de Baviera!

Antes de que el Führer y la señorita Braun llegaran a la puerta del despacho de Adolf Hitler, Magda Goebbels rompió la formación y abandonó la antecámara envuelta en lágrimas. Yo había clavado mi mirada en la pared, no quería, no podía volver a mirarla. Unos minutos después, escuché cómo se cerraba la puerta del despacho del Führer.

La formación se rompió sin que nadie abriera la boca. Los caballeros se dirigieron a la sala de conferencias, las damas fueron a sentarse a los sillones del vestíbulo. Solo Otto Günsche, Heinz Linge y yo permanecemos en la antecámara. Otto se colocó delante de la puerta. Con su envergadura y la gorra de plato, casi rozaba con el techo de la hendidura de la puerta.

Yo permanecí de pie, apoyando mis manos en el respaldo de una de las sillas. Heinz Linge se sentó.

No puedo precisar cuántos minutos permanecemos allí, soy incapaz de hacerlo. Puede que fueran diez, quizá quince. Durante ese tiempo no hablamos. La mirada de Günsche estaba perdida en algún punto de la antecámara, la de Linge, clavada en sus botas. La mía, ni siquiera lo sé.

Se escuchó un disparo. Yo me estremecí. Otto Günsche cerró los ojos. Heinz Linge se levantó de la silla y dijo:

—Ahora ya, la oscuridad.

Günsche no se movió de la puerta. Yo empecé a dar vueltas por la antecámara, caminando de arriba abajo. En ese momento solo quería que todo terminara. Que todo terminara cuanto antes. Los minutos que transcurrieron hasta que Otto abrió la puerta del despacho, se me hicieron interminables.

Cuando me di cuenta, Otto ya había entrado en la estancia. Solo llegó hasta la mitad. Se dio la vuelta y, sin decirnos nada, salió de la antecámara. Linge y yo no nos movimos de nuestro sitio. Sentí unas ganas terribles de vomitar. Extraje un cigarrillo de mi pitillera y lo encendí. Le ofrecí otro a Linge.

—¿Quiere?

—No, gracias.

—Es para no vomitar —le expliqué.

Linge hizo un gesto comprensivo con su rostro.

Escuchamos cómo en la puerta de la sala de conferencias, Günsche gritaba:

—¡Caballeros, el Führer ha muerto!

El sonido de un tropel de pasos se acercó a nosotros. Günsche entró en la antecámara acompañado por el general Bormann, el ministro Goebbels, Johann Rattenhuber y Erich Kempka.

Otto volvió a detenerse ante la puerta del despacho. Me miró y dijo:

—Vamos.

Entré detrás de Günsche y delante de Linge, Goebbels, Rattenhuber, Bormann y Kempka. El olor a pólvora era insoportable. Recuerdo que avanzábamos muy despacio, como si el Führer y la señorita Braun estuvieran durmiendo y temiéramos despertarlos. El ambiente era neblinoso, una especie de atmósfera tenebrosa envolvía el despacho. La estancia solo estaba iluminada por una lámpara de pantalla de pie que había detrás del sofá. Yo me sentía mareado, muy mareado. Las ganas de vomitar aumentaron. Por un momento pensé que no podría contener el vómito y que tendría que regresar a la antecámara para vaciar allí mi estómago.

Al primero que vi fue al Führer. Estaba sentado en la parte izquierda del sofá, con la cabeza apoyada en el respaldo. Tenía un orificio de bala en la sien derecha, de donde no paraba de manar sangre, sangre que cubría su rostro. Uno de sus brazos estaba apoyado en el sofá, el otro colgaba inerte por fuera del reposabrazos. Un reguero de sangre se había extendido por casi todo el sofá, salpicando también la pared de detrás. Había más sangre en el suelo, un pequeño charco junto a uno de sus pies. Al lado, una Walther de 7, 65 milímetros. Había otra Walther, junto a su pie izquierdo, esta del calibre 6,35. Desconozco con cuál de las dos se había disparado.

Una irrefrenable sensación de pánico me invadió cuando desvié la mirada hacia la parte derecha del sofá. Allí descubrí el cadáver de Eva Braun. Estaba sentada en el sofá, con las piernas encogidas sobre el tresillo. Su cabeza estaba inclinada, la barbilla casi rozaba su pecho. Me acerqué muy poco a poco, con pasos muy cortos. Casi tropecé con sus zapatos claros, que se encontraban en el suelo, sobre la alfombra persa. Uno derecho, otro ladeado. Al acercarme más, pude ver que sus labios estaban muy apretados y que habían adquirido un color violáceo. Sus ojos estaban cerrados.

Miré a Günsche y a Linge. Creo que los tres estábamos sintiendo lo mismo. Su cuerpo desprendía un desagradable olor amargo.

—Es el veneno —dijo el general Bormann.

El propio Bormann se giró hacia el resto de los presentes y dijo:

—Alguien debería traer dos mantas.

—Voy yo —respondió Rattenhuber.

Permanecí inmóvil, sin poder apartar mis ojos del cadáver de la señorita Braun. Günsche puso su mano sobre mi hombro y me dijo:

—Lo siento, Werner, sé que os unía una gran amistad. Sé que era muy importante para ti.

En ese momento las primeras lágrimas resbalaron por mi rostro y fueron a caer al suelo, cerca de uno de sus zapatos. No pude evitarlo y terminé rompiendo a llorar como un niño pequeño. Heinz Linge intentó consolarme; aunque nuestra relación nunca fue buena, agradecí las palabras que me dirigió en ese momento:

—Yo también lo siento, teniente coronel Muntz. Piense que por lo menos ahora todo ha terminado.

Solo pude hacer un gesto de agradecimiento con la cabeza. Me limpié las lágrimas con el puño de la guerrera.

Rattenhuber regresó con las dos mantas de color gris. Colocó una sobre el cuerpo del Führer, y otra sobre el de Eva Braun. Mientras la ponía, le dije:

—Por favor, cubra bien su rostro. No le gustaría que la vieran así.

Rattenhuber me hizo caso y colocó la manta de tal manera que cubrió toda su cabeza.

Bormann y Linge cargaron con el cuerpo del Führer, Linge lo cogió por los pies y Bormann por las axilas. Otto, Kempka y yo continuábamos mirando el cadáver, ahora cubierto, de Eva Braun. Otto me dijo:

—¿Quieres llevarla tú?

—No puedo, Otto. No puedo hacerlo —le respondí.

—Lo haré yo —dijo Kempka.

El chófer del Führer cargó con el cuerpo de Eva Braun. Caminamos detrás de él y abandonamos el despacho. Pero al llegar a la antecámara, se giró hacia nosotros y dijo:

—Los bidones de gasolina, Otto. Los he dejado junto a la puerta de emergencia y están bombardeando los jardines...

—Trae, yo llevaré el cuerpo de la señora Hitler —dijo Günsche—. Tú sube a la puerta y prepáralo todo. Tendremos que hacerlo muy rápido.

Erich le entregó a Otto el cadáver de la señorita Braun. Cuando salimos al vestíbulo, se nos unieron Burgdorf, Krebs y Neumann. No recuerdo que hubiera nadie más en el vestíbulo, pero puedo estar equivocado. Todos nos encaminamos hacia la escalera de hormigón que conducía a la puerta de emergencia.

Subir por aquellas escaleras con los dos cadáveres resultó penoso. Ya allí, se escuchaba el traqueteo de las ametralladoras y las explosiones provocadas por la artillería. Antes de llegar al primer descansillo, Linge y Bormann tuvieron que dejar en el suelo el cadáver de Hitler. Recuerdo que Bormann destapó la manta y miró durante unos segundos el rostro ensangrentado del Führer. Lo volvió a cubrir y continuamos el ascenso.

Ya en la puerta, pude ver como Lindloff, Reisser, Kempka y Schädler estaban vaciando los bidones de gasolina en un cráter provocado por la caída de algún obús, situado a unos pocos metros de la puerta de emergencia, y que había adquirido el tamaño de una fosa. En ese momento, tuvo que ser Otto el que dejara el cuerpo de Eva Braun en la escalera. Uno de sus brazos se descolgó fuera de la manta. Cuando Otto volvió a cargar con ella, le dije:

—Espera un momento, Otto.

Introduje su brazo dentro de la manta. Fue la última vez que rocé su piel.

A partir de ahí, todo se desarrolló muy rápido, porque las explosiones se sucedían ininterrumpidamente a nuestro alrededor. A día de hoy, solo recuerdo de aquel momento como fogonazos, como esas imágenes visibles durante el instante que el *flash* de una cámara fotográfica resplandece en la noche. ¿Saben a lo que me refiero? Luz y oscuridad, a intervalos muy pequeños. Y también recuerdo que los latidos de mi corazón martilleaban mis oídos.

Linge y Bormann salieron corriendo con el cadáver del Führer y lo arrojaron a la fosa. Otto y yo llegamos un poco más tarde. Otto arrojó el cadáver de la señorita Braun, que cayó al lado del de Hitler. Las piernas de Eva Braun, cruzadas, como si se tratara de las piernas de una muñeca rota, quedaron al descubierto. Pero por lo menos su rostro permaneció completamente cubierto por la manta. Teníamos que actuar rápido, el ataque artillero podía reproducirse en cualquier momento. Yo cogí uno de los bidones y ayudé a verter la gasolina sobre los cuerpos. Todavía no habíamos terminado, cuando Heinz Linge ya había encendido un papel. En el momento en que Lindloff y Reisser terminaron con los dos últimos bidones, Linge lo arrojó a la fosa. Grandes llamaradas anaranjadas emergieron de ella. Reisser, Lindloff, Linge, Kempka, Günsche y yo

permanecimos junto a la fosa, a escasos metros de las llamas. Casi las sentíamos en nuestros rostros. Reconozco que no tuve valor para ver cómo ardía el cadáver de Eva Braun.

De la puerta de emergencia salieron Goebbels, Bormann, Burgdorf, Krebs y Axmann que se unieron a nosotros. Creo que fue el ministro Goebbels el primero que levantó el brazo, haciendo el saludo reglamentario. Le seguimos todos. Permanecimos allí en silencio, frente a esas llamas que crepitaban ante nosotros, mientras una columna de humo negro ascendía hacia el grisáceo cielo de Berlín.

En ese momento escuchamos una explosión cercana. Un obús había caído sobre las ruinas de la Vieja Cancillería.

—¡Tenemos que regresar dentro! —advirtió Bormann.

Corrimos hacia la puerta de emergencia. Una vez en el interior, apoyé las dos manos en una de las paredes y vomité. Otto permaneció a mi lado.

—¿Estás bien? —me preguntó.

Le dije que sí con la cabeza, mientras limpiaba mis labios con la manga de la guerrera.

—Venga, vamos para abajo. Ahora todo ha terminado.

Otto se equivocaba. No, todo no había terminado. Para mí todavía quedaba lo peor.

* * *

Mi intención en cuanto regresé al búnker era recoger en el dormitorio de la señorita Braun la caja de música que contenía su legado. Al llegar a la antecámara, comprobé que la puerta del despacho del Führer todavía estaba abierta. Pensé que no había nadie dentro, pero entonces escuché una especie de sollozo. Me acerqué a la puerta. La señora Junge se encontraba en mitad del despacho, mirando el sofá donde Adolf Hitler y Eva Braun se habían quitado la vida. Cubría la boca con su mano y lloraba desconsoladamente.

—¿Señora Junge? ¿Se encuentra bien?

Al verme, salió corriendo del despacho. Pasó a mi lado sin decirme nada, cruzó la antecámara y se perdió en el vestíbulo. Yo me dirigí al dormitorio de la señorita Braun.

Todo estaba como ella lo había dejado. La lámpara de pantalla del tocador estaba encendida y la caja de sus cosméticos, abierta, no había recogido ni la última barra de labios que había utilizado. Miré el esenciero de cristal que había empleado para perfumarse por última vez. En un portarretratos, el rostro de Adolf Hitler y en otro, esa fotografía que nos hicimos en la boda de Gretl y Fegelein, la señorita Braun, Liesl, la señorita Kastrup, el Führer y yo, nuestra «pequeña familia», como a ella le gustaba llamarnos.

Sobre la cama había dos de sus vestidos. En uno de ellos, de color negro, brillaba un broche con esas alas de mariposa que formaban sus iniciales. No pude ni tocarlos. Su olor todavía estaba allí, una de esas exóticas fragancias orientales que usó durante los últimos días. Sentí que regresaban las ganas de vomitar, así que me agaché y recogí la caja de música. Como ella me había indicado, estaba debajo de la cama. Cuando la tuve entre mis manos, pensé darle cuerda y abrirla, pero no lo hice. No quería escuchar esa triste melodía que emergía de la caja. A partir de ese momento, mi único propósito era sacar esa caja del búnker y, a poder ser, de Berlín. En ese, en su último deseo, no quería fallarle.

Cuando llegué al vestíbulo comprobé que la puerta de la sala de reuniones estaba abierta. Eso

era algo que nunca sucedió en vida del Führer. Escuché las voces de Bormann, Burgdorf, Krebs y de Goebbels discutiendo. Fue la primera vez aquella tarde que la palabra «capitulación» llegó a mis oídos.

Yo me encaminé hacia el búnker antiguo, tenía que poner a buen recaudo la caja de música de Eva Braun hasta que pensara en cómo sacarla de allí. Al llegar al segundo pasillo, vi a *Wolf*. El perrito de la señorita Braun vagaba por el pasillo, solo, llorando, emitía un aullido que ponía los pelos de punta. La estaba buscando. El perro entraba en todas las habitaciones y luego salía, sin dejar de emitir ese aullido. Recordé que, al entrar en la habitación de la señorita Braun, había visto la caja de munición de madera donde lo tenía, con una pequeña mantita negra que había colocado para que estuviera más cómodo. El perrito siempre solía estar allí, y me sorprendió que en ese momento la caja estuviera vacía.

Entré en la centralita telefónica buscando a Misch, a lo mejor él sabía qué hacer con el animal. Pero la centralita estaba vacía. Entonces escuché que se abría la puerta acorazada. Y la voz de Fritz Tornow:

—¡*Wolf*, bonito! Ven, ven conmigo, te estaba buscando.

Cuando salí, el pasillo estaba vacío. Era posible que Tornow hubiera llevado al perrito a los baños. Caminé hacia allí y entonces, escuché un disparo. Un disparo que retumbó por todo el búnker.

Fritz Tornow salió de los baños. Se tambaleaba, iba borracho, como siempre durante aquellos días. En una mano llevaba su pistola, en la otra, cogido por el cuello, el cadáver del perrito de Eva Braun.

—Ya he matado a los otros en los jardines. Me faltaba este, no lo encontraba por ningún sitio.

Abrió la puerta acorazada y abandonó el pasillo. Cuando llegué a mi habitación guardé la caja de música de la señorita Braun en un petate de las SS que tenía en mi taquilla. Allí estaba seguro, nadie entraba en las habitaciones, y menos en la que compartíamos Otto Günse y yo. Cerré la puerta, eché el candado como medida de seguridad, y me recosté en ella.

Me fui escurriendo poco a poco, hasta que quedé sentado en el suelo. No podía apartar de mi mente la visión del cadáver de la señorita Braun en el sofá del despacho del Führer. Todavía hoy en día me despierto sobresaltado en mitad de la noche con esa imagen en mi cabeza. Recuerdo que volví a llorar, me invadía una sensación de frustración y de derrota como nunca antes había sentido. Desde ese momento, y pienso que durante el resto de mi vida llevaré conmigo la carga de que a lo mejor podía haber hecho algo más. Bueno, supongo que ese es un sentimiento humano.

Me dormí. Sentado allí, en el suelo de mi habitación, pude estar dormido cinco o seis horas. Cuando desperté, era bien entrada la noche del lunes 30 de abril.

Durante gran parte de esa noche, mientras los cadáveres de Adolf Hitler y Eva Braun aún ardían en los jardines de la Cancillería, muchos de nosotros nos reunimos en la sala de conferencias buscando una forma de salir de ese búnker maldito. Al pasar junto a la centralita telefónica vi a Goebbels, Bormann y Krebs discutiendo. Los generales Krebs y Burgdorf pensaban que, muerto el Führer, había llegado el momento de capitular ante los soviéticos. Pero Goebbels y Bormann se negaban. Cuando pasé junto a ellos, escuché a Goebbels gritar:

—¡De capitular nada! ¡Nada de capitulación! ¡El Führer se negaba a capitular...!

—¡El Führer está muerto, Goebbels! ¿Es que no se ha dado usted cuenta? ¿Es el único que no se ha dado cuenta? —le recriminaba Burgdorf.

Yo me dirigí hacia el vestíbulo y me dejé caer en uno de los sillones. Otto me vio llegar, salió a la puerta de la sala de conferencias y me dijo:

—Ven, Werner. Estamos reunidos.

Me dirigí a la sala de conferencias. Era la primera vez que ponía los pies en esa estancia. Allí estaban, además de Otto, el general Mohnke, Artur Axmann, Linge, Rattenhuber, Neumann y el embajador Hewel.

—Estamos formando grupos para abandonar el búnker.

—¿Y cómo pensáis hacerlo? —pregunté.

Sobre la mesa de conferencias que utilizaba el Führer, habían extendido una docena de mapas de Berlín. Otto se acercó a uno de ellos y me explicó:

—Tú vendrás en nuestro grupo. Mira, hemos pensado que tendremos que llegar aquí, a la estación del suburbano de Kaiser Hof. Avanzaremos utilizando la línea de metro hasta aquí, Stadtmitte. Desde allí, y por los mismos túneles, tendremos que alcanzar la estación de Friedrichstrasse. Pensamos que esa ruta está «limpia».

—¿Y a partir de allí? —pregunté.

—Tendremos que improvisar —contestó Mohnke—. No sabemos a lo que nos enfrentamos. Quizá tengamos que dividirnos, todavía lo estamos discutiendo.

Axmann sirvió café. Estuvimos debatiendo sobre la situación y la organización de los grupos hasta casi las ocho de la mañana. Al final, decidimos formar seis grupos, cada uno de ellos con un responsable al frente. Los elegidos fueron Albrecht, Rattenhuber, Axmann, Neumann, Kempka y Mohnke. Yo fui incluido en este último grupo, pero el problema se planteó enseguida.

Mohnke había pensado incluir en nuestro grupo a Günsche, Voss, el embajador Hewel, Heinrich Doose, la señora Junge, Dara, la señorita Manziarly, la secretaria de Bormann, señorita Krüger, además de un grupo de SS destacado en la Cancillería y yo mismo. Pero yo no estuve de acuerdo. Quería en el grupo a Liesl Rauch y a la señorita Kastrup. Mohnke se negó:

—Demasiadas mujeres, Muntz. La camarera y la otra señorita tendrán que ir en otro grupo.

Yo no estaba dispuesto a aceptarlo. Después de la pérdida de la señorita Braun, Liesl y la señorita Kastrup era todo lo que quedaba de nuestra «pequeña familia» de la Wasserburgerstrasse. No estaba dispuesto a desprenderme de ellas de ninguna manera. Aunque tuviera que montar yo solo un grupo con ellas dos.

Al final Günsche me sacó al vestíbulo para intentar convencerme. Pero yo seguí firme.

—No estoy dispuesto a partir sin ellas, Otto. Además, la camarera está más preparada para combatir que muchos de los hombres que nos van a acompañar.

—¿Cómo?

—Es una larga historia, si salimos de aquí, quizá algún día te la cuente. Pero hazme caso. Es importante que esa chica venga con nosotros.

Fue otro error. Otro error más de los muchos que cometí durante aquellos días. Un error tras otro que terminaría pagando caro.

—Está bien, déjame que hable con Mohnke...

No hizo falta. En ese momento el general se asomó a la puerta.

—Como quiera, Muntz. Si esas mujeres son tan importantes para usted, que vengan en nuestro grupo. Aunque yo sigo pensando que son demasiadas mujeres...

No terminó de hablar. Escuchamos un disparo. Provenía de detrás de la puerta acorazada, de

la salita donde se reunían los chicos del Begleitkommando. Los tres corrimos en esa dirección. Otto desenfundó su arma.

En la puerta de la salita estaban Högl y Reisser. El disparo había salido de la pistola de Franz Schädler. Estaba sentado en uno de los sillones, con el arma en la mano y la cabeza reventada, apoyada en la pared. Sobre ella, un reguero de sangre acompañado de partes de hueso y masa encefálica. Se había pegado un tiro.

—Lo hirieron ayer en la pierna, cuando regresaba del Bendlerblock. Estaba diciendo que sería un estorbo en cualquier grupo que lo incluyeran, que casi no podía caminar. Ha sacado la pistola y se ha pegado un tiro —nos explicó Högl.

Otto Günsche guardó su arma. Mirándonos fijamente, dijo:

—Nos tendremos que acostumbrar a esto. A partir de ahora, cada minuto escucharemos un disparo.

* * *

Durante la mañana del martes 1 de mayo y gran parte de la tarde, estuvimos ultimando los preparativos de la partida. Otto me encomendó que me ocupara de las damas de nuestro grupo; debido a mi misión como jefe de seguridad de Eva Braun, tenía una relación más estrecha con ellas que ningún otro. Cuando cayó la tarde, me dirigí a las taquillas del segundo pasillo y busqué seis uniformes de la Wehrmacht que pudieran ser de sus tallas. No lo tuve fácil. Cogí además seis cascos de acero y otro para mí, y uno de los fusiles que había en la armería. Mi único equipaje serían dos macutos de las SS: uno, donde metí algunos objetos de utilidad, y otro, donde solo llevaba la caja de música de Eva Braun que contenía su legado. Después fui a buscar a las damas y las reuní en la habitación de las secretarías.

Cuando entré en la estancia, les fui entregando una por una el uniforme que había seleccionado, los cascos de acero y unos macutos para que pudieran llevar sus objetos más necesarios. Liesl sonrió al verme.

—¿Por qué sonríes, Liesl? —le pregunté.

—Por usted, teniente coronel Muntz. Nunca le había visto con un casco de acero. Está muy gracioso.

—Pues pónganse cada una el suyo. Y vístanse con el uniforme que les he dado. Yo las esperaré fuera.

Cuando salí al pasillo vi al matrimonio Goebbels. El ministro estaba apoyado en la puerta de la habitación de sus niños. Magda jugaba al solitario con los naipes en una mesita que había en la habitación que se había utilizado para tratar los asuntos de la Luftwaffe. No les dije nada. Paseé nervioso por el pasillo, esperando a las damas. No tardaron mucho. La señora Junge, Dara, la señorita Manziarly, Liesl Rauch, la señorita Krüger y la señorita Kastrup abandonaron la habitación perfectamente equipadas.

—Muy bien, vamos allá. Antes de salir de aquí, Otto les dará las instrucciones de cómo comportarse durante el trayecto hasta la estación del suburbano de Kaiser Hof.

Al pasar delante de la habitación donde se encontraba la señora Goebbels me detuve un instante. Magda levantó la mirada y me sonrió. Tan elegante como siempre, luciendo un bonito vestido blanco, parecía tranquila y relajada.

—Señora Goebbels...

—Teniente coronel Muntz, ¿ya se marchan?

—Sí.

—Que tengan buena suerte, teniente coronel Muntz.

—Igualmente, señora Goebbels.

El ministro seguía delante de la puerta de la habitación de los niños. Nuestra despedida fue muy similar, le estreché la mano y le deseé buena suerte. Él me correspondió. Estaba muy serio, recuerdo que sudaba copiosamente. Proyectaba una imagen radicalmente opuesta a la de su esposa.

Mientras caminábamos hacia el vestíbulo, la señorita Kastrup preguntó:

—¿Y los niños? ¿Dónde estaban los niños? No nos hemos despedido de ellos.

Preocupados por nuestra propia supervivencia, ninguno contestó. La señorita Kastrup había pasado muchas horas de aquellos últimos días en compañía de la señora Goebbels y los niños.

Mucho tiempo más tarde, ya en Moscú, alguien me explicó lo que había sucedido con esos niños mientras yo deambulaba por el pasillo esperando a que las damas se cambiaran. Antes de ponerse a jugar al solitario con los naipes, la señora Goebbels les había proporcionado un potente somnífero que había preparado el doctor Stumpfegger. Poco después de que nuestro grupo abandonara el búnker, entró en la habitación y, uno por uno, introdujo una dosis de ácido prúsico en sus bocas. Ella misma se encargó de cerrar la mandíbula de sus hijos para que se reventara la ampolla que contenía el letal veneno.

De esa manera, el matrimonio Goebbels culminó la infamia que cometió al traer a los niños a ese búnker demoniaco.

En algún momento de la madrugada del 1 al 2 de mayo, Joseph y Magda Goebbels pusieron fin a su miserable existencia pegándose un tiro en los jardines de la Cancillería. Uno de mis compañeros en la prisión de la Lubyanka estuvo presente durante el intento de incineración de sus cadáveres. Él fue quien me lo contó todo. También me explicó que a diferencia de lo sucedido con el Führer y la señorita Braun, sus cuerpos no se consumieron completamente por falta de gasolina.

Mientras esa tragedia se desarrollaba en el búnker antiguo, nosotros permanecimos durante horas en el vestíbulo del búnker del Führer esperando el momento de abandonar aquel repugnante ataúd de hormigón. Tengo el recuerdo de unas horas tensas e interminables, de un silencio ominoso, solo roto por el sonido de los descarnados combates que se libraban en las cercanías de la Cancillería. Mohnke y Otto habían pensado que la mejor forma de salir del búnker sería por la puerta de emergencia que comunicaba con los jardines. A mí me aterraba esa idea, porque eso significaba tener que volver a pasar por delante de la fosa ardiente donde se encontraba el cuerpo calcinado de la señorita Braun. Y sabía que no podría reprimir el deseo de mirar al interior de esa fosa por última vez. Para mi suerte, Peter Högl nos comunicó que salir por allí sería imposible porque el bombardeo artillero se había intensificado en esa zona.

Otto propuso hacerlo por una puerta de emergencia que se encontraba entre los dos búnkeres y comunicaba con un largo túnel que conducía a las despensas de la Nueva Cancillería. Mohnke estuvo de acuerdo. Al fin, poco antes de la medianoche, nos pusimos en marcha.

Mohnke y los soldados de las SS que nos acompañaban se colocaron al frente del grupo. Detrás marchamos Otto Günsche, Hans Erich Vöss y el embajador Hewel; las secretarías, Junge, Krüger y Dara; las señoritas Manziarly y Kastrup, Liesl y yo.

Atravesar ese túnel maloliente e infecto no ocasionó ningún problema, aunque algunos tramos habían quedado muy deteriorados por los bombardeos, y el agua acumulada en el suelo llegaba más arriba de nuestros tobillos. Una vez en las despensas de la Nueva Cancillería nos invadió una falsa sensación de alivio. Todavía no habíamos conseguido nada, pero, al menos, habíamos abandonado para siempre ese búnker tenebroso. Podíamos vivir o morir, pero, al menos, no regresaríamos allí. Creo que en ese momento todos pensamos que cualquiera de las opciones era mejor que permanecer en ese búnker un minuto más.

Lo malo de la sala de las despensas es que las ventanas que daban al exterior de la Nueva Cancillería estaban a una gran altura, porque donde nos encontrábamos era un sótano profundo. Eso podía ser un inconveniente, sobre todo para las damas. Lo solucionamos amontonando un buen número de cajas de madera debajo de una de las ventanas. Tendríamos que trepar, pero dos de nosotros podríamos quedarnos abajo ayudando a las damas a subir; después para nosotros sería más sencillo.

Antes de salir de allí, improvisamos una cena. Otto acudió con unas cuantas velas que había encontrado y, quizá producto de los nervios que padecíamos, nos hartamos de comer las exquisiteces que todavía se conservaban en las despensas. Recuerdo que cené sentado en una caja, entre Liesl y el embajador Hewel. El embajador no hacía nada más que hablar de suicidio.

—Lo que tendríamos que hacer es pegarnos un tiro cada uno, como ha hecho el Führer. Por lo menos de esa manera no terminaríamos en manos de los rusos. Sobre todo, ellas.

Recuerdo que, en una ocasión, la señorita Kastrup le dijo:

—Yo quiero vivir, embajador.

—¿Vivir? ¿Vivir en qué condiciones? ¿Sabe usted lo que hacen los rusos con las mujeres...? —le contestó Hewel.

—¡Ya, embajador, ya! —le hizo callar el general Mohnke—. Basta ya. Deje de hablar y siga comiendo.

Pasadas las dos de la madrugada abandonamos la Nueva Cancillería. Otto Günse y yo fuimos los encargados de ayudar a las damas a subir por entre las cajas para ganar la ventana. Tuvimos problemas con algunas de ellas, pero lo hicieron francamente bien. Especialmente Liesl; ella ascendió por aquella maraña de cajas como si se tratara de un gato. Liesl Rauch había recibido formación militar en la escuela «especial» de Köslin.

Yo fui el último miembro de nuestro grupo en salir por la ventana y abandonar la Nueva Cancillería. A partir de ahí, nuestro objetivo era llegar sanos y salvos a la boca del suburbano de Kaiser Hof. Los traqueteos de las ametralladoras y las explosiones fueron constantes durante aquel largo trayecto, que hicimos en fila india, agachados, casi tocando con nuestros estómagos en las piernas. Las grandes columnas de humo que nos rodeaban por todas partes imposibilitaban nuestro recorrido; ya en la Wilhelmstrasse, ese humo provocó que perdiéramos de vista nuestro objetivo. Durante aquel peligroso camino, *Dara* y la señorita Manziarly cayeron al suelo, la dietista del Führer en dos ocasiones. Tuvimos que detenernos para recogerlas, pero afortunadamente no sufrieron ningún daño.

El general Mohnke nos alertó, levantando el fusil con su mano izquierda, de que el objetivo estaba cerca. Recuerdo que la entrada al suburbano estaba ametrallada, igual que la leyenda, en letras góticas, escrita sobre la boca de entrada:

KAISER HOF

Sentimos una gran satisfacción cuando pudimos leer ese nombre. El tramo más peligroso de nuestra huida, el único al aire libre, había concluido, porque a partir de allí pensábamos utilizar los túneles del suburbano para llegar hasta la estación de Friedrichstrasse.

Claro, que ninguno de nosotros podía imaginar lo que nos íbamos a encontrar en esos túneles.

* * *

¿Alguno de ustedes ha imaginado en alguna ocasión cómo es el infierno? Yo les puedo contar cómo es el infierno. El infierno es lo que nos encontramos ya en las mismas escaleras que conducían a la estación suburbana de Kaiser Hof. Centenares de civiles, hombres, ancianos, mujeres y niños se hacinaban en las escaleras y los andenes del suburbano. Muchos de ellos estaban heridos, algunos agonizaban moribundos, amparados por el calor de los suyos. Todos se veían hambrientos, cansados y muy asustados. Llevaban días sin comer y sin dormir, huyendo del Ejército Rojo, de los bombardeos y de los combates. El rasgo común era su apariencia: sucios, desaliñados, alguno que otro con aspecto desnutrido. Ya mientras descendíamos por las escaleras se hizo el silencio entre nosotros. Ninguno hablábamos, nos limitábamos a mirarlos sorprendidos, y ellos nos devolvían miradas atemorizadas y cercanas a la desesperación.

Quizá en aquel momento fui realmente consciente de quién era, de quiénes éramos, de quiénes habíamos sido durante todos aquellos años. Lo comprendí mirando los ojos de esa inmensa legión de condenados. Nosotros, los que caminábamos entre ellos, éramos el Estado Mayor del Führer; habíamos formado parte del círculo interno del hombre más poderoso de Alemania, habíamos sido miembros de su «corte de la montaña», sus colaboradores más cercanos en la lujosa Cancillería del Reich, los habitantes privilegiados de su búnker en las entrañas de Berlín. En ese momento comprendí que nosotros no habíamos sufrido nada durante aquellos días, protegidos en aquel ataúd de hormigón que tanto detestábamos. Eran ellos, los civiles, indefensos y a la intemperie, los que realmente habían sufrido no solo esos días, sino desde que comenzó la guerra. Ellos eran los que morían bajo las bombas, los que morían de frío cuando sus viviendas eran destruidas, los que morían de hambre desde hacía años, cuando por motivo de la guerra se impusieron las cartillas de racionamiento. Mientras tanto, nosotros descorchábamos botellas y más botellas de champán y de aguardiente, comíamos manjares que ellos no podían ni soñar y disfrutábamos con las perversiones más inimaginables. Aquel fue un despertar para nosotros, el despertar a una guerra que, en nuestro caso, se había limitado a la visión de las reacciones del Führer después de las conferencias militares.

No solo había civiles en aquella estación, también había soldados. La mayoría heridos, algunos agonizantes, cubiertos por mantas sucias y vendas que daban la impresión de llevar horas sin ser cambiadas. El hedor, un desagradable olor a podredumbre y enfermedad, se convertía en insoportable cuanto más avanzábamos. Pudimos ver que se habían habilitado quirófanos improvisados en los vagones abandonados del suburbano. Jóvenes enfermeras con aspecto de no haber descansado durante días y médicos con batas que debieron de ser blancas y que ahora la sangre había convertido en rojas se afanaban por curar heridas imposibles con los pocos medios de que disponían. Allí ya no se operaba, allí se amputaba. Pude ver a un médico serrando la pierna de un joven de las Juventudes Hitlerianas a la altura de la rodilla, serrucho en mano, y a enfermeras trasladando cubos repletos de manos y brazos amputados.

La reacción de los jóvenes soldados al vernos caminar entre ellos en fila india era sorprendente. Estuvieran en el estado en el que se estuvieran, se incorporaban y hacían a nuestro paso el saludo reglamentario. Lo hacían incluso ante las secretarias, la camarera o la dietista del Führer. Contemplaban nuestros uniformes de oficiales y pensaban que ellas debían de ser distinguidas señoritas. Llegué a ver a un comandante que, al ver a la señora Junge, se cuadró ante ella y gritó:

—*Heil Hitler!*

Sentí mucha lástima por ellos, y el odio y el asco hacia la figura de Hitler todavía creció más en mi interior. Todos desconocían que su «amado Führer» se había suicidado hacía horas, abandonándolos a su suerte y, de paso, llevándose con él a una joven de treinta y tres años cuyo único delito había consistido en amarle, algo que dudo que él hiciera alguna vez en su vida con ningún ser humano.

Mohnke dijo que nos detendríamos durante un momento. El gentío que abarrotaba ese lugar, caminando sin sentido de un lado para otro, era inmenso, y corríamos el riesgo de que alguno de nosotros pudiera quedar atrás. Dejamos los petates en el suelo y nos sentamos sobre unas cajas de munición abandonadas. Mohnke me llamó, estaba sentado junto a Otto Günsche y Hans Erich Voss, porque tenía la intención de trazar un plan para poder salir todos juntos de allí. Me levanté y caminé en su dirección. Ese fue mi peor error. El peor de toda una cadena de errores que cometí durante aquellos días. Me detuve cuando vi que las secretarias y la señorita Manziarly se levantaban y, mirándome sorprendidas, señalaban detrás de mí. Al darme la vuelta la vi.

Liesl Rauch huía a la carrera con un petate a su espalda. Miré hacia la caja de munición donde me había sentado. Había dejado apoyados allí mis dos petates. Faltaba uno. Sin embargo, el de Liesl Rauch estaba abandonado, apoyado en la caja que le había servido de asiento. Entonces lo comprendí. Liesl Rauch huía con el petate que contenía la caja de música de Eva Braun. La caja de música donde se escondía su legado.

—¡Liesl! ¡Liesl! ¡Vuelve aquí!

Se giró, me miró fugazmente y siguió corriendo, escabulléndose entre el gentío. No podía perder más tiempo, tenía que darle alcance. Le entregué el fusil a Otto, que me miró sorprendido, sin saber qué sucedía. Desenfundé la Walther de mi cartuchera y, con ella en la mano, me lancé a la búsqueda de Liesl Rauch.

Abriéndome paso entre la gente a empujones, avancé en dirección a las vías del suburbano. Muchos se apartaban atemorizados al ver la pistola en mi mano. Conseguí verla de manera fugaz, corría en dirección al oscuro túnel que conducía a la estación de Stadtmitte.

Corrí tras ella, estaba seguro de que podría darle alcance. En ese momento muchas cosas pasaron por mi cabeza. Me la había jugado, nunca, nunca debí confiar en ella. Era una chica del Reichsführer Himmler, siempre lo fue. En los últimos días en el búnker, llegué a verla solo como la camarera de Eva Braun. Pero no, ella era un «mirlo blanco», nunca, ni un solo segundo de su vida dejó de serlo. Esa era su naturaleza. No tenía ni idea de cómo había podido descubrir lo que yo llevaba en ese petate. Nadie lo sabía, ni siquiera Otto. Pero claro, ella era un «mirlo blanco». Su forma de operar y de entender las cosas estaba muy lejos de lo que yo conocía acerca de ella.

Me adentré en el oscuro túnel. Liesl corría sola, cada vez un poco menos lejos de mí. Zancada a zancada, le estaba dando alcance.

De repente, Liesl desapareció. De repente, era yo solo el que corría por el interior de aquel oscuro túnel. Me detuve, puse las manos sobre mis rodillas y me agaché, intentando tomar aire.

Continué corriendo, tenía que estar en algún sitio, tenía que haberse escondido en algún lado.

Pronto lo descubrí. En una de las paredes del túnel, había una enmohecida escalera, una barandilla de hierro oxidada sujeta a la pared y, en lo alto, una puerta abierta. Entraba luz, luz de día. Estaba amaneciendo.

Liesl lo había hecho, había salido al exterior. En su inconsciencia, había salido a la superficie abandonando la seguridad de los túneles, a una superficie que podía estar controlada por los soldados soviéticos. Si no daba con ella, el legado de la señorita Braun se perdería para siempre. Nunca en mi vida me lo podría perdonar. Sin importarme lo que hubiese allí fuera, subí las escaleras para intentar darle alcance.

Al llegar junto a la puerta, cogí mi arma con las dos manos, en posición de ataque. Salí apuntando con la Walther en todas las direcciones.

Lo que apareció ante mis ojos era una imagen que solo podría haber salido de la cabeza de Dante. Ruinas, ruinas y más ruinas. Una enorme escombrera, montañas de escombros y más montañas de escombros. En su día, ese lugar fue el centro de Berlín. Ahora, solo la expresión más absoluta de la destrucción. Y de Liesl Rauch no había ni rastro.

Más allá de los escombros se escuchaba el clamor de los combates y voces aisladas que llegaban hasta mí distorsionadas por el eco. No podía distinguir si hablaban en alemán o en ruso.

Todo sucedió muy rápido. Sentí que alguien o algo pesado caía trás de mí. Cuando intenté darme la vuelta, un arma apuntaba a mi espalda. Y una voz me dijo:

—Se terminó, *liebchen*. Todo se ha terminado. Arroja el arma.

No sé cómo lo hizo, no sé cómo pudo esconderse entre esos enormes montones de escombros sin que yo la viera. Pero sí sabía que no me quedaba alternativa, si quería recuperar la caja de música de Eva Braun tenía que ser más listo que ella, actuar con cautela. Hablar y esperar mi momento para actuar. Arrojé la pistola a los escombros.

Primer error, Liesl me apuntaba con la pistola que le conseguí para que enseñara a disparar a las damas. Nunca tendría que haberlo hecho.

—¿Qué estás haciendo, Liesl? ¿Se puede saber qué demonios estás haciendo?

—Cumplir con mi deber, teniente coronel Muntz. Cumplir con mi deber hasta el final. Lo que usted tenía que haber hecho. Lo que dejó de hacer hace mucho tiempo. Ahora arrodílese y ponga las manos detrás de la nuca.

Lo hice. Ella caminó rodeándome hasta situarse delante de mí. En una mano llevaba la Walther, en la otra, la caja de música de Eva Braun. No había rastro de mi petate.

—¿Cuándo lo descubriste? —le pregunté.

—El día que ayudé a la señorita Braun a empaquetar sus joyas para enviarlas al Obersalzberg. Esa mujer no era muy cuidadosa que digamos. Cuando sacó esta caja de música, extrajo del primer cajón un juego de turmalinas. Me dijo que eran muy importantes para ella, que quería que el doctor Morell se las entregara personalmente a su madre. Salió de su habitación para buscarlo y dárselas en persona. Y dejó la caja de música encima de la cama. Yo vi ese segundo cajoncito, cerrado con un candado. En alguna ocasión la había sorprendido guardando una pequeña llave en el interior de un camafeo. Lo busqué, encontré la llave y abrí el cajón. Entonces los vi, esos pequeños fajos de papeles azules. Y leí alguno, sí, teniente coronel Muntz, los leí. Intenté ponerme en contacto con el Reichsführer Himmler, pero no pude conseguirlo. Pero eso no importaba, sabía lo que el Reichsführer me habría ordenado de haber conocido el contenido de esos papeles...

Segundo error. Fui yo quien la buscó para que ayudara a la señorita Braun a recoger sus joyas. Otra equivocación más.

—Era su legado, Liesl. Era su testimonio de vida, lo que ella sentía, lo que ella pensaba, lo que había vivido junto al Führer...

—¿Cómo? Pero ¿usted ha leído esos papeles? ¿Sabe lo que esa mujer escribió en ellos?

—No, Liesl, yo no me dedico a husmear en lo que no es mío...

—Lo que esa mujer escribió en esos papeles solo tiene un nombre, teniente coronel Muntz: ignominia. No dejaré, no permitiré que el honor y la dignidad de nuestro Führer sean manchados por las sucias palabras de esa sucia mujer. ¡No lo permitiré! ¡Porque el Reichsführer me habría ordenado que no lo permitiera!

Se había levantado un viento extraño. Liesl se había quitado el casco de acero y se había soltado el pelo. Su bonita melena castaña tapaba en ocasiones su rostro. El sonido de los combates se escuchaba más cerca. Y las voces también.

—¿Cómo sabías que lo tenía yo?

—¿Y quién podía tenerlo? Usted ha sido el cómplice de esa mujer durante todos estos años. Además, para qué iba a llevar un petate con un único objeto en su interior.

—Liesl, escúchame, la guerra se ha perdido. El Führer está muerto. Yo vi su cadáver, yo ayudé a incinerarlo. Esto ya no tiene ningún sentido. Nada tiene ya ningún sentido.

—No lo tendrá para usted. Pero lo tiene para mí. Y lo tendría para el Reichsführer. Usted quiere proteger la memoria de esa vulgar mujer, yo quiero proteger la memoria del Führer. Tengo que hacerlo por el que tiene que venir.

—Liesl, los rusos se acercan, tenemos que regresar a los túneles. Podemos solucionar esto. Entrégame la caja. Saldremos de Berlín, yo sé dónde se encuentra el Reichsführer, te llevaré junto a él. Pero déjame que yo le enseñe el contenido de esa caja. Él decidirá...

El dolor fue insoportable. La bala destrozó por completo mi rodilla. Liesl disparó primero sobre mi rodilla izquierda, después, dejó la caja de música en el suelo. Y volvió a disparar, disparó dos veces sobre la caja. Mientras me llevaba la mano al agujero que la bala había provocado en mi pierna, por donde no dejaba de manar la sangre, Liesl Rauch cogió en sus manos la caja destrozada y sacó la pequeña llave que había en el primer cajón. Con ella abrió el candado.

—¡Liesl, por favor! ¡Liesl, no lo hagas! ¡No lo hagas!

Intenté incorporarme, pero me resultó imposible. Intenté arrastrarme hacia ella, pero tampoco lo conseguí, mi pierna estaba totalmente inmóvil.

Liesl extrajo los manojos de papeles azules de la señorita Braun y los dejó volar. Los pequeños papelititos azules volaron en todas direcciones, arrastrados por el viento. La gran mayoría de ellos fueron a parar a las montañas de escombros que nos rodeaban. El diario secreto, la memoria de la señorita Braun, su legado, se había perdido delante de mí, mientras yo intentaba contener el chorro de sangre que manaba de mi rodilla y Liesl Rauch sonreía satisfecha. El «mirlo blanco» había cumplido su misión y, de paso, había destruido mi vida.

Volví a apuntarme con la pistola, ahora, a mi pierna derecha.

—Tendría que matarle aquí mismo, teniente coronel Muntz, tendría que matarle por todo lo que ha hecho durante todos estos años. La gente como usted se merece morir así, entre los escombros. Pero no lo haré. No lo haré porque le amo. Le amo desde hace mucho tiempo. Desde la primera

vez que le vi. En parte, esto va a terminar así porque me ha vencido. Sí, usted siempre podrá decir que venció a un mirlo blanco.

Desvió su mirada hacia los escombros. Hacia los papelitos azules de Eva Braun que continuaban revoloteando a nuestro alrededor.

—Ahora mi trabajo ha concluido. Ahora sí que puedo decir que he cumplido con el compromiso adquirido. Ahora ya me puedo marchar, teniente coronel Muntz.

Con un movimiento rápido, dejó de apuntar a mi rodilla y colocó la Walther debajo de su mentón. Una sonrisa se dibujó en su boca, dos lágrimas afloraron de sus ojos de hielo y resbalaron por su rostro.

—Adiós, Werner Muntz.

—¡Liesl! ¡No, Liesl, no lo hagas! ¡Liesl!

Miró por última vez al cielo del amanecer, cerró los ojos y dijo esas malditas palabras que nunca podré olvidar:

—Te quiero. *Heil* Hitler!

Disparó. Una pequeña nubecilla de sangre brotó de su cabeza. Cayó al suelo con los brazos extendidos. La pistola resbaló de su mano.

—¡Liesl, no! ¡Liesl! ¡Noooo!

Arrastrándome, intenté acercarme a su cuerpo. Pero no me dio tiempo de llegar. Entre los escombros vi emerger a un soldado ruso, que me encañonó con su fusil. Y luego a otro. Y a otro. Y a otro más.

No, no crean que intenté oponer ningún tipo de resistencia. No lo hice. Me daban igual los soldados rusos. Todo me daba igual. No me importaba que me mataran. Porque yo ya estaba muerto. En muy pocas horas, lo había perdido todo. Había perdido a Eva Braun, a la mujer a la que prometí proteger con mi propia vida y a la que no conseguí arrebatarse de los brazos de la muerte. En ese momento, ella era solo un cadáver calcinado en el interior de una fosa. Había perdido su legado, el que le prometí que pondría a salvo. Y había perdido a la mujer que amaba. Porque solo entonces, cuando la vi morir delante de mis ojos, fui consciente de que estaba locamente enamorado de Liesl Rauch. Ahora sé que lo estuve siempre, desde la primera vez que la vi en la casa de la Wasserburgerstrasse. Todos aquellos años había vivido engañándome, haciéndome creer que ella era solo una distracción sexual, un divertimento ocasional, el resultado de una atracción a la que no le encontraba explicación. No, estaba equivocado. Recuerdo que la señorita Braun me dijo en una ocasión que yo no sabía lo que era estar enamorado. Eva Braun también se equivocó. Sí, sí que sabía lo que era estar enamorado, solo que no sabía reconocer ese sentimiento. Desde que era un niño me habían enseñado el significado de palabras como deber, fidelidad o lealtad, pero nadie me había enseñado el significado de la palabra amor. Y yo no había sabido reconocer ese sentimiento. No hasta que la perdí.

Los soldados rusos me encañonaron, haciéndome preguntas en un idioma que no entendía. Uno de ellos le dio una patada al cadáver de Liesl, para comprobar que estaba muerta. En ese momento no tenía miedo, me daba igual que me mataran allí mismo. Porque, como he dicho antes, ya estaba muerto. Yo ya no podría volver a vivir. Vencido y derrotado, no podía apartar la mirada del cadáver de Liesl Rauch. ¿Alguien puede explicarme para qué quería vivir si no podía volver a acariciar su suave piel durante el resto de mi vida? ¿Si no podía tocar su bonito cabello castaño? ¿Si no podía volver a mirar esos crueles ojos de hielo? Liesl también se equivocó. No fui yo quien la venció, fue ella quien me venció a mí. El mirlo blanco me derrotó al morir, sumergiéndome

el resto de mi vida en un oscuro pozo del que sé que nunca podré escapar. Nadie sabe lo que es amar a un mirlo blanco y perderlo para siempre.

Uno de los soldados preparó su pistola para descerrajarme un tiro en la cabeza. Pero otro, de mayor rango, lo frenó. Señaló con la boquilla de su fusil los galones de mi uniforme. Y las siglas de las mangas de mi guerrera, que me identificaban como un miembro del Estado Mayor del Führer. Supongo que para ellos yo era más valioso vivo que muerto.

Esta es mi historia. Una historia que comenzó en aquel tren que me trasladaba de Berlín a Múnich una lejana noche de 1934 y que terminaba allí, durante la noche más larga y oscura del Reich alemán, rodeado de soldados rusos que apuntaban con sus fusiles a mi cabeza, de papelitos azules que revoloteaban a nuestro alrededor y del cuerpo inerte de Liesl Rauch.

El resto, hasta llegar aquí, lo saben ustedes mejor que yo. Consiguieron curarme la herida de la rodilla, aunque, no se lo tomen a mal, sus médicos no eran muy buenos y me han dejado esta cojera que me acompañará para siempre. Después pasé más de dos meses en un campo de prisioneros cerca de Pankow. Y más tarde, un buen día, junto a otros muchos, me trajeron a Moscú.

Ahora ya les he contado todo. Todo lo que viví durante aquellos años como jefe de la seguridad personal de la amante de Adolf Hitler. Como ustedes deseaban, les he contado todo lo que sé de Eva Braun. El resto, aquello a lo que no tuve acceso, sus sentimientos y sus vivencias más íntimas con el Führer, se perdió para siempre delante de mis ojos.

Se perdió para siempre entre las ruinas de Berlín.

Werner Muntz fue condenado por las autoridades soviéticas a veinte años de trabajos forzados, de los que cumplió la mitad en un campo de prisioneros cercano a la ciudad de Minsk.

En 1956, después de los acuerdos firmados por el canciller alemán Konrad Adenauer y su homólogo soviético Nikita Krushev, fue liberado y, junto con otros centenares de prisioneros de guerra, enviado a la República Federal Alemana.

Werner Muntz llegó a Fráncfort del Mainz en los primeros días de mayo de 1956. Se sabe que, con el poco dinero que el gobierno alemán puso a su disposición, compró un billete de tren con destino a Múnich.

Una vez en Múnich, su rastro se perdió para siempre.

* * *

Después de ser encontrados en los jardines de la Cancillería por el ejército soviético, los restos de Adolf Hitler y Eva Braun fueron enterrados en un bosque cercano a la ciudad de Rathenow.

El 21 de febrero de 1946, se trasladaron a un cuartel del NKVD situado en el número 36 de la Westendstrasse, en la ciudad de Magdeburgo (República Democrática Alemana).

En 1970, el jefe del KGB, Yuri Andrópov, ordenó su exhumación definitiva y su destrucción completa por incineración, acto que tuvo lugar el 4 de abril de ese mismo año en las afueras de la ciudad de Schönbeek. Las cenizas de los restos de Adolf Hitler y Eva Braun fueron arrojadas al río Biederitz.

Algunas partes del cráneo, la mandíbula y los dientes de Adolf Hitler y Eva Braun fueron enviados a Moscú para integrar el archivo del KGB (hoy, FSB) en el Ministerio de Seguridad del

Estado.

NOTA DEL AUTOR

Escribí *La rosa y la esvástica* entre septiembre de 2018 y abril de 2019, pero el proceso de documentación y de elaboración de esta novela comenzó en el otoño de 2013. Han sido casi siete años de trabajo, tiempo en el que he tenido la suerte de publicar otras dos novelas.

Sabía que intentar escribir la primera y única biografía novelada de Eva Braun era un proyecto muy ambicioso y difícil de culminar. De hecho, en varias ocasiones llegué a pensar en dejarlo, ante la cantidad de información que estaba acumulando y la dificultad de plasmarlo todo en el papel. Afortunadamente, no lo hice, y poco tiempo después retomé el proyecto. No sé si la novela habrá sido de su agrado o no, pero yo al menos he tenido la satisfacción de ganarle el pulso a un fantasma del pasado fuerte y poderoso.

Después de leer y estudiar todos aquellos textos historiográficos que, desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta nuestros días, se han escrito sobre la figura de la amante de Adolf Hitler, llegué a la conclusión de que este personaje había cabalgado entre la realidad y la leyenda, hasta tal punto que, al final, era muy difícil disociar lo uno de lo otro. Ese fue mi primer trabajo. Pero, además, pensé que debía encontrar una fórmula para que estos dos aspectos pudieran convivir en la novela.

De esta manera, decidí escribir una biografía novelada de Eva Braun donde poder presentarla de la forma más real posible, basándome solo en los datos proporcionados sobre su persona por aquellos que la conocieron y que convivieron con ella, los testigos oculares de su historia, personas que escribieron durante los años posteriores a la caída del Tercer Reich libros autobiográficos en los que contaban sus experiencias y opiniones sobre Eva Braun, testigos de su vida y de su muerte, y de los que hablaré con detenimiento más adelante.

Por otro lado, pensé que también sería interesante para el lector crear una trama paralela en la que introducir todas aquellas leyendas que han rodeado su figura, desde la operación puesta en marcha por Heinrich Himmler para acabar con su vida en caso de que su existencia fuera revelada al pueblo alemán, hasta los misteriosos «papeles azules», ese diario perdido del que tanto se ha hablado durante años entre el círculo de expertos del nacionalsocialismo. Fue así como surgieron los personajes de Werner Muntz y Liesl Rauch, los únicos no reales de esta novela.

Como he dicho al principio, comencé por leer todos aquellos textos historiográficos que se habían escrito sobre la figura de Eva Braun a lo largo de los años; visioné horas y horas de material filmico y fotográfico (alguno de colecciones privadas inéditas) para, entre otras cosas, poder ambientar la novela. Y después me sumergí en el estudio detallado de los libros de aquellas

personas que fueron testigos de su vida y de su muerte. Esto se acabó convirtiendo en el «corpus» principal para la elaboración de la novela. Me gustaría citarlos aquí, tanto a ellos como a sus libros, para que el lector pueda conocer cuáles son las fuentes en las que me he apoyado para escribir la biografía de Eva Braun y del círculo interno que rodeó a Adolf Hitler.

Casi todos ellos aparecen en la novela, y algunos son personajes de especial relevancia, como por ejemplo Albert Speer, seguramente una de las personas que mejor conocieron a Eva Braun, del que pude sacar valiosa información en sus libros *Eine Biographie* y *Die unbeantwortbaren Fragen*, escritos en colaboración con el prestigioso historiador alemán Joachim Fest. El libro *Hitler wie ich ihn sah*, de Heinrich Hoffmann, el fotógrafo de Hitler, me resultó de especial valor, porque él fue testigo directo del inicio de la relación entre Hitler y Eva Braun. De la misma manera, los libros *Die Letzten Tage mit Adolf Hitler* y *Ich habe Adolf Hitler verbrannt* del chófer de Hitler, Erich Kempka, y *Mit mächtigen zwischen Himmel und Erde*, de su piloto, Hans Baur, me revelaron importantes datos sobre los aspectos más privados de la vida de la amante de Hitler, también abordados en las autobiografías de dos de sus secretarías, Christa Schroeder y Traudl Junge: *Er war mein Chef* y *Bis zur letzten Stunde*, respectivamente. Muy valioso fue el relato sobre la relación que mantuvo con Eva Braun una de sus mejores amigas, Henriette von Schirach, recogido en su libro *Der Preis der Herrlichkeit*; igualmente, las reflexiones sobre la relación de Hitler y Eva Braun de Emmy Göring en *Am der Seite meines Mannes* y las transcripciones de la declaración ante el tribunal de «desnazificación» estadounidense de Marion Schönmann y Herta Schneider. Para recrear el funcionamiento del servicio doméstico del Berghof y de la seguridad del recinto, me apoyé en los libros de Anna Plaim, sirvienta, *Bei Hitlers: zimmermädchen Annas Erinnerungen*, y de Bernhard Frank, jefe de seguridad, *Obersalzberg im Mittelpunkt des Weltgeschehens: Eva Braun, Adolf Hitler und das bremmende Berlin*. Obtuve datos relevantes sobre el comportamiento de Adolf Hitler en la intimidad y la relación con sus colaboradores en las obras de dos de sus más destacados enlaces, *Im Hitler Schatten*, de Julius Schaub, y *Als Hitler Adjutant*, de Nikolaus von Below. Recrear los últimos días en el búnker de la Cancillería del Reich fue especialmente costoso, e hilvanar todas las situaciones allí vividas me llevó más de un año de trabajo. Aparte de otros muchos textos consultados y ya citados con anterioridad, fueron muy importantes títulos como *Mit Hitler im Bunker* y *Die Letzten Tage der Reichskanzley*, de los edecanes Freytag von Loringhoven y Gerhard Boldt, así como *Fliegen mein Leben*, de la piloto Hanna Reitsch.

Con todo, quizá la fuente más importante y fiable para poder poner en marcha esta novela ha venido de las declaraciones ante el NKVD soviético de dos de los más estrechos colaboradores de Adolf Hitler: su mayordomo, Heinz Linge, y su ayudante personal, Otto Günsche. Ellos fueron dos de los principales testigos de la relación de Hitler y Eva Braun, y del proceso de encubrimiento de la amante del líder nazi. Estas declaraciones, obtenidas en el marco de la elaboración del *Acta número 462* para Josef Stalin, fueron recogidas por Henrik Eberle y Matthias Uhl, editores, en un impresionante documento histórico que lleva por título *Das Buch Hitler*.

La elaboración del *Acta número 462* me da pie a hablar de la otra parte de la novela, la que incluye aquellas leyendas que han rodeado la vida de Eva Braun. Fue en este marco, el de los interrogatorios de los principales prisioneros nazis en manos de las autoridades soviéticas por parte del NKVD, en el que quise introducir el personaje de Werner Muntz. Muntz se convertiría en los ojos que me permitirían trasladar al lector la historia de Eva Braun. Para crear este personaje, estudié durante meses todos los documentos que me fue posible sobre el Leibstandarte SS Adolf

Hitler y el Begleitkommando des Führers: sus miembros, sus métodos y su manera de operar como comando de protección del líder alemán. En este aspecto me fue muy valioso el libro de Rochus Misch *Der letzte Zeuge*, en el que Misch destapa cómo era el día a día de un agente de la seguridad personal del líder nazi. De esta manera, para poder narrar la historia, convertí a Werner Muntz en jefe de la seguridad personal de Eva Braun. Si el lector se pregunta si este cargo existió realmente, la respuesta es sí; si el lector se pregunta quién ocupó ese cargo, la respuesta es que no he llegado a saberlo con exactitud. Después de analizar la vida de muchos de los principales miembros del Begleitkommando, he podido concluir que los nombres más posibles son los de Edvald Lindloff y Hans Reisser. Ambos estuvieron en el entorno de la seguridad de Eva Braun desde que Hitler formalizó la relación con su amante y la «instaló» en la casa de la Wasserburgerstrasse de Múnich, y ambos estuvieron presentes en la quema de los cadáveres en los jardines de la Cancillería del Reich la tarde del 30 de abril de 1945. A Lindloff, en concreto, se le puede ver muy cerca de Eva Braun en muchas de las fotografías y filmaciones que se realizaron en el Berghof durante aquellos años. Que Lindloff pereciera durante los días finales del hundimiento del régimen nazi y que la pista de Reisser se perdiera en 1955, cuando regresó a la entonces República Federal Alemana después de pasar diez años en un campo de prisioneros soviético, han impedido conocer con seguridad cuál de los dos asumió la misión de velar por la seguridad personal de Eva Braun, determinar cuál de los dos fue el Werner Muntz real.

Para crear el personaje de la camarera de Eva Braun, Liesl Rauch, me he basado, por lo que respecta a su nombre, en su verdadera doncella, Liesl Osterholz. La auténtica camarera de Eva Braun fue un personaje misterioso, del que se desconoce incluso el lugar y año de nacimiento. Solo se sabe que estuvo junto a Eva Braun desde 1934 hasta las últimas horas en el búnker, y que después pereció en uno de los grupos que intentaron abandonar la Cancillería, posiblemente el que fue abatido junto al puente de Weidendamm y en el que también perdió la vida Edvald Lindloff. Ese halo de misterio que envolvió la figura de la auténtica camarera de Eva Braun me ayudó mucho para poder crear el enigmático personaje de Liesl Rauch, a la que hice partícipe del complot de Heinrich Himmler para acabar con la vida de la amante de Hitler en caso de ser necesario, y que además propició que pudiera adentrarme y narrar un asunto muy poco conocido por el gran público, el programa Weisse Amsel (Mirlo blanco), puesto en marcha por las SS en 1934 y del que existe escasa documentación, principalmente estudios realizados en la Alemania de posguerra, y del que solo el prestigioso historiador Richard Grunberger se ha hecho eco en alguno de sus magníficos libros.

Dada la complejidad que ha requerido elaborar esta novela, y para evitar que queden dudas o se pueda generar cualquier malentendido, he considerado necesario informar al lector de cuál ha sido la base fundamental de documentación de mi trabajo y otras consideraciones que he expuesto a través de esta necesaria nota del autor.

Francisco Javier Aspas, julio de 2019

AGRADECIMIENTOS

Quiero empezar agradeciendo a mi mujer, María Ángeles, su ayuda, comprensión y tolerancia. Ella es siempre la primera que lee y corrige mis textos, así como mi mayor crítica. Además se encarga de traducirme del alemán todos aquellos documentos que me son necesarios y que, para poder escribir esta novela, han sido innumerables. Muchas veces, mientras revisa mis escritos, solemos discutir de mil cosas sobre el texto, y yo siempre suelo llevarle la contraria. Pero más tarde, cuando paso las correcciones en la soledad de mi despacho, siempre hago los cambios que ella me ha propuesto. Son muy pocas las veces que ella no tiene razón sobre esos cambios que me ha recomendado.

Al ser una novela cuya elaboración se ha extendido tanto en el tiempo, período en el cual he publicado otras tres novelas, me gustaría agradecer su ayuda y la confianza que han depositado en mí a mi primer editor, Enrique Rivera, que un día del año 2011 se empeñó en que mi primer trabajo, *Los hijos del Führer*, tenía que ver la luz, aunque yo fuera un escritor absolutamente desconocido. Gracias en parte a su empeño, he podido realizar este sueño de publicar cinco novelas. También me gustaría hacer extensible este agradecimiento a la editorial Kailas, que ha confiado en mí y ha publicado mis dos últimos trabajos, *La canción de Auschwitz* y *La rosa y la esvástica*; particularmente, a Íñigo Gil, cuya colaboración y comprensión han sido fundamentales para poder publicarlas. Estoy muy contento y satisfecho de trabajar con él, y espero que esta experiencia se repita en próximas ocasiones.

Es obligado que recuerde en estos agradecimientos a la historiadora alemana Heike Görtemaker, autora de *Eva Braun, Leben mit Hitler*, y al periodista turco-estadounidense Nerin E. Gun, autor de *Eva Braun, Hitler Mistress*, las dos principales biografías publicadas sobre la figura de Eva Braun, dos trabajos excepcionales que también me han ayudado a acercarme a la vida de la amante de Adolf Hitler.

Por último, me gustaría acordarme de todos los centros de documentación y agencias que en Alemania, así como los Archivos Federales, aportan desinteresadamente su patrimonio histórico para que los investigadores podamos trabajar y reconstruir capítulos tan importantes de la Historia como los que he descrito en esta novela. Es un ejemplo que deberíamos considerar en otras naciones de Europa.

SOBRE EL AUTOR

FRANCISCO JAVIER ASPAS (Teruel, 1966), apasionado de la Segunda Guerra Mundial, ha consagrado varios años a una investigación independiente sobre el fenómeno del nazismo, tanto en su aspecto político, como en sus vertientes sociológica, esotérica e histórica. Ha publicado las novelas *Los hijos del Führer*, *La casa del bosque de Marbach* y *La canción de Auschwitz*.